

ILUMINANDO

LA

OSCURIDAD

LIBRO 1

Prólogo

<<¿Cómo había llegado hasta allí?>>.

Esa pregunta no dejaba de formularse en su cabeza mientras se encontraba de pie en el interior de uno de los templos de la diosa del fuego.

¿Cómo había acabado allí, observando cómo en un rincón del lugar una pareja de ancianos se tomaba de la mano con fuerza mientras que una mujer más joven sujetaba en brazos a un niño de no más de tres años?

Sus expresiones sólo reflejaban tristeza y derrota. El niño lloraba contra el pecho de su madre como si en verdad entendiera lo que estaba sucediendo. Quizás lo entendiera incluso mejor que Leia.

Ella siempre supo de dónde venía, incluso viviendo alejada de su lugar de nacimiento y siendo criada por una familia de desconocidos que en poco tiempo se convertirían en su verdadera familia.

Pero incluso sabiendo eso, incluso siendo consciente de lo que habitaba en su interior y que jamás podría manifestarse debido al peligro que eso le provocaría, nada la preparó para que un día diecisiete años después de su nacimiento, diecisiete años después de sentir que pertenecía a ese pueblo y a esa gente, un grupo de desconocidos la hallara y le confesara que era momento de enfrentarse a sus raíces y regresar al reino que le pertenecía por herencia.

Y pese a que a día de hoy no sabe si tomó la decisión correcta aquella tarde en Emera, allí se encontraba, en el interior de uno de los templos de la diosa del fuego siendo espectadora del funeral del hijo de los ancianos que se sostenían el uno al otro para no caer en la angustia, del esposo de la joven que reprimía los sollozos con una fuerza impresionante, del padre del niño que se encontraba aferrado a su madre y que lloraba porque no comprendía por qué su familia tenía el rostro repleto de lágrimas y por qué su padre no estaba allí para reconfortarlos.

Allí se encontraba, siendo espectadora del funeral de uno de sus soldados que, sin importar las contradicciones del resto, *había muerto por su culpa*.

Los rituales que se realizaban en el reino de Antel en un funeral no eran para nada agradables a la vista, pero al menos Adara se lo había advertido y le había recomendado que cerrara los ojos y fingiera rezar a Ignis en el caso de que no soportara ver cómo el cuerpo sin vida de Duncan cubierto por una sábana blanca fuera incendiado hasta ser reducido a no más que un montículo de cenizas.

Y en cuanto el sacerdote finalizó sus plegarias y dio comienzo al ritual, Leia hizo exactamente lo que Adara le sugirió. Cerró los ojos con rapidez, apretándolos demasiado fuerte, y le rezó a la diosa del fuego:

<<Si quieres que termine con Connor, por favor ayúdame a tomar mi lugar en Antel sin provocar una guerra civil>>.

Parte Uno

“La pueblerina”

Capítulo 1

—Que tenga un buen día —dijo Leia a un cliente a modo de despedida.

Así era su día a día: venderles a los habitantes objetos de madera tallados por Jesser y ella. Lamentablemente para ambas, gran parte de las ganancias (que ya de por sí no eran muchas) iban destinadas a Velthorn, donde vivía el monarca. Sólo una pequeña parte quedaba para ellas, y a veces ni siquiera les alcanzaba para repartirse; en esos casos, Leia siempre dejaba que Jesser se la quedara ya que tenía a una niña a la que cuidar, la pequeña Karis, cariñosa y con carácter a la vez. Jesser a veces la llevaba a su pequeña tienda durante la jornada laboral cuando su hermana mayor no podía cuidarla.

—¿Qué lograste vender? —le preguntó la dueña de la tienda.

—Una pequeña figura de un oso —respondió Leia. Antes de que Jesser preguntara, agregó: —Sólo dos monedas de plata.

Una sombra de tristeza oscureció el semblante de la mujer, soltando un largo y pesado suspiro. Llevaban todo el día allí esperando a algún cliente interesado en sus productos. Ese día no tuvieron mucha suerte: tan sólo cinco clientes les compraron algo, y habían sido visitadas por quince.

Ya no sabían qué más hacer para captar su atención. No podían seguir bajando los precios ya que si no, Velthorn no recibiría tantas ganancias y se las tendrían que llevar como prisioneras por no cumplir con el pago.

Ese pago tenía una cantidad exacta, la cual consistía en cincuenta monedas de plata, y venían a proclamarlo en el antepenúltimo día de cada semana. Aquél día era el anteúltimo de esa semana y ellas habían recolectado cuarenta y seis monedas de plata. Por la posición del sol, se dieron cuenta de que no quedaba mucho tiempo para cerrar.

Leia se colocó mejor la capucha de su oscura capa y saltó sobre el mostrador donde estaban colocados todos sus productos a la venta, aterrizando al otro lado de la tienda.

Estaban ubicadas en El Mercado, una calle ancha adornada a los lados por tiendas donde se vendían todo tipo de productos artesanales, e incluso frutas y verduras cultivadas por los mismos dueños. Gracias a los tejados de telas coloridas, le daba un aspecto alegre.

—Intentaré atraer más clientes —le anunció Leia a Jesser, quien le regaló una sonrisa a modo de agradecimiento.

Se aseguró de tener bien oculto el rostro antes de abrirse paso entre la gente que pasaba de visita. Su obsesión por mantenerse tras su capa no sólo se debía al viento que anunciaba la llegada del otoño, sino por seguridad. Gracias a sus padres (no los biológicos, se recordó a sí misma), Leia comprendió el peligro que implicaría que alguno de los guardias de Velthorn que patrullaban por su pueblo la descubriera. A medida que crecía y se desarrollaba, según Darren y Linda, Leia se parecía cada vez más a su verdadero padre, y eso la hacía un blanco fácil.

De sus padres biológicos nunca le interesó saber mucho, en especial cuando Darren y Linda le contaron la verdad: que ella era hija de los reyes de Antel, que su padre murió en un enfrentamiento contra las tropas de Velthorn un mes antes de que ella naciera, que

su madre la ocultó en ese pueblo cuando sólo tenía tres meses y se entregó al rey de Velthorn a cambio de que éste dejara en paz el reino de Antel. Fue demasiada información recibida, pero eligió esa vida en un pequeño pueblo alejado de los reinos con personas que la amaban y la aceptaban por cómo era, por el pasado que tenía. Jamás se interesó en formar parte de la realeza, no cuando entendió cómo trataban a los de la clase baja. Se dijo a sí misma que jamás sería uno de ellos. Además, los cuatro reinos de Keentale ya no tenían autoridad. Sólo Velthorn tenía importancia ya que allí vivía el Rey Supremo, quien conquistó todo Keentale.

Aminoró el paso en cuanto percibió a dos soldados por el rabillo del ojo. Sus armaduras negras con el símbolo de Velthorn los delataba. Además, siempre llevaban un casco que cubría la mayor parte de sus rostros. Leia mantuvo su cabeza gacha cuando pasó frente a ellos. Para su beneficio, ambos estaban sumidos en una conversación neutral, nada del interés de Leia. En su pecho debajo de su ropa podía sentir el peso del collar que siempre llevaba, un pequeño recuerdo de sus padres biológicos. Ella sabía que no sólo era un recuerdo, sino que era un amuleto para darle fuerza a su poder.

Si hubiera elegido la otra vida, no sólo tendría que soportar ser parte de una Corte, sino que también tendría que aprender a manipular el poder que heredó de su madre, y que ésta heredó de su madre, y así por generaciones y generaciones. Esa era una de las peculiaridades de los reinos: los cinco existentes (incluyendo Velthorn) poseían un poder cada uno, heredado de los antiguos dioses. Sólo los poseían los descendientes directos de los reyes. Ella era una, pero jamás lo había manifestado.

Según lo que Darren y Linda le habían explicado, los soldados de Velthorn y cualquiera que poseyera un poder podía percibir el poder de Leia, así como ella podía percibir el de ellos; pero para que lo primero no sucediera, antes de que la reina de Antel enviara a Leia a ese pueblo, una hechicera del reino le otorgó un encantamiento de protección al collar que ahora Leia tenía en el cuello. Por eso nunca debía sacárselo; si no, sería como estar al descubierto.

Ella jamás percibió a alguien con poder, pero sí podía sentir algo oscuro, profundo y letal proveniente de algunos de los soldados de Velthorn. No sabía lo que eso significaba, pero prefería no saberlo.

Cuando se puso el sol, la joven había logrado atraer a seis clientes más, aunque sólo dos de ellos accedieron a comprar algo. Igualmente, lograron recaudar cincuenta y cinco monedas de plata ya que, para su suerte, eligieron productos de gran valor. Ambas se guardaron en el bolsillo de sus delantales de trabajo dos monedas de plata cada una, y la que quedaba Leia se la ofreció a Jesser, quien la aceptó amablemente, sus mejillas sonrojándose ligeramente.

Ante el sonido de las trompetas, como era costumbre, El Mercado se vació de clientes y los vendedores salieron de sus tiendas posicionándose frente a ellas, observando la calle a la espera de los soldados de Velthorn, quienes venían a reclamar el dinero recaudado. Leia, por su seguridad, se mantuvo detrás de la tienda debajo del mostrador, mientras que Jesser se paró en su lugar con la vista al frente y las manos detrás de su espalda, sosteniendo la bolsa con las monedas.

El tiempo pasaba y Leia podía oír a quienes entregaban el dinero y a quienes no les quedaba otra opción más que rendirse y dejarse llevar como esclavos ya que no alcanzaron

a pagar. Su pulso se aceleró al oír que un hombre, a unas tres tiendas de donde se encontraban, suplicaba que le perdonaran esta semana, que tomaran lo poco que él tenía pero que lo dejaran quedarse. La joven se asomó ligeramente sobre el mostrador para observar la escena. Efectivamente, tres tiendas a su izquierda del otro lado de la calle, un hombre de unos sesenta años estaba de rodillas frente a tres soldados suplicando que no se lo llevaran. Los soldados sólo se reían, disfrutando de la desesperación del hombre.

—Tienen que entenderme, tengo una familia a la que cuidar y alimentar —rogaba desesperadamente, todo su cuerpo temblando.

<<*No, ellos nunca lo entenderían*>>, pensaba Leia para sus adentros reprimiendo con fuerza las ganas que tenía de saltar a defender al pobre hombre; porque en el fondo, ella y todos sabían cómo eso iba a terminar. Por el rabillo del ojo vio a Jesser hacerle una mueca de advertencia, indicando que sabía que Leia querría ayudarlo y que no lo hiciera.

Otro guardia se acercó hasta donde ocurría el revuelo. Era alto, y su armadura indicaba que debajo había muchos músculos perfectamente trabajados. Leia se estremeció de pies a cabeza al sentir otra vez esa oscuridad que parecía emanar de ese soldado. Podría haber jurado que incluso el collar en su pecho se estremeció.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó a sus compañeros, su voz sonando como un agujero de oscuridad.

—No cumple con el pago, pero también se niega a venir con nosotros —le respondió el soldado del medio sin quitar la vista del hombre.

El guardia de gran tamaño corporal se acuclilló frente al hombre, el silencio total interrumpido por el sonido del metal de la armadura. Posó una de sus manos en el hombro del hombre con firmeza.

—Señor, lamento informarle que—

Su voz se vio interrumpida por un movimiento brusco del hombre para quitarse de encima la mano del soldado.

—Jamás vuelva a tocarme —le gritó, esta vez con un tono de voz más firme.

Pese a que el soldado estaba de espaldas a Leia, ella podía sentir la furia que comenzaba a surgir en él. Sin embargo, sólo rio. Una risa hueca, sin emoción.

—Ningún humano puede decirme qué hacer —le dijo al hombre, y la seriedad en su voz le hizo palidecer.

De un segundo a otro, el guardia desenfundó su espada y le atravesó el pecho sin darle posibilidad de gritar u objetar. Sólo salió un grito ahogado de sus secos labios y calló en cuanto el soldado quitó su espada. La tierra a su alrededor se tornó de un color carmesí, y el olor nauseabundo de la sangre se expandió a todos los presentes. La mayoría intentaba mantenerse firme, pero otros vomitaban o tenían arcadas. Incluso una mujer se desmayó, asistida por quienes estaban cerca.

Si no hubiera sido la primera vez que presenciaba algo así, Leia también habría tenido arcadas o algo parecido. Sin embargo, lo había presenciado varias veces, aunque siempre sentía la misma repulsión hacia esos malditos soldados sin corazón. Volvió a

escondese para dejar de mirar el cuerpo sin vida del pobre hombre y tomó aire varias veces para no gritar.

Igualmente, algo le llamó la atención. El soldado que lo asesinó lo llamó *humano*, como si él no lo fuera. <<*Ningún humano puede decirme qué hacer*>>. Era públicamente sabido que otras criaturas habitaban el mundo, pero, ¿criaturas que se vieran como humanos? No tenía sentido.

Leia volvió a asomarse para confirmar que los demás soldados siguieran reclamando el dinero como si nada hubiera pasado, como si ahora el pueblo de Emera no tuviera un habitante menos. Cuando le tocó el turno a Jesser, Leia envió una plegaria a cualquier dios que la estuviera escuchando para que no le ocurriera nada malo. Al parecer la oyeron, ya que un guardia le arrebató la bolsa de monedas de la mano y contó las monedas sobre el mostrador sin decir una palabra. Cuando se aseguró de que era la cantidad correcta, se alejó al siguiente vendedor. Una oleada de alivio le recorrió el cuerpo a Leia, al igual que a Jesser.

A su izquierda, la joven observó cómo dos guardias se llevaban el cuerpo de la víctima. Leia ni siquiera quería imaginarse cómo se sentiría su familia al recibir la noticia de que él no volvería a casa jamás.

Ese era siempre el miedo de Leia al regresar a su hogar al finalizar el día: que algún miembro de su familia no volviera, ya fuera por algo como lo que pasó hace unos momentos, o porque debían ir a trabajar como esclavos a Velthorn. Los soldados nunca los dejaban despedirse de sus familias. Simplemente un día estaban y al otro no. Ese era el mundo al que se acostumbraron a vivir; y todo gracias a la monarquía del Rey Supremo.

Una vez que se aseguró de que los soldados abandonaran por completo El Mercado, la joven salió de su escondite. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Jesser la abrazó por sorpresa.

—Podríamos haber sido tú o yo —le susurró al oído la mujer. A Leia no le hizo falta preguntarle a qué se refería. Le correspondió el abrazo con fuerza, sin saber qué decir.

Una vez que se separaron, al igual que los demás, se dirigieron a sus respectivos hogares.

—Mándale saludos a Karis —le dijo Leia a Jesser a modo de despedida cuando sus caminos se separaron.

Al llegar a la casa, lo primero que hizo fue sacarse la capucha. Estaba cansada de llevarla todo el tiempo puesta pese a que entendía por qué debía hacerlo. Sonrió de oreja a oreja al ver a Darren y Linda cortando vegetales varios y a Kailani dándoles conversación alegremente. Los tres se voltearon para observarla entrar. Linda dejó su tarea a un lado para abrazarla. Darren y Kailani la imitaron, los cuatro sumergidos en un abrazo grupal.

Ellos eran lo más cercano a una familia que Leia tenía. De hecho, para ella ellos eran su única familia. Nada de reyes ni familiares de la realeza. *Ellos* eran los verdaderos, los que siempre estuvieron presentes, los que la educaron y la criaron, los que le enseñaron a sobrevivir a la oscuridad del reinado del Rey Supremo.

—¿Así que lograron recolectar el pago para esta semana? —le preguntó Kailani, su hermana, no de sangre, sino de corazón.

—Estuvimos muy justas —respondió Leia al tiempo en que sus padres continuaban preparando la cena. —Sólo traje dos monedas —añadió depositándolas desganadamente en la mesa de madera que se encontraba en medio de su pequeña cocina.

—Dos es mejor que nada, cielo —le recordó Linda, siempre con su optimismo característico. Eso era lo que le faltaba a Leia: *al menos* un poco de optimismo. Pero esa maldad de los soldados opacaba todos sus pensamientos positivos. La sacaban de quicio, *malditos desgraciados*.

Kailani estaba hablando de cómo le había ido su día en la huerta en la que trabajaba, cuando Leia espetó, ya no pudiendo soportar más el peso de ese recuerdo:

—Asesinaron a un hombre que se rehusaba a convertirse en esclavo.

Un silencio sepulcral se instaló en la cocina. Darren siguió cortando vegetales sin quitarles la vista de encima. En cambio, Linda se quedó quieta analizando con la mirada a Leia. En cuanto a Kailani, simplemente se dedicó a observarse las uñas rotas y manchadas con tierra por el trabajo que estuvo haciendo durante el día.

—No debería haber contradicho a los soldados —murmuró Darren con sus ojos café clavados en la lechuga que estaba cortando.

—Ese hombre tenía una familia —gruñó Leia, dejando de pensar en cómo reaccionaba. La ira la cegaba por completo.

—Cariño, ya sabes cómo son estas cosas —le dijo Linda con esa suave voz que lograba llegarle al corazón.

—Pero es tan... injusto —logró decir la joven antes de romper en llanto. La imagen de ese hombre desangrándose en el suelo del lugar donde trabajaba, al igual que las imágenes de las otras muertes que había presenciado, jamás se le borrarían de la mente. Toda la injusticia que se vivía bajo el régimen del Rey Supremo algún día debía acabarse. Leia deseaba saber cómo hacerlo.

Kailani, a su lado, rodeó la muñeca de su hermana con su mano dándole un suave apretón reconfortante. Leia le dedicó un intento de sonrisa y Kai lo único que hizo fue secar sus lágrimas con su mano libre. Hermanas por elección, eso era lo que eran, y Leia se sentía agradecida por eso siempre; por *toda* su familia, ya que pese a que el día a día era duro, siempre se apoyaban unos a otros para salir adelante *juntos*.

Un movimiento apenas visible a través de la pequeña ventana de la cocina captó la atención de Leia. Pese a que el exterior ya estaba oscuro, la joven sabía que se trataba del cuervo que siempre andaba cerca de ella. <<*Es como un ángel guardián*>>, había dicho Linda una vez, y Kailani había fruncido el ceño diciendo: <<*Yo más bien diría como un pájaro hambriento*>>. Leia solía coincidir con su hermana, pero lo que nunca había admitido en voz alta era que ella podía percibir la presencia de ese ave como si de antemano pudiera identificar dónde se encontraba. Era como una especie de conexión, pero sabía que era estúpido y que sólo eran imaginaciones suyas.

Al otro lado del ventanal, el cuervo le devolvió la mirada con unos ojos brillantes y rojizos.

Capítulo 2

Lo único que le gustaba de su forma demoníaca era trasladarse de un lado a otro a una velocidad inimaginable. En tan sólo unos momentos, aterrizó nuevamente en la entrada del castillo de Velthorn, volviendo a su forma humana para tocar el suelo con sus pies. Los dos soldados que vigilaban la entrada se encontraban recargados contra una pared con los ojos cerrados. <<*Humanos inútiles*>>, dijo Alexander para sus adentros, y se aclaró la garganta frente a los dos hombres, quienes se pararon rígidamente con los ojos muy abiertos en cuanto se percataron de quién se encontraba frente a ellos.

—Su Alteza —dijeron al unísono haciendo una exagerada reverencia. Alexander podía percibir con tanta intensidad el miedo que sentían que frunció el ceño, dándoles una mirada de desaprobación.

—Vuelvan a sus lugares antes de que me arrepienta y le diga al Rey Supremo —masculló el morocho, y ambos asintieron rápidamente con sus cabezas y volvieron a vigilar las puertas de entrada.

Alexander dejó salir un largo suspiro antes de adentrarse en las oscuridades del castillo. Probablemente ya era pasada la medianoche y no había casi nadie rondando por las habitaciones, algo que al morocho le agradó. No estaba de humor para entablar conversación con alguien. Exceptuando a una persona.

No tardó en encontrar a Dean Scall en uno de los balcones de la última planta del castillo, parado frente a su amado caballete de madera mientras le daba unos últimos retoques a su obra más reciente. Alexander sabía que él prefería pintar bajo la luz de las velas durante la noche ya que no había casi nadie rondando por el lugar curioseando.

—¿Qué decidiste pintar esta vez? —le preguntó Alexander recargándose contra el marco de la puerta. Dean se sobresaltó al oír su voz, pero cuando se volteó y se encontró con sus ojos rojos, dejó salir un suspiro de alivio.

—Podrías dejar de asustarme cada vez que vuelves de tus aventuras, ¿sabes? —inquirió el castaño, y luego volvió a centrar su atención en su obra. —Esta vez fui por algo más... abstracto —dijo, dando unos retoques con pintura azul.

Alexander examinó el cuadro. Lo único que pudo distinguir fueron unas sombras humanas pero completamente deformadas, y el fondo era una especie de cielo estrellado, pero no era del todo nocturno ya que también utilizó colores anaranjados y rojos. El morocho frunció el ceño.

—Tranquilo, tampoco esperaba que lo supieras interpretar —murmuró Dean, y Alexander le golpeó la nuca a modo de broma. Dean intentó empujarlo, pero el morocho lo esquivó con rapidez con una sonrisa de satisfacción en su rostro. —Es broma —dijo el castaño al fin. —Eso es lo que tiene el arte abstracto. Es a libre interpretación.

—¿Y cómo lo interpretas tú? —preguntó Alexander con curiosidad.

—Como mis ancestros que-

Antes de que pudiera terminar su frase, Alexander lo silenció abruptamente con un gesto. Percibió una presencia que se acercaba en sumo silencio a través de las sombras como si fuera parte de ellas. Al morocho no le hizo falta ponerse a pensar en quién podría ser. Se paró frente a Dean en dirección a la salida del balcón al tiempo en que la figura emergió de la oscuridad.

—¿Qué quieres, Zeth? —preguntó Alexander con un tono irritado en su voz. Detrás de él, Dean se estremeció.

—Te he visto llegar bastante tarde a casa, hermano. ¿La estás pasando bien en Orland?

Tomó de todo su autocontrol no estrellarle un puño en su cara.

—No sabía que estabas tan interesado en mi vida —inquirió Alexander cruzándose de brazos.

—Por ahora no tengo nada mejor que hacer —le dijo Zeth encogiéndose de hombros. Luego se inclinó hacia un lado para ver mejor a Dean. —¿Siempre detrás de tu dueño, Scall? —le preguntó riendo. Dean palideció de tal manera que Alexander creyó que se iba a desmayar allí mismo.

—¿Connor no te mandó nada para hacer? —le preguntó Alexander, perdiendo la paciencia con su hermano.

Zeth negó con la cabeza y volvió a centrar su atención en Dean.

—¿Qué tienes ahí, perrito? ¿Un cuadro?

Estuvo a punto de empujar a Alexander a un lado, pero el morocho sostuvo su muñeca en el aire antes de que lo tocara.

—Vete —murmuró mirándolo directo a los ojos, idénticos a los de él, para su mala suerte.

—Tienes que dejar de defender a los débiles, hermano —le recordó Zeth con una sonrisa de satisfacción en su joven rostro.

—Y tú tienes que dejar de meterte en mis asuntos —gruñó Alexander apretando más su mano. —¿Dónde está tu otra mitad? Probablemente puedas entretenerte con él.

Con un movimiento brusco, Zeth se liberó del agarre de su hermano. Alexander intentó retenerlo, pero con un empujón terminó volando por los aires, alejándose cada vez más del balcón. Antes de que pudiera estrellarse contra el suelo, tomó su forma demoníaca para volar nuevamente hacia donde se encontraba su amigo. En el momento en que los visualizó, Zeth había lanzado el cuerpo de Dean contra el lienzo, partiendo en miles de pedazos tanto la pintura como el caballete.

Alexander no esperó más y se abalanzó sobre su hermano. Zeth no tardó en tomar su misma forma demoníaca, y ambos estallaron en una batalla de garras y colmillos mientras flotaban sobre el balcón. El morocho logró clavar sus filosos dientes en el brazo

oscuro de su hermano y la criatura soltó un rugido de dolor. Sin embargo, logró desgarrar el pecho de Alexander ligeramente y éste contuvo un grito e intentó sacarse de la mente el dolor que le provocaba. Sacudió su cabeza y volvió a cargar contra Zeth, atacando con sus garras cualquier punto desprotegido que veía.

Sólo se detuvieron en cuanto sintieron un temblor que sacudió todo el castillo. Ambos sabían que era Connor ordenándoles que se detuvieran, probablemente porque no lo dejaban dormir. Ambos se miraron a una distancia prudente, inspirando bocanadas de aire.

El primero en tomar su forma humana fue Zeth, aterrizando perfectamente en el suelo. Tenía su brazo derecho sangrando, probablemente donde Alexander le había clavado sus colmillos. El hombre le dio una última patada a Dean en el estómago antes de adentrarse en la oscuridad del castillo. En el suelo, Dean se quejaba del dolor rodeando su estómago con ambos brazos. Estaba manchado de pinturas de diferentes colores, y su obra de arte estaba completamente destrozada. Alexander aterrizó como pudo y volvió a su forma humana, haciendo presión en la herida de su pecho para que no perdiera tanta sangre. Sabía que se curaría más rápido que un humano normal, pero eso no significaba que no doliera como los mil demonios.

—Vaya, eso no fue tan bien —dijo Dean sarcásticamente, rompiendo el silencio con una voz forzada. Alexander se acercó a él y lo ayudó a ponerse de pie.

No era la primera vez que ocurría y ambos sabían que tampoco sería la última. Eso era en lo que constaba vivir en Velthorn, en especial Dean siendo un humano. Pero no tenían otra opción: los dos estaban encadenados allí.

Dean era el hijo de uno de los capitanes de la guardia de Velthorn y la persona en quien Connor más confiaba, para tratarse de un humano. Cuando Marya, la madre de Dean, dio a luz a su hijo, lo hizo bajo el sufrimiento de un virus letal, por lo que no logró sobrevivir al parto. Marco, su marido, ante la depresión por haber perdido a la mujer que más amaba, intentó quitarle la vida a su hijo acusándolo de asesino. Alexander fue quien lo salvó, y desde entonces, como pudo se encargó de criarlo con ayuda de algunas sirvientas. Tanto Marco como Connor estaban al corriente de lo sucedido, pero no parecía importarles; no parecía importarles hasta que Connor se dio cuenta del fuerte lazo que se había formado entre Alexander y el niño, por lo que empezó a usar a Dean como amenazas hacia el morocho. Si Connor le obligaba a hacer algo y Alexander no cumplía con la orden, el líder Inframón lo castigaba hiriendo a Dean. Desde ese momento en que el látigo dañó por primera vez la espalda de su amigo, se prometió a sí mismo que jamás volvería a suceder aquello, obligándose a obedecer al Rey Supremo a toda costa. Él sabía muy bien cómo manipular al resto, y Alexander había caído directo en sus manos. Se odiaba por ello, pero no podía dejar que nada malo le sucediera a Dean.

Con respecto a sus hermanos, los tres sabían cuán importante era Dean para él, y obviamente, también lo usaban para su favor. Simplemente era una forma de entretenerse, pero siempre alguien terminaba herido. A Connor no le importaba, excepto que se fueran

al extremo de matar a Dean. El Rey los obligó a jurar que jamás lo hicieran ya que, por supuesto, lo necesitaba para manipular a Alexander.

—Bueno, tampoco es que me gustara cómo quedo —dijo Dean con ironía tomando del suelo los pedazos del lienzo.

—Voy a matarlo —murmuró Alexander mirando hacia la puerta por la que había desaparecido su hermano.

—Ya te dije, Alexander. No sirve de nada que le hagas daño. Seguirá con sus mierdas —le recordó su amigo encogiéndose de hombros.

Sí, ya se lo dijo miles de veces, pero a Alexander no le convencía del todo. Siempre sentía cierta satisfacción cuando luchaba con sus hermanos. Sabía que entre ellos no se matarían jamás, y pese a que a veces le costaba días de reposo recuperarse de algunas heridas, se sentía bien ver a esos Inframons dañados, débiles, al menos por unas horas. Pero él no esperaba que Dean lo entendiera. Ni Dean, ni ningún humano. Para ellos, era algo despiadado, cruel, horrendo; pero para criaturas como Alexander, que existieron por cientos de décadas, a veces sentir un poco de dolor era algo necesario. Para Alexander, le recordaba que estaba vivo.

—Eran mis ancestros y mi madre haciéndome compañía en toda esta oscuridad —murmuró de repente Dean observando con desinterés sus manos cubiertas de pintura.

Alexander frunció el ceño.

—¿Qué?

—Me preguntaste cómo interpretaba la pintura —le recordó el castaño levantando la mirada con lentitud. —Como mis ancestros que desde el más allá me hacen compañía en todo esto —explicó señalando su alrededor.

El morocho tensó su mandíbula intentando ignorar el dejo de dolor que cargaba la voz de su amigo.

—Mejor ve a la enfermería —le dijo a Dean. El joven sólo asintió con la cabeza y se adentró en el castillo cargando en sus brazos los restos de su pintura.

.....

Lo último que recordaba era quedarse recostado sobre su cama en la soledad de aquellos oscuros aposentos mirando el techo fijamente antes de que el sueño lo consumiera. Odiaba dormir. No porque prefiriera estar despierto, sino para no tener que soportar las pesadillas que lo atormentaban cada noche de su miserable vida. Los espíritus de todas las personas a las que le había quitado la vida aparecían frente a él, reflejando en sus ojos la manera brutal en que él los asesinó o torturó hasta la muerte.

Esa noche soñó con su última víctima: un joven de no más de treinta años que había cometido el grave error de intentar escapar de las minas.

En Velthorn había una gran montaña cerca del castillo donde el Rey Supremo mandaba a algunos de sus esclavos a trabajar en las minas que se habían excavado dentro de ese lugar. Estaba resguardado por gran cantidad de soldados Inframons y humanos, y nunca nadie había logrado escapar con vida. Aquél joven había llegado bastante lejos, Alexander tuvo que admitir, pero fue capturado por un Inframón y enviado directo al castillo. Connor le ordenó al morocho que lo castigara, y él ni siquiera se negó porque sabía lo que pasaría si lo hacía.

Esa misma noche, su hermana lo había sacado tanto de quicio hasta el punto en que lo había dejado con el humor por los suelos. Mientras torturaba al hombre, su mente lo traicionaba y repetía la escena de Dilaya irritándolo con sus actitudes características. Había perdido tanto la consciencia que cuando regresó al presente, se encontró con que había acabado con la vida del esclavo sin siquiera planearlo. Aún recordaba el desconcierto que aquello le generó. Tampoco podía quitar la imagen de su mente de sí mismo frente a un espejo: su cuerpo cubierto de sangre ajena, todos sus músculos tensionados, un brillo inusual en sus ojos... Era un maldito monstruo, y con cada día que pasaba se parecía un poco más a su padre.

Capítulo 3

Al día siguiente, Leia se dirigió a El Mercado para encontrarse nuevamente con Jesser. Como era costumbre, los dos últimos días de la semana se utilizaban para reponer la mercadería. En su caso, debían recibir los troncos de madera que traían otros trabajadores para tallarlos y darles distintas formas y tamaños.

Ese día, al parecer, la hermana de Jesser estaba ocupada ya que lo primero que vio Leia al llegar fue a una pequeña niña de coletas morochas y piel pálida que corría hacia ella para saludarla. Leia alzó en brazos a Karis, quien apretó tan fuerte el cuello de la joven que casi se quedó sin aire. Karis pareció darse cuenta ya que volvió al suelo riéndose.

—¿Has visto cuánta fuerza tengo en los brazos? —le preguntó a Leia animadamente dando pequeños saltos de emoción. Sus coletas seguían el movimiento de una manera que a Leia le causaba gracia y ternura al mismo tiempo.

—Ya eres toda una guerrera —le contestó Leia revoloteándole el cabello.

Karis se alejó riéndose, corriendo hasta donde su madre se encontraba esperando a los proveedores de madera.

—Mami, mami —la llamó frenéticamente su hija. —Lazy dijo que ya soy una guerrera —le contó, flexionando sus brazos para mostrar sus supuestos músculos. Jesser enarcó las cejas y sonrió en cuanto vio acercarse a Leia.

El nombre que salió de los labios de Karis, *Lazy*, formaba parte de su “identidad oculta”. No sólo tenía que esconder su físico, sino que también su nombre, pese a que no todos sabían el nombre de la princesa desaparecida de Antel. La reina había preferido mantener esa información oculta. Y Leia se había acostumbrado a ello. De hecho, le gustaba más ese nombre ya que le otro le recordaba a la realeza y a lo que debería estar viviendo.

—¿Alguna señal de los proveedores? —le preguntó a Jesser sentándose sobre el mostrador vacío de su tienda. La mujer negó con la cabeza, sus rulos morochos siguiendo el movimiento.

—No deberían tardar mucho más en venir —dijo, observando a su alrededor como si en cualquier momento la carreta apareciera rodando hacia ellas.

Y tal como Jesser lo había predicho, unos momentos más tarde vislumbraron a cuatro hombres arrastrando la carreta con dos guardias a cada lado escoltándolos y uno al frente dirigiendo el camino. El reflejo del sol en sus espadas cegó por un momento a Leia. Otro recordatorio de quién estaba al mando.

No pudo evitar recordar el sonido aterrador de la espada del soldado atravesando el pecho del hombre con total facilidad. Una estocada limpia y letal.

La joven se mantuvo a un costado de la tienda absolutamente cubierta por su capa mientras que los proveedores dejaban en el suelo delante de ellas varios tocones de madera. Jesser les pagó con una moneda de plata (probablemente la que Leia le había dado el día anterior), y siguieron su camino, cada uno de sus movimientos vigilados por los soldados, quienes no decían ni una palabra. Leia suspiró del alivio cuando pasaron delante

de ella sin siquiera mirarla. Finalmente, se dirigió a ayudar a Jesser a cargar los tocones dentro de la tienda.

—Yo quiero ayudar —dijo Karis intentando levantar un tronco pesado.

Leia reaccionó al instante y le tendió un tronco más delgado y corto.

—Tú te encargarás de éstos —le dijo, indicándole el tamaño exacto. Karis pareció desinflarse.

—Pero tengo fuerza en los brazos —le recordó con el mentón bien en alto. Leia puso los ojos en blanco pero no pudo evitar regalarle una sonrisa.

—Tienes que almacenarla para más adelante —le susurró la joven guiñándole un ojo. Karis frunció el ceño. —Si guardas tu gran fuerza ahora, cuando llegues a mi edad podrás levantar muchísimo más peso. Así —agregó, y para demostrarle, levantó tres troncos bastante gruesos. Pese a que todos sus músculos se quejaron, Leia mantuvo su rostro firme como si no le pesara en absoluto. Los ojos ámbar de Karis se iluminaron de asombro.

—¿Seré así de fuerte? —le preguntó la niña dando pequeños saltos.

—Así de fuerte —le contestó Leia intentando soltar la menor cantidad de aire posible ya que, si no, se le caerían todos los troncos.

Y así, con toda la emoción y concentración, la niña se alejó de Leia para buscar los troncos que fueran de la medida que la joven le indicó. Leia aprovechó ese momento para avanzar lo más rápidamente posible hasta la tienda. Al llegar al mostrador, se liberó del increíble peso de los troncos, los cuales cayeron rodando al interior de la tienda.

Las tres mujeres pasaron toda la mañana y el mediodía tallando figuras con las pocas herramientas que tenían. Jesser fue la que le enseñó a Leia durante más de dos años a darle figura a un trozo de madera. A ella le había fascinado al principio, hasta que se convirtió en una obligación. Igualmente, lo seguía haciendo por el bien de las tres ya que les afectaría por igual si no empezaban la semana con productos para vender.

Un poco pasado el mediodía, el sonido del rugido del estómago de Karis le dio a entender a Leia que era hora de conseguir algo para comer. Como siempre, dejó que madre e hija siguieran con el trabajo mientras ella recorría las tiendas en busca de alguna comida cuyo precio estuviera dentro de su alcance. Antes de poder marcharse, Jesser la detuvo para darle una moneda y así contribuir, pero Leia la rechazó ya que antes había pagado a los proveedores. Refunfuñando entre dientes, Jesser volvió a su lugar.

Leia pasó por varias tiendas: algunas ofrecían artesanías; otras, plantas decorativas; otras que ocupaban la mayor parte de El Mercado, vendían frutas y verduras frescas; también había algunas que ofrecían vestimentas (por supuesto, no tan lujosas como las de la realeza). Viendo las telas y cómo las mujeres las cocían, Leia recordó a Kailani. Su hermana siempre encontró fascinante la habilidad de crear piezas de ropa, pero nunca pudo dedicarse a eso ya que la contrataron para trabajar en la huerta. Algunos tenían la suerte de elegir de qué trabajar, como en el caso de Leia; pero otros no tenían otra opción más que obedecer a alguien con mayor poder, como en el caso de Kailani.

Leia había elegido esa tienda de figuras de madera ya que siempre le gustó las figuras talladas por Jesser. Ella y Linda eran amigas desde hacía años, y cada vez que

Jesser los visitaba, le llevaba una nueva figura a Leia para que la viera y le diera su opinión. Desde pequeña la joven dijo que trabajaría con ella y la ayudaría en su tienda. Y cumplió con lo dicho. Empezó a trabajar cuando Karis tenía cinco años, y no sólo ayudó en la tienda, sino que se convirtió en la primer amiga de la niña. Jesser siempre estuvo agradecida por eso.

Leia se detuvo en una tienda de frutas recién cosechadas. Una pareja de gran edad se encontraba al otro lado del mostrador enjuagando algunas frutas en una cubeta de madera repleta de agua. La joven se aclaró la garganta para llamar la atención de la pareja.

—Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece? —preguntó la mujer poniéndose de pie y secándose sus arrugadas manos en el delantal que llevaba puesto.

—¿Qué tal? —saludó Leia amablemente. —¿Cuánto por dos de esas manzanas? —preguntó señalando con el mentón un cajón en el que se encontraban varias manzanas apiladas. Parecían brillar con los reflejos del sol.

—Una moneda de plata por cada dos —le respondió la mujer, sonriendo.

Pese a que le pareció muy poco, Leia no dijo nada cuando apoyó una moneda en el mostrador de madera. La mujer iba a tomarla cuando una persona apareció inesperadamente al lado de Leia e intercambió esa moneda por otras dos que pertenecían a la desconocida.

—Mejor que sean cuatro.

Leia se volteó para encontrarse con una joven no mucho más grande que ella, quien llevaba un vestido de un tono amarillento acentuando sus curvas y dejando al descubierto la piel rosada levemente oscura de sus delgados brazos. Una manta de cabello castaño oscuro caía delicadamente en hondas detrás de sus hombros hasta llegar por encima de su bien marcada cintura. Sus ojos de un verde pantanoso se encontraron con los de Leia, iluminados por una sonrisa de oreja a oreja.

La dueña de la tienda también se vio asombrada por la joven que la acompañaba, pero sin decir nada más, tomó las monedas que le ofreció y les trajo cuatro manzanas rojas. Leia, aún sin comprender la amabilidad de la otra joven, tomó dos de las manzanas mientras que ella tomaba las otras dos.

Cuando se alejaron un poco de la tienda, Leia se animó a preguntar:

—¿Por qué hiciste eso? —sonó un poco frío, pero estaba demasiado confundida como para concentrarse en el tono de su voz.

—Sólo quería hacerte un favor —le contestó la joven encogiéndose de hombros, aún con una sonrisa en sus labios rosados.

—¿Quién eres? —siguió preguntando ya que jamás le había pasado algo parecido y la simple explicación de la joven no terminaba de convencerle.

—Me llamo Adara —respondió mirando al frente. —¿Y tú?

—Lazy —respondió con un dejo de desconfianza.

Adara se detuvo en seco, abriendo los ojos de par en par hacia ella. Leia no dejaba de fruncir el ceño.

—¿En serio eres tú? —le preguntó Adara con un brillo especial en sus ojos.
Esperanza.

—¿Sí? —respondió la joven, más como una pregunta.

Adara se llevó una mano de uñas perfectamente arregladas a la boca, como reprimiendo un grito. Leia se preocupó aún más cuando percibió un ligero temblor en todo el cuerpo de la extraña joven.

—Oye, ¿podrías explicarme qué sucede? —preguntó. Y de repente se percató de la manera en que le daba la luz del sol: directo en la cara. ¿Y si Adara la reconoció? Se dio vuelta rápidamente para seguir su camino a su tienda, con Adara aún caminando a su lado.

—Necesito que hablemos a solas —le dijo Adara, mirando a su alrededor como comprobando que no hubiera nadie cerca.

—Ahora no puedo —le indicó Leia, levantando las manzanas como recordándole que estaba yéndose a otro sitio.

Más adelante, Leia visualizó a sus amigas tallando juntas un pequeño trozo de madera. Adara también pareció darse cuenta ya que preguntó:

—¿Cuándo termina tu turno laboral?

—Al atardecer —respondió Leia.

—Bien, te veré entonces —dijo Adara al tiempo en que alcanzaron la tienda de Jesser.

Madre e hija miraron con asombro a la compañía de Leia. Adara les regaló una gran sonrisa y depositó en el mostrador las dos manzanas que ayudó a traer. Leia hizo lo mismo, observando cómo la joven recorría con sus ojos las piezas de madera que habían hecho por la mañana.

—Se ven hermosas —dijo dirigiéndose especialmente a Jesser, quien tardó unos segundos en agradecer su comentario. —Bien, hasta más tarde —le dijo a Leia a modo de despedida, guiñándole un ojo. Luego siguió su camino, el viento revolviendo su oscuro y ondulado cabello.

Leia seguía observándola cuando Jesser le preguntó:

—¿Quién era?

—No tengo idea —respondió la joven negando con la cabeza.

.....

Cuando el sol tocó el horizonte, Jesser y Leia ya habían terminado la mayor parte de la mercadería, lo que significaba que quizás al día siguiente podrían terminar el turno laboral más temprano.

Leia y Karis se despidieron con el mismo abrazo fuerte de siempre, la niña colgándose del cuello de la joven. Jesser fue más delicada pero con el mismo cariño.

—Mándale un saludo a Linda y a los demás de nuestra parte —le pidió Jesser, tomando de la mano a Karis para dirigirse a su casa.

Leia asintió y se acomodó la capucha ya que Karis la había dejado un poco al descubierto. Una vez que se aseguró de estar bien cubierta, comenzó el camino que tantas veces recorría hasta su casa. No podía quitarse de la mente el encuentro con esa joven extraña. Adara era su nombre. Llevaba puesta una prenda que no parecía exactamente del pueblo. Pero lo más extraño era que de alguna manera parecía conocer a Leia ya que cuando dijo su nombre, su rostro se iluminó como si hubiera encontrado lo que buscaba.

Cada vez que se acercaba más a su casa, menos creía que se encontraría con Adara ya que la joven nunca aclaró dónde se verían, así que Leia sólo suspiró y siguió su camino, admirando las vistas.

Emera era un pequeño pueblo que formaba parte del reino de Orland. Lo que más le desfavorecía era lo lejos que se encontraba del castillo. Todos los pueblos, cuanto más alejados del castillo estaban, más precariedad tenían. Pero lo que beneficiaba a Emera era la cantidad de naturaleza que abundaba ya que no había gran cantidad de habitantes. Todas las casas estaban hechas de piedra y madera, y los porches (de no gran tamaño) siempre se decoraban con plantas de varios tamaños y colores. Además, los caminos de tierra estaban marcados por césped y algunas piedras para que hicieran contraste con el verde.

Lo único que opacaba el lugar eran los soldados, vestidos con sus oscuras armaduras y sus filosas armas, recordándoles a todos que ellos tenían la autoridad allí pese a que respondían a órdenes del Rey Supremo. Mayormente se la pasaban recorriendo las calles como si estuvieran patrullando, cuando en realidad el único peligro allí eran ellos mismos. Leia decidió no prestarles atención ya que lo consideraba una pérdida de tiempo.

Al llegar a su casa y abrir la puerta de entrada, no se dio cuenta de la presencia de dos desconocidas hasta que se quitó por completo la capa. Maldijo hacia sus adentros aunque algo en ella se relajó cuando se dio cuenta de que una de las dos era Adara, sentada a la mesa de la cocina teniendo una alegre conversación con Linda y Kailani. A su lado había otra joven de la misma edad que Adara, estimaba Leia, con un vestido gris que se ajustaba hasta su cintura, dejando al descubierto sus brazos. Ambas parecían tener el mismo tono de piel, pero la otra joven llevaba su lacio cabello oscuro como la noche recogido en una trenza que le llegaba hasta la altura del pecho. La forma fina de su rostro se parecía a la de Adara, sólo que su frente estaba oculta por un recto flequillo, y sus ojos marrones oscuros se mostraban atentos, analizando la zona en la que se encontraban.

Kailani fue la primera en notar la presencia de Leia, y la fue a recibir con un abrazo.

—Ellas son Adara y Aileen —las presentó Kai a su hermana, señalándolas respectivamente con el mentón.

Ambas se voltearon simultáneamente, Adara con su brillante sonrisa y Aileen observándola de arriba abajo antes de sonreír levemente.

—Tú querías verme, ¿verdad? —le preguntó Leia a Adara, acercándose hasta donde estaba Linda para saludarla. Su madre dejó que se sentara donde estaba para poder hablar frente a frente con la joven. Kailani se sentó a su lado, y su presencia la relajó un poco. Incluso su madre colocó una de sus manos en su hombro, marcando su apoyo.

—Así es —respondió Adara reclinándose hacia adelante para apoyar los brazos en la mesa y cruzarlos. —Ambas queríamos —aclaró, señalando con el mentón a su compañera. — Vinimos en nombre del reino de Antel.

Y a partir de ese momento, algunas cosas comenzaron a cobrar sentido para Leia, como por ejemplo la vestimenta de ambas jóvenes, demasiado formal para un pueblo como Emera.

Pero al oír el nombre del reino del que por tanto tiempo quiso olvidar, comenzó a sentir sudor en las manos, y las dejó debajo de la mesa para no delatar su nerviosismo.

—¿Qué quieren? —preguntó. Luego tomó aire para calmar su pulso, que estaba comenzando a acelerarse.

—Para empezar, sabemos quién eres —dijo Adara, intentando sonar tranquila y amigable.

Leia debía admitirlo: ninguna de las dos parecía amenazante ni peligrosa. Incluso el hecho de que Linda les hubiera permitido entrar en la casa era una señal que indicaba que no era necesario que Leia se preocupara tanto, pero no podía evitarlo. Era la primera vez que lidiaba con alguien que no fuera de su familia en Emera sin actuar como Lazy Lykel, una habitante más de Emera.

—¿Cómo me encontraron? —se le ocurrió preguntar al tiempo en que sintió en su hombro un pequeño apretón reconfortante de parte de Linda.

—Sabíamos que te habían enviado aquí de pequeña —comenzó explicando Adara. A su lado, Aileen no decía nada; sólo se limitaba a observar a las tres mujeres que se encontraban frente a ellas. —Cuando llegamos, casualmente nos encontramos con Kailani —continuó, dedicándole a Kai una sonrisa de agradecimiento. —Y le preguntamos por ti. Nos contó que trabajabas en El Mercado, así que fui a buscarte.

—¿Cómo sabías que era justamente yo esa persona que estaba comprando manzanas?

—Por la capa. Kailani me indicó que siempre llevas una capa negra cubriéndote —respondió, y sus ojos verdes pantano viajaron hacia la entrada donde Leia había dejado la capa a un lado cuando entró.

—Bien —dijo Leia más para sí misma que para el resto, secándose las palmas de las manos en sus muslos cubiertos por la falda de un viejo vestido beige que le pertenecía a Linda cuando era más joven.

Leia sabía lo que debía preguntar. Incluso podía ver en el rostro de Adara que ella estaba esperando a que se lo preguntara para no presionarla. Pero tenía miedo de oír la respuesta incluso quizás sabiendo cuál sería. Sin embargo, se llenó los pulmones de aire y las palabras salieron solas de sus labios:

—¿Por qué me buscan?

Kailani y Linda tenían los músculos igual de tensionados que Leia, esperando la respuesta de Adara ya que parecía que Aileen no diría nada. Adara se tomó su tiempo para responder.

—Queremos que tomes tu lugar en el reino.

Era obvio. Era tan obvio para Leia que quisieran eso de ella, pero nada la preparó para sentir esa náusea y terror que daba vueltas su cabeza. Para su suerte, su hermana fue la que habló con sorpresa en su rostro.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? —sus dedos pasaban temblorosos por su cabello pelirrojo.

Su madre masajeaba el hombro de Leia no sólo para reconfortarla a ella, sino también para reconfortarse a sí misma.

—Creemos que con ella podremos terminar con Connor —le contestó Adara a Kai.

Connor Malstrom era el Rey Supremo. Era conocido mundialmente, pero los pueblos más alejados no recibían tanta información. Lo único que sí se sabía era que él había reinado por mucho tiempo, que su reinado era frío y oscuro, que era la única persona que por alguna razón tenía todos los poderes a la vez, y que ya tenía un heredero que probablemente seguiría los pasos de su padre.

—¿Conmigo? —preguntó Leia, incrédula. —Sólo soy una persona más, y ni siquiera sé nada sobre reinar.

—Eso puedes aprenderlo con el tiempo —le dijo Adara rápidamente. —Aquí lo que importa es tu poder, Leia.

La piedra del collar en su pecho se estremeció como respondiendo a un llamado, como recordándole a Leia que estaba presente aunque siempre estuviera escondida bajo su ropa. Leia colocó una de sus manos sobre ésta.

—¿Qué tengo que el Rey Supremo no tenga ya? —preguntó con la vista clavada en la mesa delante de ella.

—Por favor, no le digas rey a esa... a ese... a él —fueron las primeras palabras de Aileen, y Leia pudo distinguir en sus ojos la repulsión que le causaba ese hombre.

—¿Qué sabes de tu poder? —le preguntó Adara, ignorando lo que dijo su compañera.

—¿Que puedo controlar el fuego? —respondió más como una pregunta, ya que no veía el punto.

—No sólo eso —le contó Adara. —Eres tan capaz de manipular el fuego como el fuego azul. ¿Alguna vez has escuchado algo sobre eso?

<<Por supuesto que sí>>, pensó Leia, pero no lo dijo en voz alta. Sabía que era la segunda persona en la historia que heredó esa habilidad, pero no sabía dos cosas: ni por qué, ni en qué se diferenciaba con el fuego normal. Lo único que sabía era que era muy peligroso.

—¿Y qué hay con el fuego azul? —preguntó, queriendo sonar como si fuera completamente normal poder manipular dos tipos de fuego.

—Es el único poder que Connor no tiene —explicó la joven, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. —Creemos que si juntamos ese poder con los ya existentes, podremos terminar con él de una vez por todas.

—Ustedes, ¿y quiénes más? —quiso saber Leia, enarcando una ceja ya que se dio cuenta de que Adara siempre hablaba en plural.

—Los herederos de Orland.

Leia había oído hablar de ellos. Aiden y Cassian Dustin, los gemelos herederos al trono de Orland, el reino donde ella vivía junto a su familia. Los rumores decían que sus padres habían muerto por Connor y que ahora sólo uno de los dos hermanos era el rey, pero Leia no recordaba quién. También sabía que era la primera vez que un rey tenía gemelos, lo que significaba que por primera vez, el poder se repartió entre los dos. Usualmente, si un rey tenía más de un hijo, sólo el primero heredaba el poder de alguno de sus dos padres, pero en su caso fue diferente. Al ser gemelos, ambos nacieron con el poder, pero sólo uno tomó el cargo como rey; aunque no tenía ninguna función ya que Connor era el rey de todo el maldito continente.

—¿Los herederos de Orland creen que yo puedo aportar algo para matar a Connor? —preguntó Leia, incrédula. —Imposible. ¿Qué hay de los herederos de los otros reinos?

—Aún no hemos corrido la voz, pero si vuelves a Antel, podrás ayudarnos a unir a todos los reinos contra Velthorn.

—Yo no sé nada de la realeza y jamás formaré parte de algo así —dijo Leia moviendo la cabeza a modo de negación.

—¿Ni siquiera sabiendo que puedes salvar al mundo? —la voz grave de Aileen llamó la atención de Leia. Una sonrisa pícaro se asomó en los labios de Aileen porque sabía que había dado en el clavo.

Leia siempre pensó que todo sería mejor sin una monarquía como la de Connor. Y ahora se le estaba presentando la oportunidad de cambiarlo, pero para ello debería alejarse de lo que tanto conocía y amaba para vivir una vida totalmente diferente, una vida en una Corte. Ella siguió negando con la cabeza. Su madre no decía nada; se mantuvo en silencio como dejándole a su hija la oportunidad de decidir por su cuenta.

—Necesito pensarlo —dijo al fin, y tanto Adara como Aileen sonrieron.

—Gracias —le dijo Adara, y parecía que lo decía en serio.

Las compañeras se levantaron para irse, pero Linda las interrumpió.

—¿Tienen dónde pasar la noche? —les preguntó.

—Sí —le respondió Adara sonriendo humildemente. —El rey Aiden nos hospedará en el castillo.

Así que Aiden Dustin era quien decidió tomar el mando de Orland.

—Volveremos en unos días para que nos digas tu respuesta —le dijo Adara a Leia parándose frente a ella. Leia simplemente asintió ya que tenía muchas cosas dándole vueltas en la cabeza. Adara, se dio cuenta Leia, tenía la intención de despedirse con un abrazo. Tímidamente, Leia aceptó y escuchó el susurro de la joven: —Me alegra saber que estás a salvo aquí.

Cuando se separaron, Leia le devolvió la sonrisa. Incluso le había sorprendido sus palabras. En cuanto a Aileen, sólo saludó con un asentimiento de cabeza manteniendo la distancia. Una vez que abandonaron la casa, Leia se desplomó nuevamente en la silla mirando un punto fijo en la pared frente a ella.

Antes de que alguna de las tres mujeres pudiera decir algo, la puerta de entrada se abrió nuevamente, pero era Darren el que entró, el cansancio plasmado en su rostro y las ojeras opacando el color castaño claro de sus ojos.

—¿Quiénes eran las que salieron de la casa? —preguntó una vez que cerró la puerta.

—Larga historia —le respondió Linda, y le sirvió un poco de agua para que se hidratara luego de un largo y duro día de trabajo.

Leia, sin decir nada, se fue a la habitación que compartía con Kailani seguida por su hermana.

—¿Quieres hablar del tema? —le preguntó la pelirroja sentándose junto a ella en el colchón que se encontraba sobre el suelo.

—Necesito dormir —respondió únicamente, aunque no sabía si sería capaz de hacerlo. Su cabeza no dejaba de dar vueltas.

Pese a que siempre supo quién era realmente, nunca se imaginó que su presencia sería requerida ya que, por lo que tenía entendido, Connor reinaba y seguiría reinando todo el continente. Pero si tenía la posibilidad de acabar con él... quizás valdría la pena el sacrificio.

Capítulo 4

Había pasado casi una semana desde que Leia vio por primera vez a Adara. Le pareció extraño que no hubiera vuelto a aparecer en busca de una respuesta, pero también estaba agradecida ya que con cada día que pasaba, más le costaba decidir. El amor y el apoyo que recibía de su familia en Emera le bloqueaba la idea de ir a Antel a ser otra persona, una persona que, en sus diecisiete años, nunca fue.

Se encontraba en el antepenúltimo día de la semana y ella y Jesser trabajaban duro para conseguir las últimas dos monedas que le faltaban para completar el pago. Karis estaba con ellas, y eso era algo extraño ya que Jesser siempre quiso evitar que su hija presenciara el día del pago. No quería que viera cómo personas morían injustamente, pero su hermana trabajaba hasta más tarde y no podía cuidarla.

Leia le prometió que distraería a Karis como pudiera y que se escondería con ella detrás del mostrador en cuanto los soldados llegaran. Ella tampoco quería que una niña de siete años viera teñirse el suelo de un tono carmesí con ese olor nauseabundo rondando en el ambiente.

Cuando se estaba acercando el momento menos deseado del día, Jesser contó cincuenta y un monedas de plata.

—Bueno, podría ser peor —dijo encogiéndose de hombros mientras metía cincuenta monedas en una bolsa de tela marrón.

—¿Y qué se hace con la moneda que sobra? —preguntó Karis poniéndose en puntas de pie para tomarla en sus pequeñas manos. Leia y Jesser se miraron entre ellas y antes de que la mujer pudiera responder algo, Leia dijo:

—Es para ti, ya que hoy tu ayuda fue muy útil —sacudió su cabello sedoso haciéndola reír.

Sus pequeños y redondos ojos ámbar se iluminaron de emoción. Y Leia estaba en lo cierto: Karis, con su gracia e inocencia de niña, había atraído a muchos clientes y los había convencido de llevarse productos.

—Por una vez, me gustaría que te la llevaras —le dijo Jesser a Leia en un tono más bajo mientras su hija se iba a un lado a jugar con su nueva moneda.

—Mira lo feliz que está —dijo Leia señalando con el mentón a la niña. —Deja que se divierta. Quién sabe lo que le espera en cuanto vengan a cobrarnos.

Jesser se quedó en silencio porque pese a que le costaba admitirlo, Leia tenía razón; aunque siempre estaba la posibilidad de que aquel día todos entreguen el pago o se entreguen ellos mismos sin causar ningún escándalo.

Las trompetas resonaron con fuerza y Leia tomó por el brazo a Karis y la atrajo hacia sí, ambas sentadas al otro lado del mostrador.

—Bien, Karis —le susurró Leia. —Ahora jugaremos a un juego, ¿sí? —la niña asintió con la cabeza frenéticamente. —Consiste en que no debemos elevar la voz ni salir de este escondite.

—¿Y cuál es el premio? —le preguntó Karis imitando obedientemente el tono de Leia.

Leia lo pensó un momento antes de responder:

—Mañana te enseñaré a administrar tu fuerza para poder levantar cosas más pesadas y así ayudar a tu madre, ¿vale?

Una radiante sonrisa se le dibujó a la niña en su delicado rostro.

—¡Sí! —exclamó por lo bajo y se acurrucó en los brazos de Leia. Por su parte, Jesser se colocó al frente como siempre con las manos sosteniendo el pago detrás de su espalda, esperando con una postura firme. —¿Por qué mamá no juega? —preguntó Karis observando a su madre.

—Porque ella una vez perdió, y cuando alguien pierde, no puede volver a jugar —le advirtió, intentando sonar seria. Karis asintió con firmeza y se mantuvo en silencio jugando con la moneda en su mano.

A Leia casi se le va todo el aire de los pulmones en cuanto vio cómo la niña sacó otra moneda del bolsillo de su falda gris.

—Karis, ¿de dónde sacaste eso? —le preguntó, intentando ocultar el pánico en su voz.

—Se le calló a mamá y no se dio cuenta. Soy muy sigilosa, ¿no? —le respondió con toda la inocencia en su voz.

Sin necesidad de verse a sí misma, Leia sabía que se le había ido todo el color del rostro. Se asomó silenciosamente sobre el mostrador y descubrió que a los guardias les faltaba sólo una tienda más antes de llegar a la suya. Intentó captar la atención de Jesser pero no tuvo éxito. La mujer miraba fijamente al frente, dándole la espalda.

Leia le envió una plegaria a cualquier dios que estuviera escuchando. No perdería a su amiga, no ese día, ni nunca.

El momento más temido por Leia llegó. Un hombre de gran tamaño y brazos y piernas gruesas extendió su mano para que Jesser le tendiera el pago. Eso hizo, sin siquiera estremecerse. Claro, ella no estaba ni enterada de que faltaba una única moneda. El soldado sacó todas las monedas de la bolsa y las lanzó sobre el mostrador. Leia y Karis se estremecieron cuando sintieron que todo eso sucedía sobre sus cabezas. El hombre comenzó a contar una por una para sus adentros. Leia le arrebató una de las monedas a Karis, quien casi se quejó en voz alta, pero Leia le indicó que no abriera la boca colocándose un dedo índice sobre sus labios. Luego esperó encontrar un momento en que el soldado se distrajera para colocar la moneda con las demás.

Sólo quedaban tres sobre la mesa y el hombre no quitaba la vista de la bolsa. Leia maldijo para sus adentros.

—Aquí sólo hay cuarenta y nueve —gruñó el guardia golpeando un puño sobre el mostrador. Karis se acurrucó más contra Leia.

El miedo y la sorpresa que se instalaron en el rostro de Jesser dejó a Leia sin aliento.

—Imposible —dijo con voz temblorosa. —Yo conté—

—¿Me está tratando de mentiroso? —le gritó el hombre, y el sonido de su palma contra la mejilla de Jesser hizo detener a los otros soldados que contaban las monedas. Todos observaban con atención pero nadie hacía nada.

Jesser mantuvo la postura, una lágrima silenciosa rodando por su ahora colorada mejilla.

—Usted viene conmigo —sentenció el guardia, tomando el brazo de Jesser con una mano y con la otra la bolsa con las cuarenta y nueve monedas.

Leia sabía que no podía dejar las cosas así. Sin pensarlo dos veces, le susurró a Karis que pasara lo que pasara, no se moviera de su escondite ya que si no, no ganaría, y se acomodó su capucha al tiempo en que salió de debajo del mostrador con la cabeza en alto. Saltó hacia el otro lado y se paró frente al hombre.

—Suéltala —advirtió sin elevar tanto la voz. Era consciente de que todos en El Mercado tenían los ojos puestos en ellos tres. —Ten la moneda que falta —agregó tendiéndole el círculo plateado que tanto valor tenía para ellos.

El soldado la observó de arriba abajo. A través de su casco, Leia sólo percibió unos ojos oscuros y unos labios gruesos tornándose ligeramente hacia arriba.

—¿Y usted por qué estaba escondida? —preguntó, su gruesa voz penetrando los oídos de Leia. Ella se dio cuenta de que la mano con la que sostenía el brazo de Jesser se había aflojado.

No sabía qué responder a eso, así que sólo se acercó más, aun extendiéndole la moneda. Jesser tenía los ojos clavados en el lugar donde se suponía que Karis estaba escondida.

A Leia no le dio tiempo a correrse en cuanto otro guardia detrás de ella le quitó la capa de un tirón, dejándola por completo al descubierto. El terror la invadió en cuanto oyó gritos ahogados de sorpresa, en especial de parte de los soldados. Estaba atrapada, la habían reconocido.

El guardia que sostenía a Jesser la soltó, perdiendo totalmente el interés por ella. La mujer corrió a abrazar a su hija, quien se había asomado en cuanto los murmullos comenzaron.

Varios soldados desenfundaron sus espadas, una sonrisa triunfante iluminando sus oscuros rostros. El corazón de Leia latía con fuerza retumbando en sus oídos. No tenía a dónde ir, se dio cuenta buscando desesperadamente con la mirada algún hueco por el cual poder escapar.

—Así que todo este tiempo la princesa de Antel se mantuvo oculta en Emera —Leia se volteó por completo para ver quién hablaba. Era otro soldado, como era de esperar, pero la joven percibió esa oscuridad con su poder y sintió un temblor en su pecho.

Al oír esas palabras, los que en ese momento no entendían qué estaba sucediendo parecieron entenderlo todo. Miraban a Leia con... con desprecio, se dio cuenta, como si

recordaran qué les hacían la gente de la realeza, y ahora ella formaría parte de eso. Sacudió la cabeza para quitarse esa idea de la mente.

Y de repente, su sexto sentido, su poder, percibió otra cosa. Un viento fuerte y poderoso; pero no lo sentía físicamente, sino en las profundidades de su interior. Algunos de los guardias también parecieron sentir eso ya que buscaban algo con la mirada.

El hombre que emanaba esa oscuridad perceptible sólo para ella levantó su espada y apoyó levemente la punta de la misma en el cuello de la joven. Leia fue lo suficientemente inteligente como para no dar un paso atrás ya que él sería más rápido y le rebanaría la garganta sin piedad. Tragó grueso.

—Entrégate pacíficamente y—

El guardia había comenzado a decir, pero se detuvo con brusquedad abriendo los ojos como platos. Leia frunció el ceño, en especial cuando él soltó su espada. Todos los presentes soltaron gritos ahogados y recién cuando el hombre calló de bruces al suelo Leia se dio cuenta de que detrás de su cabeza, en un pequeño espacio en donde su casco no lo cubría, una flecha le había atravesado el cráneo.

Y no sólo eso, sino que de repente su cuerpo se desintegró como polvo delante de sus ojos.

Esta vez, la joven sí retrocedió, mirando al frente para encontrar el origen de aquella flecha.

Al fondo de El Mercado cerca de la entrada, dos figuras altas y casi idénticas avanzaron con paso firme seguidos por... Leia entrecerró los ojos para observar mejor y se dio cuenta de que eran más solados, pero a diferencia de los que patrullaban en Emera, esos llevaban armaduras grises y plateadas, todos con un escudo diferente al de Velthorn.

Sus oídos se agudizaron y oyeron a varios habitantes del pueblo susurrar:

—*Es el rey. El rey ha vuelto.*

A Leia se le heló la sangre. Era imposible que Connor saliera de su preciado castillo. Casi nunca lo había hecho, y *menos* para ir a un pueblo tan precario y alejado como el de Emera. Pero entonces cayó en la cuenta: no era el Rey Supremo. La gente se refería al verdadero rey de Orland, y algo en ella se relajó, en especial cuando distinguió a otras dos figuras familiares al lado de los gemelos Dustin: Adara y Aileen. Para su asombro, esta última llevaba un arco en su mano, sonriendo con satisfacción. Con que *ese* había sido el origen de la flecha.

Los soldados de Velthorn se colocaron en posición de ataque y los habitantes de Emera aprovecharon la distracción para ocultarse tras sus tiendas. En cuanto a Leia, al tardar en decidir si quedarse o esconderse, un guardia la atrajo hacia sí con el filo de una de sus dagas rozando su temblorosa garganta.

El frío filo del arma del contrincante le rozaba el cuello cada vez que ella tragaba, así que decidió guardarse la saliva. Un movimiento en falso y se desangraría en el suelo. Respiró varias veces lo más lento posible, intentando calmar los latidos de su agitado corazón y callando el poder que rugía en sus oídos con todas las ganas de salir.

Cuando los gemelos y sus hombres estuvieron lo suficientemente cerca de Leia y los demás, el rey de Orland se quitó la capucha que ocultaba su rostro dejando al aire la belleza del mismo. Su cabello corto anaranjado peinado prolijamente hacia atrás dejaba ver su brillante rostro, los pómulos bien marcados, su mandíbula cubierta por una barba castaña apenas creciente, y sus ojos verde esmeralda estudiaban a Leia y a la daga que dividía la línea entre la vida y la muerte de la joven. A su lado, apenas un paso más atrás, se encontraba el hermano de Aiden. *Cassian*, recordó Leia. También se quitó la capucha, revelando exactamente el mismo rostro que el del rey, sólo que su mandíbula estaba al descubierto, pudiéndose apreciar su piel pálida y sus brillantes ojos. Él tenía el cabello más desordenado, en especial con el viento que Leia sabía que no provenía de la naturaleza.

Ella no había recordado hasta ahora que el poder de manipular el viento sólo lo tenían los herederos de Orland. Al tenerlos tan cerca, podía percibir con más facilidad su poder ardiendo en sus venas con las mismas ganas de salir que el de ella.

—Suelta a la princesa, soldado —la fría voz de Aiden estremeció por completo a Leia, pero los guardias no se veían ni mínimamente inmutados.

El hombre que sostenía a la joven apretó más el brazo con el que rodeaba su estómago.

—Tú no eres mi rey, Dustin —gruñó, escupiendo a los pies del poseedor del viento.

Unas partículas extrañas en una de las manos de Aiden captó la atención de Leia. De repente, las plantas y las telas que cubrían las tiendas comenzaron a sacudirse. <<*Está usando su poder*>>, se dijo a sí misma, asombrada. Sus ojos dorados como el sol se encontraron con los de Cassian, quien la observaba con una profundidad que la hizo sentir ligeramente incómoda.

Los hombres del rey de Orland desenfundaron sus espadas, preparados para recibir la orden de atacar. La armadura de los gemelos brillaba bajo los últimos rayos del sol del atardecer.

—Estás en mis tierras —le recordó Aiden. —Responderás a *mis* órdenes.

—Lazy —Leia escuchó cómo Karis la llamaba con voz temblorosa y cargada de preocupación.

El soldado que la sostenía se volteó para ver de dónde provenía esa voz, así que Leia usó esa distracción para pisar con todas sus fuerzas el pie del hombre. Éste aflojó su agarre y la joven se deslizó al suelo antes de que la daga le rasgara la garganta. El filo sólo llegó a hacerle un pequeño corte en la frente, pero apenas lo sintió ya que toda su atención fue a parar a Aiden, quien dio la señal que sus hombres esperaban. De repente, El Mercado se convirtió en un campo de batalla. Espada contra espada, armadura contra armadura, gritos de desesperación y dolor.

Leia salió de su estado de shock para correr hasta Jesser y Karis, quienes se abrazaban con fuerza temblando las dos por igual. Incluso Karis tenía el rostro colorado de tanto llorar.

—Tranquilas —les dijo, frotándole la espalda a Jesser. —Tienen que salir de aquí.

—¿Y tú qué? —le preguntó Jesser, la preocupación inundando su suave rostro. Sin embargo, había algo más en su mirada, algo que Leia nunca había visto: *desconfianza*; desconfianza hacia *ella*.

—Ya sabes quién soy —le dijo la joven forzando una sonrisa. —Las necesito a salvo, ¿sí? Yo estaré bien.

Pese a que Jesser no estaba del todo convencida, asintió pesadamente y se alejó de El Mercado con Karis en sus brazos, seguida por otros habitantes que también intentaban escapar aprovechando la gran distracción.

Una vez que Leia se aseguró de que ambas salieran sanas y salvas, se volteó para enfrentar la batalla que se estaba desencadenando. Al parecer, los hombres del rey de Orland estaban ganando ya que eran la mayoría. Los ojos de Leia se abrieron de par en par al ver cómo luchaban los gemelos. Ni siquiera se habían molestado en desenfundar sus armas. Todo lo que hacían, cómo le quitaban la vida a cada soldado de Velthorn que encontraban a su paso, era gracias a esas partículas que despedían sus manos. Ráfagas de viento los mandaban a volar para estrellarse contra algo de una manera tan abrupta que no volvían a levantarse.

Otra de las personas que luchaba con ferocidad era Aileen. Sus ojos oscuros brillaban con diversión con cada flecha que lanzaba, cada una acertando en el blanco. Y si estaba a punto de ser atacada cuerpo a cuerpo por un enemigo, desenfundaba una de sus dagas a la velocidad de la luz y les rebanaba la garganta, el lugar donde mayormente su armadura no cubría.

Adara llegó rápidamente al lado de Leia, revisando el rostro de la joven con suma atención.

—Te hicieron un corte aquí —le dijo a Leia señalando con su dedo índice un punto en la frente de la joven.

—Estoy bien, no es nada —dijo, alejándose un poco de Adara.

Frente a ellas, la batalla llegaba a su fin. Todos los soldados que habían ido a cobrar el pago yacían sin vida en el suelo. Todo el camino de tierra ahora era de un tono carmesí y el olor era nauseabundo. Los hombres de Aiden se tomaron su tiempo para recuperar la compostura. Parecían cansados pero satisfechos, al igual que los gemelos y Aileen.

Con respecto a los herederos de Orland, cuyas capas se habían perdido en el revuelo de la batalla, se acercaron hasta donde ellas se encontraban. Sus armaduras antes plateadas ahora estaban rasgadas y manchadas de un color rojo oscuro que hizo estremecer a Leia.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Cassian, pasándose una mano por su cabello para sacudírselo un poco.

—Eso creo —contestó la joven, y por primera vez en esa tarde se permitió respirar profundamente.

—Señor —habló uno de los soldados, quitándose el casco para revelar el rostro de un hombre de mediana edad completamente sudado y cansado. —Uno de ellos logró escapar.

Aiden tensionó su mandíbula.

—Igualmente hicieron un buen trabajo, soldado —le dijo el rey, colocando respetuosamente una mano sobre el hombro de su hombre. Éste sonrió con el orgullo iluminándole sus castaños ojos.

—Gracias, Su Majestad —contestó asintiendo con firmeza.

—Ordénales a los demás que se preparen para partir —le pidió Aiden con sorprendente amabilidad.

—A la orden —dijo, y se alejó haciendo una corta reverencia.

Luego Aiden se volteó para ver a Adara y a Aileen.

—¿Qué hay de ustedes? ¿Están bien?

—Sí, ni un rayón —le respondió Adara extendiendo sus brazos para demostrar que no estaba herida.

—Así que... —empezó a decir el rey, esta vez mirando a Leia. —Leia Stormholl, ¿eh?

Hacía años que Leia no escuchaba su nombre completo en los labios de otra persona. Sonaba tan extraño... casi como si no fuera ella realmente. Estaba tan acostumbrada a Lazy Lykel que el otro nombre le sonaba demasiado raro en sus oídos. Sólo lo había escuchado una vez cuando Linda y Darren se lo dijeron aquél día en que le contaron toda la verdad. Fue la única vez que se tocó el tema ya que ella decidió que no quería volver a hablar de ello. Y luego de que Adara y Aileen los visitaran por sorpresa, Linda, al igual que Kailani, le preguntó una única vez a Leia si quería hablarlo, pero cuando la joven respondió que no, que quería pensarlo por su cuenta, todos respetaron su decisión y actuaron como si aquello nunca hubiera ocurrido. Pero ahora que el mismísimo rey de Orland lo decía... todo comenzaba a cobrar más vida en su cabeza y eso no le agradaba.

—Eso parece —le respondió al rey sin saber si tratarlo con tanto respeto como debería. Al parecer, ese pensamiento parecía expresarse en su rostro ya que Cassian le dijo:

—Tranquila, aquí todos somos amigos y nos ahorramos las formalidades —al guiñarle un ojo, Leia quitó rápidamente sus ojos de los de él, un poco avergonzada.

—¿Quieres que hablemos tranquilamente en tu casa? —le preguntó Adara con un tono de voz dulce.

—Sí —respondió rápidamente. —Creo que mi familia también debe oír todo lo que tengan para decir.

Y sin decir nada más, los cinco partieron hacia el hogar de Leia. Aiden le había ordenado a un grupo de sus hombres que se encargara de limpiar el desastre de El Mercado y que otro grupo los escoltara por si había más guardias de Velthorn rondando por allí. Para su suerte, no tuvieron ningún encuentro indeseado.

Al llegar al destino, los soldados esperaron paciente y educadamente en la puerta, cumpliendo su papel de protectores.

La primera en entrar fue Leia. Sus padres y su hermana se levantaron rápidamente de sus asientos en la mesa de la cocina. La joven casi se desploma en el suelo al ver los rostros de preocupación de su familia. Tanto Linda como Kai tenían restos de lágrimas en sus mejillas repletas de pecas. Los cuatro se abrazaron y los demás les dieron su espacio, tan callados que parecía que no estaban presentes. Cuando se separaron, Linda se aclaró la garganta y enfrentó a los demás.

—¿Desean algo para be-?

Quedó sin habla al ver quiénes eran los dos hombres que se encontraban en la misma habitación que ella.

—Está bien, señora Lykel —le dijo Aiden intentando sonar relajado y amable. —No necesitamos nada.

Ella siguió en silencio y se paró al lado de su pareja, quien le rodeó los hombros con un brazo con la misma expresión de asombro al observar a los inesperados invitados.

Leia echó un rápido vistazo a su alrededor y se percató de cuánto contrastaban los cuatro miembros de la realeza dentro de su pequeño hogar; parecían desprender un aura de riqueza e inteligencia superior. Igualmente, no llegaba a sentirse avergonzada de su vivienda. Seguía estando orgullosamente satisfecha de todo lo que la rodeaba, de lo que era *suyo*.

Kailani, siendo la más espabilada de la familia, les ofreció un asiento en la cocina a los demás, quienes aceptaron amablemente. Sólo había cuatro sillas pero se acomodaron rápidamente: los gemelos lado a lado frente a Leia y a Kai; y los padres de ambas de pie detrás de ellas en la misma posición en la que estaban Adara y Aileen detrás de los gemelos.

—Bien —comenzó Aiden, quien se encontraba en diagonal a Leia, y tomó aire para comenzar a hablar mirando fijamente a la joven: —Tengo por entendido que Adara te habló sobre lo que pensamos sobre ti y tu poder —hizo una pausa para que Leia asintiera con la cabeza a modo de confirmación. —Y por lo que sé, tenías que tomar una decisión.

Y ese era el momento que Leia quiso evitar a lo largo de toda la semana. No le habían alcanzado seis días para pensarlo del todo. Cada día que pasaba estaba más confundida. Pero algo en ella cambió cuando vio cuán en peligro estuvo Jesser esa tarde. Karis casi perdía a su madre para siempre ya que todo aquél que terminaba prisionero en Velthorn jamás se volvía a ver.

—Iré con ustedes —anunció Leia sin poder mirar a nadie a los ojos, y *menos* a su familia. —Pero con una condición —los demás la observaban expectantes. —Cuando todo termine, cuando Connor esté muerto y su reinado se acabe, volveré con mi familia.

Por el rabillo del ojo, Leia percibió un asomo de sonrisa en el rostro de su hermana, quien colocó una mano sobre su muslo bajo la mesa en un gesto de cariño y quizás, agradecimiento. Los cuatro visitantes compartían miradas, pero Leia no podía descifrar qué significaban.

—No sabemos cuánto podremos asegurarte eso —admitió Adara, y Leia frunció el ceño. —Tu gente te necesita, Leia. Cuando la guerra termine, porque es obvio que habrá una, tu gente te necesitará para que los ayudes a recuperarse.

—Entonces consíganse a otra persona —les dijo Leia cruzándose de brazos y apoyando su espalda en el respaldo de la silla.

—¿Y cuál sería tu objetivo? —le preguntó Aileen. —Matas a Connor, ¿y abandonas a tu gente así como así?

Leia se percató de la mirada de precaución que le echó Adara a su compañera. Aileen la ignoró, sus ojos marrones clavados en los de Leia. Resultaba un poco (por no decir *muuy*) intimidante para la joven, pero lo que decía era cierto, aunque le costaba admitirlo.

—Escucha —le dijo Cassian con suavidad. —Lo que menos queremos es presionarte. Sabemos que todo esto es demasiado para ti, de verdad, pero sólo queremos lo mejor para nuestros reinos, para nuestra gente. Y para eso te necesitamos a ti. Aunque tu pueblo no te conozca, al verte allí guiándolos por un buen camino, te adorarán.

Leia dejó que sus palabras se asentaran en su mente. Todos tenían su punto. Y aunque a Leia le doliera horrores, tenía que aceptar. Tenía que enfrentarse a lo que se esperaba de ella.

—Bien —dijo luego de un momento en silencio. —Iré a Antel y haré lo que sea necesario para terminar con él.

Se volteó para observar la reacción de sus padres.

—¿Estás segura? —le preguntó Darren, y era la primera vez que Leia oía su voz temblorosa. Ella sólo asintió en respuesta y se levantó para abrazarlos.

—Estoy tan orgullosa de ti —le susurró Linda apretándola con fuerza. —Nunca lo olvides, mi pequeña Lazy.

Y en ese momento, Leia permitió que algunas lágrimas silenciosas rodaran por sus mejillas.

—Siempre serás bienvenida aquí, no importa si como Lazy o como Leia —le dijo Darren tomando su rostro entre sus manos y besándole ambas mejillas.

Cuando se volteó para enfrentar a su hermana, vio que los demás se habían levantado de sus asientos y se estaban dirigiendo a la salida.

—Te daremos el espacio y tiempo que necesites para despedirte —le dijo Adara con el rostro relajado y sereno. —Estaremos afuera —aclaró, y los cuatro salieron uno detrás del otro. —Por cierto —dijo, deteniéndose por un momento. —Sólo empaca lo que consideres simbólico. En el castillo encontrarás todo lo demás —y dicho eso, la familia quedó por fin a solas en la casa.

—Déjame ir contigo —le pidió Kai para sorpresa de Leia una vez que ambas estaban solas en su habitación.

—No, ni hablar —respondió su hermana rápidamente, negando con la cabeza. —No podría soportar que estés en un lugar peligroso.

—¿Y te piensas que yo sí? ¿Que yo voy a poder soportar estar aquí mientras mi hermana se va a luchar a una maldita guerra contra el Rey Supremo?

Leia suspiró, masajeándose las sienes. Todo estaba sucediendo muy, muy rápido...

—Debes cuidar de mamá y papá —le recordó Leia, analizando la habitación con los ojos y pensando qué debería llevarse.

—Ellos estarán bien. Será como en los viejos tiempos, cuando ni tu ni yo llegamos a sus vidas —se defendió encogiéndose de hombros.

—Kai —la llamó Leia, y se volteó para mirarla a los ojos. —Te amo, a ti y a nuestros padres, y necesito saber que estarán aquí a salvo.

—¿Pero qué hay de ti? —preguntó, y las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas.

Ya que no encontraba palabras para responderle, simplemente sacó el collar de debajo de su vestido beige para que lo viera. Kai entendió a lo que se refería su hermana, pero no la convencía del todo. Sin embargo, no quería meterle más presión de la que ya tenía encima, así que se rindió.

—Prométeme que cuando todo termine, nos volveremos a ver —le pidió Kai tomando sus manos entre las suyas.

Ese contacto cálido que tanto le recordaría a su familia hizo sonreír a Leia, al menos un poco.

—Lo prometo, hermana —dijo, y ambas se abrazaron.

Una vez que Kai volvió a la cocina para encontrarse con sus padres, Leia se centró en su habitación, en el desorden familiar del colchón que compartía con su hermana, con las sábanas amarillas enrolladas a un lado ya que ninguna de las dos tenía tiempo de ordenarlas por la mañana; el olor a hierbas naturales inundó sus sentidos, recordando cuánto le gustaba a su madre, a Linda, adornar todas las habitaciones con una planta específica que desprendía ese olor.

Ahora que había visto todo lo que había en su habitación, no estaba segura de qué llevarse consigo. ¿Qué consideraba tan necesario como para llevarlo a un lugar completamente desconocido y alejado?

La única posesión de la que jamás se separó desde que la obtuvo fue la capa que su hermana le había confeccionado, y estaba claro que la llevaría puesta.

Leia tenía en claro que regresaría. Fuera como fuese, en cualquier momento, ella regresaría a su pueblo, incluso si eso significaba tener que ir a la guerra; por lo que terminó por decidir que no se llevaría nada de allí. Lo dejaría todo como estaba para que aguardara por ella a su regreso.

Pero antes de salir de allí, algo pequeño captó su atención. Su mirada había pasado por una mesilla colocada a un costado del colchón. Sobre la misma se encontraba una flor tallada en madera. No era perfecta, por supuesto; después de todo, había sido fabricada por una niña de siete años. Esa había sido la primera figura que Karis había logrado terminar por completo, y se la había obsequiado a Leia como un agradecimiento por su amistad, o al menos eso era lo que le había dicho al entregársela. La joven no pudo evitar sonreír ante el recuerdo al tiempo en que se llevaba la pequeña figura al bolsillo oculto de la falda de su vestido. No sabía con claridad por qué decidió llevársela, pero no cambió de opinión.

incluso luego de haber echado un último vistazo a la pequeña y oscura habitación y salir sin mirar atrás.

Al llegar a la cocina, sus padres y su hermana la miraban con una mezcla de orgullo y tristeza. Se sumergieron en un abrazo grupal sin decir nada porque en momentos como ese, las palabras no eran necesarias.

—Háznos sentir la familia más orgullosa, mi pequeña —la alentó Linda acariciando su mejilla con una mano cálida y suave. Leia disfrutó cada instante de ese contacto.

—Estaremos apoyándote desde aquí —le dijo Darren, su fuerte mano sobre el hombro de la joven apretándolo cariñosamente.

—Hazle saber a ese rey quién manda —le dijo Kai, guiñándole el ojo a su hermana.

Leia los observó. Observó cada detalle de ellos, de su familia, de quienes la apoyaron y criaron cuando ella no tenía a nadie más. Y se permitió sonreír orgullosa y feliz de haber podido formar parte de esa pequeña pero amorosa familia.

—¿Puedo pedirles un último favor? —preguntó Leia a nadie en particular. Ellos asintieron, atentos. —Díganles a Jesser y a Karis que las amo y que pensaré en ellas todo el tiempo —contuvo las lágrimas que amenazaban con salir. —Díganles que nunca las olvidaré y que pelearé por ellas, por el futuro de Karis —hizo otra pausa para tomar aire. —Y díganle a Luke que también lo amo y que hubiera dado lo que fuera por verlo una vez más antes de irme.

Luke Whinston, el muchacho más respetuoso, inteligente y amable que Leia había conocido. Su padre, Reen Whinston, era un viejo amigo de Darren, y gracias a esa amistad, se formó una nueva entre Luke, Leia y Kailani. Se convirtieron en un grupo inseparable. Pero cuando alcanzaron los dieciséis años, debieron dejar de verse tan seguido para asistir a sus respectivos trabajos, y cuanto más tiempo pasaba, menos se veían. Sin embargo, cuando encontraban un pequeño tiempo libre, se juntaban para compartir ese rato.

Leia no recordaba la última vez que lo vio. Sabía que él trabajaba junto a los que llevaban la mercadería desde Emera hasta el castillo de Velthorn, pero hacía mucho que no tenía tiempo libre para verlas, y Leia odiaba no saber de él por tanto tiempo. Igualmente, Darren siempre les avisaba a sus hijas que el joven estaba bien ya que se encontraba diariamente con Reen, quien le daba información sobre la ubicación de su hijo.

—Será el primero al que le avise de todo esto, de una u otra manera —le prometió Kai a Leia asintiendo con firmeza.

Luke supo desde un principio quién era Leia verdaderamente. La descubrió un día sin su capucha puesta cuando era sólo una niña, jugando a las escondidas con su hermana. El viento le había dejado al descubierto su rostro, en especial sus ojos dorados, y a Luke le había llamado tanto la atención que se acercó a preguntar quién era. Ambas le hicieron jurar al niño que no dijera nada, y ese secreto fue el que los unió. Más tarde se enteraron de que Reen era amigo de Darren, entonces empezaron a verse más seguido. Sin embargo, Luke jamás le contó a nadie de su familia la verdad sobre Leia, cumpliendo su promesa y demostrándole a la joven que se tomaba muy en serio su amistad y confianza.

Leia volvió al presente, enfocándose en su familia.

—Los amo —susurró, pero no lo suficientemente bajo para que así la oyeran. —Los amo, como Lazy y como Leia, y lucharé por ustedes, por mi familia.

Volvieron a envolverse en un abrazo, y esta vez a Leia le costó toda la fuerza de los músculos de su cara para no echarse a llorar otra vez. Suspiró en cuanto se alejó de la calidez de sus cuerpos y todos caminaron lentamente hacia la entrada. Leia tomó la capa negra de siempre, sorprendida de encontrarla en el suelo de la entrada ya que no recordaba haber salido de esa batalla con ella, y se la puso sobre los hombros.

Al otro lado de la puerta, algunos soldados estaban rodeando la casa con la vista al frente, vigilando. Luego estaban los cuatro visitantes hablando casualmente en una ronda. Se voltearon en silencio en cuanto se percataron de que Leia había salido.

La joven pisó la parte de afuera de la casa, de su hogar, y un vacío la golpeó de lleno. Ya no volvería a pisar esa casa hasta dentro de un largo tiempo. Otra vez tomó aire para tragarse la angustia y se giró para mirar a Linda y a Darren, rodeando con sus brazos los hombros de Kai. Los tres seguían teniendo el orgullo por Leia escrito en sus ojos cristalizados por las lágrimas. Leia les sonrió una última vez, una sonrisa verdadera, antes de voltearse para darles la espalda y seguir a los demás sin atreverse a mirar atrás. Se colocó la capucha para cubrirse como siempre hacía y se permitió llorar en silencio con la vista clavada en el suelo.

Capítulo 5

El pelirrojo sabía que debajo de la capucha de la princesa de fuego se escondía el rostro de una joven que acababa de alejarse de todo lo que conocía, de sus seres queridos. Sin embargo, no se atrevió a decirle nada. No sabía cuáles serían las palabras correctas para hacerla sentir mejor, así que se dedicó a caminar con la vista al frente hasta donde sus caballos aguardaban pastoreando sobre una explanada un poco alejada de Emera.

Los hombres de su hermano los protegían en un círculo, cada uno atento a su sector. Aiden iba a su lado hablando con el capitán de la guardia de Orland. Unos pasos más atrás se encontraban Adara y Aileen sumidas en sus pensamientos, de vez en cuando echándole un vistazo a Leia, quien caminaba un poco más alejada del resto.

Al llegar hasta donde se encontraban aguardando los caballos y algunos otros hombres de Aiden, todos comenzaron a prepararse para partir. Cassian vio cómo Adara sacó de la alforja de la montura de su caballo materiales para desinfectar la herida en la frente de Leia. Mientras ayudaba a la joven (quien al principio se rehusó, pero Adara seguía insistiendo, por lo que terminó aceptando), Cassian fue hasta su caballo, un semental negro como la noche con una mancha blanca alargada en el hocico. El joven acarició esa parte ya que a su caballo le encantaba, y le susurró unas suaves palabras de cariño.

—Vaya, ¿no me vas a presentar a tu pareja? —la voz de su hermano detrás de él lo sobresaltó ligeramente, y le propinó un codazo en el estómago haciéndolo reír aún más. — No seas así, no te lo voy a quitar —seguía bromeando, señalando con el mentón al semental.

—¿Y tú por qué estás tan sonriente? No pasaste sólo la noche, ¿verdad? — contraatacó Cassian con una mirada pícaro hacia Aileen.

El joven se echó a reír en cuanto las mejillas de su hermano se tornaron tan rojas como sus labios.

—Te delatas tú sólo, hermanito —siguió bromeando Cassian, y Aiden le propinó un puñetazo en el antebrazo, sonriendo igualmente.

—Son tan tiernos cuando se llevan bien —Adara se unió al tonto cuando pasó por su lado para guardar nuevamente los materiales en su alforja. Los ojos verde esmeralda de Cassian viajaron a la princesa de fuego, quien estaba de espaldas a ellos mirando a lo lejos su pueblo iluminado por la luz cálida de las antorchas. Sus brazos rodeaban su pequeño cuerpo como conteniéndose a sí misma, y a Cassian le costó un gran esfuerzo no ir a reconfortarla. —Debe ser difícil —Adara interrumpió los pensamientos del joven. Cassian se dio cuenta de que se refería a Leia ya que ella también la estaba observando.

—Deberíamos irnos antes de que se arrepienta —sugirió Aileen por lo bajo, enarcando una ceja en dirección a Leia.

—Ya escuchaste, capitán —le dijo Aiden a su capitán de la guardia. Éste asintió con firmeza y les dio la orden a sus hombres de subirse a sus caballos.

Cassian y Adara se movieron al mismo tiempo en dirección a Leia.

—¿Estás lista para irnos? —le preguntó Adara, su voz suave como la seda.

—Claro —respondió la joven, quitando la mirada rápidamente de su pueblo como si no lo soportara. —¿A Antel?

—En realidad, primero debemos pasar por nuestro hogar —le respondió Cassian, refiriéndose a su castillo. —Debemos dejar un par de cosas hechas antes de acompañarlas hasta Antel.

Leia asintió, y cuando Cassian logró ver su rostro, se percató de la venda que Adara había utilizado para cubrir la herida. Leia no parecía sentirse muy cómoda ya que de vez en cuando fruncía el ceño como si le diera comezón, pero se la dejó estar.

Caminaron hasta los cuatro caballos que habían traído para ellos.

—¿Alguna vez anduviste en uno? —le preguntó a la princesa de fuego, quien los observaba con asombro. Negó con la cabeza en respuesta.

—¿Te importa cabalgar conmigo? — le preguntó Adara, señalando una yegua castaña. —De mientras puedo enseñarte.

—Claro —respondió la joven encogiéndose de hombros.

Primero se subió Adara, con tal rapidez que Leia tardó unos momentos en intentar imitarla. Adara le tendió una mano para ayudarla y Cassian se ofreció a impulsarla. Tímidamente, Leia aceptó la ayuda y colocó un pie en las manos juntas de Cassian, sostenida de la mano de Adara. Se impulsó para cruzar la otra pierna al otro lado de la yegua y aterrizó perfectamente delante de Adara. Cassian asintió como felicitándola y se subió a su caballo, Aiden y Aileen haciendo lo mismo con sus respectivos animales.

El capitán de la guardia iba al frente junto con un grupo de hombres marcando el camino a seguir. A los costados había más guardias escoltándolos, y atrás otros más. La gran mayoría llevaba antorchas para iluminar el camino de tierra que conducía al castillo. Aiden se había encargado perfectamente de duplicar la cantidad de soldados ahora que traían consigo a la futura reina de Antel.

Era más hermosa de lo que Cassian había imaginado. Pese a que la capucha tapaba gran parte de su rostro, llegaban a verse algunos cabellos sueltos que se movían hacia adelante de un color castaño claro, resaltando lo rosado de su piel. Sus ojos eran lo que más destacaba, de un dorado tan brillante como el mismísimo sol, aunque ahora se encontraban un poco más opacos por la tristeza.

<<Vaya ironía, la princesa de fuego con ojos del color del sol>>.

Leia pareció percatarse de que estaba siendo observada ya que sus ojos viajaron a los de Cassian, y éste casi se atragantó con su propia saliva al tiempo en que miraba hacia otro lado.

—Oye, ¿no te parece que es muy temprano para ligar? —inquirió su hermano en un susurro con un tono burlón. Cassian sintió sus mejillas arder y le murmuró alguna que otra maldición.

Llegar a su destino les tomó bastante tiempo. Por el color del cielo, parecía que faltaba muy poco para el amanecer. El cansancio de todos se vio reflejado en los bostezos y desperezos.

—Bien —comenzó diciendo Aiden en la entrada del castillo, elevando la voz para que todos lo oyeran. —Descansaremos lo que queda para el amanecer aquí, y partiremos a Antel por la mañana luego del desayuno —hizo una pausa y llamó a una criada. —Por favor, encárgate de prepararle unos aposentos a la princesa de Antel.

La mujer abrió los ojos de par en par ante la presencia de Leia, pero sólo le dio una corta reverencia antes de ayudarla a bajarse del caballo y guiarla al interior del castillo, probablemente a alguno de los aposentos de la primera planta.

—Los demás, —continuó Aiden. —prepárense para el largo viaje que nos espera. Ustedes, —dijo dirigiéndose a un grupo de criadas. —prepárennos canastas con comida que nos alcance para el viaje.

Todos se pusieron a cumplir las órdenes de Aiden. Los demás bajaron de los caballos y un hombre se los llevó al establo para dejarlos descansar. Adara y Aileen se despidieron de los gemelos para irse a dormir a los aposentos que ya tenían preparados ya que habían pasado una semana allí. En cuanto a Aiden, convocó una reunión con sus mejores hombres.

—Necesitas descansar —le advirtió Cassian tomándolo del brazo antes de que su hermano se dirigiera a la sala de reuniones.

—Luego de la reunión, me iré a dormir. No te preocupes —le dijo y se alejó de allí, dejándolo parado en la entrada.

Cassian resopló pero decidió dejarlo ir y se dirigió hasta sus aposentos en la última planta del castillo. Ni siquiera se molestó en quitarse su armadura. En cuanto dejó caer su cuerpo en la cama, un sueño profundo lo consumió.

.....

A la mañana siguiente, cuando el sol comenzó a asomarse detrás del horizonte iluminando con su cálida luz los amplios aposentos de Cassian, el joven se preparó para desayunar en compañía de los demás.

Como de costumbre, el comedor estaba repleto de sirvientes llevando y trayendo platos de diversas comidas dulces y saladas y varias jarras con una variedad de jugos frutales y agua caliente para el té. Aiden y Aileen ya se encontraban a la mesa, uno sentado a la cabeza de la misma y la otra en su lado derecho, jugando con un cuchillo sobre su plato. Aiden levantó la mirada de unos papeles cuando percibió la llegada de su hermano. Cassian se sorprendió al encontrar unas ojeras profundas bajo los ojos esmeralda de su gemelo.

—No descansaste, ¿verdad? —inquirió Cassian, desplomándose en una silla a la izquierda de Aiden frente a Aileen, quien ni siquiera se molestó en levantar la mirada para saludarlo. <<*Siempre tan simpática*>>.

—Dormí algunas horas —murmuró Aiden, volcando su atención nuevamente a los papeles y mojando la punta de una pluma en un frasco de tinta para luego firmar en un espacio vacío del papel.

—Aiden... —le advirtió su hermano.

—¿Te creías que nos podríamos ir del reino así como así? —le preguntó Aiden, un tono irritante en su voz. —No es tan sencillo. No sucede seguido que el rey abandone su reino.

—Podrías haberme pedido ayuda y así terminábamos más rápido—

—Ah, ¿sí? —inquirió el rey, volviendo a levantar la vista. —¿Tú, que hace años te has negado rotundamente a formar parte de la política del reino, dejándome todas estas tareas a mí? —debido al lazo que compartían por poseer el mismo poder, Cassian percibió cómo se agitaba el viento en la sangre de Aiden.

El príncipe bajó la mirada y se tragó sus palabras ya que no llegaría a ningún lado discutiendo con su hermano. Aiden pareció pensar lo mismo ya que soltó un pesado suspiro y volvió a sus papeles.

—Esos pastelillos tienen muy buena pinta —acotó Aileen de la nada, tomando dos de una bandeja y comenzando a masticarlos con ganas.

Cassian soltó un suspiro casi idéntico al de su hermano y se centró en escoger su desayuno, admirando las grandes variedades que se extendían a lo largo de la mesa.

Poco tiempo después de que se sirviera un trozo de tarta de fresa y un té de lo que parecían ser hiervas, las puertas dobles del comedor se abrieron lentamente dejando entrar a Adara y a Leia. La joven princesa de fuego llevaba su adorada capa sobre sus hombros pero su rostro estaba completamente al descubierto. Al parecer, Adara le había dado la aprobación para quitarse la venda ya que su frente estaba a la vista y una delgada cicatriz apenas visible en forma horizontal era el único rastro que quedó de aquella herida.

Adara, con su aura de optimismo y alegría, los saludó a todos con una amplia sonrisa, sentándose al lado de su prima mientras que le hacía una seña a Leia para que se sentara frente a ella. La joven miró a Cassian como esperando una aprobación para sentarse a su lado, por lo que el pelirrojo asintió con gentileza señalando la silla vacía a su izquierda.

—¿Has podido descansar? —le preguntó el joven una vez que ella tomó asiento. Su cabello caía en ligeras ondas hasta un poco por debajo de sus hombros y lucía peinado, por lo que él sacó la conclusión de que Adara no se había podido resistir y le ofreció a Leia peinárselo ella misma.

—Un poco —respondió la joven, su voz apenas audible. —Todo esto es demasiado... —hizo un gesto en el aire señalando su alrededor.

—¿Lujoso? —ofreció Adara con una media sonrisa en sus labios rosados.

—Exacto —dijo Leia asintiendo con la cabeza. Luego se volteó hacia el rey, una expresión de arrepentimiento en su joven rostro. —No es una crítica, en realidad. Todo es muy hermoso, pero—

Aiden la detuvo con una mano, regalándole una sonrisa relajada.

—No te preocupes, es entendible que te sientas así —le aseguró, y la joven relajó su postura ligeramente.

—Aquí no ofenderás a nadie —dijo de repente Aileen, tragando un gran trozo de un pastelillo de vainilla. —Si tienes que decir algo, sólo dilo. Nos ahorramos las formalidades —agregó encogiéndose de hombros y bebiendo un largo trago de su jugo de naranja.

—Lo que ella dijo —acotó Adara, guiñándole un ojo a Leia.

La castaña ayudó a la princesa a escoger su desayuno. Debido a las expresiones de asombro que intentaba ocultar sin éxito, Cassian comprendió que ella nunca antes había visto algunas de las opciones que se encontraban frente a ella. Eso le hizo oprimir su pecho ligeramente. La vida en la realeza era lo único que él conocía, por lo que se le hacía difícil entender cómo vivían aquellos que habitaban los pueblos de las lejanías. Sin embargo, la curiosidad desbordaba de él. Quería hacerle millones de preguntas a Leia, pero sabía que debía ir con calma.

Tiempo más tarde, cuando todos habían terminado de ingerir sus respectivos desayunos y luego de que Aiden terminara todos los últimos arreglos para partir, todos se encontraron en la entrada del castillo. Cada uno llevaba su respectivo equipaje, que no era demasiado, y uno de los sirvientes les acercó sus caballos, los mismos que habían montado la noche anterior.

Según lo que les había indicado Aiden, comenzarían su partida a Antel por tierra hasta un puerto de Orland y viajarían en barco hasta uno de los puertos menos habitados de Antel para evitar contacto con los guardias de Velthorn que pudieran estar vigilando. Debido a que en el combate en El Mercado uno de los hombres de Connor Malstrom había logrado escapar, Aiden duplicó la cantidad de hombres que los acompañarían, por si aquél soldado alertaba a Connor de la inminente aparición de Leia Stormholl y el Rey Supremo enviaba enemigos contra ellos. Sin embargo, Aiden debió dejar a otros protegiendo su propio reino.

—Mi señor, sus hombres están listos para partir —le avisó el capitán de la guardia a Aiden, y éste asintió con la cabeza.

—¿El puerto ya preparó nuestro barco? —le preguntó el rey.

—Sí, Su Majestad. Pero según tenemos calculado, llegaremos por la noche, y el capitán recomendó no navegar de noche.

—No importa, encontraremos un lugar donde descansar —dijo Aiden, restándole importancia. —Muy bien, que empiece el viaje —anunció y espoleó a su caballo, quien respondió con un suspiro al tiempo en que comenzaba a moverse. Los demás lo siguieron por detrás.

.....

Adara y Leia iban montadas en la misma yegua que la noche anterior, aunque esta vez Leia decidió dejar a la castaña adelante ya que ella guiaría mejor al animal.

—¿Cómo es que los gemelos Dustin y tú tienen una relación tan... informal? —preguntó Leia con cautela y curiosidad a la vez mientras pasaban por las calles de Olkrien, el pueblo que rodeaba el castillo.

Era tan diferente a Emera, pensó Leia. Pero tenía sentido por qué: al estar en el territorio del castillo, era un pueblo importante, por lo que no se dejaba ver nada de precariedad. Los habitantes vestían ropajes elegantes y saludaban con una reverencia a los gemelos cuando pasaban por su lado. Lo que más le gustaba a Leia era que no había soldados de Velthorn. Los pocos guardias que había llevaban la armadura y el símbolo de Orland, un cristal octagonal plateado rodeado de lo que se suponía que eran ráfagas de viento.

La forma del cristal le hizo recordar a su propio collar. Una cadena de plata sosteniendo esa misma piedra, sólo que de color rojo, y estaba enmarcada por un borde igual de plateado que la cadena.

—Nos conocemos desde pequeños —respondió Adara, mirando al frente para prestarle atención al camino. —Cuando tu madre reinaba en Antel, tenía una buena relación con los reyes de Orland y pensaba en crear una alianza mediante la unión de los gemelos y tú —Leia intentó pasar por alto la manera en que sus mejillas ardían. Por instinto, se acomodó más la capucha sobre sí misma. —Los gemelos venían de visita de vez en cuando, cuando los cuatro éramos pequeños, y nos habíamos hecho muy buenos amigos. Luego de que tu madre se entregara a Connor, nos seguíamos viendo a escondidas en la frontera entre Antel y Orland —hizo una pausa y sus ojos viajaron a Aileen y a Aiden. —Más tarde me enteré de que esos tórtolos se habían enamorado, pero debían mantenerlo en secreto ya que los padres de los gemelos prohibieron cualquier contacto con Antel debido al peligro de que Connor volviera a atacar. A pesar de eso, nos seguíamos viendo. Nada pudo romper nuestra amistad ni el amor de ellos.

A Leia le llevó un poco de tiempo asimilar las últimas palabras de Adara. Su mirada viajó a la joven de cabello morocho con un arco cruzando su espalda y un carcaj repleto de flechas. Recordó la inexpressión en su rostro en todo momento, y si no fuera porque Adara se lo dijo, Leia jamás se hubiera dado cuenta de que entre Aileen y el rey de Orland había algo. Incluso él irradiaba un poco de frialdad, aunque no tanto como la morocha. Tenían eso en común, al menos.

—¿Y qué hay de Aileen y tú? —preguntó Leia, su curiosidad aumentando. —¿Cómo se conocieron?

—Somos primas —respondió Adara, riendo. —Casi hermanas, diría. Nos criamos juntas. Ella... tuvo una infancia bastante complicada —explicó sin entrar en detalles. —Nos terminamos haciendo muy cercanas.

Leia asintió, respetando la privacidad de su compañera de viaje. Sin embargo, aquello de que *tuvo una infancia complicada* le sonaba a que quizás tenía que ver con su comportamiento distante, pero prefirió dejar el tema ahí.

Una vez que salieron del pueblo, Cassian, más adelante, detuvo su caballo para estar a la altura de Adara y Leia. La joven lo percibió de antemano, aún sin acostumbrarse del todo al sentir su poder tan cerca y con tanta intensidad.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó el muchacho dirigiéndose a Leia.

—Como puedo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Te agradecerá saber que serás capaz de enfrentarte a lo que sea con un poco de práctica —le dijo Cassian guiñándole un ojo. Leia sonrió ligeramente. —Tu poder —agregó, señalando con el mentón su pecho, como si supiera de antemano que ella ocultaba allí su collar. —No puedo percibirlo.

—Según tengo entendido, el collar tiene una especie de encantamiento que me mantiene oculta —le explicó Leia.

—Mi madre.

—¿Qué?

—Mi madre te encantó el collar —aclaró Adara, y la joven alcanzó a ver una sonrisa orgullosa en su rostro. —Es una hechicera.

—¿Tú también? —preguntó Leia, sorprendida.

—Así es —respondió.

—¿Y qué puedes hacer?

—Bueno —comenzó diciendo, al parecer contenta de que alguien quisiera saber más sobre el tema. —Digamos que los hechiceros nacemos sabiendo un lenguaje que solamente se utiliza para encantar personas u objetos. Esos hechizos los aprendemos de libros que están escritos en ese lenguaje.

—¿Los hechiceros sólo habitan en Antel? —se le ocurrió preguntar.

—No, en realidad se encuentran en todos los reinos, pero mayormente viven cerca de los castillos ya que suelen trabajar para los reyes o personas de la nobleza —le explicó Cassian, acariciando el pelaje del cuello de su caballo.

—¿O sea que tu madre trabajó para la reina? —preguntó Leia, esta vez dirigiéndose a Adara.

—Exactamente —respondió asintiendo con la cabeza. —Aria y ella eran muy buenas amigas —agregó sonriendo ante el recuerdo.

Aria. El nombre de la madre biológica de Leia. Una única vez lo había escuchado de la voz de Linda. Ni siquiera sabía su apellido. Pero en ese entonces, luego de enterarse de que ella la había abandonado, no deseaba saber nada más. Hasta ahora.

—¿Qué le pasó a Aria? —preguntó a nadie en particular.

—Una vez que se aseguró de que estuvieras a salvo en Emera, hizo un pacto con Connor —le explicó Cassian. —Ella se entregaría a cambio de que él dejara en paz al reino de Antel.

—Para sorpresa de todos, él aceptó —continuó Adara. —Se la llevó, nunca más puso un pie en Antel y jamás volvimos a saber de nuestra reina. Intentamos enviar espías en varias ocasiones, pero siempre volvían sin información. Algunos ni siquiera volvían.

Leia se estremeció ante ese pensamiento.

—¿Y qué era lo que quería de Aria, que se la llevó consigo? —preguntó.

—¿Recuerdas lo que te dije de tu fuego azul? —le preguntó Adara, y ella asintió en respuesta. —Cuando Aria estuvo embarazada de ti, en un intento por detener un ataque de los hombres de Velthorn, su fuego se tornó azul y terminó con ellos tan rápido que no le dio tiempo de procesar a nadie. Luego empezaron a investigar de qué se trataba y descubrieron que sólo una persona había nacido con aquél poder. Era Aneel Malstrom, la primera reina de Antel —hizo una pausa, comprobando que Leia no se perdiera en el relato. —Cuando tú naciste, Aria dejó de ser capaz de manipular ese poder y se dio cuenta de que en realidad tú eras la poseedora. Connor no lo sabía, sino que seguía confiando en que Aria era la poseedora, así que utilizó ese pacto para llevársela e intentar todo lo que estuviera a su alcance para arrebatárle ese poder como hizo con el de los demás.

—¿Los demás?

—Los primeros reyes de todos los reinos. Mató a cada uno de ellos, arrebatándoles su poder. Por eso ahora los posee todos, excepto el que tú tienes. Cuando mató a Aneel, que era exactamente igual que tú, es decir, que poseía ambos fuegos, Connor se quedó sólo con uno, como si el fuego azul hubiera muerto con Aneel.

Había algo que no encajaba, pensó Leia, comenzando a sentir un dolor de cabeza por tanta información recibida.

—Espera, ¿estamos hablando del mismo Connor? —preguntó frunciendo el ceño.

—Connor Malstrom, sí —confirmó Cassian con seguridad.

—Pero si él mató a los *primeros* reyes de Keentale... —murmuró la joven pensando en voz alta. —Eso fue hace miles de años —agregó, esta vez en un tono más alto.

Adara y Cassian compartieron una mirada de preocupación y Leia sintió su pulso acelerarse.

—¿Qué sabes de él? —le preguntó Adara con suavidad.

—Lo suficiente como para aceptar unirme a ustedes para matarlo —les recordó Leia, como si fuera algo obvio.

—No, no eso —dijo Adara negando con la cabeza. —Su naturaleza —aclaró.

Leia frunció aún más el ceño.

—Eh... ¿humano? —fue lo único que se le ocurrió decir a la joven, y una mirada expectante de Cassian desbloqueó un recuerdo en su mente. —Bueno, escuché algunos rumores, pero eran demasiado absurdos. Es imposible que—

—Esos rumores —la interrumpió Cassian. —¿Qué decían? —presionó.

La joven se vio obligada a viajar mentalmente a aquellas tardes en las que oía a sus padres hablar con otras personas en la puerta de sus casas. Eran las típicas conversaciones de adultos, pero ella y Kai eran demasiado curiosas como para no espiar. Habían oído hablar de demonios, de maldiciones en Keentale, de humanos que en realidad no lo eran habitando el pueblo. En ese momento, para ellas no tenía ningún sentido. Por las noches, cuando ninguna de las dos podía dormir, inventaban historias sobre esos demonios y

hablaban de ellas mismas como las guerreras que terminaban con el enemigo y salvaban a Emera.

Leia volvió al presente, Cassian aun observando su rostro con demasiado interés.

—Algo sobre demonios o algo así...

Sus mejillas enrojecieron debido a lo absurdo que sonaba decirlo de esa forma, en especial frente a personas tan importantes como ellos. Ella esperaba que se rieran en su cara, pero ni Cassian ni Adara dieron una mínima señal de que lo que dijo fuera una locura o algo sin sentido.

—Lo siento, en verdad creíamos que lo sabías —se disculpó Adara dándole un apretón a la muñeca de Leia, la cual rodeaba su cintura para no perder el equilibrio sobre la yegua.

—¿Es... un demonio? ¿Un...?

—Inframons —completó la frase Cassian, bajando la mirada.

La cabeza de Leia comenzó a dar vueltas. Los Inframons eran demonios que habitaban el Inframundo, un mundo que venía después de la muerte para aquellas personas que no merecían el “honor” de ser recibidas en los cielos junto con los demás dioses. Pero, ¿Inframons en el mundo de los vivos? Leia no le encontraba sentido. Y de repente, un recuerdo asomó a su mente.

Algunos de los soldados de Velthorn que patrullaban por Emera o que iban a cobrar el pago parecían irradiar un poder extraño, oscuro, frío como la misma muerte. Entonces Leia se llevó una mano a la boca, bloqueando las náuseas que comenzaba a sentir.

Cassian y Adara se miraron con preocupación.

—Necesito parar un segundo —susurró la joven, y todo su cuerpo empezó a temblar.

Adara fue la única que la oyó, por lo que frenó a su yegua y se lo dijo a Cassian, quien la imitó y le gritó a su hermano que se detuvieran mientras la castaña ayudaba a Leia a desmontar al animal sin estrellarse contra el suelo de tierra. Todos se detuvieron dándoles espacio al tiempo en que Aiden y Aileen se acercaban a pie preguntando qué ocurría.

—Digamos que... —comenzó diciendo Cassian rascándose la nuca. —Digamos que había ciertas cosas de un grado bastante alto de importancia que Leia aún no sabía.

Leia se sostuvo de la montura de la yegua para no perder el equilibrio. *Inframons*. Su familia, todos en Emera estaban bajo la mira de los Inframons. El Rey Supremo, el hombre que se suponía que Leia debía enfrentar, era un Inframons; un Inframons que vivió desde el principio de los tiempos.

La joven oía las voces de los gemelos hablando entre ellos como si estuvieran a kilómetros y kilómetros de distancia.

Estaba a punto de perder la consciencia cuando una sensación familiar la invadió. Se aclaró la vista, rápidamente poniendo todos sus sentidos alerta. Se dio cuenta de que los gemelos habían hecho lo mismo, buscando algo con la mirada.

Su piel erizada y la frialdad en su sangre le indicaron una sola cosa.

—Inframons —susurró, y los ojos de los gemelos se encontraron con los de ella. Ellos asintieron confirmando su suposición, y Aiden corrió hasta donde estaba su capitán de la guardia, probablemente para darle órdenes de que se preparan para un ataque.

El pulso en su muñeca se aceleró a la velocidad del rayo, al igual que los latidos de su corazón. Se encontraban en una explanada de césped con algún que otro árbol elevándose, pero nada los ocultaría. Sólo les quedaba una cosa por hacer.

—Ustedes —gritó Aiden a un grupo de soldados. —Protejan a la princesa —los hombres asintieron y desenfundaron sus armas. Leia frunció el ceño al oír el filo de las espadas. Le traía recuerdos desagradables de Emera. —El resto prepárense para atacar —terminó de dictaminar el rey. Los demás soldados respondieron golpeando sus escudos con sus armas casi al unísono.

En un momento de pánico, Leia sintió que su garganta se cerraba.

En un abrir y cerrar de ojos, Cassian apareció frente a ella tomándola de los hombros para que lo mirara a los ojos. La joven encontró cierto reconforte en su profunda y cálida mirada.

—Pase lo que pase, no te alejes de estos hombres —le dijo el príncipe con un tono increíblemente tranquilo de voz. —Ya hemos lidiado con esto antes. Estaremos bien —le aseguró, pero Leia no sabía si creerle.

—Tranquilo, estará conmigo —Adara apareció a un lado de la joven tomando su mano y dándole un apretón amistoso. Su sonrisa cálida contagió a Leia.

Cassian asintió con la cabeza, sus hombros relajándose ligeramente, y les echó una última mirada a ambas jóvenes antes de regresar hasta donde estaba su hermano, delante de todo con su espada desenfundada en una mano y su poder manifestado en la otra.

A lo lejos, gracias al cielo celeste, Leia percibió cinco figuras oscuras y lánguidas. Sus cuerpos flanqueaban como si no fueran sólidos, pero sus largos colmillos y filosas garras decían lo contrario.

—Esperé esto con ansias.

La voz de Aileen sonó cerca de los gemelos. Una flecha ya estaba preparada para ser lanzada en su arco, y una sonrisa traviesa alumbraba su pequeño rostro.

Así, todos recibieron a las criaturas con los brazos abiertos.

Capítulo 6

Las dos jóvenes y los soldados que las rodeaban se habían convertido en espectadores de una batalla que, para Leia, resultó terrorífica.

Según la lógica, cinco criaturas contra sesenta soldados, una joven letal y dos hombres capaces de manipular el viento indicaba que las primeras se verían desbeneficiadas. Pero cuando se trataba de cinco Inframons cuyos poderes y de todo lo que eran capaces en realidad pertenecían a otro mundo, el enfrentamiento fue muchísimo más duro de lo que Leia podría haber imaginado.

Como si pudieran presentir su poder, los espectros se lanzaron directo a los gemelos; pero ellos ya sabían que eso sucedería. Como si estuvieran sincronizados, ambos levantaron una de sus manos e invocaron un remolino de viento que desestabilizó a las criaturas, quienes gruñían como osos pero aún más profundo, perforando la mente de Leia.

Mientras los soldados aprovechaban la situación para atacar con sus espadas, Leia intentaba procesar cómo era que criaturas como esas habitaban su mundo. ¿Cómo era que ella había vivido rodeada de ellos y jamás se había dado cuenta? Cada vez que pensaba en que aún habían Inframons habitando Emera, su pecho se oprimía. De tan sólo pensar en una mínima posibilidad de que atacaran a su familia...

Volvió al presente de un tirón en cuanto oyó un quejido de uno de los gemelos. La batalla se había extendido pero Leia y su círculo aún seguían a salvo.

—¡Cass! —gritó Adara con desesperación a su lado.

Leia buscó con la mirada al pelirrojo y no tardó en encontrarlo. Uno de los Inframons lo había envuelto en un manto oscuro para elevarlo del suelo. Él se sacudía con fuerza intentando soltarse, pero la criatura parecía ejercer más fuerza en su agarre ya que todo el rostro de Cassian estaba contorsionado de dolor.

Al mismo tiempo, Aiden luchaba en tierra contra dos de los demonios, intentando utilizar su poder para desestabilizar al Inframón que sostenía a su hermano, pero lo único que lograba era hacerlos mover de un lado a otro, ninguno de los dos separándose del otro.

La criatura pareció hartarse de ser enviado hacia cualquier dirección por el rey de Orland, por lo que soltó un alarido estruendoso y comenzó a elevarse hacia el cielo a una velocidad alarmante.

—¡Vuelve aquí, cobarde! —le gritó Aiden al tiempo en que su espada atravesaba lo que se podría considerar la cabeza de uno de los Inframons. Éste se desvaneció como si todo su cuerpo finalmente se hubiera convertido en humo y se hubiera esparcido con la brisa. El otro que luchaba contra Aiden soltó un gruñido de rabia e intentó atacarlo desde otro ángulo, pero el rey fue más astuto y lo esquivó con agilidad.

Los arqueros intentaron sin éxito derribar con sus flechas al Inframón que se llevaba a Cassian. Algunas de las flechas se clavaban en el extraño cuerpo de la criatura, pero ninguna daba en el blanco, que Leia descubrió que era la cabeza.

—¡Que alguien haga algo, mierda! —espetó Adara separándose del círculo que las protegía a ella y a Leia para correr hasta donde el Inframón se elevaba.

—¡Dispárenle a la cabeza! —se quejó Aiden en dirección a sus arqueros.

—Mi Señor, no nos quedan más fle-

Leia soltó un grito ahogado de sorpresa en cuanto vio cómo una flecha que salió disparada de la nada dio en la cabeza del Inframón. Lo que quedaba de la criatura se desvaneció y Cassian comenzó a caer al vacío.

Antes de que ella siquiera pudiera procesar lo que esa caída podría causarle, el pelirrojo soltó un grito de triunfo y a pocos metros del suelo comenzó a descender con más lentitud, manipulando el viento a su favor. Aterrizó dando una voltereta sobre sí mismo para no doblarse los tobillos y en cuanto se puso de pie, el Inframón restante que intentó atacarlo recibió una puñalada en la cabeza por una daga que el príncipe había desenfundado en el momento justo. Al mismo tiempo, Aiden atravesó el cráneo del otro demonio con su espada.

Cassian tenía una gran sonrisa de satisfacción en su rostro. Aileen, a su lado, le dio un puñetazo en el hombro.

—Me debes una, principito —le gruñó, y él le regaló una sonrisa socarrona que hizo que la morocha chasqueara la lengua y se alejara de él.

Al parecer, otra de las flechas de Aileen había dado en el blanco en el momento justo: primero en El Mercado y ahora en aquel lugar. También, en medio de toda la batalla, Leia recordó que el quinto Inframón intentó atacarla a Aileen, pero la morocha utilizó dos de sus dagas para esquivar sus garras y matarlo de una vez por todas.

—Bueno —dijo Aiden, dando bocanadas de aire. —Al parecer ya nos descubrieron.

—Esa es una buena manera de decirlo —le respondió su hermano reacomodándose su capa sobre sus hombros ya que se había enredado alrededor de su cuerpo cuando estuvo en los aires recluido por el Inframón.

Un grupo de soldados fue a buscar a los caballos, quienes habían huido en cuanto las criaturas dieron su aparición. Adara revisó las heridas de algunos de los guardias y le pidió a uno de ellos que le trajera sus materiales. Ella les dijo que no podría curarlos pero que sí podía encantar las heridas para que no dolieran por un tiempo, al menos hasta llegar a Antel y ser atendidos por verdaderos curanderos. Aileen, por su parte, revisó a los gemelos en busca de alguna herida crucial, y para su alivio, no encontró ninguna. Antes de que pudiera terminar de revisar el rostro del rey, éste juntó sus labios con los de ella en un rápido beso, y era la primera vez que Leia vio las mejillas de Aileen coloradas a punto de explotar. La muchacha estampó su puño en el abdomen del rey y todos rieron.

Cassian tenía razón: entre ellos no existía la formalidad, y algo en la relación de todos ellos, en la comodidad que sentían estando juntos, enterneció a Leia. Se permitió reír con el resto ya que esa clase de tonterías le recordaba a sus amigos.

Adara se acercó a Leia ofreciéndole una cantimplora con agua. La joven le agradeció con la mirada y se bebió hasta la última gota. Pese a que no había hecho nada

durante la batalla, había pasado por varios estados de terror viendo cómo la escena se desenvolvía a su alrededor.

Al parecer, el encantamiento de su collar seguía funcionando ya que ningún Inframón se percató de quién era en realidad, qué poder corría por sus venas; aunque le resultaba extraño que no la hubieran reconocido a pesar de que tenía el rostro totalmente al descubierto.

Una vez que todos estuvieron preparados para retomar el viaje, Aiden alzó la voz.

—En lo que resta del día avanzaremos hasta llegar al puerto. Según el capitán, llegaremos al anochecer, así que acamparemos allí para recobrar las energías y mañana navegar por el océano Bluele hasta algún puerto poco habitado de Antel. ¿Entendido? — sus hombres respondieron al unísono <<Sí, Señor>>, y eso le bastó ya que espoleó a su caballo para que comenzara a avanzar nuevamente siguiendo el camino marcado de tierra.

Abandonando la zona donde habían luchado, Leia se dio cuenta de que ningún hombre había muerto. Quizás habían quedado inconscientes, pero Adara había logrado estabilizarlos, al menos por el momento. Algo en ella se relajó y una emoción que nunca antes había experimentado la llenó por completo: el triunfo. Al menos por esa vez habían vencido a los Inframons, y la joven disfrutó ese momento porque sabía que lo que pasó no era nada comparado con los próximos ataques cuando Connor se enterara de que había perdido a más de sus criaturas.

.....

Durante el trayecto que les quedaba hasta el puerto, Leia se la pasó haciendo preguntas sobre cómo rayos Connor era un Inframón y cómo era posible que criaturas como él habitaran el mundo de los vivos. Adara y Cassian, como pudieron, le explicaron lo ocurrido con algunas acotaciones por parte de Aiden y Aileen.

Todo remontaba a poco antes de la *Época de los Cinco Reyes*. Leia sabía que era un período en la historia donde Valto Malstrom y Sereena Crystal, reyes de sus respectivos reinos, se casaron para formar una alianza y viajar a lugares desconocidos para crear su propio reino. Llegaron hasta Keentale, un continente que estaba habitado por algunos pocos pueblos liderados por nadie. Valto y Sereena se instalaron en el noroeste de Keentale, lo cual en realidad era una isla de gran tamaño, y crearon su reino trayendo ambas Cortes desde el otro continente del que provenían. Tuvieron cinco hijos y según lo que se decía, los dioses, en agradecimiento por llevar vida a ese continente desconocido, le obsequiaron a cada hijo un poder y una piedra para cada uno para darle más fuerza e intensidad a ese poder. Valto y Sereena los convirtieron en collares, colgándolos en el cuello de sus hijos y respetando el poder que cada uno había poseído. Al oír a Cassian decir eso último, Leia no pudo evitar llevar su mano a su collar. La piedra que colgaba de ahí fue creada por un dios. Un pensamiento aterrador y asombroso a la vez.

Adara continuó con el relato que estaba lejos de terminar. Simultáneamente a esos acontecimientos, Connor Malstrom, el hermano gemelo de Valto, odiando el hecho de ser menos importante que su hermano (debido a que Sereena lo había escogido a Valto como esposo), intentó asesinarlo para tomar su lugar. La noche en que intentó quitarle la vida, el padre lo descubrió y fue quien se encargó de que el asesinato no ocurriera. Encerró a su hijo en las mazmorras de su castillo y al día siguiente se presentó en un templo construido

para alabar a los dioses y les envió una plegaria para que castigaran a su hijo por semejante idea que tuvo. Al día siguiente, cuando fue a buscarlo en las mazmorras sólo encontró su cuerpo sin vida y una marca a su lado dibujada con la sangre del mismo hombre. Era el símbolo del Inframundo. El padre entendió que el encargado de castigar a Connor había sido Hellias, el dios de la muerte.

Los años pasaron, los hijos de Valto y Sereena crecieron sanos y poderosos, y teniendo todo Keentale para ellos, cada uno escogió una porción del territorio para dar vida a sus respectivos reinos, dando comienzo a la *Época de los Cinco Reyes*. Sin embargo, pese a que llegaron a ese acuerdo, Velt Malstrom, el hijo mayor, primer rey de Velthorn y poseedor del poder de la tierra, se vio atraído por los poderes de sus demás hermanos, idealizando lo imponente que sería al poseerlos todos al mismo tiempo. Por años trabajó en cubierto con varios científicos de Velthorn para encontrar la forma de extraer el poder de una persona, y en uno de sus tantos intentos algo falló, provocando la invocación de los Inframons. Todo comenzaba a tomar sentido en la cabeza de Leia.

Hellias, el dios de la muerte, viendo la oportunidad de que sus Inframons arruinaran el mundo de los vivos, el cual estaba en manos de los demás dioses, le ordenó a Connor Malstrom que fuera quien liderara a los demás Inframons para invadir aquél mundo. Connor, cegado por la ira y el deseo de poder, aceptó y fue el primer Inframon en cruzar al otro mundo. Luego lo siguieron sus compañeros y el mundo se tiñó de completa oscuridad. Connor mató a Velt sin importarle que hubiera un lazo familiar entre ellos y poseyó su cuerpo para hacerse pasar por él y presentarse ante Valto Malstrom. Eso hizo, asesinando a su propio gemelo. Sereena, su esposa ahora viuda, ante tanto pánico se clavó una daga en el pecho antes de que Connor siquiera pudiera ponerle una mano encima.

El líder de los Inframons regresó a Velthorn y se proclamó rey. Cualquiera que no lo reconociera como tal o que no respondiera a sus órdenes, él o uno de los suyos se encargaba de matarlo y revivirlo en el Inframundo para que reencarnara como Inframon y siguiera a su líder. Connor aguardó a que se corriera la voz por los demás reinos. Tal como lo había previsto, cada hijo e hija de Valto había intentado derrotarlo, pero morían en el intento y Connor utilizaba ese acontecimiento para absorber sus poderes. A diferencia de las demás personas que él asesinaba, fue lo suficientemente considerado como para no enviar a sus sobrinos ni a su hermano al Inframundo, sino que dejó que sus almas descansaran con los demás dioses en los cielos. Cuando le llegó el turno a Aneel, quien poseía no solo el fuego, sino también el fuego azul, el líder Inframon quedó atónito cuando no fue capaz de quedarse con el majestuoso y anormal fuego azul, sino que se desvaneció en cuanto Aneel dejó de respirar como si hubiera sido parte de ella.

Ese fracaso lo persiguió por el resto de los años, esperando a que milagrosamente alguien volviera a poseerlo. Igualmente, estaba lo suficientemente satisfecho con los demás poderes como para no asesinar a quienes heredaban los mismos por sangre real, como en el caso de los gemelos Dustin. El Inframon se consideraba invencible ya que los demás no tenían algo que él no tuviera, hasta que Aria quedó embarazada de Leia. El deseo de obtener ese fuego azul volvió a despertar en Connor. Sin embargo, no atacó al instante, sino que se tomó su tiempo para estudiarla y pensar en cómo podría extraerle el poder sin que le volviera a pasar lo mismo que con su sobrina Aneel.

Luego de que Leia fuera enviada a Emera y que Aria se entregara a Connor, el Inframón aceptó el pacto ya que estaba seguro de que si la tenía como prisionera, sería más fácil encontrar la manera de extraerle el fuego azul.

Según lo que contó Adara, sólo su tío era el que sabía que la verdadera portadora del fuego azul era Leia ya que él y Aria eran muy confiados el uno del otro, en especial luego de la muerte del esposo de Aria. De hecho, el tío de Adara fue quien se encargó de ocultar a Leia en aquel pueblo de Orland, así que la joven dedujo que sus padres adoptivos Linda y Darren lo conocían, sólo que nunca le hablaron de él.

A juzgar por la poca información que Antel recibía de Connor, el Rey Supremo sí sabía de la existencia de Leia, pero no que ella tenía lo que él tanto deseaba. Eso le dio a entender a la joven que su verdadera madre, pese a haberse sometido a la esclavitud del líder de los Inframons, no dijo ni una palabra sobre Leia y eso de alguna manera la reconfortó; aunque tampoco podía evitar sentirse mal sabiendo que quizás Aria había muerto por salvar a su hija y mantenerla oculta.

—Ahora debemos ser precavidos porque quizás Connor sospeche de ti ya que no logró sacar nada de Aria —le advirtió Aiden, quien cabalgaba un poco más adelante que ellas.

—La idea es no meterle más presión, idiota —siseó Cassian, empujando su caballo contra el del rey. Aiden no cayó al suelo de milagro, intentando hacer equilibrio de una manera tan cómica que su hermano y Adara estallaron en carcajadas, mientras que Aileen sonreía maliciosamente sin emitir el mínimo ruido.

Ahora que Leia sabía toda la verdad (o al menos gran parte), entendió mejor por qué no era extraño para los demás el comportamiento del rey de Orland. Antes, ella consideraba a Connor como un tipo de persona, como si todos los de la realeza fueran igual de malvados que él. Pero conociendo la verdad, descubriendo que era un Inframón, una pequeña esperanza afloró en su pecho de que quizás no sería tan malo ser reina. Quizás, si lograban terminar con el Rey Supremo, comenzaría una nueva era más justa para todos.

Todo lo que Leia vivió en Emera no se debía a la mala monarquía de Aiden Dustin. El joven no podía responder con el título de rey como se debía debido a la presencia de Connor, un escalón más arriba que él. Leia terminó entendiendo que a Aiden lo nombraron rey solamente para que la gente que no se dejara influir por la conducta de Connor y no perdiera toda esperanza de un mundo mejor. Aiden quería intentar mantener esa esperanza viva, por eso hizo lo que hizo, y debió tener mucha suerte como para que hubiera soldados dispuestos a enfrentarse al líder de los Inframons solamente por lealtad a una persona menos poderosa. Pero eso demostraba no sólo lealtad a Aiden, sino a la corona, a la verdadera corona, a la que se suponía que debía liderar en Orland.

Y al fin y al cabo eso era lo que Leia le había prometido a su familia y amigos: un mundo mejor. O en otras palabras, un mundo librado de Inframons.

—¿Cómo es que nada de esta información llegó a Emera? —preguntó Leia a nadie en particular, refiriéndose a la existencia de esos espectros en su mundo.

—A Connor le encanta sorprender a la gente —respondió Aileen, su voz fría y distante. —Si oculta cosas, en un futuro esas cosas se convierten en sorpresas. Es un juego para él y le encanta.

Leia cada vez sentía más y más repulsión por ese hombre.

El sol desapareció en el horizonte al tiempo en que el olor a animales marinos y agua salada inundó los sentidos de Leia. Habían logrado llegar al puerto en el tiempo exacto que se había estimado.

Aiden y su capitán de la guardia se adelantaron para anunciar su llegada al capitán del barco. Mientras tanto, los demás se detuvieron en una explanada un poco alejada del pueblo que rodeaba el puerto para pasar la noche. Todos comenzaron a montar sus tiendas y Leia fue a ayudar a las primas con la suya. Según ellas, entrarían tres personas perfectamente, ofreciéndole a Leia que durmiera con ellas. La joven aceptó agradecidamente ya que tampoco tenía otra opción.

El resultado del campamento era agradable a los ojos de la joven. Habían montado sus tiendas sobre el césped formando un círculo extenso, y en el centro tres hombres se encargaron de encender una fogata con tocones de madera que habían traído desde el pueblo. Además de la luz que provenía de ésta, la entrada de cada tienda contaba con una antorcha cuya llama estaba protegida por pequeños barrotes de acero para que no se propagara.

Un poco más adelante de donde se instalaron, el océano Bluele golpeaba la orilla con sus olas y el viento otoñal atraía el olor del agua salada. Leia inspiró profundamente disfrutando ese aroma y se disculpó con las primas por un momento para asomarse a la orilla. Mientras avanzaba, por el rabillo del ojo percibió cómo Aiden ordenaba a uno de sus hombres que la siguiera a Leia a una distancia prudente por cualquier encuentro indeseado. Pese a que a la joven le irritó un poco, decidió mantener su vista clavada en el océano, imaginándose allí a solas.

Cuando sus pies cubiertos por sandalias alcanzaron el agua helada, la joven resistió el impulso de alejarse. Soportó la temperatura hasta que le pareció tibia y no quitó la vista del horizonte, como si pudiera ver más allá el reino que la esperaba. Estando allí con el único sonido de las olas rompiendo cerca de ella, Leia sabía que ese sería uno de sus últimos momentos de paz y soledad.

No solo aprovecharía para ingerir toda la información que había recibido, sino también para prepararse mentalmente para lo que estaba por venir.

Capítulo 7

Pese a que el colchón en donde le tocó dormir no era tan cómodo como la cama en la que durmió en la madrugada anterior dentro del castillo de Orland, Leia se dio cuenta al despertarse de que había logrado descansar más tiempo. Quizás era por el cansancio acumulado y por todo lo que había ocurrido el día anterior, pero al menos había despertado con la mente despejada. Observando el interior de la tienda se dio cuenta de que Adara y Aileen ya se habían levantado, ya que se encontraba sola. Se tomó su tiempo para desperezarse y acomodarse un poco el voluminoso cabello castaño, el cual recogió como pudo en un rodete bajo antes de salir al exterior.

La luz del sol matutino le hizo entrecerrar los ojos por un momento, ajustándose a la claridad del día. Debido a lo temprano que era, el viento era fresco, así que se acomodó la capa negra sobre sus hombros y salió en busca de los demás.

Algunos de los soldados montaban guardia mientras que otros poco a poco iban levantando el campamento. Los ojos de la joven se encontraron con los gemelos, al parecer teniendo una discusión poco amistosa. Se acercó silenciosamente, intentando escuchar con atención.

—¿Por qué rayos no me permitirían el paso? Soy su rey —decía Aiden, frustrado y un poco enfadado.

—¿Puedes parar por un maldito segundo? —le pidió Cassian, intentando calmarlo. — No vas a solucionar nada poniéndote así de histérico.

—¿Qué sucede? —preguntó Leia, rompiendo el contacto visual entre los hermanos.

—Al parecer, el capitán del barco ahora se niega a dejarnos viajar con él —le respondió Aiden, inquieto en el lugar.

—¿Por qué? —indagó la joven frunciendo el ceño.

—Porque no sé cómo rayos el hombre se enteró del ataque que recibimos ayer de los Inframons, y ahora tiene miedo de que si viajamos con él, lo pongamos en peligro a él y a su barco —la exasperación en la voz de Aiden hizo estremecer levemente a Leia.

—Aiden, mierda —espetó su hermano. —Tiene sus razones para sentirse así. Déjalo en paz. Encontraremos otro barco —agregó, y Aiden evitó mirarlo a los ojos. Luego, Cassian se volteó para dirigirse a Leia. —Adara y Aileen fueron a dar una vuelta por el pueblo para ver si podían conseguirnos otro barco. Si quieres, puedes aprovechar para dar una vuelta también.

Leia aceptó amablemente. No le vendría mal una caminata a solas, pensó. Se colocó la capucha como siempre hacía y procedió a adentrarse en la civilización.

A diferencia de Emera, las calles de aquel pueblo eran de piedra y a los lados había algún que otro árbol pequeño con flores de colores para darle más vida a las vistas. Las casas y tiendas estaban hechas de otro tipo de piedra más oscuro y prolijo que el del suelo, y algunos retoques con maderas de distintas tonalidades de marrón. Al fondo, la joven visualizó el puerto de madera que otorgaba una hermosa vista del océano Bluele. También había algunos barcos pequeños y medianos flotando sobre el agua. Sobre el puerto había

vendedores ambulantes de comida marina y pescadores a los bordes haciendo su trabajo. Algunos gatos callejeros rondaban por ahí esperando el momento indicado para robar algún bocadillo. Por las calles también había niños jugueteando entre sí y demás personas haciendo sus labores.

A Leia le llamó la atención una tienda de ropajes informales decorados con materiales encontrados en lo profundo del océano. De repente, la joven se llenó de ganas de que su hermana estuviera allí arrastrándola del brazo hasta esa tienda, pasando un largo rato mirando cada atuendo sin necesariamente comprarlos. Un dolor punzante en el pecho le hizo escocer los ojos, y tomó de todo su autocontrol no echarse a llorar en medio de la calle. Siguió avanzando evitando hacer contacto visual con los habitantes.

Al alcanzar el puerto, sus ojos dorados viajaron a lo largo de la plataforma esperando reconocer al capitán de alguno de esos barcos. Más a su izquierda visualizó a Adara y Aileen hablando animadamente con dos marineros. Adara parecía coquetear con ellos, y vaya que se le daba bien. La cara de embobados de los jóvenes delataba lo bien que ella hacía su trabajo. Leia se volteó hacia el lado contrario y siguió avanzando, admirando los barcos que se movían al ritmo de las olas, pero una sensación familiar la hizo detenerse.

Para cuando percibió aquella oscuridad que ya tan conocida se le hacía, la criatura ya se encontraba detrás de ella haciéndose pasar por un habitante más. Ella siguió caminando, intentando no parecer alterada mientras pensaba en cómo podría escapar. Probablemente, si se dirigía al campamento, los gemelos lo percibirían y se encargarían de él. Pero si él la mataba antes de que eso siquiera sucediera...

La joven se sobresaltó cuando el Inframón avanzó hasta quedar a su lado, caminando junto a ella como si se conocieran. Una de sus gruesas manos se aferró al brazo de Leia cubierto por la capa. El supuesto marinero acercó sus labios gruesos y secos al oído de Leia, pese a que seguía cubierta por la capucha.

—Vengo a traerte un mensaje, princesita —su voz sonaba bastante humana, pero la frialdad oscura que emanaba de él y además estando tan cerca de ella era un constante recordatorio de lo inhumano que era. Leia sólo siguió caminando con el Inframón a su lado, intentando con todas sus fuerzas mantener una expresión neutral en el rostro. —El Rey Supremo sabe tus intenciones de reclamar tu puesto en la Corte de Antel —sus palabras sonaban afiladas y cargadas de amenaza. La joven tuvo que detenerse al borde del puerto con la vista clavada en las olas que rompían cerca de ellos para acallar la voz en su cabeza que repetía constantemente <<Corre>>. —Tenemos varios ojos puestos en ti, así que ten cuidado con rebelarte contra el Rey Supremo o alguien cercano a ti sufrirá las consecuencias.

El frío interno que sentía la joven provocó un escalofrío por todo su cuerpo, haciendo que el Inframón sonriera placenteramente. Apretó más fuerte su brazo como para afirmar que sus palabras eran tan ciertas como el hecho de que él no era humano, y de la nada la soltó, siguiendo su camino con normalidad. Leia se quedó quieta como una piedra en su lugar, centrándose en calmar su agitada respiración. El hecho de sentir la oscuridad del Inframón alejarse ayudaba a calmarla, pero sus palabras se habían quedado metidas en la cabeza de la joven para siempre.

Una vez que creyó tener la suficiente fuerza como para seguir caminando sin tambalearse, se dirigió nuevamente hacia donde había visto a Adara y Aileen. Para ese

entonces, los marineros con los que Adara coqueteaba habían desaparecido, y ellas se encontraban divagando por ese lado del puerto. En cuanto vieron a Leia, se acercaron a ella.

—¿Estás bien? Te ves pálida —preguntó Adara, preocupada.

La joven se aclaró la garganta. ¿Sería necesario contarles lo sucedido? Quizás el Inframón sólo le dijo eso para asustarla.

—Estoy bien, tranquila —le dijo Leia, forzando una sonrisa. —¿Tuvieron suerte con los marineros? —preguntó para cambiar de tema.

—Bueno, eran guapos y eso, pero ninguno de ellos era el capitán —explicó la castaña. —Dijeron que podríamos hablar con su capitán pero que no podían asegurarnos nada ya que es medio... ¿Cuál fue la palabra que utilizaron? —le preguntó a Aileen.

—Irascible.

—Eso, irascible —exclamó Adara. —Pero encontraremos alguna forma de convencerlo, no te preocupes —añadió, esta vez dirigiéndose a Leia.

—¿Y dónde se supone que está ese capitán? —preguntó Leia.

Aileen señaló a su izquierda, varios metros a la distancia, donde un hombre de mediana edad, cuerpo robusto y abundante barba gris discutía con un hombre más joven. Por la manera en que el supuesto capitán señalaba exageradamente una caja que se encontraba en el suelo entre ambos, parecía ser que esa era la causa de su discusión. El joven cada vez que intentaba hablar se veía interrumpido por más gritos por parte del capitán, llamando la atención de los comerciantes que se encontraban a su alrededor.

—¿Están seguras de que *esa* es nuestra mejor opción? —inquirió Leia, frunciendo el ceño mientras las tres observaban la discusión de ambos hombres.

—Según lo que nos dijeron los marineros, es uno de los mejores barcos de este puerto. Ha resistido a muchas tormentas —le respondió Adara, señalando con el mentón un gran barco de madera con tres mástiles que elevaban tres extensas velas de color blanco. A un lado del barco, en la parte de la proa, estaba tallado un nombre que Leia no pudo descifrar.

Un silencio se instaló entre ellas cuando vieron al capitán desenfundar su espada. Varios espectadores retrocedieron, incluyendo el joven que estaba frente al capitán, pero otros parecían aún más interesados en lo que estaba ocurriendo.

—¿No tendríamos que... intervenir? —sugirió Leia comenzando a sentirse un poco nerviosa, en especial cuando el joven dijo algo que pareció enfadar aún más al capitán ya que su rostro se había tornado casi tan rojo como la piedra que colgaba del collar de Leia.

—¿De qué estás hablando? Esto *recién* comienza a ponerse entretenido —dijo Aileen sonriendo con malicia.

No fue hasta que el capitán apuntó el filo de su espada en el pecho del joven cuando a Leia se le vino a la mente la imagen de aquél pobre hombre de Emera que rogaba por su vida antes de que el soldado de Velthorn le atravesara el pecho con su arma. Sin poder evitarlo, un grito desgarrador salió de su garganta.

—¡No! ¡Déjalo!

Fue una tontería de su parte correr hasta donde ambos se encontraban. Tenía todos los ojos de los presentes clavados sobre ella, por eso agradeció llevar encima su tan preciada capa.

En cuanto los alcanzó, el capitán la analizó de arriba abajo con una gruesa ceja levantada.

—¿Y tú quién mierda eres? —espetó con voz rasposa.

—Deja ir al hombre —le dijo Leia, intentando que su voz no flanqueara. Detrás de ella, percibió a Adara y Aileen acercándoseles.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién me obliga? —inquirió el hombre.

—Nadie. Sólo... Baja el arma, por favor.

El otro joven estaba temblando de pies a cabeza mientras observaba primero a Leia y luego al capitán varias veces seguidas. El capitán no hacía ni un ademán de bajar su espada.

—Métete en tus asuntos, niñata —le advirtió, apartándola con su mano libre.

Leia estuvo tan sorprendida de la fuerza que ejerció el capitán que casi cae de trasero al suelo, de no haber sido por las primas que estuvieron detrás de ella para atajarla.

—Hey, ten más respeto, cerdo —le gritó Aileen, y antes de que alguien pudiera reaccionar, la morocha pateó la caja que se encontraba en el suelo con tanta fuerza que terminó cayendo por el borde del puerto directo al océano.

—¡NO! —gritó el capitán, olvidándose por completo del otro joven y corriendo hasta el borde del puerto para asomarse sobre la barandilla. —¿Tienes idea de cuánto dinero acabas de tirar al agua, maldita perra? —exclamó volviendo a enfrentar a Aileen. El joven que antes estaba siendo amenazado por el capitán había aprovechado su oportunidad para escapar, no sin antes darle una mirada de agradecimiento a Leia.

—¿Más de doscientas monedas de oro? —preguntó Aileen, cruzándose de brazos.

El capitán abrió grandes sus ojos marrones como si nunca hubiera creído posible que existiera tanta cantidad de dinero en un mismo lugar. A Leia le pasaba lo mismo ya que en Emera ni siquiera se comerciaba con monedas de oro, sino que con las de plata.

—Bueno, tampoco *tanta* cantidad... —murmuró el capitán rascándose la nuca.

—Necesitamos tu barco —le dijo Aileen, perdiendo la paciencia. —¿Crees que puedas transportar a quince personas?

—¿Y de dónde piensas sacar ese dinero? —exigió saber el capitán, frunciendo el ceño.

—¿Las ciento cincuenta monedas de oro? Te las enseñaré en cuanto lleguemos a nuestro destino.

El hombre negó con la cabeza.

—Primero que nada, hablaste de *doscientas* monedas. Segundo-

—Bien, ciento cincuenta y cinco.

—Ciento noventa.

—Ciento sesenta y cinco.

—Ciento ochenta y cinco.

—Ciento setenta.

—Trato —dijo el capitán estrechando su mano con la de Aileen.

La morocha tenía una sonrisa triunfante en el rostro mientras que Adara ponía los ojos en blanco, negando repetidamente con la cabeza. Las tres jóvenes estaban por regresar al campamento para avisarle a los gemelos cuando escucharon al capitán preguntar con sarcasmo desde lejos:

—¿Y quiénes son mis afortunados pasajeros?

—Los herederos de Orland, por supuesto —respondió Aileen a secas, y Leia se volteó a tiempo para ver la expresión de sorpresa en el rostro del hombre, como si hubiera visto un fantasma.

.....

Al llegar al campamento, el cual ya estaba desmontado casi al completo, Adara, Aileen y Leia entraron en la tienda de los gemelos. Era la más alta de todas y en la puerta había un estandarte con el símbolo de Orland.

Cuando entraron, ni siquiera les fue necesario agacharse ya que el techo era lo suficientemente alto como para que incluso los gemelos entraran de pie, y eso que eran varios centímetros más altos que Leia. Se encontraban rodeando una pequeña mesa desplegable en el centro de la tienda en compañía del capitán de la guardia.

—¿Tuvieron suerte? —les preguntó Aiden, desviando su atención del mapa extendido que yacía sobre la mesa. Leia nunca aprendió a interpretarlos, pero sí sabía que enseñaban parte de Keentale, o incluso todo el continente.

—Ya tienes un barco a tu disposición —le dijo Aileen haciendo una sarcástica reverencia.

—Quizás el capitán no sea tan... simpático, pero nos llevará hasta donde lo deseemos —agregó Adara encogiéndose de hombros

Los gemelos fruncieron el ceño.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Aiden con cautela.

—Ciento setenta monedas —respondió la morocha. Los gemelos abrieron grandes sus ojos esmeralda.

—Aileen, necesitamos algo de dinero para viajar desde el puerto de Antel hasta el castillo —la regañó Cassian.

—Da igual, ustedes son sus reyes —le dijo ella poniendo los ojos en blanco. —Pueden pagarle cuando se les venga la gana.

—No parece muy justo... —murmuró Leia mirando las puntas de los dedos de sus pies.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos, y fue Adara la que lo rompió sugiriendo:

—Podríamos ofrecerle dinero de Antel. Después de todo, Leia tiene acceso a las monedas de oro del castillo de fuego.

Luego de una pausa, Cassian dijo:

—Bien, pero no le mencionaremos nada al capitán hasta llegar a Antel. No nos dejará viajar con él si descubre que le pagaremos más tarde.

Pese a que Aiden no parecía muy convencido, asintió con la cabeza y le dio una orden a su capitán para que avisara a sus demás hombres que estaban a punto de partir.

—¿Por qué sólo viajamos quince personas? ¿Qué ocurre con los demás soldados? —se le ocurrió preguntar a Leia una vez que todos se encontraban fuera de la tienda de los gemelos.

—El resto volverá al castillo —le respondió Aiden.

—Mientras que no haya un rey liderando, hay que aumentar la protección del lugar en caso de que a alguien se le ocurra hacer algo que no le corresponde —agregó Cassian.

—Mi Señor, ya está todo listo —interrumpió el capitán de la guardia dirigiéndose a Aiden.

El rey de Orland se aclaró la garganta.

—Muy bien, escuchen todos, por favor —comenzó a decir en voz alta, captando la atención de todos sus hombres. —Han hecho un buen trabajo estos días. Ya he seleccionado a nueve soldados que nos acompañarán a Antel sumando al capitán de la guardia. Por lo tanto, les pido al resto de ustedes que regresen al castillo del viento y protejan a su reino con toda su fuerza y honor —hizo una pausa y sus hombres golpearon su pecho, prometiendo cumplir con su deber. —Nos veremos a la vuelta, mis queridos soldados.

—¡Por Orland! —exclamaron todos al unísono.

—Por Orland —repitió Aiden, y tanto él como su hermano colocaron su mano derecha sobre su corazón. Y con un último movimiento de mano, los soldados hicieron una reverencia de despedida y se montaron en sus caballos, listos para regresar a sus hogares.

.....

De camino al puerto, Aiden frenó en seco inesperadamente haciendo que todos los que se encontraban detrás casi chocaran entre sí. Cassian lo observó con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —le preguntó cruzándose de brazos. Su hermano se volteó hacia él lentamente.

—El sacrificio —respondió el rey como si fuera de lo más obvio. —No lo hiciste, ¿verdad? —inquirió, y Cassian tomó una posición defensiva.

—¿Y cómo iba a saberlo si no me lo pedías? —preguntó con una expresión seria en su joven rostro.

—¿Así son las cosas contigo? —contraatacó Aiden elevando un poco la voz. —¿Te lo tengo que pedir todo?

Cassian parecía a punto de soltarle un par de palabras nada apropiadas para un príncipe en medio de un pueblo de clase media, por lo que Adara intervino con cautela.

—Oigan, no hay que preocuparse —dijo con una voz calmada y dulce. Ambos gemelos la observaron con irritación. —Lo haremos ahora y ya —agregó como si fuera algo sumamente sencillo.

Aiden suspiró, pasando una mano por su cabello para desordenarlo un poco.

—Bien —terminó por decir, relajando sus hombros. —Capitán —lo llamó, y este se volteó al segundo. —Envíe a uno de sus soldados a—

—Yo iré —dijo Aileen de repente, acomodándose la capucha de su capa bordó sobre su cabeza.

Aiden la miró en silencio por un momento.

—No es necesario que—

—Yo iré —repitió la morocha, desafiándolo con sus oscuros ojos.

Estuvieron mirándose fijamente a los ojos por un largo tiempo como si estuvieran teniendo una discusión silenciosa. Mientras tanto, Cassian le dio una mirada a Leia que parecía decir “*No te preocupes, lo hacen todo el tiempo*”.

—¿Qué es eso del *sacrificio*? —preguntó por lo bajo a Adara, quien estaba más cerca de ella.

—Antes de viajar por agua, se debe hacer un sacrificio en honor a Aqua, el dios de las aguas, para que nos otorgue el permiso de viajar por su territorio sin mayores complicaciones —explicó la castaña.

—¿Y qué se... *sacrifica*? —indagó más Leia con cierta cautela debido a que temía la respuesta.

—Un animal terrestre —le dijo Adara. —Cuanto más grande sea, mayor protección nos brindará.

Leia enarcó las cejas en sorpresa y se volteó en cuanto Aiden habló aun mirando a Aileen.

—Bien, pero no te tardes.

—Lo que diga Su Majestad —le dijo Aileen con un tono de burla, haciéndole una reverencia sarcástica.

Se volteó para irse en dirección al bosque que más cerca se encontraba del pueblo cuando la voz del rey la hizo detenerse.

—Tú deberías acompañarla.

Leia se dio cuenta de que se estaba dirigiendo a ella y no pudo evitar abrir grandes los ojos.

—Aiden, no es necesario —le advirtió su hermano tocándole ligeramente el brazo.

—Todo miembro de la realeza debe saber sobre estos tipos de sacrificios a los dioses —le recordó él pese a que su profunda mirada seguía sobre Leia.

—No creo que yo pueda... —comenzó a decir, pero Aiden la detuvo con un gesto.

—Tranquila, sólo es para que observes. No tienes por qué hacer nada más —le aseguró con un dejo de calma en su voz que también sorprendió a la joven.

A unos pasos de ellos, Aileen se volteó para mirar a Leia como si la estuviera retando a que ese atreviera a ir con ella. La joven tragó grueso. No podía evitar sentirse un poco intimidada por el alto autoestima que cargaba la morocha.

—Bien —dijo Leia finalmente, pero su tono de voz fue demasiado bajo. —Bien, iré —repitió, intentando sonar segura.

—Vámonos entonces —le dijo Aileen haciéndole una seña con la mano para que la siguiera. Un brillo de diversión danzaba en sus oscuros e intimidantes ojos marrones. —Y mantente cerca. No vaya a ser que te pierdas.

Con una última mirada de ánimo por parte de Adara, ambas jóvenes salieron del pueblo.

Llegar al bosque no fue tarea difícil. Estaba muy a la vista y ambas caminaban a la par admirando las vistas que otorgaba la explanada.

—Así que... ¿eres de Antel? —preguntó Leia, rompiendo el silencio que se había formado entre ellas desde que salieron del pueblo.

—Sí —respondió la morocha a secas, y Leia se mordió el labio inferior. No era buena sacando temas de conversación y Aileen no la ayudaría.

—Y... ¿Cómo es allí?

Aileen se encogió de hombros, desenfundando una de sus dagas para jugar con la misma en sus manos con agilidad.

—Ambiente lujoso, gente de mierda, demasiada cortesía —enumeró con la vista clavada al frente y su mentón bien en alto. —Pero los paisajes son bonitos —agregó con un encogimiento de hombros.

Leia se quedó en silencio. Sus ideas para entablar una conversación se habían desvanecido por completo con esas palabras. Luego de un rato, Aileen habló:

—Vivo en el castillo. Por eso dije eso.

Ahora tenía más sentido, pero eso la hizo sentirse ligeramente inquieta. El castillo era a donde iban, y si Aileen lo describía así...

—No te alteres —le dijo Aileen echándole una mirada por encima de su hombro. — Cuando estés allí, reconocerás quiénes son esa gente de mierda. Y a diferencia de mí, tú sí podrás ponerlos en su lugar —agregó con una sonrisa maliciosa en sus gruesos labios.

Sin decir nada más, las dos se adentraron en la densidad del bosque. Las copas de los árboles eran lo suficientemente abundantes como para que sólo unas finas líneas de luz del sol se colaran por entre algunos huecos. El resto de la vista era naturaleza pura de diferentes tonalidades de rojo y algunos toques verdes. Los sonidos más notorios eran los de las hojas moviéndose al ritmo de la brisa y de algún que otro ave revoloteando por la zona.

—¿Por qué vives en el castillo? —preguntó Leia con curiosidad. La morocha avanzaba con lentitud, sus ojos marrones estudiando su alrededor con suma atención. En sus manos ya tenía su arco y una flecha.

—Mi tío es el capitán de la guardia —respondió sin más, como si esa fuera razón suficiente.

Leia quería indagar más ya que no lo lograba entender, pero Aileen se llevó un dedo índice a los labios indicando que hiciera silencio. Luego se acuclilló en el suelo, observando de cerca lo que parecían ser huellas.

—Ciervo —murmuró la morocha poniéndose de pie. —Está cerca de aquí. Sígueme —le indicó a Leia. —Y pase lo que pase, no hagas ni un ruido.

Ambas comenzaron a avanzar con lentitud por un camino que trazó Aileen, como si pudiera oler la esencia del animal al igual que un sabueso.

Poco tiempo después, en la lejanía visualizaron un pequeño arroyo. En la orilla, bebiendo del mismo, se encontraba el ciervo del que Aileen hablaba. La morocha tiró del brazo de Leia para que ambas se escondieran detrás de unos árboles. La joven, sin quererlo, pisó una ramilla haciendo que el animal levantara la cabeza con rapidez, moviendo sus orejas en dirección a la fuente del sonido.

—Mierda —murmuró Aileen entre dientes asomándose a un lado del tronco para poder tener una mejor visión de su objetivo. Leia hizo lo mismo. —Quédate ahí... Quédate ahí... —susurraba la morocha, apuntando la flecha en dirección al ciervo.

El animal parecía estar mirando justo en su dirección. Al parecer captó su aroma ya que comenzó a alejarse de allí a la velocidad de la luz. Igualmente, Aileen lanzó su flecha, dándole en su muslo derecho. El ciervo soltó un chillido de dolor pero siguió corriendo a gran velocidad.

—No te irás tan fácil —susurró Aileen, y comenzó a seguirlo a una velocidad más moderada. A Leia no le quedó otra opción más que hacer lo mismo.

A diferencia de la morocha, la joven hacía demasiado ruido cada vez que se movía. Aileen parecía saber de antemano exactamente dónde pisar para generar el menor ruido posible. Leia no podía dejar de preguntarse cómo había hecho ella para aprender todo eso.

Se la pasaron persiguiendo al animal por bastante rato, pero debido a que éste estaba perdiendo mucha sangre de su herida, no le quedó otra opción más que rendirse y acostarse junto a un árbol. Cuando las jóvenes lo visualizaron, comenzaron a caminar más lento. Leia se quedó de pie a un lado mientras que Aileen se acuclillaba frente a él. El animal intentó apartarla con sus patas, pero la morocha permaneció en su lugar mirándolo fijamente a los ojos.

—Shhh, ya está —le susurró, y Leia se quedó atónita por la suavidad en su voz. No la creía capaz de hablar de esa manera.

Colocó una de sus manos sobre el lomo del ciervo y comenzó a acariciarlo. Al principio, el animal se retorció aún más, pero poco a poco comenzó a ceder como si supiera que no le quedaba otra opción.

—Lo lamento —murmuró Aileen, y en un abrir y cerrar de ojos desenfundó una de sus dagas y la clavó en el pecho del ciervo. Éste soltó un último alarido y su cabeza cayó a un lado.

Leia no pudo mirar eso último. Desvió la mirada y sólo oyó cómo la vida del animal lo dejaba. Cuando volvió a mirar, Aileen aún seguía allí de cuclillas con una mano sobre el lomo inmóvil del ciervo. La joven estuvo a punto de preguntarle si le pasaba algo, pero Aileen sacudió la cabeza como quitándose una idea de la mente y se puso de pie, sacando con brusquedad la flecha que había quedado clavada en la pata trasera del animal. La limpió con la falda de su vestido y la volvió a guardar en su carcaj al tiempo en que se colgaba el arco al hombro.

—Hay que llevarlo al océano —declaró Aileen volviendo a su tono frío y seco.

Leia se espabiló y fue a su lado para cargar con una mitad del animal. Mientras que Aileen lo llevaba por las patas delanteras, ella lo hacía por las traseras. Ambas no tenían la suficiente fuerza como para elevarlo completamente del suelo, por lo que lo arrastraron fuera del bosque.

Cuando los músculos de sus brazos empezaron a arderles por el esfuerzo, a lo lejos visualizó a los gemelos, quienes se acercaron rápidamente a ellas para ayudarlas. Cassian tomó las patas traseras, haciendo que Leia suelte un suspiro de alivio.

—Buen trabajo —les dijo Aiden con un asentimiento de cabeza, tomando el lugar de Aileen. La muchacha le dio una mirada silenciosa y se fue a reunir con el resto, dejando a los gemelos y a Leia solos.

—Espero que no te haya asustado ni nada —le dijo Cassian a la joven cuando los tres comenzaron a avanzar en dirección a la orilla del océano. Estaban en el mismo lugar en donde la noche anterior habían acampado, sólo que ahora la explanada estaba vacía.

—No, no —se apresuró a decir Leia. —Estuvimos bien —respondió sin saber qué más agregar.

—Es... complicada —dijo Cassian haciendo una mueca con sus labios. —Pero lo fue desde siempre —agregó encogiéndose de hombros.

—Y está bien así como es —acotó su hermano con cierta advertencia en su tono de voz, sin molestarse en voltearse hacia atrás para verlos.

—El amor es ciego —le susurró Cassian a Leia en un tono de broma, y la joven no pudo evitar reírse por lo bajo. Era la primera vez estando con ellos que sentía que era una risa honesta.

Al llegar a la orilla, Adara y Aileen los estaban aguardando con una especie de red en la que con ayuda de los cinco, envolvieron el cadáver del animal. Como toque final, Cassian metió dentro algunas piedras pesadas y de gran tamaño.

Cuando los gemelos comenzaron a arrastrar la red hacia el océano mojándose los pies y la parte baja de sus pantalones, Leia entendió que aquellas piedras servirían para que el cadáver se quedara en la profundidad. Tenía sentido si se trataba de un sacrificio para el dios de las aguas.

Los gemelos volvieron a la altura de donde se encontraban las tres jóvenes y juntos observaron cómo las olas parecían tragarse la red y todo su contenido. Leia sintió cierta incomodidad al recordar el último sonido que soltó el animal cuando Aileen acabó con él, pero se obligó a dejar de pensar en eso o su estómago se revolvería aún más.

.....

—No pretendan que me incline ante ustedes —espetó el capitán del barco que los transportaría dirigiéndose a los gemelos mientras que los demás subían a su nave.

—Vaya, tú debes ser el capitán simpático —le dijo Aiden con sarcasmo.

El hombre se acomodó su camisa a cuadros.

—Capitán Harry Sternell —aclaró con su mentón en alto. Con suerte, era apenas un centímetro más alto que los gemelos.

—Bien, *Harry*, no pretendemos que te inclines ante nosotros. Sólo que nos lleves hasta el puerto menos poblado de Antel —dijo el rey de Orland.

—Siempre y cuando reciba mi pago —masculló entre dientes el capitán, siendo el último en subir al barco. Los gemelos intercambiaron una mirada de advertencia pero se mantuvieron en silencio.

Era la primera vez que Leia se subía a un barco. Y ver uno, su segunda vez, ya que sólo en una ocasión cuando Kailani y ella eran pequeñas, Darren las llevó a la costa más cercana a Emera para que ambas pudieran ver pasar a los barcos cargados con productos con destino a Velthorn.

El barco de Harry era diferente ya que éste en la cubierta, en vez de tener cajas y cajas de mercadería, estaba despejado y los tripulantes podían caminar por allí con total libertad. Además, debajo de ellos había varias habitaciones de un espacio reducido. *Camarotes*, los llamó Harry, donde todos dejaron sus pertenencias y donde todos los soldados, exceptuando al capitán de la guardia, se fueron a descansar para así recargar energías. En cuanto a los gemelos, se encontraban en la cubierta utilizando su poder para impulsar los vientos a su favor y así viajar más rápido. Según los cálculos de Aiden, si sólo manifestaban su poder durante el día, el viaje de ocho días se reduciría a uno de cinco.

Leia sabía que debería estar haciendo lo mismo que los soldados de Aiden, descansando, pero su cabeza estaba tan recargada de información que ya no se creía capaz

de cerrar los ojos por un largo rato. Siempre se mantenía atenta por si percibía de antemano a algún Inframón, pero hasta ese momento donde recién comenzaban a alejarse del puerto, no sintió ninguna oscuridad que le helara la sangre.

La joven recargó su cuerpo sobre uno de los extremos del barco saboreando el viento salado en su rostro. Se permitió no usar la capucha ya que, en caso contrario, la brisa la sacudiría incómodamente.

<<Alguien cercano a ti sufrirá las consecuencias>>. Las palabras de aquél Inframón no se le iban de la cabeza. ¿Se refería a alguien cercano físicamente, como Adara o Aileen o incluso los herederos de Orland? ¿O emocionalmente, como su familia en Emera? No le gustaba ninguna de las dos opciones. Dejando de lado el hecho de que tenía un lazo más fuerte con su familia que con aquellas personas que la estaban llevando a Antel, Leia no quería ser la culpable de que otra persona saliera lastimada. ¿Pero qué pasaba si en verdad atacaban a su familia? Ellos no tenían ningún tipo de protección y si algún Inframón les ponía una mano encima...

En el momento en que sintió en su interior cómo el poder del viento se intensificaba, se dio cuenta de que uno de los gemelos se estaba acercando a ella. Y así, de un segundo a otro, Cassian Dustin entró en su campo de visión, recargando sus brazos sobre el extremo del barco. Debajo, las olas golpeaban contra la madera creando un sonido relajante. Más al horizonte podían apreciarse algunas gaviotas que planeaban cerca de la superficie del océano.

—Con suerte, los siguientes días estarán a nuestro favor para viajar sin ninguna complicación —dijo Cassian mirando hacia el frente mientras movía sus manos de manera relajada al tiempo en que ráfagas de viento salían de ellas impulsando las velas del barco.

—¿No es agotador? —le preguntó Leia señalando con el mentón las manos del príncipe.

—Es difícil de explicar sin que lo hayas vivido, pero te darás cuenta de que cuando lo manifiestes, tus energías disminuirán pero al mismo tiempo sentirás cierta satisfacción que te permitirá seguir soltando cada vez más.

La joven enarcó las cejas, asombrada.

—Ya tendrás tiempo de aprenderlo por ti misma —agregó. —¿Qué hay de ti? ¿Cómo te sientes?

—¿La verdad? —preguntó Leia, y Cassian volteó su rostro para mirarla mejor. — ¿Alguna vez te has sentido presionado por otros, que no puedes estar a las expectativas de los demás, que sabes que están pidiendo más de ti de lo que puedes ser capaz de dar?

—Bienvenida a la vida en la realeza —murmuró el príncipe, y luego negó con la cabeza. —Tranquila, sé lo abrumador que puede llegar a ser todo esto, pero estás haciendo lo correcto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —se interesó la joven.

Cassian se tomó unos segundos para responder.

—Porque cuando te enfrentaste a esos Inframons en El Mercado, pude ver en tu rostro que harías todo lo que estuviera a tu alcance para terminar con ellos por el bien de tu pueblo —había tanta sinceridad en sus palabras que Leia no sabía qué decirle. —¿Me equivoco?

—Para nada —dijo ella por lo bajo. —Por cierto, ¿cómo fue que aparecieron en Emera justo en ese momento?

—Cuando Adara y Aileen regresaron a nuestro castillo, nos contaron que había soldados patrullando por el lugar que no tenían actitudes del todo... humanas. Sabíamos que no podíamos dejarte mucho tiempo más allí, no luego de saber que cualquier Inframom podría descubrirte y llevarte con Connor, por lo que regresamos a tu pueblo lo más rápido posible —explicó Cassian. —Y en el momento indicado, al parecer.

Leia asintió con la cabeza como mostrándose de acuerdo mientras ambos volvían a mirar en dirección al largo océano que se extendía ante ellos.

—La madre y la niña que estaban contigo... ¿Son parte de tu familia? —preguntó el príncipe con curiosidad.

—La mujer, Jesser, es mi compañera de trabajo —le contó Leia. —Juntas tenemos una tienda en El Mercado donde vendemos figuras talladas de madera. Y Karis, la niña, es su hija. Cuando la hermana de Jesser no podía cuidarla en turno laboral, ella venía con nosotras y nos ayudaba.

La joven sonrió en cuanto varios recuerdos de ambas se le vinieron a la mente, y se sorprendió cuando se percató de que Cassian también estaba sonriendo.

—Es bueno saber que pese a que no te criaste donde se suponía que lo hicieras, aun así hayas encontrado personas a las que puedes llamar *familia* —admitió el príncipe sin mirarla a los ojos. —Lo mejor que te puede pasar cuando te encuentras en una situación en la que debes luchar, es tener por *quién* hacerlo.

—¿Y tú tienes a alguien? —preguntó la joven.

—A mis padres —le respondió Cassian sonriendo más para sí mismo que para ella. Luego añadió, cambiando de tema: —¿Cómo fue que te enteraste de... todo?

—¿Te refieres a mis raíces? —preguntó Leia, y Cassian asintió con la cabeza. —Mis padres, Darren y Linda, me contaron la verdad en cuanto fui lo suficientemente madura para entenderlo. Me dijeron todo lo que sabían, que en ese momento era lo justo y necesario, y siempre me advirtieron que no dejara que otros supieran aquella verdad ya que los soldados de Velthorn podrían encontrarme y llevarme con el Rey Supremo —relató, recordando ese día como si fuera el día anterior. Tenía tantos sentimientos mezclados en su cabeza que simplemente se había quedado mirándolos, esperando a que le dijeran que se trataba de una broma. En cuanto se percató de que iban en serio, tuvo que salir a tomar aire mientras Kailani la acompañaba en silencio, también esforzándose por asumir todo lo que había oído. Esa tarde se habían hecho una promesa en la que juraban que no importaba quién era Leia realmente, ellas siempre serían hermanas.

Cassian volvió a mirarla a los ojos con una pequeña sonrisa asomando a sus labios.

—Pues... Ahora ya no tendrás que volver a ocultarte —le dijo, y Leia se quedó en silencio.

Pese a que ella ya lo sabía, no dejaba de sorprenderle. Cuando llegara a Antel y todos sus habitantes se enteraran del regreso de la princesa de fuego, ya no tendría que estar todo el tiempo ocultándose de los demás. Todo lo contrario; debería hacerse notar. No le agradaba demasiado la idea, pero tampoco extrañaba mantenerse todo el tiempo en las sombras sin poder hacer nada mientras un Inframón en un cuerpo humano asesinaba a otro. Dejaría de ser tan inútil, o al menos eso esperaba.

—Se siente raro —admitió en voz alta.

—Tarde o temprano lo considerarás un alivio, créeme —le aseguró Cassian, y Leia decidió creerle.

Ambos se voltearon en cuanto percibieron el poder de Aiden. Efectivamente, el rey se estaba acercando a ellos en compañía de Adara y Aileen.

—Espero que mi copia barata no te esté molestando —le dijo Aiden a Leia echándole una mirada a su hermano. Cassian se cruzó de brazos.

—Para nada —le respondió la joven, sonriendo. —Su compañía ha sido de gran ayuda —no sabía por qué, pero no se atrevió a mirar al príncipe en cuanto dijo esas palabras.

—Vaya, eres la primera persona que dice eso de él —exclamó Aiden enarcando ambas cejas.

—Me parece que te estás olvidando de Adara —le murmuró su pareja. Pese a que su voz era apenas un susurro, Leia alcanzó a oírlo y cuando sus ojos se posaron en Adara, sus mejillas estaban ardiendo.

—¿Cómo lo llevas, Leia? —se apresuró a preguntar la castaña.

La joven humedeció sus labios antes de responder.

—Todo está pasando demasiado... rápido —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Ya... Para nosotros también —admitió Adara. Luego sacudió la cabeza como despejándose. —Pero no tienes de qué preocuparte. Ahora que estás con nosotros, haremos lo que sea necesario para ayudarte a adaptarte a todo esto —agregó señalando su alrededor.

—¿Qué les hace creer que mi ayuda servirá de algo? —se atrevió a preguntar la joven sin mirar a nadie a los ojos.

Los demás compartieron miradas silenciosas entre ellos.

—¿Sabes lo que le hace falta al mundo, Leia? —le preguntó Aiden.

—¿La desaparición de los Inframons? —ofreció la joven. Aiden rio con soltura pero negó con la cabeza.

—Además de eso —confesó, y viendo que Leia no decía nada, agregó: —Esperanza.

—Eso es lo que nos está manteniendo en pie y lo que nos impulsó a venir a buscarte —acotó Adara, regalándole una de sus cálidas sonrisas de labios cerrados.

Leia se sonrojó ligeramente.

—Estaremos aquí para guiarte —le dijo Cassian, y Leia notó como su mano casi viaja a su hombro como un gesto reconfortante, pero el príncipe pareció arrepentirse a último momento y volvió a bajar su mano.

—Dioses, esto es demasiado empalagoso para mí —dijo de repente Aileen, entornando sus ojos.

Con un movimiento de su mano, Cassian provocó que el cabello oscuro de la morocha se enredara como si hubiera estado bajo un huracán. Sus ojos marrones parecían estar en llamas, y en menos de un suspiro desenfundó una de sus dagas que llevaba en su cinturón para empezar a perseguir a Cassian por toda la cubierta gritándole:

—¡Voy a asesinarte, Dustin!

Mientras tanto, Adara y Leia habían estallado en carcajadas. A su lado, Aiden observaba con satisfacción cómo su hermano huía de su pareja.

—Parecen llevarse muy bien —dijo Leia con ironía.

—Aileen es de enojarse fácil y Cassian es un experto en irritar a la gente, así que... —explicó Aiden.

—Igualmente, está siendo piadosa —dijo Adara. —Si Cassian fuera un verdadero enemigo, ya estaría muerto.

Leia sabía que la castaña hablaba en serio. Las veces que la vio luchar, su agilidad y destreza a la hora de blandir sus dagas la habían dejado asombrada, e incluso la forma en que bloqueaba y disuadía los ataques de su contrincante.

En ese momento, mientras estaba a punto de pisarle los talones a Cassian, pareció darse cuenta de que no lograría detenerlo así como así, por lo que se impulsó con sus piernas y saltó sobre su espalda rodeando su cuello con ambas manos. Utilizó el poco peso de su cuerpo para derribarlo hacia atrás y antes de que él callera sobre ella, Aileen rodó por el suelo dejando que todo el cuerpo de Cassian cayera de espaldas. Cuando la morocha se puso de pie, le dijo al príncipe:

—La próxima vez, no dudaré en lanzarte una flecha.

—Anotado —logró decir Cassian frotándose la nuca, donde se había golpeado gracias a la caída.

Con aire de triunfo, Aileen les dio una mirada de superioridad a los demás antes de alejarse en dirección a los camarotes jugando con la daga en su mano. Los tripulantes que se encontraban en su camino se apartaron al instante, mirándola con un brillo de asombro en sus ojos. A su lado, Leia sintió cómo la mandíbula de Aiden se tensaba, pero se mantuvo en silencio.

—Hagamos de cuenta que nada de eso sucedió —declaró Cassian cuando se acercó a ellos retomando la manifestación de su poder.

—¿Y olvidar una humillación de mi hermano? Jamás —le dijo Aiden con una gran sonrisa en su rostro.

Cassian lo fulminó con la mirada pero no dijo nada más.

—Iré a la proa un rato —anunció Adara acomodando un mechón de su cabello que se había escapado del rodete alto que tenía hecho. —¿Quieres venir? —le preguntó a Leia.

La joven aceptó con un asentimiento de cabeza y ambas dejaron que los gemelos estuvieran a solas para concentrarse más en su poder.

Capítulo 8

Esa mañana fue bastante tranquila. Alexander y Dean desayunaban juntos en el balcón de los aposentos del morocho disfrutando de una gran variedad de comidas dulces que dos criadas les habían traído. Además, el día soleado les otorgaba un poco de calidez a pesar de la fresca brisa que anunciaba el otoño.

Hacia el exterior, las vistas eran bonitas, pero Alexander las había visto por tantos años que ya no le generaban absolutamente nada; sólo aburrimiento.

—Tengo ganas de salir hoy —anunció de repente Dean. Entre ambos se había instalado un silencio cómodo.

—Ah, ¿sí? —preguntó el morocho enarcando una ceja. —¿Y a dónde?

—No lo sé —admitió el joven. —Necesito inspiración para mi próxima pintura —le explicó, señalando las vistas.

La mención de la pintura le recordó lo que había sucedido hacía unos pocos días con su hermano Zeth, y eso sólo hizo que todos sus músculos se tensionaran. <<*Maldito bastardo que siempre se salía con la suya*>>.

—¿Qué opinas? ¿A dónde crees que podríamos ir? —insistió Dean dejando de observar las vistas del balcón para ver a Alexander a los ojos.

—Pues... eso lo tengo que pensar, pero—

Un temblor que agitó todo el castillo lo detuvo. Dean dio un respingo llevándose una mano al pecho como calmando los latidos de su corazón mientras que Alexander soltó una maldición por lo bajo. Eso sólo podía significar una sola cosa.

—Lo dejaremos para más tarde, ¿sí? —le dijo a Dean, poniéndose de pie.

El joven soltó un suspiro intentando en vano ocultar su decepción. Luego forzó una sonrisa en dirección a su amigo y asintió con la cabeza.

—Claro, no hay problema.

Alexander no dijo más y salió de sus aposentos intentando tomar el camino más largo para llegar a la Sala del Trono. El llamado de Connor Malstrom no parecía urgente, por lo que de seguro tenía que algo ver con un asunto que involucraba a los cinco hijos, no sólo a Alexander.

Efectivamente, cuando entró a la sala luego de que dos guardias le abrieran las puertas por él, allí estaba sentado el Rey Supremo en su apreciado trono de plata mirando con diversión a la hilera de nuevos esclavos que se encontraba frente a él a una distancia prudente. A ambos lados de él se encontraban sus cuatro hijos: a su derecha, Dilaya y Taran; y a su izquierda, los gemelos Zeth y Isaias.

—Proviene del pueblo de Emera, Mi Señor —informó uno de los guardias a su rey.

Alexander estaba avanzando por la sala hasta quedar a un lado mezclado entre los demás guardias. Al oír el nombre del pueblo, su mandíbula se tensó.

Los esclavos, que esta vez eran únicamente seis, temblaban descontroladamente haciendo que las cadenas en sus manos y pies chocaran entre sí resonando en todo el lugar. Si hubieran sido más cantidad, habrían tardado varios días en llegar al reino; pero al ser pocos, los Inframons podían trasportarlos con una velocidad imposible para un ser humano.

—Vaya, al parecer esta semana se han comportado mejor —resaltó Connor al notar los pocos que eran.

—Los pagos los guardaremos junto con las demás reservas, Su Majestad —anunció otro de los guardias, quien sostenía una pesada bolsa repleta de monedas de plata.

—Sí, como sea —dijo el rey haciendo un gesto de desdén con su mano. —Lo que me interesa es qué haremos con estos irresponsables —añadió mirando con diversión a los esclavos.

Ellos se estremecieron aún más. Debido al olor que se comenzaba a sentir en el ambiente, Alexander percibió que uno de ellos ya se había orinado encima. *Típico.*

—A mí se me ocurren un par de ideas —interceptó Dilaya dando un paso al frente. Una larga sonrisa se extendía por sus labios, los cuales estaban ligeramente pintados de un tono bordó oscuro haciendo resaltar el rojo de sus ojos. Su vestido negro se ajustaba a sus curvas de una manera provocadora, haciendo que varios soldados en la sala no pudieran quitar su mirada de encima.

—Escucho ofertas —le dijo su padre sin quitar su mirada de las víctimas.

La joven acomodó su corto y oscuro cabello para despejarse el rostro y comenzó a descender los pocos escalones que la separaban de los esclavos. Ella tenía la mirada fija en uno de ellos: un joven de no más de veinticinco años con cabello rubio rizado y unos grandes ojos marrones. Él, de rodillas en el suelo, bajó la mirada encorvándose como si así pudiera desaparecer. Eso no hizo más que divertir a Dilaya, quien se inclinó hacia él y le tomó el mentón con una mano de largas uñas.

Los demás en la sala observaban la escena en sumo silencio.

—Tu rostro luce muy... vacío —le dijo Dilaya al joven haciendo un falso puchero.

Desde la distancia, Alexander no podía verlo bien pero atisbó un delgado hilo de humedad en su mejilla derecha. Estaba llorando.

—Por favor, yo sólo... —comenzó diciendo el joven con un tono de voz que no se podría haber oído si no fuera porque todos los demás estaban callados.

—Shhh, tranquilo —le susurró Dilaya acariciando su mejilla húmeda con el pulgar. — Te prometo que no te dolerá... —le aseguró ella, guiñándole un ojo.

El rubio soltó un respingo en cuanto oyó un cuchillo desenfundándose.

—...en un par de días —completó su frase la morocha, y en un movimiento limpio y veloz pasó el filo de su arma por la otra mejilla del joven, haciéndole un tajo desde la altura de su ojo hasta sus labios.

Un grito desgarrador escapó la garganta rasposa del rubio retumbando por todo el lugar. Dilaya se reincorporó y observó con interés cómo él caía al suelo de lado y hacía presión sobre su herida con ambas manos atadas sollozando descontroladamente. Los otros cinco esclavos se encogieron en sus lugares, algunos temblando y otros llorando en silencio.

—Considéralo una advertencia —le dijo Dilaya al rubio, regresando a su voz helada y carente de sentimientos. —Nadie evade un impuesto sin recibir un castigo —le aclaró dándose vuelta sobre sí misma para regresar al lado de su padre, quien la miraba con orgullo. Uno de los soldados le alcanzó un pañuelo para que limpiara su cuchillo.

—Bien —soltó Connor golpeando sus puños en el reposabrazos de su trono. — ¿Quién sigue? —preguntó observando con detenimiento a cada uno de sus hijos.

Mientras tanto, dos guardias tomaron al joven rubio de ambos brazos para arrastrarlo hasta las mazmorras.

.....

Y así continuó el resto de la mañana. Cada uno de los hijos de Connor castigó a un esclavo a su propia manera: Zeth le había torcido las piernas a uno de una manera muy lenta y dolorosa provocando que la sala se llenara de gritos de dolor ensordecedores; Isaías, con su característica elegancia, se sentó a horcajadas sobre otro rodeando su cuello con ambas manos y ejerciendo presión hasta que estuviera seguro de que su víctima no aguantaría más sin respirar; Taran, por su parte, sólo fue capaz de clavar uno de sus cuchillos en la palma de uno de los hombres sin atreverse a mirar a su víctima a los ojos, a diferencia de sus demás hermanos; por último fue Alexander, utilizando nada más que sus puños para deformarle el rostro al anteúltimo esclavo. Ni siquiera se molestó en analizar sus rasgos faciales al principio; sólo propinó puñetazo tras puñetazo intentando no pensar en que Dean era uno de ellos y que podría encontrarse en aquella situación si Alexander hacía una única cosa mal.

Como aún quedaba un esclavo, Connor ordenó que su capitán de la guardia lo azotara con un látigo en su espalda diez veces. Marco lo hizo con gusto, ciegamente orgulloso de seguir las órdenes de su rey.

Finalmente, las torturas se acabaron ya cuando la luz del sol del mediodía se colaba por las pocas ventanas que decoraban la sala. Todos abandonaron el lugar exceptuando por las criadas que debían quedarse a limpiar el desastre de sangre y orina que habían dejado los esclavos. Una de ellas se aclaró la garganta detrás de Alexander y con la mirada fija en sus pies, le entregó un pañuelo húmedo para que se enjuagara sus manos, cuyos nudillos estaban manchados de sangre ajena. El morocho asintió con la cabeza y salió de allí revoleando el pañuelo ahora sucio en el camino cuando se aseguró de quedar limpio.

Cuando creyó que por fin podría regresar a sus aposentos para continuar conversando con Dean, Marco Scall captó su atención.

—Su Majestad convocó una junta en la Sala de Reuniones —le informó el capitán de la guardia con su postura firme de siempre.

Alexander odiaba encontrar tantos parecido de Dean en ese despreciable rostro. Sus grandes y redondos ojos azules, el tronco de su nariz levemente grueso con punta

redonda, el tono rosado claro de su piel... ¿Por qué su amigo no podría haber heredado más aspectos por parte de su madre?

—¿Ahora? —inquirió Alexander, girando sus hombros en círculos para descontracturarse un poco.

—Sí, ahora —afirmó el hombre con un tono irritado de voz. —¿Hay algún problema? —preguntó enarcando una gruesa ceja castaña.

—Para nada, *capitán* —le respondió el morocho en un tono burlón, pasando por su lado y proporcionándole un golpe de hombro con hombro.

Marco murmuró una maldición pero Alexander prefirió no prestarle atención ya que estaba haciendo un gran esfuerzo conteniéndose para no estamparle un puño en su rostro.

Él fue uno de los últimos en entrar a la Sala de Reuniones seguido de cerca por Marco Scall. El capitán cerró la puerta detrás de sí y se posicionó al lado de su rey.

La sala en sí no era tan amplia. Lo único que había era una mesa con unas doce sillas, alguna que otra estantería repleta de libros y manuales, y las paredes estaban decoradas con mapas extendidos de todo el continente y de cada reino con los nombres de sus pueblos, ríos y zonas más reconocidas. A la mesa se encontraban sentados Connor, tres de sus hijos (al parecer, Taran había logrado escabullirse a otra parte del castillo y a su padre no parecía importarle en lo absoluto), dos consejeros, cuatro de sus soldados más confiables incluyendo a Marco, y Alexander. O en otras palabras, otra más de las reuniones que Connor siempre convocaba.

Esta vez, el mapa que estaba desplegado sobre la mesa frente al Rey Supremo era del territorio de Orland, y Alexander rápidamente entendió a qué se debía todo esto. Se sentó en silencio en uno de los dos asientos libres al lado de su *adorada* hermana.

—¿Cómo se encuentra tu mascota, hermanito? —le preguntó ella en un tono bajo de voz simulando dulzura e interés. Alexander se tragó un insulto.

—Me halaga que te importe, pero mejor céntrate en tu padre —le susurró Alexander regalándole una amplia sonrisa sarcástica. Dilaya le gruñó poniendo los ojos en blanco y volcó su atención en Connor.

El rey estaba centrado en el mapa que tenía delante de él, estudiándolo en silencio. Luego de unos momentos, habló:

—¿Dónde dijiste que le dejaste el mensaje? —le preguntó a uno de sus guardias de gran fisionomía y cabello oscuro.

—Aquí, en el pueblo de Thornville —contestó el hombre señalando un punto en el mapa cerca del océano Bluele. —Es uno de los pueblos con mejores barcas para viajar por el océano —explicó.

—¿Así que ya zarparon? —preguntó Connor con un tono de molestia en su profunda voz.

—Al menos cuando yo la vi, estaban a punto de hacerlo —respondió el soldado encogiéndose de hombros.

Antes de que el rey pudiera decir algo más, Alexander lo interrumpió algo irritado:

—¿Les importaría contarme qué sucede? —preguntó cruzándose de brazos y recargando su espalda contra el respaldo de la silla en la que se encontraba.

—Qué raro que tú no lo sepas —murmuró Zeth por lo bajo, retando a su hermano con la mirada.

—La zorra de la hija de Aria Jules —respondió Connor a la pregunta de Alexander. — Al parecer está viva y fue encontrada por los hermanos Dustin y otras dos mujeres de la Corte de Antel.

Alexander enarcó ambas cejas.

—Vaya —exclamó, y luego agregó con una sonrisa arrogante dibujada en su rostro: — Así que los herederos de Orland la encontraron antes que tú.

Connor estampó un puño sobre la superficie de la mesa haciendo que casi todos en la sala se sobresaltaran, exceptuando a los hijos ya que estaban acostumbrados a esos gestos repentinos.

—No juegues con fuego, Alexander —le advirtió el rey, sus ojos rojos cargados de irritación. —Puede que la hayan encontrado antes, pero han hecho tanto alboroto que nos alertaron con demasiada facilidad —explicó reemplazando su mirada fría por una de satisfacción. —Ahora los tenemos en la mira a todo momento.

—¿Y qué planeas hacer? —le preguntó el morocho evitando tensar su mandíbula.

—Observar, Alexander, observar —dijo el rey recargándose contra el respaldo de su silla. —Esa chica es una pordiosera. Me da mucha curiosidad ver cómo se tomará toda esta nueva vida en el castillo. Parece bastante prometedor —agregó con un tono divertido de voz.

—Además, el rey temporal no se lo hará nada fácil si ella quiere tomar su lugar —señaló Dilaya con la misma sonrisa divertida de su padre.

—La joven no será ni una mínima amenaza para usted, Mi Señor —comentó otro de los soldados lamiéndole el culo a su rey, como solía decirlo Alexander.

—Por supuesto que no —aseguró Connor con su voz gruesa. —Veremos cómo se desenvolverá todo esto —hizo una pausa sin mirar a nadie en particular. —Pero si se llega a pasar de la raya... Digamos que le aguarda un destino igual al de su madre —añadió juntando las manos sobre la mesa y sonriendo con malicia.

—Y... ¿desea que hagamos alguna otra intervención, Mi Señor? —preguntó el mismo soldado.

Un silencio tenso y pesado se instaló en la sala. Alexander conocía esa mirada en Connor: fría, calculadora, como si estuviera pensando en mil maneras diferentes de torturar a la gente a la vez. Sus ojos rojos brillaron aún más, divertido.

—No estaría mal que volvieran a tener otra... *intervención* —dijo, pronunciando con lentitud la última palabra. —Sorpréndame, soldado —exclamó asintiendo firmemente con la

cabeza. –Y no olvide de dejarle en claro a esa niña que no se atreva a intentar nada en mi contra.

El soldado y él compartieron una mirada de entendimiento y el hombre sonrió con satisfacción.

–Lo que usted ordene, Su Majestad.

El asunto de la princesa de Antel llegó a su fin y luego de hablar sobre un par de cosas más con respecto a los nuevos esclavos y qué tareas se les asignaría a cada uno, el rey declaró el fin de la reunión, por lo que Alexander se apresuró para ser el primero en salir de allí.

Se sentía aireado y agitado, como si hubiera estado corriendo durante toda la mañana. Quería evitar a toda costa que la conversación sobre la princesa de Antel dejara de repetirse en su cabeza, en especial una de las últimas cosas que pronunció Connor: <<*No estaría mal que volvieran a tener otra...* intervención>>.

Decidió ir en busca de Dean para llevarlo a donde sea que quisiera lejos de ese oscuro castillo. Utilizaría cualquier excusa con tal de tener un poco de tiempo para espabilarse. Las reuniones de Connor siempre lo dejaban así de tenso, pero *esa* en especial...

–Hermanito, no tan rápido –la insoportable voz de Zeth llegó a los oídos del morocho y cuando se volteó en su dirección, evitó a toda costa estamparle un puño en su arrogante rostro.

–¿Qué mierda quieres? –espetó Alexander al tiempo en que subía las primeras escaleras con su hermano pisándole los talones.

–Oye, ¿por qué tan maleducado? –inquirió Zeth con una pizca de diversión en su grave voz.

–Zeth, o me dices qué quieres o–

–Te fuiste tan rápido de la sala que no dejaste que Connor te ordene un nuevo recaudo –lo interrumpió su hermano al tiempo en que ambos llegaron a la primera planta. Alexander se detuvo en seco volteándose para mirarlo a los ojos, malditamente idénticos a los de él.

–Ahora no puedo –soltó comenzando a avanzar hacia las segundas escaleras.

Pero como jamás podía zafarse de una orden de Connor así como así, su hermano lo detuvo tomándolo de la muñeca. Si hubiera sido completamente humano, la fuerza que ejercía allí le hubiera dolido, pero sólo sintió una leve molestia.

–¿Para qué intentas evadirlo cuando sabes perfectamente que no puedes? –preguntó Zeth enarcando una gruesa ceja azabache tan oscura como su largo cabello a rastas.

–¿Qué quiere esta vez? –dijo Alexander yendo directo al grano.

–Debemos pagar una visita a las minas –respondió Zeth encogiéndose de hombros.

A Alexander se le escapó un largo y pesado suspiro. Luego notó algo que no cuadraba.

—¿*Debemos*?

Una sonrisa cargada de picardía asomo a los gruesos labios del Inframón.

—Así es, hermano mío —exclamó dando un paso hacia él y apoyando su mano en el hombro de Alexander ejerciendo una gran cantidad de fuerza innecesaria. El morocho evitó hacer una mueca. —Padre quiere que vayamos juntos.

—Genial —murmuró el joven pasándose una mano por su desordenado cabello ondulado. —Iremos en un rato —decidió, ya que no creería soportar tanto tiempo continuo con Zeth. —Ahora tengo que ir a hablar con—

—¿Tu cachorro? —completó la frase su hermano, y la maldad en su sonrisa tensó todos los músculos de Alexander. —No tienes de qué preocuparte... —comenzó diciendo, y su mirada viajó por detrás del morocho.

La esencia de otro Inframón que conocía muy bien hizo presencia en su interior, agitando el recorrido de la sangre por sus venas. Una voz detrás de él terminó la frase de Zeth:

—...porque vendrá con nosotros.

Alexander se volteó de un tirón y sus ojos se encontraron con la figura de Isaías, la copia exacta de Zeth, sólo que con hombros menos anchos, cabello más corto y una mirada más calculadora y profunda. Por el resto, ambos eran idénticos.

Los ojos de Alexander viajaron a la persona que venía a su lado sostenido con fuerza desde el cuello de su camisa gris por la mano de Isaías.

—Eso no es una opción —dijo Alexander con extremada firmeza.

Los gemelos se miraron entre sí con pura diversión. En verdad les gustaba esto.

—Cuando tus órdenes valgan más que las de Connor, te escucharemos —le dijo Isaías a su hermano mayor, empujando el cuerpo tembloroso de Dean para que chocara contra el de Alexander.

El morocho atajó al joven antes de que cayera al suelo.

—¡Me importa una mierda a quién obedezcan! —gritó Alexander en dirección a sus hermanos, quienes ya se habían colocado uno al lado del otro. —Dean se queda aquí —repitió con un tono más bajo pero igual de serio.

—Oh, vamos, Alexander —se quejó Zeth poniendo los ojos en blanco. —Será divertido —agregó e intentó acercarse a Dean para darle una palmada para nada suave en el hombro, pero Alexander fue más rápido y le colocó una mano en su pecho para detenerlo.

—No lo toques —murmuró clavando su mirada en él. Zeth sólo sonrió con disimulada inocencia.

—Qué lástima.

Una voz femenina sonó detrás de ellos y Alexander se tragó un par de insultos cuando percibió de quién se trataba. Los cuatro jóvenes se voltearon para mirarla.

—¿*Qué lástima* qué? —inquirió Alexander.

—Que no podré ir con ustedes para divertirme un poco con el cachorrito —respondió su hermana sonriendo con soltura a Dean, mostrando sus brillantes y prolijos dientes.

—Tranquila, hermana —le dijo Zeth. —Nos aseguraremos de que la pase muy bien —afirmó señalando con el mentón a Dean.

Alexander se hubiera lanzado contra sus hermanos allí mismo si no fuera porque la vida de Dean peligraría. La única forma de mantenerlo con vida era aceptando esa mierda.

—Vámonos de aquí antes de que les arranque las cabezas —anunció dirigiéndose a sus hermanos e ignorando por completo la presencia de Dilaya.

Cuando los cuatro comenzaron a caminar en dirección a las escaleras, la joven Inframón dijo desde la distancia con un tono dulce y aterrador a la vez:

—¡Que te diviertas, Dean Scall!

Alexander percibió cómo su amigo tragaba grueso sin atreverse a mirar atrás.

.....

Las minas del Monte Hyllon olían a muerte y esclavitud. Cuando a Alexander le tocaba dar una vuelta por allí y controlar que estuviera todo en orden, su cabeza se llenaba de sonidos de picos contra la piedra, de gritos de pánico cuando a algún esclavo se le caía un trozo de piedra encima, de respiraciones agitadas por tanto trabajo, de las voces de los soldados quejándose del poco avance de los esclavos, y de algún que otro sollozo cuando alguien simplemente no podía dar más de sí y caía rendido de rodillas suplicando sin éxito para que no lo castigaran.

El olor rancio en el interior también era insoportable. Era una mezcla entre sudor, polvo, sangre, vómito, excremento y orina. De vez en cuando incluso captaba el aroma de algún cadáver pudriéndose porque a los guardias se les había olvidado quitarlo de en medio.

Una única vez Connor había sido lo suficientemente hijo de puta como para enviar a Dean con ellos. El joven en ese entonces tenía unos catorce años. Luego de haberlo visto, oído y presenciado todo, pasó unas cuantas semanas con ataques de pánico y noches sin dormir por las horribles pesadillas que tenía. Siempre acudía a Alexander porque no tenía a nadie más, pero el morocho no le decía nada; sólo dejaba que se quedara con él en completo silencio.

Jamás admitió que él también había pasado por todo eso los primeros años en que Connor lo enviaba a hacer ese tipo de cosas. Pero eso había quedado atrás, muy atrás en su vida. Ahora todo lo miraba con frialdad y desinterés; aunque las pesadillas lo traicionaban y le hacían experimentar todo tipo de pánicos y horrores.

Sin embargo, ese día cuando los cuatro fueron a las minas, Alexander no pudo evitar ver toda la situación desde el punto de vista de Dean, de un joven de veinte años que

ya de por sí vivía en un infierno pero que no necesitaba en lo absoluto ser espectador de algo como eso.

Porque al fin y al cabo, esos esclavos eran seres humanos. Dean podría ser uno de ellos.

Lo primero que hizo el joven al entrar fue soltar todo el desayuno en una de las esquinas de la cueva. Alexander evitó acercarse a él pero también se mantuvo atento por si alguno de los idiotas de sus hermanos se atrevía a acercarse.

El chequeo por la zona había llevado más tiempo del que Alexander hubiera querido ya que debieron escuchar todos los reportes de parte de los guardias para luego transmitírselos a Connor. El morocho apenas oía palabra alguna de lo que decían; estaba demasiado centrado en vigilar que Dean no se muriera del susto o de la tristeza allí mismo. Si era necesario, tomaría su forma demoníaca y se lo llevaría lejos de allí para que pudiera tomar aire fresco.

Faltando poco para el atardecer, los cuatro jóvenes regresaron al castillo. Aprovechando que Zeth y Isaías irían a hablar con Connor respecto a la visita, Alexander transportó a Dean hasta el balcón de sus aposentos. En cuanto aterrizaron, el castaño se alejó de Alexander de un empujón tomando grandes bocanadas de aire como si se estuviera ahogando.

—Putra madre... puta madre... —repetía una y otra vez apretando su pecho con una mano.

El morocho no sabía qué hacer, por lo que sólo se dedicó a quedarse allí de pie en completo silencio esperando a que su amigo se calmara.

Y eventualmente lo hizo, sólo que las palabras que soltó dejaron a Alexander un poco atónito:

—Si tengo que volver a ver algo así... Por los dioses, Alexander, si tengo que volver a presenciar eso... —tomó aire profundamente para luego dejarlo salir con lentitud. —Simplemente no... no podré más, ¿entiendes?

El castaño lo miró a los ojos y Alexander vio el terror y el cansancio que emanaba de ellos, pero no cansancio físico; no, era un cansancio emocional y mental por todo lo que había vivido hasta ahora.

El primer instinto de Alexander habría sido pedirle que ni se atreviera a pensar en esa posibilidad. Pero se tragó esas palabras y tomó su clásica postura impasible.

—Déjalo ir, Dean. Ya pasó.

—¿Ya pasó? ¡¿Ya pasó?! —espetó el castaño abriendo grandes los ojos. —¿Qué habría pasado si uno de ellos era yo? ¿Eh, Alexander? ¿Actuarías así de insensible?

—Agradece que estás aquí y no allá —soltó el morocho con una expresión de seriedad pura.

—¡Oh, claro! ¡Gracias a los dioses que vivo en el mismo castillo que Connor Malstrom! —exclamó con sarcasmo, extendiendo las manos en el aire para hacer énfasis en sus palabras.

Como si fuera en respuesta, el castillo entero tembló haciendo que el enfado de Dean desapareciera por completo.

—Dean, ya déjalo ir, ¿sí? —le dijo Alexander, esta vez con un tono de voz más suave. —Sabes que no puedo asegurarte que esto no volverá a suceder, sin importar lo que yo quiera o no.

El castaño soltó un largo suspiro, sus hombros cayendo hacia adelante como si estuviera derrotado.

—Lo sé, es sólo que... —intentó en vano buscar las palabras correctas, por lo que acto seguido sacudió la cabeza y decidió cambiar de tema. —¿Podemos irnos ya? —preguntó, y Alexander supo exactamente a qué se refería.

—¿Aún tienes ganas de irte? —le preguntó el morocho con cautela.

—Aún quiero empezar otra pintura —lo corrigió él encogiéndose de hombros.

Alexander asintió con la cabeza y cerró los ojos. Con un vasto movimiento de manos, cuando volvió a abrirlos, tanto él como Dean se habían transformado en dos aves oscuras. No era la primera vez que sucedía, por lo que Dean ya tenía en claro las técnicas para volar con facilidad.

Ambos extendieron sus alas y saltaron por el borde del balcón, planeando con ayuda de la brisa hacia algún lugar alejado del castillo y de la civilización con los cálidos rayos del sol del atardecer entibiando sus suaves plumajes.

Capítulo 9

Cuando el sol comenzó su proceso de ocultarse detrás del horizonte, Cassian y Aiden cayeron exhaustos sobre un banco de la cubierta. Sus respiraciones se oían agitadas y pesadas.

—Dioses... Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo manifestando el poder —se quejó Aiden pasando ambas manos por su ahora despeinado cabello.

—Tranquilo, sólo nos quedan unos cuatro días más —le dijo Cassian con sarcasmo.

—Muy gracioso —murmuró su hermano dejando caer sus brazos sobre su regazo. Un cómodo silencio se instaló entre ellos hasta que Aiden lo interrumpió de repente: —¿Lo estamos haciendo bien?

Cassian no pudo evitar fruncir el ceño, volteando su rostro a un lado para ver a su gemelo.

—¿Qué?

—Que si estamos haciendo bien esto de regresar a la princesa a Antel —aclaró Aiden con la vista fija en el cálido horizonte.

—¿Por qué de repente tienes dudas? —preguntó Cassian con cautela.

—No lo sé, sólo... —hizo un corto silencio como buscando las palabras adecuadas. — Todo fue demasiado rápido, ¿no lo crees? De la nada, un día llegan Adara y Aileen a contarnos sobre la existencia de Leia y nosotros aceptamos de entrada a buscarla. Y si... ¿fue una mala decisión? ¿Y si estamos poniendo en peligro a ambos reinos?

<<Ahí estaba el punto>>, pensó Cassian para sus adentros al oír la última pregunta que soltó su hermano.

Aiden siempre era el que más peso cargaba con respecto al reino cuando en realidad ambos deberían ser los que sacaran a Orland adelante. Pero Cassian, con su testarudez y negación hacia la política, había dejado que su hermano se encargara de todo lo que eso suponía. Al principio había sido una decisión fácil. Cassian era el soldado y Aiden era el príncipe. Había sido así desde siempre, incluso siendo unos pequeños y revoltosos niños.

Pero ahora, cuando Cassian podía ver claramente todas las dudas que rondaban por la mente de su hermano... ¿Qué podía hacer él desde su lugar sin tener una mínima idea de cómo funcionaba la política?

—Oye, no te autopresiones —fue lo primero que se le ocurrió decirle. —Es la primera vez en cientos de años que tenemos algo que Connor no —le recordó, como si eso fuera a funcionar de algo. —Hemos tomado la buena decisión —finalizó intentando transmitirle la mayor seguridad posible.

Aiden soltó un largo suspiro.

—Espero que tengas razón —dijo por lo bajo.

Cassian esperaba lo mismo, pero optó por no decirlo en voz alta.

Todo su cuerpo había quedado agotado luego de todo el esfuerzo que requería manipular su poder por tanto tiempo seguido, pero igualmente su mente se las ingeniaba para mantenerlo despierto y atento. Su mayor preocupación en ese momento era la posible reacción de la población de Antel cuando viera llegar a Leia. Era consciente de que incluso en Antel había personas que no apoyaban una rebelión contra el Rey Supremo, y si se enteraban de que su princesa de fuego había regresado justamente para eso, no la recibirían tan amistosamente. Debían prepararse para cualquier escenario posible, por eso Cassian agradeció que su hermano hubiera permitido que diez de sus guardias los acompañaran.

Otra cosa que le preocupaba era la reacción de Daniel Stormholl, el tío de Leia, quien se proclamó rey temporal cuando el legítimo rey Logan Stormholl murió y su esposa Aria Jules fue tomada como esclava. El hombre de mediana edad se sentía cómodo en su puesto y Cassian veía difícil convencerlo de dejar a su sobrina al mando. Sin embargo, harían lo que hiciera falta para que eso sucediera ya que Antel se merecía una reina como Leia.

—¿Cómo le diremos a Leia sobre Daniel? —preguntó Cassian de repente, fijando sus ojos verde esmeralda en las olas que se veían a lo lejos.

Antes de encontrar a Leia, los cuatro jóvenes habían tomado la decisión de no hablarle sobre la existencia de su tío hasta que se adaptara al hecho de que debía regresar a Antel. ¿Por qué? Pues porque si al hecho de que ella no quería convertirse en reina se le sumaba la noticia de que debería esforzarse el doble para conseguir su puesto en el trono, jamás la convencerían de unirse a ellos. Pese a todo, a Cassian no le gustaba la idea de ocultárselo, pero el hecho de que Leia los ayudara en el enfrentamiento contra Connor se terminó convirtiendo en una necesidad.

—Imagino que sabremos cuándo será el momento correcto —se limitó a decir Aiden, masajeándose los hombros. —Ahora principalmente dependemos de la postura que tomen los habitantes con respecto al cambio de reyes —agregó.

—Y de sus guardias, y de su séquito, y de él, y de—

—Dioses. ¿Siempre eres así de optimista? —inquirió su hermano con un tono irritado en su voz.

—Lo siento si me preocupa que le causemos más problemas a Leia de los que ya tiene —espetó Cassian enderezando su postura.

—No es la única que tiene muchas cosas con las que lidiar —le recordó Aiden, fulminándolo con la mirada.

—Lo sé, pero tú has visto cómo quedó su pueblo —aclaró Cassian. —Todas las personas que conoce están siendo rodeadas por Inframons y—

—Oigan, ¿por qué tanto alboroto?

La interrupción de Adara los silenció a ambos, quienes dejaron caer sus espaldas contra el respaldo de sus asientos casi al mismo tiempo.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —le dijo Aiden cerrando los ojos y soltando un pesado suspiro.

La castaña entró en el campo visual de Cassian en compañía de Leia, y el pelirrojo sintió la necesidad de pasarse una mano por su cabello para comprobar que no estuviera tan despeinado como se sentía.

—¿Cómo estás? —le preguntó a la joven mientras ambas tomaban asiento frente a ellos.

—Bien, creo —respondió Leia encogiéndose de hombros y cruzándose de brazos.

—Ustedes lucen exhaustos —intervino Adara con un dejo de preocupación en su delicado rostro.

—Tampoco es que hayamos pasado el día entero manipulando el viento a nuestro favor —dijo Aiden con sarcasmo, aún sin abrir los ojos.

—Entonces, ¿por qué no van a dormir? —inquirió Adara enarcando una prolija ceja castaña. —Necesitarán energías para mañana.

Aiden asintió con la cabeza y abrió los ojos con lentitud.

—Pues tienes razón —admitió luego de un corto silencio, poniéndose de pie y desperezándose en el proceso. —Que descansen, mis ladies —les dijo a Adara y a Leia como despedida, inclinando su cabeza ligeramente. Las jóvenes le correspondieron el saludo. — ¿Tú vienes? —le preguntó a su hermano, comenzando a avanzar en dirección a los camarotes.

—En un rato —le respondió Cassian haciendo un ademán con su mano para que continuara. Aiden se encogió de hombros y desapareció de allí.

—Yo iré a comprobar si Aileen sigue viva —anunció de repente Adara, poniéndose de pie. —Hace mucho que no sale de su camarote.

—Antes de entrar, asegúrate de que Aiden no haya cambiado de dirección —se burló Cassian, y Adara le respondió poniendo los ojos en blanco, aunque una sonrisa traviesa asomó a sus labios.

—¿Tú quieres venir? Te hará bien descansar un poco también —le dijo la castaña a Leia, quien parecía estar ausente observando el horizonte con la inexpresividad marcada en su rostro. La joven sacudió la cabeza como despejándose cuando entendió que se estaba refiriendo a ella.

—Creo que me quedará un rato más aquí —dijo con simpleza, sonriéndole en forma de agradecimiento.

Adara asintió con la cabeza en entendimiento y se despidió de ambos, no sin antes comprar una mirada de advertencia con Cassian, quien se movió incómodo en el lugar. Adara podía ser una joven encantadora y carismática, pero de vez en cuando con una simple mirada transmitía lo peligrosa que podía ser si alguien hacía algo fuera de lugar.

Cassian y Leia quedaron solos por segunda vez aquél día. El cielo sobre ellos se había tornado de un azul oscuro con algunas estrellas comenzando a aparecer luego de que el sol se haya ocultado tras el horizonte. Y si se prestaba mucha atención también podía apreciarse el atisbo de una medialuna plateada.

Luego de que ambos pasaran bastante rato en un silencio sorprendentemente cómodo, Leia se disculpó con Cassian y se puso de pie, caminando hasta quedar frente a uno de los extremos del barco. Apoyó sus antebrazos allí y se quedó observando las vistas en sumo silencio.

Por un momento, lo único que Cassian pudo hacer fue quedarse observándola, imaginando todas las cosas que podrían estar rondando por su mente atormentándola, preguntándole si en verdad había hecho lo correcto en alejarse de todo lo que conocía. Sin embargo, sintió que estaba invadiendo un momento privado con ella misma, por lo que le dedicó un suave *Buenas noches* y regresó a su camarote.

El cansancio apenas le permitió desvestirse. Lo último que recordó fue dejarse caer sobre la pequeña cama y el sueño lo atrapó al instante.

Y las pesadillas también.

.....

Esa noche, Leia apenas había podido conciliar el sueño. Al principio, pasó bastante tiempo a solas en la cubierta del barco admirando cómo poco a poco el cielo se oscurecía aún más y las estrellas y la luna teñían el mar de plateado con su luz.

El viento a su alrededor se sentía fresco contra su rostro, pero el resto de su cuerpo estaba resguardado bajo la calidez de su tan preciada capa. Kailani se la había hecho con mucho esfuerzo y dedicación. Recordaba verla sentada sobre su colchón cociendo cada parte con suma delicadeza. Incluso podía imaginarse con total claridad la manera sutil en que su delgada nariz se arrugaba cuando estaba muy concentrada.

Odiaba eso. Odiaba que todo lo que conocía ahora se convertía en un simple recuerdo. Odiaba no tener forma de comunicarse con ellos para saber si estaban bien y para que ellos también supieran que ella estaba bien. Porque lo estaba, ¿no? Estaba haciendo lo correcto, lo que se suponía que tenía que hacer... ¿verdad?

Cuando por fin se rindió y decidió intentar dormir en el camarote, se vio inquieta por la soledad de esa pequeña habitación. Desde que tenía memoria, ella había compartido habitación con Kailani incluso en esas noches en las que discutían y no soportaban verse cara a cara. Y ahora ella estaba allí sola y ese pensamiento no la dejaba relajarse.

Durante el poco tiempo que logró dormir, imágenes desagradables y sin sentido asomaban a su mente. Eran una combinación de todo lo que pasaba por su cabeza: Inframons, su familia, su poder oculto, el cuervo que por tanto tiempo la observaba en la oscuridad y que ahora sentía como si le hiciera falta, y lo que sea que le aguardaba en Antel.

Finalmente se hizo de día. Según el reporte que le dieron los gemelos Dustin, iban por buen camino. Si el clima seguía así de bien, llegarían en tres días más a la costa de Antel.

Pero en la vida real, nadie nunca tenía *tanta* suerte.

La segunda noche en la que Leia y los demás fueron a dormir a sus respectivos camarotes, la joven creyó que conciliaría un poco más rápido el sueño. Y así fue, sólo que

no se esperaba despertarse sobresaltada al poco rato al oír gritos y maldiciones que provenían de la cubierta.

Cuando la joven logró espabilarse, se dio cuenta de que el barco se movía de un lado a otro de una manera para nada relajante como hasta ahora. Los movimientos eran bruscos haciendo que los pocos muebles y objetos que se encontraban en la habitación se movieran de lugar chocando con todo a su paso.

Leia intentó ponerse de pie y se sostuvo de la pared más cercana para no perder el equilibrio. Como pudo, a una velocidad para nada rápida, salió del camarote al corredor.

Se movió justo a tiempo antes de que una estantería le cayera en la cabeza. Al escuchar el estruendo detrás de ella, su corazón comenzó a martillar en su pecho amenazando con escaparse por su garganta.

Y no fue hasta que ella comenzó a avanzar hacia las escaleras que la llevarían a cubierta que se dio cuenta de que una vez más, esa temible y pesada oscuridad recorría su cuerpo.

No estaban solos.

Al salir al exterior, lo que vieron los ojos de Leia la dejó sin respiración. No sólo le aterraban las salvajes olas que movían el barco de un lugar a otro, sino que pese a la oscuridad de la noche, la joven pudo distinguir varias figuras inhumanas danzando alrededor de la nave mostrando sus dientes y garras afilados.

El primero en notarla fue Cassian, quien se acercó a ella sin dejar de tambalearse torpemente por los movimientos bruscos del barco.

—¡Vuelve al camarote! —le gritó el príncipe.

Su rostro era la perfecta descripción gráfica del cansancio puro. Unas oscuras ojeras se dibujaban debajo de sus ojos y el brillo habitual en ellos había desaparecido. Sus hombros estaban ligeramente encorvados y sus piernas temblaban un poco, aunque Leia creyó que quizás eso se debía al movimiento del barco.

—¿Qué pasa? —intentó preguntar ella por encima del ruido de las criaturas y de las salvajes olas.

—Al parecer, Connor no se rinde —respondió Cassian con el mismo tono de voz.

—¡Cassian! —gritó Aiden desde la lejanía. Cuando Leia lo encontró, el rey estaba utilizando su poder para acercar a uno de los Inframons y matarlo con su espada, pero la criatura era muy buena resistiéndose. —¡¿Podrías mover el culo y ayudarme?!—

—¡Vuelve abajo, Leia! —le repitió Cassian una vez más, y ni siquiera se molestó en esperar a que ella lo hiciera. Desenfundó su espada y avanzó a paso apresurado hasta donde se encontraba su hermano.

La joven observó toda la escena con detenimiento. Los tripulantes y el capitán se encontraban dispersos por el lugar con sus armas desenfundadas y esperando a que algún Inframón se atreviera a acercarse. Mientras tanto, Aileen y Adara se encontraban espalda contra espalda cerca de uno de los extremos del barco, la castaña con una daga en cada mano y la morocha utilizando su arco para lanzar flechas hacia la oscuridad con la

esperanza de que dieran en el blanco. Los soldados de Aiden también se encontraban allí cerca de los herederos, algunos con arcos y otros con espadas.

Leia jamás se había sentido tan inútil hasta ese momento. No sólo no podía ni sabía utilizar su poder, sino que ni siquiera sabía blandir algo tan pequeño como un cuchillo.

Sin embargo, no se rindió y comenzó a analizar la situación. Los Inframons apenas se acercaban a sus presas. Estaban más concentrados en girar alrededor de ellos para alterar el ritmo de las olas y desviar la dirección de su barco. Quizás querían evitar que llegaran a Antel, por lo que intentaban confundirlos.

De algo ella estaba segura: no querían matarlos. Aquello no era como el combate de hacía tres días donde las criaturas atacaban sin piedad. Ahora sólo jugaban con ellos como si les estuvieran recordando que, contra ellos, eran unos simples humanos sin posibilidades de ganar.

Otro movimiento brusco del barco tomó a Leia desprevenida y la envió de bruces hacia un extremo de la nave. Su espalda se estrelló con fuerza contra la madera y no pudo evitar soltar un quejido.

Se maldijo mentalmente por haber hecho eso.

Uno de los Inframons la oyó y toda su atención se centró en ella. Con una sádica sonrisa en su extraña boca, la criatura descendió hasta quedar a su altura. La joven intentó ponerse de pie pero su pierna rozó algo. Una espada que nadie estaba utilizando.

Leia observó a la criatura que se acercaba aún más a ella con una lentitud torturante y luego sus ojos volvieron a viajar a la espada. ¿Llegaría a alcanzarla antes de que el Inframón la ataque?

<<Ellos no quieren matarte>>, se recordó a sí misma.

No tenía idea de si eso era verdad o no, pero le bastó para tomar la iniciativa y rodar por el suelo hasta alcanzar la espada. El Inframón se vio desorientado como si sólo esperara que la joven se rindiera y se asustara por quien tenía frente a ella.

Sí, esa hubiera sido su primera opción, pero ya no más. Se lo debía a aquellos que eran como Lazy: que no podían defenderse, sólo responder a lo establecido por el Rey Supremo.

Pero ella era Leia y ya no respondería ante nadie.

Tomó la empuñadura de la espada con ambas manos y la levantó frente a ella. Jamás en su vida había tenido una en sus propias manos. Se sentía más pesada de lo que parecía, por lo que la desconcertó un poco. Y ese mínimo momento el Inframón lo aprovechó para lanzarse contra ella.

Por un segundo, lo único que vio fue oscuridad. Sintió el dolor del impacto pero nada más. ¿Había muerto, así como así?

El sonido de un gruñido de dolor por parte de la criatura la devolvió a la realidad. Creyó que la había dañado con la espada, pero la misma había salido volando a un lado cuando la criatura saltó sobre Leia. Entonces...

Efectivamente, cuando el Inframón se separó un poco de la joven, ella vio que tenía una flecha atravesada en lo que vendría a ser su cuello.

—¡Aléjate de ella, pedazo de mierda! —le gritó Aileen desde el otro extremo del barco.

Lo que Leia se esperaba era que la morocha le dijera a continuación que regresara al camarote y que dejara de causar más problemas. Pero no pudo evitar abrir los ojos en sorpresa cuando en realidad le gritó:

—¡Leia, toma la espada!

La joven parpadeó varias veces y giró la cabeza, sus ojos buscando con desesperación el arma.

Cuando la encontró, el Inframón pareció que también lo hizo ya que comenzó a volar en esa dirección. Como si su vida dependiera de ello, Leia se puso de pie y comenzó a correr a la par que la criatura, perdiendo el equilibrio cada dos por tres debido a la fuerza de las olas debajo de ellos.

Estaba en desventaja. Definitivamente estaba en desventaja. Pero de repente ocurrió un milagro, o eso pensó Leia.

El barco se inclinó de tal manera que Leia terminó cayendo y rodando por la cubierta... pero en dirección a la espada. La velocidad era tal que superó a la del Inframón debilitado y éste soltó un gruñido de exasperación.

Sus manos tomaron la empuñadura de la espada con más firmeza que antes y justo en el momento en que la criatura se lanzó otra vez sobre la joven, ella esta vez se aseguró de que el filo del arma quedara firmemente hacia arriba.

Por un momento, todo a su alrededor se detuvo y lo único que oyó fue un sonido desagradable y desgarrador que resonó en la cabeza de Leia. Le recordaba a todas esas veces en las que estuvo presente mientras uno de los soldados de Velthorn asesinaba sin rencor a todo aquél que se resistiera a ser llevado como esclavo al reino. Ese sonido en realidad era el del filo del arma que llevaba en la mano traspasando el cráneo del Inframón, pero la dejó tan aturdida que apenas notó el humo que comenzó a esfumarse con la brisa cuando la criatura se desvaneció.

Cuando Leia recobró un poco sus sentidos, soltó la espada y sus piernas temblaron tanto que un mínimo movimiento del barco la envió de culo al suelo. Ni siquiera se molestó en volver a levantarse. Sólo se quedó en esa posición con la vista fija en el suelo. ¿Qué acababa de suceder?

De un momento a otro, Adara y Aileen llegaron hasta donde se encontraba. Adara le ofreció ambas manos regalándole una sonrisa ladina como queriendo decir *Sí, es una mierda, pero es lo que hacemos para sobrevivir*. No muy convencida, Leia dejó que la castaña la ayudara a ponerse de pie.

—Nada mal, Stormholl —le dijo Aileen sin dejar de lanzar flechas hacia la oscuridad. Algunas daban en el blanco y los Inframones se desvanecían al segundo. En cambio, otros sólo le rugían como si se estuvieran burlando de que la morocha no acertara su tiro.

—Yo... no sé lo que hice... no quería... yo jamás...

—Hey —la interrumpió Adara poniendo su mano delicadamente sobre el hombro de Leia. —Ellos no son humanos, ¿sí? Los estás enviando a donde pertenecen: al Inframundo —le recordó, y algo en su cálida mirada la relajó levemente.

—¿Escucharon eso, idiotas?! —les gritó Aileen a los Inframons. —¡Vuelvan al agujero asqueroso del que salieron!

Mientras tanto, al otro lado del barco, los gemelos con ayuda de los soldados de Orland comenzaban a ganar el enfrentamiento. Los Inframons que los rodeaban se encontraban tan irritados por su presencia que no dudaban en acercárseles, y así era como todos utilizaban cualquier tipo de arma para matarlos.

La cantidad de Inframons comenzaba a descender hasta que sólo unos pocos quedaron; y esos pocos fueron lo suficientemente astutos como para desaparecer de allí a una velocidad impactante. No fue hasta que Leia dejó de sentir esa oscuridad que oprimía todo su interior que se permitió soltar todo el aire que tenía contenido.

Todos los presentes comenzaron a bajar sus armas agotados y con respiraciones agitadas.

—¿Están todos bien? —preguntó Aiden con voz entrecortada recargando todo su peso contra el mástil mayor.

—¡Tú! —espetó Harry, el capitán de la nave, en un grito grave y cargado de ira. Leia lo había oído cerca de ella pero de un segundo a otro, el hombre se encontraba frente a Aiden señalándolo acusatoriamente con un dedo índice. —¡Todo esto es culpa de ustedes, Dustin!

—Capitán Sternell, con todo respeto—

—¡*Respeto* mis huevos! —lo interrumpió Harry. En su grueso cuello Leia podía ver cómo las venas se le marcaban notoriamente. —¿Cómo piensas reparar todo el daño que le causaron esos Inframons a mi barco, eh?!

Cassian hizo su aparición al lado de Aiden, tambaleándose ligeramente por el cansancio que llevaba encima.

—Capitán, por favor —intervino el pelirrojo, y su voz sonaba aún más exhausta que como se veía. —Todos hicimos un gran esfuerzo por defender al barco y a la tripulación —le recordó haciendo un gesto con su mano para abarcar todo el lugar. —¿Nos podría dejar descansar? Mañana sin falta arreglaremos esto. Si es necesario, le pagaremos más.

Al escuchar las últimas palabras, los anchos hombros de Harry se relajaron un poco. Por supuesto, la única forma de callarlo era prometiéndole más dinero. ¿Acaso Leia podía culparlo? Si no formabas parte de la realeza, cualquier mínima moneda marcaba la diferencia para poder vivir en mejores condiciones. Harry se las ingeniaba bastante bien para recaudar aún más.

—Bien, pero será la última vez que se suban a mi barco, ¿queda claro? —preguntó en voz alta dirigiéndose a nadie en particular. —Desbordarán en el primer puerto de Antel que encontremos y será la última vez que los veré —declaró, y cuando obtuvo un pesado

asentimiento de cabeza por parte de los gemelos, se volteó en dirección a su tripulación para comenzar a ladrar órdenes.

Los herederos de Orland, Aileen, Adara y Leia se reunieron finalmente luego de todo el enfrentamiento.

—¿Se encuentran bien? —les preguntó Aiden a las jóvenes escrutando sus rostros y brazos con sus ojos en busca de posibles heridas.

—Mejor que ustedes, eso seguro —dijo Aileen mirando a ambos hermanos con una ceja enarcada.

Ahora que Leia los tenía más de cerca, podía ver claramente cómo luchaban con sí mismos por no desmayarse allí mismo. Estuvo a punto de preguntarles por qué parecía como si hubieran luchado muchísimo más de lo que lo hicieron, pero Cassian pareció leer la duda en los ojos de la joven ya que le explicó:

—Le exigimos mucho a nuestro poder. Al usarlo durante todo el día, teníamos tiempo de recargarlo en la noche, pero esta batalla nos tomó desprevenidos y no tuvimos otra opción más que manifestarlo, al menos la poca energía que nos quedaba.

—Cuando comience tu práctica de manipulación de tu poder, aprenderás que debes administrar tus energías —continuó diciendo Aiden. La confusión en el rostro de Leia lo hizo sonreír levemente. —Tranquila, suena más difícil de lo que parece.

—Sí, ya, dejaremos las lecciones para más adelante —interrumpió Adara tomando uno de los brazos de Cassian para pasarlo por sobre sus hombros y así el joven podría sostenerse. —Es hora de que duerman de una vez.

Aileen repitió lo mismo con Aiden, y como Leia se quedó parada allí sin saber qué hacer, Adara le hizo una seña con su mano para que la ayudara del otro lado ya que, de los gemelos, Cassian era el de más musculatura aunque fuera por una mínima diferencia. Además, Aileen y Aiden se veían bastante cómodos solos.

Finalmente, cuando lograron depositar a cada uno en su respectivo camarote, las jóvenes les llevaron algo de comida. Ellos apenas pudieron masticar algunas frutas ya que se rindieron ante el cansancio acumulado al poco tiempo.

Esa madrugada a solas en su camarote, Leia no pegó el ojo ni por un mínimo momento. Se alteraba con cada pequeño ruido que oía, incluso si sólo se trataba de la madera que crujía por el agua o cuando algún tripulante caminaba por el corredor al otro lado de la puerta. La joven se sentía completamente paranoica. Se había hecho un ovillo sobre el colchón pero no podía mantener los ojos cerrados por mucho tiempo ya que los abría cada dos por tres, inquieta, esperando a sentir otra vez esa oscuridad que casi la paralizaba y oír esos gritos y gruñidos que debían ser considerados fuera de ese mundo.

Cuando el oscuro cielo comenzó a aclararse poco a poco, Leia se rindió y se puso de pie. Se asomó a la única ventana que se encontraba en su camarote, apenas un pequeño agujero en forma de círculo, y mientras observaba las olas y el cielo en silencio, tuvo unas repentinas ganas de que el cuervo de inquietantes ojos rojos apareciera allí. Quizás lo que necesitaba era tener algo cerca de ella que le recordara a la normalidad a la que estaba acostumbrada. Quizás, si veía a ese ave volando cerca de ella, podría dejar de sentir con

tanta profundidad que con cada segundo que pasaba, se alejaba más y más de Emera y de todas las personas que amaba.

Pero ningún ave apareció y se siguió alejando de su hogar como si nada.

Capítulo 10

Gracias a la bendita interrupción de los Inframons, su viaje se había retrasado un día completo. Al otro día del ataque, fue un completo caos debido a que Aiden y Cassian se la pasaban discutiendo con el capitán Harry acerca de la dirección que debían tomar. Lo que ninguno admitía, interpretó Leia, era que no tenían ni idea de en qué dirección estaban avanzando. Sin embargo, el argumento lo ganó Aiden, y fanfarroneando, Harry dio la orden para girar el barco hacia donde supuestamente se encontraba el pueblo de Hunthass, uno de los menos poblados de Antel donde creían que no llamarían mucho la atención.

Pasaron seis días de navegación tranquila y sin interrupciones. Sí sucedió alguna que otra tormenta, pero no les complicó demasiado. Los vientos parecían estar dispuestos a ser manipulados con facilidad por los gemelos pese a que ellos terminaron durmiendo casi un día entero luego de tanta manifestación de su poder.

¿Qué hacía Leia para pasar el tiempo? A veces hablaba con Adara sobre su familia o cómo eran las cosas en Emera ya que la castaña parecía muy interesada en la vida en un pueblo común y corriente como ese; otras veces, los cinco jóvenes se reunían en la cubierta y hablaban de temas aleatorios, de vez en cuando contando anécdotas que vivieron los gemelos junto con Adara y Aileen como grupo de amigos; pero la mayoría del tiempo, Leia sólo se la pasaba observando la repetitiva vista a la expectativa de que su cabeza se acomodara y pudiera adaptarse a esa nueva realidad. Pero nunca podía. Se negaba a creer que tendría que liderar un reino, y ni hablar de llevarlo a la guerra.

Pero luego de esos seis días que se hicieron eternos para la joven porque eran como una extensión innecesaria de lo inevitable, finalmente llegaron al pueblo de Hunthass.

Y no más desembarcar, se encontraron con su primer problema.

—¿Y bien? ¿Dónde está mi pago?

El capitán Harry se había posicionado frente a la pasarela que necesitaban utilizar para llegar a tierra, bloqueándoles el paso para que no pudieran bajar del barco.

Los gemelos, quienes iban delante de las tres jóvenes, compartieron una mirada conflictiva y tensa. Harry lo notó, cruzando sus brazos sobre su amplio pecho y frunciendo el ceño, marcando varias arrugas en su frente.

—Escuche, capitán...

—¡Lo sabía! —espetó Harry interrumpiendo a Aiden, y de un segundo a otro, desenfundó su espada. Sus tripulantes hicieron lo mismo, rodeando a Leia y a los demás. Los soldados de Aiden se pusieron alerta y también desenfundaron sus armas.

El corazón de Leia se aceleró en su pecho al oír el filo del metal rozando la funda del arma. Le traía desagradables recuerdos.

—El pago lo tendrás —dijo de repente Aileen empujando un poco a Cassian con su hombro para llegar hasta la altura del capitán. —Incluso el doble para que puedas reparar tu mierda de barco tanpreciado —agregó con un tono de ironía en su filosa voz. Harry estuvo a punto de objetar, pero la morocha le hizo una señal con la mano para que se mantuviera callado. —Pero lo recibirás en un par de días.

—¡Ni mierdas voy a permitir que!

—Capitán, por favor —lo interrumpió Adara, también avanzando al frente. Su voz, a diferencia de la de su prima, era suave y aterciopelada pese a que en el fondo tenía un toque firme. —Mi prima y yo formamos parte de la corte de Antel —le explicó señalándose a sí misma y a Aileen. —En cuanto lleguemos al castillo, enviaremos a uno de nuestros hombres hasta aquí con el pago acordado.

—¿En serio supones que ahora confiaré en ustedes así como así? —inquirió Harry sin molestarse en bajar su espada. A Adara no pareció importarle pese a que Leia notaba cómo las mandíbulas de los gemelos se tensionaban.

—Para tu información, cretino arrogante, traemos con nosotros a la futura reina de Antel, así que te recomendaría que te comportes porque estás en su territorio y puede mandar a destruir tu barco si así le place —la voz de Aileen sonó como cincuenta dagas en dirección a la garganta de Harry, quien al principio la observó con pura confusión en sus ojos castaños pero luego se echó a reír con soltura.

—Ajá, sí, y yo soy el dios Aqua —ironizó entre risas amargas.

El primero en perder la paciencia fue Cassian. Avanzó en grandes zancadas hasta el capitán y justo antes de que uno de los tripulantes intentara interponerse en su camino, el pelirrojo lo movió a un lado utilizando su poder. El pobre marinero cayó de trasero sobre el suelo de madera de la cubierta.

—Ten más respeto, capitán —le gruñó Cassian cuando llegó hasta estar frente a él. Harry intentó apuntar el pecho del joven con su espada, pero éste con un simple movimiento de mano mandó a volar el arma, perdiéndose de vista en cuanto cayó al océano. Harry lo miró estupefacto como si le pareciera una falta de respeto haberlo desarmado de esa forma. —Te vas a comportar bien delante de la princesa y nos vas a dejar ir para así traerte tu pago lo más rápido posible —luego de una pausa en que lo miraba directo a los ojos con una frialdad escalofriante, agregó: —Créeme, las ganas de no volvernos a ver es mutua.

El capitán se lo quedó observando por bastante tiempo, sorprendentemente sin aflojar su firme postura. Luego dio un paso atrás para poder ver mejor a los acompañantes de Cassian, y sus grandes ojos se posaron en Leia.

—¿Eres tú la princesa de la que hablan? —preguntó en voz alta, señalándola desganadamente con el mentón.

La joven, con la capucha sobre su cabeza, asintió lentamente notando cómo todas las miradas se posaban sobre ella.

—Vaya, Antel está de suerte —murmuró Harry, el sarcasmo tan notorio como su poblada barba grisácea.

—Ahora sí que te enviaré con los Inframons —anunció Aileen desenfundando su daga y lanzándose contra el capitán.

Sin embargo, no alcanzó su objetivo ya que Aiden fue más veloz y la sostuvo con ambos brazos rodeando su cintura.

—Hazte a un lado, Harry —le dijo Cassian con toda la autoridad en su voz. Era la primera vez que Leia lo oía hablar así de decidido. —Si quieres tu pago cuanto antes, mejor muévete.

El capitán masculló pero se movió a un lado, abriéndoles el paso.

Leia fue la primera en pasar ya que Cassian le dio una seña para que lo hiciera, y cuando pasó junto a Harry, sintió su mirada pesada y desaprobadora sobre ella. Sintió una combinación de enojo y tristeza: enojo porque él no era nadie para despreciarla de esa forma, y triste porque tenía razón; el hecho de que Leia regresara no sería la mejor noticia para Antel, o al menos ella lo veía de esa forma.

La joven se volteó en cuanto llegó a tierra justo a tiempo para oír cómo Harry le decía a Aiden cuando éste pasó por su lado:

—Mantén controlada a tu *mascota*.

Al soltar esas palabras, lo primero que se imaginó Leia fue que él había declarado su sentencia de muerte, la cual sería ejecutada por nada más y nada menos que Aileen. Sin embargo, se sorprendió al ver a la morocha dedicarle el dedo del medio con una sonrisa sarcástica mientras que el que le propinó un puñetazo directo al rostro fue el mismísimo rey de Orland.

El capitán casi perdió el equilibrio por el impacto, pero dos de sus tripulantes lo sostuvieron.

Nadie de la tripulación fue lo suficientemente idiota como para atacar a Aiden. Los soldados de Orland transmitían una fiereza que indicaba que, si ponías un mínimo dedo en el heredero de su reino, te descuartizarían sin siquiera darte tiempo a gritar.

—Guárdate las palabras la próxima vez —le soltó Aiden, y sin molestarse en despedirlo, descendió del barco.

—Y para tu información, —le dijo Aileen al capitán desde tierra. —yo no soy su mascota. Él es la mía —le guiñó un ojo con dulzura fingida y comenzó a caminar en dirección al pueblo.

Leia se quedó quieta unos momentos para apreciar la expresión de pasmado que le había quedado a Harry en el rostro mientras observaba cómo los demás se iban con total tranquilidad, y cuando sus ojos se posaron en los de Leia, le advirtió:

—Más te vale que reciba tu pago pronto. No querrás quedar en deuda conmigo cuando aún ni siquiera has asumido el cargo.

—Yo cumplo mi palabra, capitán —le dijo Leia intentando que su voz sonara igual de firme que la de los demás. ¿Lo había logrado? No tenía idea.

—Esperemos que así sea, *princesa* —dijo él, pronunciando la última palabra con un tono burlón.

—Vámonos —le dijo Adara a Leia en un suave tono tomándola del brazo y alejándola de allí.

Cuando finalmente su atención se centró en el pequeño pueblo que tenía frente a ella, Leia dejó escapar un suspiro. Lo primero que pasó por su mente fue lo aliviada que se sentía de volver a estar en tierra firme sin el movimiento nauseabundo de las olas bajo sus pies. Pero ese alivio se vio esfumado en cuanto comprendió qué significaba aquello.

Había llegado a Antel.

Habían dejado atrás el único territorio que ella conocía y habían llegado a otro totalmente desconocido para ella pero que al mismo tiempo era su verdadero hogar. No, no era su hogar, se interrumpió a sí misma. Era su *lugar de origen*.

Aquéel pueblo era muy parecido a Emera en el sentido de que no había muchas viviendas y abundaba mucha naturaleza. Mientras avanzaban por las amplias calles de tierra con el sol del atardecer calentándoles las espaldas, los gemelos se aseguraron de cubrirse bajo sus capuchas grises ya que no querían llamar mucho la atención. Sin embargo, eso era inevitable ya que diez soldados con uniforme los acompañaban. Pero para su suerte, ningún habitante se acercó a chismosear. Algunos sí se quedaban en silencio observándolos, pero no se interpusieron en su camino.

Llegaron hasta un gran establo en cuya puerta se encontraban dos hombres conversando entre sí con neutralidad. Aparentemente, eran los dueños del establo. Aiden le hizo una seña a su capitán de la guardia y éste se adelantó hasta llegar frente a esos hombres.

—¿Cuántos caballos tiene a la venta? —le preguntó a uno de los hombres de gran edad con cabello grisáceo y bigote del mismo color sobre un rostro avejentado y ojos azules que lucían cansados.

—¿Quién pregunta? —quiso saber.

El capitán se volteó para ver a su rey. En sus ojos color miel se reflejaba la duda, como si no supiera si confiar o no en aquél hombre. Aiden se aclaró la garganta y se acercó a ambos dueños.

—Disculpen las molestias, pero estamos necesitando caballos para continuar nuestro camino.

El otro hombre de unos cuarenta años con su cabello negro y lacio recogido en una cola de caballo baja parpadeó varias veces al mirar a Aiden, como percatándose de algo.

—¿Usted no es el heredero de Orland?

<<Adiós al desapercibimiento>>, pensó Leia.

—Así es —dijo Aiden en medio de un suspiro. —Y pedimos su discreción. No queremos captar más la atención de otros —ambos hombres asintieron con la cabeza aunque no parecían muy convencidos.

—¿Qué hacen en Antel? —preguntó el de mayor edad.

Aileen se acercó a ellos con la fiera de un felino.

—¿Venden caballos o no? No estamos aquí para charlar.

Leia no pudo evitar sonreír al ver las reacciones de los hombres, quienes rápidamente recuperaron su compostura. El mayor le dijo a Aiden:

—Sólo nos quedan disponibles seis caballos y tres yeguas.

—Perfecto, nos los llevaremos todos —confirmó Aiden extendiéndole una bolsa repleta de monedas de oro, por lo que llegó a ver Leia.

Los ojos de ambos dueños parecieron iluminárseles al ver tanto dinero y se dirigieron directo a donde se encontraban los caballos seguidos por algunos de los guardias de Aiden. Los demás aguardaron a que trajeran a los animales.

Finalmente, se repartieron los caballos: los guardias montarían de a dos, por lo que ya ocupaban cinco caballos; Cassian, Aiden y Aileen escogieron uno para cada uno, y por último, la yegua restante la montaron Adara y Leia.

Aiden dio la orden y todos comenzaron a avanzar entre las calles de Hunthass despidiéndose de los dueños de aquél establo. El rey del viento iba delante de todo acompañado por Aileen. Leia se sorprendió cuando él le hizo una seña para que trotara a su altura.

—No lo olvides, estamos en tu reino —le dijo el rey de Orland intentando transmitirle algo de seguridad.

La joven, insegura, acercó su yegua al caballo del rey mirando al frente. Detrás de ella, Adara le quitó la capucha con suavidad, lo suficientemente lento como para que Leia tuviera tiempo de detenerla. Pero no lo hizo y dejó que la brisa acariciara su rostro. Una vez que salieron del pueblo casi vacío, el olor a vegetación llenó los pulmones de la joven. Extrañaba eso de Emera, la manera en que las plantas estaban integradas a su pueblo dándole un toque natural y fresco.

Según los carteles que encontraban en su camino, estaban yendo en la dirección correcta, aunque Leia no podía comprobarlo debido a que nadie había podido enseñarle a leer en Emera. La enseñanza sólo estaba permitida para los de la clase alta.

—¿Qué debo saber sobre Antel? —se interesó preguntando a nadie en particular.

—No es tan diferente a Orland —contestó Adara observando sobre el hombro de Leia. —A los pueblos alejados del castillo les ocurre lo mismo que a Emera o a Thornville con respecto al control que tiene Connor sobre ellos —Leia no se esperaba otra cosa. Sin embargo, eso no le impedía sentirse molesta.

—Aquí el clima es más cálido y seco —le contó Cassian intentando desviar el rumbo de la conversación. Eso explicaba la brisa cálida pese a que estaban a principios de otoño. —Y hay una gran variedad de biomas.

—El bosque de fuego es lo mejor que tenemos —agregó Aileen dirigiéndose a Leia.

—¿Bosque de fuego?

—Es un bosque extenso con árboles de hojas de colores cálidos que si observas desde abajo hacia arriba, parece como si estuvieras caminando debajo de las llamas —le explicó Adara sonriendo de oreja a oreja. Ambas primas parecían fascinadas al hablar sobre eso.

—Incluso se rumorea que los troncos son resistentes al fuego —dijo Aileen con un tono de misterio en su voz.

Leia no dejaba de sorprenderse con cada cosa que le decían.

—Se encuentra cerca del castillo, así que cuando empieces a practicar la manipulación de tu poder, ese será un lugar seguro —le aseguró Adara.

—Pero dijeron que es un rumor. Eso no significa que sea cierto —les recordó Leia.

Detrás de ellas, Cassian dijo:

—Entonces sólo hay una forma de averiguarlo.

Leia se volteó para mirarlo y el pelirrojo le guiñó un ojo de manera cómplice, volviendo a mirar al frente. La joven hizo lo mismo, sus mejillas encendiéndose ligeramente sin razón alguna.

Continuaron avanzando en silencio por un rato más. Lo único que se oía eran las pisadas de los caballos y el ruido de las armaduras de los soldados debido al movimiento. Llegó un punto en que los gemelos avanzaban a la par, Leia a un lado de ellos, y se percató de una extraña mirada que compartieron. Estaba por preguntarles si sucedía algo e incluso esperó a percibir esa aterradora y repugnante oscuridad, pero Cassian se aclaró la garganta volteando su rostro hacia Leia. Aiden también lo hizo, y por la intensidad con que ambos lo hacían, la joven entendió que estaban a punto de decirle algo no tan bueno.

—Leia, tenemos que decirte algo sobre la Corte de Antel —comenzó diciendo Cassian moviéndose incómodo sobre su silla de montar.

—Aquí vamos... —murmuró Aileen detrás de ellos poniendo los ojos en blanco. Leia no supo cómo interpretar ese gesto; sólo estaba centrada en la seriedad con la que sonaban las palabras del príncipe.

—Tiene que ver con qué está ocurriendo mientras ni tú ni tus padres están presentes en la Corte —Aiden pareció elegir sus palabras con cuidado, desconcertando aún más a Leia. ¿A dónde querían llegar?

—¿Alguien te habló sobre Daniel Stormholl? —le preguntó Cassian, y Leia estuvo a punto de negar con la cabeza en respuesta pero el apellido resonó en su mente.

Su verdadero apellido. Pero *Daniel* no era el nombre de su padre.

—¿Es un tío mío o algo así? —preguntó la joven con el ceño fruncido.

—Lo tomaré como que nadie te lo mencionó —decidió Cassian soltando un suspiro. — Bien. Sí, él es tu tío, hermano mayor de tu padre y actualmente... *rey temporal* de Antel, por si quieres llamarlo de alguna manera —explicó acompañando sus palabras con movimientos inquietos de sus manos.

Leia se dio cuenta de que por alguna extraña razón, él no se sentía cómodo hablando de aquello, por lo que sus dudas no hicieron más que incrementar.

—O rey inútil, en otras palabras —aportó Aileen resoplando. Cassian le echó una mirada de advertencia por sobre su hombro pero la morocha sólo se encogió de hombros, ese gesto que parecía decir “¿Qué? Si sólo estoy diciendo la verdad”.

—El punto es —dijo Aiden elevando la voz. —que queremos que sepas a lo que te vas a enfrentar cuando llegues ante él.

—Lo dices como si eso fuera un obstáculo —dijo Leia con cautela.

Los gemelos compartieron una rápida mirada y la joven comprendió todo al instante.

—Él no sabe que yo regresaré, ¿verdad?

Silencio.

Las manos de Leia sobre las riendas de la yegua se apretaron aún más, sus nudillos tornándose blancos.

—Él no nos hubiera dejado venir —se apresuró a decir Adara. —En realidad, *nadie* nos hubiera dejado venir. Nos escapamos a escondidas.

Leia parpadeó, atónita.

—¿Qué? —preguntó, de repente sintiendo su garganta seca.

—Le estamos haciendo un favor al reino —dijo Aileen mirándola directo a los ojos con esa expresión de pura firmeza y seguridad. —Allí nadie hace nada para mejorar la situación. Todos creen que estamos bien simplemente porque Connor no ha vuelto a atacarnos. Pero la verdad se encuentra fuera del reino y tú lo sabes más que nadie.

La joven comprendió al instante que se refería a la manera en que trataban a la población de Emera y de otros pueblos iguales al suyo.

—Nosotros también lo sabemos, de una manera menos directa —siguió hablando, abarcando con su mano a todos los presentes. —Por eso estamos haciendo esto. Queremos un cambio y para ello tenemos que hacer a un lado a Daniel y ponerte a *ti* en el trono. Después de todo, tú también quieres cambiar esta realidad, ¿no es así? —inquirió enarcando una fina y arreglada ceja oscura.

—Sí, eso lo saben perfectamente. Por algo acepté todo esto —le recordó Leia con seriedad. —Pero no entiendo. Se supone que él es mi tío e incluso el hermano de mi... *padre* —se le hizo difícil pronunciar la última palabra sin pensar en Darren, el padre de Kailani. —¿No se supone que debería *cederme* el poder?

La reacción automática de Aileen fue reírse con frialdad causando que la piel de Leia se erizara. Cassian soltó un pesado suspiro.

—El problema es ese —le indicó el pelirrojo. —*Debería* de suceder eso, pero así como muchos otros que tienen el poder en sus manos, Daniel se vio embriagado por él.

—Y no lo va a dejar ir tan fácil —terminó de decir Aiden negando con la cabeza y bajando la mirada.

Podía ser que Leia jamás formó parte de la clase alta e incluso de la realeza, pero lo que sí era de conocimiento público, casi como una obviedad, era que el poder embriagaba a quien lo tenía. Si sólo le dabas un poco, poco a poco esa persona iba a querer más, convirtiéndose en una adicción. Por eso a Leia no le costó creer lo que le estaban contando.

Pero lo que sí le costaba entender era por qué Daniel no lo haría por su familia. Leia desde muy pequeña entendió el significado de *familia* y el amor y el respeto que eso incluía. Ella haría todo por su familia en Emera. Y creyó que así sucedería con todas las familias.

Pero si ahora le estaban diciendo que Daniel, su propio *tío*, no dejaría que Leia ocupara su lugar por el bien del reino, entonces el término *familia* no era igual de aplicado en la nobleza. Y *menos* si había poder de por medio.

—Me lo dicen recién ahora... —murmuró Leia como saboreando esas palabras. —Tenían miedo de que no cediera a esto si lo sabía desde antes, ¿verdad? —preguntó levantando más la voz. Sin embargo, sabía perfectamente la respuesta incluso sin mirar las miradas de preocupación que compartían entre ellos.

—No podíamos arriesgarnos —Aiden fue el que habló sin alterar su tono serio de voz. —Te necesitamos y lo sabes.

—No —dijo Leia de repente, tirando de las riendas de la yegua para que se detuviera. Los demás caballos se golpearon entre ellos ante la inesperada parada, por lo que poco a poco descendieron la velocidad hasta detenerse. —No me necesitan a mí. Necesitan el estúpido poder —espetó, y antes de que Adara pudiera detenerla, la joven se desmontó de la yegua.

Los demás hicieron lo mismo exceptuando por los soldados, quienes prefirieron permanecer al margen de la situación.

La cabeza de Leia daba vueltas comprendiendo todo y dándole una sensación de claustrofobia. Ella no podría salir de allí. La habían alejado lo suficiente de Emera como para no darle una ruta fácil de regreso. Los latidos de su corazón se aceleraron mientras comenzaba a caminar hacia cualquier sitio, alejándose de los demás.

—Leia, espera —le dijo Aiden caminando detrás de ella.

—¡Déjame! —le gritó dándose vuelta para enfrentarlo. Él se detuvo en seco, sorprendido ante su tono de voz. —Me alejaron de mi hogar haciéndome creer que lo único que tenía que hacer era llegar a Antel y ayudarlos en la guerra —las palabras salían solas de sus labios sin mirar a nadie en particular. —¿Y ahora me dicen las partes negativas cuando saben perfectamente que no podré regresar, que no podré arrepentirme?

Sus manos temblaban ante tantos sentimientos acumulados que contenía en su interior y podía sentir con claridad esa desesperación de que allí estaba sola porque nadie de su familia estaba para apoyarla y consolarla como siempre había sido.

—No somos tus enemigos —le dijo Adara utilizando su suave y relajante voz. —Es cierto que necesitamos de tu poder —admitió asintiendo con la cabeza lentamente. —Pero principalmente te necesitamos a *tú*. ¿Puedes culparnos por querer que nuestro reino sea liderado por la persona correcta?

Su pregunta dejó a Leia en silencio por un tiempo.

—¿Y *yo* soy la persona correcta? —inquirió soltando una risa irónica. —Yo, que vivo en un pueblo alejado del mundo bajo el maldito mandato del Rey Supremo.

—Necesitamos que seas la *voz* de ese pueblo —le dijo Cassian suavizando su mirada. —Y la voz de esa gente que pasó por cosas horribles como tú. ¿No sientes la necesidad de hacer algo al respecto? ¿O prefieres regresar a que te traten como escoria a ti y a los tuyos? —hizo una pausa dejando que Leia interpretara sus palabras. —No te pedimos que te conviertas en una persona arrogante y egoísta como lo son la mayoría de los miembros de la realeza. Sólo queremos que seas tú misma y que lideres a tu reino a tu manera. Te pertenece por *sangre*, la razón más noble y honesta.

La joven tragó grueso. Odiaba admitir que tenía razón. Después de todo, la razón principal por la que aceptó todo aquello era para impedir que los Inframons y la escoria que trabajaba para Connor tratara de esa manera tan despreciativa a las personas.

—Nada de todo esto justifica que omitieron las partes más serias cuando me pidieron venir con ustedes —les advirtió Leia.

—No, es cierto —dijo Aiden bajando la mirada. —Fue una mala decisión y te pedimos perdón por eso, pero estamos desesperados —al decir eso último, clavó sus ojos en los de ella, y la joven distinguió un brillo de inseguridad en ellos. La dejó tan sorprendida que no supo qué decir. —Esto es sólo el comienzo y no tenemos ni idea de quiénes nos apoyarán —admitió dejando a un lado la frialdad y seriedad de su voz. Ahora lucía completamente vulnerable, para nada como el rey que ella había visto todos esos días. —Tampoco sabemos cómo seguir, cómo convencer al mundo entero de que esta es la decisión correcta, este enfrentamiento que debemos tener con los Inframons para acabarlos, pero sabíamos que tú nos apoyarías, o al menos eso queríamos creer porque sólo somos cuatro jóvenes que están agotados de vivir así. Y estoy seguro de que contigo somos cinco.

Leia lo observó pero no de la manera en que lo hizo desde el primer día en que lo vio allí en El Mercado como el rey firme y seguro de sí mismo que acabaría con todos los soldados de Velthorn sin dudarle debido a la cantidad de hombres que lo acompañaban. Esta vez, decidió observarlo de una manera más real, más honesta, y se encontró con un joven de poco más de veintiún años cuyos padres habían fallecido hacía años (un dato de conocimiento público incluso en Emera) dejándolo con todo un reino a cargo. A Cassian también lo observó y de la misma manera. Los observó a ambos como un todo, como dos jóvenes inexpertos que estaban desesperadamente en la búsqueda de lo mejor para su reino.

Y entendió que ellos no la buscaban específicamente a *ella* para encontrar una solución, sino a la *unión*, a la unión de toda la gente que estuviera dispuesta a enfrentarse en una guerra contra Velthorn para acabarlos de una vez por todas.

Y si Leia aceptaba, la primera unión sería entre Orland y Antel. Aún faltaban dos reinos, pero sería un comienzo; sería el comienzo del final que todos querían: un mundo mejor, diferente, libre de criaturas que no pertenecían allí.

La joven tomó aire profundamente una, dos, tres veces. Su corazón se desaceleró hasta alcanzar un ritmo normal haciendo que el temblor en sus manos también cesara.

—Quiero ayudar, en verdad quiero —admitió Leia en voz baja bajando la mirada. —No sé cómo, no sé cuán útil pueda ser, pero también quiero que esto se termine.

La que se acercó a ella fue Adara dando pasos lentos y casi silenciosos. Cuando llegó hasta quedar frente a ella, posó una delicada mano sobre su hombro acariciándolo con el pulgar.

—Tienes un corazón de oro —le susurró sonriendo de lado. Un ligero hoyuelo se formó en su mejilla izquierda. —El amor que sientes por los tuyos y la dedicación que le pondrás a todo esto serán las cosas que te harán útil.

—Tienes nuestra promesa de que cuando todo esto acabe, te regresaremos con tu familia si así lo deseas —dijo de pronto Cassian compartiendo una mirada silenciosa con su hermano. Aiden asintió con la cabeza mostrándose de acuerdo.

—Bien —dijo Leia finalmente, soltando un suspiro. Sus hombros se relajaron y Adara quitó su mano con gentileza, sonriéndole más ampliamente.

—Gracias —le dijo con honestidad y tomó su mano para que juntas regresaran hasta la yegua de pelaje castaño.

—¿Podemos irnos ya? Toda esta conversación me empalaga —soltó de repente Aileen montando su caballo.

Aiden puso los ojos en blanco pese a que un atisbo de sonrisa asomaba a sus labios.

—Avanzaremos hasta el anochecer para poder comer y descansar un poco —declaró, subiéndose a su silla de montar. —Esa será nuestra última parada. La próxima vez que nos detengamos, será en nuestro destino.

Mientras decía eso último, se dirigía especialmente a Leia, quien se forzó a asentir con la cabeza y ocultar los nervios que aquello le provocaba. Una vez que todos estuvieron listos para continuar el camino, espolearon a sus caballos y avanzaron en un trote suave hasta adentrarse en una zona arboleada.

.....

Al anochecer habían alcanzado una pradera que escogieron para pasar la noche. En el centro había una pequeña laguna cuya agua utilizaron para rellenar las cantimploras que traían consigo.

Luego de que se montaran las tiendas para dormir y una fogata, la joven optó por sentarse sobre el césped a orillas de la laguna mientras masticaba con ganas una dulce y fresca manzana. Estuvo un rato a solas en compañía del sonido de los grillos y de la brisa otoñal sacudiendo las plantas a su alrededor. El cielo estaba completamente despejado, manchado de pequeñas e incontables estrellas y una luna plateada y brillante tiñendo el agua de su mismo color.

Jugando con la tela de su capa oscura, comenzó a imaginarse una realidad paralela en la que ella jamás había sido enviada a Emera y que hubiera sido entrenada desde nacimiento para algún día ser reina. Eso le pareció el camino más fácil para lograr su objetivo, pero luego recordó que aquella realidad incluía no haber conocido a su media hermana, a sus padres adoptivos, a su compañera Jesser y a su adorada hija Karis, y a Luke.

El hecho de tener que comenzar una vida completamente diferente a la que había vivido por diecisiete años era una completa mierda, pero de algo estaba segura: no cambiaría lo que sucedió. Conoció a quien hoy llamaba su *familia* y eso sería lo que la impulsaría a esforzarse por conseguir un mundo mejor. Fueron su motivación en tiempos difíciles cuando vivía en Emera; y ahora lo seguirían siendo, sólo que desde la distancia.

Eso era mejor que nada, que no haberlos conocido jamás.

Tiempo después, Adara y Cassian se unieron a ella sentándose uno a cada lado. La castaña masticaba un trozo de pan con queso mientras que el príncipe bebía de su cantimplora, al parecer habiendo cenado antes.

—¿Te sientes un poco mejor? —le preguntó Cassian con sus profundos ojos esmeralda mirando fijamente el movimiento relajante del agua de la laguna a sus pies.

—Intento ignorar lo aterradora que es esta situación —admitió la joven mordiendo el labio inferior. No sabía si la decisión correcta era decir lo que pensaba en verdad incluso si eso la hacía lucir demasiado vulnerable, pero ellos eran las únicas personas con las que ella interactuaba, y en verdad quería hacer amigos, por lo que optó por la honestidad.

—Con respecto a lo de Daniel... —comenzó diciendo Adara luego de tragar un gran trozo de pan. —Con la descripción que te dimos, probablemente lo consideres una persona aborrecible y egoísta. Es decir, sí tiene sus cosas malas, sus defectos que destacan más que sus virtudes, pero no es un mal tipo como tal —admitió encogiéndose de hombros. —Si logramos separar su personalidad del poder que tiene en sus manos, hallarás a una buena persona —aseguró.

—Si es que logramos separar ambas cosas —murmuró Leia enarcando ambas cejas.

—Será difícil, no te lo niego —dijo Cassian. Luego de una corta pausa, agregó: — Pero no imposible.

Y ahí había finalizado el tema de Daniel. Su conversación terminó tomando rumbos diferentes, principalmente sobre temas aleatorios aunque la mayor parte del tiempo se trataba de Adara y Cassian burlándose el uno del otro. Parecían dos niños peleándose entre risas, y ese comportamiento tan informal le recordó a Leia de su relación con Kailani y Luke. Sin embargo, se obligó a bloquear esos pensamientos ya que si no, se vería ahogada por un mar de recuerdos que en ese momento parecían inalcanzables.

Pasaron la noche en esa pradera durmiendo dentro de tiendas igual de distribuidas que la noche que pasaron a las afueras del pueblo de Thornville un día antes de subir a bordo del barco del capitán Harry.

Pese a que luego de tantas noches durmiendo en el camarote se había acostumbrado a esa soledad nocturna, Leia se sintió agradecida de compartir nuevamente aquella tienda con Adara y Aileen.

Ya con el sol en lo alto y habiendo desayunado los últimos suministros de comida que le quedaban, todos juntos recorrieron el último trayecto que los separaba de su destino. Los cinco jóvenes cabalgaban al frente en una misma fila seguidos por los diez soldados de Orland.

Cerca del atardecer, luego de subir por una pequeña colina de brillante césped verde, Leia alcanzó a ver el terreno que se extendía frente a ella. El paisaje era bellissimo con caminos marcados de tierra y plantas y árboles otorgando sombra con las pocas hojas que les quedaban. Pero los ojos de la joven se habían centrado específicamente en una zona muy poblada y extensa. Finalmente, más al fondo, una enorme estructura de piedra de una tonalidad cálida se elevaba mucho más alto que el resto de las viviendas y negocios.

A medida que se acercaban más, la joven se dio cuenta de que se trataba de un pueblo mucho más extenso que Emera, Thornville o Hunthass. Incluso las viviendas eran más grandes y lujosas. Y al fondo, lo que creyó que era otra estructura más en realidad se trataba de un castillo. Leia se quedó sin aire. Detrás de ella, Adara acercó sus labios a su oído para susurrarle:

—Bienvenida a Alicron.

Parte 2

“La princesa”

Capítulo 11

Al ingresar al pueblo que rodeaba el castillo, *su* castillo, Leia se cubrió con la capucha sintiendo un revoltijo en su estómago. Ya habían llegado a su destino y ella no se sentía ni un poco lista. Pese a eso, se obligó a seguir avanzando.

El pueblo era parecido al que se encontraba a las afueras del castillo de Orland en el sentido de que era mucho más sofisticado y formal que Emera. En las calles rocosas ya había movimiento de gente trabajando o simplemente paseando. Sin embargo, se detenían en seco cuando veían pasar a los herederos de Orland, haciendo una pequeña reverencia con rostros atónitos.

A medida que se acercaban al gran castillo que se elevaba ante ellos con paredes de piedra de un color entre amarillo y naranja como el amanecer o el atardecer, las viviendas a su alrededor cobraban tamaños más extensos hechas con materiales más lujosos.

Al llegar a la entrada marcada por un arco del mismo color que las paredes del castillo con una frase escrita en letras rojas que Leia no supo leer, cuatro guardias que vigilaban el lugar se pusieron alerta. Sus armaduras eran del color del bronce y en su pecho llevaban el emblema que Leia interpretó que era el de Antel: una piedra octagonal roja rodeada por llamas de fuego. Al igual que los soldados de Orland, ellos también tenían el rostro al descubierto. Los hombres dejaron una de sus manos sobre la empuñadura de sus espadas preparados para atacar si fuera necesario.

Adara y Aileen bajaron de sus caballos seguidas por los demás.

—No hay por qué alarmarse —les dijo Adara levantando los brazos para mostrarse inocente y desarmada.

—¿Adara Blare y Aileen Lade? —preguntó uno de los soldados de cabello oscuro y enrulado y ojos marrones oscuros. Ambas asintieron y los guardias relajaron sus posturas, aunque ahora tenían su atención en los gemelos. —Mis ladies, los herederos de Orland tienen prohibido el acceso a Antel.

—Relajaos —dijo Aiden y buscó con la mirada a Leia. —Estamos aquí para regresar a la princesa de fuego a su hogar.

Los soldados parecían confundidos, por lo que Leia hizo lo que Aiden le estaba pidiendo con la mirada. Se acercó lentamente para quedar frente a ellos y se quitó la capucha. Se escucharon murmullos de confusión y asombro y recién en ese momento se dio cuenta de que había un tumulto de gente observando a su alrededor.

Otro soldado de unos treinta años pasó una mano por su cabello dorado, asombrado por lo que sus ojos estaban viendo.

—¿Leia Stormholl? ¿En verdad es usted?

La joven asintió y deseaba con todas sus fuerzas que todos los ojos no estuvieran sobre ella. La única mujer con armadura que se encontraba allí dijo rápidamente que iría a avisar de su llegada mientras que los otros tres guardias guiaban al resto hacia el interior del castillo.

—Mi lady, es un honor tenerla de regreso —le dijo el soldado de cabello oscuro. —No supimos nada de usted desde que su madre la ocultó en un lugar lejano y desconocido.

—El honor de estar aquí es mío —dijo Leia sin saber si estaba diciendo lo correcto o no. No tenía ni la menor idea de lo que diría una princesa.

Avanzaron por el patio delantero del castillo donde había grupos de soldados entrenando a ambos lados hasta que llegaron a las grandes puertas de acero, las cuales estaban vigiladas por otros dos guardias. Le dedicaron una reverencia a Leia cuando pasó entre ellos al igual que a los gemelos.

El suelo de mármol bajo sus pies parecía resplandecer con la luz de los candelabros que se encontraban colgados del techo, y con lo primero que se encontraron los ojos de Leia fue con una amplia escalera blanca y reluciente que llevaba a una primera planta. Una alfombra bordó descendía desde arriba por los escalones hasta casi llegar a la entrada. A los lados del vestíbulo principal se elevaban columnas igual de blancas que la escalera con antorchas colgadas. Todo era demasiado lujoso y Leia ya no sabía a dónde mirar.

La muchacha con armadura volvió a aparecer a través de un largo corredor que se encontraba a su derecha y parecía agitada, como si hubiera estado corriendo.

—Mi lady —le dijo a Leia aclarándose la garganta. —El Rey Temporal la aguarda en la Sala del Trono. Al igual que a ustedes —agregó dirigiéndose a las primas.

—Qué buena noticia —murmuró Aileen utilizando su tono de voz sarcástico tan característico. Nadie la contradijo.

Las tres jóvenes compartieron una mirada silenciosa antes de dirigirse a través del corredor por donde había salido la mercenaria dejando atrás a los gemelos y a sus hombres. La mercenaria las seguía por detrás hasta llegar a unas puertas dobles con un círculo rojo transparente en el centro. Dos guardias las abrieron desde el otro lado, partiendo el círculo en dos mitades, y lo que había al otro lado era una extensa sala con columnas a ambos lados, y al fondo en el centro dos tronos de plata se encontraban subiendo algunos escalones. Uno de ellos, el más grande y quizás el que más resaltaba, estaba ocupado por un hombre de mediana edad.

A medida que se acercaban, Leia se percató de los parecidos que compartía con aquél hombre: la forma y el color de sus ojos, la nariz apenas respingada y un tono de piel rosado claro. Si decían que Leia se parecía a su padre, entonces Daniel debía ser una copia de su hermano.

El hombre se puso de pie al verla y sus ojos se cargaron de reconocimiento y felicidad.

—Sobrina mía, ¿en serio eres tú? —su voz resonaba por toda la sala.

Al llegar al pie de los pocos escalones que subían al trono, Adara y Aileen le regalaron una reverencia a Daniel y Leia optó por hacer lo mismo. Cuando se incorporó, dijo:

—Eso creo.

—Oh, por los dioses de Keentale, qué bueno que estés sana y salva —exclamó Daniel extendiendo ambos brazos para hacer más énfasis en sus palabras.

Su cuerpo de gran tamaño estaba cubierto por ropajes extravagantes de colores rojos y amarillos y una capa blanca hecha con pieles colgaba detrás de él casi rozando el suelo. Sobre su cabello lacio peinado prolijamente hacia atrás llevaba una corona dorada con cinco picos, los cuales brillaban bajo la luz de los candelabros.

A ambos lados de la sala se encontraban apostados algunos guardias con posiciones firmes y casi rígidas. Sin embargo, uno de ellos de gran masa corporal y ojos de un verde pantano que le resultaron familiares a Leia abandonó su puesto y se acercó con cautela hasta ellas con la mirada fija en la castaña.

—¿Adara? —preguntó atónito. Una incipiente barba casi tan oscura como el tono de su piel asomaba en su barbilla y redondas mejillas.

Mientras tanto, la castaña se encontró con su mirada y bajó la suya hasta sus pies, moviéndose incómoda en su lugar.

—De verdad lo siento, no quisimos—

Se apresuró a decir aquellas palabras, pero se vio interrumpida en cuanto el hombre dio un paso hacia ella y la atrajo hacia él rodeando su cuerpo con ambos brazos. Debido a su gran altura, pudo apoyar su barbilla en la cabeza de la castaña con facilidad.

—Cariño... —susurró frotándole la espalda con una gruesa mano. —Nos has asustado mucho.

La tomó por los hombros y la separó para poder verla a los ojos. En ese momento, Leia se percató de que tanto los de él como los de ella eran idénticos.

—Lo sé, pero *teníamos* que hacer esto —le aclaró Adara sonriendo de lado con tristeza.

El hombre titubeo un momento como si estuviera intentando escoger las palabras correctas, pero optó por no decir nada y se volteó para mirar a Aileen. La preocupación en sus ojos seguía intacta pese a que Leia también distinguió una pizca de alivio.

—Me alegra saber que ambas están bien —dijo finalmente el hombre asintiendo con la cabeza. Con mucha cautela, colocó una de sus manos sobre el hombro de Aileen dándole un apretón amistoso y quitándola rápidamente. La morocha sólo le dedicó un seco asentimiento sin expresar ninguna emoción.

Finalmente, los ojos verdosos del hombre se posaron en Leia como si recién en ese momento se percatara de su presencia. Varias emociones pasaron por su rostro: confusión, reconocimiento, incredulidad y por último algo parecido al alivio.

—Dioses, no puedo creer que seas tú —exclamó en un tono bajo sonriéndole a Leia con la misma calidez que lo solía hacer Adara. Rápidamente, la joven comprendió que él era el padre de la castaña.

—Ahora ya sabes por qué nos fuimos —aclaró Aileen cruzándose de brazos.

—Sé que quieren hacer lo correcto, pero tu madre... —comenzó diciendo el hombre dirigiéndose a Adara al decir eso último, sólo que se vio interrumpido en cuanto las puertas de entrada se abrieron de par en par sobresaltando a todos en la sala.

Las tres jóvenes se voltearon a tiempo para ver a un niño de cabello negro azabache ondulado y revoltoso corriendo hacia ellas sonriendo de oreja a oreja y mirándolas con asombro y emoción. Adara fue la primera en reaccionar. Dio un paso al frente y extendió los brazos para recibir al niño, abrazándolo y alzándolo para hacerlo girar en círculos. Ambos reían en voz alta como si se encontraran a solas.

Leia no pudo evitar sentir una punzante tristeza al presenciar aquella escena. Lo único que se le venía a la cabeza era Karis y su cara de terror cuando un soldado de Velthorn estaba a punto de llevarse a su madre. Karis, esa niña tan alegre y entusiasta, de repente aterrándose por la posibilidad de no volver a ver jamás a su madre...

La joven pestañó varias veces para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos y en ese momento se percató de que alguien más había entrado en la sala.

—¡Adara, Aileen! Dioses, van a darme un infarto algún día —exclamó una mujer corriendo hasta ellas y abrazándolas con fuerza. Adara la recibió al instante y Aileen sólo hizo un gesto de incomodidad.

—¿Por qué me dejaron aquí? Yo quería ir con ustedes —se quejó el niño que ahora se encontraba frente a Adara jugando con la falda de su vestido.

—¿A dónde fueron? —preguntó la mujer poniendo ambas manos sobre sus delgadas caderas.

Llevaba puesto un elegante y a la vez sencillo vestido rojo oscuro, la tela ajustándose perfectamente a sus curvas. Su largo cabello lacio igual de oscuro que el del niño iba atado en un rodete alto dejando su rostro completamente descubierto.

—En busca de una nueva esperanza —le respondió Adara con una sonrisa radiante en el rostro.

—Adara, cariño, sabes que te amo, pero no empieces con tus metáforas en un momento así cuando pasé semanas pensando que—

La castaña le hizo una seña con la mano para que se detuviera y sin borrar la sonrisa de sus labios, le indicó a Leia que se acercara hasta ellas. La joven la obedeció, la timidez invadiendo todo su cuerpo. Cuando la mujer frente a ellas la vio, frunció el ceño mientras estudiaba su rostro con unos profundos ojos marrones hasta que pareció entenderlo todo y se llevó una mano a la boca en gesto de sorpresa.

—Tú eres... Eso es imposible... Theron...

—Theron la escondió muy bien —reconoció Aileen cruzándose de brazos. —Pero no podía mantenerla oculta por mucho tiempo.

La mujer parpadeaba rápidamente y Leia se percató de la cristalización de sus ojos. Luego le extendió una mano y pese a que tardó en entender ese gesto, la joven reaccionó y dejó que tomara su mano. La mujer le dio un apretón cariñoso, una emotiva y nostálgica sonrisa iluminando su rostro.

—Leia, por los dioses, te has convertido en una mujer preciosa —exclamó, y el tono dulce de su voz le recordó vagamente a Linda, su madre adoptiva. —Te ves idéntica a tu padre.

—¿Quién es? —preguntó el niño frunciendo con fuerza el ceño.

Todos se sobresaltaron cuando oyeron que Daniel se aclaraba la garganta, descendiendo los escalones para acercarse hasta ellos. La mujer pareció reaccionar ya que se aclaró la garganta y se volteó para enfrentarlo.

—Lo lamento, Su Majestad —le dijo regalándole una elegante reverencia. —Pido disculpas por mi reacción, es sólo que—

—No se preocupe, Lady Lade —la interrumpió Daniel sonriéndole con comprensión. —Esto nos ha sorprendido a todos —admitió girando ligeramente su rostro para ver a Leia y regalarle otra sonrisa. —En verdad nos alegra que estés de regreso, sobrina —le dijo, y la joven no supo qué otra cosa hacer más que asentir respetuosamente con la cabeza.

Una voz estruendosa que provenía de detrás de una puerta que se encontraba a un lado de los tronos los desconcertó a todos en la sala. Leia no comprendió con exactitud lo que decía, pero sí oyó alguna que otra obscenidad que prefería no repetir.

—Oh, mierda —Leia oyó que Aileen murmuró, sus hombros encorvándose hacia adelante.

Antes de que Leia siquiera pudiera preguntar por qué esa reacción, la puerta se abrió de un golpe. El primero en traspasarla fue un hombre fornido con sus ojos marrones abiertos de par en par y su oscuro cabello revuelto como si se hubiera pasado las manos por el mismo varias veces. Avanzó en largas zancadas hasta donde ellos se encontraban con una mano sobre la empuñadura de su espada enfundada y la otra señalando acusatoriamente a Adara y a Aileen. Detrás de él, un joven de no más de veinticinco años lo seguía a paso apresurado formando una fina línea con sus gruesos labios como si estuviera preocupado por lo que estaba a punto de suceder.

—¿En dónde diablos estaban? —les gritó el hombre alterado a las jóvenes, algunas venas marcándose en su cuello.

Mientras él aguardaba una respuesta, Leia analizó sus rasgos. Su rostro tenía algo de familiar, la forma en que fruncía su ceño, cómo sus labios formaban una línea fina, el tono rosado oscuro de su piel... Los ojos de la joven viajaron a Adara y a Aileen, quienes le sonreían inocentemente a aquél hombre furioso, y entendió que se trataba de un posible familiar de ellas. De hecho, muchos rasgos de él se parecían a los de la mujer que Leia dedujo que era la madre de Adara.

Pero lo que más le llamó la atención fue una larga cicatriz que comenzaba en la mitad de su mejilla izquierda y cruzaba sus labios terminando casi en la punta de su barbilla. Inconscientemente, un escalofrío le recorrió el cuerpo. En sí, la actitud que él estaba tomando la inquietaba, pero aquella cicatriz lo hacía lucir aún más tenebroso.

—Capitán Lade, compórtese —le dijo Daniel, pero el hombre lo ignoró como si sólo fuera uno más de ellos, comportamiento que a Leia le llamó la atención. Sus ojos marrones parecían arder mientras observaban expectantes a las jóvenes. Sin embargo, cuando se

dignó a voltearse en dirección a Leia y se encontró con sus ojos, se detuvo en seco. Algo en su expresión se relajó pero no del todo.

—¿Quién eres? —le preguntó a la joven, pero ella estaba segura de que él ya lo sabía, sólo que necesitaba oírlo de ella.

—Leia. Leia Stormholl —vaciló un poco al responder. Aún se le hacía extraño presentarse a las personas con su verdadero nombre y no con el de Lazy Lykel.

—¿Qué rayos...? —susurró el capitán aunque todos en la sala lo oyeron. Volvió a dirigir su atención hacia las demás. —¿Esto es lo que estuvieron haciendo todo este tiempo sin dar una maldita señal de vida? —el tono furioso de su voz resonaba contra las paredes del lugar.

—Por supuesto, nunca podemos esperar un puto *gracias* de tu parte —contraatacó Aileen desafiándolo con la mirada.

—¿Gracias? ¡¿Gracias?! —gritaba el hombre. —Se fueron sin decir nada por semanas sin avisar ni siquiera a un guardia, ¿para traerla a ella?

La manera en que dijo *ella* como si fuera un insulto la golpeó a Leia de tal manera que ahora era ella la que estaba comenzando a perder la paciencia.

—Tío, por favor —le dijo Adara con su tono dulce de voz. —No lo hicimos con la intención de preocupar a nadie, pero sabíamos que si te lo decíamos, no ibas a dejarnos.

—¡Tengo mis razones para ello! —gruñó el capitán. Daniel, volviéndose a sentar en el trono, parecía disfrutar del espectáculo que estaban montando. A Leia no le agradó aquél gesto como tampoco le agradaba la manera en que el comandante les hablaba a sus sobrinas.

—Al contrario de ti, —le espetó Aileen empujando el amplio pecho de su tío con la punta de su dedo índice. —nosotras sí queremos hacer algo para terminar con el mandato de Connor y toda su mierda de hombres e Inframons.

La posible madre de Adara tomó a Aileen por el hombro con delicadeza indicándole con la mirada que se calmara, pero la morocha movió su hombro con brusquedad para apartarla.

Leia se preguntó si sería posible que al hombre le saliera humo por los oídos al tener tanta furia acumulada.

—¿Y no se les ocurrió mejor idea que traer a Leia? —siguió gritando él sin mirarla a ella. —La reina me dio la orden de llevarla a un lugar seguro, ¿y ustedes la traen devuelta? ¿Qué demonios les pasa en la cabeza?

—¡Estoy harta de escucharte! —el tono en la voz de Aileen ya era el mismo que el de su tío. —No voy a perder la oportunidad de derrotar a Connor por un capricho entre tú y la mujer que reinó en éste lugar. Ella ya no está y Leia tomará su lugar como corresponde.

El capitán parecía a punto de dictarle un vocabulario entero de palabras que Leia no pensaba repetir en su mente, pero la madre de Adara se interpuso entre ambos fulminándolos con la mirada.

—Aileen, Theron, ya es suficiente —sentenció, y la dureza en su mirada le recordó al carácter que podía tener la castaña de vez en cuando, no tan explícito como Aileen pero igual de frío.

—¿Y se puede saber cómo pretendes “derrotar a Connor”? —preguntó el supuesto Theron en tono burlón hacia Aileen, ignorando que la mujer estuviera en su camino.

Ese tono le hizo perder la paciencia a la joven que hasta ese momento parecía una presencia invisible. Dio un paso al frente para captar la atención del hombre y de todos en la sala.

—Tú sabes muy bien qué tengo que Connor no, por eso me ocultaste en Emera —ella misma se sorprendió de la firmeza en sus palabras. —Deja de hablarle así a ellas porque no hicieron nada malo. Ya están aquí, están a salvo y te trajeron la única oportunidad de terminar con el líder Inframón.

Los ojos marrones oscuros de Theron la analizaron de arriba abajo con desprecio.

—Esto tiene que ser una puta broma —murmuró pasándose una mano por el rostro.

—No, Leia tiene razón —todos se sobresaltaron al oír la voz de Daniel hablando desde el trono. —Capitán Lade, sus sobrinas están sanas y salvas y nos trajeron a nuestra princesa de fuego. Incluso considero que merecen ser recompensadas por su valentía.

—En ese caso, —dijo Adara mirando a Daniel. —los demás que nos ayudaron también deben ser recompensados.

—¿Los demás? —preguntó Theron alejándose de ellas para quedar de pie a un lado del trono de Daniel.

—Su Majestad —llamó la mujer que las había conducido a las jóvenes a la Sala del Trono. Los ojos de Daniel se posaron en ella. —Los acompañantes de las jóvenes se encuentran aguardando en el vestíbulo principal. ¿Desea que los haga entrar?

—Por supuesto, Erika —le respondió el Rey Temporal, y la mercenaria salió de la sala dando una reverencia.

Theron observaba con detenimiento a las tres jóvenes, probablemente pensando en quién podría haberlas acompañado. Adara se inclinó hacia Leia para susurrarle al oído:

—Si creías que Theron estaba enfadado, espera a que vea a los gemelos.

—¿No se llevan bien? —le preguntó Leia con el mismo tono de voz.

Adara negó con la cabeza frunciendo los labios para ocultar una sonrisa maliciosa. A su lado, Aileen seguía mirando fijamente a su tío como si pudiera asesinarlo con los ojos; y él, por supuesto, la miraba de la misma forma.

En ese momento volvieron a abrirse las puertas de entrada y la mujer mercenaria, Erika, guio a los gemelos y a sus hombres hasta donde se encontraban Leia y las primas. La princesa de fuego le echó un vistazo a los gemelos, quienes sonreían maliciosamente hacia alguien.

Hacia Theron, se dio cuenta.

—Lo que faltaba —exclamó Theron, exasperado.

—Tanto tiempo, Lade —le dijo Aiden, y luego todos se voltearon hacia Daniel para un saludo formal.

El momento se vio interrumpido cuando el niño que hasta ese momento no se había apartado del lado de Adara encontró con la mirada a los gemelos y corrió hacia ellos, abrazándolos al mismo tiempo desde la cintura. Ellos le revolvieron el cabello sonriendo con diversión.

—A ti también te extrañamos, Jacob —le dijo Cassian guiñándole un ojo. El niño rio y lucía más feliz que nunca.

—¿Así que los herederos de Orland ayudaron a nuestra princesa a regresar? —interrumpió Daniel enarcando una poblada ceja oscura.

—Y sus soldados —agregó Leia señalando a los diez hombres que se encontraban posicionados detrás de los gemelos. Le hicieron una reverencia al Rey Temporal y Daniel asintió con respeto. Luego se puso de pie alisando su traje con ambas manos.

—Por su esfuerzo, valentía y lealtad, Antel los recibe con los brazos abiertos —declaró, y Leia se sorprendió de la facilidad con la que actuaba como un verdadero rey.

—Es un placer estar aquí, Su Majestad —le respondió Aiden.

—El placer es nuestro de que estén aquí —dijo Daniel. —Si la princesa lo desea, podemos prepararles habitaciones para que descansen luego de su largo viaje.

—Si es posible, que todos los que me acompañaron tengan habitaciones disponibles —habló Leia, y Daniel se mostró de acuerdo ya que dijo:

—Que así sea. Erika —llamó a la mercenaria. —Encárguese de que se preparen unas... —contó con la mirada a los presentes. —...siete habitaciones —luego de una pausa, agregó: —Si es que a los soldados de Orland no les molesta compartir habitación con uno de sus compañeros.

—No habrá problema alguno, Su Majestad —respondió rápidamente el capitán de la guardia de Orland.

—Bien, ya oíste, Erika.

—Lo que ordene Su Majestad —respondió la mujer y se retiró de la sala dando una reverencia nuevamente.

A Leia no le agradaba mucho cuánta formalidad había dentro del castillo, pero se recordó que aún no tenía el poder suficiente como para cambiar esos comportamientos.

—Sobrina —la llamó su tío, y Leia levantó la mirada hacia él. —Por la noche nos encantaría que te unieras a cenar con nosotros. Los demás también pueden asistir.

—¿*Nosotros*? —preguntó Leia.

—Los miembros más importantes de la Corte. Puedes considerarlo como una cena de bienvenida. ¿Qué dices?

La joven sabía que no tenía otra opción. Había logrado llegar con vida a Antel. Ahora le tocaba enfrentarse a su nueva vida, a su nueva y verdadera identidad. Así que respondió:

—Me parece bien.

—Muy bien —dijo Daniel y se volteó para dirigirse al guardia que anteriormente había seguido a Theron por detrás cuando entró en la sala. Su cabello a rastas de un marrón muy oscuro siguió el movimiento de su rostro cuando se volteó para mirar a su rey. —Usted, muchacho, guéelos nuevamente al vestíbulo principal para que aguarden a que sus habitaciones estén listas.

—Sí, Su Majestad —respondió el joven acercándose a la puerta de salida, no sin antes hacer una leve reverencia.

—Ustedes vienen conmigo —siseó Theron a sus sobrinas.

Leia compartió una mirada de preocupación con ellas. Adara se acercó para susurrarle:

—Tranquila. Puede ser gruñón e histérico, pero jamás nos haría daño.

Dicho eso, tanto ellas como la madre de Adara y Jacob siguieron a Theron por la puerta que se encontraba a un lado de los tronos, y Aileen, siendo la última en pasar, fue quien la cerró dando un estruendo. Varios de los presentes se sobresaltaron pero Aiden sonrió con orgullo por la actitud de su pareja.

Leia, los gemelos y sus hombres siguieron por detrás al joven soldado, quien los volvió a guiar por el corredor de antes hasta desembocar en el extenso vestíbulo principal donde se encontraba la escalera que llevaba a la primera planta.

—Vaya, no estuvo nada mal —dijo Cassian cuando el guardia se alejó un poco para darles espacio.

—Quitando la actitud de Theron, ¿verdad? —inquirió Leia enarcando una ceja. Los gemelos rieron. —¿Qué sucede entre ustedes? —preguntó con curiosidad.

—Theron es el típico padre protector de Adara y Aileen, sólo que en vez de ser su padre, es su tío —intentó explicar Cassian.

—¿Pero por qué se lleva mal con ustedes? —insistió la joven.

—Al principio se debía a que ellas interactuaban con nosotros y eso era algo casi prohibido luego de lo que sucedió con Aria y la relación entre Antel y Orland se resquebrajara —le explicó Cassian poniendo los ojos en blanco como si ese tema le aburriera. —Pero luego se enteró de la relación entre Aileen y Aiden, y ahí sí que explotó.

Aiden, el rey del viento, asintió con la cabeza en acuerdo con una sonrisa de suficiencia en su rostro como si disfrutara de que Theron se enfadara con algo que no podía controlar a su antojo.

Leia no pudo evitar recordar aquella vez que Kai y ella se hicieron amigas de Luke, y la primera reacción de Darren al enterarse fue aclarar una y otra vez que no serían más que amigos al tiempo en que Linda se reía y le decía que se relajara. Luego se volteaba a

sus hijas y les susurraba que no pasaba nada si sentían otra cosa por el muchacho, pero las niñas ponían caras de asco como si nunca fueran capaces de enamorarse, como si todo lo relacionado con las parejas les desagradara.

La joven sintió un dolor agudo en el pecho y sin poder evitarlo, una de sus manos se posó sobre donde le dolía.

Leia sintió la mirada de Cassian sobre ella mientras Aiden comenzaba a hablar distraídamente con su capitán de la guardia. En los brillantes ojos verdes del príncipe Leia percibió cierta duda como si quisiera preguntarle si le sucedía algo pero al mismo tiempo se retractara para que toda la atención no recayera sobre ella. La joven le agradeció con una sonrisa forzada por mantenerse en silencio y ambos volcaron su atención a la conversación entre Aiden y su capitán.

La aparición de Erika desde las escaleras los dejó en silencio a todos.

—Su Alteza, mis lores, sus habitaciones ya están listas —anunció.

A su lado iba una muchacha utilizando un vestido beige que se encontraba por debajo de un delantal entre marrón y naranja. Su cabello rubio caía por detrás de ella hasta su cintura recogido en una trenza un poco desprolija. Además llevaba un pañuelo del mismo color del delantal atado sobre su cabeza para dejar su rostro pálido totalmente descubierto. Cuando sus ojos castaños se cruzaron con los de Leia, la joven percibió cómo sus mejillas repletas de pecas se enrojecieron un poco.

—Annabelle los llevará hasta sus aposentos —agregó Erika señalando con el mentón a la tímida muchacha.

—Síganme por aquí, por favor —apenas un hilo de voz salió de su garganta y se volteó de espaldas a ellos antes de que alguien pudiera decirle algo.

En silencio, la siguieron a través de las escaleras. Por detrás los escoltaban Erika y el joven soldado de antes, sus rostros serios y atentos al frente.

Al alcanzar la primera planta, avanzaron por un corredor de paredes bordó por las cuales colgaban hermosas y coloridas pinturas abstractas además de algunas antorchas para dar iluminación. Annabelle señaló cinco puertas que se extendían a lo largo del lado este del pasillo, las cuales estaban abiertas para dejar ver el interior de cinco aposentos casi idénticos.

—Aquí podrán descansar los soldados de Orland, dos por habitación —anunció la muchacha, y Aiden dio un asentimiento de cabeza a sus hombres para darles su aprobación. Éstos hicieron una reverencia a medida a que entraban a sus respectivas habitaciones cerrando las puertas detrás de ellos.

Annabelle siguió avanzando hasta alcanzar el final del corredor donde un gran ventanal brindaba unas hermosas vistas al ala este del castillo. Había una puerta en cada lado del final del corredor y Annabelle las abrió.

—Éstas son de ustedes, mis Señores —dijo la muchacha dirigiéndose a los gemelos.

Ellos antes de entrar se voltearon para ver a Leia.

—¿Te veremos después en la cena? —le preguntó Cassian. La joven asintió en respuesta. —Aprovecha para descansar. Necesitarás la energía —le aconsejó el príncipe del viento.

—Ustedes también —respondió Leia sonriéndoles.

Los hermanos la despidieron con un gesto respetuoso y se adentraron en sus aposentos.

La muchacha comenzó a avanzar en dirección contraria al corredor para regresar a las escaleras frente a las cuales se extendía un gran ventanal a un jardín interno que parecía encontrarse en el centro de la totalidad del casillo. Ambas subieron otras escaleras hasta alcanzar una segunda planta seguidas por Erika y el joven guardia, todos en sumo silencio.

Aquella planta que no parecía ser la última contaba con otro gran ventanal donde se podía ver el patio interno, y Leia percibió los vestidos de Aileen y Adara. La madre de la castaña se encontraba con ellas, las tres sumergidas en una conversación algo seria mientras que el pequeño Jacob correteaba por el lugar.

Annabelle se aclaró la garganta intentando captar la atención de la princesa. Leia desvió la mirada rápidamente y siguió a la muchacha a través de lo que parecía ser una sala de estar o de descanso. Pasando esa habitación, llegaron hasta unas puertas blancas que resaltaban de las demás. La muchacha las abrió de par en par y lo primero que percibió Leia fue el olor intenso y fresco de jazmines.

Por dentro, la habitación era increíblemente hermosa. Las paredes estaban pintadas de un salmón más suave y el suelo de baldosas de un gris muy claro se veía reluciente. Una cama de gran tamaño y con un respaldo de madera oscura se encontraba contra una pared a la izquierda de la habitación cubierta por mantas y almohadones de distintas tonalidades de rojo. A los pies de la cama había un banco de madera cuyo asiento era acolchonado y de color bordó colocado sobre una alfombra blanca que se veía extremadamente suave. Frente a la cama en la pared opuesta había una puerta blanca entreabierta que parecía llevar a un cuarto de aseo. Luego, al fondo de la habitación, había un extenso ventanal con una puerta de cristal que llevaba a un balcón. Junto a esos ventanales en la esquina derecha se encontraba una pequeña mesa redonda totalmente negra al igual que las dos sillas que la acompañaban, y sobre la mesa descansaba un florero repleto de jazmines. Por último, sus ojos se posaron en una gran estantería repleta de libros que se encontraba a un lado de la cama.

—¿Estos aposentos le pertenecían a alguien? —preguntó Leia al tiempo en que Annabelle caminaba hasta el fondo para acomodar las delgadas cortinas blancas que colgaban frente a los ventanales.

—De su madre, Su Alteza —respondió la muchacha comprobando que todo estuviera en orden.

Se encontraba en la habitación de Aria. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. No le parecía correcto estar allí, para nada. <<*Eres la princesa*>>, se recordó una y otra vez en un intento por reprimir las ganas que tenía de pedirle a Annabelle que la llevara a otra habitación.

—¿Está todo bien? —preguntó con suavidad la muchacha, pero rápidamente desvió la mirada como si se hubiera arrepentido de hablar.

Leia recordó cuánta formalidad había en el castillo y se le ocurrió que quizás no estaba permitido que los criados hablen con los príncipes o reyes. Pero Leia no era cualquier princesa. De la manera más dulce que pudo, le dijo:

—Gracias, Annabelle.

—No tiene por qué agradecerme, Su Alteza.

Compartieron una sonrisa amable y Leia notó cómo la muchacha se relajaba un poco.

—¿Le gustaría que le prepare un baño? —preguntó Annabelle de repente, enderezando sus hombros.

La joven asintió plácidamente. No veía la hora de deshacerse de la suciedad que tenía encima luego de varios días moviéndose constantemente. Incluso entre sus uñas tenía tierra acumulada. Al parecer, el agua de aquella laguna en la que habían acampado la última noche no había sido suficiente.

Detrás de ella, Erika y el otro soldado cerraron las puertas de los aposentos quedando del otro lado para darles privacidad. Leia relajó sus hombros y mientras Annabelle entraba al baño para preparar el agua en lo que parecía ser una bañera, la joven sacó de su bolsillo la pequeña figura de madera tallada por Karis y la depositó sobre uno de los estantes repletos de libros, asegurándose de que quedara a la vista. Luego se acercó al ventanal para recargar el peso de su cuerpo contra el mismo y observar a través del cristal el paisaje que se extendía ante ella. Se trataba del ala sur del castillo donde se podía apreciar a lo lejos un río de agua cristalina que marcaba una división entre lo que restaba del pueblo de Alicron y una explanada desierta. Más al fondo se veían algunas colinas y a la izquierda un gran bosque de árboles repletos de hojas de colores otoñales. Leia recordó lo que le contó Aileen acerca de un bosque de fuego cerca del castillo, así que asumió que se trataba de aquél.

—Su baño ya está listo —la llamó Annabelle desde más atrás extendiéndole una toalla blanca y suave. Leia la tomó asintiéndole en agradecimiento. Mientras se adentraba en el cuarto de aseo, Annabelle agregó: —Cuando termine, sobre su cama le aguardará un cambio de ropa limpio. El suyo puede dejármelo para que se lo lave.

Un poco insegura, Leia se desvistió en la soledad del baño y a través de la puerta apenas entreabierta le entregó su ropa a Annabelle, quien la recibió deprisa. Leia escuchó cuando la muchacha salió de los aposentos aunque igualmente se aseguró de que la puerta del baño estuviera bien cerrada y se volteó para enfrentarse a la bañera repleta de agua caliente con burbujas. Poco a poco fue hundiendo su cuerpo y no pudo evitar soltar un suspiro de placer en cuanto el agua la cubrió por completo.

Era la primera vez que tomaba un baño así ya que siempre tenía que arreglárselas con una cubeta y una barra de jabón. De vez en cuando, Kai y ella se ayudaban entre sí para no tardar tanto tiempo.

Allí recostada sobre la extensa bañera, le pareció injusto que sólo ella pudiera vivir eso y no el resto de su familia. Ese pensamiento no la dejaba disfrutar del todo, pero tomó aire y hundió también su cabeza intentando callar a su traicionera mente.

Volvió a la superficie cuando sus pulmones suplicaban por aire hasta tal punto que le dolía el pecho. Cuando recuperó la respiración, se encargó de refregar su cabello bajo las burbujas y luego todo su cuerpo hasta que cualquier rastro del viaje interminable desapareciera.

En un momento perdió la noción del tiempo y únicamente por la temperatura tibia del agua se dio cuenta de que había pasado demasiado tiempo allí dentro. Lentamente se puso de pie y se envolvió en la toalla que le había dado Annabelle previamente. Recién en ese momento se permitió observarse en el gran espejo que colgaba en una pared lateral del baño.

Su piel clara finalmente se veía limpia y pese a que en su rostro aún se reflejaba el cansancio, había recuperado mucho más color. Sus labios volvían a estar húmedos y los cortes en ellos comenzaban a sanar, y sus ojos brillaban nuevamente. Su cabello estaba completamente mojado pero se tomó su tiempo para desenredárselo con un peine que encontró sobre un estante y se lo secó como pudo con la toalla para que no goteara agua y mojara el suelo.

Salió del baño con la toalla enroscada alrededor de su cuerpo y tal como le había avisado Annabelle, un vestido se encontraba estirado sobre su cama. Era sencillo y para nada voluminoso. Volvió al baño para colocárselo frente al espejo y la suave tela se deslizó sobre ella tan delicadamente que apenas lo sintió. No era ajustado en ninguna parte de su cuerpo y apenas revelaba un poco de su pecho. Volvió a colocarse su collar que anteriormente lo había dejado en el suelo, y la cadena plateada resaltaba sobre la tela naranja suave del vestido que llevaba puesto. Sólo por costumbre dejó que la piedra octagonal se escondiera bajo la ropa.

Al salir nuevamente a la habitación, calló en la cuenta de lo cansado que se sentía su cuerpo, y sus ojos viajaron a la gran cama frente a ella. Recordó que aún tenía hasta el anochecer para encontrarse con el resto, así que sin pensarlo mucho se recostó sobre el cómodo y mullido colchón.

No le dio tiempo siquiera a cubrirse con alguna manta ya que el sueño la recibió con los brazos abiertos en el momento en que su cabeza tocó los almohadones.

Capítulo 12

Luego de pasar la mañana y el mediodía a orillas de un arroyo que Dean y Alexander habían encontrado en las lejanías del castillo de Velthorn, ambos regresaron para una sesión de entrenamiento. No era la actividad favorita de Dean, pero él era el único en quien Alexander confiaba para estar con el torso al descubierto. El morocho tenía muchas cosas que ocultar allí, por eso siempre se aseguraba de entrenar con su amigo cuando la sala se encontraba vacía o de soportar el calor frente a los demás o de estar completamente a oscuras cuando pasaba la noche con una compañía femenina.

Dean era el único que conocía ese secreto y era quien había tatuado su espalda y brazo izquierdo.

Aunque por supuesto que Connor también lo sabía. Él lo sabía todo. El maldito hijo de puta tenía ojos por todos los sitios.

Bueno, quizás no *todo*.

—Estás mejorando la postura —le señaló Alexander al castaño mientras ambos luchaban con una espada en mano alrededor de la extensa sala de entrenamiento del castillo.

—Gracias a tus técnicas —admitió Dean encogiéndose de hombros al tiempo en que esquivaba una estocada del morocho. Alexander sonrió con satisfacción.

Pasaron un tiempo en silencio con el único sonido del filo de sus espadas chocando entre sí y sus respiraciones agitadas. Cuando se tomaron un pequeño descanso para hidratarse de sus cantimploras, Dean habló primero:

—Sabes, cuando regresamos al arroyo y te pedí que aguardaras por mí aquí mientras iba al baño, escuché ciertos... rumores.

Alexander enarcó una ceja, interesado.

—¿Sí? —inquirió cruzándose de brazos.

—Es sobre Leia y quizás ya lo sabías, pero—

—Dean, detente —le advirtió el morocho. —Ya sabes cómo es esto.

—Sí, que no hay que hablarlo aquí, pero—

—Dean —lo volvió a interrumpir Alexander, esta vez un poco más fuerte.

En vez de pedirle que cambiaran de tema de conversación, el morocho volvió a tomar su espada y le indicó a Dean que hiciera lo mismo. Bufando, el castaño lo imitó y ambos retomaron el entrenamiento como si nada hubiera pasado.

Esta vez, Alexander atacó con más fuerza. Cualquier sensación de relajó se desvaneció en el momento en que Dean sacó el tema que tanto quiso mantener oculto en su mente. Esa chica era tan... ingenua. No tenía ni idea del error que estaba cometiendo al

seguir los planes de los gemelos Dustin. Y él lo único que podría hacer sería observar cómo todo saldría mal para ella y los suyos.

Quizás eso era lo que más le molestaba: sentirse así de inútil, un simple observador del juego entre Connor y los demás. Pero por más que odiara aquello, debía hacerlo por el bien de Dean.

Al terminar el entrenamiento, ambos jóvenes salieron de la sala completamente vestidos y sudados. Debido a que se encontraban en la planta baja, pasaron por la puerta que llevaba a las mazmorras subterráneas del castillo y en ese momento ambos se detuvieron bruscamente al oír los ruidos que provenían de allí. La voz que soltó el grito se escuchaba con total claridad como si la persona que lo decía quisiera que todos lo oyeran.

—¡Responde la puta pregunta!

—¿Es...? —preguntó Dean en un susurro, su rostro empalideciendo con rapidez. Alexander maldijo un par de veces para sus adentros.

—Vete a tus aposentos, no está de buen humor —le dijo sin más comenzando a avanzar hacia la puerta. Dean lo detuvo tomándolo del hombro.

—Tú tampoco deberías—

—Tú no me dices qué hacer —siseó el morocho por lo bajo moviendo su hombro con brusquedad para quitarse de encima la mano de Dean. —Ve a tus aposentos ahora —repitió mirándolo fijamente a los ojos.

El castaño parecía estar a punto de objetar, pero comprendió que no ganaría aquella discusión por lo que soltó un largo y pesado suspiro y dio media vuelta para dirigirse a las escaleras sin decir palabra alguna.

Alexander relajó sus hombros al verlo alejarse y retomó su camino. Llegó hasta la puerta que conducía a las mazmorras, la cual sorprendentemente no estaba siendo vigilada por guardias, y se detuvo a un lado para escuchar con más claridad.

Golpes, quejidos débiles apenas audibles, más gritos y groserías de Connor exigiendo respuestas, sollozos de otros esclavos que no eran víctimas del rey pero que sí estaban obligados a ser espectadores de aquella escena violenta. En cuanto los sonidos cesaron y se oyó una puerta de una celda siendo cerrada con fuerza, Alexander se dirigió a paso apresurado hacia la enfermería. Una vez allí, persuadió a los curanderos para que se mantuvieran fuera de la sala de provisiones y utilizó el corto tiempo para tomar lo que necesitaba, ocultando todo dentro de su chaqueta.

Cuando regresó a la puerta de las mazmorras, nuevamente había dos guardias vigilando y Connor ya no estaba del otro lado ya que Alexander no podía percibirlo.

—Su Alteza —le dijeron al unísono los soldados en cuanto lo vieron llegar, haciendo una leve reverencia.

—Muévanse —espetó Alexander y sin darles tiempo a objetar, abrió la puerta y la cerró detrás de él con una patada. Ninguno de ellos se atrevió a detenerlo. <<*Humanos idiotas*>>.

Avanzó por el largo y tenue corredor repleto de celdas a ambos lados. Mantuvo la vista al frente para no encontrarse con la mirada de ninguno de los prisioneros ya que comenzaría a escuchar sus súplicas por comida, agua, o al menos un poco de aire fresco. Algunos lo hicieron igualmente, pero el morocho no se inmutó en absoluto, avanzando hasta alcanzar la celda que quería.

Una vez allí, las antorchas que colgaban de las paredes del corredor no alcanzaban a iluminar el interior pero igualmente él percibió la figura de la persona sentada en una esquina con las rodillas contra su pecho y sus brazos envolviéndolas, con la cabeza baja y su delgado y débil cuerpo temblando con violencia.

Alexander soltó un suspiro y sacó del bolsillo de su pantalón la llave de repuesto que siempre llevaba consigo. Ante el sonido, la persona se sobresaltó y soltó un quejido ahogado. De tanto que había estado gritando, apenas tenía un hilo de voz.

—Soy yo —le susurró el morocho entrando en la celda para cerrar la puerta detrás de él con suavidad.

A una distancia prudente de la persona, se puso de cuclillas dejando en el suelo todos los materiales que había conseguido en la enfermería. La persona separó un poco sus rodillas de su pecho y levantó la cabeza, su mirada viajando de las provisiones al morocho con lentitud.

—¿Puedo? —preguntó Alexander humedeciendo sus labios.

La persona no se abstuvo, por lo que el morocho lo tomó como un permiso. Se acercó más y comenzó a realizar el proceso que hacía cada vez que Connor pasaba por allí. Le limpió los cortes en sus labios, suavizó los moretones de su rostro con una crema especial, desinfectó un corte que tenía en la mano hacía tiempo pero que Connor se lo volvió a abrir.

Cuando se aseguró de que no había más heridas ni golpes que revisar, se alejó rápidamente para darle espacio. La persona soltó un suave suspiro relajando sus hombros y apoyando la parte trasera de su cabeza contra la pared que tenía detrás.

Sin decir más, tomó el picaporte de la puerta para salir de allí pero la persona lo interrumpió.

—¿Es... es cierto? —el morocho no pudo evitar hacer una mueca al oír aquella voz tan rota y rasposa.

—¿Qué cosa? —preguntó él con cautela mirando por sobre su hombro sin voltearse del todo.

—Me dijo... me dijo q-que ella...

—Sí —soltó él ahorrándole la poca saliva que le quedaba en la boca.

Hubo un momento de silencio que él interpretó como el fin de la conversación, por lo que sacó la llave de su bolsillo y abrió la celda.

Un sollozo ahogado lo hizo voltearse.

La persona llevó ambas manos a su boca y sus hombros subían y bajaban con brusquedad con cada sollozo entrecortado. Sus ojos celestes estaban inundados de lágrimas que luego recorrían sus mejillas con velocidad. Hacía tiempo que él no veía a esa persona llorar de esa forma.

Una persona normal se hubiera acercado para darle un abrazo o mínimamente dejar una mano sobre su hombro y susurrarle que todo estaría bien, que se desahogara el tiempo que fuera necesario; pero él no era una persona normal ni mucho menos una persona, por lo que se volteó nuevamente hacia la puerta para salir de allí y dejar esa pequeña, oscura y deprimente celda atrás.

.....

Se aseguró de pasar desapercibido al devolver todos los materiales de la enfermería como si nadie los hubiera movido de su lugar. Finalmente emprendió su camino a sus aposentos para darse un largo y caliente baño, pero fue interceptado por Cassandra en uno de los vestíbulos. La mujer se encontraba sentada en un sofá individual de tela oscura leyendo algún libro de la estantería más cercana. Cuando percibió la presencia de Alexander, dejó el libro a un lado y se puso de pie frente a él. Una pequeña sonrisa asomó a sus rosados labios en cuanto sus brillantes ojos rojos se encontraron con los de él.

Alexander mantuvo su expresión seria mirándola con desinterés mientras ella levantaba su mentón para verlo mejor debido a la diferencia de estatura y analizaba su rostro con lentitud hasta que sus ojos se clavaron en un punto sobre su ceja izquierda.

—Cariño, ¿qué...? —comenzó preguntando, su sonrisa desvaneciéndose al instante al tiempo en que llevaba una de sus delicadas manos a la ceja del morocho, pero no le dio tiempo a tocarlo ya que él dio un paso atrás con brusquedad. —¿Quién te hizo eso?

Alexander había olvidado aquél corte. Había ocurrido la noche anterior cuando él y Connor se encontraban en una de las salas de castigo del castillo. El hombre quería que el morocho hiciera sufrir lentamente al humano que se había atrevido a intentar escapar de las minas, pero Alexander estaba aburrido, por lo que cuando comenzó haciéndole cortes por el brazo, cortó una arteria fundamental haciendo que el joven perdiera la vida a los pocos segundos. Connor se había enfadado tanto que tomó su forma demoníaca para rasgar a Alexander con sus garras. El morocho logró esquivar el mayor impacto, pero se ganó un corte profundo en la ceja izquierda muy cerca de su ojo. La herida era tal que Connor se sintió satisfecho y salió de allí dejándolo a solas con el cuerpo sin vida del imbécil humano que había tomado la estúpida decisión de intentar de escapar de un lugar cuya salida era inexistente.

—No es necesario que finjas interés conmigo, no soy ninguno de mis hermanos —le espetó Alexander a su madre cruzándose de brazos y asegurándose de estar a una distancia prudente de ella.

—Alex, sabes que no es menti-

—Ahórrate las palabras, Cassandra —siseó el morocho.

En los ojos de la mujer se reflejaba un mínimo destello de dolor, pero Alexander prefirió fingir que no lo notaba.

—Bien, entiendo —dijo ella finalmente, levantando las manos en señal de rendición. Soltó un largo suspiro relajando sus hombros. —Si quieres puedo... desinfectarte la herida —agregó en un tono bajo bajando la mirada.

La primera reacción de Alexandre fue soltar una risa seca. De repente, las palabras empezaron a salir de sus labios sin control:

—¿Qué? ¿Para que no muera desangrado? ¡Ojalá eso fuera cierto! Pero no, el maldito hijo de puta me traerá del Inframundo una y otra vez para hacer de mi vida una puta mierda, un ciclo sin final.

Se sentía agitado y aliviado a la vez, como si soltar esas palabras le hubiera quitado un peso de encima. Pero no era el caso porque no importaba cuánto dijera o se quejara, seguiría viviendo lo mismo una y otra vez.

Cassandra juntó sus labios formando una fina línea, mordiendo el interior de sus redondas mejillas.

—Quiero ayudarte, hacerte sentir mejor. En verdad quiero —murmuró pasando ambas manos por su delicado rostro pálido.

—¿Con que quieres ayudarme? —inquirió Alexander y acercó su rostro al de ella para luego susurrarle con firmeza: —Entonces deja de tratarme como la víctima cuando sabes perfectamente que soy todo lo contrario.

Sin darle tiempo a responder, salió del vestíbulo a paso apresurado pasando una mano por su cabello varias veces seguidas en un intento por calmar su nerviosismo. Muchas cosas se juntaron en su cabeza al mismo tiempo provocando que se le hiciera más fácil perder el control. Sin embargo, logró mantener la calma mientras avanzaba por un corredor directo a las escaleras que llevarían a sus aposentos.

Hasta que volteó su rostro para mirar por la ventana que mostraba el jardín interno del castillo.

Sus ojos rápidamente notaron un tumulto de gente riendo descaradamente y apuntando en cierta dirección. Alexander no podía ver bien, por lo que salió al exterior y se transformó en un ave pequeño para no llamar la atención. Cuando estuvo a una altura considerable, divisó el origen de la burla.

En el centro del jardín de pie sobre una plataforma de piedra se encontraban Isaías y Zeth alardeando de algo al público que se había formado a su alrededor. El morocho recorrió con su mirada los brazos de sus hermanos hasta que se unían a los brazos de otra persona que se encontraba en medio de ellos retenido por la fuerza que ejercían los gemelos.

Cualquier control que Alexander creyó que tenía se desvaneció en aquél instante. El sonido de las burlas y los insultos, las risas de los gemelos, las súplicas de quien se encontraba en medio de ellos...

El morocho tomó su forma demoníaca y soltó un alarido que desgarró su garganta pero que no le importó en lo más mínimo. Todos los presentes se sobresaltaron y comenzaron a alarmarse y empujarse entre sí para salir de allí. Mientras tanto, Isaías y Zeth sonreían con malicia mirando a los ojos a su hermano sin soltar los brazos desnudos de Dean.

Zeth parecía a punto de soltar alguno de sus comentarios imbéciles pero Alexander no le dio tiempo a decir palabra alguna. Se abalanzó sobre él y lo estrelló contra el muro más cercano. Éste soltó un quejido de dolor y escupió sangre oscura, pero la sonrisa arrogante no se borró de su rostro.

Detrás de Alexander, Isaías había perdido el interés en Dean lanzándose al morocho en su forma demoníaca. Él se volteó a tiempo para recibir el ataque y ambos se envolvieron en una batalla de garras, colmillos y gruñidos que hacían temblar todo el castillo.

Hubo un mínimo instante en el que Alexander pudo visualizar a Dean alejándose de allí a toda prisa, su pálido y delgado cuerpo completamente al descubierto. Al parecer, lo que habían hecho los gemelos era interrumpirlo durante su baño, exponiéndolo al desnudo ante toda la Corte simplemente para lograr enfadar a Alexander. Y el morocho cayó directo en su red.

<<*Tienes que dejar de defender a los débiles, hermano*>>, la voz de Zeth resonaba en su cabeza pero Alexander se obligó a mantenerse firme y atacar con todo su ser, descargando toda la ira y tensión que había acumulado desde la noche anterior cuando Connor se enfadó con él.

Él estaba en desventaja y lo sabía. No importaba que fuera mayor que sus hermanos, que *todos* sus hermanos, ellos siempre eran más fuertes, en especial cuando se unían como lo hacían Zeth y Isaías, quienes parecían ser uno sólo cuando se unían en un enfrentamiento. Lo atacaban de todos lados y Alexander no era capaz de poner su atención en cada parte de su cuerpo; ellos siempre terminaban encontrando un punto débil por el cual herirlo.

Poco a poco comenzó a perder la fuerza. Fue descendiendo hasta que su cuerpo rozaba el suelo y en ese momento con la tierra directamente debajo de él recurrió al último recurso que tenía, ese que evitaba usar a toda costa pero que ahora debía hacerlo.

Tomó nuevamente su cuerpo humano para terminar de caer y rodar sobre sí mismo para no dañarse. Una vez que estuvo de pie, se volteó hacia sus hermanos, quienes seguían en forma de Inframons y estaban a punto de atacarlo, y fue en ese momento que el morocho extendió ambas manos con todas sus fuerzas centrando toda su atención en la única cosa que era suya y que no compartía con ninguno de sus hermanos.

Los gemelos entendieron demasiado tarde lo que Alexander estaba haciendo. Una explosión desde las profundidades del suelo obligó a que la tierra saliera disparada hacia los Inframons tan sólida como una roca, y los golpeó contra el muro detrás de ellos una y otra vez siguiendo el movimiento de las manos de Alexander.

Él rara vez utilizaba ese poder, por lo que las energías se le acabaron casi al instante. Lo último que pudo hacer para darse tiempo de escapar fue arrancar un grueso tronco de raíz con un simple movimiento de su muñeca y lo estampó contra los Inframons aturcidos y mareados por los golpes. El tronco cayó sobre ellos y mientras ambos intentaban recuperarse, Alexander tomó la forma de un ave y comenzó a alejarse de allí sin importarle si quedaba como un cobarde. Estaba cansado de una manera que pocas veces experimentaba y si sus hermanos volvían a atacarlo, esta vez no se salvaría. ¿Moriría? Sí, pero no se trataba de la clase de muerte que experimentaban los humanos. Era un proceso frío y desgarrador en el que su alma descendía al Inframundo y sufría todo tipo de dolores inimaginables hasta que Connor notara su ausencia y se dignara a traerlo de vuelta al mundo de los vivos.

Y el morocho conocía perfectamente ese procedimiento. Lo conocía tan bien como para no querer volver a repetirlo. Incluso le avergonzaba recordar la estúpida razón por la que había pasado por todo eso.

.....

El tiempo que pasó fuera del castillo se encontraba inconsciente a orillas de algún río. Lo último que recordaba haber hecho era aterrizar en su forma humana y caer de bruces sobre un césped húmedo y fresco frente a un río de agua cristalina. Luego, todo era oscuridad.

Finalmente logró despertarse cuando el sol comenzaba a ocultarse tras el horizonte. Antes de regresar, se dio un baño a solas en el río para quitar toda la sangre que le había quedado de las heridas. La mayoría ya cicatrizaban, pero la que le había dejado Connor la noche anterior se había vuelto a abrir, por lo que la cicatriz le duraría más tiempo.

Al llegar al balcón de sus aposentos en forma de ave y aterrizar como humano, se dirigió directamente a los aposentos de Dean. No le agradaba el hecho de haberlo dejado tanto tiempo sólo en el castillo, pero no le había quedado otra opción. Tuvo que desaparecer para que las ganas de pelear de sus hermanos se disiparan.

Llamó a la puerta cerrada de los aposentos de su amigo y aguardó bastante tiempo hasta que el castaño asomó con cautela su cabeza. Sus ojos azules oscuros se encontraron con los rojizos de Alexander y exhaló un suspiro de alivio. Se movió a un lado para dejarlo pasar y cerró la puerta en cuanto el morocho se encontró dentro.

—¿Dónde estuviste? —le preguntó Dean sentándose a los pies de su extensa cama.

—Dando vueltas por ahí —respondió el morocho con neutralidad colocando ambas manos en los bolsillos de su pantalón negro. —¿Cómo estás? —le preguntó a su amigo recargando su espalda contra una pared a un lado de la puerta.

—He tenido días mejores —admitió Dean encogiéndose de hombros y pasando una mano por su alborotado y crecido cabello castaño. —Ya sabes, no es tan bonito que la Corte entera te vea en pelotas —agregó con sarcasmo intentando sonreír levemente.

Alexander soltó un suspiro pasando una mano por su rostro.

—Te dije que cerraras la puerta con llave siempre que yo no esté —le recordó el morocho.

—¡Y lo hice! —se quejó Dean. —Pero los malditos entraron por el balcón, y sabes que siempre me gusta dejar esa puerta abierta para que entre un poco de aire fresco —explicó con frustración.

El morocho se dio cuenta de que no sabía qué rayos decirle. Por supuesto que Zeth y Isaías siempre encontraban la forma de salirse con la suya, en especial cuando se trataba de un simple ser humano como Dean; y sumándole el hecho de que eso sacaba a Alexander de sus casillas, claro.

—¿Cómo vas con la pintura? —el morocho decidió cambiar el rumbo de la conversación. Ya no quería seguir pensando en sus desgraciados hermanos. Para su suerte, Dean captó la indirecta y relajó su expresión.

—Bastante bien, la verdad —respondió, las comisuras de sus labios comenzando a curvarse hacia arriba. Se puso de pie y se dirigió hacia su balcón. —¿Quieres ver? Está afuera secándose.

Alexander asintió con la cabeza en respuesta y acompañó a su amigo al exterior. El sol estaba ocultándose del otro lado del castillo, por lo que allí comenzaba a haber poca luz, pero la suficiente como para que el morocho pudiera apreciar la nueva obra de arte de Dean.

Esta vez se trataba de un extenso río que recorría la totalidad del lienzo por la mitad de manera vertical, dividiendo por un lado un terreno oscuro y podrido, y por el otro un terreno con naturaleza viva y colores lívidos. La pintura no estaba acabada; de hecho, apenas estaba empezada, pero el castaño había avanzado mucho en muy poco tiempo aunque aún le faltaran varios detalles.

—Por lo que veo, sí te sirvió el arroyo —comentó Alexander haciendo referencia al lugar donde habían pasado la mañana y el mediodía.

—Hacía tiempo que no encontraba inspiración tan rápido —admitió el castaño con sus brillantes ojos clavados en su pintura. —¿Quieres que te diga lo que representa? —preguntó sin desviar la vista.

—Creo que puedo darme una idea —murmuró Alexander pasando una mano por la parte trasera de su cuello.

Entre ambos se instaló un corto silencio en el que analizaban la pintura con detenimiento y quizás algo de profundidad.

—¿Crees que algún día nos encontremos del otro lado del río?

La pregunta de Dean dejó al morocho sin aire por un momento. Tuvo que parpadear varias veces con rapidez para salir de su trance. Observó el perfil de Dean para luego volver a mirar la pintura, primero observando el terreno de colores llamativos y luego el lado oscuro y carente de expresión. La pregunta del castaño se repetía constantemente como un bucle sin final: <<¿Crees que algún día nos encontraremos del otro lado del río?>>. No se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado sin responder hasta que oyó a su amigo decir con completo desánimo y abatimiento:

—Sí, tampoco yo.

Capítulo 13

Los rayos del sol colándose por el ventanal y apuntando directamente al rostro de Leia le indicó que faltaba muy poco para el atardecer. Se había dormido por más de medio día.

Se despidió antes de ponerse de pie, alisando como pudo el vestido. Además de aquella prenda, Annabelle le había dejado unas sandalias plateadas que se enroscaban en sus piernas hasta la altura de sus rodillas pero que no llegaba a apreciarse por el largo de la falda del vestido. Luego de colocárselas y ajustárselas, optó por salir de los aposentos.

Fuera, el joven soldado de tez morena y ojos color miel permanecía a un lado de la puerta quieto como una estatua. Se movió en cuanto vio salir a Leia.

—Su Alteza, espero que haya descansado bien —dijo.

—Sí, lo hice —le respondió Leia amablemente. —¿Cuál es tu nombre? Te había visto antes.

—Me llamo Allias. Su Majestad el rey Daniel me encargó que fuera su guardia personal.

—Entiendo —dijo la joven sin saber qué otra cosa responder a eso. No se esperaba que su tío se preocupara por su seguridad habiéndola visto una única vez y sabiendo que en realidad era ella quien tenía que estar en su lugar.

—Lady Adara me pidió que la escoltara hasta el jardín interno. Dijo que quería hablar con usted —dijo Allias.

—Muy bien. ¿Por dónde? —preguntó Leia.

—Sígame.

Allias la guio por el mismo camino que había tomado con Annabelle para llegar a los aposentos de Aria. Al bajar por las escaleras hasta el vestíbulo principal, tomaron un camino diferente por el que Leia sabía que llevaba a la Sala del Trono, y una gran puerta de cristal se elevó ante ellos. Al otro lado podía apreciarse a la perfección el jardín interno repleto de una gran diversidad de plantas. Allias le abrió la puerta y la dejó pasar. En vez de seguirla, permaneció en el interior del castillo.

La joven distinguió rápidamente a Adara, aunque ahora llevaba otro vestido. Ese era de un rosa pálido con mangas cortas y ajustado hasta la cintura. La falda no era voluminosa, sino que caía delicadamente sobre sus piernas hasta casi rozar el suelo. Su manta de cabello castaño oscuro estaba recogida en un rodete alto y algunos mechones caían por su rostro en forma de bucles.

—Leia, te has despertado —le dijo Adara en cuanto se percató de que ella se estaba acercando. La castaña se encontraba sentada en un banco grisáceo y se movió un poco para dejarle un lugar a Leia, quien aceptó amablemente. —¿Qué te parecieron tus aposentos? —le preguntó.

—Se siente extraño saber que fueron de Aria en algún momento —confesó la joven uniendo sus manos sobre su regazo. —Igual es muy hermoso —agregó.

—Tienes razón, debe sentirse muy extraño —concordó Adara. Luego de una pausa, añadió: —Nunca tuve la oportunidad de agradecerte por aceptar venir con nosotros sabiendo que tenías que dejar tu otra vida atrás.

Un suspiro se escapó de entre los labios de Leia.

—Aún me cuesta aceptarlo —comenzó diciendo, jugando con la tela de su vestido. — Todo esto es todo lo contrario a lo que estaba acostumbrada en Emera, pero estoy intentando mirarlo por el lado de que me están dando la oportunidad de ser quien realmente soy sin esconderme de otros y de ayudar a terminar con el reinado de Connor.

Por el rabillo del ojo, Leia percibió una leve sonrisa en los labios de Adara.

—No sólo eso, —le dijo la castaña. —sino que también podrás brindar ayuda a los pueblos de Antel que son como Emera. En cuanto te proclamemos reina, podrás darles una vida mejor al tiempo en que terminamos con la oscuridad de Connor.

Leia no pudo evitar sonreír ante esa idea.

—Un mundo mejor —susurró, y Adara asintió con la cabeza mostrándose de acuerdo. Luego de una larga pausa, a Leia se le ocurrió preguntar cambiando totalmente el rumbo de la conversación: —¿Cómo les fue a Aileen y a ti con Theron luego de que se fueran de la Sala del Trono?

—Típica regañina de hombre gruñón. Aileen y yo ya estamos acostumbradas — respondió encogiéndose de hombros. Sin embargo, una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro.

—Les gusta hacerlo enfadar —adivinó Leia, y Adara rio.

—Su mal temperamento puede ser divertido de vez en cuando —admitió la castaña. — Pero no siempre —advirtió luego.

—Ya, me dio esa impresión —dijo Leia enarcando las cejas. —Así que... ¿No está muy de acuerdo con la relación entre Aileen y Aiden?

Adara negó con la cabeza.

—Para nada —respondió. —Él siempre intentó mantener a Aileen bajo su protección. Quería evitar que saliera herida tanto física como sentimentalmente.

—Pero eso es algo imposible. Debe dejarla cometer errores para aprender de ellos.

—Exactamente —concordó Adara. —Todos aceptan esa verdad excepto Theron — agregó encogiéndose de hombros.

—¿Él ocupa algún puesto importante en la Corte? —se interesó la joven.

—Capitán de la guardia de Antel —respondió la castaña. —Lo fue desde que Logan, tu padre, asumió como rey.

—¿Fue él quien lo nombró capitán?

—Así es —luego de una pausa, Adara agregó: —Ambos eran soldados antes de que Aria escogiera a Logan como esposo, así que cuando asumió su cargo, el rey lo nombró capitán de su ejército.

—Entonces eran amigos.

—Inseparables —aclaró Adara. —Eso llevó a que también creara cierto lazo de confianza con Aria, en especial después de la muerte de Logan.

—Y por eso Aria confió en él para ocultarme en Emera —dijo Leia más para sí misma que para Adara. La castaña asintió confirmando lo que dijo.

Una ráfaga de viento recorrió su sangre y se volteó hacia la puerta por donde había accedido al jardín interno anteriormente al tiempo en que Cassian se acercaba a ellas con paso relajado admirando su alrededor. Leia se permitió apreciar la vestimenta del príncipe del viento. Consistía en un traje de pantalones gris oscuro y una camisa blanca ajustada que iba por debajo de un saco negro y botas del mismo color de una altura media. En el pecho llevaba atado un pañuelo rojo con algunos detalles más oscuros. Esta vez, su cabello anaranjado estaba más peinado aunque eso no evitaba que algún que otro mechón rozara su rostro pálido y juvenil.

Cuando sus ojos y los de Leia se encontraron, la joven bajó rápidamente la mirada intentando dejar de pensar constantemente en lo atractivo que se veía.

—¿Cómo les va a las mujeres más bonitas de Antel? —les preguntó el príncipe en cuanto llegó frente a ellas.

—Te sienta bien el rojo, Dustin —fue lo primero que le dijo Adara dándole un asentimiento de aprobación.

—Todo sea para que Daniel confíe en que Orland quiere la paz con Antel —le dijo Cassian enarcando ambas cejas.

Leia tardó un momento en entender qué quería decir, cuando recordó que los colores que abundaban en el castillo de Antel eran los cálidos y probablemente eran los que representaban al reino, así como las variadas tonalidades de grises representaban a Orland.

—Al parecer, Theron no es el único que desconfía de ustedes —le dijo Leia, y Cassian rio.

—No te equivocas —dijo el príncipe del viento aún con una sonrisa en el rostro. — Igualmente, Aiden hará lo correcto para ganar la confianza de tu tío.

—¿Y si pide una alianza? —preguntó Adara. Leia sintió un nudo en el estómago. Cassian tampoco parecía muy cómodo con esa pregunta.

—Lo convenceremos de que no incluya un matrimonio —respondió el pelirrojo con firmeza.

—¿Y si no lo convencen?

—Adara —le advirtió. —No habrá matrimonio si los verdaderos reyes no lo desean. Encontraremos la forma.

Claro, con los verdaderos reyes Cassian se refería a Aiden y Leia. La joven no se imaginaba ser capaz de destruir una relación tan importante como la que tenían el rey de Orland y Aileen por un simple capricho de Daniel. Además, Leia se rehusaba a contraer matrimonio por otras razones que no fueran amor. Darren y Linda, sus padres adoptivos, le habían enseñado lo que significaba el amor verdadero y ella seguiría sus consejos. Nada de matrimonios por conveniencia.

Adara, al oír las palabras de Cassian, levantó ambas manos en señal de rendición.

—Bien —dijo—. Sólo quiero que tengas varios planes alternativos en el caso de que Daniel nos lleve la contra.

—Aiden y yo nos estamos encargando de eso, no te preocupes —le dijo Cassian. Luego de una pausa en un silencio incómodo, se volteó hacia Leia cambiando el tema de conversación. —¿Qué te está pareciendo el lugar hasta ahora?

—Demasiado grande —fue lo primero que se le vino a la mente a Leia mirando su alrededor. —Todo aquí tiene un valor altísimo y siento que nada de esto me pertenece, que no me lo merezco.

—Eres la hija de los reyes, por supuesto que te lo mereces —le recordó Adara, pero Leia negó con la cabeza.

—Aparezco por primera vez en diecisiete años, hago uso de todos los lujos que pueden ofrecermé además del servicio de los que trabajan aquí, y todo sin haber hecho absolutamente nada. No hice *nada* para ganarme todo esto.

—Espera —la detuvo Cassian. —¿No hiciste *nada*? ¿No pretendiste ser otra persona durante *toda* tu vida? ¿No aceptaste venir aquí para darle la oportunidad a Keentale de un mundo mejor?

Leia no dijo ni una palabra. Requería de toda su concentración no derramar lágrimas; aunque no sabía si era por cuánto extrañaba a su familia en Emera o por las palabras de Cassian o por toda la presión que sentía sobre ella, o por una combinación de todas esas cosas.

—Cass tiene razón —le dijo Adara y colocó una de sus suaves manos sobre las de Leia, las cuales seguían entrelazadas con fuerza sobre su regazo. —Estás haciendo todo lo que puedes dentro de tus posibilidades. Te has ganado un lugar en la Corte por tu valentía y tu pasión por proteger al resto. Y mientras te prepares para la verdadera batalla, Antel tendrá un lugar para ti, sin importar cuántos estén a favor de la guerra ni cuántos prefieran seguir bajo el régimen de Connor con tal de que el continente no estalle en un combate mortal.

Por arriba de ellos, el cielo comenzaba a oscurecerse haciendo que un grupo de criados encendieran las antorchas que se encontraban dispersas por el lugar.

—En verdad aprecio su amabilidad —les dijo Leia cuando se aseguró de que podría hablar sin que se le escaparan las lágrimas. —Haré lo posible para ayudarlos a terminar con Connor. Se lo debo a mi familia y a los que perdieron la vida por su culpa.

—Todos se los debemos —aclaró Cassian asintiendo con la cabeza.

La presencia de Allias captó la atención de los tres.

—Disculpen la interrupción —comenzó diciendo el muchacho dando una corta reverencia. —Su Majestad el Rey Daniel los aguarda en el comedor real.

—Muy bien, llévanos con él —le dijo Adara amablemente poniéndose de pie al mismo tiempo que Leia.

—Por aquí —les dijo Allias, y comenzó a avanzar hacia la puerta de cristal por la que accedió anteriormente.

A medida que avanzaban por el jardín interno, Leia sintió la necesidad de acurrucarse bajo su capa negra que siempre llevaba, pero no la volvió a ver luego de habérsela entregado a Annabelle para que la lavara. Se dijo a sí misma que la próxima vez que viera a la muchacha, se la pediría devuelta.

Cuando volvieron a entrar en el interior del castillo, giraron a la derecha para avanzar hasta unas puertas dobles que estaban abiertas de par en par vigiladas por dos mujeres de mediana edad cubiertas por la armadura color bronce de Antel.

—¿Sabes quién atenderá a la cena? —le preguntó Leia a Adara, quien caminaba a su lado. Cassian iba por detrás de ellas prestando atención a la respuesta de la castaña.

—No lo sé con seguridad, pero los que siempre suelen estar presentes son mis padres, Theron, los miembros del Consejo Real y Daniel junto a su esposa.

—¿Daniel tiene esposa? —repitió Leia enarcando las cejas.

Antes de que Adara siquiera pudiera responder, ya habían alcanzado las puertas que llevaban al comedor. Estaban previamente abiertas y los dos guardias que se encontraban a ambos lados le dieron una leve reverencia a Leia cuando pasó junto a ellos, al igual que a Cassian.

Una mesa rectangular exageradamente larga de madera oscura fue lo primero que vio, rodeada por sillas del mismo material y con cojines blancos y acolchonados en los asientos. Sentado en uno de los extremos de la mesa, Daniel le sonrió a su sobrina en cuanto la vio entrar. Llevaba un traje que iba más ajustado a su robusto cuerpo pero de los mismos colores que antes. De sus hombros seguía colgando la capa blanca gruesa. A su derecha, una mujer de unos treinta y tantos años analizó a Leia de arriba abajo con unos finos ojos azules oscuros que resaltaban sobre su piel rosada clara. Llevaba un vestido color miel y su escote podría haber mostrado gran parte de su pecho de no ser porque de su cuello colgaban demasiados collares que parecían tener un gran valor. Del otro lado de Daniel se encontraba Theron mirando fijamente su plato vacío de espaldas a Leia. Esta vez no tenía su armadura, sino un traje simple blanco y negro con algunos detalles en rojo.

Adara le señaló a Leia una silla vacía que había entre el hombre que parecía ser el padre de la castaña, vestido con un traje simple como el de Theron, y Aiden, quien también llevaba un pañuelo rojo en su pecho al igual que su hermano. En cuanto a Adara, tomó asiento frente a ella entre Aileen y su madre. Cassian, por su parte, se sentó junto a su hermano en la misma hilera que Leia.

—Es un placer que te unas a nosotros, sobrina —comenzó diciendo Daniel sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Esperamos que te haya parecido agradable el castillo —le dijo un hombre sentado al lado de Cassian. Se trataba de un señor de unos cuarenta y varios años con alguna que otra cana resaltando entre su melena castaña clara.

—Todo es muy hermoso —se limitó a decir Leia moviéndose inquieta en su lugar.

Frente a ella, Adara formuló en sus labios las palabras <<*miembro del Consejo Real*>>, y la joven le dio un asentimiento de cabeza apenas perceptible a modo de agradecimiento.

—Leia, nos encantaría oír qué fue de tu vida en estos diecisiete años —dijo su tío, y Theron levantó la mirada de su plato hasta Leia.

—Sí —concordó un señor mayor que se encontraba en diagonal a Leia, sus ojos marrones oscuros casi negros escudriñándola. —¿Cómo es la vida en un pueblo tan alejado y... ya sabes, mísero?

Mísero. Leia se mordió el interior de la mejilla para no mandarlo directamente a la mierda. ¿Quién se creía que era para hablar así de Emera? Cassian y Aiden también parecieron tensarse. Después de todo, era un pueblo de su reino.

—Con todo respeto, señor...

—Kane Luffier —completó la frase el hombre con un dejo de orgullo en su voz rasposa.

—Con todo respeto, señor Luffier, —continuó Leia. —no creo ser capaz de explicarle a una persona que nunca salió de los lujos de un castillo cómo son los pueblos como Emera —la joven saboreó la sorpresa en el rostro del anciano. —Sólo le puedo asegurar que no es habitado por gente de alto ego como usted.

A la derecha de Kane, una señora también de mayor edad sonreía con satisfacción marcando más las arrugas en su rostro. Kane estaba a punto de decir algo, pero la señora levantó una mano para callarlo mientras decía:

—Si vas a decir algo que no sea felicitar a la joven por defender justamente a su pueblo, entonces será mejor que mantengas esa boca cerrada.

Leia no pudo evitar sonreír, en especial cuando Kane se recostó contra el respaldo de la silla cruzándose de brazos y mirando hacia otro lado. Daniel se aclaró la garganta, captando la atención de Leia.

—Disculpa su... comentario innecesario —le dijo señalando con el mentón a Kane. —Siendo un anciano, ya no piensa mucho antes de decir las cosas —Kane estuvo a punto de saltar en su defensa, pero Daniel lo interrumpió: —A mí sí me encantaría oír sobre Emera.

—Bueno, es un pueblo pequeño y agradable. Tenemos un mercado en el que se venden artesanías y comidas frescas, una extensa huerta, un corral con animales y viviendas construidas por manos de los propios habitantes.

—Eso suena encantador y admirable —le dijo la señora que anteriormente había silenciado a Kane.

—Lo es —concordó Leia sonriendo para sí misma.

—Los habitantes son muy amables y respetuosos —comentó Adara. A su lado, su madre le sonrió. —El poco tiempo que Aileen y yo estuvimos allí, nos trataron muy bien.

—Siempre hacemos lo posible para hacer sentir cómodos a los visitantes —le dijo Leia sonriendo en agradecimiento.

—¿También a los soldados de Velthorn? —la voz del hombre de cuarenta y tantos años le borró la sonrisa a Leia, trayendo los recuerdos de lo que ocurría cada vez que esos guardias iban a proclamar el pago semanal. En los ojos azules del hombre percibió un atisbo de desafío que no le agradó en absoluto.

—Señor Ariondale, su ironía no me simpatiza —espetó Aileen entre dientes.

—Sólo estoy haciendo una simple pregunta.

—No —respondió Leia, sosteniéndole la mirada. —A ellos no los hacemos sentir cómodos. Y si cree que Emera está a favor de que Connor siga en su poder con tal de que no haya una guerra, se equivoca. Demasiado. Por algo estoy aquí, ¿no?

El señor Ariondale levantó ambas manos como rindiéndose, sin objetar en absoluto. Leia volvió a sentir algo de satisfacción.

—Leia, sobrina, no estoy muy seguro de esto —le dijo Daniel negando con la cabeza. —¿Arriesgar al mundo en una guerra contra los Inframons?

—¿Prefiere seguir así? ¿Dejar que esas criaturas se adueñen de nuestro mundo como si nada? —le preguntó Aiden con voz seria y grave.

—Muy bien, Leia —espetó Kane. —Supongamos que te seguimos a la guerra. ¿Cómo piensas derrotarlo?

Y en ese momento en que todos en el comedor esperaban una respuesta de su parte, se percató de que no tenían ni idea de que ella poseía el fuego azul exceptuando a quienes la fueron a buscar a Emera y posiblemente a Theron debido a la confianza que Aria le tenía. Y se preguntó si debía decirlo ahora o mantenerlo oculto por el momento. Adara pareció percibir la duda en su expresión ya que asintió apenas visiblemente en confirmación.

Leia tomó aire y clavó la mirada en Kane mientras le respondía:

—Con el fuego azul.

Si antes el anciano se había sorprendido de cómo le había respondido Leia defendiendo a Emera, ahora parecía entrar en un estado de shock. No sólo él, sino los demás que tampoco sabían de aquella verdad.

—Eso es imposible —empezó diciendo Daniel, riendo nerviosamente. —Tu madre era la que—

—No, Leia tiene razón —lo interrumpió la madre de Adara. —Aria me lo confesó cuando nació su hija. Sólo fue capaz de manipularlo mientras Leia estaba en su vientre.

Theron estaba muy concentrado en la copa de vino delante de él mientras que Daniel palidecía mirando a la madre de Adara.

—Suponiendo que esa es la verdad, entonces puedes darnos una demostración —habló por primera vez la mujer que estaba sentada a la derecha de Daniel, inclinándose un poco hacia adelante para ver mejor a Leia. Sus abundantes collares tintinearón al chocar unos contra otros siguiendo el movimiento de su cuerpo.

—Su collar está encantado por mí para que ella no pueda manifestarlo ni ser detectada por Inframons y otras personas con poder —le respondió la madre de Adara.

—Ya está aquí, puedes quitarle el encantamiento —contraatacó la mujer de cabello negro como la noche.

—Serafine, Leia llegó hoy. Dale tiempo a que se instale y a que le enseñen a manifestarlo —siguió diciendo la madre de Adara.

—¿Por qué yo no sabía nada de todo esto? —preguntó de repente Daniel fulminando con la mirada a la madre de Adara.

—Aria confió en mí para mantener el secreto oculto. Tuvo sus razones para no habérselo dicho.

Daniel parecía desear estamparle el puño en su cara y Leia no fue la única que se percató de eso ya que Theron habló:

—Esta conversación está terminada —su voz parecía tener mucha más determinación que la del propio rey.

—Theron tiene razón —concordó el hombre que estaba sentado a la izquierda de Leia. —Leia vino hasta aquí para ayudarnos, dejando atrás todo lo que conocía, que es muy diferente a esta realidad. Lo que menos se merece en su primer noche en el castillo de fuego es oír cómo su futura Corte discute por estupideces.

La joven se sintió un poco más aliviada aunque sabía que el ambiente seguía en tensión pura entre algunos de los presentes.

Por una de las puertas de la habitación entraron varios sirvientes con platos sobre sus brazos y fueron recorriendo a lo largo de la mesa para posicionar la comida sobre la misma. Había tantas cosas que Leia no sabía dónde mirar primero. De canastas repletas de diferentes tipos de panes a platos con ensaladas coloridas y algún que otro tipo de carne que Leia no supo identificar. Detrás de ella, un sirviente le sirvió su copa de agua, a lo que ella susurró un <<gracias>> apenas audible. Otra mujer se encargó de servirle una porción de cada comida de una manera tan prolija que la dejó asombrada.

—Lo lamento, sobrina —la voz de su tío la sobresaltó. —Todo esto me tomó por sorpresa, pero no me volveré a permitir actuar de esa manera. Quiero que te sientas cómoda en tu nuevo hogar —agregó apoyando una de sus manos sobre su pecho.

—No hay cuidado —le respondió Leia negando con la cabeza. —Todo esto es demasiado incluso para mí.

—Tienes razón —dijo Daniel, y finalmente su cuerpo se relajó. —Déjame que te presente más apropiadamente a los aquí presentes que aún no conoces —comenzó diciendo, y Leia también se permitió relajar su postura un poco. —Primero que nada, mi amada esposa, Serafine Deckler —anunció tomando la mano de la mujer que se encontraba a su

derecha. Serafine observó a Leia con indiferencia y luego continuó cortando un trozo de carne de su plato. Daniel hizo un gesto hacia Theron y la madre de Adara, uno al lado del otro –Theron Lade, capitán de la guardia de Antel, y Darlan Lade, su hermana y hechicera del reino –el primero la ignoró completamente pero su hermana le regaló una dulce sonrisa a Leia que le recordó mucho a Adara. –Crain Blare, miembro de la guardia de Antel y fiel esposo de la hechicera –siguió diciendo Daniel y señaló al hombre que estaba sentado junto a Leia. –Y por último, los tres miembros del Consejo Real: Loren Kreys, Kane Luffier y Melkes Ariondale.

Los tres consejeros asintieron en dirección a Leia y era muy notorio cómo Kane lo hacía por obligación y no por respeto. Sin embargo, la joven decidió que era mejor ignorarlo.

–Es un placer tenerte con nosotros, Leia –le dijo Loren, la mujer de gran edad, con una sonrisa cálida. –Estamos dispuestos a enseñarte todo lo necesario para que te conviertas en una gran reina.

–¿*Estamos?* –inquirió Kane como escupiendo la palabra de sus labios.

–Sí, Luffier, *estamos* –le respondió Loren fulminándolo con la mirada.

Mientras los tres miembros del Consejo comenzaron a discutir, Leia se inclinó a su derecha para susurrarle a Aiden, notando que faltaba gente en la mesa:

–¿Dónde están tus hombres?

–En la enfermería. El hechizo de Adara caducó y sus heridas debían ser atendidas por curanderos –le respondió luego de beber un largo sorbo de vino.

Durante el resto de la cena, la cual se hizo mucho más larga de lo que Leia esperaba, se la pasaron conversando sobre en qué consistía el cargo que ocupaba cada uno exceptuando Theron, quien se mantuvo en silencio por el resto de la noche. Darlan le contó a Leia en qué consistía ser hechicera y le enseñó en la parte posterior de su mano un símbolo que tenía tatuado de color carmesí, que era la marca que llevaban todas las hechiceras. Adara le explicó que ella aún no lo tenía ya que era una especie de símbolo que significaba que era oficialmente una hechicera y a ella aún le quedaba práctica por delante.

Crain, el esposo de Darlan, también habló un poco acerca de cómo era su vida como un soldado de la guardia real. Su objetivo era proteger al rey y a su familia a toda costa. También le contó sobre los entrenamientos que se realizaban diariamente: en el patio delantero del castillo se hacía una rutina de fuerza y velocidad; y en el patio trasero había una especie de salón apartado en el que se entrenaba el uso de todo tipo de armas, ya fuera a distancia o cuerpo a cuerpo.

Los miembros del Consejo, en medio de discusiones, le explicaron a la joven que se encargaban de ayudar al rey a tomar las mejores decisiones posibles midiendo lo bueno y lo malo y las consecuencias que esas decisiones traerían. Loren era la que más hablaba de los tres miembros con una actitud alegre y emocionada. Al parecer, le agradaba poder enseñarle sus conocimientos a alguien.

Toda la información que recibía, Leia hacía lo posible para prestarle suma atención al tiempo en que tenía una lucha interna con los recuerdos de Emera que invadían su

mente con las ganas que tenía de encontrar una forma de comunicarse con su familia y amigos o de regresar directamente.

Finalmente se sirvieron los postres, los cuales consistían en platos repletos de comida dulce y colorida. Leia ya no soportaba más comida aunque sí se permitió probar una pequeña porción de un pastel de grandes cantidades de chocolate. Ese dulce era algo que muy pocas veces tenía la oportunidad de comer en Emera ya que no sólo era caro, sino que tampoco llegaba mucha cantidad; así que aprovechó esa oportunidad para volver a saborear ese delicioso dulce.

Mientras los miembros de la realeza estaban inmersos en una discusión sobre un tema que a Leia no le interesaba en absoluto, Adara pasó un dedo índice por el glaseado blanco de uno de los pasteles y tocó la punta de su nariz para que se manchara. Comenzó a hacer muecas graciosas y Leia no pudo evitar reír por lo bajo seguida por los gemelos. Aileen puso los ojos en blanco pero se notaba que tensionaba su mandíbula para ocultar una sonrisa. Cassian tomó una servilleta de papel, la convirtió en una bola y se la lanzó a Adara. Su puntería fue tan perfecta que aterrizó en la nariz de la castaña y se pegó al glaseado. Esta vez, los cinco estallaron en carcajadas llamando la atención de todos en la mesa. Adara rápidamente se quitó la servilleta, limpiándose los restos del glaseado. Sus mejillas se tornaron rosadas en cuanto Theron le dio una advertencia con la mirada. Darlan, para suavizar el ambiente, siguió hablando como si nada y rápidamente la atención de los demás volvió a la mujer, haciendo que Adara suspirara de alivio.

Momentos más tarde, los gemelos se pusieron de pie y se despidieron respetuosamente anunciando que necesitaban descansar. Daniel los dejó ir con un asentimiento de cabeza y Leia aprovechó para hacer lo mismo.

—Que descanses, sobrina —la saludó su tío. —Mañana estás invitada a desayunar conmigo —Leia asintió amablemente y se retiró seguida por Allias, el joven soldado.

Juntos se dirigieron a los aposentos de Aria subiendo las escaleras hasta la segunda planta y avanzando por varios corredores hasta alcanzar su destino. Al llegar a las puertas dobles que daban lugar a los aposentos, Leia le deseó las buenas noches al joven guardia mientras entraba, dejándolo al otro lado.

.....

—Quizás esto sea un poco más complicado de lo que creí —admitió Aiden mirando fijamente el suelo mientras ambos hermanos avanzaban por el castillo de Antel sin ningún destino en particular.

Habían anunciado que se irían a descansar, pero en realidad lo habían utilizado como excusa para salir de allí cuanto antes.

—Sabes a quién tenemos que poner de nuestro lado primero, ¿verdad? —inquirió Cassian observando el perfil del rostro de su gemelo. Aiden levantó la mirada para encontrarse con la de él e hizo un gesto con su ceño como si le hubiera asestado un puño en el estómago. —Exacto —dijo el pelirrojo volviendo a mirar al frente.

—Debo admitir que no me esperaba esa actitud de él —murmuró Aiden rascándose la nuca.

—¿Estamos hablando del mismo Theron? —preguntó Cassian enarcando una ceja.

—No me refiero a su habitual malhumor —le aclaró el rey poniendo los ojos en blanco. —Es sólo que... con todo lo que le sucedió durante el último enfrentamiento con Velthorn, luego de las pérdidas que sufrió, creí que reaccionaría positivamente a la posibilidad de terminar con Connor de una vez por todas.

Darlan, la madre de Adara, desde pequeños les había contado a los gemelos, a su hija y a su sobrina sobre lo que había sucedido en aquella batalla. El tema siempre salía a la luz cuando Theron actuaba como un desgraciado delante de los gemelos. Darlan siempre los defendía a ellos, pero cuando finalmente lograba que Theron los dejara en paz, se acercaba a ellos y les susurraba que no se lo tomaran a mal ya que él tenía sus razones para actuar como lo hacía. Pese a que a Cassian lograba irritarlo al instante con sus contestaciones de mierda, el pelirrojo siempre hacía un gran esfuerzo por permanecer callado intentando ponerse en su lugar y sentir el peso de las pérdidas que él cargaba. No era trabajo difícil de hacer, de hecho, ya que él también había perdido a personas muy importantes.

—Aiden, somos las personas con las que siempre desahoga su cólera. Es obvio que no confía en nuestras palabras —le recalcó su hermano al tiempo en que ambos salían al jardín interno para pasear un poco debajo de las brillantes e incontables estrellas. Una refrescante brisa otoñal sacudía sus cabellos y ropajes.

El rey de Orland soltó un profundo suspiro, relajando sus hombros.

—Me gustaría que dejara de verme como la pareja de su sobrina —admitió pasando una mano por su lacio cabello corto. —Sino como... el rey de Orland, ¿sabes?

—Da igual lo que nosotros queramos de él —le dijo Cassian negando con la cabeza. — Se lo remarcaremos cuantas veces sean necesarias. Es todo lo que podemos hacer. Es Theron, jamás podremos hacerlo cambiar de parecer.

—Tú lo dijiste —dijo Aiden resoplando.

Un cómodo silencio se instaló entre ellos. Aiden caminaba con los brazos cruzados sobre su amplio pecho mientras que Cassian ocultaba sus manos dentro de sus bolsillos en una postura más relajada. Sus ojos captaron un movimiento en una de las ventanas de la segunda planta y allí se encontró con la figura de la joven Leia Stormholl avanzando posiblemente hacia sus aposentos seguida del guardia que estaba detrás de ella casi todo el tiempo.

—Hoy poco antes de la cena, Adara sacó el tema de la posible alianza entre nuestros reinos —soltó Cassian al aire una vez que perdió a Leia de vista. —Hice lo que pude para convencerla de que tenemos el tema bajo control, pero en verdad tenemos que empezar a considerar todas nuestras opciones, Aiden. Es decir, sé que—

—Te dije que lo haremos —lo interrumpió Aiden con ese tono gélido de voz que Cassian bien conocía, ese que indicaba que quería evadir el tema a toda costa. —Pero nuestra prioridad ahora mismo es enseñarle a Leia todo lo que debe saber para liderar Antel y manipular su poder.

—Lo sé, y dije que me parecía una buena idea, pero sólo te aconsejo que no pospongas más lo inevitable —le dijo el pelirrojo encogiéndose de hombros.

—Un problema a la vez —sentenció Aiden mirando hacia el cielo.

A Cassian se le revolvió el estómago al oír esa frase. La última vez que lo hizo, provenía de la voz de su padre. Era una frase que él repetía constantemente cuando se le acumulaban muchas situaciones difíciles de resolver. Era algo que ocurría constantemente en el castillo de Orland. Aiden y Cassian lo observaban con preocupación cuando él se sentaba en su trono y miraba un punto fijo en el vacío. Al principio, el estrés se reflejaba en su cansado rostro con total perfección, pero luego suspiraba y susurraba una y otra vez: <<*Un problema a la vez*>>. Finalmente, los gemelos se le unían y su padre les sonreía en forma de agradecimiento por el apoyo, por más inútil que fuera.

Regresando al presente, hizo lo mismo que su hermano y observó el cielo estrellado susurrando aquellas palabras repetidas veces hasta que cobraran sentido en su mente.

Capítulo 14

Por la noche se le había dificultado dormir. Su mente divagaba por todo lo que vivió y viviría en aquél reino, el cual supuestamente era suyo pero que no lo parecía para nada. Se despertó con el cielo claro y despejado. Pese a que la cama era extremadamente cómoda, se obligó a ponerse de pie y dirigirse al baño para asearse.

Cuando estuvo limpia y fresca con la mente más despejada, salió a la habitación. Se detuvo en seco cuando vio a Annabelle allí de pie sosteniendo un vestido de los colores de Antel.

—Buenos días, Su Alteza —la saludó. —Le traje su atuendo para hoy, si es que le agrada.

La joven centró su atención en la prenda que sostenía Annabelle con ambas manos. La parte del torso era de un color bronce con algunos espirales plateados de decoración. Las mangas eran largas y sueltas del mismo color que el torso con una terminación en plateado. La falda también color bronce tenía una caída delicada y para nada voluminosa, algo que Leia encontraba cómodo.

—Es muy hermoso —le dijo tomándolo en sus manos. Se sorprendió de la ligereza de la tela. —Todos estos atuendos... ¿Eran de alguien?

—Todos fueron preparados específicamente para usted en cuanto nos enteramos de que la reina tendría una niña.

—¿Y cómo sabían mi talla?

—Se guían por las medidas de la reina, a veces un poco más, a veces un poco menos.

Leia asintió con la cabeza sorprendida de que pese a que ella se pasó diecisiete años desaparecida, las mujeres encargadas de la vestimenta de los miembros de la realeza hubieran continuado creando ropa para ella como si supieran que pronto regresaría.

Luego de volver al baño para colocarse el vestido, ambas mujeres salieron de los aposentos encontrándose con Allias.

—Buenos días, Allias —lo saludó Leia. El joven guardia le sonrió diciendo:

—Buenos días, Su Alteza. Su Majestad el Rey Daniel la aguarda en el jardín interno para desayunar.

—Bien, allá vamos —murmuró la joven siguiendo a Allias por el corredor hasta las escaleras. Luego se volteó para hablarle a Annabelle, quien la seguía por detrás. —Por cierto, Annabelle, ¿sabes dónde está mi capa negra?

—¿La que llevaba puesta ayer? —le preguntó, y Leia asintió en respuesta. —Estaba en la lavandería. Se la llevaré a sus aposentos por la tarde.

—Gracias —le dijo Leia sonriendo. No veía la hora de tenerla de vuelta consigo.

Una vez que llegaron al vestíbulo principal, Annabelle se despidió de ella ya que tenía que continuar con sus quehaceres mientras que la joven y Allias se dirigieron a las puertas de cristal que llevaban al jardín interno del castillo. Al salir, Leia agradeció que su

vestido tuviera mangas largas ya que pese a que la brisa no era tan fría como en Emera, sí le erizaba la piel.

Allias se quedó apostado en la puerta mientras que Leia avanzó hasta donde Daniel se encontraba sentado frente a una pequeña mesa redonda de vidrio. Sobre ésta descansaban dos tazas vacías, una tetera, dos copas que parecían contener jugo de naranja y algunos platos con lo que había sobrado de los postres de la cena de la noche anterior. Leia no se esperaba desayunar a solas con Daniel, pero ocultó los nervios muy debajo de sí misma y le sonrió como saludo.

—Buenos días, querida —la saludó Daniel y extendió una mano hacia la silla vacía que había frente a él. —Toma asiento, por favor.

Leia le hizo caso diciendo:

—Buenos días, Su Majestad.

No sabía hasta qué punto tenía que ser formal con su propio tío, pero imaginó que si lo trataba con el respeto que él esperaba de otros, quizás se gane su lado bueno y fuera más sencillo que ella tomara su lugar.

—Espero que no te moleste desayunar solamente conmigo, pero me pareció mejor idea que volver al descontrol de la noche anterior.

—No hay problema alguno —dijo Leia negando con la cabeza. Una sirvienta hizo su aparición a su lado y tomó la tetera para servirles un poco de té a cada uno. Leia le sonrió en agradecimiento y la mujer le correspondió la sonrisa, despidiéndose con una reverencia.

—Eres igual de amable que tu madre —señaló Daniel, y Leia enarcó las cejas en sorpresa. Sentía una leve presión en el pecho por el hecho de que ahora cada vez que alguien nombraba a su madre, en realidad se refería a Aria y no a Linda.

—Oí muy poco sobre ella —admitió la joven sorbiendo de su taza caliente. El sabor a hierbas dulces recorrió su garganta calentando todo su cuerpo.

—Bueno, fue una de las mejores reinas que tuvo Antel —comenzó diciendo Daniel pasando una de sus manos por su mandíbula. —Junto a tu padre mantuvieron al reino de pie pese a que Connor no dejaba de enviar ataques.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de los dos se doblegaba ante él —respondió Daniel luego de beber un sorbo de su té. —Fue un desafío para el Rey Supremo pero, por supuesto, él lo disfrutaba. Le encantan los desafíos.

<<Eso no es ninguna sorpresa>>, pensó Leia para sus adentros.

—El punto es que ella era admirable por eso, porque seguía luchando por su reino —continuó diciendo Daniel. —Por eso quiero que revisemos la idea de declararle la guerra a Connor.

Ahí estaba la verdadera razón por la que Daniel quería estar a solas con ella. Leia tomó aire y se obligó a sonreír con calma mientras preguntaba:

—¿Qué hay con eso?

—¿Sabes el riesgo que implica una guerra contra los Inframons? —preguntó su tío enarcando una ceja.

<<No tengo idea. Hace tan sólo unos días me enteré de que Connor era un Inframon>>.

—Esto será un trabajo en equipo junto con los demás reinos —respondió Leia antes de masticar con ganas un trozo de tarta de limón.

—¿Y cómo planeas unir a los reinos? Aún no has aprendido nada acerca de cómo funciona la política tanto en Antel como en los otros reinos.

<<Tampoco tengo idea, mierda>>.

—Tenemos a Orland de nuestro lado —le recordó Leia. —Ellos nos ayudarán a convencer a los otros reinos de que se unan a nuestra causa.

—Bien, supongamos que logran esas alianzas —dijo Daniel echándose hacia atrás en su asiento. —¿Saben cómo terminar con Connor?

—Él tiene cinco poderes y nosotros seis. Una vez unidos, encontraremos la manera de derrotarlo.

—¿Y el poder de la tierra quién lo posee? Hasta donde sé, el único que lo tenía era el rey Velt Malstrom y murió cuando invocó a Connor.

Joder, no lo había pensado. Tenía una charla pendiente con los gemelos.

—Con el fuego azul bastará —mintió Leia intentando sonar lo más convincente posible. Daniel no parecía creerle demasiado pero dejó de hablar sobre el tema.

Continuaron el desayuno conversando sobre los lugares importantes del castillo que Leia debería conocer, tales como la sala de reuniones, la enfermería, la sala de estar principal y otras más que Leia ya había olvidado.

—Tu pareja, Serafine, ¿también es reina temporal de Antel? —se interesó Leia recordando el pequeño detalle de que Daniel siempre llevaba una corona sobre su cabeza y Serafine ni siquiera usaba una mínima tiara.

—Tú misma lo dijiste. Mi reinado será temporal, así que no me tomé el tiempo de proclamarla como reina —respondió su tío terminando el contenido de su taza.

Algo en la actitud fría de Serafine le dijo a Leia que quizás ella no estaba tan de acuerdo con la decisión que tomó su pareja, pero se dijo que no era su problema. Tenía otras cosas más importantes en las que pensar.

Leia casi salta de su asiento cuando ve a Theron a su lado vestido con la armadura color bronce de Antel. Se había acercado en absoluto silencio.

—Su Majestad —saludó a Daniel con un asentimiento de cabeza. Ni siquiera se molestó en mirar a Leia. —El señor Luffier desea hablar con usted.

—Muy bien, dile que aguarde por mí en la sala de reuniones. Ya voy —dijo Daniel.

—Como ordene Su Majestad —respondió Theron.

Una de sus manos descansaba en la empuñadura de su espada, la cual estaba enfundada en su cinturón. A Leia no le agradó mucho que una persona con una actitud tan... *irascible* tuviera una espada en su poder, pero después de todo se trataba del capitán de la guardia de Antel.

Antes de irse, le echó una mirada a Leia con una expresión que le fue imposible de descifrar. Al desaparecer por donde había venido, la joven soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Lo siento, sobrina, pero el deber me llama —dijo su tío poniéndose de pie. Leia lo imitó alisando la falda de su vestido. —Te veré más tarde para que hagamos un recorrido por el castillo, ¿te parece?

—Claro, me encantaría —dijo Leia sonriéndole.

Daniel se despidió con un asentimiento de cabeza y salió del jardín interno. La joven se quedó allí de pie pensando en todas las incertidumbres que tenía con respecto a la futura guerra. Esa conversación con el rey temporal de Antel no le sirvió de mucho ya que le generó muchas dudas más.

Antes de dejar que su mente estallara por preguntas que no tenían respuestas por el momento, decidió ir en busca de los gemelos. Volvió al interior del castillo para preguntarle a Allias por su ubicación y éste le respondió que ambos se encontraban en el campo de entrenamiento de los soldados en el patio delantero del castillo observando cómo ejercitaban los guardias. Amablemente, el joven guardia la siguió hasta el exterior donde la luz del sol la cegó por un momento. Parpadeó varias veces para aclararse la vista y miró a su alrededor hasta identificar a dos figuras iguales de cabello anaranjado observando a un grupo de soldados siguiendo una rutina de entrenamiento de fuerza.

En medio de ellos se encontraba un niño pequeño, quien debía de ser Jacob, el hermano de Adara. El niño hablaba emocionado con Cassian mientras señalaba a los soldados que se encontraban entrenando, y el pelirrojo lo escuchaba con suma atención como si fuera algo de lo más importante. Aquella actitud le recordó a Leia de Karis, cuando ella hablaba de querer ser fuerte y ágil. Su pecho se oprimió pero al mismo tiempo sintió cierta calidez. La escena se veía adorable en cierto sentido, en especial cuando Jacob terminaba de decir algo completamente emocionante para él y Cassian actuaba enteramente asombrado haciendo muecas exageradas.

Leia no se dio cuenta de cuánto tiempo se había quedado parada allí hasta que oyó cómo Allias se aclaraba la garganta detrás de ella.

—¿Está todo bien, Su Alteza? —preguntó con cautela.

—Sí, sí —respondió en un murmullo, parpadeando rápidamente para espabilarse.

Por consiguiente, acortó la distancia que la separaba de los gemelos. El primero en notarla fue Jacob, quien se detuvo en medio de una explicación y la observó con curiosidad. Ante tal gesto, Cassian le siguió la mirada. Una sonrisa asomó a sus labios en cuanto la vio.

—Buenos días —le dijo a modo de saludo, y su tono alegre hizo sonreír a Leia al instante.

—Perdonen si los interrumpo —se apresuró a decir la joven al tiempo en que Aiden se volteaba hacia ellos. Se había quedado en un trance mirando fijamente cómo entrenaban los soldados.

—Pues, justo Jacob nos estaba señalando los errores que algunos soldados están cometiendo en su entrenamiento —le explicó Cassian con seriedad fingida, señalando con el mentón el área en donde los hombres entrenaban. —Este niño terminará siendo mejor soldado que todos ellos —exclamó con orgullo, y los pequeños ojos verde pantano de Jacob idénticos a los de su hermana y su padre se iluminaron con felicidad.

—Seré el mejor soldado que Antel haya tenido jamás —afirmó Jacob dando saltitos en su lugar. Leia no pudo evitar reír con dulzura. **Él y Karis se llevarían de maravilla.**

—Estoy segura de que sí —le dijo Leia con una gran sonrisa en su rostro. El niño se sonrojó ligeramente y sonrió aún más. —Y lamento interrumpirlos, pero necesito hablar con ustedes —agregó, esta vez mirando a los gemelos.

En sus rostros se instaló un semblante más serio, casi preocupado, y Cassian fue el primero en reaccionar.

—Oye, Jacob —lo llamó, y el niño lo miró al instante. —¿Qué te parece si traes esa magnífica espada que me dijiste que te regaló tu padre? Te esperaré en la sala de entrenamientos y practicaremos un poco —agregó guiñándole un ojo de manera cómplice.

—¿Y me enseñarás tus trucos? —preguntó Jacob, emocionado.

—Cada uno de ellos —le aseguró el pelirrojo enderezando su postura con seguridad.

—Así es, porque Orland es el territorio donde habitan los soldados más expertos de Keentale —agregó Aiden con una mirada traviesa. Cassian asintió repetidas veces en dirección a Jacob como confirmando las palabras de su hermano.

—¡Genial! —exclamó el niño con un grito, y de un segundo a otro se encontraba corriendo hacia el interior del castillo.

Ambos gemelos soltaron un suspiro casi al unísono, y Cassian aún seguía con una pequeña sonrisa en sus labios como recordando la emoción que Jacob acababa de expresar.

—¿Qué sucede? —le preguntó Aiden a Leia con más seriedad, cruzando sus brazos sobre su amplio pecho.

Para ese entonces, Alias se había alejado un poco de ellos para darles privacidad.

—Tuve un desayuno a solas con Daniel —respondió la joven, y los gemelos se miraron entre sí como comprendiendo lo que ella quería decir.

—¿Qué te preguntó? —indagó Cassian pasando una mano por su desordenado cabello. La diversión en sus ojos había desaparecido.

—Cómo pienso unir los reinos, cómo derrotaremos a Connor, cómo se desencadenará esta guerra, todas las preguntas que no sé responder —dijo Leia resoplando.

—El primer paso es convertirte en reina —aclaró Aiden.

—¡Eso ya lo sé! —espetó ella haciendo sobresaltar a los demás. Se obligó a tomar aire para repetir con más calma: —Ya lo sé. Pero, ¿cómo hago eso? Todo esto es tan diferente a mi hogar, a mi pueblo... —tragó grueso intentando bloquear los recuerdos que amenazaban con quebrarla otra vez.

Aiden suspiró mirando un punto fijo en el suelo mientras que Cassian frunció sus labios como debatiéndose entre decir o no decir algo. De repente, Aiden levantó su mirada y la clavó en su hermano. Cassian frunció el ceño, confundido, pero su hermano parecía haber tenido una revelación.

—Hay algo clave que te asegurará la corona —dijo el rey de Orland, esta vez mirando a Leia. Como ninguno de los tres decía nada, Aiden prosiguió: —El apoyo de tus súbditos —por consiguiente, volvió a mirar a su hermano, quien parecía comenzar a entender lo que él quería decir. —¿Y cuál es la mejor manera de que un rey obtenga el apoyo de los súbditos?

—Interactuar con ellos, tratarlos como iguales, demostrarles que pueden confiar en él —le respondió Cassian, y su gemelo asintió con la cabeza complacido con la respuesta.

—¿Y cómo rayos hacemos eso? Lo que menos parezco es una futura reina —inquirió Leia señalándose a sí misma. Los dos hombres se voltearon para verla. Cassian le echó una mirada un poco disimulada de arriba abajo haciendo que las mejillas de Leia se sonrojaran ligeramente.

—Recibirás las lecciones necesarias para parecer una y te acompañaremos en un recorrido por Alicron —le dijo Aiden aunque parecía estar diciéndolo más a sí mismo.

—Exacto, y podemos anunciar un día para la Coronación para que cuando llegue el momento, aquellos que estén a favor asistan a la ceremonia y Daniel no tenga otra opción más que aceptar a su sobrina como reina —completó la idea su hermano, y Aiden asentía con la cabeza mostrándose de acuerdo.

—Pero para todo eso necesitaría lecciones de política, conocer más acerca de los demás reinos, practicar el uso de mi poder, el uso de armas, técnicas de defensa... Infinitades de cosas —dijo Leia pasando una mano por su rostro. Luego se encontró con los brillantes ojos de Cassian, quien le dijo sonriente:

—Entonces será mejor ponernos manos a la obra, princesa.

.....

—Va a tomar tiempo, pero se puede hacer —dijo Adara una vez que los demás se contactaron con ella para hablarles de su plan.

Al oír eso de la castaña, Leia se preguntó por dentro si verdaderamente tenían tiempo.

Encontrar a Adara en un castillo de aquél tamaño no fue tan difícil como ella se lo imaginó. Gracias a Erika, la mercenaria, supieron que se encontraba en una sala de la segunda planta donde un grupo de mujeres se sentaba en ronda a coser ropajes. Allias se encargó de pedirle permiso a Serafine, la esposa de Daniel, quien era la superior de aquél grupo de costura, para que Adara se reuniera un momento con la princesa de fuego.

Debido a la cena de la noche anterior, Leia no creyó que Serafine se haya tomado bien esa interrupción, pero intentó no pensar en ello.

—Yo puedo enseñarte todo lo que necesitas saber acerca de los modales de una princesa y brindarte información sobre todos los miembros del castillo —se ofreció Adara con un tono emocionante en su voz.

—¿Y cómo sabes todo eso? —le preguntó Leia.

—Mi madre tuvo que enseñarme ese tipo de cosas para formar parte de la Corte. Además, Aileen y yo asistimos a una pequeña escuela para los miembros de la clase alta —le explicó Adara, encogiéndose de hombros.

—Bien, ya tenemos eso cubierto —declaró Aiden. —Ahora, con respecto al entrenamiento de combate, Cassian y yo podemos enseñarte algunas cosas —añadió dirigiéndose a Leia. —Al igual que la manipulación de tu poder.

Al oír eso, la joven no pudo evitar llevarse una mano al collar como si la piedra respondiera al ser nombrada.

—Pero primero hay que quitarle el hechizo —recordó Leia y se volteó para preguntarle a Adara: —¿Tu madre puede hacer eso?

—Así es.

—Hay un problema con eso —advirtió Cassian, y todos pusieron sus ojos sobre él. Pero Cassian sólo observó a Leia, y la joven pudo atisbar un dejo de preocupación en el verde esmeralda de sus ojos. —Una vez que no tengas el hechizo, podremos percibirte.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó Adara, confundida.

Pero a Leia no le hizo falta oír la respuesta. No sólo aquellos con poder podrían percibirla, sino que los Inframons también; y si había alguno rondando por la zona y la descubría, podría fácilmente avisarle a Connor. Y el problema no sería que supiera que Leia volvió a Antel y aprenderá a manipular su poder; eso no le interesaría en lo más mínimo al Rey Supremo. Lo que sí captaría su atención era que ella tenía el fuego azul, por lo que descubriría que Aria le estuvo mintiendo por diecisiete años y si no la había matado hasta ahora, lo haría en cuanto se enterara.

Leia podía llegar a ser la causa de la muerte de su madre biológica si no actuaba con precaución.

—Leia —la voz de Aiden la devolvió a la realidad.

—¿Qué? —preguntó refregándose los ojos.

—Que si prefieres primero aprender técnicas de combate o a manipular tu poder.

La joven eligió sus palabras con cuidado.

—Creo que será mejor que primero aprenda a defenderme y atacar y así estar preparada para cualquier ataque sorpresa en cuanto perciban mis poderes.

—Astuta —murmuró Cassian asintiendo en señal de aprobación con un asomo de sonrisa en sus labios.

—Bien, está resuelto —declaró Aiden, cruzando sus brazos sobre su pecho. —Mañana comenzaremos con algunas sesiones de entrenamiento en la sala del patio trasero.

La que había nombrado el padre de Adara durante la cena de la noche anterior, recordó Leia.

—Muy bien —exclamó Adara juntando sus manos. —Si me permiten, voy a continuar con mi clase de costura que está resultando muy entretenida —el tono irónico en su voz hizo reír a Leia. Adara se despidió lanzándoles un beso mientras volvía a entrar en la sala donde se encontraba.

—Tú estás de acuerdo con esto, ¿verdad? —le preguntó Cassian a Leia.

—Haré lo que sea necesario para terminar con Connor —dijo Leia encogiéndose de hombros. Cassian asintió con la cabeza.

—Esa actitud te sacará adelante —la apremió Aiden, y luego se volteó hacia su hermano. —Voy a ver cómo se encuentran mis hombres.

—Yo tengo que ir con Jacob. Probablemente me esté esperando en la sala de entrenamientos —le dijo Cassian sonriendo de lado.

Luego, ambos hermanos se voltearon para ver a Leia.

—Iré a dar una vuelta —dijo la joven caminando en dirección a Allias, quien se encontraba aguardando a una distancia prudente de ellos. —Necesito despejar un poco mi mente.

—Nos veremos luego, entonces —le dijo Aiden, y la princesa asintió avanzando por el lado contrario en el que se dirigían los gemelos.

.....

Luego de pasarse el resto de la mañana divagando por los corredores del castillo con Allias por detrás a una distancia respetable, se cruzó con una sirvienta, quien le preguntó si prefería almorzar en sus aposentos o en compañía del rey. Lo más amable que pudo, pidió de comer en los aposentos de Aria ya que no soportaría otra charla incómoda con Daniel.

Una vez en la habitación, la sirvienta le dejó sobre la pequeña mesa redonda frente al ventanal una bandeja con lo que parecía ser algún tipo de carne cubierto por una salsa blanca con pequeños trozos de diferentes vegetales, y una copa junto a una jarra de agua. Cuando Leia tomó asiento, la mujer se inclinó para llenarle la copa, pero Leia fue más rápida y lo hizo ella misma, diciendo con un tono dulce de voz:

—Tranquila, ya has hecho suficiente trayéndome el almuerzo. Puedes retirarte si quieres.

—Muchas gracias, Su Alteza —le respondió la mujer de cabello enrulado que caía sobre sus hombros. Con una leve reverencia, salió de los aposentos dejando a Leia sumida en la soledad de aquellas cuatro paredes.

La joven masticaba lentamente su comida mientras observaba a través del cristal el río y las colinas que se veían en el horizonte y el cielo celeste cubierto por alguna que otra nube.

Al haber reconocido todo lo que le faltaba para convertirse en lo que estaba destinada a ser, se sentía aterrada y sola; aterrada porque muchas cosas dependían de ella y cómo se comportaría frente a una Corte de completos desconocidos que al parecer sabían más de ella que ella de ellos; y sola porque toda su familia se encontraba a kilómetros y kilómetros de distancia y nadie en el castillo podía comprenderla porque nacieron y crecieron en la realeza.

Sin embargo, una pequeña parte de ella, esa que se encargó de prometerles a su familia y amigos un mundo mejor, un mundo sin Inframons, la mantenía mirando hacia adelante. Si volvía ahora a Emera, sería todo igual que siempre, dar todo de uno mismo para satisfacer a los hombres de Connor temiendo por la vida de los seres queridos; en cambio, si se quedaba en el castillo para cumplir con sus deberes y luchara contra Velthorn, luego podría volver a Emera en paz sin preocuparse por la seguridad de los suyos ya que Aiden se encargaría de restaurar su reino.

Ahora el problema era qué ocurriría con Antel cuando todo termine. ¿Quizás podría volver a nombrar rey a Daniel? No estaba para nada convencida de que él aceptara luego de que ella le hubiera robado su lugar anteriormente.

Leia agradeció que Annabelle apareciera en la puerta para callar a su mente. Ni siquiera se había dado cuenta de que había terminado toda su comida.

—Buenas tardes, Su Alteza —saludó Annabelle acercándose a la cama para dejar una tela negra sobre la misma.

No, no una tela negra. Su capa. Leia no pudo evitar sonreír.

—Gracias por traérmela de vuelta —le dijo Leia amablemente, y la joven sonrió con timidez.

—Es todo un placer —respondió Annabelle, y mientras Leia se acercaba a la cama para tomar su capa, Annabelle comenzó a volver a poner todo sobre la bandeja donde estaba su almuerzo, probablemente para devolverlo a la cocina.

Leia se detuvo frente a la gran estantería repleta de libros y adornos que iba del suelo al techo y una idea cruzó por su mente, recordando dos de las cosas que necesitaría aprender si quería al menos *parecer* una reina.

—Annabelle —la llamó sin quitar sus ojos dorados de la estantería.

—¿Sí?

—¿Sabes leer y escribir?

Annabelle se tomó su tiempo para responder.

—Se supone que las sirvientas no debemos saber esas cosas. La educación sólo está permitida para los nobles.

Esta vez, Leia sí se volteó para encontrarse con sus ojos castaños y curiosos.

—Eso no responde exactamente a mi pregunta —dijo Leia entrecerrando los ojos.

La joven, luego de considerarlo un par de veces, le dijo a Leia en voz más baja:

—Sí sé. Aprendí a escondidas en mis tiempo libres con ayuda de Loren Kreys.

Loren, uno de los miembros del Consejo Real, y la única que se había comportado bien con Leia en la cena de la noche anterior. La joven no pudo evitar sonreír levemente al recordarla.

—¿Crees que puedas... enseñarme? —preguntó Leia con cautela.

Ella sabía que Annabelle era una de las pocas personas en todo el castillo que no la juzgaría o pensaría algo malo de ella al enterarse de su analfabetismo. Ella sí tendría en cuenta en dónde se crió Leia pero no la criticaría por eso.

—Sería un honor —respondió animadamente Annabelle, y Leia permitió relajar sus hombros, aliviada por haber hecho bien en acudir a la joven.

Annabelle avisó que primero llevaría los platos a la cocina para seguir actuando con normalidad, y mientras tanto Leia se volvió a sentar a la mesa a la espera de su nueva maestra. Varios minutos pasaron en un silencio largo y aburrido, y Leia se preguntó si finalmente la joven hubiera cambiado de opinión y preferiría no ayudarla.

Sin embargo, esos pensamientos se desvanecieron en el momento en que la joven vio entrar a Annabelle nuevamente con varios papeles vacíos y una pluma en un tintero en sus manos. Los apoyó sobre la mesa y caminó hasta la estantería para recoger algunos libros de pocas páginas que Annabelle parecía elegir con cuidado. Luego tomó la silla que estaba frente a Leia y la corrió para sentarse a su lado, extendiendo un corto cuento sobre su regazo.

Así, juntas se pasaron toda la tarde de libro en libro, Annabelle leyendo en voz alta y Leia repitiendo prestándole atención a cada conjunto de letras que formaban gran cantidad de palabras.

.....

Recién cuando el sol comenzó a ocultarse detrás de las colinas que se visualizaban al horizonte, unos golpes en la puerta detuvieron a las jóvenes de su enseñanza y aprendizaje.

—¿Quién es? —preguntó Leia en voz alta mientras ambas colocaban los libros en su lugar a toda prisa y ocultaban los papeles y la pluma con la tinta dentro de un cajón de la mesilla de noche.

—Su Majestad el rey Daniel desea verla —se oyó la voz de Allias al otro lado de la puerta.

Annabelle se alisó la falda de su vestido y asintió en dirección a Leia indicando que estaba lista. Leia fue a abrir la puerta para encontrarse con Allias, Daniel y Theron. Annabelle pasó por su lado y saludó al rey con una pequeña reverencia antes de desaparecer por el corredor.

—Sobrina, esperaba que te unieras a un recorrido por el castillo con nosotros —le dijo Daniel. Detrás de él, Theron se cruzó de brazos, su expresión llena de indignación como si no deseara para nada estar allí.

—Claro, será un placer —accedió Leia muy a su pesar, envolviéndose en la suave tela oscura de su capa y cerrando la puerta detrás de sí.

Hombro con hombro, Leia y su tío avanzaron por el corredor repleto de pinturas extravagantes seguidos por Theron y Allias, ambos llevando la armadura de la guardia de Antel.

—¿Qué tal ha ido tu primer día en el castillo? —le preguntó Daniel acomodándose la corona que estaba depositada sobre su corto cabello morocho.

—Bastante tranquilo —respondió la joven sin entrar en detalles. —¿Y cómo fue *su* día?

—Ocupado —comenzó diciendo Daniel. —Tu regreso ha despertado muchas preguntas y estoy intentando ocuparme de cada una de ellas para ahorrarte problemas.

Leia frunció el ceño.

—¿Qué clase de preguntas?

—Oh, ya sabes, dónde estuviste todo este tiempo, qué pretendes con tu regreso, quién seguirá en el poder, esa clase de preguntas.

<<*Y probablemente las respondiste para tu beneficio*>>. Leia tuvo que morderse el interior de sus mejillas para no decir esas palabras en voz alta.

—¿Y quiénes las hacen?

—El Consejo junto con otros miembros de la Corte, el pueblo de Alicron y probablemente el resto del reino cuando empiece a correrse la voz —respondió su tío con la vista al frente.

En la misma planta de los aposentos de Aria, Daniel le mostró otras habitaciones como salas de estar con instrumentos y estanterías repletas de libros y grandes sofás frente a chimeneas. También, tanto en el Ala Norte como en el Ala Sur había balcones. En el del Ala Norte se podía observar perfectamente las murallas que rodeaban el castillo y Alicron, el pueblo que se encontraba a las afueras. Leia apoyó sus manos sobre la barandilla de piedra rojiza tomándose un momento para admirar las vistas.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó Daniel a su lado, recargando sus codos sobre la barandilla.

—Es muy hermoso —dijo Leia observando las estructuras de las viviendas y tiendas que daban forma al pueblo con los colores de Antel predominando. Una estatua en el centro de Alicron captó su atención. —¿Esa es...?

—Aneel Malstrom, así es —terminó Daniel mirando hacia el mismo lugar que su sobrina.

La primera reina de Antel, descendiente de la diosa del fuego Ignis, poseedora del fuego y del fuego azul y quien fundó aquel reino donde se encontraban. Al parecer, los

habitantes se habían encargado de hacer esa estatua en su homenaje y la mantuvieron por cientos de años.

—Pronto tendremos que informarles a los habitantes sobre tu llegada —advirtió el rey temporal de Antel. —Será tu primera aparición pública.

—¿Y qué planea decirles?

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Daniel frunciendo el ceño, uniendo sus gruesas cejas negras.

—Usted dijo que hay que responder sus preguntas. ¿Qué les dirá cuando pregunten la razón por la que aparecí luego de diecisiete años? ¿O será que podré responder por mi cuenta?

Detrás de ellos, Theron se aclaró la garganta pero no dijo nada.

—Por supuesto que podrás responder por tu cuenta —exclamó Daniel ignorando a su capitán de la guardia. —Pero primero debes hablarlo conmigo. Después de todo, quien se encargó de mantener a Antel de pie mientras sus reyes estaban ausentes fui yo.

—Ya sabe lo que vine a hacer —le recordó Leia centrando su atención en su tío.

—Leia, querida —dijo él soltando un suspiro. —No puedo permitir que lleves a mi pueblo a la guerra.

<<Mi pueblo>>.

—No sólo será Antel. Uniremos a los demás reinos.

—Los demás reinos no quieren la guerra.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Leia cruzándose de brazos.

—Porque jamás se unieron a Antel para una guerra. No querrán poner a sus súbditos en peligro, al igual que yo.

—Es nuestra última oportunidad de terminar con Connor.

Esta vez, Theron dio un paso al frente, acercándose a Leia.

—Es la primera vez que pisas un castillo. ¿Cómo rayos pretendes declarar una guerra y convencer a los demás?

Daniel también esperaba una respuesta. Y en ese momento, Leia cayó en la cuenta de que Daniel siempre buscaba que ella se encontrara sola para hablarle de estas cosas sin nadie que pudiera ponerse de su lado, sin nadie que pudiera decirle qué sería lo adecuado para decir.

—No lo sé —se forzó a decir en un tono de voz apenas audible.

—Eso pensé —dijo Daniel volviendo a observar a Alicron. —Eres bienvenida al Castillo de Fuego, te pertenece por sangre, pero no dejaré que una niña lleve a mi pueblo a una guerra en la que está claro quién ganará.

Al fin y al cabo, Daniel tenía razón. Leia era una menor de edad con cero experiencia y no pertenecía en absoluto a una Corte.

La necesidad de que las lágrimas rodaran libremente por sus mejillas la apoderó, pero fue lo suficientemente fuerte como para despedirse con una leve reverencia y salir a paso apresurado. Mientras avanzaba por los corredores, sabía que Allias la seguía por detrás, pero no quería desahogarse con él ya que no tenía culpa alguna, así que siguió avanzando, descendiendo las dos plantas que la separaban del vestíbulo principal.

Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba alcanzando el arco que funcionaba de entrada y salida de las murallas del castillo. Antes de que algún guardia pudiera reconocerla, la joven ocultó su rostro bajo su capucha y se adentró en el pueblo, corriendo entre los habitantes que ya comenzaban a cerrar sus tiendas y regresaban a sus casas. Los últimos rayos de sol ya se habían ocultado en el horizonte y algunas estrellas comenzaban a asomar en el cielo azul oscuro.

La joven dio tantas vueltas sin sentido que terminó en la parte trasera del castillo. A lo lejos visualizó el río que había visto desde el balcón de los aposentos de Aria, así que se dirigió hacia el mismo completamente a oscuras.

Al alcanzar la orilla, calló de rodillas, finalmente dejando salir las lágrimas entre sollozos descontrolados.

Otra vez la realidad en la que Leia se encontraba sola en un reino totalmente desconocido la golpeó en el pecho, haciéndole extrañar en cantidades exageradas su hogar, su familia, sus amigos y todo lo que conocía; incluso permanecer oculta bajo su capucha fingiendo ser Lazy Lykel, una niña tímida y miedosa pero en compañía de sus seres queridos. Cuánto deseaba un abrazo de su madre, un beso en la frente de su padre, el sonido alegre de la risa de su hermana, las historias sin sentido que salían de los pequeños labios de Karis, la inteligencia de su mejor amigo...

Su pecho dolía como si cada latido de su corazón la estuviera apuñalando. Pero sus sollozos se vieron detenidos al instante en que una sensación familiar le recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Con cuidado e incrédula de volver a sentir aquello, fue separando las manos de su rostro. Aún había lágrimas en sus ojos, por lo que al principio veía todo borroso; pero finalmente logró aclarar su vista y mirar a su alrededor en busca del origen de esa sensación.

Y allí a varios pasos a su derecha, a orillas del río que se extendía frente a ella, una pequeña figura casi tan oscura como su alrededor tomó forma. Unos pequeños y perfectamente redondos ojos rojizos le devolvieron la mirada. Leia se quedó estática en su lugar mirando al ave con asombro. ¿En verdad era el mismo, aquél que la observaba desde las ramas de algún árbol en Emera, ese que Linda algunas veces llamaba *ángel guardián*? Le parecía tan absurdo llamar de esa manera a un cuervo; incluso Kailani decía <<*Yo más bien diría un pájaro hambriento*>>.

Pero verlo allí observándola con detenimiento, moviendo su pequeña y emplumada cabeza a un lado como si lo que veía le diera curiosidad, la joven no pudo evitar considerar aquella posibilidad.

Capítulo 15

Luego de haber pasado gran parte de la tarde entrenando torpemente con Jacob, Cassian dejó que el niño fuera con su madre a prepararse para la cena y se dirigió en busca de su hermano esperando poder hablar con él acerca de cómo se organizarían para entrenar a Leia a partir de la mañana siguiente.

Debía admitir que le emocionaba todo aquello. Siempre le apasionó el combate cuerpo a cuerpo, y de más joven siempre que podía se colaba en las sesiones de entrenamiento de los soldados de Orland para acompañarlos y aprender técnicas nuevas. Algún día, cuando su hermano asumiera oficialmente al trono, esperaba que lo nombrara nuevo capitán de la guardia. Ese siempre había sido su mayor sueño.

A medida que se acercaba a la puerta de los aposentos asignados de Aiden, percibió el poder de su hermano en su interior, por lo que supo al instante que se encontraba dentro. Sin embargo, unos sonidos amortiguados provenientes del interior lo hicieron detenerse a unos pocos pasos.

Hizo una mueca de disgusto al oír los gemidos de dos personas que conocía a la perfección y antes de poder escuchar algo más, dio media vuelta y se alejó de allí lo más rápido que sus piernas le permitían.

—Veo que no pierdes el tiempo —murmuró con un poco de irritación, pasando una mano por su revuelto y húmedo cabello por el sudor.

No tenía ningún destino en mente, por lo que comenzó a divagar por las enormidades del Castillo de Fuego hasta que tuvo la bendita suerte de toparse con la persona que más lo apreciaba en todo Keentale.

Theron lucía agitado y tenso. Más de lo habitual, claro. Con sus resecos labios pronunciaba alguna que otra maldición muda mientras una de sus manos pasaba por la incipiente barba en su barbilla. Cuando sus ojos castaños se cruzaron con la mirada de Cassian, bajó la mano y resopló con cansancio.

—Es mi día de suerte —murmuró con sarcasmo en un tono de voz apenas audible.

—También me alegra verte, Theron —le dijo Cassian, sonriendo con diversión.

Quedaron frente a frente y el pelirrojo se sorprendió al percatarse de que ya medían lo mismo. La última vez que lo vio hacía algunos años, le faltaba poco para alcanzarlo.

—Muévete, Dustin —espetó el hombre intentando moverse a un lado, pero Cassian lo imitó para impedirle el paso.

—Necesito que hablemos de algo —le pidió el joven recordando la conversación que había tenido con Aiden la noche anterior.

—Y yo necesito que te quites de mi vista —siseó Theron fulminándolo con la mirada. Cassian sólo suspiró al tiempo en que negaba con la cabeza.

—Escucha, sólo será un segundo —le prometió al hombre. Al ver que él no dijo nada, agregó: —Es sobre Leia.

El capitán de la guardia de Antel rio con amargura. La cicatriz que pasaba por su labio del lado izquierdo se notó aún más.

—Es gracioso que pienses que trayéndola aquí solucionarás todo —dijo Theron, cruzándose de brazos y recargando su peso sobre una pierna.

—Entiendo que no sea lo que ustedes quieren, pero es lo que *necesitamos* —le aclaró Cassian pronunciando la última palabra con lentitud.

—No, te equivocas —gruñó el hombre. —Lo que necesitamos es que ustedes dos y su séquito regresen a su puto reino y no vuelvan a poner un pie sobre Antel —sentenció señalándolo acusatoriamente con su dedo índice.

—Bien, como sea. ¿No quieres razonar? Perfecto, es tu problema. Pero eso no cambiará nada porque ella ya está aquí y está dispuesta a ayudarnos a solucionar toda esta mierda que se viene acumulando desde hace años —le soltó el pelirrojo, su paciencia agotándose al instante. —A partir de mañana, Aiden y yo comenzaremos a entrenarla. Respetaré si no quieres intervenir, pero necesito que te asegures de que Daniel no nos encuentre en la sala de entrenamientos para no levantar sospechas.

Theron se lo quedó mirando por unos momentos sin ninguna expresión en su rostro. Luego, de un segundo a otro, se echó a reír.

—¿En serio pretendes que los ayude a encubrir todo esto? —inquirió. Cassian bufó. —Mejor agradece que no enviamos a Leia de regreso a Emera, y sigue disfrutando de tu estadía en Antel porque si vuelves a irritarme, me aseguraré de que Daniel te expulse de aquí para siempre —dijo con firmeza, acercando su rostro al del pelirrojo.

Dicho eso, se apartó de él para comenzar a caminar en dirección contraria.

—¡Eres tan testarudo! —le gritó Cassian formando puños con sus manos a ambos lados de su cuerpo pese a que el hombre aún se encontraba cerca de él. —¿Ni siquiera puedes hacer esto por Logan?! ¡Estamos hablando de su hija, maldita sea!

Con eso último, Theron se volteó bruscamente. Sus castaños ojos brillaban con furia y se acercó a zancadas hasta Cassian para tomarlo del cuello de su camisa con ambas manos y estamparlo de espaldas contra la pared del corredor en el que se encontraban. Cassian sintió cómo el aire abandonó sus pulmones con ese golpe, pero se mantuvo firme mirando al hombre a los ojos.

—No-vuelvas-a-nombrarlo —murmuró palabra por palabra contra su rostro, tan bajo que sólo ellos podían oírlo. —No te quieras hacer el héroe ahora cuando ninguno de tus padres está aquí para apremiarte.

Sus palabras se sintieron como cien dagas clavándose en su pecho. De repente, no se sintió tan fuerte como creía que era. Su cabeza comenzó a dar vueltas mezclando el dolor con la ira hasta que una voz a su lado los sobresaltó a ambos.

—Theron, ya deja al muchacho.

Cuando el capitán soltó a Cassian, ambos se voltearon para encontrarse con Crain, el padre de Adara. Tenía un semblante preocupado en su maduro rostro y sus ojos verde pantano viajaban de Theron a Cassian repetidas veces.

El pelirrojo acomodó su camisa y miró una única vez a Theron. Éste, en vez de disculparse o buscar alguna excusa para justificar lo que sucedió, le echó una mirada de desprecio a Cassian y luego una de irritación a Crain, y finalmente se alejó de allí pasando una mano por su alborotado y crecido cabello morocho.

—¿Estás bien? —le preguntó Crain al joven una vez que ambos se encontraban a solas.

—Sí, no hay de qué preocuparse —se apresuró a responder Cassian, aclarándose la garganta. No podía evitar repetir las últimas palabras de Theron una y otra vez en su mente.

—Intenta no provocarlo, ¿sí? —le dijo el hombre poniendo una mano sobre su hombro en un gesto reconfortante. —Está bastante tenso con todo lo que está ocurriendo desde que ustedes llegaron. Ya sabes cómo es.

—Tú sí entiendes por qué estamos haciendo esto, ¿verdad? —preguntó Cassian con suavidad.

Crain soltó un suspiro, sonriendo de lado.

—Sí, hijo, lo entiendo. Darlan y yo lo hacemos y estoy seguro de que Theron también —hizo una pausa relamiendo sus oscuros labios. —Pero tienes que entender que este no será un proceso para nada fácil. Ustedes nos están trayendo mucha esperanza junta y créeme que lo agradecemos, en verdad, pero también tenemos que actuar con precaución para no ilusionar a los demás, al pueblo —Cassian asintió cabizbajo a modo de comprensión. —Pero saldremos adelante —aseguró esbozando una sonrisa más amplia. —Siempre lo hemos hecho —agregó guiñándole un ojo de manera cómplice.

—Siempre lo hemos hecho —repitió Cassian por lo bajo, saboreando las palabras.

—Bien, debo ir con Darlan —anunció separándose del pelirrojo. —Que pases una buena noche.

—Igualmente —le dijo Cassian a modo de despedida, y cada uno se dirigió a un lado opuesto del corredor.

Con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, el joven se dirigió al vestíbulo principal con la esperanza de salir un rato al jardín interno para tomar un poco de aire. Necesitaba aclarar su mente y dejar de tomarse tan en serio las palabras de Theron. Él era una persona irascible y pocas veces decía las cosas con mala intención; pero de alguna manera, Cassian no podía evitar sentir un dolor agudo en su pecho.

Su caminata a la entrada del jardín se vio interrumpida cuando se encontró con el joven guardia Allias. Al principio no le llamó la atención su presencia, pero luego recordó que era el guardia personal de Leia y ella no estaba allí, al menos a simple vista.

Se acercó al joven y éste le dio un leve asentimiento de cabeza a modo de saludo.

—Su Alteza —dijo enderezando su postura.

—Allias —saludó el pelirrojo, esbozando una sonrisa de lado. —Perdona que te moleste, pero, ¿Leia está por aquí? —preguntó mirando a su alrededor.

El moreno observó a ambos lados y soltó un pesado suspiro, pasando una mano por su rostro. Ese gesto inquietó a Cassian.

—Lo siento —fue lo primero que dijo el soldado. —Quise seguirla, pero la vi tan débil que no quise invadir su espacio.

Todo el cuerpo del pelirrojo se tensó.

—¿Débil? ¿A qué te refieres? ¿Dónde está? —las palabras salían disparadas de sus labios.

—Salió del castillo, yo... —hizo una pausa para encontrar las palabras adecuadas. — Estábamos dando un recorrido por el castillo en compañía del capitán Lade y del rey, luego se detuvieron para conversar, y en un momento ella simplemente se despidió y... se fue —soltó formando una fina línea con sus labios.

Cassian maldijo para sus adentros en todos los idiomas que se le ocurrió.

—¿Hace cuánto ocurrió esto? —preguntó el pelirrojo, exasperado.

—Hace tan sólo unos momentos.

—¿Sabes qué dirección tomó? —insistió.

—La última vez que la vi, se estaba adentrando en el pueblo de Alicron —confesó bajando la mirada.

Cassian pasó ambas manos por su rostro.

—Bien —soltó, recomponiendo su postura. —Asegúrate de que nadie se entere de esto. Yo iré a buscarla —decidió, comenzando a avanzar hacia las escaleras.

—¿Y qué digo si me preguntan por ella? —preguntó Allias desde lejos.

—Sólo diles que se encuentra descansando en sus aposentos —respondió el pelirrojo haciendo un gesto de desdén con su mano.

Una vez que se encontraba en la segunda planta, avanzó a paso apresurado hasta uno de los balcones que ofrecían vistas hacia Alicron. Al salir al exterior, maldijo por la poca luz que había ya que el sol ya se había ocultado. Sin embargo, forzó su vista y analizó cada calle que podía, pero al ser de noche casi nadie se encontraba fuera de su vivienda.

Rindiéndose en su búsqueda, se dirigió hacia el balcón opuesto con la pequeña esperanza de encontrarla en la parte trasera del castillo.

Y como si la diosa Ventum hubiera escuchado su plegaria silenciosa, los ojos del joven se posaron en una pequeña figura oscura a orillas del río arrodillada en el suelo. Cassian soltó un suspiro de alivio y descendió todas las escaleras que lo separaban de la planta baja para salir por la puerta trasera del castillo.

.....

Mientras avanzaba por una extensa explanada para llegar hasta Leia, el pelirrojo abrochó los botones sueltos de su camisa debido a que la brisa otoñal se sentía fría contra su cuerpo y no había alcanzado a tomar un abrigo. Sin embargo, era tal el alivio que sentía al

encontrar a la joven que no le importó en absoluto llevar sólo una camisa suelta y pantalones de una tela delgada.

Ella se encontraba mirando un punto fijo a su derecha, algo que Cassian no podía identificar debido a la oscuridad del lugar exceptuando por la luz plateada de la luna y de algunas estrellas que comenzaban a asomarse. Igualmente, a pocos pasos de llegar hasta ella vio cómo un pequeño ave saltó desde ese punto específico y comenzó a volar en dirección al horizonte cruzando el río frente a ellos. Leia se lo quedó mirando hasta perderlo de vista con un detenimiento extraño, como si fuera la cosa más maravillosa que veía en mucho tiempo.

Finalmente, ella se percató de la presencia de Cassian y volteó su rostro para verlo. Él no podía apreciarla mucho, en especial por la capucha que llevaba encima, pero sí atisbó un brillo triste en sus ojos. El corazón del príncipe se encogió un poco en su pecho recordando lo que le había dicho Allias sobre el paseo que habían dado por el castillo con Daniel y Theron. ¿Qué le habían dicho esos hijos de puta para hacerla sentir así?

—Hola —le dijo Cassian en voz baja debido al silencio que reinaba en aquella zona, esbozando una sonrisa de lado. La joven relajó un poco su expresión y le dio una sonrisa triste.

—Hola —su voz se oía gangosa, como si hubiera estado llorando.

—¿Te importa si me siento? —preguntó él con cautela, señalando con el mentón un lugar vacío a su derecha.

—No, para nada —respondió la joven con suavidad, volviendo su vista al río.

En silencio, Cassian se sentó a su lado flexionando sus piernas y apoyando los codos en sus rodillas. Mientras tanto, Leia acomodó su capa sobre sus hombros para que la envolviera aún más.

—Me enteré de lo que sucedió —comentó Cassian también con la vista al frente luego de oírla soltar un largo suspiro. —Es decir, no todo. Allias me contó lo más importante sin dar detalles cuando le pregunte dónde estabas, entonces—

—Me sentí tan... indefensa —admitió la joven, bajando la mirada hasta sus rodillas también flexionadas contra su pecho. —Me tratan como si fuera a robarles algo. Yo no quise venir aquí, lo hice por obligación. ¿Por qué me tratan así?

Su voz se quebró pero no derramó lágrimas, sino que volteó su rostro para mirar a Cassian a los ojos. El pelirrojo sintió su pecho oprimirse aún más.

—No lo sé, de verdad que no lo sé y odio que tengas que pasar por esto —susurró el príncipe formando una fina línea con sus labios. —Pero todos tenemos que hacer sacrificios alguna vez. Suena horrible, lo sé, pero ya has soportado muchas cosas para venir hasta aquí. ¿No quieres que todo lo que ya has hecho signifique de algo? —la joven asintió con la cabeza, desviando la mirada de sus ojos. —Escucha, todo esto que estamos haciendo va más allá de lo que queremos. Tiene que ver con lo que los reinos necesitan, lo que *Emera* necesita.

La joven sorbió por su nariz.

—Tienes toda la razón, lo sé, pero no es fácil —susurró refregando sus ojos con los nudillos de sus manos.

—Sé perfectamente que no lo es —dijo el pelirrojo, apenado. —Para Aiden y para mí tampoco ha sido fácil, jamás —hizo una pausa, relamiendo sus labios. Las palabras de Theron volvieron a su mente en punzadas dolorosas. <<*No te quieras hacer el héroe ahora cuando ninguno de tus padres está aquí para apremiarte*>>. Tragó grueso y se obligó a agregar: —Olvida a los que no te apoyan. Céntrate en los que harán todo lo posible para que asumas tu lugar en la Corte y lideres de la mejor manera que a ti te parezca. Aunque sea difícil de creer, todo esto es tuyo, sea lo que sea lo que digan Daniel o Theron o cualquiera de aquí. Eres la descendiente directa de Aria Jules y Logan Stormholl y nada puede cambiar eso.

La joven asintió repetidas veces en silencio, como asimilando las palabras. De repente, su cuerpo se estremeció y un sollozo se escapó de sus labios. Se llevó una mano a la boca para amortiguar el sonido, pero Cassian tomó su muñeca con suma delicadeza para apartarla lentamente, mirando sus ojos inundados en lágrimas.

—Permítete llorar —le susurró con suavidad, sonriendo de lado. —Deja que la angustia salga de aquí —añadió señalando su pecho, sobre su corazón. —Prometo que no diré nada de esta noche.

Leia intentó sonreír por un momento, pero tan rápido como lo hizo, más sollozos comenzaron a salir de su garganta. Cassian se apartó de ella para darle un poco de espacio, pero lo que menos se esperaba era que ella volviera a acercarse a él para apoyar su cabeza sobre su hombro mientras envolvía su propio cuerpo con sus brazos. Al principio, el príncipe se quedó rígido en su lugar sin tener una mínima idea de lo que hacer a continuación; sin embargo, tomó aire profundamente y rodeó sus pequeños hombros con uno de sus brazos para atraerla más hacia él, y para su sorpresa, ella se lo permitió.

Y así se la pasaron por un largo tiempo, ella desahogándose contra su hombro y él descansando su cabeza sobre la de ella, mirando hacia las estrellas y enviando una plegaria silenciosa a los dioses y a sus padres para que todo ese esfuerzo, toda esa angustia, diera buenos frutos en el futuro cercano.

Capítulo 16

Esa misma noche Leia soñó con muchas cosas a la vez. Inframons destruyendo todo a su paso, aves de fuego extrañas que volaban hacia el horizonte, pueblos en ruinas, pilas y pilas de cuerpos humanos sin vida, y entre ellos...

—¡Despierta, Stormholl!

Un grito masculino la arrancó de sus sueños turbios y oscuros devolviéndola a los aposentos de Arias donde, a través de la cortina que cubría los grandes ventanales, el cielo estaba de un color grisáceo, indicando que el sol aún no había salido.

—¿Qué mierda...? —murmuró Leia refregándose los ojos mientras se sentaba sobre la cama.

—Levántate de una puta vez —la joven se sobresaltó al encontrar a Theron de pie a los pies de la cama de brazos cruzados y con un uniforme que no era la armadura de siempre, sino que parecía más... informal y flexible. También se percató de que sobre la cama había un conjunto idéntico. —Ponte eso y baja al vestíbulo principal —espetó el hombre señalando con el mentón aquella muda de ropa. Luego abrió la puerta para irse, pero antes agregó: —No me hagas esperar —y la cerró de un portazo, volviendo a sobresaltar a Leia.

¿Qué rayos estaba pasando? Ella no lo sabía, pero por el tono en la voz de Theron prefirió hacerle caso y comenzar a prepararse. No tenía idea de lo que le esperaba al otro lado de la puerta, pero parecía bastante serio.

Sin embargo, no sabía con qué relacionarlo ya que la noche anterior luego de la charla con Cassian, volvió directo a los aposentos de Aria y se encerró allí. Ni siquiera se molestó en pedir la cena. Sólo quería dormir para apagar su mente por un largo rato, aunque las pesadillas lo evitaron.

Luego de asearse rápidamente en el baño, se recogió el cabello en un rodete bajo y se colocó el extraño uniforme frente al espejo. Consistía en un pantalón negro ancho, una camiseta de tirantes del mismo color y calzado cómodo igual de oscuro que las otras dos prendas. Tomó la precaución de ponerse su capa por el posible caso de que salieran al exterior, y salió de los aposentos.

—Buenos días, Su Alteza —la saludó Allias con su postura firme de siempre.

—Buenos días —le respondió Leia. —¿Tienes idea de qué quería el capitán? —preguntó mientras ambos se dirigían a las escaleras.

—El comandante Lade sólo me dio la orden de escoltarla hasta el vestíbulo principal —respondió el moreno.

Siguieron avanzando en silencio hasta las últimas escaleras, y al ir descendiendo, Leia visualizó a Theron teniendo una conversación neutral con Crain, el padre de Adara, mientras con una mano sostenía algo similar a una canasta. A diferencia de él, Crain sí llevaba la armadura de Antel. Ambos se voltearon a verla en cuanto llegó hasta ellos. Allias se había quedado unos pasos más atrás.

—Buenos días, princesa —la saludó Crain regalándole una sonrisa amable.

—Buenos días, señor Blare —le correspondió la joven y luego se volteó hacia Theron. —¿Para qué me necesita?

—Entrenamiento matutino —respondió a secas y Crain enarcó sus gruesas cejas marrones.

—Vaya, suerte con eso, Su Alteza —exclamó el soldado, riendo. Theron no pareció inmutarse y Leia no podía dejar de fruncir el ceño.

De repente, recordó la conversación con los gemelos en la que se recalca que Leia debía aprender a luchar si iba a participar en la guerra.

—Se suponía que los gemelos Dustin me entrenarían —le dijo Leia, confundida.

—Pues lamento decepcionarte, pero el rey me lo pidió. Yo tengo las mismas ganas que tú, así que no me lo compliques —luego se volteó hacia Crain. —¿Te veo más tarde?

—Por supuesto. Ya sabes dónde encontrarme —le respondió el hombre, y antes de alejarse, se despidió de Leia con un gentil asentimiento de cabeza.

La joven se había quedado quieta en su lugar procesando lo que estaba a punto de hacer. ¿Por qué nadie le había avisado de ese *ligero* cambio?

Theron comenzó a avanzar hacia la salida, y como Leia no lo seguía, ordenó por sobre su hombro:

—Muévete, Stormholl.

Finalmente, lo siguió en silencio haciendo nota mental de tener una pequeña e inofensiva conversación con los gemelos acerca de por qué rayos no le avisaron que hubo un cambio de planes.

Una vez en el jardín delantero donde había varios grupos de soldados calentando con sus entrenadores, Leia creyó que debía unírseles, pero Theron siguió caminando hasta dar media vuelta al castillo y salir por las puertas traseras directo al río donde Leia había ido la noche anterior. El calor se acumuló en sus mejillas al recordar con vergüenza el momento en que perdió control de sí misma y se permitió llorar en los brazos de Cassian. Probablemente se debía haber visto como una muchacha patética y vulnerable.

Una vez que ambos alcanzaron la orilla, Theron se volteó para mirarla a los ojos. Su altura y ancho de hombros la hacían sentir pequeña en comparación.

—Primero que nada, quítate esa ridícula capa —antes de que la joven pudiera objetar, Theron se la quitó de un tirón, dejándola sobre el césped a un lado.

—¿Qué rayos te pasa? —le preguntó Leia pasando por alto los supuestos modales que debía tener. La brisa era más fresca sin el calor del sol y tuvo que rodear su cuerpo con sus delgados brazos. Sí era verdad que en Orland en ese momento del día haría más frío, pero eso no significaba que no se le erizara la piel allí.

—Sin la capa tienes más movilidad —justificó Theron. Luego de una pausa en la que observó la zona en la que se encontraban, dejó la canasta en el suelo y se sentó sobre el mismo, haciéndole una seña a Leia para que se sentara frente a él. —Segundo, es momento de desayunar.

—¿Podrías explicarme qué-?

—Desayuno primero, preguntas después —la interrumpió comenzando a quitar el contenido de la canasta y posicionarlo sobre el césped.

Alcanzó a ver cantimploras llenas de algún líquido (probablemente agua), platos con huevos revueltos y recipientes con cereales de avena.

—¿Vas a quedarte ahí parada o también tengo que enseñarte a cómo tomar asiento?

En vez de responderle, suspiró y se dejó caer frente al capitán a una distancia prudente. Desde allí podía ver la totalidad de la estructura trasera del Castillo de Fuego. Lucía como una criatura gigante y majestuosa que se elevaba en lo alto.

Comieron en completo silencio, exceptuando por la corriente del río a espaldas de Leia, algún que otro ave revoloteando sobre sus cabezas y el sonido de los cubiertos tintineando contra los platos.

—Esto será suficiente para aportarle a tu cuerpo los carbohidratos y proteínas que necesita antes de comenzar a ejercitar —comentó Theron con desinterés mientras guardaba la vajilla nuevamente en la canasta una vez que finalizaron.

—¿Ejercitar? —repitió Leia con una ceja enarcada.

Se puso de pie en cuanto el capitán lo hizo. Él observó el río frente a ellos de un lado a otro con una expresión calculadora. Finalmente, hizo rotar sus hombros y se volteó hacia la joven.

—Bien, empezaremos con algo de resistencia. Mantén un trote constante a mi lado. Daremos un par de idas y vueltas a lo largo del río. ¿Lista?

Parpadeó rápidamente, demasiado aturdida como para entender sus palabras. Estaba a punto de preguntarle nuevamente qué rayos significaba todo eso, pero Theron ya había empezado a trotar, gritándole por sobre su hombro:

—¡Mueve esas piernas, Stormholl!

Viendo que no tendría otra opción, resopló y corrió hasta donde él se encontraba, desacelerando un poco el paso en cuanto lo alcanzó.

En Emera, Leia no realizaba mucha actividad física debido a que no era algo fundamental ni necesario. Lo único que sí hacía era levantar los troncos de madera que luego utilizaban con Jesser para tallar los productos que luego vendían en El Mercado; por lo que cuando estaban volviendo como por tercera vez por el lado del río (Leia ya había perdido la cuenta), su respiración era entrecortada y le picaban las piernas de una manera exagerada. Theron no pasó por alto ese detalle.

—Inhala por la nariz y exhala por la boca —le gritó.

La joven intentó hacerle caso, pero cada vez que inhalaba, el aire parecía helarle la nariz, haciéndole doler. Cuando intentó rascarse las piernas porque ya no lo podía soportar más, Theron la reprendió.

—¡Deja fluir tu sangre! Tus piernas necesitan acostumbrarse al movimiento constante.

Para ese entonces, el capitán iba más adelante y Leia ya no podía volver a alcanzarlo. Un dolor en el abdomen la hizo detenerse en seco y se dejó caer al césped. A su alrededor, todo empezaba a aclararse anunciado la salida del sol. ¿Cuánto tiempo había pasado?

—¿Qué haces? ¡Muévete! —ordenó Theron, trotando en el lugar para esperar a Leia.

—Ya no puedo más, estás matándome —se quejó, inhalando bocanadas de aire. Su cabeza latía del dolor.

El capitán de la guardia se dirigió en silencio hasta donde había dejado la capa de Leia y la canasta. Ella tuvo que levantar un poco la cabeza para ver qué estaba haciendo justo en el momento en que Theron sacó de la misma una de las cantimploras y la relleno con un poco del agua del río. Luego procedió a levantarla sobre su cabeza para que la joven pudiera verla.

La sequía en su garganta se hizo más intensa al imaginarse el agua fresca entrando en su cuerpo. Pero Theron no se movió del lugar y la observó de forma desafiante.

—Vas a tener que venir a buscarla si quieres beber —le gritó desde la distancia.

Leia suspiró y volvió a recostar su cabeza sobre el suelo. Luego de contar hasta diez internamente, se puso de pie, sus piernas quejándose en el proceso; pero centró su atención en la cantimplora en manos del capitán con agua fresca lista para ser bebida.

Caminó cada vez más cerca de su objetivo y cuando estuvo a punto de llegar, Theron comenzó a correr en dirección contraria. Leia se detuvo en el lugar viendo alejarse el líquido que tanto deseaba en ese momento.

—Theron, maldita sea —murmuró y obligó a sus piernas a moverse.

Comenzó con un trote demasiado suave ya que ahora incluso su abdomen se quejaba con cada paso que daba. Theron ni siquiera se molestaba en darse la vuelta. Seguía trotando a una velocidad bastante alta, dejándola cada vez más atrás. La joven se vio obligada a aumentar la velocidad de sus pasos. Los rayos de sol que estaban empezando a asomarse no servían de mucha ayuda ya que su espalda estaba comenzando a sudar.

—Vas a matarme de sed —le gritó Leia, volviendo a respirar entrecortadamente.

—Debes guardar el aliento, Stormholl —dijo Theron al tiempo en que dio un giro y comenzó a correr en dirección a Leia.

La joven se detuvo sin saber qué se suponía que debía hacer. Al alcanzarla, Leia intentó moverse a un lado para esquivarlo, pero él utilizó el hombro para empujarla y hacerla caer nuevamente al césped. El cuerpo del capitán se sintió como una roca al chocar contra ella, y apenas le dio tiempo de extender sus manos para no estrellarse la cara contra la tierra.

El capitán siguió trotando hasta volver a alcanzar la canasta y la capa, y se detuvo para beber de la cantimplora que tenía en su mano. La joven volvió a ponerse de pie y sintió la mirada de desaprobación de Theron mientras la observaba acercarse a él casi arrastrando los pies.

Para sorpresa de Leia, él tomó otra cantimplora de la canasta y se la lanzó. La joven la atrapó de una manera torpe pero no perdió ni un segundo más y la destapó para vaciar todo el contenido sobre su boca. Algunos hilos de agua corrían por su rostro y cuello y mojaban el uniforme que llevaba puesto, pero todo le daba igual en ese punto; sólo estaba concentrada en el alivio que le provocaba sentir el agua entrando a su cuerpo, refrescándola.

—¿Por qué no te quedaste en Emera? —se intrigó Theron mientras guardaba su cantimplora vacía en la canasta.

Leia levantó la vista para cruzarse con sus ojos castaños expectantes.

—¿Cuántas veces tengo que responder a esa pregunta? —inquirió la joven con frustración, acercándose a la orilla del río para refrescar la parte trasera de su cuello.

—Es que no logro entenderlo —admitió Theron, negando con la cabeza. —La familia Lykel era muy amable y se comprometieron a cuidar-

—Espera —lo interrumpió. —¿Crees que volví a Antel porque no me estaba llevando bien con mi familia?

—Técnicamente, no son tu familia.

—Sí lo son —dijo ella con firmeza. —Y no, ellos no tuvieron la culpa de nada. Vine aquí porque me ofrecieron la oportunidad de ayudar a detener a Connor.

El capitán se frotó las sienes, suspirando.

—No puedes ir en contra de Daniel —dijo finalmente.

—No vine hasta aquí para nada, Theron —aclaró Leia poniéndose de pie nuevamente y dejando que el agua bajara por su espalda a través de la tela de su camiseta. —Emera, al igual que otros pueblos, está siendo controlado por los hombres de ese líder Inframón. ¿Qué hay con todas esas muertes que él causó? Van a ser en vano si no hacemos nada para detenerlo.

Al decir eso último, se arrepintió en el instante en que el semblante de Theron se ensombreció. Recordó lo poco que sabía sobre la relación entre el capitán y el padre de Leia, quien había muerto por culpa de los Inframons, y no pudo evitar sentirse culpable al recordárselo.

—Lo siento —susurró la joven mirando hacia el río de aguas calmas.

En sumo silencio, el capitán se puso a hacer algunas elongaciones para estirar sus músculos y Leia lo imitó como pudo aunque él no se lo hubiera pedido.

Cuando terminaron, Theron tomó la canasta y comenzó a caminar en dirección a las murallas traseras del castillo donde había una puerta más pequeña que la del frente pero que igualmente funcionaba como entrada.

—En cuanto el sol se oculte en el horizonte, quiero verte en la sala de entrenamientos del patio trasero. No te retrases —le dijo, dejándola sola en la orilla.

Leia decidió pasar unos momentos más en el lugar disfrutando de la brisa. La había cagado con Theron e incluso llegó a imaginarse un posible escenario en el que durante el

entrenamiento en la sala, el capitán le atravesara el pecho con su espada “*sin querer*”. Se estremeció ante ese pensamiento y le envió una plegaria a la diosa Ignis para que algo así no fuera posible.

.....

Al entrar a las murallas, en vez de acceder al castillo por la puerta trasera, eligió dar toda la vuelta hasta la puerta delantera ya que las escaleras estarían más cerca y tendría menos posibilidades de encontrarse con Daniel. Era lo que menos deseaba en ese momento.

En el patio delantero junto a los establos, un grupo de soldados en sus trajes de entrenamiento se sentaron en el césped a la sombra, probablemente terminando una de sus sesiones. Leia tardó unos segundos en darse cuenta de que Cassian era uno de ellos, con su torso completamente al descubierto y su cabello pelirrojo despeinado y húmedo. Sus mejillas se encontraban sonrojadas probablemente por el calor y la adrenalina. No entendía por qué, pero verlo en ese estado la dejó rígida en su lugar sin ser capaz de dejar de observarlo. Él pasó una mano por su frente sudada, jadeando con agotamiento, y de repente levantó la vista haciendo que Leia diera un brinco.

Recordaba haberse visto en el reflejo del río en el que entrenó con Theron. De su rodete, varios mechones de su corto cabello se habían escapado y pegado a su sudado rostro y cuello, además de que debía de tener una expresión de cansancio extremo. No solía importarle su apariencia debido a que jamás le habían prestado atención, en especial porque en Emera siempre debía permanecer oculta; pero en ese momento con los brillantes ojos verde esmeralda del pelirrojo sobre ella recorriéndola de arriba abajo con cautela, fue consciente de cada detalle de su imagen y sintió cómo sus mejillas se incendiaban.

Pese a esa reacción, el príncipe volvió a encontrarse con su mirada y le regaló una radiante sonrisa que no hizo más que contagiarla. Recordó la manera en que se había quedado junto a ella la noche anterior pese al desastre emocional que era. <<*Prometo que no diré nada de esta noche*>>. Sus palabras resonaban en sus oídos como un suave susurro.

Finalmente salió de su trance y le dedicó una última sonrisa antes de adentrarse en el castillo.

Allias se encontraba a los pies de las escaleras del vestíbulo principal, recargando el peso de su cuerpo contra la barandilla del mismo tono blanco que los escalones, y se reincorporó rápidamente en cuanto visualizó a Leia.

—Su Alteza, ¿desea que mande a enviar su almuerzo a sus aposentos? —le preguntó una vez que se encontraba a su lado.

—Eso suena bien —le dijo Leia, y su estómago rugió mostrándose de acuerdo.

—Se lo haré saber a la cocinera —anunció y se retiró a las cocinas luego de darle una leve reverencia.

Leia enfrentó las escaleras, y en el estado físico en el que se encontraba, se percató de la cantidad excesiva de escalones que la separaban de la primera y segunda planta. Tomó aire y comenzó a ascender. Cada escalón requería un gran esfuerzo, y cuando llegó a la siguiente escalera, sus piernas temblaban. Pero eso no la detuvo. Se obligó a seguir

subiendo poco a poco, y al alcanzar el suelo de la segunda planta, soltó un suspiro de alivio.

Al llegar a los aposentos, cerró la puerta detrás de sí y se dejó caer en la cama. El suave y mullido colchón recibió el peso de su cuerpo y sus músculos se relajaron al punto de que por unos momentos no tuvo la fuerza para moverse.

Unos golpes a la puerta la obligaron a levantar su cabeza de los almohadones.

—Su Alteza, vengo a traerle su almuerzo —oyó la voz de Annabelle al otro lado.

—Pasa —le gritó y volvió hundir su rostro en la comodidad de los almohadones.

Annabelle entró en silencio y dejó la bandeja con su comida sobre la mesa redonda frente al ventanal. Luego se volteó hacia Leia para preguntarle:

—¿Desea primero darse un baño?

—Eso suena espléndido —dijo Leia, y la sirvienta asintió con la cabeza para luego adentrarse en el cuarto de baño.

Mientras tanto, Leia utilizó sus brazos para levantarse y apoyar los pies en el frío suelo de baldosa. Pocos momentos más tarde, Annabelle salió del baño para informarle a la princesa que ya estaba listo, y ella no vaciló ni un momento más y se adentró en la sala, cerrando la puerta detrás de ella.

.....

Pasó una cantidad indeterminada de tiempo dentro del agua caliente masajeando cada parte de su cuerpo para aflojar la tensión en sus músculos. Una vez que se sintió lo suficientemente estable, se vistió con un vestido largo de un rosado pastel y se sentó a devorar su almuerzo. Ese día le habían preparado una tarta de verduras frescas y un trozo de pollo condimentado con algunas especias que la joven no supo distinguir, pero todo le sabía delicioso.

Cuando terminó y vació casi toda la jarra de jugo de naranja, fue hasta la puerta para pedirle a Allias que llamara a Annabelle. El joven soldado aceptó sin problemas y apareció unos momentos después junto a la sirvienta de ojos castaño claro. Al despedirse, Allias pareció observar por unos segundos más a Annabelle, y Leia no dejó pasar ese pequeño detalle.

Una vez solas en la habitación, Annabelle se dirigió hacia la estantería para recoger algunos libros cortos mientras que Leia sacaba del cajón de la mesilla de noche la pluma, la tinta y los papeles en donde comenzaría a practicar la forma de cada letra del abecedario.

—Allias es un buen chico, ¿no? —preguntó Leia con simulada casualidad.

—Es uno de los guardias más leales a la Corona de Antel —reconoció Annabelle, aunque no pudo evitar que sus mejillas se encendieran ligeramente haciendo notar aún más sus pecas.

—¿Hace cuánto lo conoces? —se interesó la princesa, tomando asiento frente a la mesa redonda.

Annabelle arrastró la otra silla para sentarse a su lado mientras respondía:

—Cuando lo nombraron miembro de la guardia de Antel, yo ya trabajaba aquí, así que fue hace alrededor de dos años.

—Parecen llevarse bien —murmuró Leia fingiendo prestarle atención a un libro de tapa beige con el título en letras grises.

—No interactuamos mucho —admitió la joven, pasándose una mano por su larga trenza rubia. —Ya sabe, por la regla de que los sirvientes sólo deben hablar cuando se les pide o cuando sirven a alguien.

Leia no pudo evitar hacer una mueca de tristeza al oír aquello. Eso era lo que odiaba de la realeza: que tenían poder sobre todos, dictando reglas sin que importara las consecuencias sobre los demás. Una idea asomó a su mente y le susurró a Annabelle:

—Si todo sale bien y acabo asumiendo al trono, eso cambiará, Annabelle.

La mujer levantó la vista para encontrarse con los ojos de Leia.

—¿Así que es cierto? ¿Quiere recuperar la corona y participar en la guerra contra Velthorn?

—Podría decirse que sí —respondió, riendo.

A Annabelle parecieron iluminárseles los ojos.

—Entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra —anunció con un tono alegre de voz y abriendo uno de los libros que había dejado sobre la mesa.

Así, juntas pasaron gran parte de la tarde como el día anterior, sumidas en la lectura de relatos cortos, y poco a poco Annabelle le enseñaba cómo escribir cada letra tanto en imprenta como en cursiva, y juntándolas para formar algunas palabras que extraían de los relatos.

Había pasado bastante tiempo cuando oyeron golpes en la puerta. Rápidamente ocultaron los libros y papeles, y Annabelle, con un equilibrio que sorprendió a Leia, cargó con el uniforme que la princesa había utilizado por la mañana y con la bandeja donde antes estaba su almuerzo. Leia le abrió la puerta, y Allias y Adara se encontraban al otro lado.

—Hora de tus clases con la espléndida maestra Adara —le anunció la castaña con divertida exageración. Leia rió y se movió a un lado para dejarla entrar en los aposentos mientras que Annabelle salía, despidiéndose con una sonrisa.

Allias pareció notar todo lo que la mujer traía en sus brazos y Leia no perdió el tiempo.

—Allias, ¿podrías ayudar a la señorita Jolls?

Annabelle se sonrojó pero Allias actuó deprisa y tomó la ropa que estaba a punto de caérsele.

—Será un placer —le respondió el joven soldado con una amplia sonrisa que no se molestó en ocultar, y ambos salieron por el corredor.

Una sonrisa de satisfacción asomó a los labios de Leia, y cuando los perdió de vista, cerró la puerta y se volteó para enfrentar a Adara.

Ese día llevaba un hermoso vestido mayormente blanco con una tela de color rojo que iba por encima de la falda blanca. El torso estaba decorado con espirales del mismo tono de rojo y se acentuaba perfectamente a sus pronunciadas curvas, y contra su pecho descubierto llevaba colgada una delicada cadena de plata. Su largo cabello marrón oscuro caía en ondas a ambos lados de su rostro.

—Tú también percibiste la chispa que saltaba entre ellos, ¿verdad? —preguntó Adara señalando con el mentón la puerta donde hacía unos instantes se encontraban Allias y Annabelle.

—Definitivamente —concordó Leia, asintiendo con la cabeza.

Ambas se sentaron a la mesa redonda, quedando enfrentadas.

—No hemos hablado mucho en estos días —reconoció Adara. —¿Cómo has estado?

—Pues, Daniel me ha dejado bastante claro que no aceptará que lleve a Antel a la guerra y tu tío empezó a entrenarme hoy, así que puedes sacar tus propias conclusiones —dijo Leia, apoyándose en el respaldo de la silla. Adara enarcó las cejas.

—Daniel puede irse a la mierda, primero que nada —dijo Adara, y Leia no pudo evitar reír. —Y segundo, ¿cómo es que Theron te está entrenando?

—Según lo que él dijo, Daniel no estaba de acuerdo con que los gemelos me entrenaran, así que envió a Theron en su lugar.

—Vaya, espero que no haya sido muy duro contigo.

Leia se la quedó mirando y probablemente la expresión en su rostro la delató ya que Adara dijo:

—Vale, sí fue duro contigo.

—Nunca antes había calentado de esa forma —dijo Leia. —Sumándole el hecho de que se negaba a darme de beber a no ser que le quitara la cantimplora por mi cuenta, pues sí, fue duro conmigo.

—Clásico de Theron —murmuró Adara, y luego agregó con un tono más alto de voz: —Lo que no entiendo es por qué Daniel permite que su capitán te entrene si no quiere que declares la guerra.

La joven no había pensado en eso antes.

—Puedo preguntárselo hoy al atardecer —señaló.

—¿También entrenarás por la noche? —pregunto Adara, sorprendida.

—Al parecer, por la mañana entrenaremos resistencia junto al río, y por la noche algo de combate en la sala de entrenamientos —explicó jugando con un mechón de su cabello para ese entonces seco.

—Bueno, el lado bueno es que cuanto antes empieces a practicar, más rápido estarás preparada para lo que está por venir —reconoció la castaña.

Eso era cierto, pensó Leia, siempre y cuando Theron y ella no se mataran entre ellos durante sus sesiones de entrenamiento; aunque era obvio que él sería quien la matara primero.

—Pero no estoy aquí para hablar de Theron —dijo rápidamente Adara, reincorporándose sobre su asiento. —Vengo a darte algunas lecciones que te servirán para aparentar una imagen más... *formal*, por decirlo de alguna manera.

—Bien, adelante —dijo Leia, e imitó a Adara cuando se puso de pie.

Ambas se pararon en el medio de la habitación para tener más espacio.

—Primero que nada, una de las cosas que debes tener en cuenta es la postura —comenzó explicando la castaña. —Tienes que transmitir una imagen de seguridad. Espalda recta, hombros hacia atrás, mentón al frente —le enseñó, y mientras Leia imitaba lo que le decía, Adara le corregía lo necesario.

—¿Así?

—Perfecto —exclamó Adara, sonriente. —Y cuando camines, siempre intenta mantener esa postura. Tienes que *sentir* que tienes el papel de alguien superior a todos los que habitan el Castillo de Fuego. Cualquiera otra persona puede ser de una altura mayor a la tuya, pero no dejes que el tamaño te intimide. Ellos son más altos, pero tú tienes más poder.

—Eso no suena tan agradable —admitió Leia, frunciendo sus labios.

—Sólo aplícalo para aquellos que te desafíen con la mirada, que te hagan sentir menor. Al resto puedes tratarlos con el mismo respeto que te tratan a ti.

Así sonaba un poco mejor.

—Otra cosa a tener en cuenta es la manera en que te diriges a ciertas personas en específico —siguió explicándole Adara, caminando en círculos alrededor de Leia. —Por ejemplo, para referirte al rey, como ya sabes, debes llamarlo por *Su Majestad* —Leia asintió, recordando las incontables veces que los demás se referían a Daniel de esa manera.

—Y a los príncipes y princesas se los llama Su Alteza, ¿verdad?

—Exactamente —la apremió Adara. —Al resto te dirigirás a ellos utilizando su apellido. Lo único que varía es el puesto que ocupan en la Corte. Mayormente, a las mujeres se les llaman por Lady, seguido por su apellido.

—¿Lady Blare?

—Así es —le respondió Adara. —A Theron se lo debe llamar por comandante o capitán Lade, como más te guste.

—¿Y *comandante gruñón*?

Ambas rieron.

—No creo que eso sea muy apropiado, aunque suene exactamente a él —admitió Adara entre risas. Luego de una pausa, continuó con su lección: —A los miembros del Consejo se los puede llamar Señor o Señora, sumando sus respectivos apellidos, y-

—Por cierto, con respecto a eso —la interrumpió Leia. —Nunca tuve tiempo de agradecerte por defender a Emera durante aquella cena.

Adara le sonrió con ternura.

—No tienes por qué agradecerme. Yo sólo dije la verdad —dijo encogiéndose de hombros. —Y la manera en que *tú* defendiste al pueblo frente a Luffier y Ariondale, por el poder de Ignis, nos dejaste a todos impresionados —exclamó, riendo. Leia no pudo evitar sonreír con satisfacción.

—No soporto que lo critiquen sin haber estado allí. No tienen idea de las maravillas que puede ofrecer Emera.

—Ellos son así. Nacieron en la realeza y morirán en la realeza —dijo Adara, suspirando. Ambas se sentaron a los pies de la cama. —La verdad es que pueden llegar a ser una mierda como personas, pero trabajan en equipo junto a Loren, y como miembros del Consejo Real son muy efectivos —admitió, y a Leia le costó mucho creerlo, aunque por algo era que Daniel no les había quitado sus cargos.

—¿Llevan mucho tiempo en el Consejo? —se interesó.

—Desde que tu madre ascendió al trono. Sus padres le ofrecieron varias opciones, ella los analizó uno por uno, les puso un par de pruebas y terminó eligiendo a ellos tres. Daniel los dejó en sus puestos por el hecho de que probablemente le da demasiada pereza elegir un nuevo Consejo —con eso último, Leia no pudo evitar reír por lo bajo.

—¿Qué clase de pruebas les puso Aria?

—Consistía en una especie de simulacro en el que se debían tomar decisiones importantes y ella se fijaba en cómo reaccionaba cada postulante —le explicó Adara. —Los que decidían más rápido y de mejor manera, se quedaban con el puesto.

—Inteligente —murmuró Leia, y Adara asintió con la cabeza para mostrarse de acuerdo.

—Lo era. Fue una de las mejores reinas que tuvo Antel.

Leia recordó que Daniel le había dicho las mismas palabras por la mañana anterior cuando desayunaron juntos en el jardín interno del castillo.

—No sólo era justa con sus súbditos —siguió diciendo Adara, jugando con la tela roja de su falda. —También proponía ideas que para los que estaban acostumbrados a seguir las reglas de los antepasados al pie de la letra, les parecía algo disparatado.

—¿Qué clase de ideas?

—Permitir los casamientos entre personas de su reino y de otros. Antes estaba prohibido. Los habitantes de los reinos no podían mezclarse entre sí —le contó Adara.

—¿Ahí fue cuando consideró el casamiento entre uno de los gemelos y yo? —quiso saber Leia.

—Sí, pero créeme que ella no quería casarte incluso antes de que nacieras. Sólo había considerado la posibilidad en el caso de que no pudieran ocultarte de Connor. Creía que si se aliaban con Orland por medio de un matrimonio, sería una unión lo

suficientemente fuerte como para que los reyes de aquél entonces no se negaran a protegerte si algo le pasaba a Aria.

—¿Y qué fue lo que le hizo cambiar de opinión?

Adara no respondió al instante como lo fue haciendo con las demás preguntas. La joven percibió un dejó de tristeza en sus ojos verde pantano cuando la castaña dijo, mirando al frente:

—Pues, hasta el momento en que Connor se llevó a Aria y tú te encontrabas en Emera, el matrimonio seguía en pie. Los padres de los gemelos enviaron espías a Velthorn para lograr ubicar a Aria, y cuatro años después, aún sin respuestas, Connor se enteró de que estaba siendo observado y atacó Orland, llevándose a los reyes.

A Leia no le hizo falta verse frente a un espejo para darse cuenta de que había palidecido.

—Cinco años después de eso, mientras los gemelos intentaban mantener al reino en orden para el regreso de sus padres, Connor les envió un... obsequio —siguió relatando Adara, y Leia no estuvo lista para lo que siguió a continuación: —Venía con un aviso de que no siguieran los pasos de sus padres, y dentro del envoltorio se encontraron con la noticia de que ellos habían... —no pudo terminar la frase, pero Leia comprendió al instante.

Su corazón se encogió en su pecho y su estómago amenazó con revolver todo su contenido.

—No puedo creerlo —murmuró la princesa sin poder imaginarse la reacción de aquellos niños ante semejante trauma. —¿Cuántos años tenían?

—Quince.

Tenían quince años. Con sólo esa edad, el peso del reino recayó sobre sus hombros con la terrible noticia de que sus padres jamás regresarían de Velthorn para apremiarlos por su duro trabajo por mantener a Orland de pie.

Una lágrima incontrolable resbaló por su mejilla y se la secó rápidamente.

—Todos tenemos al menos *una* razón para querer acabar con la oscuridad que Connor trajo al mundo —dijo Adara, colocando una mano sobre el brazo de Leia que descansaba en su regazo. —¿Entiendes por qué necesitamos tu ayuda?

—Hay que terminar con todas esas muertes que él está causando —le dijo Leia mirándola a los ojos. Adara sonrió y Leia percibió que la castaña estaba reteniendo las lágrimas con todas sus fuerzas.

—Por el bien de Keentale.

—Por el bien de Keentale —repitió ella, y una pequeña luz de esperanza iluminó su interior. Era apenas perceptible, pero estaba allí y eso era lo que importaba.

La puerta se abrió de repente y ambas se sobresaltaron. Fue Theron el que entró como si nada y le lanzó a la cama un conjunto de ropa igual al que había usado por la mañana. Leia giró hacia la ventana y se dio cuenta de que el sol ya estaba empezando a ocultarse.

—Cámbiate y baja a la sala de entrenamientos —le ordenó el capitán. Leia resopló.

—Hola a ti también, tío —le dijo Adara, elevando la voz.

—¿Tú no deberías estar en tu clase de costura con Lady Deckler? —le preguntó Theron, enarcando una ceja.

Adara abrió los ojos como platos, al parecer percatándose de que se le había olvidado por completo, y se puso de pie.

—¿Nos vemos en la cena? —le preguntó la castaña a Leia, y la joven asintió en respuesta. —Suerte —le susurró cuando pasó por su lado.

—No me hagas esperar, Stormholl —gruñó Theron y cerró la puerta de un portazo una vez que su sobrina y él habían salido.

Leia, viendo que no tenía otra alternativa, se colocó el uniforme y se volvió a recoger el cabello en un rodete esta vez más ajustado que el anterior. No pudo llevarse la capa consigo porque Annabelle se la había llevado para lavarla, pero por otro lado le parecía una mejor opción ya que, tal como le dijo Theron, la tela la estorbaría.

Allias, nuevamente en su puesto, la acompañó durante el largo camino hasta el Ala Sur del castillo. Cerca de la enfermería se encontró con los gemelos, y el recuerdo de la historia que le había contado Adara la bloqueó por un momento.

—Oigan —los llamó Leia. Ambos se voltearon al mismo tiempo. —¿Podemos hablar más tarde?

—Claro —respondió Cassian un poco confundido. Luego recorrió con sus ojos esmeralda el cuerpo de Leia, algo que le hizo sonrojar un poco, y le preguntó: —¿A dónde vas?

—A entrenar con Theron —le dijo la joven. —Por cierto, gracias por avisarme ese pequeño cambio de planes.

—Es una larga historia —dijo Aiden, revoleando los ojos. —Luego te la contaremos. Será mejor que no te retrases.

La burla en su voz la hizo enfurecer un poco, pero sabía que estaba bromeando.

—Lo que usted diga, Su Majestad —le dijo Leia haciendo una reverencia exagerada y saliendo por la puerta trasera seguida por el joven soldado.

Fuera, el cielo era una mezcla entre anaranjado y morado con el sol completamente oculto detrás de las colinas. La brisa había bajado la temperatura, pero se recordó que en poco tiempo probablemente estaría sudando.

El interior de la sala de entrenamientos estaba dividido en varios sectores; algunos eran para practicar la puntería, probablemente para el uso de arcos y de dagas y cuchillos arrojados, tal como le había contado el padre de Adara. También habían cuadrados en los que se practicaba el combate cuerpo a cuerpo, como lo estaban haciendo en ese momento dos hombres que seguramente eran soldados, sólo que sin su armadura habitual. Había una pared que estaba repleta de armas de todo tipo. Leia no podía dejar de mirarla, asombrada por todos los tipos que colgaban de allí.

Theron apareció a su lado lanzándole un palo de madera a los pies.

—¿Qué es esto? —le preguntó la joven, acucillándose para tomarlo. Se dio cuenta de que Theron llevaba uno igual en su mano.

—Un palo de madera.

—Vaya, qué gracioso —exclamó exageradamente la joven, pero Theron ni se inmutó, así que agregó: —¿Para qué?

—Son espadas de práctica —aclaró a secas avanzando hasta un cuadrado marcado sobre el suelo, similar al que los dos hombres se encontraban luchando cuerpo a cuerpo. Theron le hizo una seña para que se le uniera mientras que Allias aguardaba a un lado, observando en silencio.

Vacilando, la joven entró al cuadrado, enfrentándose a Theron. Éste comenzó a realizar algunos estiramientos de precalentamiento casi idénticos a los que habían realizado por la mañana, y ella lo imitó.

—Muy bien —declaró el capitán una vez que finalizaron. —Comenzaremos con algunas técnicas básicas para que empieces a acostumbrarte a usar una espada.

—Ya la he usado una vez, más o menos. Tuve que matar a un Inframón —admitió la joven, recordando la terrorífica y poderosa sensación de la espada atravesando el extraño cuerpo de aquella criatura.

—¿Quieres que te felicite? —inquirió Theron. Leia se encogió de hombros y dejó que continuara con su explicación. El capitán se aclaró la garganta. —El uso de la espada tiene una relación estrecha con el equilibrio. Para mantenerte en tu posición, para atacar, para defenderte, para *todo* debes tener equilibrio. Tu mente no sólo debe estar concentrada en el contrincante, sino en tus pies. Debes asegurarte de que ante cualquier cambio brusco de posición, tus pies se aferren al suelo y soporten tu peso. Porque si te caes... —al decir eso último, Theron corrió hacia ella a tal velocidad que no pudo esquivarlo. Levantó su miserable palo como si fuera a servir de algo, pero el capitán no utilizó el suyo para atacarla, sino que con su pierna empujó las suyas, y la joven cayó de lleno al suelo. Theron apuntó el pecho de Leia con su palo. —...pierdes —completó su frase, y retrocedió para que la joven pudiera volver a ponerse de pie.

La princesa sacudió un poco su uniforme y volvió a centrar su atención en Theron.

—Mantén la mira en mi arma y parte de tu mente en la posición de tus pies —le ordenó y volvió a acercarse a Leia con el palo extendido, más lento que antes. —Suelta tu espada. Ahora concéntrate en esquivar mis ataques.

Leia le hizo caso lanzando el palo al suelo cerca de ellos. Sus ojos dorados se mantuvieron en la espada de Theron, la cual se movía siguiendo el movimiento de sus pasos. La joven movió los dedos de sus pies dentro del calzado, sintiendo el firme suelo debajo de ellos.

Theron intentó esgrimir su arma hacia el costado derecho de Leia y la joven se movió hacia el otro lado con tal rapidez que casi vuelve a caerse.

—¡Aférrate al suelo! —le gritó el capitán, y la joven sólo resopló, preparándose para el próximo ataque.

Theron parecía medir sus opciones, y la tomó desprevenida cuando blandió su espada directo a su estómago. Leia alcanzó a moverse a un lado pero Theron lo vio venir, así que la punta de su arma terminó en la garganta de la joven.

—Otra vez —ordenó.

Y así estuvieron por un largo tiempo. Theron probaba distintos ataques y Leia hacía lo posible para escapar de la punta de su espada. Cayó al suelo incontables veces y ya podía imaginarse todas las partes en las que le saldrían moratones. Nunca fue capaz de zafarse de alguno de sus ataques, por lo que ya estaba empezando a hartarse.

Como si alguien lo hubiera percibido, Crain apareció en la sala, avanzando directo hacia Theron. La joven se permitió suspirar del alivio, pero se detuvo en cuanto percibió la seriedad en el rostro del padre de Adara.

—Theron, el rey te necesita —le dijo. Su respiración sonaba agitada.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán, deshaciéndose del arma de práctica y colocándose el cinturón con su espada enfundada, los cuales había dejado a un lado cuando había comenzado el entrenamiento.

—Tenemos... visitas.

Theron pareció entender las palabras no mencionadas ya que sólo asintió y se volteó para enfrentarse a Leia. La joven percibió algo en su rostro que jamás había visto en él: algo muy cercano a la preocupación.

—Quédate aquí —le ordenó.

—¿Qué sucede? —preguntó Leia sintiendo su pulso acelerarse.

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Quédate aquí y no salgas hasta que venga a buscarte.

—Theron—

—Obedece, Stormholl —gruñó el capitán, y cerró las puertas que la separaban del exterior.

Ella intentó abrirlas, pero alguno de los dos la había cerrado con llave. Ella le dio un golpe con la poca fuerza que le quedaba.

—¡Theron, abre! —le gritó, pero no hubo respuesta al otro lado.

Los otros pocos soldados que se habían quedado entrenando hasta tarde ya habían salido, por lo que sólo quedaban Allias y Leia.

—Allias, hay que salir de aquí —le dijo Leia.

—Su Alteza, no puedo desobedecer al capitán.

—¿Tienes la llave? —le preguntó señalando la cerradura de la puerta. Allias no respondió, pero Leia sabía la respuesta. —Soy tu princesa.

—Lo siento, pero mi deber es protegerla —fue lo único que dijo, y se mantuvo en su lugar con una de sus manos descansando en la empuñadura de su espada enfundada.

Leia suspiró, rindiéndose.

—¿Al menos sabes de qué visitas hablan?

—A juzgar por el hecho de que le pidieron que se quedara aquí, yo me arriesgaría a decir que son los hombres de Connor.

Aquella respuesta la dejó sin aire. Y por supuesto que tenía sentido. Sus piernas comenzaron a temblar en una mezcla de cansancio muscular y miedo e incertidumbre por lo que podía llegar a ocurrir.

.....

Cassian y Aiden habían pasado toda la tarde ayudando a sus hombres a que realizaran pequeños ejercicios para que poco a poco se recuperaran de sus heridas que le habían costado el viaje hasta Antel. Los curanderos del castillo habían hecho un gran trabajo sanándolos, pero ahora necesitaban más movimientos físicos para recuperar fuerzas.

Al atardecer, cuando se cruzaron con Leia cerca de los corredores de la enfermería, Cassian notó que ella los miró de dos maneras diferentes: primero, con algo parecido a la lástima, pena, hecho que lo desconcertó un poco; y luego de manera acusatoria debido a que ninguno de los dos le había avisado que en realidad entrenaría con Theron. Cassian se maldijo a sí mismo por no habérselo dicho en cuanto el capitán acudió a él la noche anterior.

Luego de que Leia y Cassian pasaran tiempo a orillas del río, él la había acompañado hasta sus aposentos para asegurarse de que nadie la molestara en el camino. Al salir de allí, se había cruzado con Theron, quien le dijo que si en verdad iban a hacer lo planeado, que le dejaran la parte del entrenamiento a él. Cassian no lo contradijo debido a que el hombre tenía la mejor reputación como soldado gracias a sus años en la guardia de Antel y a que fue entrenador de la mayoría de los soldados actuales. Ese era el tipo de entrenamiento que Leia necesitaría, sólo que el pelirrojo no había tenido en cuenta cuán duro Theron podía ser con ella.

—Desde que llegamos aquí, Aileen actúa cada vez más distante —comentó Aiden mientras caminaba junto a Cassian por el jardín interno del castillo iluminado por la luz cálida de las antorchas.

—Anoche parecían estar bastante unidos —murmuró el príncipe en un tono de voz apenas audible.

—¿Qué?

—Que si no te dijo qué suele hacer cuando no está contigo —respondió su hermano con inocencia fingida.

—La verdad, no —admitió Aiden, serio.

—¿Le has preguntado a Adara? —sugirió.

—Sí, pero sólo me dijo que así es Aileen en Antel. Desaparece la mayor parte del día, y cuando se digna a aparecer, actúa como si nada.

Hacía años que no pisaban el Castillo de Fuego, y en aquellos tiempos en que solían hacerlo, Aileen se la pasaba siguiendo a Adara a todas partes ya que la muerte de sus padres había sido muy temprana y la niña buscaba distraerse junto a su prima. Pero al parecer, pasando los años, la morocha comenzó a estar más distante, más ausente, y Adara se había acostumbrado con el tiempo. En cambio, Aiden parecía sentir todo lo contrario.

—Relájate, es Aileen —le recordó Cassian. —Cualquiera preferiría mantenerse alejado de ella.

Aiden no se relajó en lo absoluto. Cassian era terrible para dar consejos de ese tipo. Lo único que podía hacer era ofrecerle su compañía y retenerlo cada vez que quería ir a buscarla por todo Alicron.

Como si fuera resultado de una obra del destino, un movimiento a través de los ventanales al interior del castillo captó la atención de los gemelos. Cassian percibió cómo los hombros de su hermano se relajaban en cuanto ambos visualizaron a Adara y a Aileen caminando a la par por uno de los corredores que llevaba a la Sala del Trono.

Sin embargo, cualquier atisbo de alivio se desvaneció en cuanto sus ojos distinguieron a un grupo de soldados que las seguían por detrás, observando cada detalle del castillo con detenimiento. Uno de ellos, el que iba al frente, se encontró con la mirada de los gemelos y se mantuvo serio, dejando de mirarlos sólo cuando entró en la Sala del Trono en compañía de las jóvenes y de los demás soldados.

—¿Qué carajo? —soltó Aiden, y comenzó a caminar en dirección a ellos.

Cassian no se había dado cuenta de que sus manos estaban apretadas con fuerza en puños hasta que se obligó a seguir a Aiden.

Aquellos soldados no llevaban la armadura de Antel ni la de Orland, y sólo había un reino cuya armadura consistía en colores profundamente oscuros.

Velthorn.

Los hombres de Connor habían llegado al Castillo de Fuego.

Al llegar a la sala, los gemelos se posicionaron cerca del trono donde Daniel se encontraba sentado observando con seriedad a los quince hombres que habían llegado de visita.

—¿A qué se debe su... inesperada visita? —les preguntó Daniel, su voz retumbando en el lugar.

Adara y Aileen tomaron sus lugares al otro lado de la sala, quedando frente a los gemelos, y los cuatro intercambiaron miradas de confusión. Lo único positivo de esa situación era que no se trataba de ningún Inframon ya que ni Cassian ni Aiden percibieron sus poderes oscuros. Sólo se trataba de soldados humanos de Velthorn.

El que iba al frente se quitó el casco y sus compañeros lo imitaron. Entre todos formaban un rango de edades de entre veinticinco y cincuenta años, de todos los tonos de piel y formas de masa corporal.

—Vinimos en nombre del Rey Supremo —declaró el que parecía ser el superior, un hombre de unos cuarenta años con el cabello castaño oscuro ondulado a la altura de los hombros y ojos de un marrón tan oscuro que casi podrían considerarse negros. Era el mismo que había cruzado miradas con los gemelos en el corredor de camino a la sala.

—¿Y qué desea su rey? —inquirió el rey temporal de Antel al tiempo en que Theron y Crain aparecían por una puerta que se encontraba a la derecha del trono. Cada uno tomó su lugar al lado de Daniel con una de sus manos descansando sobre la empuñadura de sus espadas enfundadas.

—Se corrió la voz del regreso de la princesa de fuego —declaró el mismo soldado de Velthorn.

Cassian resopló. Deberían haberlo previsto. Era imposible que semejante acontecimiento pasara desapercibido por más de tres días. Aiden tenía la mandíbula tensa, observando a los soldados enemigos con ojos entrecerrados y examinadores.

—¿Niega eso, Daniel Stormholl? —preguntó el hombre.

Daniel pareció pensarlo y Cassian estuvo a punto de responder él mismo, pero Aiden pareció percibir ese impulso ya que lo miró de reojo y negó con la cabeza, un gesto apenas perceptible. El príncipe del viento centró su atención en Theron. Si él no estaba entrenando con Leia, ¿con quién estaba ella?

—No, no lo niego —contestó Daniel con el mentón en alto. —¿Cuál es el problema, soldado?

—Comandante Jarel —le corrigió el soldado, sonriendo con malicia. —El Rey Supremo manda a asegurarse de que Leia Stormholl no planee nada en contra de su reinado.

Daniel rio amargamente.

—Por supuesto que no —espetó. —Ella no intervendrá en el mandato de Connor.

Al otro lado, Cassian percibió a Aileen poner los ojos en blanco de una manera para nada disimulada, como si no le importara que los demás lo notaran.

—Queremos oírlo de sus propios labios —demandó el comandante Jarel, y en ese momento, Cassian y Aiden acercaron sus manos a las espadas que descansaban en sus respectivas fundas, poniéndose alertas.

—Yo soy el rey de Antel y les doy mi palabra de que Leia Stormholl no intentará nada en contra del Rey Supremo —declaró Daniel, pero el comandante gruñó.

—No nos iremos de aquí hasta oír esas palabras de la boca de la princesa de fuego.

Daniel compartió una mirada con Theron y éste le hizo una seña a Crain. El padre de Adara asintió con la cabeza y se retiró de la sala por la misma puerta en la que había entrado, probablemente para ir a buscar a Leia.

—Prepárate —le susurró Aiden al oído. —Quizás lo más conveniente sea no dejarlos salir vivos del castillo.

Capítulo 17

Desde que Theron la dejó encerrada en la sala de entrenamientos, Leia se dedicó a sentarse en el suelo y elongar un poco para calmar el dolor en sus músculos. Su cabeza no dejaba de dar vueltas ante todas las posibilidades de lo que podía estar ocurriendo dentro del castillo.

De un momento a otro, la puerta de la sala se abrió revelando a Crain.

—Ven conmigo, querida —le pidió a Leia.

La joven, sin saber qué decir, se levantó del suelo. Allí los siguió por detrás a través del patio trasero hasta una de las entradas del castillo. Crain se veía serio y un poco molesto.

—¿Qué vinieron a hacer? —le preguntó Leia sin aclarar que se refería a los hombres de Velthorn.

—Quieren que les afirmes que no intentarás nada contra su rey —respondió Crain con sus ojos verde pantanoso fijos al frente.

A Leia no le dio tiempo a responder ya que alcanzaron la puerta que se encontraba en la entrada principal a la Sala del Trono. Mientras avanzaba hasta alcanzar la ubicación de su tío, sentía la mirada de los soldados de Velthorn sobre ella, siguiendo todos sus movimientos.

Eran quince, por lo que pudo contar. Recordó el estado en el que se encontraba luego de haber entrenado por bastante tiempo y no le ayudó a sentirse más segura de sí misma, en especial al distinguir las armas que descansaban en las fundas de los soldados enemigos. Leia se detuvo a un lado del trono y se encontró con la presencia de las primas y de los gemelos, además de varios soldados de Antel y Theron al otro lado de Daniel.

—Vaya, pero si es la mismísima hija de Aria y Logan Stormholl —exclamó el guardia que iba al frente, con su cabello a la altura de los hombros siguiendo los movimientos de su cabeza. Sus compañeros le regalaron sonrisas llenas de malicia y picardía, y Leia tenía ganas de que se abriera un agujero en el suelo posiblemente donde se encontraban ellos.

—Vaya directo al punto, comandante —le gruñó Theron, fulminándolo con la mirada.

El comandante de Velthorn le dio la misma mirada asesina y luego volvió a mirar a Leia.

—¿Qué haces aquí, princesita?

A la izquierda de Leia, junto a una columna de mármol, Adara le hizo una seña apenas perceptible con el mentón en alto. <<Ellos son más altos, pero tú tienes más poder>>. La joven se aclaró la garganta y enderezó su postura.

—Vine a reclamar mi corona.

A su lado, Daniel pareció tensarse, pero se mantuvo en silencio observando a los soldados de armadura negra.

—Directo al grano, así me gusta —la apremió el comandante, pero Leia se mantuvo seria. —¿Serás un problema para Connor? —luego de una pausa, agregó: —Ya sabes lo que les sucede a aquellos que intentan rebelarse.

Leia echó una mirada rápida hacia los gemelos, quienes vigilaban todo con ojos atentos. Aiden capturó su mirada y negó la cabeza en un movimiento apenas perceptible. La joven le comprendió.

—Tranquilo, comandante. No planeo hacerle nada a su rey —le respondió Leia, elevando la voz.

—*Nuestro* rey, Leia Stormholl —la corrigió él. Luego señaló con el mentón hacia los gemelos. —Entonces, ¿qué significa la presencia del representante de Orland y su hermano en Antel?

Aiden odiaba esa palabra. *Representante*. Leia lo notó en el instante en que unas partículas plateadas comenzaban a flotar en las puntas de sus dedos. Cassian lo detuvo con un codazo en su antebrazo.

—Los herederos de Orland me ayudaron a regresar sana y salva, por lo que tienen merecido quedarse en el Castillo de Fuego por unos días —se le ocurrió decir a Leia, intentando no quitar sus ojos de los del comandante.

Él observó a los gemelos de arriba abajo.

—¿Algún problema, comandante Jarel? —preguntó Aiden, desafiándolo con la mirada.

—Oh, nada —exclamó sonriendo con inocencia. —Sólo que me recuerdan a sus padres.

<<Mientras los gemelos intentaban mantener al reino en orden para el regreso de sus padres, Connor les envió un... obsequio.

Venía con un aviso de que no siguieran los pasos de sus padres, y dentro del envoltorio se encontraron con la noticia de que ellos habían...

¿Cuántos años tenían?

Quince>>.

—Voy a romperte todos tus malditos huesos —siseó Aiden desenfundando su espada al mismo tiempo que Cassian. El comandante Jarel sonrió con satisfacción, como si hubiera cumplido con su objetivo.

Todos en la sala se habían puesto en posición de ataque, armas al descubierto, y Daniel se puso de pie hablando en voz alta y con firmeza:

—¡Suficiente! Comandante, ya has oído la respuesta de la princesa. Ahora les pido a ti a tu equipo que se retiren de mi castillo.

—Si los Dustin dejan de apuntarme con sus armas, me iré pacíficamente —dijo el comandante mirando fijamente a Aiden.

—Nombra una vez más a mis padres y no dudaré en quitarte el aire de tus pulmones —le advirtió Aiden, formando un pequeño remolino en su mano libre.

—Aiden, déjalos ir —le dijo Aileen desde el otro lado. —No valen la pena —agregó poniendo los ojos en blanco.

Dos de los soldados enemigos se voltearon para verla, y la morocha les sonrió sarcásticamente mientras les enseñaba el dedo del medio. A su lado, Adara mordió el interior de sus mejillas para evitar sonreír.

Leia también podría haber sonreído, pero cuando se percató de que ambos soldados avanzaban lentamente hacia ellas, no dudó en acortar la distancia que las separaba y enfrentarse a los dos soldados.

—Váyanse del castillo *ahora* —les dijo Leia señalando la salida con su dedo índice.

El comandante se volteó para mirarla.

—Ya tienen lo que querían. Les doy mi palabra de que no intentaré nada contra Connor Malstrom —siguió diciendo la joven.

Jarel la observó por unos segundos como midiendo sus palabras, y luego procedió a enfundar su espada. Los demás lo imitaron, aunque los guardias de Antel seguían alertas.

—Eso es lo que quería oír —dijo el comandante Jarel sonriendo de oreja a oreja. —Un placer haberla conocido, princesa —agregó acercándose a ella para darle una reverencia. — Recuerde que en caso contrario, podremos enviarle una pequeña advertencia a esa jovencita pelirroja. ¿Cómo es que se llama?

No. Ellos no podían saber eso.

—No importa —añadió encogiéndose de hombros. —Estoy seguro de que sabes de quién hablo —al decir eso, le guiñó un ojo a Leia y se retiró de la sala seguido por sus compañeros, guiados por un guardia de Antel.

La joven se quedó petrificada en el lugar, observándolos avanzar hacia la salida con pasos tan coordinados que parecían uno solo. Los gemelos esperaron hasta que el último soldado enemigo desapareciera por la puerta para acercarse hasta las primas y Leia. Ellos cuatro comenzaron a hablar entre ellos al igual que el resto de la sala, pero Leia oía todo desde lejos, como si no estuviera presente.

El comandante Jarel sabía sobre su familia. Sabía sobre Kailani. *Esa jovencita pelirroja*. Un escalofrío la recorrió por todo el cuerpo porque de repente se vio acorralada. Les había prometido que no intentaría nada en contra de Connor, o en otras palabras, lo opuesto a lo que haría, pero ahora su familia estaba en la línea.

—Leia —la llamó Cassian haciendo desvanecer sus siniestros pensamientos. —Ya pasó, lograste sacarlos de aquí.

<<*Pero ellos saben de mi familia*>>, intentó decir, pero el pánico que comenzaba a surgir en su interior no se lo permitía.

—¿Qué sucede? —preguntó Aiden, observándola con preocupación.

—La joven de la que se refería Jarel —aclaró Adara, y Leia agradeció internamente que la castaña pudiera entenderla. —Era Kailani, la hija de la pareja que cuidó de Leia.

Los demás comprendieron al instante.

—No puedo hacer esto —susurró Leia negando con la cabeza.

—Nos aseguraremos de que no toquen a tu familia en Emera —le dijo Aiden, y por primera vez, ella levantó la vista del suelo para encontrarse con sus profundos ojos esmeralda.

—¿Cómo puedes asegurarme eso, Aiden?

El rey del viento pareció considerarlo por unos segundos, intercambiando una mirada con su gemelo. Cassian parecía hacerle miles de preguntas con los ojos, pero Aiden sólo suspiró y volcó su atención en Leia.

—Mientras tú continúas preparándote, yo regresaré a Orland para reforzar la cantidad de hombres en cada pueblo del reino. Vendré de vuelta a Antel cuando estés lista para visitar los demás reinos.

Cassian enarcó las cejas. Aileen tensó su mandíbula. Adara se mantuvo neutral.

—Iré contigo —le dijo su gemelo, pero Aiden negó con la cabeza.

—No. Tú te quedarás para enseñarle a Leia todo lo que necesite saber para manipular su poder —le dijo Aiden con firmeza.

—Harás eso en cuanto mi madre le quite el encantamiento al collar de Leia. Connor no atacará a nadie hasta que tenga una razón para hacerlo, y la tendrá en cuanto el poder de ella se manifieste —le dijo Adara a Aiden con firmeza.

—Sobrina —la llamó Daniel, quien hasta ese entonces había estado conversando con algunos de los presentes en la sala. Theron seguía plantado a su lado.

Los demás se movieron de sus lugares para que Leia tuviera una mejor visión del rey temporal de Antel otra vez sentado en su adorado trono.

—Espero que esto te haya servido como una lección para no declararle la guerra a esa criatura —le advirtió, pero Leia no se molestó en responderle.

Todo el cansancio que había adquirido durante el día lo sintió en ese momento, por lo que sin despedirse de nadie, se retiró de la sala. Sabía que Allias iba tras ella, pero no hizo nada para detenerlo.

Al llegar a los aposentos de Aria, agradeció encontrarse con un camisón que le había dejado Annabelle sobre la cama en algún momento durante su último entrenamiento con Theron, así que se lo colocó deshaciéndose de aquél oscuro uniforme y se metió de lleno entre las sábanas, no sin antes apagar las velas que la joven rubia había encendido.

Recién en ese momento cuando la oscura soledad la rodeó, se permitió derramar algunas lágrimas silenciosas mojando el almohadón que sujetaba entre brazos hasta que fue sucumbida al sueño.

.....

—¿A qué rayos te refieres con que vas a regresar?

Luego de todo el revoltijo con los soldados de Velthorn y de que Leia regresara a sus aposentos, Aiden se dirigió en silencio escaleras arriba seguido de cerca por su hermano, Adara y Aileen.

—¿Tienes una mejor idea? —inquirió Aiden una vez que los cuatro se encontraban en uno de los balcones del Ala Norte del castillo con vistas al pueblo nocturno de Alicron.

—Es que no puedes simplemente... irte —soltó Cassian, apoyando sus antebrazos sobre la barandilla del balcón al igual que su hermano.

—Si no lo hago, si no me encargo de proteger a *mis* pueblos, a *mi* gente, seré un pésimo rey —murmuró Aiden en respuesta, bajando la mirada. —Les prometí a mamá y a papá que daría lo mejor de mí por Orland. Eso no incluye quedarme de brazos cruzados en la comodidad de la Corte de Antel mientras veo cómo Connor manipula a mis súbditos a su antojo —hizo una pausa relamiendo sus rosados labios. —¿Recuerdas lo que solía decir mamá?

—*Si un pueblo no está feliz, entonces los reyes están haciendo algo mal* —repitió Cassian en cuanto la dulce voz de su madre se repitió en su mente.

Aiden suspiró con lentitud y asintió con la cabeza.

Cassian entendía, de verdad entendía que las intenciones de su hermano eran buenas y que lo que haría sería lo mejor para Orland; pero no podía evitar sentirse frustrado porque... *no quería que su hermano se fuera*.

Jamás admitiría eso en voz alta, claro.

—Oigan, arriba esas caras largas —Adara, quien se había mantenido un poco alejada de ellos junto a Aileen para darles espacio, se acercó para pararse entre ambos y rodearles los hombros con cada brazo. —Yo tampoco quiero que te vayas —admitió la castaña sonriendo con tristeza en dirección a Aiden. —Pero también entiendo que eso es lo correcto. Aiden protegerá a su reino y nos traerá más refuerzos para la guerra que se avecina, y tú, Cass, ayudarás a Leia a adaptarse a su nueva vida y a su poder. Todos saldremos ganando —expresó, y sus redondos ojos verde pantano brillaron con emoción.

—¿Por qué todo suena tan bien cuando lo dices tú? —se quejó Cassian empujándola con su cadera. Adara rio y le devolvió el empujón.

—Se llama *el encanto Blare*, único e inigualable —le dijo la castaña, levantando el mentón.

—Detesto cuando se ponen así de sentimentales —espetó Aileen aún a una distancia prudente de ellos.

Los tres se voltearon para verla de brazos cruzados y observándolos con una mirada desaprobadora. Aiden fue quien se acercó a ella con suma cautela, esperando recibir un golpe o una queja; sin embargo, la morocha dejó que su delgado cuerpo fuera envuelto por los fuertes brazos del rey de Orland.

—Le dije a Leia lo de tus padres —Adara dijo de repente en voz baja para que sólo Cassian la oyera. El pelirrojo parpadeó varias veces, perplejo.

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—No recuerdo con exactitud cómo salió el tema, pero se lo conté con los menos detalles posibles —confesó mordiéndose el labio inferior. —Ella merece saber la historia de todos, ¿no crees? Hay que demostrarle que puede confiar en nosotros así como nosotros confiaremos en ella.

El pelirrojo asintió con lentitud, ahora entendiendo a qué se debía esa mirada de pena que Leia les había dado a él y a su hermano en los corredores de la enfermería.

—Esa chica de la que hablaba el soldado de Velthorn... ¿Dijiste que era la hermana de Leia?

—Así es. La joven pelirroja que nos ayudó a encontrarla —le respondió Adara, sonriendo con nostalgia ante el recuerdo.

Cassian observó por un momento a su hermano, quien masajeaba los hombros de Aileen y le susurraba palabras al oído.

—Espero que llegue a ellos a tiempo —murmuró Cassian, desviando la mirada hacia el pueblo que se extendía ante ellos.

—Ten fé, Cass. Ten fé —le dijo Adara a su lado posando una mano sobre la del príncipe, la cual se encontraba descansando sobre la barandilla, y le dio un apretón reconfortante.

Capítulo 18

Corre.

Eso era lo único que su mente le gritaba, y gracias a los dioses, su hermana y su mejor amigo la seguían por detrás en aquél oscuro y denso bosque. Los tres sabían de qué huían y también sabían que nunca serían lo suficientemente rápidos para salir de allí con vida, pero eso no los detuvo.

El grito de terror de su hermana detrás de ella la hizo voltearse justo a tiempo para ver cómo un Inframón la tomaba de sus tobillos y la arrastraba hacia atrás, hacia un agujero negro. Al otro lado, a Luke también lo habían alcanzado, y entre dos Inframons lo llevaban a rastras hasta ese agujero de oscuridad. Ambos se sacudían para liberarse, pero las criaturas mantenían su agarre firme. Leia intentó ayudarlos pero no tenía ningún arma. La desesperación hizo efecto en su cabeza, dejándola sin ideas.

Una cuarta criatura hizo su aparición detrás de la joven y le sonrió al punto en el que se le podían apreciar sus colmillos largos y puntiagudos. Su cuerpo era como una tiniebla oscura, pero de alguna forma extraña, era sólido. Sus extremidades, que funcionaban como brazos, alcanzaron el cuello de Leia y sus garras apretaron con fuerza. Ella intentó liberarse agitando su cuerpo, moviéndose de un lado a otro con desesperación, pero el Inframón la mantenía en su lugar. Quería gritar por ayuda pero su voz le falló. Todo comenzaba a verse borroso y el aire poco a poco dejaba de entrar en sus pulmones. El único sonido era el de los gritos lejanos de Luke y Kailani mientras eran arrastrados directo hacia la muerte.

.....

Theron chasqueó los dedos frente al rostro de Leia y la joven se sobresaltó. Habían estado trotando a la misma velocidad que el día anterior por demasiado tiempo, y cuando el capitán de la guardia se dignó a darle un corto descanso, ella fue a beber de una cantimplora. Una vez que la vació, se había quedado observando el río recordando esa horrible y demasiado vívida pesadilla.

—Ya terminó tu descanso —declaró Theron, quitándole la cantimplora de las manos.

—Bien —exclamó, levantando las manos en señal de rendición. —¿Ahora qué?

—Diez sesiones de abdominales.

Leia enarcó las cejas pero Theron se la quedó mirando inexpresivamente. Vale, iba en serio.

La joven se acostó sobre el césped, flexionó sus rodillas y llevó sus manos detrás de su cabeza. Theron pisó sus pies y sostuvo sus rodillas con ambas manos.

—Empieza —le ordenó. Leia sabía que no serviría de nada contradecirlo, así que tomó aire e hizo su primer abdominal como había visto hacer a otros soldados en sus sesiones de entrenamiento en el jardín delantero del castillo.

Al terminar la tercera sesión, cualquier fuerza que tenía desapareció. Tenía su cabeza recostada en el césped e inhalaba bocanadas de aire, las cuales le provocaba dolor en el abdomen.

—¿Te dije que pararas, Stormholl? —preguntó Theron, enarcando una ceja.

—¿Te dije... que... me torturaras..., Lade? —inquirió Leia, haciendo un gran esfuerzo por sacar las palabras de sus labios.

—Si sigues hablando, te vas a agotar más rápido —advirtió el capitán, y ella resopló.

Muy a su pesar, se obligó a continuar con los abdominales. Intentó imaginarse el alivio que sentiría cuando terminara sus diez sesiones y pudiera vaciar otra cantimplora de agua fresca. Aquél pensamiento la incentivó por un tiempo, pero a la séptima sesión volvió a dejarse caer.

—Te quedan tres, Stormholl,

—Ya... lo... sé —espetó la joven, apretándose el abdomen con ambas manos en un intento por calmar el dolor.

—¿Entonces qué haces ahí abajo? ¡Mueve ese torso! —exclamó Theron, sacudiendo sus rodillas.

Leia tenía ganas de llorar pero se reprendió a sí misma. Ya había llorado suficiente los días pasados. Ahora era momento de hacerse fuerte tanto física como psicológicamente.

Finalmente, logró completar las tres últimas sesiones de abdominales y no se permitió recostarse sobre el césped porque sabía que le costaría la vida volver a levantarse, así que se mantuvo sentada estirando las piernas cuando Theron se acercó a la canasta donde se encontraban las cantimploras.

—Descansa un poco y comenzarás con las diez sesiones de flexiones —anunció el capitán, lanzándole una de las cantimploras. A ella se le calló de las manos y tuvo que moverse un poco para alcanzarla, pero no le importó aquél error; sólo quería refrescar su garganta. —Bebe de a poco o luego vas a vomitarlo todo —le advirtió Theron.

Pese a que estaba desesperada por hidratarse, tomó su consejo y bebió de a sorbos, respirando de por medio. Su abdomen le dolía pero se concentró en desacelerar su pulso. Aún le quedaban ejercicios por hacer.

—Puedes elongar un poco para que no sufras tanto las flexiones —le aconsejó Theron con la vista fija en el río de agua cristalina.

—Gracias —murmuró la joven, y dejó la cantimplora a un lado para estirar sus extremidades. Luego de una pausa, le dijo: —¿Puedo preguntarte algo? —al ver que Theron no respondía, Leia preguntó igualmente: —¿Por qué Daniel te dejó que me entrenaras si no quiere que haya una guerra?

—Guarda el aliento, Stormholl. No quiero que te demores en hacer las diez sesiones de flexiones como lo hiciste con los abdominales —siseó sin siquiera voltearse para verla.

La joven suspiró y se quedó en silencio disfrutando sus últimos momentos de descanso.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero Theron ordenó que empezara con las sesiones. Pese a que estaba agotada, se dijo a sí misma que cuanto más rápido empezara, más rápido terminaría.

Pero claro, cuando uno decía eso, salteaba la parte del medio. Leia iba por la cuarta sesión y ya sentía que sus brazos iban a partirse por la mitad. La joven era delgada debido a que no ingería gran cantidad de alimentos en Emera. Por consecuencia, sus brazos no soportaban por mucho tiempo el peso del resto de su cuerpo. Sin embargo, se obligó a recordar esos días en los que ayudaba a Jesser a cargar con los troncos pesados hasta la tienda y se imaginó haciendo exactamente eso, transportándose mentalmente a Emera, a sus calles tranquilas y repletas de plantas naturales, a El Mercado repleto de los vendedores haciendo su trabajo; incluso se imaginó diciéndole a Karis que guardara su fuerza para un día hacer todo lo que hacía Leia. No, no Leia. Lazy.

Cuando se quiso dar cuenta, ya iba por la octava sesión. Muchas veces tuvo que detenerse para que sus brazos dejaran de temblar por la fuerza que estaban ejerciendo, pero lo estaba logrando. Paso a paso, poco a poco, lo estaba logrando.

Al terminar la última flexión, se dejó caer de lleno en el césped, girando su cuerpo para quedar boca arriba. Su pecho subía y bajaba agitadamente, su cabeza latía con punzadas de dolor, sus músculos dolían horrores, pero lo había logrado y eso era lo único que le importaba.

—Bien, hemos terminado —anunció Theron, tomando la canasta y lanzándole otra cantimplora, la cual cayó a su lado. —Al atardecer continuaremos en la sala de entrenamientos —agregó comenzando a caminar hacia la entrada trasera de las murallas del castillo.

—Oye —lo llamó Leia. —¿No me vas a felicitar?

El capitán dijo por sobre su hombro, sin molestarse en voltearse:

—Esto recién empieza, Stormholl.

Y sin más que decir, se alejó hacia el castillo.

Leia se forzó a sentarse para vaciar su tercera o cuarta cantimplora; ya había perdido la cuenta. Siguió el consejo de Theron bebiendo sorbo por sorbo, disfrutando la sensación del frescor del agua descendiendo por su garganta.

.....

Una vez que se aseó y almorzó, pasó parte de su tarde leyendo y escribiendo con Annabelle. Estaba aprendiendo deprisa y pese a que aún no podía leer largos párrafos, lograba entender algunas palabras por su cuenta. La escritura le costaba más, pero ya sabía identificar las vocales y eso era un gran avance; o al menos eso le decía Annabelle.

Uno de los relatos que leyeron esa tarde hablaba sobre la historia de un ave de fuego. Era un relato para niños, pero Leia no pudo evitar recordar aquel sueño en el que una bandada de aves en llamas volaban hacia el horizonte.

—¿Existen estas aves? —le preguntó a Annabelle, señalando el libro que se encontraba cerrado sobre una pila de los mismos.

—Hay rumores de que existieron hace mucho tiempo, pero son sólo eso, rumores —respondió la rubia. —¿Por qué?

—Curiosidad —dijo Leia, encogiéndose de hombros y volviendo su atención al papel que se encontraba frente a ella. Annabelle le había escrito todas las letras del abecedario y ella tenía que imitarlas tanto en imprenta como en cursiva.

Tiempo más tarde, Adara fue a buscar a Leia para llevarla a un recorrido por el Castillo de Fuego. Decidieron empezar por la planta en la que se encontraban, y la castaña la llevó por corredores, salas de estar, aposentos de miembros de la Corte, una sala con instrumentos, una sala destinada únicamente para libros y los dos balcones que Leia había visto con Daniel y Theron. En ese momento agradecía estar en compañía de Adara y no de aquellos dos hombres que la intimidaban constantemente.

Durante el recorrido por la tercera planta, Adara le hablaba sobre las funciones de cada parte del castillo y de cada integrante. Supo que no sólo había sirvientes, cocineros, curanderos y miembros del Consejo Real, sino que también existían mensajeros, un tesorero, un canciller y una amplia división de la guardia real de Antel.

La segunda planta constaba mayormente de los aposentos de aquellos que trabajaban en el castillo además de algunas salas de estar. También estaba la habitación en la que algunas mujeres de la Corte se reunían para coser. Adara le había explicado que allí era de donde salían todos los ropajes de los reyes y sus hijos.

—¿Y tú eres una de las que los hace? —le preguntó Leia.

—Así es —respondió la castaña. —Adoro la ropa y adoro poder crear diferentes estilos.

Leia no pudo evitar recordar a Kailani y su sueño de algún día crear su propia vestimenta. En Emera no había muchas tiendas que vendieran ropa para los habitantes, pero Kai siempre encontraba la forma de hallar materiales para crear alguna que otra prenda. La capa negra que Leia siempre llevaba puesta había sido hecha por su hermana como regalo por sus dieciséis años.

—Mi hermana se llevaría bien contigo —le dijo Leia a Adara, sonriendo más para sí misma que para ella.

—El poco tiempo que pude hablar con ella, se la pasó hablando maravillas de mi vestido, y me preguntaba cómo lo había hecho —le contó Adara. —Es una mujer entusiasta.

—Lo es —coincidió.

Pasaron también por una sala dedicada a la pintura, repleta de caballetes y cuadros pintados por algún que otro miembro de la Corte. Leia jamás intentó pintar, pero a veces se preguntaba cómo se sentiría crear una obra única e inigualable.

Al llegar al vestíbulo principal, el movimiento de gente era más intenso que en las demás plantas, así que las jóvenes optaron por caminar a través del jardín interno. Leia nunca había llegado hasta la mitad, y se percató de una pequeña fuente de agua que se encontraba camuflada por enredaderas del mismo color que las plantas que decoraban todo el lugar. La estructura constaba de un pilar de piedra en la que estaba tallado el emblema de Antel: la piedra de forma octagonal rodeada por delicadas llamas de fuego. Sobre el borde que rodeaba el agua en un círculo se encontraban talladas varias palabras. Leia pasó sus dedos sobre ellas sintiendo el relieve, e intentó leer alguna. Había una que constaba de cinco letras, y tres de ellas eran vocales que Leia recordaba. Las dos letras que quedaban

eran difíciles de recordar, pero supo de qué nombre se trataba: *Aneel*; por lo que la palabra más larga que estaba a su lado sería *Malstrom*.

—Son los nombres de todos los reyes que reinaron en Antel —le explicó Adara al ver que Leia se había detenido para observar más de cerca. —Mira, aquí está tu padre —la castaña le señaló un lugar más apartado del de Aneel, y a Leia no le hizo falta esforzarse para leerlo porque ya lo sabía: *Logan Stormholl*.

—¿El de Aria también está aquí? —preguntó Leia, buscando con la mirada. Sin embargo, se detuvo en cuanto vio por el rabillo del ojo que Adara negaba con la cabeza.

—Por mucho tiempo se debatió si tallar su nombre o no ya que es una costumbre que se realiza cuando el rey o la reina muere.

—¿Aria está viva? —a Leia se le secó la garganta de repente.

—Ese es el problema —señaló la castaña. —Nadie lo sabe. Dentro de la Corte están las personas que creen que Connor la mató y los que creen que la dejó con vida pero encerrada en su castillo —explicó, pasando una mano por el agua que se encontraba dentro de la fuente.

—¿Y tú qué piensas? —se interesó Leia.

Adara hizo una pausa, como midiendo sus palabras.

—Connor seguirá creyendo que Aria posee el fuego azul mientras que no lo perciba en ti. Así que sí, yo creo que está viva.

Eso tenía sentido, pero ahora se le sumaba una nueva preocupación: una nueva vida estaba en juego si ella no hacía las cosas con cuidado.

Ambas jóvenes siguieron avanzando por el jardín hasta llegar al otro lado, donde había otra puerta de cristal que llevaba al Ala Sur del castillo.

—Es bueno saber que algunos en el reino no pierden la esperanza de que su reina esté viva —dijo Leia luego de un corto silencio.

—Hay muchos que prefieren creer eso antes que aceptar a Daniel Stormholl como su rey.

Ambas jóvenes se sobresaltaron al oír a Aileen aclarándose la garganta detrás de ellas. Se había acercado con tal discreción que ninguna de las dos se había percatado de su presencia. Aileen sonrió, al parecer satisfecha por haber generado esa impresión.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Adara.

—Dando una vuelta por Alicron —respondió su prima, encogiéndose de hombros.

—Siempre estás dando una vuelta por Alicron —murmuró Adara con un tono irritado, y Aileen resopló, poniendo los ojos en blanco.

—¿Algún problema, primita? —inquirió, y su prima negó con la cabeza, mirando hacia otro lado. —¿Qué estaban haciendo? —preguntó para cambiar de tema.

Leia no pasó por alto la tensión que se instaló entre ellas, aunque decidió seguir la corriente de Aileen.

—Adara me estaba enseñando algunas cosas sobre castillo y la Corte —respondió mientras las tres avanzaban hombro con hombro por el jardín interno.

—Vaya, estás poniendo tus conocimientos en práctica —le dijo Aileen a Adara, y la castaña sonrió.

—A buena hora —concordó su prima.

—Tengo información que les servirá —anunció la morocha, bajando un poco el tono de su voz.

Adara y Leia compartieron una mirada de confusión, pero se mantuvieron en silencio para dejar hablar a Aileen.

—A principios de la semana próxima se realizará la celebración por el nacimiento de Aneel Malstrom, y Daniel planea aprovechar ese momento para anunciarle al pueblo de tu llegada —explicó mirando a Leia.

—¿La semana próxima?! —exclamó Adara, enarcando las cejas.

La celebración por el nacimiento de los cinco hijos de Valto Malstrom y Sereena Crystal era algo común en todos los reinos, sólo que cada uno festejaba el cumpleaños de su respectivo linaje. En Emera celebraban el nacimiento de Orianna, la hija menor de Valto y la fundadora y primera reina de Orland. Por lo tanto, a Leia no le hizo falta preguntar a qué se referían con ese acontecimiento.

—Efectivamente —dijo Aileen.

—Qué oportuno para el rey temporal —murmuró Adara con el mismo tono irritado de antes.

—Pero, ¿cuál es la preocupación? —quiso saber Leia.

—*Ese* será tu momento para dar una buena impresión y ganar el apoyo de todos los ciudadanos —le dijo Aileen.

—El problema es que no todos te aceptarán solamente por ser la hija de Aria y Logan —agregó Adara. —Tienes que ganarte su lealtad.

—¿Cómo?

—Eso lo averiguaremos en los días que nos quedan —le respondió Adara. —Lo único que tienes que saber es que no puedes decirles nada de lo que tienes planeado frente a Daniel.

—Esta celebración se suele festejar en el patio delantero del castillo para dar acceso a los habitantes de Alicron —le explicó Aileen. —Al principio, el rey dice unas palabras en memoria de la reina Aneel, y Daniel usará ese momento para presentarte al resto. Luego tendrás la oportunidad de merodear libremente por el patio.

—¿Y ahí es cuando intentaré hablar con los ciudadanos? —preguntó Leia, y ambas primas asintieron en respuesta.

—No menciones la futura guerra —le aconsejó Adara. —Luego te enseñaré un par de cosas para atraer su atención, pero tu objetivo será investigar qué necesita cada ciudadano y convencerlos de que pueden contar contigo para conseguirlo.

—Así te apoyarán cuando reclames la corona —terminó por concluir Aileen.

Leia dejó que toda la información entrara y se asentara en su mente, así el plan comenzaba a tomar forma. Pese a que no confiaba en su forma de actuar como princesa, una vez fue una ciudadana incluso en un pueblo menos avanzado que Alicron, y sabría cómo se sentirían algunos habitantes. Esperaba que ese conocimiento le sirviera para ganarse su apoyo.

—Me encargaré de hacerte el mejor vestido que cualquier princesa de Antel haya utilizado jamás —le aseguró Adara a Leia, y la joven pudo percibir un brillo de emoción en sus ojos verde pantanoso.

—Por favor, no te excedas con la brillantina —murmuró Aileen, y su prima le sacó la lengua.

—No sabes nada de moda, Aileen. Más brillantina, más atención —le dijo Adara, guiñándole un ojo. Su prima puso los ojos en blanco, aunque Leia percibió un atisbo de sonrisa en sus gruesos labios.

Al final del jardín interno se encontraron con Darlan, quien acababa de salir por la puerta trasera. Sus ojos castaños se encontraron con los de Adara y las demás. Avanzó hacia ellas con una sonrisa igual de dulce que las sonrisas de su hija.

—Me alegra ver que se estén llevando bien —dijo cuando las alcanzó. La larga falda bordó de su vestido seguía el movimiento de sus piernas y caderas.

—Sólo un idiota podría llevarse mal con Leia —le dijo su hija, regalándole una sonrisa a Leia.

—Apuesto a que eres igual de modesta y amable que tu madre —le dijo Darlan a Leia con calidez en su mirada. —¿Cómo te está tratando el resto de la Corte? —le preguntó.

—Pues... hay de todo un poco —respondió Leia, y ambas rieron.

—Ya, esa es una buena forma de decirlo —concordó Darlan, enarcando sus delicadas cejas oscuras. —¿Te estás preparando para tomar tu lugar en el trono?

—¿Tú quieres que ocupe el lugar de Daniel? —inquirió la joven. Sin embargo, recordó lo que Adara le había contado durante su viaje hasta Thornville, que su madre y Aria habían sido muy buenas amigas en aquél entonces.

—Quiero que ocupes el lugar de *tu madre* —le corrigió Darlan, y en sus ojos oscuros Leia percibió un pequeño brillo de nostalgia. —Daniel no tiene derecho a ese puesto. Sólo se aprovechó de la ausencia de los reyes y de la princesa.

Su hija y su sobrina asintieron con la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para lograrlo, pero no prometo nada —advirtió Leia. Sin embargo, la respuesta pareció bastarle a Darlan ya que volvió a sonreírle con calidez.

—Serás un orgullo para Antel —le aseguró.

<<*Espero que tengas razón*>>, dijo Leia para sus adentros. De verdad quería creer aquello; no dejaría que todo lo que estaba haciendo terminara resultando en un desperdicio.

—¿Ya han hablado algo acerca de tu poder? —le preguntó Darlan, y ella no pudo evitar bajar la mirada hasta la mano izquierda de la mujer donde se podía apreciar la marca tatuada de las hechiceras.

—Pues, habíamos acordado en que primero entrenaría un tiempo con Theron antes de dedicarme a aprender a manipular el fuego —le explicó Leia. Darlan enarcó las cejas.

—¿Estás entrenando con Theron?

Vaya, al final no había nadie que no se sorprendiera ante esa noticia. Aquél hombre no parecía tener una muy buena reputación.

—Puede ser un hijo de puta, pero es el mejor soldado que existe en Antel —dijo Aileen, y Darlan le lanzó una mirada de advertencia.

—¡Aileen, un poco de modales! —siseó su tía, pero la morocha se encogió de hombros. Luego Darlan volvió su atención a Leia. —Igual tiene razón —admitió. —Es un hombre con experiencia y te servirá aprender de él.

<<*Si tan sólo fuera menos estricto...*>>, pensó.

—¿Has logrado preguntarle sobre qué opina Daniel al respecto? —le preguntó Adara.

—Evadió la pregunta, pero volveré a intentarlo cuando lo vea —le dijo Leia, y Adara hizo un gesto que podía interpretarse como: <<*No me sorprende, viniendo de él*>>.

Darlan pareció vacilar un momento antes de murmurar:

—No creo que Daniel lo sepa.

—¿Qué? —preguntó Adara, atónita.

—Esto se está poniendo interesante —murmuró Aileen con una sonrisa maliciosa en su rostro.

—Daniel no dejará que le saques su puesto —dijo Darlan dirigiéndose a Leia. Sin embargo, su mirada parecía distante, como si estuviera resolviendo un acertijo. —A Theron nunca le cayó bien Daniel, aunque siempre actuó lo contrario para que él no lo quitara de su puesto en la guardia de Antel —siguió diciendo, entrecerrando los ojos.

Y eso sólo podía significar una cosa.

—¿Theron se lo está ocultando a Daniel? —preguntó Leia, asombrada. Siempre se imaginó a Theron como la típica persona que no se atrevería a faltarle el respeto a su superior, y *menos* ocultarle cosas.

—Por lo que confía en que le puedas quitar su lugar —le dijo Adara, igual de sorprendida que Leia.

—¿Cuántas probabilidades hay de que eso sea cierto? —inquirió la joven.

¿Cómo era que el comandante parecía odiar cada instante que pasaba con Leia, pero sí confiaba en ella para quitarle la corona a Daniel? No tenía sentido.

—Theron es un hombre lleno de secretos, Leia —le dijo Darlan, negando con la cabeza. —Soy su hermana y aún hay muchas cosas sobre él que no sé.

Su alrededor estaba empezando a tomar colores cálidos, anunciando el próximo atardecer. La joven se disculpó con las demás ya que debía prepararse para su siguiente entrenamiento con el capitán de la guardia, y las mujeres le desearon suerte a modo de despedida. Adara, por su parte, la invitó a cenar a sus aposentos cuando terminara el entrenamiento. Leia aceptó amablemente y salió del jardín interno para encontrarse con Allias.

—¿Cómo ha ido tu tarde, Allias? —le preguntó Leia de forma amigable mientras se dirigían a los antiguos aposentos de Aria.

El joven soldado se había despedido de Leia cuando ella y Adara comenzaron su recorrido por el Castillo de Fuego, por lo que había perdido contacto con él durante gran parte de la tarde.

—Muy considerado de su parte preguntar, Su Alteza —comenzó diciendo Allias, acomodándose el cinturón de su armadura. —He estado ayudando al soldado Blare con algunos preparativos para la ceremonia del cumpleaños de Aneel Malstrom.

—¿En qué momento del día se realiza? —preguntó, intentando recaudar toda la información posible sobre aquella festividad.

—Comienza por la tarde, cerca del anochecer, y termina cuando el sol vuelve a asomarse por el horizonte —le explicó el soldado mientras subían por las blancas y relucientes escaleras del vestíbulo principal.

—¿Y quiénes atienden?

—Todos los que habitan el castillo y los habitantes de Alicron. De hecho, es el único evento del año donde los súbditos del rey tienen permitido entrar a las murallas del castillo —luego de una pausa, Allias le preguntó: —¿Qué hacían en su pueblo para festejar el cumpleaños de Orianna Malstrom?

Leia no pudo evitar sonreír para sí misma. La celebración del aniversario del nacimiento de Oriana Malstrom era un día muy valioso en Emera ya que toda la población parecía ponerse de acuerdo en que al menos sólo por un día se olvidaran de la existencia de los soldados de Velthorn. Al parecer, Connor sentía un mínimo respeto por su sobrina difunta ya que siempre que llegaba ese día, los soldados que patrullaban por las calles de Emera y las de cualquier otro pueblo de Orland se desvanecían, como si nunca hubieran estado allí. La gente salía de sus casas aliviados, abrazando a sus vecinos, riendo y llorando de la emoción, y organizaban una cena comunitaria, por lo que todos aportaban un poco de su parte.

Leia tenía hermosos recuerdos de esas celebraciones, cómo jugaban de pequeños con Kai y Luke, correteando por las calles y explanadas, disfrutando un poco de libertad. De hecho, hubo años en los que simulaban que los arbustos eran soldados de Velthorn,

entonces utilizaban largas ramas que caían de los árboles como espadas y luchaban contra los arbustos, riéndose tanto de sus tonterías como de las reacciones de los ciudadanos, quienes los observaban como si hubieran perdido la cabeza. Sin embargo, nadie se atrevía a detenerlos.

Leia le contó a Allias un poco sobre lo que se solía hacer en Emera durante esa celebración, evitando hablar sobre sus seres queridos ya que no se sentía lo suficientemente segura como para decir aquellas palabras sin derramar lágrimas.

Allias escuchaba con atención y de vez en cuando elogiaba al pueblo de Leia, un gesto que a la joven le agradó, en especial luego de escuchar las opiniones negativas de dos de los miembros del Consejo Real durante su primera cena en el Castillo de Fuego.

Al llegar al corredor que llevaba a los antiguos aposentos de Aria, vieron que Annabelle estaba en la puerta esperando a la joven con un conjunto de ropa oscura en sus brazos. A Leia no le hizo falta acercarse mucho más para darse cuenta de que se trataba de su uniforme de entrenamiento.

—Su Alteza, el comandante Lade me ordenó que le entregara esto —le dijo Annabelle en cuanto la alcanzaron. Leia notó como la rubia hacía lo posible para evadir los ojos color miel de Allias.

—Gracias, Annabelle —le dijo la joven, tomando el uniforme en sus manos y abriendo las puertas de los aposentos.

No fue hasta que las cerró detrás de sí para quedar a solas en la habitación que se detuvo en seco. Sus ojos viajaron a la pequeña mesa redonda de la esquina frente al ventanal; pero no a la mesa, sino a lo que se encontraba encima de la misma. Pequeños tocones de madera estaban apilados en forma piramidal, y a un costado de los mismos, un conjunto de herramientas que Leia conocía a la perfección.

Pasó varios segundos rígida en su lugar, parpadeando varias veces para comprobar que no estuviera soñando. ¿Cómo había llegado eso allí? ¿Quién le había conseguido esas cosas? ¿Por qué? ¿De dónde las había sacado? Su mente se llenó de preguntas sin respuestas, pero se obligó a salir de su trance para acercarse hasta la mesa. Dejó sobre la cama su uniforme de entrenamiento y rozó con las yemas de los dedos las siluetas de las herramientas que por años había utilizado para tallar madera junto a Jesser. Los recuerdos asomaban a su mente como imágenes casi vívidas. Lo recordaba todo a la perfección, pero al mismo tiempo parecía que se trataran de recuerdos de una vida pasada totalmente diferente a la de ahora, cuando en realidad sólo habían pasado algunas semanas.

El último rayo de sol atravesó la ventana frente a ella, recordándole que tenía algo pendiente que hacer. Dejó los tocones y las herramientas intactos sobre la mesa y procedió a cambiarse para salir de allí lo más rápido posible.

Al llegar a la sala de entrenamientos, sólo se encontró a Theron. Al igual que la noche anterior, sólo serían ellos en la habitación rodeados de filosos y poderosos armas.

El capitán se encontraba recargado contra una pared comprobando el filo de su espada. Sin levantar la mirada para ver a Leia, le dijo:

—Trata de no hacerme esperar tanto la próxima vez.

Sí era cierto que cuando salió al patio trasero el sol ya se había ocultado detrás de las colinas, pero no le había tomado tanto tiempo llegar. Al parecer, Theron sí que era una persona puntual.

Antes de que la joven siquiera pudiera defenderse, Theron le lanzó una espada de práctica. Leia intentó atraparla en el aire pero falló y calló a sus pies. Refunfuñando, la tomó del suelo y se sorprendió al notar que era más pesada que la que habían usado el día anterior. Theron pareció ver la expresión de confusión en su rostro ya que le dijo:

—Ese peso se asemeja más al de una espada de verdad. Es hora de que empieces a acostumbrarte.

—Pero yo ya usé una espada cuando—

—¿Acaso te lo pregunté? —la interrumpió, enarcando las cejas. Al no responder nada, le indicó: —Ponte en posición.

Leia resopló y volcó su atención primero a sus pies para asegurarse de tener controlado su equilibrio y luego a la mano con que sostenía su espada. Al ser más pesada, ya no era tan fácil sostenerla con una sola mano, en especial porque todo el brazo le dolía por consecuencia de la cantidad de flexiones que hizo por la mañana, pero obligó a su muñeca a mantenerse firme.

Sin decir nada, Theron se le acercó, su arma a punto de partirle todo su cuerpo a la mitad de forma vertical, pero Leia fue lo suficientemente rápida como para tomar ambos extremos de su espada y extenderla para bloquear su ataque. Se sintió un poco triunfante al haberlo logrado, pero Theron no parecía inquietarse en lo más mínimo.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dijo Leia, y Theron negó con la cabeza.

—Concéntrate en el combate —siseó, haciendo presión contra su bloqueo.

La joven no tenía la suficiente fuerza en los brazos para aguantar todo el peso de la presión que ejercía Theron contra ella, por lo que, como pudo, lo empujó a un lado. Mejor dicho, ella fue la que se movió a un lado apenas moviendo el arma de Theron. El comandante se la quedó mirando por unos segundos y volvió a atacar yendo de lleno al centro de su estómago. La joven lo esquivó en el último segundo moviendo todo su cuerpo a la izquierda. Se tambaleó un poco pero logró recobrar el equilibrio a tiempo para recibir otro ataque. Ese iba directo a su rostro, por lo que extendió su espada para empujar a un lado la de Theron y moverse a la derecha.

Para el siguiente ataque, Theron la distrajo con una blandida hacia su pecho, y mientras Leia usaba ambos brazos para sostener su arma y detener el ataque, el comandante utilizó una de sus piernas para enganchar la de la joven y tirarla de espaldas al suelo. La punta de su espada descansaba sobre el pecho de Leia que subía y bajaba con respiraciones agitadas.

—Muerta —dijo Theron, y se movió a un lado para dejarla ponerse de pie. —Otra vez.

Y así estuvieron durante un largo tiempo. Theron se dedicaba a atacar y Leia a defenderse y esquivar. El cansancio en sus músculos comenzaba a notarse cada vez más cuando veía que esquivaba menos ataques.

—¿Así piensas ganar la guerra, Stormholl? —la regañó Theron. Leia se encontraba inclinada con las manos sobre sus rodillas, respirando agitadamente.

—¿Tú quieres la guerra, Theron? —ella aprovechó su oportunidad y levantó la cabeza para verlo a los ojos. —¿Tú quieres que yo ocupe el lugar de tu rey y lleve a Antel a la guerra?

—Quiero a Connor muerto. A él y a toda su mierda —el tono oscuro en su voz hizo que Leia recuperara su compostura.

—¿Daniel sabe que me estás entrenando?

Theron la miró a los ojos con su característica expresión de seriedad.

—No lo sabe —siguió presionando, una sonrisa triunfante asomando a su rostro. — ¿Qué te costaba habérmelo dicho? ¿Qué habría pasado si yo te hubiera delatado sin querer, sin saber que se lo estabas ocultando?

—¿Se lo hubieras dicho, Stormholl? ¿Le hubieras dicho que estás entrenando para tomar su lugar e ir a la guerra, hacer todo lo contrario a lo que él quiere? —contraatacó el capitán, acercándose en posición de ataque.

Leia miró atentamente los movimientos de Theron mientras le decía:

—Yo tengo mis razones para ocultárselo —se defendió. —¿Y tú?

Ambas espadas chocaron entre sí y tanto Leia como Theron ejercían presión. La joven sabía que no podría contra la fuerza del comandante, pero se mantuvo en esa posición por unos segundos, mirándolo directo a los ojos a través de la cruz que formaron sus armas.

—También tengo mis razones —siseó Theron, y Leia se movió a un lado cuando no pudo soportar más la fuerza que él ejercía contra ella. —Mi deber siempre fue con la Corona, y ambos sabemos que Daniel no pertenece allí.

—Entonces, ¿por qué pareces como su mano derecha? —quiso saber Leia, y se movió con rapidez a la izquierda cuando Theron intentó atacar su costado derecho. Sólo se tambaleó por un momento, pero el comandante aprovechó para empujarla con el hombro. La joven calló al suelo, jadeando.

—A veces, fingir es necesario. En especial dentro de la Corte —fue lo único que dijo él, y luego optó por acabar con la conversación diciendo: —Bien, ahora cambiaremos los roles. Tú atacas y yo me defiendo.

Leia tardó unos momentos en reincorporarse. Cada parte de su cuerpo le dolía como los mil demonios, pero se obligó a resistir sólo por un rato más. Luego podría darse otro largo y caliente baño y recostarse en la comodidad del colchón mullido.

Theron se quedó parado en su lugar analizando a Leia con la mirada. La joven hizo lo mismo.

—Al atacar, debes buscar las debilidades de tu oponente. Para lograr eso, lo único que tienes que hacer es observar —le explicó el comandante.

La joven sostuvo lo que se suponía que era la empuñadura de su espada con ambas manos y se lanzó hacia Theron, apuntando directo a su rostro. El capitán bloqueó el ataque con facilidad y la empujó hacia atrás. Leia se tambaleó pero logró recuperar rápido el equilibrio y blandió su arma hacia el costado derecho de Theron. Él volvió a bloquearla con su arma en posición vertical y nuevamente la empujó hacia atrás.

Así pasaron el tiempo que quedaba de entrenamiento: Leia intentando atacar a Theron. No tuvo éxito en ninguno de sus intentos. Incluso en un momento intentó derribarlo como lo había hecho él enganchando su pierna con la de ella, pero Theron esquivaba todos sus movimientos con gracia y rapidez.

Al finalizar, a Leia le dolía cada parte de su cuerpo y requirió de todo su esfuerzo para no dejarse caer al suelo. Theron se fue a beber de una cantimplora al tiempo en que le lanzó otra a Leia. La joven la atrapó torpemente pero no perdió más tiempo y se bebió todo el contenido en tragos lentos y desesperados a la vez.

—Te veo mañana, Stormholl —le dijo Theron a modo de despedida, abriendo la puerta que llevaba al exterior.

—Theron, espera —lo llamó, y una parte de ella sabía que él la iba a ignorar, pero cuando se detuvo dándole la espalda, se sorprendió de tal manera que tardó unos segundos en recordar qué iba a preguntarle. —¿Crees que pueda tomar el lugar de Daniel?

El capitán estuvo en silencio por un largo momento, y Leia ya daba por sentado que él no iba a responderle. Sin embargo, tomó aire para hablar:

—No, Stormholl —sus palabras le borraron cualquier esperanza existente a la joven, hasta que agregó: —No vas a tomar su lugar. Vas a *recuperar tu* lugar.

Dicho eso, salió de la sala dejándola helada en el lugar. ¿Acaso Theron acababa de decir que Leia lograría lo que creía imposible? <<*No todo está perdido*>>, dijo para sus adentros, y se estiró un poco antes de salir al exterior.

Allias estaba del otro lado de la puerta y la escoltó hasta los aposentos de Aria. Ella sabía que tenía una cena pendiente con Adara, pero primero quería deshacerse del uniforme que llevaba puesto y darse un rápido baño. Como si la hubiera llamado mentalmente, Annabelle apareció en la puerta de los aposentos ofreciéndole preparar el baño para ella. La joven aceptó y esperó a que Annabelle terminara su trabajo, volviendo su atención a los tocones de madera y las herramientas que aún se encontraban sobre la mesa redonda.

—Annabelle —la llamó aún con los ojos sobre los objetos en la mesa.

—¿Sí? —dijo ella desde el baño.

—¿Has visto a alguien entrar aquí con los materiales que se encuentran sobre la mesa? —preguntó Leia.

Hubo un corto silencio del otro lado, como si estuviera intentando recordar.

—La verdad es que no, Su Alteza. Creí que había sido usted —terminó por responder.

Leia suspiró y no dijo nada más.

.....

Una vez aseada, la joven emprendió su camino hasta los aposentos de Adara. Sabía dónde se encontraban ya que la castaña se los había enseñado durante su recorrido por el castillo esa tarde, aunque hubo varias esquinas en las que dudó bastante para qué lado dirigirse. Sin embargo, logró alcanzar su destino y Adara la recibió con un rápido abrazo y se movió a un lado para dejarla pasar.

Los aposentos de la castaña eran más pequeños que los de Aria. El suelo era de alfombra de un color beige y las paredes estaban cubiertas con papel bordó y delicados espirales en blanco. El lugar contaba con una cama igual de grande que la que se encontraba en los aposentos de Aria, cubierta por un acolchado rosado y almohadones de diferentes tonalidades de rosa, una gran estantería repleta de libros, un armario probablemente lleno de vestidos, un extenso sofá rosado, una mesa de noche a cada lado de la cama y una mesa redonda como la que estaba en los aposentos de Aria, colocada contra un gran ventanal con vistas al Ala Este del castillo.

Ambas tomaron asiento frente a esa mesa sobre la que se encontraba una bandeja con dos platos repletos de comida además de dos copas y una jarra de agua y otra de lo que parecía ser cidra.

—Tienes cara de que Theron te dejó exhausta —le dijo Adara, riendo.

—Esa es una buena forma de decirlo —concordó Leia, contagiada por la risa.

—Cassian también comenzó a entrenar. Ya sabes, el niño está obsesionado con todas las técnicas de combate que pueda aprender —comentó la castaña, divertida.

Leia recordó el mediodía del día anterior cuando regresaba de su primera sesión de entrenamiento con Theron. Al pasar por el jardín delantero del castillo, se había encontrado con la imagen de un príncipe de Orland con el torso al descubierto y su cabello y cuerpo sudados por entrenar bajo el sol. Desvió la vista rápidamente hacia la ventana para no ver a Adara.

—Sí, me he enterado —dijo Leia, aclarándose la garganta.

Pasaron varios segundos en los que Adara no dijo nada, por lo que eso hizo que Leia se volteara para mirarla con confusión. La castaña la estaba observando con un brillo pícaro en sus ojos que la hizo sentirse un poco incómoda.

—Con que te has enterado... —murmuró Adara, apoyando un codo sobre la mesa para descansar la barbilla sobre la palma de su mano. —Por tus mejillas sonrojadas y tus ojos alerta, doy por sentado que ya lo has visto, ¿o me equivoco? —preguntó con diversión, enarcando una ceja.

Las mejillas de Leia ardieron aún más ante ese tono.

—No sé a qué te refieres —dijo la joven con rapidez, bebiendo agua de su vaso.

—No te culpo, cariño. Él se ve bien sexy cuando entrena —dijo la castaña, riendo, con tanta naturalidad como si no se tratara del príncipe de Orland. Leia casi se atraganta con su último trago de agua.

—Siempre hablamos de mí. ¿Qué hay de ti? ¿Estás interesada en alguien? —se apresuró a cambiar de tema para darle tiempo a sus mejillas de que se enfriaran.

—Entonces sí estás interesada en Cassian —insistió la castaña, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Que no! Diablos, soy un asco para hablar sobre estas cosas —espetó Leia, pasando ambas manos por su corto cabello un poco húmedo por el baño.

Adara rio ante aquél gesto.

—No te preocupes, sólo estaba jugando —dijo, guiñándole un ojo de manera cómplice. —En cuanto a mí, digamos que... es algo complicado —añadió, sonriendo de lado y pasando una mano por la parte trasera de su cuello.

—¿A qué te refieres? —cuestionó Leia, frunciendo el ceño.

—Pues, según las políticas de Daniel, dentro de poco deberán escogerme una pareja —explicó encogiéndose de hombros.

Leia hizo una mueca y Adara rio.

—Créeme que si llego a ser reina, no permitiré que suceda eso —le aseguró la joven.

—Entonces mi madre estaba en lo cierto cuando dijo que eras igual a tu madre.

—¿A qué te refieres?

—Aria fue la primera reina que se casó por amor, por lo que cuando ascendió al trono, estableció que se cancelarían los matrimonios arreglados —explicó Adara, cortando un trozo de carne que había en su plato.

—¿En serio? —preguntó Leia, sorprendida. La castaña asintió en respuesta. — ¿Entonces Daniel volvió a decretar esa regla? ¿Por qué?

—Porque es el tipo de persona que prefiere quedarse con las costumbres de sus antepasados antes que probar algo nuevo —respondió a secas con un tono irritado en su voz.

Eso podía significar que todo lo que había logrado hacer Aria en su corto tiempo como reina llegó a su fin cuando Daniel tomó su lugar, retrocediendo los avances innovadores que aquella mujer había logrado.

—Menuda mierda —murmuró Leia. Adara asintió con la cabeza mostrándose de acuerdo —Por cierto —añadió volviendo a su tono normal de voz. —Logré que Theron me respondiera y, al parecer, Daniel no sabe que su capitán me está entrenando.

—Eso explica los horarios de tu entrenamiento —reconoció Adara, y Leia se mostró de acuerdo. Eran los momentos del día en que Daniel no necesitaría a Theron, o al menos no comúnmente. —¿Y cómo te está yendo con eso?

Leia le contó algunas cosas sobre las mañanas y noches que pasaba con el capitán de la guardia, que él era demasiado exigente y que ella no lograba resistir tanto como él quería. La castaña le dijo que no se frustrara ya que llevaría tiempo ponerse en forma, y Leia lo sabía, pero deseaba que Theron también ya que no parecía saberlo.

El resto de la cena se basó en chismeríos de la Corte que Adara compartía con Leia, y también le habló sobre las hermosas telas que había conseguido para empezar a hacer su vestido para la ceremonia que se aproximaba. Leia intentó sacarle más información, pero Adara se negó a revelar detalles ya que quería sorprenderla, como un regalo de bienvenida a Antel.

Poco después de terminar su cena, una sirvienta pasó para retirarles la bandeja y dejarles un recipiente repleto de frutas frescas y dulces. Al mismo tiempo en que la mujer se retiró, Cassian entró en los aposentos, una brisa de su poder recorriendo el interior de Leia.

—Buenas noches, bellas doncellas de Antel —saludó dándoles una reverencia. Ambas jóvenes rieron.

—¿Qué haces aquí, Dustin? —le preguntó Adara, enarcando una fina ceja castaña.

—Pues, tu prima y mi hermano se encerraron en los aposentos de él, por lo que no quiero estar presente para escucharlos —respondió, sentándose en un extremo de la cama para verlas de frente.

—Esos dos no pierden el tiempo —dijo Adara, poniendo los ojos en blanco.

Tomó el recipiente de frutas y se lo ofreció a Cassian, quien tomó una manzana que parecía brillar con la luz de las antorchas.

—¿Cómo has estado, Leia? No te he visto desde lo que ocurrió con los soldados de Velthorn —le dijo Cassian antes de hincar sus dientes en la manzana.

—Bueno, he estado entrenando y aprendiendo cosas con la ayuda de Adara —respondió la joven.

—¿Te enteraste de la ceremonia en honor a Aneel? —le preguntó Adara al príncipe del viento. Él frunció el ceño.

—¿Qué hay con eso?

—Es en una semana y Daniel usará esa ocasión para presentar a Leia ante el pueblo —le explicó Adara.

Cassian enarcó sus cejas y miró a Leia. La joven se encogió de hombros.

—¿Cómo se enteraron?

—Gracias a Aileen —le respondió Leia, y Cassian pareció recordar algo ya que volvió a mirar a Adara para decirle:

—Por cierto, ¿tienes idea de por qué tu prima se pasa todo el día desaparecida? Aiden se pone insoportable cada vez que no sabe nada de ella.

Adara lo fulminó con la mirada.

—No soy su madre, no puedo controlarla todo el tiempo —le dijo, reclinándose contra el respaldo de la silla.

—¿Suele desaparecer seguido? —le preguntó Leia, intrigada.

—No recuerdo cuándo empezó a actuar más distante, pero cada vez se presentaba menos a las clases que atendíamos todas las jóvenes doncellas de la Corte hasta el punto en que dejó de asistir por completo. Fue hace varios años, y siempre que intentaba preguntarle, evadía la pregunta o me decía que le gustaba pasear por Alicron —explicó Adara, jugando con la tela coral de su vestido.

—¿Alguna vez intentaste seguirla? —preguntó Cassian, y la castaña levantó la vista rápidamente hacia él.

—Jamás haría algo así, Cass —le dijo ella con seriedad en la voz. —Me preocupo por ella, pero no quiero invadir su privacidad. Todo empezó poco después de lo que le ocurrió a sus padres, por lo que decidí aceptar que ella necesitaba tiempo a solas.

Cassian extendió sus manos hacia arriba como mostrándose inocente.

—Ya entendí, sólo preguntaba —dijo, y siguió mordisqueando su manzana. Luego de pasar un tiempo en silencio, el príncipe levantó la mirada hacia Leia. —¿Has considerado el posible hecho de que en la ceremonia, cuando tus súbditos te conozcan, quieran que les des una demostración de tu poder?

Sus súbditos. Sonaba tan extraño y aterrador en la cabeza de Leia; aunque al fin y al cabo era cierto. Pero no podía arriesgarse a mostrar su poder en público mientras Emera estuviera desprotegido.

—No dejaré que me quiten el encantamiento hasta que me aseguren de que Emera está bajo la protección de los hombres de Aiden —dijo la joven con seguridad.

Cassian parecía a punto de objetar, pero decidió simplemente asentir con la cabeza, mostrando comprensión.

—Será mejor que empieces a pensar en una excusa para los habitantes —le advirtió Adara.

—¿Y si digo la verdad y ya? ¿Que lo hago para proteger a mi familia? —inquirió Leia, y la castaña negó con la cabeza.

—Hay gente que podrá entenderte y aceptarlo —comenzó diciendo. —Pero hay otra parte de la población que lo tomará como una señal de debilidad, de incertidumbre, y se pondrán del lado de Daniel.

Pese a que le costaba aceptarlo, Adara tenía razón. Leia no podría hacer entrar en razón a todo el pueblo, y *menos* a aquellos que se veían muy influenciados por el rey temporal de Antel.

—Entonces, ¿qué puedo decirles?

—Ya pensaremos en algo —dijo Cassian, despreocupado, terminando su manzana.

El príncipe se puso a tontear con el tronco de la misma haciéndolo flotar sobre la palma de su mano con su poder. Leia lo observó con asombro, como hipnotizada por las partículas plateadas que flotaban alrededor de lo que quedaba de la manzana.

—Hablemos de temas más importantes —declaró Adara, cruzando una de sus piernas sobre la otra. Se volteó hacia Cassian y le preguntó: —¿Ya sabes qué vas a llevar puesto a la ceremonia del cumpleaños de Aneel?

Cassian soltó una risa seca.

—¿Eso se supone que es un *tema más importante*? —le preguntó, enarcando una ceja.

—Por supuesto que sí —exclamó ella, pasando una mano por su cabello trenzado de una manera coqueta. —La apariencia es una de las cosas más importantes, Dustin.

En respuesta, el joven agitó su mano libre y el cabello de Adara se despeinó por completo, como si hubiera estado dentro de un tornado. Leia y Cassian rieron y la castaña fulminó con la mirada al príncipe, enseñándole el dedo del medio.

Tiempo más tarde, el príncipe anunció que se iría, a lo que Leia aprovechó para acompañarlo; no sólo porque quería hablar con él respecto a lo que se había enterado de sus padres, sino porque también comenzó a notar que Adara se encontraba cansada pese a que hacía un buen trabajo ocultándolo. Ambos se despidieron de ella y comenzaron a caminar por los corredores del castillo. Allias, quien había aguardado por Leia cerca de la puerta de los aposentos de Adara, se debatió entre seguirlos o no, pero la joven le dijo amablemente que se tomara la noche para descansar. Al principio, él no parecía muy convencido, pero finalmente accedió, dejando al príncipe y a ella a solas.

—Oye, Cassian, yo... —Leia comenzó diciendo, pasando una mano por la parte trasera de su cuello. Ambos se habían detenido frente a unas ventanas por las que se podía apreciar el jardín interno del castillo iluminado por las llamas de las antorchas y por la luz plateada de la luna alta en el cielo. —Me he enterado sobre lo que le pasó a tus padres, y... —¿por qué le costaba tanto pronunciar las palabras? —Es decir, ya lo sabía desde hace tiempo. Esas noticias suelen llegar rápido a los pueblos lejanos, pero Adara me contó algunos detalles que no sabía y... —tomó aire profundamente, odiándose por lo imbécil que debía de estar sonando. —Sólo quería decirte que lo siento. Y mucho.

Dejó salir un suspiro de alivio en cuanto terminó de hablar. No sabía cuáles eran las palabras correctas para una situación como aquella. Por un momento temió haberla cagado debido a que el pelirrojo se mantuvo en completo silencio, pero finalmente una leve sonrisa triste asomó a sus rosados labios.

—Gracias, princesa —dijo con sus ojos esmeralda fijos en el jardín interno. —He oído tantas versiones de ese mismo hecho... —soltó, sus hombros encorvándose ligeramente. — Las personas suelen cambiar la historia para que suene más interesante o dramática, pero jamás escuché que alguno dijera lo que en verdad sucedió, ¿sabes? —al terminar de hablar, volteó su rostro para poder ver a la joven a los ojos. Ella sintió su garganta seca pero tragó a la fuerza.

—¿Y qué es lo que en verdad sucedió? —preguntó con cautela.

Él se la quedó mirando por un largo tiempo y de repente había tanto dolor en su mirada que la joven sintió el impulso de abrazarlo y sostenerlo en sus brazos como él había hecho con ella dos noches atrás. Sin embargo, se mantuvo en su lugar sosteniéndole la mirada e intentando transmitirle que ella estaría ahí para acompañarlo.

—Has pasado por mucho, yo no... no quiero empeorar las cosas —admitió él por lo bajo, volviendo a observar a través de la ventana.

Ella se relamió los labios.

—En verdad quiero saberlo —le dijo en un susurro, acercándose un poco más a él. — Necesito saber de qué más es capaz Connor —añadió cerrando los ojos con fuerza, como si con tan sólo decir su nombre pudiera sentir todo el dolor que él causaba en la gente.

Cassian volvió a suspirar, aunque esta vez sonó un poco entrecortado. En verdad le seguía afectando lo que le sucedió a sus padres. Era una herida que aún no había sanado y que probablemente no lo hiciera en mucho tiempo. Quizás nunca.

—Sólo... pídemme que me detenga si crees que es demasiado, ¿sí? —le pidió a la joven, sin atreverse a mirarla a los ojos.

Ella asintió en silencio, siguiendo la mirada del príncipe hasta el vacío jardín interno. Centrada en el movimiento de las hojas de las plantas provocado por la fresca brisa otoñal, Leia oyó la historia del príncipe.

No lo detuvo en ningún momento, incluso mientras sentía su pecho desgarrarse por dentro con cada palabra que escuchaba.

Capítulo 19

Era una tarde primaveral en el pueblo de Olkrien cuando Cassian Dustin se encontraba rodeado de un grupo curioso de niños de su edad. Al joven príncipe le encantaba pasar tiempo allí con ellos. La vida en el pueblo era tan diferente a la vida en el castillo: no existían las formalidades ni las etiquetas y él podía actuar con soltura, sin pensar más de dos veces antes de decir alguna palabra. Además, los niños eran amables y divertidos y les gustaba ver a Cassian manipular su poder. Él aún no lo tenía muy claro, pero su padre le había enseñado lo básico para un niño de diez años, y el pelirrojo se encontraba satisfecho por el momento.

Una niña de largo cabello rubio oscuro y ojos castaños captó su atención. Seguro de sí mismo, arrancó una flor cercana de un arbusto y la elevó en el aire con su poder para acercársela a ella, quien se sonrojó profundamente cuando la tomó con una de sus manos. Olfateó su fresco aroma y le dedicó una sonrisa tímida al pelirrojo, quien le devolvió el gesto.

--¡Cass, es hora de regresar!

La voz firme y a la vez cariñosa de su padre llegó a sus oídos desde la distancia. El niño se despidió de los demás agitando su mano y corrió hasta la entrada del castillo donde su padre y su hermano gemelo aguardaban por él.

--Deja de coquetear con todas las niñas de Olkrien --se quejó Aiden con sus delgados brazos cruzados sobre su pecho.

--¿Celoso, hermanito? --inquirió Cassian con tono burlón, enseñándole la lengua. Su gemelo puso los ojos en blanco y comenzó a caminar en dirección al interior del Castillo del Viento.

--Compórtense, muchachos --dijo su padre, poniendo una mano en el hombro de Cassian para avanzar juntos hacia la misma dirección que Aiden.

Su madre aguardaba por ellos en el vestíbulo principal. Llevaba un sencillo vestido plateado que se amoldaba perfectamente a su torso hasta su cintura, donde se convertía en una larga falda de tul grisáceo. Ella les sonreía con la misma calidez de siempre, haciendo que sus ojos color miel brillaran casi tanto como la corona dorada sobre su cabeza.

--Cenaremos en un rato --les informó, pasando una mano por la mejilla de Aiden con suavidad. --¿Quieren darse un baño primero?

--Yo ya lo hice --dijo primero Aiden, sonriendo con satisfacción.

Cassian no dijo nada, manteniendo la mirada en sus pies. Su madre lo observó, expectante.

--¿Cass? --inquirió, levantando una prolija ceja castaña.

--Bien --el pelirrojo resoplo. --Ya voy --murmuró desganadamente mientras avanzaba hacia las escaleras con los hombros encorvados. Llegó a oír a su madre reírse, e incluso sin voltearse a mirarla pudo sentir cómo negaba con la cabeza.

Mientras sus padres y su hermano se quedaron conversando en el vestíbulo, Cassian puso un pie en el primer escalón. Y se detuvo.

En su interior comenzó a florecer una sensación oscura y fría que recorría cada parte de su cuerpo. Se estremeció de pies a cabeza y se volteó lentamente para ver a su familia. El primero en

encontrarse con su mirada fue Aiden, y en su rostro se podía ver la pregunta: <<¿Qué rayos es eso?>>. Luego, ambos miraron a sus padres. Su madre lucía normal y corriente, pero su padre... Su rostro había palidecido al instante. Se volteó en seco para mirar en dirección a la entrada del castillo, como esperando a que alguien apareciera por allí.

--¿Mikah? --preguntó la reina con cautela al percatarse del estado de su esposo. --¿Qué sucede?

El rey de Orland parpadeó varias veces y se volteó lentamente hacia su esposa. La sensación en el interior de Cassian se hacía más intensa a medida que pasaba el tiempo.

--Llévate a los niños --dijo su padre en voz baja, llevando una mano lentamente hacia la empuñadura de su espada enfundada.

--¿Cariño? ¿Qué-?

--¡Llévate a los niños, Celina! --esta vez, el rey lo exigió en un grito. La reina se sobresaltó pero pareció comprender la razón ya que tomó a Aiden de la muñeca y lo arrastró hasta los pies de las escaleras donde aún se encontraba Cassian. --¡Soldados, a mí! --ordenó el rey, y los hombres que se encontraban más cerca desenfundaron sus armas y rodearon a su rey.

--Mamá, ¿qué sucede? --preguntó Aiden, su tono de voz apenas audible. Cassian lo conocía demasiado bien y pudo identificar con facilidad el miedo en sus ojos verde esmeralda; y también lo supo porque él se sentía igual, en especial cuando la delicada mano de su madre rodeó su muñeca con una fuerza inquietante.

Ella no le respondió, sino que los arrastró por un corredor de la planta baja, dejando al rey y a sus hombres a solas en el vestíbulo.

La sangre corría por el cuerpo de Cassian a una velocidad preocupante. Creyó que su corazón explotaría en su pecho. Su poder le pedía a gritos manifestarse, pero el niño sabía cómo controlarlo, al menos por el momento. Y esa oscuridad que alteraba todo en su interior se hacía más y más intensa...

Ni él ni su hermano ni su madre tuvieron tiempo de reaccionar antes de que una extraña criatura apareciera frente a ellos en un abrir y cerrar de ojos. Su madre gritó tan fuerte que los oídos de Cassian zumbaron.

En un momento, ella estaba delante de ellos separándolos de la criatura, y en otro, ambas habían desaparecido, dejando a los gemelos solos en el corredor.

Primero, ambos se observaron en silencio como intentando comprender si aquello en verdad había sucedido. ¿Esa extraña criatura acababa de desvanecerse con su madre? ¿Acaso algo así podía ser real?

Y luego, como para terminar de confirmar que todo eso sí era cierto, más criaturas oscuras aparecieron al final del corredor flotando directamente hacia ellos. El primero en reaccionar fue Aiden, quien tomó la mano de su hermano y juntos comenzaron a correr en dirección contraria. Las piernas de Cassian ardían ante tanta adrenalina y tensión, pero no se atrevió a disminuir la velocidad, en especial por los sonidos escalofrantes que salían de las gargantas de aquellos seres sobrenaturales.

Uno de ellos alcanzó con sus garras una de las piernas de Aiden y lo atrajo hacia sí. Él gritó de tal manera que Cassian se volteó y sin perder ni un segundo, dejó que todo su poder se disparara de sus manos. Las cuatro criaturas que los perseguían fueron expulsadas al otro extremo del corredor, liberando a Aiden debido a que no se habían esperado aquél ataque.

El uso de su poder dejó a Cassian demasiado agotado, pero se obligó a mantenerse de pie y ayudar a su hermano a seguir corriendo. Él estaba temblando del miedo y Cassian probablemente también, pero siguieron corriendo como si su vida dependiera de ello, algo que quizás sí era cierto.

Llegaron al vestíbulo principal al tiempo en que una de las criaturas tomó por el cuello a su padre y lo estampó contra una de las paredes. Los soldados hacían lo posible para ahuyentar a las criaturas, pero muchos ya habían perdido la vida en el proceso. El estómago de Cassian dio un vuelco al presenciar aquella escena y a los cuerpos inmóviles en el suelo de algunos de los hombres de su padre, hombres que él conocía y con los que alguna que otra vez había interactuado.

El rey cayó al suelo luego de deslizarse por la pared, sin la fuerza necesaria para volver a levantarse. Las criaturas flotaban a su alrededor sonriendo sádicamente al verlo en aquél estado tan vulnerable.

--Ll-llévenme --soltó de repente con un hilo de voz. --Llévenme s-sí quieren, pero n-no a mis hi-hijos --jadeó, llevándose una mano a su abdomen probablemente herido.

Dos de las criaturas descendieron hasta tocar el suelo, y en ese momento sus cuerpos oscuros tomaron forma humana de una manera que Cassian no supo explicar incluso habiendo presenciado aquél hecho. Se veían como dos jóvenes de no más de veinticinco años con cabello negro azabache en forma de rastas y grandes ojos rojizos. Lucían casi idénticos entre sí, así como Cassian y Aiden, sólo que uno llevaba el cabello más largo y su cuerpo era más musculoso; pero ambos se veían igual de tenebrosos y macabros, en especial con sus sonrisas demoníacas.

--No te preocupes, Dustin --dijo uno de ellos, el de cabello más largo. Se acucilló frente al rey para que éste lo mirara a los ojos. --Connor sólo te quiere a ti y a tu esposa --explicó, encogiéndose de hombros en un gesto que decía <<No es asunto mío>>. --Eso les pasa por enviar espías a Velthorn --le reprochó, señalándolo acusatoriamente con un dedo índice. --Saben que no pueden salir ilesos de algo como eso. ¿Espiar al Rey Supremo? Caíste muy bajo, Mikah --agregó, riendo con amargura.

Se puso de pie y se movió a un lado para darle paso al otro joven que se veía idéntico a él. Se acercó al rey y antes de que alguien pudiera reaccionar, le asestó una patada en el abdomen en el lugar exacto donde él estaba herido. Un gruñido de dolor salió de sus labios, pero no pronunció palabra alguna.

Cassian y Aiden, quienes estaban escondidos detrás de una columna, se estremecieron al oír a su padre quejarse de esa manera.

--Tenemos que ayudarlo --susurró Aiden.

--¿Cómo? --preguntó Cassian con desesperación en el mismo tono bajo de voz.

Antes de que Aiden siquiera pudiera pensar en alguna idea, los dos extraños se voltearon en su dirección. El de cabello más largo sonrió con malicia.

--Salgan de ahí, mocosos --canturreó. --No es necesario que se escondan. Podemos percibirlos.

--¡No! ¡Déjenlos! --gritó su padre, pero el otro joven le volvió a asestar una patada en el mismo lugar, haciéndolo callar.

Los gemelos compartieron una mirada cargada de miedo y dolor y salieron de detrás de la columna sin atreverse a separarse el uno del otro. El joven de cuerpo más imponente les dedicó una sonrisa de satisfacción y se acercó un poco a ellos.

--Esto, niños, es para que aprendan a que jamás deben meterse con el Rey Supremo --acercó su rostro al de ellos para susurrar: --Porque nunca ganarán.

Al pronunciar esas últimas palabras, él volvió a tomar su forma demoníaca al mismo tiempo que el otro joven, y ambos rodearon el cuerpo débil del rey de Orland para desvanecerse con él, al igual que todas las demás criaturas que estaban presentes como observadoras. En un abrir y cerrar de ojos, lo único que quedaba en el vestíbulo eran los cuerpos de los soldados sin vida y de los que estaban heridos gravemente.

Los gemelos se quedaron rígidos en su lugar mirando un punto fijo en el vacío. Uno de los guardias que parecía no tener heridas tan graves se acercó hasta ellos y los tomó de los hombros, mirándolos a los ojos.

--Haremos lo que esté en nuestro alcance para traerlos de vuelta. Lo lamento.

Dicho eso, se volteó para ayudar a sus compañeros.

Aiden fue el primero en moverse. Comenzó a caminar en dirección a la salida del castillo sin molestarse en decirle a su hermano que lo siguiera. Igualmente, Cassian lo hizo y se dio cuenta de cuánto temblaban sus piernas. Un movimiento en falso y caería de rodillas al suelo.

Cuando llegaron al exterior y la brisa primaveral les acarició el rostro, Aiden se detuvo en seco haciendo que Cassian casi chocara con su cuerpo.

--¿Aiden...? --preguntó el pelirrojo con cautela, y odió la manera en que se oía su voz, tan quebradiza y débil.

--Quiero estar sólo, Cassian --espetó su hermano, y comenzó a caminar a paso apresurado en dirección al pueblo de Olkrien. Cassian quería seguirlo, tenía tantas ganas de correr hacia él y pedirle que no lo dejara sólo... pero no lo hizo. Optó por darle su espacio.

El resto de la tarde transcurrió tan borrosa que Cassian no recordó lo que hizo ni cómo llegó a encontrarse sólo en sus aposentos, pero una vez que se dejó caer en su mullida cama a solas en la oscuridad de esa fría habitación, el hecho de que sus padres se hubieran ido se asentó en su mente y los sollozos se escaparon de su garganta sin piedad.

.....

La noche anterior al cumpleaños número quince de los gemelos, al igual que todas las noches desde hacía cinco años, Cassian rezó a solas en sus aposentos a la diosa Ventum para que le llegaran señales de sus padres. Lo que no se esperaba era que ese día recibiera una respuesta, una tan traumática que sería imposible de olvidar, sin importar cuánto tiempo pasara.

Por la tarde, los miembros de la Corte de Orland habían organizado una ceremonia en la Sala del Trono. Habían invitado a gran cantidad de habitantes de Olkrien, en especial a aquellos jóvenes que se habían hecho amigos de los gemelos. Todos estaban más grandes y habían cambiado mucho físicamente, pero sus relaciones seguían intactas.

Mientras Aiden se encontraba sentado en el trono de su padre conversando con un grupo de jóvenes de su edad, Cassian se encontraba un poco apartado de la ceremonia en compañía de Gemma, la joven rubia de ojos castaños que hacía poco se había convertido en algo más que la amiga del príncipe. Era la primera vez que Cassian experimentaba algo así con una chica, y Gemma siempre había estado ahí para él desde la desaparición de sus padres.

--Te ves hermosa --le susurró a la muchacha depositándole un suave beso en la mejilla. Gemma se sonrojó y le sonrió con calidez, rodeando su cintura con sus morenos brazos.

Él la rodeó con sus ahora más fortalecidos brazos y ambos se balancearon al ritmo de la melodía que hacían sonar un grupo de músicos del castillo. Cassian mantuvo sus ojos cerrados para disfrutar de aquél momento de paz con la mejilla de Gemma contra su pecho.

Y de un momento a otro, la escena se vio interrumpida cuando las puertas de la sala se abrieron de par en par. La música se detuvo y todos los presentes se voltearon en aquella dirección. El comandante de la guardia de Orland había entrado seguido por un grupo de soldados de armaduras oscuras con el emblema de un reino que Cassian conocía a la perfección. Todos sus músculos se tensaron y su poder se puso alerta, recorriendo su sangre a más velocidad. Se separó de Gemma sin decir palabra alguna y comenzó a avanzar hacia su hermano sin quitar la vista de los soldados enemigos.

--Su Alteza, estos soldados de Velthorn, según dicen, han venido en son de paz --anunció el comandante una vez que estuvo de pie frente al trono del rey.

Los jóvenes que antes estaban hablando con Aiden habían desaparecido de allí, por lo que sólo el pelirrojo se encontraba sentado allí. Una de sus manos estaba aferrada con fuerza al apoyabrazos del trono mientras su vista estaba fija en los soldados de armadura oscura.

--¿Qué quieren? No son bienvenidos a Orland --la voz del pelirrojo sonó firme y amenazadora. <<La voz de un rey>>, pensó Cassian para sus adentros.

Se quedó de pie a un lado de su hermano con una mano descansando sobre la empuñadura de su fiel espada enfundada. Su postura era recta y seria, tal como le habían enseñado en los entrenamientos.

--Venimos a desearles un feliz cumpleaños número quince, Su Alteza --habló el hombre que se encontraba al frente con una sonrisa divertida en su rostro. Cassian no percibió ninguna oscuridad proveniente de ellos, por lo que se relajó un poco al notar que no se trataba de Inframons.

--Su Majestad el Rey Supremo Connor les envía un obsequio --comentó otro de los soldados, mostrando dos cajas cuadradas que cargaba en sus brazos. Tenían un tamaño intermedio.

--No aceptamos obsequios de nuestros enemigos --siseó Aiden, fulminándolos con la mirada.

--¿Enemigos? Su Alteza, le aconsejo que tenga cuidado con su elección de palabras --le advirtió el soldado que iba al frente con cautela. --No venimos a causar ningún inconveniente. Sólo

les dejaremos los obsequios y nos iremos —dicho eso, le hizo una seña con el mentón al otro soldado para que dejara a los pies de Aiden las dos cajas.

El príncipe se lo quedó observando con furia en sus ojos, pero dejó que hiciera lo dicho. El soldado depositó las cajas y regresó con sus compañeros.

--Muy bien, eso es todo —anunció Aiden sin dejar su expresión seria y amenazante. —Ahora, retírense de Orland.

--Como usted diga, Su Alteza —murmuró el soldado con una sonrisa traviesa en sus labios que inquietó ligeramente a Cassian.

Para sorpresa de todos, los soldados de Velthorn abandonaron el Castillo del Viento sin causar ningún inconveniente. El comandante de la guardia de Orland se aseguró de que ellos salieran del lugar sin tomar desvíos indeseados.

Poco a poco, la celebración continuó. Los músicos comenzaron nuevamente a tocar sus instrumentos, hecho que ayudó a que los invitados se relajaran un poco.

Los gemelos Dustin compartieron una mirada silenciosa como solían hacer siempre para comunicarse únicamente con gestos, y decidieron que abrirían los obsequios en una sala aparte. Se disculparon con los demás y, cargando una caja cada uno, salieron de la Sala del Trono dejando atrás la alegre melodía.

Escogieron los aposentos de Aiden para estar a solas, y en el trayecto hasta allí, Cassian intentaba evitar pensar qué se encontraba en sus manos. Ni siquiera se atrevía a calcular el peso de la caja.

Una vez dentro, ambos depositaron las cajas sobre la cama de Aiden y dieron un paso atrás.

--En verdad no quiero hacer esto —admitió Cassian en voz alta, pasando una mano por su revoltoso cabello anaranjado con nerviosismo.

--Es que... no lo entiendo —soltó Aiden. —No volvieron a aparecer desde aquella tarde hace cinco años. ¿Por qué lo hacen ahora?

Cassian negó con la cabeza sin saber qué responder. Tenía las mismas preguntas e inseguridades que su hermano, podía sentirlo.

--¿Crees que...? —su voz falló y tragó grueso para volver a intentarlo. --¿Crees que esto tenga algo que ver con papá y mamá?

Aiden se volteó para mirarlo a los ojos.

--¿Suena muy tonto si digo que quiero que sea una señal de que regresarán? —preguntó él, sonriendo de lado con tristeza. Cassian le respondió con la misma sonrisa ya que pensaba igual. Aiden tomó aire profundamente, inflando su pecho. —Bien, a la cuenta de tres. Cuanto antes terminemos con esto, mejor —decidió, y su hermano asintió con la cabeza mostrándose de acuerdo. —Uno...

--Dos... --continuó Cassian, ambos dando un paso hacia las cajas.

--Tres —soltaron al unísono, tomando las tapas con ambas manos y levantándolas de las cajas.

Un grito desgarrador salió de la garganta de Aiden al tiempo en que retrocedía con brusquedad y caía de rodillas, cubriéndose el rostro con ambas manos para seguir gritando contra ellas; Cassian, por su parte, se había apartado de la cama justo a tiempo para expulsar todo lo que había ingerido durante la celebración mediante arcadas que sacudían todo su cuerpo.

Sintió cómo el aire se iba de sus pulmones y entraba con dificultad, como si no tuviera más espacio.

Recordaba a la perfección el rostro maduro de su padre con unos grandes y redondos ojos verde esmeralda debajo de unas pobladas y despeinadas cejas anaranjadas, corto cabello enrulado del mismo color, una nariz un poco gruesa y labios rosados y a veces resecos.

También recordaba a la perfección el delicado rostro de su madre con unos pequeños y finos ojos color miel oscura, largas pestañas, finas cejas castañas del mismo color que su largo cabello lacio que mayormente llevaba recogido en un prolijo rodete, una nariz delgada sobre unos finos labios un poco más oscuros que los de su esposo, al igual que el tono de su suave y cálida piel.

Esos rostros que tanto recordaba ahora yacían dentro de esas cajas. Ese había sido el obsequio de Connor Malstrom.

Mucho tiempo después, cuando aquél recuerdo no resultaba tan borroso para Cassian, recordó que las cajas venían con una nota escrita por el mismísimo Rey Supremo:

*Para los herederos al trono de Orland,
quienes no cometerán los mismos errores que sus padres
porque ya conocen las consecuencias.
Su Rey Supremo, Connor Malstrom.*

.....

Jamás creyó que sería capaz de contar esa historia con tanto detalle, y *menos* a alguien que apenas había conocido semanas atrás. Ni siquiera había sido capaz de hacerlo con Adara y Aileen. Algunos detalles los veía innecesarios o simplemente difícil de decirlos en voz alta, pero allí con Leia Stormholl a su lado tan sólo escuchándolo sin interrumpir ni una sola vez, ni siquiera cuando él tenía que detenerse para tragar sus propias lágrimas, las palabras brotaban de sus labios por sí solas, vaciando todo su interior.

Cuando finalizó, no tenía idea de cuánto tiempo había pasado, pero seguían allí frente a la ventana por la que se podía apreciar el nocturno jardín interno del Castillo de Fuego. El pelirrojo no se había dado cuenta de que sostenía con fuerza el vendaval de la ventana hasta que apartó sus manos y estas le dolían como los mil demonios.

Por un momento creyó que había quedado solo, pero se volteó a su izquierda y vio que Leia seguía allí mirando un punto fijo a través de la ventana. Era muy difícil leer su expresión, pero notó que algunas lágrimas comenzaban a derramarse por sus mejillas. Ella intentó apartarlas parpadeando rápidamente.

—Dioses, Cassian, yo... —su voz sonaba temblorosa. Relamió sus labios. —Es... es... Lo lamento tanto —soltó, pasando ambas manos por su rostro.

El príncipe soltó un suspiro y recargó sus antebrazos sobre el vendaval.

—Gracias —susurró sin mirarla a los ojos. —No sólo por eso, sino por escucharme y no... huir —admitió, formando una fina línea con sus labios.

Sintió una cálida y suave mano sobre su brazo, y sólo por un momento creyó que se trataba del tacto de su madre.

—Gracias a ti por confesármelo —le dijo Leia, dándole un suave apretón. —Debió de ser muy difícil haber dicho todo eso, así que... gracias por confiar en mí.

Cuando él giró su rostro para verla, ella le estaba sonriendo de lado, moviendo su pulgar para acariciar su brazo. Él no pudo evitar sonreír también. Jamás se imaginó que decir todo aquello se sentiría como un peso quitado de sus hombros. El dolor seguía ahí en su pecho, por supuesto, pero ya no sentía que lo oprimía tanto.

—Haremos que paguen, cada uno de ellos —le aseguró ella en voz baja, dando un pequeño paso hacia él.

Ese gesto Cassian lo interpretó como una invitación silenciosa, por lo que se apartó de la ventana para quedar frente a ella. Extendió sus brazos un poco y ella acortó la distancia que los separaba para rodearlo de la cintura y abrazarlo con fuerza. Él sabía que para momentos así, las palabras no valían de mucho. Pero los gestos... los gestos lo valían todo.

Correspondió el abrazo rodeando su pequeño cuerpo y apoyando su mentón sobre la cabeza de la joven, aspirando un suave perfume floral que provenía de ella y que le hizo cerrar los ojos inconscientemente.

Luego de un tiempo en los brazos del otro, se separaron poco a poco. Leia le sonrió con timidez y bajó la mirada, gesto que a Cassian le causó ternura, en especial por el ligero rubor en sus redondas mejillas.

—Será mejor que... vaya a dormir —dijo la joven, señalando en dirección a los aposentos de Aria. —Mañana por la mañana tengo entrenamiento con Theron y me asesinará si llego tarde —añadió, poniendo los ojos en blanco. Ambos rieron.

—Está bien, no quiero que te regañen por mi culpa —le dijo Cassian con una sonrisa divertida en sus labios. —Que descanses.

—Tú también —respondió Leia. Se volteó sobre sí misma para comenzar a avanzar hasta sus aposentos, pero se detuvo unos pasos más adelante. Volvió a mirar a Cassian a los ojos cuando le dijo: —Y no te preocupes. Yo tampoco diré nada de esta noche.

El pelirrojo asintió con la cabeza a modo de agradecimiento y se quedó mirando en silencio a la joven princesa alejarse por el corredor hasta su destino. Recordó haberle dicho las mismas palabras la noche en la que ella se desahogó en sus brazos luego de que las actitudes de Daniel y Theron la quebraran, y no pudo evitar sentir una calidez extraña en su pecho que no sentía desde la desaparición de sus padres.

Capítulo 20

—¿Recuerdas a mi madre?

Alexander y Dean se encontraban en medio de una partida de cartas que Alexander le había robado a un soldado que estaba distraído limpiando una mancha de salsa de tomate de su pecho que el morocho “sin querer” había causado, cuando Dean hizo esa pregunta de repente, interrumpiendo el silencio de la noche.

—¿A qué viene eso? —inquirió el morocho, enarcando una ceja.

—Es que... estuve pensando en mi próxima obra y, ya que jamás pude verla a ella en persona, me gustaría retratarla en una de mis pinturas lo más parecida posible —explicó Dean al tiempo en que dejaba una carta sobre el tablero.

Alexander suspiró, pasando una mano por su cabello ondulado mientras que con la otra sostenía sus cartas.

—Creí que no te gustaba pintar personas —murmuró el morocho, escogiendo una carta para luego dejarla sobre el maso.

—Supongo que puedo hacer una excepción por ella —dijo el joven, encogiéndose de hombros.

Alexander recordaba perfectamente cómo se veía Mary Galia físicamente. El problema era que recordar eso llevaba a recordar también la manera en que su cuerpo poco a poco se iba deteriorando gracias a ese virus que la estaba consumiendo durante el embarazo de Dean. Sin embargo, su amigo lo estaba observando con un brillo de súplica en sus pequeños ojos azules, por lo que se obligó a tomar aire profundamente y a dejar las cartas a un lado.

Y le contó todo. Le habló sobre sus finos ojos verde oscuro y las abundantes pestañas oscuras alrededor de los mismos; le mencionó sobre sus delgadas y un poco despeinadas cejas del mismo tono oscuro que su cabello completamente lacio que le llegaba por sobre sus hombros; le mencionó sus pómulos redondos y los hoyuelos que se le marcaban al sonreír al igual que a Dean; le habló de la forma de sus labios delgados cuya punta superior tenía forma de corazón. Por último, le mencionó que solía vestirse con colores alegres para resaltar frente a todos los miembros de la Corte. Le gustaba que la miraran con desconcierto y que susurraran sobre ella como si ella no se diera cuenta.

Cuando finalizó, Dean tenía una sonrisa embobada en su rostro, como si se pudiera imaginar a su madre a la perfección.

—Gracias —le dijo con honestidad. Alexander sólo se encogió de hombros y desvió la mirada hacia el pueblo que se extendía ante ellos debajo del balcón en el que se encontraban. —Mi padre... ¿Cómo la trataba? —preguntó el castaño con cautela, como si tuviera miedo de la respuesta.

—Ella lo hizo diferente, ¿sabes? —le contó Alexander, riendo con amargura. —Marco siempre fue un cretino lameculos de Connor, pero cuando Mary llegó a su vida, él simplemente... cambió. Dejó de ser tan influenciado por el rey y optó por centrarse en construir una nueva vida con tu madre, aunque sin dejar su puesto de capitán de la

guardia, claro –hizo una pausa para relamerse sus secos labios. –En verdad pensé que él cambiaría, pero luego le sucedió eso a Mary y... fue como si la parte sabia de él se hubiera ido con ella.

–Y volvió a ser el lameculos de Connor.

–Y volvió a ser el lameculos de Connor –repitió Alexander, asintiendo pesadamente con la cabeza.

El castaño suspiró y formó una fina línea con sus rosados labios. Sus ojos también estaban clavados en el pueblo frente a ellos.

–Comenzaré a pintarla mañana –anunció el joven luego de un largo silencio. –¿Me ayudarás con tu opinión? En verdad quiero que mi dibujo se asemeje lo más posible a su verdadero rostro.

–Claro, como sea –murmuró Alexander, poniéndose de pie. –Será mejor que descanses.

–Sí, tú igual –concordó Dean, también poniéndose de pie. –¿Estarás ocupado mañana? –indagó.

–Llegarán esclavos de uno de los pueblos de Lontern, así que... –explicó el morocho, pasando una mano por la parte trasera de su cuello.

–Cierto –dijo Dean haciendo una mueca de disgusto. –Bien, entonces supongo que nos veremos más tarde.

Alexander le dedicó un simple asentimiento de cabeza y salió de allí. Su cuerpo se encontraba agotado luego de haber ido a las minas con sus hermanos por la mañana; sin embargo, tenía algo que hacer antes de irse a dormir.

Se dirigió a las cocinas aprovechando que el personal se encontraba durmiendo y tomó algunas frutas pequeñas y fáciles de masticar y una cantimplora con agua fresca y limpia. Escondió todo dentro de la capa que llevaba sobre sus hombros y se dirigió a las mazmorras.

Esta vez, los dos guardias que se encontraban apostados en la puerta se trataban de Inframons, y Alexander sabía que no podía tratarlos con tanta indiferencia como a los soldados humanos, quienes con tan sólo su presencia casi que se cagaban encima.

–Buenas noches, Su Alteza –saludó uno de ellos, y ambos le regalaron una leve reverencia. Su poder oscuro recorría todo el cuerpo de Alexander.

–Soldados –saludó el morocho con un leve gesto de su cabeza. –Connor me envió a pagar un par de cuentas con uno de los prisioneros –mintió con una expresión seria y señalando un cuchillo enfundado en su cinturón.

Ambos hombres compartieron una mirada confusa.

–¿A esta hora? –preguntó el mismo que lo había saludado.

–¿Eso importa? –inquirió Alexander, cruzándose de brazos con cuidado de no aplastar las frutas y la cantimplora.

—Es que el rey...

—Si quiere, puedo ir a despertarlo y explicarle que no pude hacer lo que me pidió porque es un *horario inapropiado* —le dijo el morocho sin molestarse en ocultar su irritación.

—Por supuesto, adelante —el Inframón terminó por ceder y ambos se movieron a un lado para dejarlo pasar.

Alexander les sonrió con satisfacción y cerró la puerta detrás de él una vez que se encontraba del otro lado. Dejó escapar un suspiro de alivio y comenzó a avanzar por el oscuro y helado pasillo, descendiendo escaleras cuando fuera necesario, hasta llegar a la celda cuya llave él poseía una copia.

Abrió la reja con cuidado de no sobresaltar a la persona que estaba dentro. Se encontraba recostada en el suelo envolviendo sus rodillas contra su pecho.

—Hey —susurró con cuidado, y la persona abrió los ojos con lentitud, parpadeando varias veces para aclararse la vista. —Te traje un poco de comida —añadió él, sacando las frutas y la cantimplora de su capa y depositándolas en el suelo frente a la persona.

Ésta se incorporó sentada en el suelo y observó la comida con curiosidad. Con una mano fría y temblorosa, tomó una pasa de uva y la llevó a sus labios resecos y carnosos. Alexander se sentó en el suelo frente a la persona en el otro extremo de la celda y descansó la cabeza contra la pared detrás de él, cerrando los ojos para darle más privacidad.

La persona comió muy de a poco, intercalando cortos sorbos de agua fresca. Debido a su tembloroso pulso, algunas gotas de agua caían sobre la tela que cubría su cuerpo, pero no le importó en lo absoluto.

—Gracias —dijo con voz rasposa una vez que ya no quedaban más frutas y la cantimplora estaba casi vacía. Alexander abrió los ojos y asintió con la cabeza, un <<de nada>> silencioso.

Se puso de pie y verificó que no quedaran rastros de que allí hubo comida. Tomó la cantimplora de las manos de la persona y la escondió nuevamente dentro de su capa. Cuando estuvo a punto de abrir la puerta para salir de allí, ésta volvió a hablar.

—Ella... ¿Cómo e-es ella? —preguntó en un tono de voz apenas audible.

Alexander resopló y pasó una mano por su cabello para desordenarlo un poco.

—¿Qué quieres saber? —inquirió él, inexpresivo, dándole la espalda.

—¿C-cómo luce? ¿Es castaña? ¿Mo-morocha? ¿Y sus o-ojos?

Se tomó su tiempo para responder. Lo que más le inquietaba era no saber qué consecuencias traería que él le hablara sobre ella. Sin embargo, había algo en su interior que no le permitía irse de allí sin responderle, por lo que aún de espaldas, le habló sobre la joven, sobre todo lo que había observado en ella durante tantos años.

Se había hecho muy tarde cuando terminó y la persona detrás de él se encontraba completamente satisfecha, y por primera vez desde que llegó a Velthorn, sus ojos celestes

brillaron con mucha intensidad, como si le hubieran dado el obsequio que siempre quiso. Sin embargo, no mencionó palabra alguna, por lo que Alexander le echó una última mirada inexpresiva y salió de allí, volviendo a cerrar la reja con llave.

De regreso en la planta baja, se aseguró de dejar la cantimplora en su lugar en las cocinas antes de comenzar su camino hasta sus aposentos. Todo su cuerpo protestaba por el cansancio mientras subía por las escaleras, pero pudo resistir hasta alcanzar la cuarta planta donde se encontraba su destino.

Pero como en su vida nada era fácil, ni siquiera recorrer un simple corredor hasta sus aposentos, jamás pudo llegar hasta allí. Incluso tampoco pudo percibir el oscuro poder de Connor hasta que lo tuvo delante de él y recibió un puñetazo en el rostro de su parte. El impacto fue tan fuerte que su espalda chocó contra la pared detrás de él. Por instinto, llevó su mano a la zona de su rostro donde había recibido el golpe. Su labio estaba sangrando.

—¿Quién te crees que eres, rata inmundada? —siseó Connor entre dientes, mirándolo con furia.

Por supuesto que estaba acostumbrado a esa mirada dirigida específicamente a él, pero en verdad no entendía a qué se debía su enojo. La última vez que interactuó con él fue por la mañana cuando le ordenó que fuera con los gemelos y con Dilaya a las minas, lo cual habían cumplido los cuatro por igual.

—¿Y ahora qué quieres? —preguntó Alexander, sin molestarse en limpiar la sangre de su labio que ahora recorría su barbilla hasta su cuello.

En vez de recibir una respuesta, Connor lo empujó hasta que se adentraron en una habitación inhabitada y a oscuras. Por las pocas siluetas que pudo percibir en la oscuridad, se trataba de una simple sala de estar. Connor cerró la puerta detrás de sí con un estruendo y cruzó sus musculosos brazos contra su amplio pecho.

—¿Dónde estuviste hoy? —exigió saber el rey.

—Fui a las minas. Tú me lo pediste —respondió el morocho con irritación.

—No juegues conmigo, imbécil —acortó la distancia que los separaba y lo tomó del cuello de su camisa. Alexander no hizo nada para detenerlo, sólo lo miró fijamente a los ojos iguales de rojizos que los suyos. —¿Me vas a decir dónde estuviste luego de ir a las minas o prefieres que te lo diga yo?! —gritó contra su rostro. El morocho hizo un gran esfuerzo por no entrecerrar los ojos. Debía mantenerse firme.

Al escuchar sus últimas palabras, comprendió a qué se debía tanto alboroto. Lo que no llegaba a entender era cómo mierda se había enterado de eso.

—¿Desde cuándo tengo que decirte a cada lugar que voy? —inquirió.

—¡Me importa una mierda qué haces o qué no haces con tu vida! —le gritó el rey, empujándolo hasta hacerlo tambalear hacia atrás. —Pero cuando se trata de Antel, es de mi incumbencia y lo sabes —agregó con un tono más bajo y frío. —Dime qué rayos hacías allí, maldita sea.

El morocho alisó su camisa con desinterés.

—Quería dar una vuelta —respondió a secas.

Un largo y pesado silencio se estableció entre ambos, y Alexander se preparó para recibir la paliza de su vida. Sin embargo, el rey habló con voz serena:

—¿Con que así es como quieres hacer las cosas? —ambos se miraron a los ojos fijamente. El rey, al no recibir respuesta, sonrió con satisfacción. —Entonces le iré a dar una visita a tu cachorro.

Todos los músculos de Alexander se pusieron alerta y su poder rugía con desesperación en sus oídos.

—No —dijo con firmeza, dando un paso hacia Connor.

—¿No? —preguntó, enarcando una gruesa ceja oscura. —Te crees más astuto que yo y así no es cómo funcionan las cosas, Alexander. Vas a pagar por tu comportamiento de mierda.

En un abrir y cerrar de ojos, Connor tomó su forma demoníaca y salió disparado hacia la puerta. Alexander no perdió ni un segundo más e imitó el proceso, volando a gran velocidad hacia él.

Antes de que ambos alcanzaran los aposentos de Dean, Alexander empujó a Connor para desviarlo, haciendo que los dos chocaran contra un muro. El rey rugió con furia y atacó con sus dientes y garras sin piedad. Por dentro, Alexander suplicaba que su amigo fuera lo bastante astuto como para vencer a su curiosidad y quedarse dentro de sus aposentos.

No importaba cuántos cientos de años Alexander había vivido y luchado, nada era suficiente cuando se enfrentaba a la furia de Connor. Era una fiereza mucho más ancestral y sobrenatural que cualquier criatura del Inframundo, como si el propio Hellias, el dios de la muerte, poseyera el alma de Connor o la manipulara a su antojo.

El enfrentamiento no había durado mucho. El morocho había recibido todo tipo de rasguños, cortes, mordidas y golpes en todas las partes de su cuerpo. Volvió a su forma humana con la poca fuera que le quedaba y calló al suelo de espaldas. Sus costillas dolían con cada respiración que tomaba.

Connor también tomó su forma humana, pero se mantuvo de pie frente a Alexander, observándolo con triunfo y desprecio desde su imponente altura.

—Dime qué hacías en Antel o continuaré esto con Scall —dijo entre dientes el rey, sin quitar sus ojos furiosos de los suyos.

Alexander intentó hablar pero sólo un hilo de voz había salido de su garganta. Diablos, no podía identificar una mínima parte de su cuerpo que no le doliera horrores. Probablemente hasta alguno de sus huesos estaba roto.

—Leía —soltó finalmente, intentando tragar la poca saliva que le quedaba. —Sabía q- que estaba allí y q-quería verla yo m-mismo.

Connor se lo quedó observando en silencio por un largo tiempo, como saboreando sus palabras, hasta que finalmente relajó su postura y asintió con la cabeza.

—¿Tan difícil era decirme la verdad? —inquirió, cruzándose de brazos. —La próxima vez has el favor de ahorrarme el enfrentamiento —añadió, poniendo los ojos en blanco. Parecía a punto de irse; sin embargo, más palabras salieron de sus labios: —Y una cosa más, hijo mío —se puso de cuclillas para acercarse al rostro de Alexander, quien estaba haciendo un gran esfuerzo para mantenerse despierto. —Si te llegas a interponer entre esa mocosa y yo, si algo de lo que tú haces es en favor de ella, haré de tu vida algo incluso más miserable de lo que ya es.

Al ponerse de pie, le asestó una patada en el costado de su estómago tan deprisa que el morocho no tuvo tiempo de cubrirse, y recibió el impacto de lleno. Lo único que le salió fue una mueca de dolor ya que ni siquiera tenía fuerzas para utilizar su voz.

—Espero que esto no se repita —fueron las últimas palabras de Connor antes de que desapareciera por el corredor.

Y el morocho no pudo resistir más tiempo. No sabía si moriría si se permitía cerrar los ojos, pero cualquier cosa sería mejor que estar consciente en ese estado. La oscuridad lo consumió sin ningún mínimo asomo de luz para alumbrarlo.

.....

Al abrir los ojos, esperó encontrarse con la obscuridad y frialdad del Inframundo; su cuerpo le dolía con tanta intensidad como si estuviera allí. No extrañaba para nada aquél lugar y sabía que Connor tardaría en regresarlo al mundo de los vivos por la estúpida discusión que habían tenido.

Sin embargo, se sorprendió al percatarse, cuando su vista se aclaró, de que en realidad se encontraba recostado en una de las camillas de la enfermería del castillo. Una corriente de alivio lo recorrió de pies a cabeza pese a que eso le hizo sentir aún más el dolor de cada una de sus heridas. No pudo evitar soltar un gruñido bajo, frunciendo el ceño.

—¡Alexander! Dioses, en verdad creí que no despertarías —la voz de Dean se oyó a su lado, haciéndolo sobresaltar. Hizo otra mueca de dolor y parpadeó varias veces para poder enfocar la silueta de su amigo, quien se encontraba de pie a su lado mirándolo con temor y alivio a la vez.

—¿Cuál es mi situación? —preguntó el morocho con voz rasposa, intentando ignorar el dolor en su garganta.

—¿Además de los golpes y cortes en todo tu cuerpo? Dos costillas rotas, un esguince de tobillo y fracturas en ambas muñecas —enumeró sentándose en un sofá individual a un lado de la camilla.

Al oír lo de las muñecas, se percató de que ambas estaban enyesadas. Ni siquiera se molestó en intentar moverlas.

—Nada mal —murmuró con sarcasmo, desviando la mirada de la expresión preocupada del castaño.

—¿Vas a decirme qué rayos pasó? —inquirió Dean, cruzándose de brazos. —Escuché todo tipo de estruendos desde mis aposentos, y me debes una explicación por todo el esfuerzo que me llevó mantenerme allí dentro y no intervenir. Sabía que se trataba de ti.

Alexander no respondió al instante. De hecho, se mantuvo tanto tiempo en silencio con los ojos cerrados que creyó que se había dormido, pero cuando los volvió a abrir, Dean seguía allí aguardando una respuesta. El morocho suspiró, haciendo que su pecho se quejara en el proceso.

—Era Connor. Supongo que estaba de malhumor —dijo él con desinterés.

—Pues algo lo hizo enfadar —recalcó Dean, enarcando una ceja.

—Sólo... exigió saber dónde estuve por la tarde. Le dije que no era asunto suyo y él simplemente... se molestó y me atacó, eso es todo.

El castaño se lo quedó mirando con esa expresión que decía <<*Sé que hay algo que no me estás diciendo*>>.

—Escucha, Alexander —comenzó diciendo, pasando ambas manos por su crecido cabello enrulado. —Sé que odias que te diga esto, pero—

—Entonces, ¿para qué vas a decírmelo? —inquirió el morocho.

—Es que tienes que dejar de hacer esto, de tener estas actitudes —espetó Dean.

—¿Y cuál es el maldito problema, Dean? —preguntó Alexander, elevando la voz sin importarle el esfuerzo que eso le costaba.

—¡¿Acaso no ves la situación en la que te encuentras?! —exclamó el castaño, señalándolo con ambas manos extendidas. —Si no te hubiera encontrado cuando lo hice, habrías... habrías...

—¿Qué? ¿Muerto? Por favor, Dean, eres más inteligente que esto. Sabes bien que eso no es posible, por más que sea lo que más quiera.

Las últimas palabras se escaparon de sus labios antes de poder detenerse a sí mismo. Ya no había vuelta atrás. Dean lo había oído todo y ahora lo miraba con pura tristeza.

—Oye, no... no digas eso —murmuró el castaño, bajando la mirada. —No tienes derecho a decir eso.

Eso lo irritó inconscientemente.

—¿Disculpa? ¿Cómo que no tengo derecho? —inquirió Alexander, exigiéndole con la mirada.

—¡Tú fuiste el que me salvó de la muerte el día en que nací! —su voz resonó en las paredes de la habitación y Alexander se dio cuenta de que jamás lo había visto así de frustrado. Sus manos estaban cerradas con fuerza formando puños, sus nudillos tornándose pálidos. —¡Tú fuiste el que me mantuvo con vida desde ese entonces! ¡Me diste esperanzas de que podría sobrevivir a toda esta mierda! ¡Te convertiste en lo único importante que tengo! —se puso de pie, mirando fijamente el suelo. —¡No puedes desear morirme y dejarme aquí sólo! —tomó aire y lo dejó salir lentamente, relajando sus hombros. —No puedes hacerme eso —murmuró para finalizar.

Alexander quedó atónito, como si todas esas palabras que Dean había dicho hicieran referencia a una persona totalmente diferente a él. La descripción no encajaba, simplemente no encajaba.

—Dean, no quise—

—No te gastes. Será mejor que descanses —el castaño lo interrumpió, dirigiéndose a la salida. Cuando pasó junto a él, Alexander intentó detenerlo tomándolo del brazo, pero su mano no respondía, por lo que sólo pudo observar cómo su amigo salía de allí sin voltearse a mirarlo una última vez.

A solas, el morocho cerró sus ojos con fuerza en un intento por evitar que las palabras de Dean se repitieran constantemente en su cabeza. No tuvo éxito, pero igualmente cedió al sueño.

Y las pesadillas no se detuvieron. Ya no estaba seguro de qué era ficticio y qué era real.

Capítulo 21

Los días siguientes se desarrollaron repletos de entrenamientos y prácticas que al final del día dejaban a Leia exhausta. Sin embargo, notaba cómo poco a poco le costaba menos leer ciertas frases o la manera en que retenía toda la información que Adara le brindaba sobre la Corte y sobre ciertas formas de actuar frente a distintas situaciones. También se percató de un mínimo avance en los entrenamientos con Theron, pero sólo por la parte de resistencia. Cada vez se detenía menos veces mientras trotaba o hacía sus sesiones de flexiones y abdominales, y aprendió a controlar mejor su respiración para no terminar sin aire en los pulmones. Con respecto al entrenamiento de combate, aún no lograba tener control de todo su cuerpo. Siembre fallaba en algo y eso era algo que le molestaba tanto a ella como al capitán.

Un día, Theron decidió cambiar las espadas de práctica por unas reales pero más livianas que la que utilizó la joven una única vez durante su viaje a Antel.

—Veamos si con el filo de verdad te lo puedes tomar más en serio —le dijo Theron, desafiándola con la mirada.

A la joven le irritaba el hecho de que el capitán no se viera ni siquiera un poco orgulloso por sus pequeños avances. Siempre le remarcaba los errores con tanta frustración que terminaba contagiando a Leia. Sin embargo, se repitió constantemente en su cabeza que no necesitaba de su aprobación, aunque en el fondo sabía que le haría sentir un poco mejor si Theron le decía algo bueno.

Esa tarde Leia se había agotado más rápido de lo normal ya que la tensión de saber que quizás podría dañarse de verdad con el filo de aquella espada la hacía actuar con mucha más cautela. Muchas veces Theron estuvo a punto de lastimarla, quizás sin querer, quizás no, pero la joven tuvo suerte de no salir con ningún corte en su cuerpo exceptuando por los moratones que ya se sentían como una costumbre. Lo bueno era que la ropa los ocultaba.

Con las demás actividades, el avance era más notorio. Con Annabelle habían pasado de leer libros para niños a libros de historia. Leia se sorprendió de encontrar párrafos tan largos con letras más pequeñas para que entrara más información, pero se le hacía interesante, por lo que aprendía con rapidez. Además, la rubia le enseñó un poco a leer mapas. Había libros repletos de mapas de todo el continente de Keentale, y Leia quedó asombrada al aprender más sobre el mundo en el que vivía.

Por el lado del aprendizaje con Adara, sus tardes se convirtieron de puras lecciones a mitad lecciones y mitad chismeríos de la Corte. La castaña hablaba de aquellas cosas con emoción y diversión, como si fuera la primera vez que tuviera a alguien con quien hablar sobre esas cosas. O quizás sí era la primera vez.

En uno de sus recorridos por el patio trasero del castillo donde visitaron la huerta y la torre donde a los miembros jóvenes de la Corte se les brindaba enseñanza, tuvieron la mala suerte de encontrarse con Kane Luffier, uno de los miembros del Consejo Real y el más anciano de los tres.

—Vaya, Su Alteza, hace mucho que no la veo por aquí —le dijo a modo de saludo. Luego miró a Adara y le dijo inclinando la cabeza: —Mi Lady.

—Su Alteza tiene sus obligaciones, como usted sabe —le dijo Adara, regalándole una sonrisa forzada.

—Por supuesto, por supuesto —concordó acomodándose el chaleco negro que llevaba puesto. —Por cierto, quiero disculparme con usted por mis comentarios inapropiados acerca de Emera durante aquella cena —agregó mirando a Leia. La joven estuvo a punto de agradecerle, sorprendida por oír eso de él, hasta que dijo: —Es que, ya sabe, es muy difícil para alguien como yo imaginarme un pueblo tan... alejado del castillo.

Una fina línea se formó en los labios de Leia y tuvo que tomar aire y dejarlo ir lentamente para evitar decirle todas las palabras que se le ocurrieron en ese momento. Adara parecía estar a punto de decirle algo, pero Leia la miró de reojo y negó con la cabeza de una forma apenas perceptible. Luego volvió la vista hacia Kane y le dijo, imitando la sonrisa forzada de Adara:

—No hay cuidado, señor Luffier. Todos cometemos errores.

Kane entrecerró los ojos pero no llegó a decirle nada más ya que Loren Kreys apareció a su lado.

—Buenas tardes, princesa, Lady Blare —saludó amablemente la mujer, su cabello corto y canoso siguiendo el movimiento de su rostro por encima de sus hombros. — Perdonen por la interrupción, pero sólo vine a avisarle al señor Luffier que Su Majestad el rey nos necesita —agregó fulminando con la mirada a Kane.

—¡Acabo de salir de la sala de reuniones! —exclamó el anciano, levantando las manos en el aire en exasperación.

—Pues así como saliste, volverás a entrar —le dijo Loren, encogiéndose de hombros.

Kane resopló, pasándose una mano callosa por el rostro.

—Como sea —murmuró e hizo una leve reverencia delante de las jóvenes antes de avanzar con pasos pesados hacia el interior del castillo.

Loren lo siguió por detrás y antes de desaparecer por las puertas, miró hacia atrás para guiñarles un ojo a Leia y Adara de manera cómplice.

—¿Hay alguien en este castillo que soporte a Kane? —le preguntó Leia a la castaña, quien rio al oír esa pregunta.

—Probablemente no —admitió, negando con la cabeza.

Durante el poco tiempo libre que Leia disponía, aprovechaba para tallar madera con los objetos que una persona desconocida le había dejado en los aposentos hacía unos días. Prefirió mantenerlo en secreto ya que nadie preguntaba por ello y le servía para calmarse un poco cada vez que se angustiaba al recordar Emera y todo de lo que ella se había alejado. Se sentía verdaderamente feliz al volver a hacer algo que hacía tiempo no practicaba. De vez en cuando, algunos recuerdos de Jesser y la pequeña Karis se le venían a la mente y mayormente le provocaban algunas lágrimas, pero en la soledad de los aposentos se permitía llorar en silencio, recordándose que todo lo que hacía era para un mejor futuro para ellas.

Hubo una noche en la que, como Theron tenía un deber que cumplir con Daniel, le canceló el entrenamiento, por lo que la joven aprovechó para terminar la figura de un intento de ave de fuego del tamaño de la palma de su mano, como las que había leído en uno de los cuentos junto a Annabelle. Ese día tenía ganas de estar en el balcón, pero como en el de los aposentos de Aria no había mucha luz, optó por ir al que se encontraba en el Ala Norte del castillo. La iluminación del patio delantero y de Alicron la ayudaban a ver mejor.

Allias la había acompañado pero se quedó en la puerta del lado de adentro, dejándole un poco de privacidad. Con la capa negra sobre sus hombros y el frescor del viento otoñal, se quedó en aquél lugar terminando la figura mientras apoyaba su peso sobre la barandilla hecha de la misma piedra que el castillo.

Una ventisca familiar recorrió su interior y no le hizo falta voltearse para saber que Cassian estaba acercándose en silencio para luego detenerse a su lado con sus brillantes ojos verde esmeralda observando el pueblo ante ellos.

—Te mentiría si dijera que no me da curiosidad saber qué haces con eso —dijo el pelirrojo a modo de saludo, recargando su peso contra la barandilla y mirando a Leia de lado.

—Es... —se relamió los labios y dejó de tallar la figura. —En Emera mi mayor pasatiempo era tallar figuras de madera —explicó, sonriendo con nostalgia.

—Eso es nuevo —señaló Cassian, incorporándose para ver la figura más de cerca. — ¿Y qué es? Parece un ave.

Ella la giró en sus manos, observándola desde ángulos diferentes.

—Se supone que es una réplica de... un ave de fuego —dijo con un poco de vergüenza. —Lo leí en un relato para niños —agregó, encogiéndose de hombros.

—¿Me estás diciendo que lo hiciste en base a una descripción escrita? —preguntó el príncipe, enarcando ambas cejas.

—Supongo —murmuró, pasando una mano por la parte trasera de su cuello. —No es la gran cosa, la verdad.

—¿No es la gran cosa? —inquirió el pelirrojo, sonriendo de oreja a oreja. —Mira, no soy un experto en figuras de madera ni mucho menos, pero eso se ve bastante impresionante.

Inconscientemente y por la honestidad en las palabras de Cassian, las mejillas de Leia se encendieron, por lo que bajó la mirada y agradeció de que no hubiera mucha luz alrededor; quizás él no notara su rubor.

—Entonces —siguió hablando él, volviéndose a recargar contra la barandilla del balcón. —¿Solías hacer eso en Emera?

—Así es —respondió la joven, imitando la postura del príncipe. —A mis dieciséis años comencé a trabajar en una tienda de figuras de madera en El Mercado. La dueña, Jesser Green, era amiga de mi madre, por lo que fue fácil incorporarme allí. Desde pequeña quería trabajar allí. Amaba la dedicación que Jesser le ponía a sus figuras —su mirada

estaba fija en el pueblo de Alicron, pero lo que en verdad veía era la sonrisa cálida de su compañera con su largo cabello enrulado y oscuro cayendo a ambos lados de su rostro y sus manos con cicatrices que representaban años de trabajo como talladora de madera.

—Ella te enseñó, ¿no es así?

—Sí, todo el crédito se lo lleva ella —dijo Leia, sonriendo de lado.

—Pues estoy seguro de que debe sentirse muy orgullosa de su aprendiz —afirmó Cassian, asintiendo con la cabeza para marcar sus palabras.

¿Orgullosa? ¿O herida por los años que Leia pasó ocultándole quién era realmente? Sacudió la cabeza para quitarse ese desagradable pensamiento de la mente.

—¿Qué hay de ti? —indagó la joven, intentando desviar el rumbo de la conversación.
—¿Qué solías hacer en Orland de pequeño?

No sabía si era la mejor pregunta que podía hacerle luego de haber oído lo que le había ocurrido a sus padres, pero ella en verdad quería que él también recordara buenos momentos de su infancia, porque eso era lo que hacía él con ella cuando se sentía angustiada al extrañar su hogar.

—Pues... la mayor parte del tiempo la pasaba en Olkrien —comenzó diciendo el príncipe, pasando una mano por su ondulado cabello anaranjado. —Como ya te conté, había formado una especie de grupo de amigos, por lo que pasábamos casi todas las tardes jugando y correteando por las calles. Cada vez que mi padre me enseñaba algo nuevo con respecto a mi poder, iba corriendo hasta ellos y les hacía una demostración. Me encantaba ver sus expresiones de asombro e incredulidad —relató, sonriendo al vacío. —Mientras todos éramos pequeños, las cosas eran más sencillas, las relaciones más sueltas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Leia con el ceño fruncido mientras continuaba tallando los últimos detalles de su figura.

—Ya sabes, al ser tan pequeños, no teníamos en cuenta nuestros rangos ni clases sociales. Sólo éramos un grupo de niños que se reunía por las tardes a jugar —explicó, encogiéndose de hombros. Su sonrisa se había borrado. —A medida que crecíamos, la vida comenzaba a ser más clara, ¿entiendes a lo que me refiero? Además, yo debía pasar más tiempo en el castillo por la desaparición de mis padres y... Es decir, no perdimos el contacto, pero ya no nos tratábamos con la misma soltura. De vez en cuando, a ellos se les escapaba alguna reverencia al verme o se veían tensos en mi presencia. Intenté actuar lo más parecido a ellos posible para que me sintieran como uno más, pero... supongo que el título de príncipe jamás puede ser pasado por alto —concluyó, mirando a Leia para sonreír de lado.

Ella se había quedado sin habla al principio. Se dio cuenta de que si Cassian no le decía todo aquello, ella jamás se hubiera dado cuenta. Él siempre se comportaba de manera correcta al estar en público y de manera más relajada cuando estaba con su grupo de amigos; pero ese lado de él... era algo completamente inesperado.

—Supongo que Adara y Aileen fueron las primeras en tratarlos como simples personas —dedujo Leia, refiriéndose a él y a su hermano.

—Exactamente —afirmó el pelirrojo, recuperando un poco el brillo alegre en su mirada. —Ellas también sufrían de la presión social a su manera, claro —comentó gesticulando con sus manos. —Creo que ese fue uno de los aspectos que más nos unió. Los cuatro necesitábamos un poco de normalidad en nuestras vidas, y la encontramos en el otro —añadió, las comisuras de sus labios elevándose inconscientemente.

—Eso es muy bello —reconoció Leia, sonriendo de lado. —Supongo que eso mismo sucedió con Emera y conmigo —admitió, mordiéndose el labio inferior. —Era la normalidad que yo no sabía que necesitaba hasta que me enteré de mi pasado.

Esas últimas palabras fueron pensadas en voz alta y no se había dado cuenta de ello hasta que percibió por el rabillo del ojo que Cassian asentía con la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—Jamás te lo pregunté. ¿Cómo fue que te enteraste de tu pasado? —curioseó él, mirándola a los ojos con una intensidad que le provocaba una oleada de calidez por todo su cuerpo.

—No lo recuerdo con exactitud porque era muy pequeña, pero sé que Darren y Linda habían tomado la decisión de contármelo todo cuando tuve el suficiente uso de razón como para entenderlo. Me dijeron de dónde venía, quiénes habían sido mis padres biológicos, qué significaba el collar en mi cuello y por qué el poder que decían que yo tenía no podía sentirlo ni manipularlo —al decir eso último, una mano viajó hasta el dije rojo de su collar por instinto. La piedra se sentía tibia contra su piel. —Dijeron que no importaba mi origen, ellos me amaban con la misma intensidad de siempre, y siempre lo harían —no sabía por qué dijo eso, pero sentía la necesidad de sacarlo pese a que esas palabras hacían doler su pecho. —Y me aconsejaron que me mantuviera oculta bajo la capucha de mi capa para que los soldados de Velthorn no pudieran reconocerme y llevarme de allí. Decían que a medida que iba creciendo, me parecía cada vez más a mi padre biológico, por lo que eso llamaría la atención de los enemigos, si lo notaban —hizo una pausa para tomar aire y dejarlo salir lentamente. Cassian la seguía observando con toda su atención puesta en ella, algo que Leia agradecía internamente.

—Y todos esos años viviste... oculta —señaló él, como si estuviera saboreando esas amargas palabras. —Dioses, eso es...

—No es tan malo como parece —se apresuró a decir la joven, negando con la cabeza. —El amor que me brindó mi familia se sentía más que suficiente, en especial sabiendo que no se suponía que yo estuviera allí. Me sentía afortunada de que pese a mi sangre real, me tocara vivir en un pueblo alejado de la realeza con personas como ellos —confesó, llevando la figura de madera cerca de su rostro para verificar qué le faltaba por pulir.

—Visto de esa manera es... algo verdaderamente bueno —concordó el pelirrojo, sonriendo sin separar los labios. —¿Sabes? Mi madre solía decir que si un pueblo no estaba feliz, entonces significaban que los reyes estaban haciendo algo mal —Leia no pudo evitar levantar la vista de la figura al oírlo mencionar a su madre. —Ahora, con todo lo que está pasando, viendo quién eres realmente y de dónde vienes, Aiden y yo por fin podemos entender a qué se refería ella cuando decía eso —hizo una pausa para pasar ambas manos por su cabello y volver a dejarlas sobre la barandilla. —Haremos todo lo que esté en nuestro alcance para asegurar la seguridad de los pueblos de Orland —afirmó.

—Sé que lo harán —le dijo Leia, sonriendo con honestidad.

Una calidez se había instalado en su pecho luego de aquella conversación. El tiempo había transcurrido tan rápido que se asombró al percatarse de que había terminado de tallar la figura del ave de fuego. Ambos se quedaron en silencio observando el resultado.

En su mente, Leia repasó todas las palabras que habían intercambiado esa noche. También recordó la noche en la que él le había permitido desahogarse en sus brazos como una niña pequeña y vulnerable. Cassian había soportado oír todas sus penas cuando él también las tenía, muy ocultas en su interior.

En cuanto una idea se formó en su cabeza, no se dio tiempo a echarse atrás. Se volteó para quedar frente a frente con el príncipe de Orland y le tendió la figura. Él se la quedó mirando con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, gesto que la hizo sonreír inconscientemente.

—¿Qué haces? —preguntó él, sonriendo con confusión.

—Un regalo de agradecimiento —reveló la joven.

Cassian enarcó las cejas en asombro. Aún no tomaba la figura.

—¿Qué? ¿Por qué? —sonaba más confundido que antes. Ella rio, negando con la cabeza.

—Por escucharme hablar de mi pasado y por empujarme hacia delante —respondió al fin, humedeciendo sus labios. Luego de una pausa agregó, recordando la noche en la que Cassian le contó su secreto más oscuro: —Y por confiar en mí para compartirme tu pasado.

Él parpadeó varias veces como queriendo comprobar que aquello era real, y finalmente salió de su trance para dar un paso hacia ella y tomar la figura con delicadeza. Sus dedos se rozaron en el proceso, enviando una corriente eléctrica a lo largo de su columna.

—Yo... no sé qué decir —admitió Cassian, riendo al tiempo en que observaba la figura de madera con una mezcla de asombro y cariño.

—Está lejos de ser algo lujoso, pero...

—¿Bromeas? —la interrumpió el príncipe, regalándole una radiante sonrisa que iluminaba todo su rostro. —Esto es muchísimo mejor que cualquier joya que me pudieran ofrecer —sentenció. —Gracias, de verdad —añadió con un tono de voz más bajo. Ella se sonrojó y desvió la mirada de la profundidad de sus ojos esmeralda.

Un extraño silencio se instaló entre ellos, y cuando ella volvió a encontrarse con su mirada, no pudo evitar preguntarse qué pasaría si daba un paso más hacia él. ¿La apartaría, retrocedería? ¿O dejaría que acorte la distancia entre ellos? Leia jamás había besado a nadie por el hecho de que siempre debía mantener distancia con las demás personas en Emera; pero, ¿cómo se sentiría eso? ¿Qué sentiría si dejaba que sus labios rozaran ligeramente aquellos labios rosados y húmedos? ¿Se sentirían suaves?

Pero bien sabía que en aquella realidad no podía tomar el papel de una adolescente hormonada. Ya era demasiado tarde para hacer eso. Ahora debía mantener su camino

despejado para llevar a cabo su plan de convertirse en algo parecido a una reina y liderar a todos a la guerra. Esas debían ser sus prioridades, no la incertidumbre de besar a un chico o no. Además, se trataba del príncipe de Orland.

Pero, entonces... ¿por qué él tampoco decía nada, tampoco se alejaba de ella? ¿Por qué sus ojos miraban los suyos y de vez en cuando bajaban discretamente a sus labios? ¿Por qué no interrumpía el momento antes de que alguno de los dos hiciera algo estúpido? Se suponía que él era el experto, el profesional, no ella.

Finalmente, ella se obligó a aclararse la garganta. Cortó el vínculo extraño que se había instalado entre ellos. Cassian parpadeó varias veces y negó con la cabeza como si quisiera deshacerse de un pensamiento.

—Será mejor que vaya a descansar —rompió el silencio la joven, sonriendo de lado.

—Sí, sí, claro —se apresuró a decir él, pasando una mano por la parte trasera de su cuello. —Y gracias de nuevo por la figura —repitió, levantándola un poco para que ambos pudieran verla. —En verdad es muy hermosa.

—Pues me alegra que te guste —fue lo único que se le ocurrió decir a ella.

Viendo que ninguno de los dos tenía más para decir, se despidieron con un movimiento de mano y ella entró en el castillo sintiendo cómo el poder de Cassian se esfumaba de su interior.

Pese a que aquella despedida había sido algo extraña e incómoda, Leia recordó la larga y profunda conversación que tuvieron, y una vez que se encontró recostada sobre la cama de los aposentos de Aria en completa oscuridad, no pudo evitar dormirse con una sonrisa tonta plasmada en sus labios.

.....

El último día antes de la celebración del cumpleaños de Aneel había llegado y la joven se la pasó todo el día consumida por los nervios. Le costaba horrores concentrarse en sus actividades. Adara y Annabelle la comprendieron, como de costumbre, pero Theron había perdido su paciencia.

—Estás retrocediendo en todos tus avances —la reprendió durante el entrenamiento de combate. La joven estaba echada en el suelo luego de que el capitán la empujara.

Al menos admitió que había avanzado en esos últimos días.

—Perdona si no puedo dejar de pensar en el hecho de que mañana me verá todo el maldito pueblo —dijo Leia con sarcasmo. Theron puso los ojos en blanco.

—¿Te pone nerviosa un par de ojos sobre ti? ¿En serio?

Leia resopló y se puso de pie. No valía la pena hacerle entender esas cosas a Theron.

—Sólo terminemos con esto —le dijo, poniéndose en posición de defensa.

—No sirve de nada entrenarte si vas a tener tu cabeza en otro sitio —dijo Theron, cruzándose de brazos.

—¿Qué quieres que haga entonces? —le espetó Leia. —¿Que siga como si nada?

—Quiero que aprendas a ordenar tu cabeza y a no mezclar las cosas —le respondió el capitán, irritado. —Quiero que aprendas a concentrarte en el presente, en la actualidad. ¿Así actuarás cada vez que estés bajo presión? ¿Dejarás de hacer lo que estás haciendo y te irás a un rincón a dejar que los nervios te consuman?

Leia no dijo nada. Sabía que Theron tenía razón.

—¿Bien? ¿Qué eliges, Stormholl?

En respuesta, Leia levantó su espada y separó un poco sus pies esperando al ataque de Theron. A la joven le pareció haber percibido una pequeña curvatura hacia arriba en las comisuras de sus labios, pero él ya estaba acercándose a ella.

Resultó ser una batalla constante entre pensar en cómo defenderse de Theron y en cómo resultarían las cosas durante la ceremonia, pero finalmente logró olvidarse de los nervios e hizo uso de la distracción.

Al dar por terminada la sesión, Theron dejó a Leia elongando sola en la sala de entrenamientos ya que tenía algo que hacer con Crain. La joven se tomó su tiempo para hidratarse y estirar todos sus músculos. Luego fue directo a los aposentos de Aria seguida, como siempre, de Allias.

Annabelle ya estaba dentro preparándole un baño caliente. Leia le agradeció y entró directo a la bañera. Estaba agotada y sus nervios habían regresado, por lo que no formaban una buena combinación.

Tiempo más tarde se encontraba sentada a la mesa mirando a través del ventanal mientras aguardaba a que Annabelle le trajera su cena. Tamborileaba los dedos sobre la madera oscura de la mesa, su mente viajando a la velocidad del rayo.

No podía dejar de pensar en la forma en que Daniel podría presentarla ante Alicron. ¿La humillaría? ¿La haría quedar bien? ¿Le diría a los demás que ella no podía manifestar su poder, por eso no debía convertirse en reina? Y luego estaban las preguntas de cómo reaccionaría el pueblo. ¿La aceptarían? ¿La juzgarían por haberse ocultado por tanto tiempo? ¿Le creerían si ella les decía que nunca usó su poder por seguridad? ¿Confiarían en ella si les decía que terminaría con Connor?

Cuánto le hubiera gustado escuchar algún consejo de su familia o de su amigo. Probablemente su padre le hubiera acariciado la espalda mientras que su madre le decía que todo iría bien, que fuera ella misma. Pero, ¿sería suficiente ser ella misma frente a Alicron y a la Corte? Se imaginó a Kailani diciéndole que no se preocupara por estupideces y que disfrutara de la fiesta ignorando los comentarios de los demás, y a Luke mostrándose de acuerdo y asegurándole que cuando todo terminara, Leia se reiría de lo tonta que fue al preocuparse demasiado por algo que no valía la pena.

Envolvió su cuerpo con sus brazos imaginándose que estaba siendo abrazada por ellos, por la calidez familiar que le transmitían, y dejó que algunas lágrimas silenciosas rodaran por sus mejillas.

Varios golpes frenéticos a la puerta la hicieron sobresaltar. Se apresuró a secarse el rostro y caminó hasta la puerta para abrirla. Sin embargo, antes de llegar se quedó de pie a

medio camino. En su interior percibió una sensación familiar recorriendo su sangre, haciendo que su ceño se frunciera ante la confusión. ¿Acaso...?

En cuanto abrió la puerta, cuatro figuras que ella conocía muy bien aguardaban al otro lado con bandejas con comida en los brazos. No pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

—¿Qué hacen aquí? —les preguntó, incrédula.

—Durante el día notamos lo preocupada que estabas, por lo que decidimos prepararte una cena para distraerte y festejar tu último día antes de ser reconocida por todo Alicron —respondió Adara, sonriendo con su característica dulzura.

Leia se había quedado atónita. Sin embargo, tuvo la suficiente conciencia como para moverse a un lado y dejarlos pasar. Detrás de todo se encontraban Annabelle y Allias.

—¿Les gustaría unirse? —les preguntó Leia, y ambos abrieron grandes los ojos.

—No creo que se nos permita eso, Su Alteza —dijo Annabelle por lo bajo, y Leia se acercó para tomarle la mano al igual que la de a Allias.

—Ambos me ayudaron mucho desde que llegué a Antel. Se merecen disfrutar de una cena distinta —les dijo, y ambos le sonrieron en agradecimiento.

Como la mesa redonda era muy pequeña para la cantidad de comida y de personas que había, decidieron poner todo en el suelo y sentarse formando una ronda, cada uno sobre un cojín de forma cuadrada. Entre todos lograron repartir las comidas y las copas con bebida para cada uno, y Adara se había encargado de pedirle a una sirvienta que les llevara otros dos platos y copas para Annabelle y Allias. Al principio, la rubia se ofreció a ir a buscarlos por su cuenta, pero Adara insistió en que ahora era una invitada, por lo que podía dejar su papel de sirvienta a un lado por un rato.

—Aún no puedo creer que se les haya ocurrido hacer esto —les dijo Leia, sin poder borrar la sonrisa de su rostro una vez que todos tenían sus respectivos platos y copas.

—Es lo mínimo que te mereces —le dijo Cassian. —Te has esforzado mucho estos días.

Sí, eso era bastante cierto; sólo deseaba que fuera suficiente.

—Además, no eres la única que está nerviosa por mañana —agregó Adara. Leia enarcó las cejas. No se esperaba que ellos también sintieran algo de nervios.

—¿Pero no están acostumbrados a estas cosas? —les preguntó.

—Aunque te cueste creerlo, las apariciones en público nos estresan un poco —le confesó Aiden. —Ser un rey o un príncipe no cambia el hecho de que puedas estar nervioso por cómo reaccionarán tus súbditos al verte.

—En especial en épocas como éstas donde no sabes quiénes responden a las órdenes de Connor y quiénes a *tus* órdenes —agregó su gemelo.

Eso despertó aún más dudas en Leia, pero Aileen se apresuró a decir:

—Por una puta vez, ¿podemos simular que sólo somos un grupo de personas sin cargos en la Corte que se reúne para cenar?

—Brindo por eso —dijo Adara, levantando su copa.

Todos la imitaron entre risas relajadas.

Aquella cena fue lo que Leia necesitaba para no volverse loca antes de la ceremonia. Se la pasaron conversando, bromeando, riendo y comiendo. Llegó un punto en el que incluso Allias y Annabelle habían logrado relajarse y unirse a las conversaciones, olvidando por un rato sus cargos en el castillo. Leia también se relajó y habló con todos pese a que no estaba acostumbrada a relacionarse con tantas personas a la vez. El hecho de no tener que ocultarse más y que los demás pudieran verla sin ponerse a ella misma en peligro hacía todo mejor.

La joven aprovechó para conversar animadamente con cada uno de ellos. De vez en cuando le echaba una mirada a Cassian mientras éste estaba distraído, y todos los recuerdos de la noche anterior amenazaban con hacerla ruborizar sin razón alguna. En una de esas veces, el pelirrojo le devolvió la mirada y le guiñó un ojo de manera cómplice, haciendo que Leia pusiera los ojos en blanco y desviara la mirada, intentando en vano ocultar la sonrisa que se dibujaba en sus labios.

Al finalizar el postre que se resumía a una cantidad exagerada de dulces variados y coloridos, Allias y Annabelle se encargaron de devolver los platos y copas a la cocina mientras que los demás se quedaron para volver a poner en orden los aposentos.

Recordando que en poco tiempo Leia tendría que atender a su sesión de entrenamiento matutina con Theron, los demás se despidieron de ella para dejarla descansar. Una vez que se encontró completamente sola y se recostó en la cama, dejó que la felicidad de aquella cena que le habían organizado la llenara por completo, tapando por un rato los nervios de lo que sucedería al día siguiente. Pese a que tardó un tiempo, finalmente sucumbió al sueño.

.....

Todas sus heridas sanaron más rápido de lo que esperaba. Sólo le bastaron tres días en la enfermería para poder salir de allí sin renguear ni parecer un indefenso y débil humano. Por supuesto que la mayor parte del proceso de curación se debía a su inmortalidad y a su poder, pero los curanderos también habían aportado bastante de su parte.

Durante esos tres días no interactuó con nadie. Nadie fue a verlo y tampoco quería que lo hicieran. La última discusión que tuvo con Dean lo había dejado varado en un agujero oscuro sin saber cómo rayos proseguir. Jamás habían discutido de esa forma porque Alexander siempre supo guardarse ese tipo de comentarios delante de Dean; pero esa noche las palabras simplemente dejaron sus labios sin anestesia para los oídos de su amigo.

Al cuarto día, cuando finalmente salió de la enfermería, lo primero que hizo fue transformarse en ave e irse del castillo durante todo el tiempo que el sol le brindaba luz. Disfrutó del aire fresco, de la soledad y de la naturaleza que lo rodeaba. Dejó que su poder saliera y jugara con las plantas debido a que ya había pasado varios días sin manipularlo y eso lo tensionaba inconscientemente.

Una noche algunos días después de la pelea con Connor, Alexander regresó a Velthorn luego de haber pasado todo el día fuera esperando no encontrarse con ningún ser indeseado en su camino. Sin embargo, la suerte nunca estuvo de su lado.

—He oído que padre te ha dado una buena paliza —la voz de Zeth llegó a sus oídos detrás de él después de haberlo percibido acercarse gracias a su poder.

—Sólo escuchas lo que te conviene, ¿verdad? —siseó Alexander, sin detenerse en su camino hasta sus aposentos.

—Vaya, veo que estás de muy buen humor —exclamó su hermano con sarcasmo, caminando a su lado.

—Hazme el favor de irte al Inframundo, ¿quieres? —su paciencia la perdió incluso antes de sentir llegar a Zeth.

Él rio con diversión y lo empujó del hombro. El morocho tensó su mandíbula para evitar propinarle un puñetazo en medio del rostro.

—No seas aguafiestas, hermanito —se quejó Zeth con una sonrisa divertida en sus labios oscuros. —Además—

Todo el castillo se sacudió, interrumpiendo al Inframón. Alexander maldijo para sus adentros de todas las maneras posibles. Lo que le faltaba: una reunión convocada por Connor Malstrom.

—Genial —masculló, comenzando a avanzar en dirección contraria. Cuanto antes terminara con ello, mejor.

Zeth no lo dejó en paz, por supuesto, sino que lo acompañó durante todo el trayecto hasta la sala de reuniones hablando de estupideces aleatorias que irritaban a Alexander a niveles insospechados. Sin embargo, logró llegar a la sala sin haber descargado toda su irritación en su hermano, algo que lo dejó verdaderamente sorprendido.

Al entrar, Connor ya se encontraba sentado a la mesa junto a su fiel capitán Marco Scall, su adorada hija Dilaya y la copia malditamente idéntica de Zeth, Isaias. Zeth se sentó a su lado y ambos compartieron una mirada cómplice que sólo ellos entendían. Alexander escogió un lugar vacío al lado de Taran, el hijo más joven de Connor cuya presencia no había notado hasta recién.

—Mañana serán las festividades por el cumpleaños de Aneel Malstrom —comenzó hablando Connor, y Alexander no pudo evitar soltar un resoplido apenas audible. El hijo de puta ni siquiera lo miraba a los ojos, y si por casualidad lo hacía, no demostraba nada hacia él, como si aquél enfrentamiento de hacía unos días no hubiera sucedido jamás. Lo único que le quedaba a Alexander de evidencia era un profundo corte horizontal en su frente que aún no había cicatrizado del todo. —Y como saben, eso es algo que sólo se celebra en Antel —continuó hablando, uniendo ambas manos sobre la mesa. —Según me han informado, Daniel Stormholl planea sacar a la luz el regreso de su sobrina frente a todo el pueblo.

El morocho mantuvo su mirada en un punto invisible sobre la mesa intentando no expresar ni una mínima reacción ante lo que oía.

—Ese es un espectáculo digno de ver —resaltó Dilaya, enarcando una prolija ceja oscura y sonriendo con picardía. Llevaba un vestido gris oscuro tan ajustado que él no entendía cómo podía respirar allí dentro.

—Muy astuto de tu parte mencionar eso, hija —la apremió Connor, y Alexander tuvo unas repentinas ganas de vomitar; si era posible, sobre su hermana. —Quiero que alguno de ustedes vaya a... darle un obsequio de bienvenida a Leia —sentenció, sonriendo con malicia.

Las manos de Alexander se apretaron con fuerza, formando puños sobre su regazo debajo de la mesa.

—Me encantaría verla en persona —Dilaya fue la primera en hablar, fingiendo un tono de voz dulce. —Quiero ver con mis propios ojos a nuestra supuesta *enemiga* —pronunció la última palabra con lentitud.

Connor le dedicó una mirada de orgullo que hizo revolver el estómago de Alexander aún más.

—Pues, si están todos de acuerdo, Dilaya irá —declaró él, observando a cada uno de los presentes. Por supuesto que pasó por alto a Alexander.

Taran le dedicó a su padre un simple asentimiento de cabeza para mostrarse de acuerdo. Marco Scall imitó el gesto pero con más firmeza. En cuanto a Zeth y Isaías, compartieron una mirada silenciosa para luego dirigirse a Connor.

—Podríamos acompañarla —ofreció Zeth. —Suena divertido.

—Prefiero que sólo vaya uno de ustedes —les dijo el rey, haciendo un gesto de desdén con su mano. —Además, a ustedes dos les toca patrullar las minas —les recordó a los gemelos, quienes pusieron los ojos en blanco y suspiraron pesadamente casi al mismo tiempo. Por un momento, Alexander creyó estar viendo doble, exceptuando por el hecho de que uno de ellos llevaba su cabello a rastas más largo que el otro.

Cuando el morocho creyó que la reunión habría terminado, los ojos rojos de Connor se posaron sobre él por primera vez en toda la noche. Por unos segundos no dijo nada, y Alexander intentó sostenerle la mirada; odiaba ser el primero en desviarla.

—Aunque, pensándolo bien... —murmuró Connor, pasando una mano por la barba crecida de su barbilla en un gesto pensativo.

Alexander no se había dado cuenta de que estuvo conteniendo la respiración hasta que sus pulmones le rogaron por más aire.

—Sí —finalizó el rey como respondiendo en voz alta a una pregunta que se formó en su cabeza. —Tú la acompañarás —declaró, mirando fijamente al morocho. Él enarcó las cejas.

—¿Por qué yo? —no pudo evitar preguntar.

—¿Acaso no sabes bien el camino hasta Antel? —inquirió el rey con malicia, y Alexander comprendió todo. Era su venganza por el secreto que había descubierto.

El morocho soltó un suspiro y se encogió de hombros, fingiendo desinterés.

—Bien, como sea —murmuró, haciendo que Connor sonriera aún más.

—No te preocupes, hermanito —le dijo Dilaya, guiñándole un ojo. —Nos divertiremos mucho.

—No puedo esperar —exclamó Alexander con una sonrisa sarcástica, cruzándose de brazos.

Finalmente, Connor declaró el cierre de la reunión y el morocho huyó de allí a toda prisa. Necesitaba alejarse de toda esa gente.

—Partiremos mañana por la tarde. No me hagas esperar —murmuró su hermana con firmeza cuando pasó por su lado. Alexander no se molestó en contestarle.

Una vez a solas en sus aposentos, el morocho dejó salir todo el aire que se había acumulado en sus pulmones. Su cuerpo se sentía agotado pese a que no había hecho casi nada durante el día. Fuera, en el balcón, la fresca brisa otoñal sacudió su rebelde cabello, despejándole el rostro. Se encontró con las mismas vistas aburridas de siempre, aunque prefería mil veces eso antes que pasar más tiempo con los demás Inframons.

Su mente divagaba en lo que se suponía que debía hacer al día siguiente. De tan sólo recordar la expresión de triunfo en el rostro de Connor cuando lo envió a Antel le provocaba querer subir hasta sus aposentos y ahogarlo contra las almohadas de su cama, sintiendo su cuerpo debajo del suyo retorciéndose y exigiendo aire, aire que Alexander le quitaría con mucho gusto. Siempre recurría a imaginaciones sobre cómo lo mataría para calmarse, pero esta vez no lo relajaban, sino que aumentaban sus ganas de querer hacerlo en verdad, por más que sabía que eso era algo imposible.

No recordaba exactamente en qué momento de la noche había regresado al interior de sus aposentos para dormir, pero se dio cuenta de que lo hizo cuando las habituales pesadillas comenzaron a tomar forma en su mente haciéndole sudar y jadear contra las almohadas como si las estuviera viviendo en carne y hueso.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, mientras Leia se dirigía al jardín trasero para encontrarse con Theron pese a que faltaba poco para el amanecer, ya había bastante movimiento dentro del castillo. Tuvo que esquivar a varios sirvientes que iban y venían cargados de objetos decorativos.

Al alcanzar las puertas traseras de la muralla, Theron ya estaba allí esperándola recargado contra un lado del arco que marcaba la entrada.

—Hoy terminaremos más temprano de lo normal porque Daniel necesita mi ayuda con algo —le dijo el capitán mientras caminaban en dirección al río.

—Bien por mí —dijo Leia, encogiéndose de hombros.

Mientras trotaban ida y vuelta a lo largo del río, la joven recordó la mezcla de sueños que había tenido la noche anterior. Al principio era igual que siempre: los Inframons la perseguían a ella, a su hermana y a su amigo, y cuando atrapaban a ambos, Leia lo único que podía hacer era mirarlos mientras las criaturas los arrastraban de los tobillos a un agujero negro que se formaba en medio del bosque. Pero luego comenzaron a aparecer otras cosas, como imágenes que proyectaba su mente en las que se repetía constantemente la horrible sensación que experimentó cuando atravesó la cabeza de uno de los Inframons con una espada durante el ataque que recibieron en el barco del capitán Harry; y por último volvió a aparecer aquél Inframón transformado en humano que le había advertido a Leia que estaba siendo vigilada.

Estaba tan distraída que Theron tuvo que detenerla tomándola de la muñeca.

—Dije que ya has terminado, Stormholl —le dijo. Leia sólo asintió, inspirando bocanadas de aire y llevando una mano a su pecho. Por debajo de la tela sintió la silueta de su collar. —Descansa un poco y comenzaremos con los abdominales —declaró lanzándole una cantimplora de la canasta que siempre llevaba.

Leia quedó sorprendida de sí misma cuando la atrapó en el aire, pero no esperó más y bebió del contenido, teniendo cuidado con no atragantarse.

Cuando llegó el turno de las sesiones de abdominales y flexiones, mantuvo su atención en respirar correctamente para no cansarse tan rápido. Por primera vez sólo se detuvo una vez en cada sesión para recuperar el aire, pero como siempre, Theron no parecía importarle ni un poco, por lo que Leia se felicitó a sí misma mentalmente.

Cerca del mediodía, Theron se retiró al castillo para cumplir con sus obligaciones y Leia se tomó unos momentos para disfrutar del frescor y la paz de aquella zona antes de volver a adentrarse entre cuatro paredes.

Si por la mañana el ambiente estaba bastante agitado, para el mediodía era un caos. Había personal por todos lados y Leia tardó más de lo normal en llegar a los aposentos. Además, no pudo encontrar a Allias, pero supuso que era porque lo necesitaban en otro sitio. En el camino al vestíbulo principal se cruzó con Kane Luffier y Melkes Ariondale, quienes parecían estar discutiendo algo. La joven creyó que no la notarían, pero en ese momento ambos miraron en su dirección y sus rostros se iluminaron con una mezcla de confusión y desagrado al ver el aspecto que ella se imaginaba que tenía.

Sin embargo, se mantuvo con la cabeza baja y subió las escaleras deprisa. No tenía la energía necesaria para inventar una excusa de por qué tenía esas pintas.

Luego de asearse completamente y ponerse un simple y liso vestido color durazno, Annabelle le llevó el almuerzo. La joven le pidió si podía quedarse a comer con ella ya que estaba demasiado nerviosa y no sabía si podría soportar estar sola por tanto tiempo con tantas cosas en que poder preocuparse. Annabelle asintió amablemente y juntas almorzaron con la vista del balcón a su lado.

—Mi hermana y sus hijos atenderán la ceremonia —le contó Annabelle con un brillo de emoción en su rostro.

—¡Eso es genial! Tienes que presentármelos.

—Por supuesto —le dijo la rubia, asintiendo alegremente con la cabeza. —Aunque no creo disponer de mucho tiempo libre. Mi deber será verificar que no se agoten los alimentos ni las bebidas.

—No te preocupes. Yo me aseguraré de que tengas suficiente tiempo para estar con tu familia —le aseguró Leia, y la sonrisa de agradecimiento que le dio Annabelle le transmitió seguridad, de alguna forma.

Estaban terminando de comer unas uvas cuando las puertas se abrieron de par en par revelando a una Adara emocionada y airada.

—¡Hoy es el gran día! —exclamó acercándose a la mesa y robando algunas uvas del recipiente.

—Buenas tardes a ti también, Adara —dijo Leia, riendo.

—¿Estás lista para ver el vestido más hermoso del continente nunca antes creado? —le preguntó, y antes de que la joven pudiera siquiera responder, Adara la tomó de la mano y la arrastró hacia las puertas.

—¡Te veo luego, Annabelle! —se despidió Leia apresuradamente, y la rubia rió y la saludó con la mano.

Ambas jóvenes, apenas salieron de la habitación, giraron hacia la derecha donde había un par de puertas más pequeñas que las de los aposentos de Aria pero que jamás había abierto. Adara se paró frente a las mismas, mirando a Leia de frente.

—Leia Stormholl, heredera de Aria Jules y Logan Stormholl, futura reina de Antel, permíteme presentarte la habitación más mágica del Castillo de Fuego —anunció la castaña con un tono cómico en su voz.

Al abrir las puertas, Leia no sabía dónde mirar primero. Se trataba de un vestidor con largas paredes repletas de todo tipo de ropajes extravagantes y elegantes. Al fondo de la sala había un gran espejo, pero antes de eso, en el centro se elevaba una plataforma de forma circular donde sobre la misma estaba exhibido un vestido que la dejó sin aliento. Para verlo mejor comenzó a caminar alrededor de la plataforma, absorbiendo cada detalle.

—¿Qué opinas? —le preguntó Adara, dando saltitos en el lugar una vez que cerró la puerta detrás de ella.

Leia pasó su mano por la suave y fina tela roja oscura de la falda del vestido donde algunas piedras plateadas le daban brillo, y siguió subiendo la mirada hasta un cinturón hecho de las mismas piedras pero en trozos pequeños prolijamente colocados. El torso parecía ser ajustado, del mismo color que la falda y con algunos retoques en plateado, y las mangas eran cortas y dejaban al descubierto los hombros.

—¿Esto lo hiciste en... una semana? —logró preguntar la joven, por primera vez quitando sus ojos de la prenda para mirar a la castaña.

—Bueno, en realidad en seis días porque me llevó un día entero conseguir los materiales —explicó encogiéndose de hombros, como si no fuera la gran cosa.

—No sé qué decir... —murmuró la joven, volviendo a admirar el vestido.

—¿Qué tal si comienzo a prepararte? —preguntó Adara, emocionada.

Leia frunció el ceño.

—Aún falta bastante para la ceremonia.

Adara rió, negando con la cabeza.

—Cariño, con todo lo que hay que hacer, créeme que ese tiempo se esfumará en un abrir y cerrar de ojos —le dijo, y le hizo una seña al atuendo que llevaba puesto —Quítatelo y te ayudaré a colocarte el nuevo.

Leia obedeció dejando a un lado su vestimenta y colocándose en el centro de la plataforma con sus cuatro extremidades extendidas para que la castaña pudiera comenzar a colocarle todas las piezas que formaban el extravagante vestido bordó.

Les llevó mucho más tiempo de lo que la joven habría esperado, pero finalmente se encontraba observando a una nueva versión de ella misma a través del gran espejo extendido frente a ella.

Uno de los cambios que más había notado era que ya no estaba tan escuálida como cuando había llegado al Castillo de Fuego, por lo que eso la hizo sentirse un poco mejor.

Jamás en su vida creyó que algún día usaría un atuendo así, como esos que veía en las visitas que llegaban a Emera de la case alta. Parecía algo tan lejano e imposible, y ahora se encontraba allí viéndose como uno de ellos. No sabía qué pensar al respecto.

Por el reflejo del espejo percibió a Adara tapándose la boca, con los ojos cristalizados.

—Es... perfecto —dijo con su voz a punto de quebrarse. Se acercó a ella para revisar cada pequeño detalle del atuendo, verificando que todo estuviera en su sitio. —Muy bien, no es por ser egocéntrica, pero he hecho un trabajo de la puta madre —declaró, riendo.

—No lo podría haber dicho mejor —concordó Leia. —No tienes idea de cuánto aprecio que hayas hecho esto por mí —agregó volteándose para verla de frente.

Adara le sonrió con dulzura.

—No tienes nada que agradecer. Es lo mínimo que te mereces por todo el esfuerzo que le estás poniendo a todo esto —le dijo la castaña, tomándola de las manos y dándole

un apretón reconfortante. —¿Vamos a tus aposentos? Annabelle me dijo que sabe sobre peinados espectaculares —sugirió, guiñándole un ojo.

Leia no tuvo tiempo de siquiera responder que sí ya que Adara la estaba arrastrando nuevamente a los aposentos de Aria donde Annabelle se encontraba preparando grandes cantidades de utensilios que parecían ser para el cabello. Leia abrió los ojos de par en par en asombro mientras que Adara continuaba igual de emocionada. La sentó a la joven en una de las sillas de madera oscura y Annabelle y ella se colocaron detrás.

—Bien, Annabelle, te lo dejo en tus manos —anunció Adara. —Yo de mientras iré a ponerme mi vestido —le dio un suave apretón en el hombro a Leia y salió de la habitación tarareando una melodía alegre.

Cuando Annabelle y Leia quedaron solas, no pudieron evitar reírse. Definitivamente el humor de Adara era contagioso.

—Tengo un par de ideas en mente —comenzó diciendo la rubia, pasando un cepillo delicadamente por el cabello castaño claro de Leia. —Pero primero me gustaría saber si prefiere algo simple y delicado o algo totalmente diferente.

—Creo que ya sabes la respuesta —dijo Leia, sonriendo.

—Simple y delicado será —anunció, y se puso manos a la obra usando más de un cepillo a la vez.

—¿Dónde aprendiste a hacer peinados? —le preguntó Leia con curiosidad.

—Mi madre fue una de las damas de la reina Aria y era la encargada de peinarla en ocasiones importantes. Aprendí de ella —explicó la rubia con algo de melancolía en la voz.

El hecho de que ahora ellas estuvieran viviendo una situación muy similar a la que vivieron sus madres en esa misma habitación era una locura, y ambas parecieron tener el mismo pensamiento ya que las sonrisas no abandonaron sus rostros en ningún momento.

Hasta ahora, Leia había escuchado muchas cosas de su verdadera madre y pese a que se moría de ganas de ver a Linda de nuevo, le estaba empezando a surgir cierta curiosidad hacia Aria. Una parte de ella deseaba profundamente que la mujer siguiera con vida y que Leia pudiera rescatarla de Velthorn para traerla de regreso a Antel.

El tiempo transcurría a una velocidad alarmante y Leia se asombró de que Adara hubiera tenido tanta razón con eso de que el tiempo volaría mientras se preparaba. Una vez que Annabelle dio por terminado su trabajo, la acompañó a Leia al cuarto de aseo para que la joven pudiera verse frente al espejo.

Otra vez se había quedado sin aliento al ver los resultados. Annabelle le había hecho trenzas con algunos mechones que se encontraban a los lados de su rostro y las había unido detrás de su cabeza, dejando la forma de una corona. Además, le había añadido pequeñas piedras rojas transparentes a lo largo de las trenzas, combinando con el collar que siempre llevaba en su cuello y que ahora se podía ver perfectamente gracias al escote del vestido.

Como si lo hubiera percibido, Adara apareció detrás de ellas, volviendo a mirar a Leia con orgullo y asombro al mismo tiempo.

Esta vez, la castaña llevaba otra vestimenta. Constaba de un vestido rosa pálido que contrastaba con el color más oscuro de su piel, y en la tela de la larga falda estaban añadidas unas flores de encaje blanco que trepaban desde la parte inferior hasta la mitad de la falda. Su torso era del mismo tono de rosa con mangas de tirantes y llevaba un cinturón repleto de brillos blancos. Sobre su cuello descubierto colgaba un precioso collar de perlas.

—Mi Lady, se ve muy hermosa —le dijo Annabelle, y Leia asintió con la cabeza repetidas veces, mostrándose de acuerdo.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó a la castaña.

Una vez que salieron del cuarto de aseo para tener más espacio, Adara dio una vuelta en su lugar para mostrar mejor su vestido, haciendo que la falda siguiera el movimiento con gracia.

—Así es, aunque con ayuda de mi madre —le respondió a Leia. Luego juntó sus manos hacia adelante. —Bien, te traje tus zapatos y en unos momentos vendrá mi madre a pintarnos —al decir eso, le tendió a Leia unas hermosas sandalias plateadas. Luego se volteó hacia Annabelle. —¿Podrías ayudarme con mi cabello? Definitivamente te has lucido con lo que le has hecho a la princesa.

Annabelle sonrió en forma de agradecimiento y señaló la silla donde antes se había sentado Leia para empezar a preparar el cabello de la castaña. Mientras tanto, Leia se sentó al borde de la cama para colocarse las sandalias. No tenían mucha altura, algo que la joven agradeció, y además contaba con unas cuerdas que se enroscaban en su pierna hasta por debajo de la rodilla.

Momentos más tarde, Darlan y Aileen aparecieron en la puerta, cada una ya vestida y preparada. La mujer llevaba un elegante y sencillo vestido color carmesí con algunos encajes en negro mientras que Aileen llevaba un vestido liso de un bordó tan oscuro que casi parecía negro. A diferencia de las demás, ella llevaba su cabello suelto y alisado como siempre, con el flequillo recto cubriendo su frente, y apenas tenía sus labios retocados con un rojo oscuro. En cambio, Darlan llevaba su largo cabello lacio recogido en una cola de caballo alta para luego descender trenzado hasta la mitad de su espalda, negro como la noche.

Como Adara aún no estaba lista, Darlan comenzó pintando a Leia, no sin antes llenarla de cumplidos tanto a ella como a su hija. Aileen estaba apoyada contra una pared observando todo en silencio.

—¿Nerviosa? —le preguntó Darlan a Leia mientras le colocaba un poco de color en sus mejillas.

—Algo —respondió. Pero eso no era ni la mitad de lo que sentía. A través del gran ventanal podía ver al sol acercándose cada vez más al horizonte, y su estómago se revolvía con sólo pensar en aparecer frente a una gran cantidad de personas desconocidas.

—Todo saldrá bien, cariño —le aseguró la mujer, sonriendo con ternura.

—Y no olvides que siempre contarás con nuestro apoyo —agregó Adara, quien estaba de espaldas a Leia.

La joven sonrió para sí misma. Ellos podían no ser su familia, pero habían hecho mucho por ella para mantenerla de pie, por lo que estaban comenzando a convertirse en algo parecido para ella.

Tiempo más tarde, Darlan terminó con Leia y le pidió que se viera en un espejo para comprobar si le parecía bien o si quería modificar algo. Mientras tanto, Annabelle había terminado de hacerle un rodete alto a Adara, recogido por un mechón trenzado de su propio cabello y decorado con una hilera de piedras transparentes en forma de flores. Darlan rápidamente tomó su lugar frente a su hija para pintarla.

A través del reflejo del espejo, Leia admiró el buen trabajo que había hecho la mujer. Pese a que le parecía un poco excesiva la cantidad de rojo en sus labios o el rosado con brillos en los párpados de sus ojos, no le disgustó para nada.

Una vez que las cuatro mujeres estaban listas, se tomaron su tiempo para admirarse las unas a las otras. La única desinteresada parecía ser Aileen, aunque eso no la detuvo a la hora de elogiar a las demás. Annabelle tuvo que retirarse a las cocinas para ayudar con los últimos detalles, pero antes Leia se apresuró a darle un abrazo y agradecerle por todo lo que había hecho. Adara hizo lo mismo sin dejar de repetir que nunca antes le habían hecho un peinado tan hermoso como ese.

Poco después de que Annabelle dejara la habitación, Allias se asomó para decirle a Leia:

—Su Alteza, los gemelos Dustin desean pasar.

Su estómago dio un vuelco brusco. La idea de que específicamente Cassian la viera así le daba tanto curiosidad como incertidumbre. Sin embargo, se obligó a sonreír con calma, como si su corazón no estuviera latiendo más deprisa que de costumbre.

—Claro, no hay problema —pronunció a la fuerza, y Allias asintió y se movió a un lado para dejarlos pasar.

Tuvo que parpadear un par de veces para comprobar que la imagen ante ella fuera real. Ambos llevaban puestos trajes similares entre sí y ella por poco se había olvidado de lo bien que les sentaba la ropa formal.

Llevaban pantalones negros con cinturones de donde colgaban sus respectivas espadas, camisas igual de oscuras y cubiertas por largos sacos de un gris intermedio con algunos detalles de encaje plateado. Una de las diferencias más notorias entre ellos era que Cassian llevaba un pañuelo bordó atado al cuello, el cual representaba los colores de Antel, mientras que Aiden había optado por el emblema del reino sobre su pecho del lado izquierdo. Además, por primera vez desde que ella lo conoció, él llevaba una corona sobre su cabeza. No era tan ostentosa como la de Daniel, sino más bien fina y delicada; además, en vez de ser dorada, era plateada, lo que la hacía resaltar aún más sobre su prolija cabellera anaranjada.

—Vaya, vaya —exclamó Adara mientras se acercaba a ellos para inspeccionar mejor sus ropajes. —Nada mal para los herederos de Orland.

—Y nada mal para las damas de la Corte de Antel —reconoció Cassian. Su hechizante mirada estaba puesta sobre Leia, quien sintió sus mejillas incendiarse. Agradecía llevar puesto maquillaje.

—Si me disculpan, tengo que ir con Serafine —dijo Darlan, tomando su canasta repleta de maquillajes. —Los veo en la ceremonia —agregó a modo de saludo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó el príncipe a Leia una vez que los cinco jóvenes quedaron a solas en los aposentos.

—Un poco nerviosa —<<Por no decir aterrada>>.

Adara se acercó a su lado y tomó su mano para darle una vuelta, su falda extendiéndose ante el movimiento.

—Han hecho un buen trabajo contigo —le dijo Cassian, mirándola de pies a cabeza sin descaro y haciendo que la joven se saltara un latido. Una sonrisa cálida se formó en los labios de él. —Ni siquiera tienes que preocuparte por dar una buena impresión.

—Por una vez, estoy de acuerdo con él —admitió Aileen. Aiden estaba a su lado, rodeando su cintura con uno de sus brazos.

Allias volvió a aparecer en la puerta.

—Mis señores, ya está todo listo —informó, y los demás respondieron con un asentimiento de cabeza.

—Muy bien, a moverse —anunció Adara, empezando a empujarlos hacia la salida. —Leia, cariño, te deseamos toda la suerte del mundo.

—Hiciste muchas cosas hasta ahora —le dijo Aiden, pasando por su lado. —Esto lo podrás pasar de igual manera.

Leia les agradeció a todos por su apoyo y los vio avanzar por el corredor hasta las escaleras, empujándose unos a otros a modo de broma. Allias se había quedado a su lado esperando a ser llamado por otro soldado para que juntos hicieran su aparición en el jardín delantero. Al menos eso era lo que le había explicado Adara a Leia durante una de sus lecciones.

—Se ve muy bien, Su Alteza —le dijo el joven soldado.

—Gracias, Allias —respondió la joven, sonriéndole.

Antes de poder continuar hablando, Crain hizo su aparición vestido con la armadura de la guardia de Antel.

—Llegó la hora, princesa —anunció, sonriéndole con calidez. —Le deseo la mejor de las suertes.

—Muchas gracias, señor Blare —dijo Leia, asintiendo levemente con la cabeza.

Allias y Leia comenzaron a descender por el interior del castillo seguidos por Crain. El corazón de la joven latía con fuerza, golpeando su pecho hasta causarle dolor. Y sus nervios se hicieron aún más intensos cuando, a medida que se acercaba a las puertas de entrada, podía distinguir las voces de los invitados. Allias y ella se detuvieron poco antes

de la entrada donde al otro lado Daniel estaba de espaldas a ellos mirando a sus súbditos y aguardando a que se hiciera silencio. A ambos lados, formando un semicírculo detrás del rey, se encontraban posicionados varios guardias con la postura firme y el rostro al frente.

A la izquierda de Daniel se encontraban los gemelos saludando con respeto a los habitantes de Alicron, y al lado opuesto, Adara, Aileen, Darlan y otras mujeres más aguardaban en silencio con sus manos unidas hacia adelante, admirando al público.

Los tres miembros del Consejo Real estaban en el centro del semicírculo, varios pasos detrás del rey. Y por último, Leia distinguió una figura femenina a la izquierda de Daniel apenas un paso más atrás, con un vestido color carmín ajustado hasta su cintura y más suelto y voluminoso en la parte inferior. Tenía mangas largas y demasiado gruesas para sus delgados brazos, y llevaba su cabello oscuro como la noche recogido en un rodete bajo con varias piedras rojas dándole color. Serafine se veía como toda una reina... aunque en verdad no lo era.

—Mis queridos súbditos —comenzó diciendo Daniel una vez que el pueblo bajó la voz. —Estamos aquí un día más para conmemorar a Aneel Malstrom, la mujer más fuerte, sabia y poderosa que haya pisado Antel jamás. Voy a pedirles que todos juntos recitemos una plegaria a nuestra apreciada diosa Ignis para que, por otro año más, no permita que haya guerra y que Antel continúe de pie como siempre lo ha hecho.

Y así, todas las voces de los presentes se convirtieron en una y comenzaron a recitar una oración que al parecer acostumbraban a hacer durante aquella ceremonia. En Emera no decían algo en específico a su diosa Ventum, sino que le pedían cada uno a su manera que llegara un día en el que todos pudieran vivir en paz, que volviera el equilibrio entre su mundo y el Inframundo.

El tiempo pasaba con lentitud y a Leia comenzaban a sudarle las palmas de las manos, pero por fin habían terminado y Daniel volvió a hablar luego de que hubiera unos segundos de aplausos y ovaciones.

—Tengo para ustedes un anuncio más en el día de hoy —eso despertó la curiosidad de todos ya que, pese a que Leia no podía verlos, llegó a oír murmullos curiosos. —Sabemos que muchos rumores han sido divulgados, pero estoy aquí para contarles la verdad y aclarar sus dudas y suposiciones.

Leia se sobresaltó cuando Theron apareció a su lado, mirando al frente.

—Antes de que te quejes, Daniel me ha pedido que te escolte —dijo en un susurro.

—¿Y qué hay de Allias? —preguntó Leia, y cuando se volteó para verlo se dio cuenta de que ya no estaba detrás de ella. Theron le hizo una seña con el mentón en dirección a una fila de soldados que se encontraba más adelante, y allí estaba el joven guardia. —Vale, ya —murmuró, secando las palmas de sus manos en la falda del vestido.

—Para aquellos que se pregunten, aún no tenemos noticias de Aria Jules —siguió diciendo Daniel, y Leia pudo escuchar algunos resoplidos de frustración y decepción. —Pero gracias a la ayuda de los herederos de Orland y a dos damas de nuestra Corte, —al decir esto, señaló a cada uno con sus manos. —han logrado encontrar a nuestra princesa de fuego y regresarla a su hogar.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando Daniel se volteó hacia ella y Theron empezó a empujarla desde la espalda disimuladamente para que avanzara. El jardín se llenó de murmullos y gritos ahogados de sorpresa. Con cada paso que daba, la joven sentía su estómago revolverse cada vez más. Incluso tuvo que juntar sus manos hacia delante para que no se notara cómo le estaban temblando.

—Mis adorados súbditos —llamó Daniel, mirando al frente otra vez. —Les presento a Leia Stormholl, hija de Aria y Logan Stormholl, nuestra princesa de fuego.

La joven llegó al lado izquierdo de Daniel y sus ojos viajaron a la población que se extendía ante ellos. Por unos segundos en que nadie decía nada, Leia sintió un pánico tan intenso que hubiera preferido que un Inframón se la llevara a la oscuridad. Sin embargo, todo su cuerpo se relajó en cuanto la gente comenzó a aplaudir y a gritar <<¡Viva la princesa de fuego!>> repetidas veces. Sin poder contenerse, una sonrisa de alivio asomó a sus labios.

—Bienvenida a Alicron, sobrina —le dijo Daniel por lo bajo.

La joven no dijo nada, sólo se dejó absorber la emoción del momento.

—¡Princesa, queremos ver su poder! —gritó una mujer.

—¡Sí! Apuesto a que debe ser igual de impresionante que el de su madre —agregó otra, unos años mayor.

—¡Queremos una pequeña demostración! —gritó otro hombre.

Y ahí había acabado su suerte. Todos los ojos del lugar estaban puestos en ella, expectantes y esperanzados. La joven se encontró con los ojos de Cassian, quien se encontraba más a su izquierda, y le hizo una seña apenas perceptible para que extendiera su mano hacia adelante, con la palma hacia arriba. Leia frunció el ceño, confundida y preocupada a la vez, pero vio tanta seguridad en sus ojos esmeralda que le hizo caso.

Más adelante, al borde de las escaleras que descendían al jardín delantero, a cada lado había una antorcha encendida. En el momento en que una de las llamas se movió de forma antinatural hasta quedar flotando sobre la palma de la joven, la población explotó en asombro, incredulidad y emoción. Leia estaba igual de pasmada observando la llama arder sobre su mano. Podía sentir su calor pero no llegaba a quemarla. ¿Cómo rayos estaba haciendo eso?

De un segundo a otro la llama se extinguió, pero la gente seguía aplaudiendo y felicitándola. Incluso los miembros de la Corte estaban aplaudiendo, aunque notó algunas miradas de confusión, en especial de parte de Daniel. El rey se aclaró la garganta, y cuando se hizo silencio, anunció:

—¡Demos comienzo a las festividades!

En ese momento, cuando todos comenzaron a dispersarse y el ambiente se llenó con una melodía alegre que provenía de un grupo de músicos, Leia soltó todo el aire que estuvo conteniendo. La Corte fue descendiendo por las escaleras para tomar protagonismo en el festejo.

—¿Qué acaba de pasar? —le preguntó Leia a los gemelos. Ambos sonrieron con inocencia fingida.

—Un príncipe nunca revela sus secretos —le dijo Cassian, guiñándole un ojo.

—¿Has sido tú?

El príncipe sólo se encogió de hombros y señaló con el mentón a la población que ya se encontraba conversando, comiendo o bailando.

—Ve a disfrutar, Leia. Te lo tienes ganado.

—Pero—

—¿Quieres que le diga a Adara que te arrastre por las escaleras? —le advirtió Cassian a modo de broma, y ella rápidamente negó con la cabeza, riendo.

Los tres descendieron hombro con hombro hasta el lugar que había sido preparado por el personal del castillo. Habían colocado largas mesas repletas de comida y bebida con sillas, dejando un cuadrado de gran tamaño en el centro donde la gente bailaba alegremente al ritmo de la música de un grupo de ciudadanos que tocaba sus instrumentos. El sol ya había desaparecido por la parte trasera del castillo, por lo que el ambiente estaba iluminado por varias antorchas y velas, generando calidez. La joven también percibió a varios guardias camuflados entre las sombras vigilando la ceremonia. Una parte de ella deseaba que ellos también pudieran disfrutar del festejo, pero sabía que no podía hacer nada al respecto.

A medida que la princesa avanzaba entre la gente, recibía gran cantidad de cumplidos y de bendiciones. Cuando podía, se detenía para hablar con alguna familia. Sabía que para ellos era algo incómodo hablar con una princesa, pero la joven hizo todo lo que estuvo a su alcance para actuar con normalidad y fluidez, pese a que en el fondo se sentía un poco conmovida por todo lo que acababa de suceder.

En un momento sintió que alguien tiraba de la falda de su vestido, y cuando se volteó, encontró a dos niños pequeños intentando captar su atención.

—Hola, pequeños —los saludó la joven con amabilidad.

—¿Eres una princesa de verdad? —le preguntó uno de ellos, mirándola con ojos café redondos y profundos.

—Eso creo —respondió, riendo.

—¿Puedes escupir fuego? —le preguntó el otro, asombrado.

—No creo que eso sea posible... —dijo la joven, pensativa.

Una mujer apareció detrás de ellos, tomándolos de la mano.

—¡Cuánto lo siento, Su Alteza! A veces estos niños son imposibles de controlar.

Cuando Leia vio a la mujer, encontró a Annabelle en su rostro. Fue tan deprisa que ella le preguntó sin vacilar:

—¿Eres Nicole?

La mujer abrió sus ojos castaños de par en par.

—¿Me conoce? —preguntó, incrédula.

—Eres la hermana de Annabelle —le dijo Leia, y al oír ese nombre, un brillo de emoción asomó a los ojos de Nicole. —Me ha hablado mucho sobre ti y tus hijos.

—¿La tía Anna está aquí? —preguntó el niño que habló primero, y ambos parecieron estallar de felicidad en cuanto Leia asintió con la cabeza en respuesta.

—Hace varias semanas que no la veo por Alicron —admitió Nicole. —¿Ha estado trabajando mucho?

—Ha sido una de las personas que más me ha ayudado a instalarme en el castillo —le contó Leia, y una sonrisa de orgullo asomó a los labios de la mujer. —No te preocupes, estoy segura de que en un rato la verás por aquí.

—Muchas gracias, Su Alteza.

—¡Adiós! —la saludaron los dos niños a la vez, volviendo a alejarse con rapidez. Nicole suspiró y fue tras ellos, también despidiéndose de Leia.

La joven siguió recorriendo el lugar hablando con los ciudadanos, con algunos miembros de la Corte y comiendo un bocadillo de vez en cuando. Los músicos poco a poco tornaron la melodía alegre por una más lenta y emotiva haciendo que varias personas se acercaran al centro para bailar en pareja, dejando que sus cuerpos se guiaran por la música.

Daniel, con su preciada corona sobre su cabeza y una larga capa roja y suave colgando de sus hombros, se acercó a Leia y le extendió una mano.

—¿Me concedes esta pieza, sobrina?

Una parte de ella se negaba rotundamente, pero no quería montar un escándalo, por lo que aceptó y se dejó llevar al centro del jardín.

—Has hecho una muy buena primera impresión —admitió Daniel mientras su mano derecha se posicionaba en la parte baja de la espalda de Leia y ella colocaba su mano izquierda sobre el hombro de él.

—Hice lo que pude —dijo Leia, encogiéndose de hombros.

Ambos empezaron a moverse al lento ritmo de la melodía. No era la primera vez que Leia bailaba de esa forma con alguien ya que en Emera, durante la celebración por el cumpleaños de Orianna Malstrom, por la noche el pueblo se solía juntar para bailar al ritmo de la música que tocaba un pequeño grupo de habitantes. Entre Kailani, Luke y ella se turnaban para bailar en pareja haciendo movimientos graciosos que captaban la atención de todos los presentes y los hacía sonreír con diversión.

—Pues ha sido bastante impresionante —insistió Daniel. Luego de una pausa donde la hizo girar sobre ella misma, agregó: —No sabía que ya te habían quitado el encantamiento de tu collar.

La joven clavó la vista en otro sitio que no fuera su rostro.

—No creí que tendría que avisarle si lo hacía —murmuró.

—Lo hecho, hecho está, no te preocupes —le dijo él. —Pero recuerda la plegaria que todo el pueblo le hizo a Ignis. Nadie quiere la guerra, Leia, y-

Un hombre a su lado se aclaró la garganta, interrumpiéndolos. A Leia no le hizo falta voltearse para saber quién era debido a esa sensación familiar en su interior.

—Disculpe, Su Majestad —irrumpió Cassian, inclinando la cabeza en señal de respeto. —¿Me permite bailar con la princesa?

Daniel lo miró de arriba abajo con desaprobación. Sin embargo, se separó de Leia y forzó una sonrisa.

—Por supuesto —dijo el hombre, y le dio una última mirada de advertencia a Leia antes de desaparecer entre el tumulto de gente.

A la joven se le escapó un resoplido.

—La relación tío-sobrina va muy bien, por lo que veo —dijo Cassian con sarcasmo mientras observaba a Daniel alejarse.

—De maravilla —exclamó Leia, poniendo los ojos en blanco. —Por cierto, gracias por quitármelo de encima.

—No hay cuidado. Siempre es un placer ayudarte —le dijo el pelirrojo, guiñándole un ojo de manera cómplice. Luego miró hacia la pista y le tendió la mano a Leia. —¿Me permites?

Leia se la quedó mirando un momento, y al notar que iba en serio, una sonrisa se plasmó en sus labios.

—Con mucho gusto —accedió.

En cuanto sus manos entraron en contacto, el poder de él la recorrió con más intensidad, erizándole la piel. El brazo libre del príncipe rodeó la cintura de la joven mientras que ella colocó su mano en su hombro como lo había hecho con Daniel. Sin embargo, era muy notoria la diferencia de todo lo que sentía estando así de cerca con Cassian que cuando estuvo con Daniel. Podía sentir la calidez de su cuerpo, y cuando levantó la mirada para verlo a los ojos, él la miraba con una sonrisa tan dulce que la joven se olvidó por completo de todo lo que los rodeaba.

Recorrieron toda la pista girando y moviéndose al suave sonido de la música.

—Debo ser el hombre más envidiable de toda la ceremonia —le susurró el pelirrojo al oído, y la calidez de su aliento en el cuello de la joven por un momento le hizo olvidar de cómo hablar.

—¿Por qué? —le preguntó, enarcando una ceja.

—Por estar bailando con la mujer más hermosa de todo Keentale.

Leia no podía creer lo que oía. ¿En serio el príncipe de Orland le estaba diciendo esas palabras? Lo notaba incluso con más soltura que aquella noche en el balcón.

—Pues en ese caso, yo también debo de ser muy envidiable —murmuró la joven, mordiendo el labio inferior.

Y vaya que lo era. El traje que el príncipe llevaba puesto le sentaba de maravilla marcando cada parte indicada de su cuerpo. Sin embargo, notaba que la verdadera belleza se veía en la forma en que sus ojos brillaban haciendo que se vieran de un verde más claro de lo habitual y en la manera en que su sonrisa hacía iluminar todo su rostro. Su cabello ondulado se veía suave de cerca, y algunos mechones caían sobre su rostro.

—Definitivamente —le respondió Cassian con diversión. Luego de una pausa, añadió: —Has dejado a todos boquiabiertos con tu presentación.

—Sólo espero que sea suficiente —dijo ella con una mueca. —Por cierto, eso que hiciste con el fuego... podrías haberme avisado —se quejó.

—Pero fue divertido ver tu expresión de asombro —se excusó el pelirrojo con una mirada traviesa.

—Estoy segura de que lucí más sorprendida que el propio pueblo —dijo Leia, riendo. Cassian la imitó.

—Da igual —terminó por decir él, encogiéndose de hombros. —Era lo justo y necesario para que la presión social disminuyera un poco sobre ti.

Y eso no podía negárselo.

Ella miró a su alrededor, a las parejas que bailaban y a los grupos que se encontraban en varias rondas charlando y compartiendo un buen momento; a los niños que correteaban entre ellos, a varios grupos de guardias bebiendo y bromeando entre ellos. Muchas de esas cosas le recordaban a Emera, y si Cassian tenía razón, si Antel la aceptaba como reina, Leia tendría la posibilidad de luchar para ganarles más días como ese a los habitantes de todos los pueblos, para ganarles la seguridad de que ningún soldado de Velthorn aparecería inesperadamente para llevárselos ante el Rey Supremo.

Esa pequeña esperanza de un mundo mejor brillaba dentro del pecho de la joven con tanta intensidad que se permitió sonreír de verdad. Cassian se la quedó mirando atento, analizando su expresión.

—Ojalá tengas razón, Cassian.

—Por Keentale —murmuró el pelirrojo.

—Por Keentale —repitió ella en el mismo tono de voz, suspirando.

Cuando levantó la mirada para encontrarse con sus expresivos ojos esmeralda, la joven se percató de la cercanía de sus cuerpos. Jamás había estado así de cerca con alguien que no fuera de su familia. Se sorprendió al sentir el calor que emanaba de él. Ella no se pudo controlar y sus ojos descendieron hasta los labios del príncipe. Todas las dudas que había experimentado en el balcón aquella noche regresaron en ese momento.

Pero no, no podía hacer algo así y *menos* frente al pueblo que acababa de conocerla hacía sólo unos momentos. Sin embargo... ¿cómo rayos se suponía que se controlara si él la estaba mirando con tanta intensidad y confusión como si él mismo supiera qué estaba pasando por su propia mente? Sólo bastaba con que alguno de los dos moviera un poco su rostro hacia adelante y...

Cassian se detuvo en seco, por lo que Leia tuvo que imitarlo, borrando todos los pensamientos sobre él de la mente. Estuvo a punto de preguntarle si le sucedía algo, pero una nueva y también familiar sensación recorrió cada parte de su cuerpo, helando su sangre y erizando su piel. Cuando pudo identificar de qué se trataba esa sensación, fue demasiado tarde para advertirles a los demás. Las llamas de todas las antorchas y velas del lugar se extinguieron al mismo tiempo y la ceremonia se vio envuelta en una profunda y aterradora oscuridad.

Capítulo 23

El sonido armonioso de la música fue reemplazado por gritos de desesperación y órdenes de los guardias de proteger al rey y a la princesa. Sin embargo, esa era una tarea difícil ya que no se podía ver nada y la oscuridad se sentía fría y densa.

La joven logró oír a niños llorar desconsoladamente mientras sus padres o familiares los buscaban y preguntaban por ellos.

Los fuertes brazos de Cassian la rodeaban a Leia de forma protectora y le susurraba que todo estaba bien, que ya iba a pasar; pero parecía todo lo contrario. La sensación de la presencia de los Inframons era tan intensa que parecían estar en todos los lugares a la vez. Además, se podía oír los gruñidos extraños y aterradores que salían de sus gargantas.

Poco a poco la oscuridad se fue disipando, y con un abrir y cerrar de ojos, las antorchas y velas volvieron a encenderse.

Leia se tomó unos segundos para observar su alrededor. Todos los soldados, incluyendo a los seis hombres de Aiden, estaban en posición de ataque en dirección a la entrada de las murallas; los habitantes de Alicron se ocultaban debajo de las mesas o buscaban otros escondites, desesperados por encontrar a las personas que habían perdido durante todo el caos; el rey y Serafine estaban rodeados de gran cantidad de guardias al igual que los demás miembros de la Corte; los gemelos estaban ahora delante de Leia con sus poderes manifestados esperando para atacar; y en cuanto a ella, intentó mantenerse de pie con piernas exageradamente temblorosas, sintiéndose inútil e indefensa como siempre lo había hecho.

Lo que vieron sus ojos en la entrada no ayudó a calmarla en absoluto. Había una gran cantidad de guardias de Velthorn en una fila uno al lado del otro, y en el centro, unos pasos más adelante, otros dos soldados acompañaban a una figura femenina.

El vestido largo y extremadamente ajustado que llevaba marcaba perfectamente su delgada figura y sus pronunciadas curvas, además de que en la parte izquierda de la falda se abría un largo tajo, dejando ver gran parte de su pierna. El color morado de su vestimenta hacía resaltar el rojo intenso de sus ojos y su oscuro cabello, el cual lo llevaba corto por encima de sus hombros y perfectamente alisado. Una sonrisa maliciosa se curvó en sus labios gruesos y pintados de un violeta oscuro casi idéntico al del vestido.

Todos y cada uno de los recién llegados eran Inframons. A Leia no le costó mucho esfuerzo percibir la oscuridad letal que emanaba de ellos. Sintió cómo su pecho se oprimía, bloqueándole el flujo del aire. Sin embargo, también podía percibir muy levemente una sensación familiar, pero ante tanta tensión no pudo identificarlo.

—Daniel Stormholl, hace tiempo que no te veo —dijo la mujer en voz alta, y el tono sensual y frío de su voz le envió un escalofrío a Leia por todo el cuerpo.

—¿Qué quieres, Dilaya? —exigió saber Daniel. Dos de sus guardias se movieron a un lado para que el rey pudiera tener una mejor vista de la mujer. —Ten un poco de respeto por Aneel Malstrom y saca a tus Inframons de mi castillo, contigo incluida.

—Tranquilo, rey temporal. Sólo vengo a conocer en persona a la princesa de fuego de la que todos hablan —su voz sonaba como un ronroneo. —Sabes que me gusta hacer una

gran entrada –añadió señalando a todos los Inframons transformados en soldados humanos que se encontraban detrás de ella.

Los ojos como rubíes de Dilaya viajaron hacia los gemelos, como percibiendo su poder. Su sonrisa se ensanchó aún más, dejando ver unos dientes blancos y brillantes.

–Ustedes deben ser los famosos gemelos Dustin –reconoció la mujer, mirándolos de arriba abajo. Ambos hermanos estaban tensos e incluso Leia llegó a percibir algo de nervios en sus miradas. –Fueron quienes trajeron a la princesa de fuego, ¿verdad? –ninguno de ellos respondió, pero Dilaya sonrió igualmente. –Sí, fueron ustedes y sus hombres los que mataron a mis Inframons.

–Ellos atacaron primero –se defendió Aiden con frialdad y desinterés.

–Me importa una mierda quién atacó primero, Dustin –espetó Dilaya, elevando un poco la voz. –Mataron a cinco Inframons y-

–Y yo casi pierdo a todos los soldados que me acompañaban –la interrumpió Aiden, su poder agitándose con más fuerza sobre sus manos.

–Los humanos son las criaturas más débiles que existen. Da igual si mueren, luego nacerán más –dijo Dilaya con un gesto de desprecio. –Los Inframons no, y son difíciles de matar, por lo que estoy verdaderamente impresionada por el pequeño rumor de que la princesa de fuego fue la que terminó con uno de ellos.

Dilaya comenzó a avanzar hacia adelante, moviendo sus caderas con elegancia y analizando a sus contrincantes, quienes tenían sus armas desenfundadas, listos para defender a su reino y a los miembros de la Corte.

–¿Dónde está tu sobrinita, Daniel? –preguntó, elevando la voz para que todos en el lugar la oyeran.

Claro, no podía percibirla, recordó Leia. Eso tenía que contar de algo, pero no estaba oculta, por lo que la mujer notaría si Leia se iba de allí. Cassian retrocedió un poco para cubrirla por completo con su amplio cuerpo mientras que Theron apareció detrás.

–Cuando te diga, corres –le susurró.

–¿Quién es? –preguntó Leia con el mismo tono de voz.

–La hija mayor de Connor. ¿Vas a hacer lo que te pido?

–No le van a dar la oportunidad de escapar –susurró Cassian por sobre su hombro. Theron gruñó.

–No pedí tu opinión, Dustin –siseó.

Pero el príncipe tenía razón. No importaba cuánto Leia corriera o cuántos la defendieran; alguno de los Inframons la atraparía.

–Estás en mis tierras, Dilaya. Te ordeno que tú y tus criaturas se retiren de Antel –gritó Daniel, pero la mujer sólo rió.

–Tú no tienes autoridad sobre mí, rey temporal. Muéstrame a tu sobrina y me iré sin dañar a nadie.

Cassian rozó una de las manos de Leia con la suya.

—No podremos escapar de esto de otra forma. Tienes que ir con ella. Estoy seguro de que no te hará daño, sólo le gusta provocar miedo.

—Stormholl, vas a hacer lo que yo te digo —masculló Theron, perdiendo la paciencia.

—Vas a hacer que nos maten a todos —murmuró Cassian en dirección al capitán con un tono molesto en la voz.

Si a Dilaya le gustaba asustar a la gente, había hecho un buen trabajo con Leia. Pero la joven se dio cuenta de que no sólo estaba preocupada por ella misma, sino por todas las personas inocentes que estaban allí presentes. Si Leia hacía una mínima cosa mal, todos pagarían por ello. La amenaza sonaba bastante real en los labios de Dilaya.

Leia se movió a un lado para intentar separarse de Cassian y Theron, pero el capitán la tomó de la muñeca.

—Vas a lograr que te maten —siseó.

—Déjala —susurró Cassian. —No la va a matar.

—¿Qué sucede por allí? —la voz de Dilaya los interrumpió. Los tres se voltearon bruscamente para ver que la mujer seguía en el mismo lugar frente a Daniel, pero estaba mirando directo hacia ellos. Sus letales ojos rojizos se posaron un momento en Leia para luego descender hasta el collar que llevaba colgado del cuello. Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios. —Vaya, ¿con que tú eres la princesita de fuego? —preguntó en un ronroneo. —Acércate, sin miedo. Quiero verte más de cerca.

—Stormholl... —advirtió Theron por lo bajo, pero Leia lo ignoró.

La joven avanzó hacia el frente notando la presión de todas las miradas sobre ella, sobre cada paso que daba. Pero nada de eso importaba. Cuanto más rápido terminara con esto, mejor para el resto.

Se detuvo a sólo unos pasos de Dilaya, quien la miraba de arriba abajo con esos ojos rojizos y profundos que erizaban su ahora sudada piel. Una sonrisa lobuna se dibujó en los gruesos y oscuros labios de la mujer.

—Así me gustan, obedientes —dijo, acortando la distancia entre ellas. Leia tuvo que hacer un gran esfuerzo por no retroceder. La mujer era apenas un poco más alta que ella, pero no era la altura lo que la intimidaba, sino la manera en que la observaba como si pudiera ver todo su interior, todas sus debilidades y defectos. Una mano de largas uñas levantó el collar de Leia para verlo más de cerca. —¿En verdad eres tú, cariño? ¿O eres una impostora? —preguntó lo suficientemente bajo como para que sólo Leia la oyera.

La joven asintió lentamente, tragando con fuerza. La corta distancia entre ellas la hacía sentir abrumada. La oscuridad que irradiaba de Dilaya era tan intensa que parecía congelar el aire, dificultándole respirar.

—Entonces, ¿por qué no puedo percibirte?

Leia no dijo nada, manteniendo su rostro inescrutable.

—¿Acaso es una mentira que heredaste el poder de tu madre? ¿Acaso el show que montaste era un engaño para satisfacer las expectativas de tus súbditos? —esta vez, Dilaya alzó la voz para que todos los presentes la oyeran.

Cuando Leia y Kailani eran pequeñas, Linda solía decirles que las mentiras tenían partas cortas en un intento por sacar la verdad de las bocas de las niñas cada vez que hacían alguna travesura. Y ahora, cuando el silencio se llenó con murmullos y sospechas de los habitantes de Alicron, cuando dejaron de mirarla con admiración, cuando comprendieron que ella no podría salvarlos de aquél ataque, Leia se sintió igual de mal o *peor* que en su último día en Emera cuando vio la reacción de Jesser al enterarse de la verdadera identidad de Leia.

—¿O será que lo tienes escondido muy por debajo? —siguió diciendo la mujer, levantando el mentón de Leia para que la mirara a los ojos. Sus manos se sentían frías contra su piel y podía sentir el roce de sus uñas provocándole un cosquilleo por todo su cuerpo.

—Ya me has visto. Ahora déjanos en paz —espetó Leia, y se sorprendió de la firmeza en su voz. Movi6 su rostro a un lado para que Dilaya dejara de tocarla.

—Yo que tú, me trataría con más respeto —advirtió la mujer, enderezando sus hombros. —Hay algo que mi padre no sabe pero que yo sí —dictaminó, y Leia se mantuvo en silencio esperando a que continuara. —Sé que planeas la revolución, Leia Stormholl —dijo con un tono de voz apenas audible. —Y cuando llegue ese momento, quiero ser yo la que te haga suplicar por tu insignificante vida y la que te lleve a rastras hasta los pies del Rey Supremo.

<<*Tenemos varios ojos puestos en ti*>>. Aquél Inframón que la amenazó en el puerto de Thornville iba en serio. Leia tomó aire y lo retuvo por unos segundos para reprimir un estremecimiento.

—Muy bien —exclamó, juntando ambas manos y comenzando a caminar hacia atrás en dirección a sus soldados. —Ha sido todo un placer visitarlos —dijo dirigiéndose a nadie en particular. Luego volvió a clavar los ojos en Leia, y una sonrisa maliciosa se dibujó en su fino rostro. —Espero que mientras no esté, empieces a practicar la manipulación de tu poder. No hay nada que me guste más que un buen desafío.

—No dejaré que vuelvas a pisar mi reino —le gritó Daniel, pero la mujer seguía sonriendo.

—Este no es tu reino, Daniel, y todos lo saben —dijo Dilaya, guiñándole un ojo.

Se detuvo en el lugar de espaldas al resto.

—Por cierto, Leia —agregó, mirando a la joven por encima de su hombro. —Tienes un amigo bastante guapo.

En un abrir y cerrar de ojos, las criaturas habían tomado su forma demoníaca para alejarse hacia el cielo, perdiéndose de vista por la oscuridad de la noche. Y fue en ese momento que ella reconoció aquella sensación que se le hacía familiar: entre todos esos Inframons que volaban hacia el cielo nocturno, una figura más pequeña y emplumada los seguía por detrás.

El cuervo de ojos rojos.

Por un largo tiempo, todos en el jardín habían quedado rígidos en sus lugares procesando lo que acababa de ocurrir. En cuanto a Leia, su cabeza no dejaba de dar vueltas en las últimas palabras de aquella extraña y aterradora mujer. Si llegaban a tener a Luke en Velthorn... De repente le entraron náuseas.

Los gemelos se acercaron a Leia a toda velocidad, seguidos de cerca por Adara y Aileen.

—¿Estás bien? ¿Te hizo algo? —le preguntó Adara, tomando su rostro con ambas manos.

—Tranquila, no me hizo nada —le dijo Leia, forzando una sonrisa. —¿Qué hay del resto? —preguntó, señalando con el mentón a los invitados de la ceremonia que poco a poco salían de sus escondites y se reunían con sus familias.

—Nadie resultó herido —respondió Aiden, mirando en la misma dirección.

—Sólo se han dado un buen susto —agregó Cassian, pasando ambas manos por su cabello ahora sudado.

—¿Puedo ser la primera en decir que esa mujer es una perra? —sugirió Aileen.

—Puede que sea una perra, ¿pero has visto sus pintas? —preguntó Adara, enarcando ambas cejas.

—¿Es en serio? —inquirió Cassian, mirándola con exasperación

Su conversación se vio interrumpida por los habitantes de Alicron, quienes se habían reunido alrededor de ellos, murmurando entre ellos y mirando en dirección a Leia. La joven percibió muchas expresiones en los rostros de los habitantes, como miedo, enojo, tristeza, aunque la mayoría se demostraban desilusionados y desesperanzados. A Leia no le hizo falta preguntar por qué se veían así.

—Es tu momento para decirles algo —le susurró Cassian, quien estaba a su lado hombro con hombro.

—Pueblo de Alicron, lamentamos terriblemente la indeseada interrupción...

Leia dejó de escuchar a Daniel para poner su cabeza en orden. ¿Qué podía decirles a aquellos aterrados y desilusionados habitantes para que confiaran en ella? Dilaya dejó en claro que Leia engañó a todos y esa había sido la primera impresión para ellos. No tenía nada a favor, se dio cuenta la joven, pero no podía quedarse callada dejando que Daniel les asegurara un futuro de mierda en el que no habría guerra pero en el que los Inframons seguirían acechando por las sombras.

Leia avanzó hasta donde se encontraba el rey temporal de Antel y puso una mano en su hombro. El hombre dejó de hablar y se volteó para verla con el ceño fruncido.

—Necesito decir algo —murmuró la joven, pero Daniel negó con la cabeza.

—Ya has causado suficiente —siseó y volvió su atención al pueblo.

Lo decía como si hubiera sido Leia la que eligió volver a Antel y convertirse en una princesa dejando atrás todo lo que conocía. La paciencia se le estaba agotando.

—Como princesa de Antel, Leia tiene derecho a hablar —declaró Aiden, desafiando con la mirada a Daniel.

Al oír eso, los súbditos estallaron en gritos y quejas. Leia pudo percibir a ciertas personas que se mostraban a favor de Aiden, diciendo que le den una oportunidad a la joven, pero también había otros que la acusaban de mentirosa e ilegítima al trono.

Leia se quitó el collar y lo levantó por sobre su cabeza para que todos lo vieran. Las voces comenzaron a cesar poco a poco, dando paso a la curiosidad.

—Esto de aquí, —comenzó diciendo la joven sin saber cómo hacía para elevar tanto la voz. Siempre estuvo acostumbrada a hablar por lo bajo, a pasar desapercibida, y ahora estaba ocurriendo todo lo contrario. —es lo que *su* reina, la reina que tanto apreciaban, la mujer que tantas cosas hizo por ustedes, me dejó encantado para que no pueda manifestar mi poder.

—¡Está mintiendo! —gritó uno.

—¡Sí! ¡Lo dice para ocultar que en realidad no heredó ningún poder! —dijo otra mujer.

—No —contradijo Leia. —Lo hizo para protegerme, para que pudiera vivir oculta en un pueblo alejado de Antel. Me dio la posibilidad de tener una familia mientras que ella se sacrificaba para darnos tiempo.

Todo lo que decía salía directo de su corazón. Todos los días pasados desde que se alejó de Emera no pudo dejar de pensar en el gran sacrificio que había hecho Aria para darle una mejor vida a Leia aunque fuera viviendo bajo el régimen de Connor. La joven conoció a Darren, Linda, Kailani y a todos ellos gracias a Aria.

—Hace tan sólo unas semanas, yo era como ustedes —siguió diciendo, sin poder detenerse. —He visto y vivido cosas horribles que han hecho los Inframons sin poder hacer nada para detenerlos incluso sabiendo quién era yo realmente. Y cuando me trajeron de regreso, dejé atrás a las personas que más amo para enfrentar a mi verdadera yo y ayudar a brindarles un mundo mejor.

Todos estaban en silencio, algunos mirándola y otros avergonzados con la vista clavada en el suelo. Daniel estaba sorprendido y molesto al mismo tiempo, pero se mantuvo con la boca cerrada, para suerte de Leia.

—No soy la mujer noble e inteligente que quizás se esperaban de una princesa, pero me estoy esforzando por encajar en el reino y cumplir con mis responsabilidades —luego de una pausa para tomar aire, agregó: —Sólo les pido un poco más de tiempo porque al igual que ustedes, sólo soy un ser humano.

Pese a que había buena cantidad de personas que no se sentían muy convencidas, otras comenzaron a aplaudir y a ovacionar. Incluso había quienes enviaban plegarias a la diosa Ignis para que guiara a Leia con su luz.

—Comandante Lade —llamó Daniel. —Escolte a la princesa a sus aposentos. Necesita descansar.

La joven podía percibir la furia en sus ojos dorados, y una parte de ella lo disfrutaba. Theron se puso en medio, señalando con el mentón la entrada al castillo.

—Ya oíste al rey.

Por encima del hombro de Theron, Leia llegó a ver a Daniel intentando acallar al público y volver a captar su atención. Mientras tanto, los gemelos y las primas parecían disfrutar del espectáculo. Sin embargo, cuando se percataron de que Theron se estaba llevando a Leia, se acercaron para bloquearles el paso.

—Deja que nosotros la acompañemos —dijo Cassian.

—Muévete, Dustin. Tú no eres mi rey para darme órdenes —siseó el capitán.

—Daniel tampoco —murmuró Adara, pero su tío igualmente la oyó, fulminándola con la mirada.

—Theron, estoy demasiado cansada para discutir —dijo Leia, resoplando. —Por favor, deja que vaya con ellos. Quédate para poner en orden este lugar.

El capitán de la guardia se la quedó mirando por mucho más tiempo de lo habitual, como si estuviera buscando algo en su mirada. A Leia se le hacía imposible descifrar las expresiones de Theron, pero aquella era una nueva, ligeramente más suave. Sin embargo, rápidamente volvió a su seriedad habitual, y sin decir nada más, se alejó al bullicio de lo que quedaba de la ceremonia.

Todos tenían la misma expresión de asombro ante lo que acababa de pasar, por lo que, luego de unos segundos de silencio, se echaron a reír, aliviando el ambiente cargado de tensión que hubo durante la presencia de los Inframons.

Todos juntos entraron al castillo para acompañar a Leia a los aposentos de Aria, y a la joven le llamó mucho la atención lo vacío que estaba el lugar debido a que casi todo el personal se encontraba en el jardín delantero. Así, el castillo parecía más imponente e intimidante. Sólo algunos guardias aguardaban en sus puestos, asintiendo en dirección a Leia y a los gemelos cuando pasaban por su lado.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Leia, rompiendo el silencio.

—Theron Lade no hizo uno de sus berrinches —dijo Aileen, enarcando sus cejas oscuras. Los demás rieron.

—No me refiero a eso, aunque sí fue extraño —admitió Leia. —¿Dilaya Malstrom? Creí que Connor tenía un hijo hombre.

—Los rumores dicen que tiene cinco hijos y que la mayor y la única mujer es Dilaya —explicó Aiden.

Cinco hijos. Leia se estremeció.

—El joven que mencionó... Lo conoces, ¿verdad? —preguntó Adara con cautela.

<<*Tienes un amigo bastante guapo*>>. Si llegaban a tener a Luke...

—Luke suele ir a Velthorn para enviarle a Connor parte de las cosechas de Emera junto con otras personas más.

—Quizás sólo lo dijo para asustarte —ofreció Cassian, pasando una mano por su mandíbula.

—Tiene razón —coincidió su hermano. —Puede hacerte creer que tiene a un ser querido tuyo simplemente para que mantengas tu mente en otro sitio y no en prepararte para lo que está por venir.

Leia quería creer eso con todas sus fuerzas. No soportaría si a uno de sus seres queridos le ocurriera algo por culpa de ella. No se lo perdonaría jamás. Sólo quedaba rezarle a los dioses para que los protegiera desde los cielos.

—Puede que todo esté siendo una mierda, —reconoció Adara. —pero ese discurso que diste al final ha dejado a los habitantes impactados.

—Ni siquiera sabía lo que estaba diciendo —admitió Leia, riendo.

—Pues ha funcionado para devolverles un poco las esperanzas —le dijo Adara, guiñándole un ojo.

—Lo del fuego fue obra de ustedes, ¿verdad? —inquirió Aileen en dirección a los gemelos. Ambos sonrieron con complicidad.

—Puede ser —murmuró Cassian, encogiéndose de hombros.

—Podrían habernos avisado —les reprochó Adara, enarcando una ceja.

—Pero no nieguen que se han sorprendido —les dijo el príncipe con una sonrisa juguetona en los labios.

Pues sí, sí se había sorprendido. Pero algo que le llamó la atención fue el hecho de que no sintió el ardor que creyó que sentiría teniendo la llama tan cerca de su piel. Como a todo ser humano, a Leia le enseñaron que el fuego no debía tocarse ya que era peligroso y podría quemar, por eso jamás lo intentó pese a que Kailani de pequeña una vez la retó a tocarlo. Leia se había negado rotundamente, pero Kai no. Como consecuencia, la pelirroja estuvo casi una semana entera con su mano vendada.

Cuando se quiso dar cuenta, ya habían llegado a los aposentos de Aria. A Leia le parecía raro no ver a Allias apostado en la puerta; se había terminado por convertir en una costumbre. Pero sabía que el joven probablemente se encontraba ayudando a los habitantes a regresar a sus hogares sanos y salvos.

—No queremos meterte presión —comenzó diciendo Aiden, mirando a Leia con seriedad. —Pero Dilaya no iba en broma. Será mejor que empieces a practicar el uso de tu poder cuanto antes.

—¿Y cuándo sería *cuanto antes*? —preguntó Leia, aunque creía saber la respuesta.

—Mañana.

Pese a que poco a poco estaba acostumbrándose a ciertas cosas en la Corte, usar su poder era algo en lo que no pensaba. Al no manifestarlo nunca, no tuvo en cuenta que

tarde o temprano eso se convertiría en parte de su rutina. Después de todo, era parte de ella. Pero la pregunta que le rondaba por la mente era: ¿estaba preparada?

—No lo sé... —murmuró Leia, frotando uno de sus brazos. —En cuanto Connor se entere, Emera—

—De eso no tendrás que preocuparte —la interrumpió Aiden, forzando una sonrisa. —Mañana volveré a Orland.

Adara, Aileen y Leia abrieron grandes los ojos.

—Oye, gracias por avisarnos con anticipación —lo reprendió Adara.

—Lo decidimos hoy por la tarde —explicó Cassian.

—Y no sólo lo hago para que tengas una preocupación menos —le dijo Aiden a Leia. —Todo lo que has hablado sobre tu pueblo me ha abierto los ojos. No puedo dejar que los pueblos de *mi* reino vivan de esa manera. Volveré al Castillo del Viento, reuniré a varios grupos de soldados y viajaré a cada pueblo para liberarlos de los Inframons. Dejaré guardias en cada uno de ellos para que eviten que esas criaturas vuelvan a adueñarse de algo que no les pertenece y me encargaré personalmente de comprobar que tu familia esté bien.

La joven no sabía qué decir. Todos ellos estaban haciendo demasiado por ella.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, haciendo uso de toda su fuerza para que su voz no se quebrara.

—Por supuesto. Es hora de que me ponga en el papel de rey —dijo Aiden, regalándole una cálida sonrisa. —Pero tienes que prometerme una cosa —la joven aguardó en silencio. —Tú también debes ponerte en el papel de reina. Por el bien de todos.

Leia asintió con firmeza, intentando que las lágrimas de emoción no se le escaparan.

—Gracias —le dijo al rey del viento. Era la única palabra que consideraba adecuada para ese momento.

—Agradécemelo cuando recibas una carta con el reporte de la situación en Orland —dijo Aiden, riendo.

—¿Y tú qué harás? —le preguntó Adara a Cassian.

—Me quedaré para ayudar a Leia a aprender a manipular su poder.

—¿Los gemelos se separan? Vaya, esa sí que será una historia digna de ser contada en el futuro —exclamó Adara, haciendo reír a los demás. Sin embargo, Leia no pasó por alto la manera en que Cassian evadía la mirada del resto.

Tampoco pasó por alto la repentina seriedad de Aileen. Al parecer, no le agradaba demasiado la idea de que Aiden se fuera de Antel.

—¿Cuándo planeas irte? —le preguntó Leia a Aiden.

—Mañana por la mañana.

—No escaparás de un desayuno de despedida —le advirtió Adara. El rey puso los ojos en blanco pero no pudo evitar sonreír.

A Leia se le escapó un bostezo. Ahora que todo estaba un poco más claro y calmado, el cansancio del día cayó como una piedra sobre sus hombros. Los demás se percataron de ello, por lo que empezaron a despedirse para que cada uno se dirigiera a sus aposentos.

—El que mañana no aparezca en el jardín interno para desayunar, lo voy a llevar a rastras si es necesario —dijo Adara como despedida.

—A la orden, capitana —se burló Cassian.

La princesa se quedó unos momentos parada frente a la puerta de los aposentos de Aria para observar en silencio cómo todos regresaban por el corredor hasta sus respectivos aposentos. El pelirrojo fue el único que le echó una mirada por sobre su hombro, y cuando se encontró con los ojos de Leia, le dedicó una sonrisa ladina, gesto que la joven imitó.

Finalmente, soltó un largo suspiro y abrió la puerta para entrar a los aposentos de una vez.

Primero la golpeó un olor desagradable y nauseabundo.

Luego, gracias a la luz que provenía del corredor, vio que el suelo alrededor de la cama estaba húmedo.

Por último, distinguió una figura inmóvil recostada sobre el colchón de la cama.

Cuando todo cobró sentido en su cabeza, cuando todas las piezas de ese pequeño rompecabezas encajaron, un grito horrorizado salió de sus labios mientras se tambaleaba desesperadamente hacia atrás.

Capítulo 24

Leia pasó la noche en los aposentos de Adara vomitando todo lo que había comido durante la ceremonia y temblando violentamente en el suelo del cuarto de aseo mientras la castaña le acariciaba el cabello y se quedaba en silencio, también asimilando lo sucedido.

Los demás se habían quedado para hacerles compañía, pero sólo hasta cierto punto de la noche en que Adara los echó amablemente para que ellos también pudieran descansar.

Todo eso Leia lo recordaba vagamente. Su mente sólo estaba concentrada en la terrorífica imagen del cuerpo sin vida que se encontraba sobre su cama rodeado de sangre y órganos que se suponía que debían estar *dentro* de él.

Lo poco que logró dormir, siempre se veía interrumpido por pesadillas siniestras que la acechaban mezclando los acontecimientos y convirtiéndolos en algo aterrador que la despertaba sudando y gritando.

Y todo había sido obra de esa mujer Inframón. Cuando varios soldados y sirvientes se encargaron de retirar el cuerpo, encontraron una nota escrita por la misma sangre del hombre en la que se leía:

Un simple recordatorio de que me tomo las cosas en serio, princesita.

-DM-

Dilaya Malstrom había destripado a un soldado de la guardia de Antel sin razón alguna como un *simple recordatorio* para Leia. ¿Cómo fue posible que en tan poco tiempo la Inframón hubiera logrado semejante desastre y sin que ningún guardia se enterara? Con cada día que pasaba, Leia entendía un poco más a lo que se estaban enfrentando y con cuánta desventaja corrían. Esas criaturas no conocían la compasión ni la piedad, además de que vivieron por miles de años. ¿Qué eran los humanos contra eso? *Nada*.

Poco antes del amanecer, como era costumbre, Theron la esperó en la salida trasera de las murallas. Ambos estaban en completo silencio, tanto durante el desayuno como durante el entrenamiento. El capitán ni siquiera se molestó en decirle qué hacer, sino que la joven repetía los ejercicios que se había acostumbrado a hacer. Él a veces la imitaba y otras veces se quedaba un tiempo contemplando el río con la vista distante.

Theron había perdido a uno de sus hombres, terminó por entender Leia. Y según lo que tenía entendido, por la tarde le harían un funeral. La joven nunca había atendido a uno, pero sabía que debía hacerlo. No sólo porque era lo correcto que la princesa de Antel se presentara, sino porque ella misma sentía la necesidad de ir y ofrecerle sus condolencias a la familia del joven guardia que había perdido la vida.

Ella lo había visto pocas veces dentro del castillo. Mayormente era el que vigilaba la entrada junto con otros tres soldados. Pero recordaba haberlo visto por primera vez cuando la recibió al llegar a Antel con una verdadera sonrisa en sus labios, haciendo que sus ojos celestes brillaran y contrastaran con lo claro de su piel y el dorado de su cabello. Leia tenía entendido que él fue uno de los que era fiel a la Corona y no sólo a Daniel. Pero, ¿en serio importaba eso ahora?

—Si quieres que te libere más temprano para que desayunes con los demás, será mejor que te esfuerces más —la reprendió Theron. Fueron las primeras palabras que intercambiaron en toda la mañana.

La joven aún recordaba la ira y tristeza que se vieron reflejadas en el rostro de Theron cuando llegó corriendo a los aposentos seguido por varios de sus hombres. Lo primero que hizo fue gritar obscenidades y pasarse una de sus manos por su rostro repetidas veces. Luego pasó a dar órdenes para que retiraran el cuerpo de allí, y se fue diciendo que él sería el que se encargaría de dar la noticia a su familia.

Leia sólo se había quedado rígida como una piedra en los brazos de alguien que no recordaba con exactitud. Sus ojos estaban fijos en el charco de sangre que marcaba el suelo debajo de la cama. Era algo diferente a lo que sintió cuando vio morir a un hombre en Emera. No sabía cómo describirlo, pero una voz acusadora en su cabeza repetía: <<*Por tu culpa. Por tu culpa*>>.

—No he dormido nada —se quejó Leia, inspirando forzosamente luego de correr varias idas y vueltas al río.

—Y yo sí —dijo Theron con sarcasmo.

—Lo siento —susurró la joven, tapándose el rostro con ambas manos. Había llorado demasiado por la noche, pero al parecer aún tenía lágrimas por derramar. —De verdad lo siento. Desde que llegué aquí sólo causo problemas.

—Sabes que no hay vuelta atrás, ¿verdad? —inquirió el capitán.

Leia lo miró con confusión.

—A esta altura, casi todo Keentale sabe quién eres y de dónde vienes —aclaró. —No puedes volver atrás. Sólo queda seguir adelante y terminar lo que has venido a hacer.

—¿A costa de cuántas vidas más, Theron?

—De las que sean necesarias —respondió con frialdad. —Si seguimos dejando que todas estas muertes sucedan sin hacer nada al respecto, acabarán siendo en vano. ¿Eso es lo que quieres? ¿Darte por vencida y dejar que más gente pierda su vida sin razón alguna?

—No... —murmuró ella con la vista clavada en el césped.

—Entonces demuéstalo.

Y así, la joven siguió corriendo por la orilla del río dejando que la brisa otoñal secara sus lágrimas. Theron decía la verdad: si no hacían algo, todas esas muertes serían en vano y los Inframons y todas las criaturas provenientes del Inframundo se saldrían con la suya en un mundo que no les pertenecía. Sin embargo, a Leia le costaba creer que serían capaz de derrotarlos. Quizás, una vez que el continente estallara en guerra, sería el fin de toda la raza humana. Esa podría ser la muerte de Leia. Aunque moriría defendiendo a su reino, y eso no sonaba tan mal.

Su reino. Se sorprendió de haber dicho eso en su mente con total naturalidad, como si toda su vida hubiera sido así.

Al terminar el entrenamiento, ambos se quedaron unos momentos sentados en la orilla de cara al río, vaciando sus cantimploras y disfrutando de un poco de aire fresco y de los suaves y cálidos rayos del sol que hacía poco se asomaba por el horizonte.

—Anoche me recordaste a tu padre —dijo Theron, interrumpiendo el silencio.

—¿Por qué? —preguntó la joven, curiosa.

—Porque al igual que él, sin darte cuenta me has dado tu primera orden.

Leia no pudo evitar fruncir el ceño. Los recuerdos de la noche anterior eran borrosos y oscuros, opacados por todo lo que ocurrió luego de la ceremonia.

—Dijiste que me quedara en la ceremonia para poner orden —le recordó, y Leia rápidamente supo a lo que se refería. —Logan y yo entrenábamos juntos para que nos admitieran en la guardia de Antel, por lo que nos hicimos muy buenos amigos. Luego de que eso pasara, tu madre y él se casaron y Logan me nombró capitán de la guardia. Jamás nos tratábamos con el respeto que se suponía que debíamos tenernos. Seguíamos siendo los mismos amigos de cuando éramos más jóvenes. Hasta que un día, inconscientemente me ordenó que protegiera a la población en uno de los ataques enviados por Connor. — luego de una pausa, añadió: —Con esto no quiero decir que me haya disgustado que mi amigo me tratara con superioridad, sino que tuve el honor de verlo evolucionar desde un simple muchacho del pueblo que se esforzaba por ser parte de la guardia de Antel hasta convertirse en un rey leal y justo con sus súbditos.

La joven se mantuvo en silencio asimilando ese nuevo lado de Theron. Pese a que el hombre tenía la vista clavada en el agua cristalina del río, Leia pudo percibir un brillo de nostalgia en sus ojos castaño claro.

—Anoche, la manera en que hablaste frente a todo Alicron pese a que Dilaya Malstrom te dejó ridiculizada, y cómo con tanta naturalidad me ordenaste que me encargara del pueblo, no pude evitar pensar en cuán parecida eres a tus padres pese a que ni siquiera alcanzaste a conocerlos.

Incluso a Leia se le hacía increíble lo que estaba oyendo, en especial porque venía de la boca de Theron. Había oído a muchas personas decir el parecido que tenía a sus padres biológicos, pero la manera en que lo decía el capitán de la guardia hacía que ella lo creyera al cien por cien.

—Me encantaría que eso me ayudara a sentirme menos culpable por el asesinato de ese soldado —admitió la joven, frotando su regazo con ambas manos.

—Duncan fue un buen hombre —reconoció Theron. —Pero no puedes detenerte por su muerte. Lucha por que no sea en vano.

<<Como tú luchas para que la muerte de tu hermano no sea en vano>>, quiso decir Leia, pero no quería arruinar el momento, por lo que se mantuvo en silencio y asintió con la cabeza.

—Anda, ve a desayunar con los demás antes de que se te haga tarde —dijo Theron, poniéndose de pie. —Y dile de mi parte al *supuesto* rey *Dustin* que haga algo bien en su vida de una maldita vez.

Ahí estaba el Theron que ella conocía. Ni siquiera se molestó en reprimir una sonrisa mientras veía al capitán alejarse a las murallas del castillo cargando la canasta con las cantimploras vacías.

.....

No tenía mucho tiempo antes de que Aiden comenzara su viaje de regreso a Orland acompañado por sus soldados, por lo que Leia se aseó lo más rápido posible y descendió al jardín interno donde algunos sirvientes habían instalado una mesa lo suficientemente grande para que entraran cinco personas. Todos ya estaban allí frente a un abundante desayuno que los aguardaba sobre la mesa.

Cuando vieron llegar a Leia, comenzaron a aplaudir.

—¡Por fin llegas! Casi que comenzábamos a comer sin ti —exclamó Adara, haciendo reír al resto.

La joven agradeció para sus adentros que ellos hubieran preferido actuar con naturalidad, dejando de lado lo que ocurrió el día anterior. Al parecer, todos necesitaban una distracción.

—Oye, no es mi culpa. Ustedes sabían que yo entrenaría con Theron —se quejó Leia mientras tomaba asiento entre Adara y Cassian.

—Excusas, excusas —murmuró el pelirrojo, haciendo una mueca divertida.

—Lo dice el que llegó poco antes que Leia —señaló Aiden, enarcando una ceja mientras le daba un largo sorbo a su jugo de naranja.

Cassian formó una bola con una servilleta para lanzarla hacia Aiden utilizando su poder. El rey de Orland la desvió de igual manera, haciendo que cayera dentro de la copa de su gemelo. Todos se echaron a reír, incluyendo Aileen, quien se burlaba de Cassian empujando su hombro. El pelirrojo fulminó a todos con la mirada y tuvo que pedirle a una sirvienta que cambiara su copa.

—No veo la hora de que te vayas —le dijo a su hermano. Éste sólo sonreía con satisfacción.

—¿Cuándo volverás? —le preguntó Leia a Aiden.

—En un par de meses, supongo —respondió el rey, encogiéndose de hombros. — Intentaré reunir la mayor cantidad de aliados posibles para que se unan a nuestra causa y te apoyen el día de la Coronación.

Faltaban casi diez meses para la Coronación. En realidad no era un evento oficial, sino que utilizarían el día del cumpleaños de Leia ya que sería mayor de edad y podría proclamar la Corona. Aún no sabían cómo lograrían aquello, pero debían de conseguir la mayor cantidad de personas a su favor para que, en un momento durante el festejo de su cumpleaños, Leia reclame su lugar y reciba el apoyo de la mayoría de los presentes. Era algo que le aterraba, pero tal como le había dicho Theron, no había vuelta atrás; sólo quedaba seguir adelante. Antel necesitaba a alguien que los lidere en la batalla, y una reina sería más convincente que una princesa.

—Y mientras tanto, nosotros nos encargaremos de entrenarte y prepararte para todo lo que está por venir, como estuviste haciendo hasta ahora —señaló Cassian en dirección a Leia.

—Recuerden entablar una buena relación con los habitantes de Alicron —aconsejó Aiden. —También necesitaremos apoyo de aquí.

—Eso es un hecho —afirmó Adara.

—Y si Daniel pregunta, ¿qué le diremos? —preguntó Leia, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué más da? Cualquier cosa que le digamos le dará igual, siempre y cuando él pueda seguir gobernando sin que nadie lo interrumpa —respondió Aileen, poniendo los ojos en blanco.

La morocha tenía razón. Daniel vería aquellas visitas fuera del castillo como momentos en los que podría seguir liderando sin interrupciones ni amenazas. Sólo quedaba rezar a los dioses para que él no sospechara de sus verdaderas intenciones y que disfrutara del trono mientras lo tuviera. Una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Leia al imaginarse el rostro de su tío cuando viera que ella venía acompañada de una gran cantidad de personas a su favor para recuperar su Corona. Sin embargo, no debía tentar a la suerte; siempre existía la posibilidad de que nadie la apoyara.

—Basta con que le digas que sólo quieres conocer un poco más del reino —le dijo Adara con un encogimiento de hombros. Y eso no sonaba tan mal ya que se trataría de una verdad a medias; después de todo, Leia sí quería conocer más de Antel.

—Incluso si le dices que lo estás haciendo para buscar apoyo y destronarlo, no se lo creerá y se reirá en tu cara —masculló Aileen. Los demás rieron, mostrándose de acuerdo.

El tiempo que les quedaba lo usaron para devorarse todo el desayuno y bromear entre ellos. Leia se vio sorprendida ante la naturalidad con la que salía su risa pese a la horrible noche que pasó. Aunque los recuerdos seguían en un rincón recóndito de su mente, estaba agradecida de poder compartir unos momentos de normalidad con personas como ellos que, pese a que eran miembros de la realeza, también les gustaba actuar por un momento como si no lo fueran, como si todos fueran iguales.

Cuando llegó el momento de la despedida, acompañaron a Aiden a la salida delantera de las murallas donde sus soldados ya estaban montados sobre los caballos. Un sirviente se acercó para entregarle a Aiden el cinturón con su espada enfundada y una capa gris oscura con capucha, la cual se colocó sobre los hombros. El sirviente se despidió con una marcada reverencia al tiempo en que llegaba Daniel escoltado por dos de sus guardias.

<<*Siempre aparece en los mejores momentos*>>, se quejó Leia para sus adentros, mordiéndose el interior de sus mejillas para no decir nada en voz alta.

—Vaya, Dustin —exclamó Daniel en cuanto los alcanzó. Los demás lo recibieron con una leve reverencia. —¿A qué se debe su inesperada partida?

—Me necesitan en el reino, Su Majestad —respondió Aiden con el mentón en alto. La voz y actitud de un verdadero rey.

—¿Problemas en Orland? —inquirió Daniel, enarcando una gruesa ceja oscura.

Leia miró de reojo a Aileen, quien parecía querer decirle al rey temporal de Antel que se metiera en sus propios asuntos. La joven reprimió una sonrisa.

—Nada de lo que tenga que preocuparse, Su Majestad —dijo el rey del viento, abrochándose su cinturón. —Volveré en un par de meses para ver cómo sigue todo en Antel. Para ese entonces, quizás la princesa pueda recuperar su verdadero lugar, ¿no le parece?

—Sí, por supuesto —murmuró Daniel con los ojos entrecerrados. Luego se volteó hacia la joven. —Cuando termines, sobrina, ven a buscarme a la Sala del Trono. Hay un par de cosas que quiero discutir contigo.

Sin darle tiempo a responder, volvió a dirigirse a la entrada del castillo seguido por sus guardias.

—Díganme que no soy la única que quiere estamparle un puño en el rostro —murmuró Aileen fulminando con la mirada a Daniel, quien no tardó en desaparecer por las puertas del castillo.

—Sea lo que sea que vaya a decirte, podrás con ello —le aseguró Cassian a Leia. —Has lidiado con criaturas peores —le recordó al tiempo en que le guiñaba un ojo de manera cómplice.

Tenía razón. Una discusión no sería tan grave como lo fueron otras cosas. Además, no era la primera vez que sucedía. Probablemente le hablara de lo sucedido durante la ceremonia. Ella podría con ello. O eso quería creer.

Sacudió la cabeza para borrar esos pensamientos y se acercó a Aiden, levantando el mentón para poder verlo a los ojos.

—Gracias por ayudarme a venir a Antel y por lo que harás por Emera —le dijo la joven, y el rey le sonrió con calidez.

—Gracias a ti por tu valentía —dijo él, tomando una de sus manos y besando sus nudillos. —Espero que la próxima vez que te vea estés a un paso de tomar tu lugar en la Corte.

—Eso espero —dijo Leia, riendo nerviosamente. —Buen viaje, rey de Orland —agregó, asintiendo con la cabeza. Aiden le devolvió el mismo gesto.

Luego, ella se apartó para que los demás pudieran despedirse.

Adara tomó su lugar, acomodándole al rey su capa gris y algunos mechones de su cabello, poniéndose en puntas de pie para alcanzarlo.

—Hasta pronto, Dustin —le dijo la castaña, y Aiden no tardó en envolverla en un cálido abrazo. Le susurró algo en el oído antes de que se separaran.

—Espera, antes de que lo olvide —intervino Leia. Sacó de un bolsillo de su vestido una bolsa con monedas de plata que había conseguido gracias a uno de los guardias antes de bajar a desayunar. Se la tendió a Aiden. —Para el capitán Harry.

Cuando bajaron de su barco al llegar al puerto de Hunthass, Leia le había prometido al capitán que la Corte de Antel se encargaría de cubrir los costos del viaje, revelándole su verdadera identidad. Era momento de pagar su deuda. Aiden tomó la bolsa, asintiendo en entendimiento, y la colocó dentro de la alforja de su montura.

La siguiente en despedirse fue Aileen, quien se acercó hasta quedar frente a frente con su pareja. Él le tomó ambas manos, buscando sus ojos con los suyos.

—Voy a intentarlo una última vez —dijo, tomando aire. —¿Estás segura de que no quieres acompañarme?

—Mi respuesta no va a cambiar —le respondió la morocha a secas, y sin darle tiempo a responder, tomó su rostro entre ambas manos y lo besó

Como por inercia, los demás desviaron la mirada. Leia no pudo evitar sonreír deliberadamente. Sin embargo, había algo que no encajaba del todo bien. La reacción de la morocha al enterarse de la partida de Aiden no había sido muy positiva, y por cómo lo dijo él en ese momento, parecía no ser la primera vez que le preguntaba si quería ir con él; y aun así, Aileen rechazó la propuesta. <<*No es problema tuyo, Leia*>>, se reprochó a sí misma. La morocha debía de tener sus razones para quedarse en Antel.

Viendo que el beso entre la pareja se tornaba cada vez más apasionado, Cassian se aclaró la garganta.

—No es necesario que monten un espectáculo —se quejó el príncipe, haciendo reír a los demás.

Finalmente, Aiden dejó ir a su pareja y se volteó para quedar frente a frente con su hermano. Ambos podían mirarse fijamente a los ojos sin problema debido a su idéntica altura. Igualmente, viéndolos así de cerca, Leia percibió una ligera diferencia: el cuerpo de Cassian era más fornido; sus hombros eran más anchos y sus brazos y piernas más musculosos.

—Confío en que hagas un buen trabajo aquí —le dijo Aiden con seriedad.

—Y yo confío en que hagas un buen trabajo en Orland —respondió su hermano en medio de un suspiro.

Un corto silencio se instaló entre ellos hasta que Aiden tomó aire para decir en voz baja:

—¿Por mamá y papá?

Cassian no pudo evitar sonreír con nostalgia al oírlo decir eso.

—Por mamá y papá —repitió con más firmeza que Aiden, y de un segundo a otro ambos envolvieron el cuerpo del otro en sus brazos.

—No es necesario que monten un espectáculo —siseó Aileen, imitando la voz grave de Cassian.

El príncipe puso los ojos en blanco y se separó de su hermano, no sin antes recibir un par de palmadas en la espalda por parte de Aiden.

—¿Todo listo, capitán? —le preguntó el rey de Orland a su capitán de la guardia.

—Cuando usted diga, Mi Señor —respondió el comandante con firmeza.

Leia recordó otra cosa.

—Aiden —lo llamó, y el rey se volteó hacia ella una vez que se encontraba sobre su caballo. —Theron me mandó decirte que hagas algo bien en tu vida de una maldita vez.

Aiden soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Hay cosas que nunca cambian —murmuró. —Pues, como el comandante Lade ordene —añadió en un tono de voz más alto, haciendo una corta reverencia. —Hasta pronto, princesa de fuego.

—Hasta pronto, rey del viento —respondió la joven, y todos los despidieron con la mano cuando Aiden y sus hombres comenzaron a avanzar hacia el pueblo de Alicron.

En el momento en que los perdieron de vista entre la civilización, Cassian soltó un largo suspiro, pasando una mano por su cabello.

Un grupo de soldados vestidos con los ropajes de entrenamiento pasaron por su lado y se detuvieron cuando vieron a Cassian. El que iba al frente, un muchacho casi tan joven como Leia, le dijo al príncipe:

—¿Viene a entrenar hoy, Su Alteza?

—Claro —respondió Cassian. —En cuanto me cambie de ropa, nos encontramos en la sala de entrenamientos.

—Hasta entonces —saludó el muchacho, y antes de marcharse con los demás soldados, le guiñó un ojo a las tres jóvenes. —Que tengan un buen día, señoritas.

Las tres lo observaron irse en completo silencio. Aileen fue la primera en fruncir el ceño.

—Hombres —murmuró, poniendo los ojos en blanco.

—Sólo fue caballeroso —la reprendió Adara.

—¿Él no era el que tenía la fama de acostarse con casi todas las doncellas de la Corte? —inquirió Aileen, poniendo una mueca de asco.

—Ni que tampoco fuera la gran cosa —murmuró Cassian con un tono de voz ligeramente irritado.

—Es guapo —comentó Adara, encogiéndose de hombros con inocencia. —Si no es del tipo que luego pretende casarse, no me importaría pasar una noche con él —añadió con total naturalidad.

Leia enarcó ambas cejas mientras que Cassian desviaba la mirada y Aileen resoplaba.

—Por supuesto que no te importaría —murmuró la morocha.

—Una mujer tiene sus necesidades —se excusó Adara. —No todas tenemos a un rey para complacernos —agregó a modo de burla.

—No es mi culpa que hayas rechazado al príncipe —contraatacó Aileen.

Leia no pudo evitar abrir los ojos de par en par mientras que miraba en dirección a Cassian, quien tenía las mejillas encendidas. Adara parecía igual de incómoda; en cambio, su prima parecía satisfecha, cruzando sus brazos sobre su pecho.

—Leia, ¿tú no tenías que ir a hablar con Daniel? —preguntó Cassian, apresurado por cambiar el tema de conversación.

—Sí, claro —respondió la joven, aclarándose la garganta y pasando una mano por la parte trasera de su cuello.

—Yo tengo clase de costura con la dama de Antel, así que si me disculpan... — anunció Adara, y subió rápidamente las escaleras hacia el interior del castillo.

—Suerte con Daniel —le dijo Aileen a Leia al tiempo en que comenzaba a caminar en dirección contraria, hacia el pueblo de Alicron.

Cassian dejó salir un largo suspiro.

—Eso fue incómodo —admitió Leia en un intento por aligerar el ambiente.

—Aileen es incontrolable —masculló Cassian mientras ambos avanzaban hacia el vestíbulo principal del interior del castillo.

—No sabía que Adara y tú habían... estado juntos —confesó la joven, mordiéndose el interior de sus mejillas.

—No fue la gran cosa —dijo el pelirrojo, encogiéndose de hombros. —Sólo sucedió una vez en un momento en el que nos encontrábamos muy vulnerables y confundidos — añadió con rapidez, casi tropezándose con sus propias palabras. —Pero por supuesto que Aileen tuvo que enterarse para recordárnoslo todo el tiempo desde ese entonces en adelante —hizo una pausa al tiempo en que alcanzaron el vestíbulo principal. Soltó otro suspiro, haciendo que sus hombros se relajaran. —Da igual, hay cosas más importantes en las que pensar. ¿Necesitas que te acompañe a hablar con Daniel?

La joven estaba a punto de responder que sí, pero una voz en su cabeza le dijo lo contrario. Ella debía enfrentarlo sola. Después de todo, no tenía que preocuparse. Él podía ser su tío, pero ella era la verdadera heredera al trono. No sabía de dónde sacó tanta confianza, pero decidió aprovecharla.

—No te preocupes, estaré bien —respondió. —¿Nos vemos más tarde?

—Por supuesto —dijo Cassian, pero antes de marcharse escaleras arriba, añadió: — Por lo que pasó ayer por la noche, creo que será mejor que dejemos lo de tu poder para mañana. Sé que dije que no tenemos mucho tiempo, pero...

A Leia no le hizo falta una explicación. Sabía que hoy sería el funeral de Duncan y ella misma quería estar presente, por lo que no tendría el tiempo necesario para centrarse completamente en su poder. Además, le estaba dando un día de ventaja a Aiden, por lo que no venía nada mal.

La joven asintió con la cabeza y se despidió del pelirrojo con un movimiento de mano el cual él imitó. Mientras ella se dirigía a la Sala del Trono, evitó pensar en la

imagen de Cassian luego de uno de sus entrenamientos con su torso bien trabajado al descubierto y su cabello desordenado cayéndole sobre el rostro-

—Su Alteza, el rey la aguarda dentro —anunció Erika, la mercenaria que se encontraba de guardia en las puertas dobles que llevaban a la Sala del Trono. Ella y otro soldado más las abrieron, y la joven tomó aire antes de adentrarse.

Como siempre, varios soldados se encontraban apostados en sus lugares a ambos lados de la sala a lo largo del camino que llevaba al trono. Sobre éste estaba sentado Daniel teniendo una conversación con Theron, quien estaba de pie a su izquierda. Frente al rey y de espaldas a Leia había tres figuras, y a la joven no le costó darse cuenta de que se trataba de los miembros del Consejo Real.

—¿Ya se ha retirado lord Dustin? —le preguntó Daniel en cuanto vio a Leia. Todos se voltearon en su dirección.

—Así es, Su Majestad —respondió la joven, haciendo una leve reverencia al llegar a la altura de los miembros del Consejo. —¿Deseaba mi presencia?

—Creo que tenemos mucho de qué hablar con respecto a lo sucedido anoche —dijo Daniel, poniéndose de pie. —Pero quiero privacidad. Por favor, sobrina, consejeros, capitán Lade, acompáñenme a la sala de reuniones.

Los seis, en sumo silencio, pasaron por la puerta que se encontraba a la derecha del trono, la cual llevaba directo a la sala de reuniones. Leia nunca había estado allí. Se trataba de una amplia habitación apenas iluminada por algunas antorchas, y las paredes estaban decoradas con mapas de todo tipo. En el centro había una mesa de madera repleta de papeles, libros y plumas para escribir. La pared del fondo estaba cubierta por una extensa estantería con más libros, y en la parte inferior había varios cajones cerrados.

Daniel se sentó a la cabeza de la mesa. Theron se quedó de pie a su izquierda y los demás miembros del Consejo tomaron asiento cerca del rey: Kane se sentó a su izquierda seguido por Melkes, y Loren y Leia se sentaron enfrentadas a ellos, la mujer a la derecha de Daniel. Los dos guardias que estaban en la puerta la cerraron en cuanto Daniel les dio una señal, quedando del lado de afuera.

—Muy bien —comenzó diciendo el rey temporal, pasando una mano por su mandíbula rasurada. —Sobrina, los miembros del Consejo Real y yo queremos discutir acerca de lo que sucedió ayer con la hija mayor de Connor Malstrom.

—Nos mentiste a todos con tu miserable poder —espetó Kane.

—Calla, Luffier —le gruñó Loren. —Deja que la muchacha se explique.

La joven se relajó un poco al ver que al menos no todos en la habitación estaban en su contra.

—Lo hice para transmitirles un poco de esperanza —dijo Leia. —Aún no he liberado mi poder, pero creí que si les hacía una mínima demostración, bastaría para que creyeran que era yo realmente.

Aunque no fue idea de ella, pero podía saltar ciertos detalles de la historia.

—¿Y pensabas lograr eso mintiéndole a la población? —inquirió Daniel.

Leia casi suelta una carcajada por la ironía de la situación.

—Lo hecho, hecho está —dijo la joven. —Luego de lo que pasó con Dilaya, hablé desde lo más profundo de mi corazón, y eso *sí* arregló las cosas.

—Ay, qué tierno —exclamó Kane con sarcasmo. —¿Qué es lo que le quieres demostrar a la población, Leia Stormholl?

Ella tomó aire para responder:

—Que podemos vencer a Connor.

Kane y Melkes se frotaron el rostro con ambas manos y Daniel suspiró, negando con la cabeza. Loren se mantuvo en silencio mirando fijamente un punto invisible en la mesa.

—Ya te dije que no voy a permitir que hagas eso, sobrina —le recordó Daniel. —No puedo dejar que una niña lleve a mi reino a la guerra sólo por un capricho.

—¡No es por un capricho! —exclamó Leia, y se sorprendió del tono alto de su voz. Sin embargo, cuando siguió hablando, lo hizo más bajo: —Ninguno de ustedes vio lo que yo vi en Emera y en otros lugares, lo que esas criaturas les hacen a los humanos. Hay que detenerlos de una vez, y ahora que el fuego azul volvió, es nuestra oportunidad.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Melkes con más curiosidad que enfado.

<<No lo sé>>.

—Porque por algo resurgió ese poder. Quizás Ignis sabía que esta generación de herederos lograría derrotar a Connor.

Kane estalló en carcajadas, golpeando la superficie de la mesa con un puño.

—La joven tiene razón —lo interrumpió Loren, fulminándolo con sus ojos de un celeste grisáceo. —Ignis es una diosa sabia.

—¿Ahora me vas a dar clases de religión? —inquirió Kane.

—Lady Kreys, no creo que-

—Aguarde, Su Majestad —lo interrumpió la mujer a Daniel, levantando una mano para silenciarlo. —¿Qué pasa si es cierto? ¿Qué pasa si los dioses eligieron a estos jóvenes para librarnos de la oscuridad de Connor? ¿Qué pasa si estamos dejando pasar la única oportunidad de acabar con los Inframons?

Kane resopló, reclinándose contra el respaldo de su silla. Melkes parecía reflexionar pero se mantuvo en silencio. Daniel fue quien habló:

—Lady Kreys, necesito que entienda que no puedo dejarle a una jovencita inexperta el mando de todo un reino. Ni siquiera tenemos una alianza con los demás reinos. No tenemos asegurado que se unan a semejante plan de batalla.

—No estamos en una situación para negociar con otros reinos —agregó Kane con los brazos cruzados sobre su barriga. —No tenemos nada para ofrecer a cambio.

—Un futuro —dijo Leia, y todos la miraron con confusión. —Hay que ofrecerles un futuro. Si dejamos pasar esta oportunidad, Connor se cansará y terminará con todo lo que conocemos. Todo será de él y empezará a expandir su reinado por otros continentes.

Jamás se lo había puesto a pensar, pero ahora que lo decía en voz alta, notaba cuán grande podría resultar el desastre que causaría el fracaso.

—No voy a ser el causante de que todo lo que construyeron tus padres en Antel se desmorone —declaró Daniel. A su lado, Theron se tensó.

—Ya lo estás siendo —espetó Leia antes de que pudiera pensarlo mejor.

—¿Y una niña de quince años lo hará mejor? —preguntó Kane con tono burlón.

—Diecisiete —lo corrigió la joven en un siseo. —Y lo haré mejor porque *yo* soy la verdadera heredera.

Daniel parecía a punto de desenfundar su espada y rasgar la garganta de Leia. Sin embargo, ella siguió hablando:

—Mi familia en Emera está siendo vigilada por los Inframons. Ya no hay vuelta atrás. No puedo tomar mis pocas pertenencias y volver. Saben quién soy y es muy probable que estén empezando a cuestionarse si yo soy la verdadera portadora del fuego azul. Por lo que no puedo deshacer lo que ya hice. Sólo me queda seguir adelante —Leia miraba a Theron, quien había sido el que le dio a entender todas esas palabras. El hombre se mantuvo serio pero algo parecido al orgullo brillaba de manera apenas visible en sus ojos.

—No es nuestra culpa que hayas puesto a esa gente en riesgo —masculló Kane.

Cuánto deseaba que Aileen estuviera allí para susurrarle que le encantaría darle un puñetazo directo en el rostro a aquél anciano.

—Mi decisión está tomada —declaró Leia, poniéndose de pie. Ya no soportaba estar allí. —Me da igual si aceptan o no que tome mi lugar en el trono. Lo voy a hacer tarde o temprano y voy a encargarme de matar a Connor con mis propias manos si es necesario —la furia y el desagrado que sentía por los presentes no la dejó pensar con claridad, por lo que antes de seguir hablando, optó por salir de allí.

—Leia —la llamó Daniel. La joven se detuvo en la puerta sin voltearse. —No me obligues a exiliarte.

Con las manos en forma de puños, se retiró de la sala rezando para que nadie la siguiera.

Caminó sin rumbo por los corredores y habitaciones del castillo, subiendo y bajando escaleras, intentando calmar su cabeza. No sabía lo que estaba haciendo. Se sentía parte de un juego en el que si perdía, no sucedería nada; pero esa era la realidad, y si perdía, no podría volver a empezar.

Ese era uno de los momentos en que más fuera de lugar se sentía en la Corte. No tenía nada en común con ellos. <<¿Por qué, Ignis? ¿Por qué me elegiste a mí para esto? ¿Por qué no le dejaste el fuego azul a Aria Jules?>>. Preguntas cuyas respuestas jamás encontraría.

—Su Alteza —Leia se volteó para encontrar a Annabelle con el mismo vestido beige de siempre y sus manos unidas detrás de su espalda. —El almuerzo está listo en sus aposentos.

La joven no pudo evitar tensarse. No estaba preparada para volver a entrar a esa habitación luego de lo que vio la noche anterior. Al menos, no sola.

—¿Crees que puedas... almorzar conmigo? —preguntó con un poco de incomodidad.

—Me encantaría, pero lady Deckler me ha pedido que limpiara sus aposentos —respondió Annabelle, apenada.

—Está bien, no te preocupes —dijo Leia intentando sonar relajada. A Annabelle no le convenció demasiado ya que preguntó:

—¿Quiere que vaya a buscar a otra persona para que le haga compañía?

Leia sólo pudo pensar en una sola persona que sabía que estaría libre y que le ayudaría a distraerse.

.....

Mientras aguardaba a que Annabelle regresara, Leia se quedó mirando por la ventana que se encontraba frente a las puertas de los aposentos de Aria. A través de ella podía ver la inmensidad del jardín interno y la fuente de agua que se encontraba justo en el centro con los nombres de todos los reyes de Antel tallados en la piedra. Una pregunta asomó a su cabeza: en un par de años, ¿pondrían el nombre de su tío? Por muy influenciado que pudiera estar por la ambición de poder, no dejaba de ser cierto que mantuvo al reino dentro de todo estable mientras que los legítimos reyes no estaban.

Luego sus pensamientos viajaron a lo que le dijo Adara, que el nombre de Aria no estaba tallado porque había gente que aún creía que seguía viva. ¿Sería posible que la mujer resistiera tantos años bajo el poder de Connor? Leia no podía creer semejante cosa. Pero tampoco podía dejar de preguntarse por qué era que la gente creía que ella aún no había muerto. Quizás Connor les dejó alguna pista.

Su cabeza quedó en silencio cuando en su interior surgió una sensación familiar. Se volteó para encontrarse con Annabelle y Cassian caminando por el corredor hacia ella. El príncipe se había cambiado la ropa de entrenamiento, y por su cabello mojado, parecía que se había aseado hacía unos instantes.

—Debo de ser un hombre muy afortunado si la princesa de Antel requiere mi presencia —dijo Cassian a modo de saludo, sonriendo con picardía.

—No estás obligado a acompañarme —se apresuró a decir la joven, avergonzada. — Es sólo que—

—Tranquila, sólo estaba bromeando —la interrumpió él, riendo por lo bajo. — Entiendo que no sea fácil volver a esa habitación luego de lo que viste.

—Disfruten de su comida —les dijo Annabelle, sonriente, mientras hacía una corta reverencia. —Volveré más tarde...

<<...para nuestras lecciones>>, leyó en su mirada, y Leia asintió, regalándole otra sonrisa. Una vez que Cassian y la joven quedaron a solas, ella tomó aire y colocó ambas manos en los picaportes de las puertas. Compartieron una última mirada antes de que empujara hacia adelante.

El lugar estaba igual de impecable que lo estuvo siempre, con las paredes, suelos y muebles relucientes y un olor a jazmines que perfumaba el ambiente. Sobre la mesa redonda descansaban dos bandejas con comida, como era de esperar. Todo estaba en su lugar, incluso las herramientas para tallar madera colocadas en el suelo en un rincón de la habitación. Paso a paso se adentraron en el lugar, y la joven sintió una presión en el pecho cuando vio la cama. Se veía perfecta con un acolchado de rosas y almohadones de varias tonalidades de rojo. Sin embargo, no podía quitarse la horrible imagen de su cabeza.

—Estos aposentos tienen unas vistas impresionantes —comentó Cassian de pie frente al gran ventanal que ocupaba todo el ancho de la habitación

Ella sabía que él estaba intentando distraerla, por lo que se obligó a quitar la vista de la cama y acercarse a Cassian, mirando a través del cristal.

—Ser princesa tiene que venir con alguna ventaja —dijo la joven a modo de broma.

—En especial si te conviertes en una diecisiete años después —aclaró el pelirrojo, sonriendo con diversión.

—Extraño a Lazy —las palabras se escaparon de sus labios sin poder retenerlas. ¿Para qué iba a mentir? En verdad lo hacía.

—¿Lazy? —preguntó Cassian con el ceño fruncido, como saboreando el nombre.

—Ya sabes, para mantener mi identidad oculta y todo eso —le explicó la joven con desdén. —Linda y Darren me escogieron el nombre de Lazy, y siempre fue así —tragó grueso en un intento por deshacer el nudo que se formó en su garganta. —A veces siento como si en realidad fuera Lazy pero estoy fingiendo ser Leia.

Decirlo en voz alta mejoraba las cosas. No las cambiaba, pero hacían que Leia lo aceptara y que se diera cuenta de ciertas cosas, como lo que acababa de confesar.

Por unos segundos, Cassian no dijo nada. Ese poco tiempo le bastó a Leia para empezar a pensar que quizás hubiera sido mejor no haberlo dicho en voz alta, hasta que le oyó decir:

—Un nombre no cambia las cosas. Tú eres tú y Antel te necesita tal y como eres. El pueblo se vio bastante satisfecho luego de tu discurso.

—No todos —murmuró ella.

—Por supuesto que no —afirmó Cassian. —Jamás lograrás que todos tengan los mismos ideales. Siempre habrá gente que ame a sus reyes y gente que no. Así funciona Keentale y probablemente el resto del mundo.

La joven dejó que sus palabras se asentaran en su mente.

—Sabes mucho de política para haber dejado que tu hermano tomara el puesto de rey en Orland —señaló Leia mientras ambos tomaban asiento a la mesa, enfrentados.

Los cocineros del castillo habían asado pollo, y como acompañamiento habían preparado salsas con diversidad de condimentos y vegetales, dándoles la posibilidad de escoger.

—Créeme, Leia, yo sería un pésimo rey —aseguró el pelirrojo luego de reír ante el comentario de la joven. —Es sólo que ambos tomábamos las mismas clases ya que en ese momento no teníamos idea de quién de los dos asumiría al trono, por lo que se suponía que ambos debíamos estar igual de preparados —explicó, poniendo los ojos en blanco como si el tema le aburriera. Luego pasó a servirle un poco de jugo de manzana en su copa y en la de él. Ella le agradeció con un asentimiento de cabeza. —En fin. ¿Cómo te fue en la reunión con Daniel?

No pudo evitar resoplar al recordar aquél acontecimiento.

—De maravilla, la verdad. En especial la parte en la que amenazó con exiliarme —dijo con la voz cargada de sarcasmo.

Cassian abrió los ojos de par en par.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó en un tono agudo. Leia asintió en respuesta al tiempo en que reía. —¿Y qué le dijiste para que te amenazara con eso?

—Que no me importaba si lo aceptaba o no, yo tomaría su lugar igualmente —respondió la joven con un encogimiento de hombros. Una sonrisa de orgullo asomó a los rosados labios del príncipe.

—Así se habla —exclamó, guiñándole un ojo de manera cómplice. Ella le devolvió la sonrisa. —¿Alguien más estaba con ustedes? —indagó mientras se servía un poco de la ensalada que contenía arroz y vegetales varios. Leia extendió su plato para que también le sirviera un poco.

—Theron y los miembros del Consejo —respondió con una sonrisa sarcástica.

—Vaya, qué maravilla —murmuró el pelirrojo, haciéndola reír. —¿Y qué opinan los consejeros sobre ti? No pude interactuar mucho con ellos. Casi siempre que los veo están discutiendo entre los tres, y preferiría no intervenir.

Sí, eso sonaba como los miembros del Consejo Real que Leia conocía.

—Pues... —comenzó diciendo, rascándose la mejilla en un gesto pensativo. —Estoy casi segura de que Kane Luffier y Melkes Ariondale me odian. En especial Kane —agregó sin poder evitar reírse. Cassian la imitó. —Loren Kreys parece tener más sentido común que ellos. Creo que es la única que me apoya —reconoció, enarcando una ceja.

—Por lo que podríamos decir que la reunión fue... ¿Dos contra cuatro?

—Aunque cueste creerlo, Theron está de mi lado —admitió la joven, sonriendo de lado. —Pero se mantuvo mudo y rígido como una piedra durante todo el rato, por lo que tampoco lo demostró.

—¿Dos contra tres? —preguntó entonces, y Leia rió, asintiendo con la cabeza. —En realidad, lo de Theron no me sorprende. Es decir, tiene actitudes de hijo de puta, pero a veces lo veo mirando a Daniel como si quisiera atravesarle el pecho con su espada.

Ambos rieron, dejando en claro lo fácil que resultaba imaginarse esa situación.

El tiempo pasaba y ambos conversaban con tranquilidad y algo más: *normalidad*. Leia se dio cuenta de que hablaba con Cassian como si estuviera hablando con su familia en Emera, como si pudiera contarles todo lo que estaba viviendo en el Castillo de Fuego. Y él reaccionaba como quien en verdad era: un joven que nació en la realeza pero cuyo corazón pertenecía al pueblo. En verdad se notaba que él quería saber cada vez más y más cómo era la vida de una persona de clase baja cuya relación con la realeza era nula, inexistente. Le asombraba cada cosa que Leia le contaba sobre su pueblo y sus costumbres; exceptuando la parte de los Inframons vigilando el lugar, claro.

Una vez que terminaron el almuerzo y comieron un par de uvas que les habían traído en un tazón, salieron al balcón para refrescarse un poco y admirar mejor las vistas.

—Mira, allí está el Bosque de Fuego del que una vez te hablamos. ¿Lo ves? —el pelirrojo le señaló un punto en la distancia en donde Leia percibió una extensa zona de grandes y frondosos árboles con hojas de diferentes tonalidades cálidas. —Allí será donde entrenaremos el uso de tu poder para evitar daños colaterales —comentó el príncipe, y luego se volteó para ver a Leia a los ojos. —¿Cómo te sientes con respecto a eso? ¿Crees que estás lista?

Su estómago se revolvió en su interior.

—¿La verdad? No —admitió, mordiéndose el labio inferior. —Suenan aterrador ser capaz de manipular el fuego, pero...

—... maravilloso a la vez, ¿verdad?

—Maravilloso a la vez —repitió ella, asintiendo con la cabeza. En el corto y cómodo silencio que se instaló entre ellos, Leia recordó algo que había dicho Loren durante la reunión que tuvieron esa mañana con Daniel. —¿Por qué crees que Ignis me escogió a mí para poseer el fuego azul? —se atrevió a preguntar, desviando la mirada hacia el río que se encontraba a lo lejos frente a ellos.

Cassian enarcó las cejas ante la pregunta, como si nunca se le hubiera ocurrido pensar en ello.

—La verdad es que no lo sé —admitió, suspirando. —Pero eso sólo quiere decir que nuestra generación es la elegida. Por primera vez en siglos tenemos algo que Connor no. Eso tiene que contar de algo —dijo con la vista clavada en la misma dirección que Leia.

<<Tenemos algo que Connor no>>. ¿Por qué eran palabras ciertas pero a la vez tan difíciles de creer? Luego de todo lo que los Inframons le habían causado hasta ahora, lo que menos parecía era que tuvieran alguna ventaja de su parte.

Sin embargo, el simple hecho de que Connor haya pasado tanto tiempo siendo Rey Supremo les había servido para ahora unir a toda esa gente que había perdido algo o a alguien gracias a él y a los suyos. Adara le había dicho una vez: <<Todos tenemos al menos una razón para querer acabar con la oscuridad que Connor trajo al mundo>>, y ahora todos tenían la oportunidad de unirse por una causa en común.

—No puedo evitar pensar en todo lo que podríamos causar si fallamos en esto —murmuró Leia, pasando ambas manos por su rostro.

—Entonces céntrate en lo que podríamos causar si ganamos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Pero no imposible —le recordó el pelirrojo, sonriendo de lado. —Se lo debemos a toda la gente que...

—...perdimos —completó ella, y ambos suspiraron profundamente al unísono.

Leia había perdido a su padre sin siquiera conocerlo de bebé, y probablemente también a su madre; su familia adoptiva se encontraba bajo la mira de los Inframons; y ahora, la protección de Antel también dependía de ella. Pero tal como le dijo Cassian, ella lo haría por ellos y por los que ya no estaban, por Duncan, el soldado que perdió la vida por un miserable capricho de Dilaya por demostrarle a Leia quién mandaba.

Debía encargarse de que todos en esa familia pagaran las consecuencias de sus actos, tanto Connor como cada uno de sus hijos y quienes fueran que habían acabado con la vida de los padres de los gemelos.

Era hora de que los humanos reclamaran por su mundo.

—Luces como si acabaras de tomar una decisión importante —Cassian irrumpió sus pensamientos, mirándola de lado con curiosidad. Ella se sonrojó ligeramente y rio.

—Me aterra todo esto —confesó. —Me aterra la futura Coronación para liderar un reino entero, me aterra tener que manipular el fuego, me aterra saber que perderemos muchas vidas más en el camino, me aterroran los Inframons y sus actos diabólicos de mierda —hizo una pausa para tomar aire y dejarlo salir lentamente. —Pero siempre quise acabar con esto. Siempre dije que si me daban la oportunidad, acabaría con cada uno de ellos. No diría que esta es la mejor oportunidad, convertirme en princesa tan repentinamente, pero lo hago de todas formas porque de veras quiero que esto acabe.

—No sueñas como una reina —murmuró Cassian luego de un corto silencio. Ella lo miró de reojo con confusión. Luego, una sonrisa cálida asomó a sus rosados labios al tiempo en que añadía: —Sueñas como una líder.

Leia mordió el interior de sus mejillas para ocultar una sonrisa. ¿Cómo era que todo lo que él decía la hacía sentir tan especial y segura de sí?

—Y sé que no pasé por lo mismo que tú, —continuó hablando él. —pero entiendo perfectamente ese sentimiento de querer acabar con todo esto de una maldita vez.

<<*Sólo somos cuatro jóvenes que están agotados de vivir así*>>, la voz de Aiden confesándose ante Leia resonó en su mente. Y no sólo eran cuatro; se trataba de toda la población de Keentale, incluso aquellos que fingían estar a favor del Rey Supremo para continuar con vida.

—Ya no hay marcha atrás.

—No la hay —coincidió el príncipe, sonriendo de lado.

Sus ojos verde esmeralda brillaban de una manera nostálgica y orgullosa que le provocaba un cosquilleo en la piel. Se sentía tan bien estar de acuerdo con alguien. En Emera, nadie se atrevía a llevarle la contra a Connor o a sus soldados debido a que eso era

un sinónimo de poner la vida en riesgo; en cambio, allí ella podía decir cualquier cosa sobre ese idiota, pensar en mil maneras de matarlo y compartirlo con los demás, y ellos no se asustarían ni le dirían que mantuviera la boca cerrada, sino que se mostrarían de acuerdo e incluso aportarían ideas de su parte.

Ella sabía perfectamente que nunca pertenecería a la realeza, pero sí se sentía parte de ese grupo de jóvenes que, por debajo de las etiquetas y los puestos en la Corte, sólo eran eso: un grupo de jóvenes.

Unos golpes en la puerta del interior de los aposentos interrumpieron sus pensamientos. Leia y Cassian entraron en la habitación para abrir la puerta y se encontraron con que Annabelle aguardaba al otro lado.

Claro, ya debía ser su hora de la práctica de lectura y escritura. En verdad tenía ganas de pasar tiempo con la rubia, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirse ligeramente decepcionada de que Cassian tuviera que irse.

—Lamento la interrupción —murmuró Annabelle, bajando la mirada.

—No, tranquila, no es ninguna molestia —le aseguró Leia con calidez, moviéndose a un lado para dejarla entrar en los aposentos.

—Exacto —coincidió Cassian. —Además, yo ya me iba —añadió, señalando hacia la puerta. Luego le echó una rápida mirada a Leia. —¿Nos vemos más tarde?

—Claro —le respondió ella de forma sistemática, sonriendo de oreja a oreja.

El príncipe se despidió con un cómplice guiño de ojo y se retiró de allí, cerrando la puerta detrás de él. Sin quererlo, la joven se había quedado mirando por unos segundos de más el lugar vacío en el que él había estado, y se dio cuenta de esto cuando oyó cómo Annabelle se aclaraba la garganta detrás de ella, sobresaltándola ligeramente.

—¿Está todo bien? —preguntó con cautela y curiosidad.

—Sí, sí, está todo bien —respondió Leia con rapidez, sacudiendo la cabeza para espabilarse. —¿Comenzamos con las lecciones? —se apresuró a preguntar para dejar de pensar en el pelirrojo.

—Por supuesto —le dijo Annabelle con una sonrisa relajada, y ambas se pusieron manos a la obra.

.....

El resto de la tarde la pasaron de esa forma: leyendo sobre la historia de Antel, cada aspecto del reino y transcribiendo frases que a Leia se le hacían interesantes. Mejoraba rápidamente su caligrafía y lectura, todo gracias a la paciencia y dedicación de Annabelle. Incluso ella parecía disfrutar enseñarle.

Cerca del atardecer, Adara llegó a los aposentos para anunciarle que estaba por comenzar el funeral de Duncan, por lo que ambas fueron al vestidor para colocarse unos vestidos negros con capas del mismo color. La castaña le ayudó a recogerse el pelo en un rodete simple, y una vez listas, se reunieron con Aileen y Cassian fuera de la habitación. Ellos también estaban vestidos con los mismos colores.

El funeral tomaba lugar en el templo de Ignis que se encontraba a las afueras de Alicron. Consistía en una estructura de piedra oscura de gran tamaño terminando en picos puntiagudos. Había pocas ventanas cubiertas por un cristal oscuro, y detrás del templo se encontraba un extenso cementerio.

Pero antes de acceder a esa zona, tuvo lugar una ceremonia dentro de la estructura donde la gente se reunía frente a un sacerdote, quien era el encargado de quemar el cuerpo de la víctima y recolectar las cenizas para enterrarlas detrás del templo. A Leia no le agradaba en absoluto ese ritual, pero lo presenciaba por la valentía de aquél soldado. Además, Adara y Aileen tomaron la precaución de contarle todo a Leia antes de que sucediera para que no la tomara por sorpresa. Era una costumbre que se hacía en Antel y la joven se obligó a aceptarla aunque no fuera para nada agradable a la vista.

Dentro del templo, la hicieron posicionarse al lado de Daniel y Serafine en la hilera que se encontraba adelante del todo. Adara, a su lado, le hacía indicaciones para que mantuviera su postura firme, y le aconsejó que si creía que no podría soportar mirar directamente la ceremonia, cerrara los ojos y simulara recitar una plegaria a Ignis.

Al otro lado del pasillo que se había formado entre los presentes, en la primera hilera se encontraba una gran cantidad de soldados de Antel con la cabeza gacha y sus espadas desenfundadas posicionadas verticalmente para que la punta del filo tocara el suelo y ambas manos descansaran sobre la empuñadura. Allias era uno de ellos. Theron se encontraba en el extremo más cercano a Leia, imitando la posición de sus compañeros.

En el otro extremo, unos pasos más adelante, se encontraba una pareja de ancianos tomados de la mano con fuerza y una mujer más joven sujetando a un niño en sus brazos. El pequeño no debía de tener más de tres años.

Al ver sus expresiones de tristeza y derrota, al niño llorando contra el pecho de su madre, a la mujer mirando con lágrimas en los ojos la plataforma donde descansaba el cuerpo sin vida de Duncan cubierto por una sábana blanca, a la pareja de ancianos sosteniéndose el uno al otro... No le costó mucho esfuerzo darse cuenta de que esa era la familia del soldado.

Leia se obligó a mirar hacia otro lado, parpadeando repetidas veces para detener las lágrimas que amenazaban con salir. <<*No es tu culpa, esto lo hizo Dilaya. No es tu culpa*>>, se repetía constantemente, pero el dolor en su pecho se intensificaba cada vez más.

<<*Si seguimos dejando que todas estas muertes sucedan sin hacer nada al respecto, acabarán siendo en vano*>>. La voz de Theron sonó en su cabeza con tanta claridad que parecía que se lo estaba diciendo otra vez. Leia miró de reojo a Daniel, quien estaba tomado de la mano de Serafine. Ese hombre podía ser su tío, pero no podría dejar que se interpusiera en su objetivo de terminar con toda esa oscuridad que los dominaba.

Cuando el sacerdote terminó de decir sus palabras y dio inicio al incendio del cuerpo, Leia cerró los ojos con fuerza y le rezó a Ignis.

<<*Si quieres que termine con Connor, por favor ayúdame a tomar mi lugar en Antel sin provocar una guerra civil*>>.

.....

Una vez que todo pasó, que se recolectaron las cenizas y se enterraron en el cementerio de Alicron, Leia hizo uso del momento en que todos regresaban a sus hogares para acercarse a la familia de Duncan. Adara, Aileen y Cassian la vieron y entendieron cuál era su intención, pero ninguno la interceptó.

—Hola, disculpen la interrupción —habló Leia en cuanto se encontraba frente a la pareja de ancianos y a la mujer que aún sostenía al niño contra su pecho. Ella fue la primera en encontrarse con su mirada, y Leia casi se desarmó al ver la derrota en sus ojos oscuros. —Yo... —tomó aire profundamente. Sentía un grueso nudo en la garganta, pero se obligó a continuar hablando: —En verdad no sé cómo pedirles disculpas por todo lo sucedido. Sé que Dilaya Malstrom lo hizo para demostrarme algo, y no puedo evitar sentirme culpable —confesó, mordiéndose el labio inferior. Quiso bajar la mirada, pero se obligó a mirarlos a los ojos porque ellos se lo merecían. —No puedo cambiar el pasado, pero haré todo lo que esté en mi alcance para darles un mejor futuro.

Se sorprendió de lo segura que sonaba, incluso más segura de lo que ella misma se sentía, pero mantuvo su postura firme incluso cuando la pareja de ancianos le dio una mirada de desprecio. Sin embargo, lo que no se esperaba para nada era la reacción de la mujer.

Con un rápido movimiento, depositó al niño en los brazos de la anciana y se giró hacia Leia para acortar la distancia que las separaba y envolverla con sus gruesos brazos, rompiendo en llanto contra su cuello. La joven tardó unos segundos en envolver su cuerpo con sus brazos. La había dejado anonadada.

—Jamás creería que tuviste la culpa —le susurró con voz rasposa, y a Leia no le importó que la apretara con más fuerza. —Eres sólo una niña, por los dioses —exclamó, separándose un poco para mirarla a los ojos. —No te culpo en lo más mínimo por esto —repitió aún con más firmeza. —Sólo necesito pedirte algo.

—Lo que sea —susurró Leia, tragando grueso al sentir un nuevo nudo formándose en su garganta.

—Quiero que esa perra pague por lo que le hizo a mi esposo.

Esta vez, la joven se permitió que silenciosas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Pero no eran de tristeza; eran de furia e impotencia hacia Connor y sus hijos y cada Inframón que pisaba la tierra.

Ambas volvieron a abrazarse con más suavidad, y una vez que se separaron, la joven se acercó hasta el pequeño niño que la observaba desde los brazos de su abuela, y le dio una mirada a la anciana como pidiéndole permiso. Ella asintió en respuesta y Leia acercó sus labios a la frente del niño para depositarle un ligero beso.

—Me aseguraré de darte el futuro que mereces —le susurró con delicadeza para luego despedirse de la familia con un respetuoso asentimiento de cabeza.

Aún con un punzante dolor en su pecho por todo lo que acababa de pasar, la joven se dirigió hacia las primas y Cassian, quienes aguardaban por ella en la salida del cementerio.

—Eso ha sido muy considerado de tu parte —fue lo primero que le dijo Adara, sonriéndole con su habitual calidez.

—Sentí que era lo correcto —confesó Leia, formando una fina línea con sus labios.

—Pues, has hecho bien —le aseguró Cassian. —Ellos, en especial la esposa de Duncan, necesitaban oír tus palabras.

La joven suspiró pesadamente y asintió con la cabeza. Los cuatro comenzaron a avanzar por el largo camino que los separaba del Castillo de Fuego, hombro con hombro.

—Cass nos ha contado lo de tu reunión con Daniel y los demás —habló Adara luego de un corto silencio que se instaló entre ellos.

—Sólo voy a decir que quiero ser la primera en patearle el trasero a Kane una vez que seas reina —le murmuró Aileen a la joven al tiempo en que pateaba una piedra que se encontraba en su camino.

Muy a su pesar, Leia sonrió.

—Al menos tenemos a Loren Kreys de nuestro lado —resaltó Adara. —Peor es nada.

—Y estoy seguro de que a Melkes podremos ganárnoslo —agregó Cassian.

—¿Cómo? —preguntó Leia con curiosidad.

—Amenazándolo con un cuchillo en la garganta —sugirió Aileen, y Cassian negó con la cabeza, poniendo los ojos en blanco. La morocha se encogió de hombros.

—Podríamos acorralarlo a solas sin que Kane esté presente para meterle ideas en su cabeza, y ver si podemos llegar a un acuerdo —ofreció Cassian, con ambas manos dentro de los bolsillos de su pantalón oscuro.

—Puede que Loren pueda ayudarnos a hacerlo cambiar de opinión —resaltó Leia, aferrándose a esa posibilidad.

—Stormholl —la llamó Theron desde más atrás. Leia se dio vuelta y esperó a que él la alcanzara. —Cuando lleguemos al castillo, cámbiate y espérame en la sala de entrenamientos —dijo por lo bajo, y siguió caminando con sus compañeros como si nada hubiera pasado.

Cuando Leia volvió a alcanzar a Cassian y a las primas, Adara le preguntó con sus finas y prolijas cejas castañas enarcadas:

—¿Entrenamiento incluso luego de un funeral?

A Leia también le parecía extraño que Theron quisiera entrenarla igualmente, pero se dio cuenta de que quizás el capitán necesitara una distracción. La joven tampoco podía quitarse de la cabeza la imagen de la familia de Duncan reunida en una esquina del templo llorando la pérdida del soldado.

—Manías de tu tío —respondió Leia, encogiéndose de hombros para restarle importancia.

Luego de la larga caminata al castillo, la joven se despidió de los demás y subió directamente a los aposentos de Aria. No podía evitar sentir escalofríos al pasar por la cama que se encontraba allí. Aún no sabía cómo haría para dormir, pero sacudió la cabeza

y se centró en colocarse el uniforme de entrenamiento. Al salir nuevamente al corredor, Allias se encontraba en el lugar de siempre, resguardando la entrada de la habitación.

—Puedes tomarte el resto del día si lo necesitas —le ofreció Leia, intentando sonar reconfortante.

—No se preocupe, Su Alteza. Igualmente, Su Majestad el rey Daniel me ha ordenado que la escolte hasta donde necesite acudir —respondió el joven soldado, enderezando sus hombros.

<<*Siempre tan considerado*>>, pensó Leia con sarcasmo, pero prefirió decir:

—Si a Su Majestad no le place que te tomes un descanso, yo me haré cargo de las consecuencias.

—Está bien, en serio. No se preocupe —dijo Allias, negando con la cabeza y forzando una sonrisa —Puedo seguir con mis obligaciones.

—Bien, pero no dudes en retirarte si lo necesitas.

—Muchas gracias, Su Alteza.

Leia asintió y ambos comenzaron a caminar a través del corredor, siguiendo el mismo recorrido habitual para llegar a la sala de entrenamientos. Fuera, el cielo estaba casi oscuro. Si no fuera por las nubes anaranjadas que lo cubrían, podría haberse apreciado mejor el atardecer.

Al entrar en la sala, visualizó a Theron con su habitual uniforme de entrenamiento recargado contra una columna, pasando un trozo de tela a lo largo del filo de su espada, mirando un punto fijo en el suelo. Cuando oyó entrar a Leia, levantó la vista y se aclaró la garganta. Le hizo un gesto con el mentón para que se posicionara en la pista de entrenamiento, y Leia obedeció sin decir palabra alguna. Sabía que el capitán no tenía ganas de hablar.

—Comienza —le ordenó al tiempo en que tomaba una posición defensiva.

Y ella lo hizo sin rechistar.

Capítulo 25

Aquél entrenamiento había sido uno de los más intensos que Leia había tenido desde que llegó a Antel. A Theron no le apetecía hablar; sólo luchaba con toda su fuerza y dedicación, y de vez en cuando le corregía algunos errores a Leia; otros los dejaba pasar resoplando o poniendo los ojos en blanco. Al final, Leia tuvo que recostarse en el suelo con su pecho subiendo y bajando pesadamente. Había terminado agotada y se sorprendió de encontrar a Theron agitado. Era la primera vez que lo veía así. Quizás él quería utilizar el entrenamiento con Leia para desahogarse.

La caminata hasta sus aposentos se hizo extensa, su cuerpo quejándose con cada escalón que subía. Sabía que debía verse hecha un desastre, pero poco le importaba las miradas inquisitivas de los miembros de la Corte. Al menos tuvo suerte de no encontrarse con los consejeros o con Daniel.

Estaba tan cansada que no sintió el terror que pensó que sentiría al estar sola en aquella habitación donde hacía tan sólo un día descansaba el cuerpo sin vida de Duncan.

Luego de asearse, decidió cenar sola frente al ventanal de los aposentos. Adara le había ofrecido su compañía, pero la joven la rechazó con amabilidad. No tenía la suficiente energía como para interactuar con gente. El siguiente día le aguardaba no sólo con sus responsabilidades diarias, sino que también manifestaría su poder por primera vez.

No sabía si era por las pocas energías que tenía o por alguna otra razón, pero no se sentía tan nerviosa como creyó que se sentiría. Estaba más intrigada que otra cosa. ¿Qué se sentiría poder manipular un elemento natural tan peligroso y a la vez bello como el fuego?

Mientras cenaba en la soledad de la habitación con algunas velas encendidas, aprovechó el momento de paz para empezar a preparar una figura de madera que pudiera servir como obsequio para Adara. Hacía varios días sentía que se lo debía por todo el apoyo y las lecciones que recibió de su parte. Además, le reconfortaba un poco hacer una actividad que acostumbraba a hacer en su pueblo.

Luego de que Annabelle pasara para retirar los restos de la cena y ambas se dieran las buenas noches, Leia se colocó un camisón de seda bordó y se metió entre las sábanas. No podía evitar sentir cierta incomodidad al estar en la misma posición que Duncan y en el mismo lugar, pero se obligó a inhalar y exhalar repetidas veces profundamente hasta que su cuerpo se relajó.

Tardó en sucumbir al sueño, y cuando lo hizo, se vio inmersa en varios sueños que la despertaban constantemente: algunos contaban con Inframons arrasando pueblos indefensos; otros, en cielos celestes repletos de aves de fuego agitando sus alas en llamas; y por último, la misma pesadilla en la que Luke, Kai y ella intentaban escapar de los Inframons sin ningún buen resultado. Sin embargo, esa vez cuando Leia se volteó para ver a su hermana y a su amigo ser arrastrados por las criaturas, Dilaya estaba allí de pie sonriéndole con malicia, disfrutando del sonido de los gritos desesperados de los tres. Como siempre, Leia no podía hacer nada. Era una espectadora de la muerte de sus seres más queridos.

Por la mañana se despertó sudando y con el corazón palpitando con fuerza contra su pecho, aturdiendo su cabeza. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse y prepararse para el entrenamiento matutino. Allias la acompañó hasta la salida trasera de las murallas donde Theron aguardaba por ella.

—Me he enterado de lo que piensas hacer hoy —mencionó el capitán mientras ambos desayunaban a orillas del río.

—Genial. ¿Ya se corrió la voz? —preguntó Leia, irritada.

—No, Darlan me lo ha contado.

Claro, al fin y al cabo, ella sería quien le quitaría el hechizo a su collar de una vez por todas.

—¿Qué piensas sobre eso? —le preguntó la joven con curiosidad. Debía aprovechar que el capitán no estaba de tan mal humor.

—Que espero que te haga más útil.

Su respuesta fue tan natural que Leia no se molestó en enojarse. Sabía que era algo que sólo él diría con tanta soltura.

Por primera vez, Theron la acompañó durante todo el entrenamiento. Trotó junto a ella en todo momento y se recostó en el suelo a su lado para las sesiones de flexiones y abdominales. Iba a una velocidad mayor que la de Leia, pero pese a que la joven se tomó su tiempo, hizo todo lo que él le exigió.

La mañana pasó más rápido de lo normal. Los entrenamientos con Theron cada vez se hacían menos tediosos, aunque había días en los que la trataba con más frialdad. Pese a eso, Leia sabía que cada lección era necesaria, por lo que no le quedaba otra opción más que aceptar su forma de ser y aprender de sus enseñanzas.

Luego de asearse y almorzar en compañía de Annabelle, ambas jóvenes no tuvieron mucho tiempo para sus lecciones de lectura y escritura ya que Adara llamó a la puerta para informarle a Leia que ya estaban listos para llevarla al Bosque de Fuego. Habían decidido que ese sería el mejor lugar para liberar su poder y así prevenir cualquier tipo de incendio, si era verdad que esos árboles eran resistentes a las llamas.

Adara la hizo vestirse con un traje de entrenamiento para evitar dañar los vestidos, y ambas descendieron hasta la entrada del castillo. Allí aguardaban Cassian, Aileen y Darlan montados en sus respectivos caballos. Otros dos ya estaban ensillados para Adara y Leia.

—Hay un par de cosas que debes antes de que deshaga el hechizo —comenzó diciendo Darlan una vez que emprendieron viaje. —Cuando lo intentamos con tu madre, se lo deshice luego de una semana y sintió algo semejante a un pequeño estallido en su interior. Por unos segundos no tuvo control de su poder, pero no resultó en nada grave.

—Eso me tranquiliza mucho —dijo Leia sarcásticamente, y Adara y Cassian rieron.

—Hay posibilidades de que no te ocurra nada porque jamás lo has manifestado —aclaró Darlan, encogiéndose de hombros.

—¿Y cuáles son las otras posibilidades? —indagó Aileen con interés.

—¿Perder el control? —respondió Darlan, más como una duda que una afirmación.

—¿Y cómo se supone que lo recupere? —inquirió Leia. Su estómago se estaba encogiendo como producto de los nervios que estaban comenzando a surgir.

Cassian fue el que respondió:

—Al principio puede que lo sientas como una presencia extraña en tu interior, pero debes recordar que en realidad es parte de ti, que deben ser uno solo y que sólo tú puedes controlarlo.

—Ya, decirle al fuego que yo tengo el control. Tarea fácil, ¿verdad?

Todos rieron y la joven también se permitió hacerlo, liberando un poco de la tensión que sentía sobre sus hombros.

Durante el resto del viaje, entre Cassian y Darlan le explicaron a Leia lo más que pudieron. La joven aprendió que al utilizar su poder, gastaría energía, por lo que debía aprender a gestionar los tiempos en los que lo manifestaría. También entendió que esa energía sólo se recargaría con el paso del tiempo, siempre y cuando no lo esté utilizando.

Cuando preguntó acerca de las diferencias entre el fuego común y el fuego azul, a Darlan se le hizo complicado explicarlo, pero la joven terminó por comprender que el segundo era el que más daño causaba y el que con más cuidado debía tratarse. No tenían mucha más información debido a que Aria no había podido manifestarlo por demasiado tiempo, pero Darlan resaltó que el poder le fue muy útil para defender al pueblo de Alicron durante un ataque de los Inframons en un intento de llevarse a Aria.

Al llegar al Bosque de Fuego, Leia se quedó sin aire ante tanta belleza. Tal como las primas le habían explicado, el color de las hojas de los árboles era de tonos otoñales, por lo que una vez que se adentraron, el reflejo del sol hacía que todo se viera en esos colores. Cuando la joven miraba hacia arriba, parecía que estaba caminando debajo de un manto de fuego debido al movimiento de las hojas que parecían imitar al de las llamas. Incluso el césped parecía dorado. En cuanto a los troncos, eran de tonos marrones, pero había algo extraño en ellos que hacía que no se vieran normales.

Cassian dio una ceña para que se detuvieran, y todos descendieron de los caballos, atándolos a las ramas bajas de los árboles. Se adentraron un poco más a pie en el bosque con sus cabellos y ropajes agitándose por la brisa.

El sonido de aves lejanas y las ramas crujiendo debajo de sus pies le transmitieron a Leia cierta paz, calmando los rápidos latidos de su corazón. Todos los nervios que no sintió el día anterior ni ese mismo día por la mañana los sentía en ese momento, pero se dejó llevar por el relajante sonido de la naturaleza.

—Jamás había estado aquí —dijo Cassian, mirando en todas direcciones. —Es verdaderamente hermoso.

—¿Verdad que sí? —preguntó Adara, sus ojos verde pantano brillando con más intensidad.

—Es cierto que se siente como estar dentro del mismísimo fuego —admitió Leia.

—Ojalá pudiera tener una casa aquí, alejada de la civilización y de todos sus problemas —dijo Aileen, rozando con una de sus manos cada tronco por el que pasaba.

No era un relieve completamente llano. De vez en cuando había que subir o bajar terrenos más altos, pero la vista era tan maravillosa que apenas se notaba cuánto estaban caminando.

Llegaron hasta un claro lo suficientemente espacioso como para hacer lo que debían hacer. Se encontraban en medio de un círculo rodeado de más árboles, y las copas de los mismos se unían sobre el claro, generando el ya mencionado efecto de llamas.

—Creo que aquí es una buena ubicación —señaló Darlan, deteniéndose en medio del círculo. Los demás la imitaron.

—No es un buen momento para arrepentirme, ¿cierto? —preguntó Leia, haciendo reír a los demás.

—En ese caso, te obligaré a que me cargues de regreso hasta los caballos —le advirtió Aileen.

—O te puedes quedar aquí así no tendré que soportarte —le sugirió Cassian. Aileen le enseñó el dedo del medio.

—Muy bien —exclamó Darlan, juntando ambas manos. Dio unos pasos hacia Leia y con cuidado le quitó el collar de debajo de la camiseta que llevaba puesta.

La suavidad de sus manos le recordó a Linda, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por desviar la atención de Emera y centrarse en lo que estaba por ocurrir. Los dedos de la mujer recorrieron la forma octagonal de la piedra rojiza. Luego lo soltó y retrocedió un paso.

—Dennos espacio —les pidió a los demás, quienes hicieron caso sin protestar. Su mano tatuada se posó con delicadeza en la mejilla de la joven. —¿Estás lista?

<<Para nada>>.

—Sí —se obligó a decir, tragando saliva con fuerza.

La mujer asintió y quitó su mano. Acto seguido, colocó ambas, una encima de la otra, sobre la piedra rojiza, presionando apenas un poco contra su pecho. Cerró sus ojos castaño claro idénticos a los Theron y comenzó a recitar en voz baja unas palabras en un idioma irreconocible para Leia.

La joven también cerró sus ojos. No sabía por qué, pero sintió que era necesario.

Pasó un largo tiempo en que lo único que se oía era el suave cántico de Darlan; o quizás era poco tiempo, pero a Leia se le estaba pasando con demasiada lentitud.

De un momento a otro, Darlan terminó su deber. Ambas abrieron los ojos al mismo tiempo, mirándose entre sí. La mujer, al igual que los demás, parecía expectante.

Pero Leia no sentía nada diferente.

Un nuevo temor asomó a su mente. ¿Y si su poder simplemente había desaparecido por no haberlo manifestado nunca? ¿Y si había trabajado duro, enfrentado complicaciones,

abandonado a sus seres queridos, por nada? Miró sus manos esperando sentir algo, un calor diferente, pero nada. Luego volvió a mirar a Darlan, quien parecía darse cuenta de la posibilidad de un fracaso.

—¿Qué sucede? —se animó a preguntar Adara, igual de preocupada que el resto.

—No lo sé... —respondió Darlan, frunciendo el ceño y negando con la cabeza. —Así fue como deshice el hechizo de Aria. No conozco otra forma.

—¿Quizás faltó alguna oración? —sugirió Cassian, pasando una mano por la parte trasera de su cuello con incomodidad.

—No, recité lo mismo que antes —dijo Darlan con seguridad. —Puedo intentarlo de nuevo —le ofreció a Leia.

La joven no sabía qué decir. No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que su poder desapareciera. <<¿Acaso es una mentira que heredaste el poder de tu madre?>>, la voz burlona de Dilaya sonó en su cabeza, erizándole la piel.

—Bien hecho, Ignis. Siempre iluminándonos con tu luz —exclamó Aileen con sarcasmo, extendiendo sus manos hacia el cielo.

—Aileen —la reprendió su tía. Luego se dirigió otra vez hacia Leia. —Lo volveré a intentar. Quizás el príncipe tenga razón y sí me salteé alguna oración.

—Aunque también está la posibilidad de que—

Leia no pudo terminar de oír a Adara. Algo en su interior despertó, acelerando los latidos de su corazón y el movimiento de la sangre por su cuerpo. Antes de que la joven pudiera decir algo, un grito escapó de sus labios al sentir todo su cuerpo quemarse. De un segundo a otro, sus palmas se abrieron de par en par generando grandes llamas salvajes. El fuego comenzó a expandirse a lo largo de sus brazos, y cuando se quiso dar cuenta, sus pies dejaron de tocar el suelo. *Estaba suspendida en el aire.*

Apenas pudo distinguir las expresiones de sorpresa y asombro de los demás cuando una luz cegadora salió de sí misma, haciendo desaparecer su alrededor. Su cuerpo se contorsionaba de un lado a otro sintiendo la presencia de algo extraño recorriendo cada parte, adueñándose de sus extremidades.

Aún había demasiada luz para poder ver con claridad. La joven se sentía flotando en el aire sin ser capaz de moverse. Un rugido aturdía sus oídos. No podía distinguir si era una voz o si simplemente era un grito, pero parecía darle la bienvenida a Leia.

Su cuerpo se estiró una vez más haciéndole doler cada parte, cada músculo, hasta que la oscuridad se la tragó y lo último que sintió fue un impacto contra su espalda.

.....

—*Leia... Abre los ojos, Leia...*

Una voz angelical y a la vez ancestral se coló en sus oídos, haciendo que la joven recuperara un poco la consciencia. Poco a poco, volvió a sentir cada extremidad de su cuerpo. Cuando recordó cómo mover sus ojos, parpadeó varias veces para poder visualizar dónde se encontraba.

Era un lugar completamente desconocido y de una belleza inexplicable; se trataba de una pradera de césped claro y brillante, y de lejos se podían apreciar las siluetas de montañas que decoraban el horizonte, y cerca de su posición un río de agua cristalina recorría la explanada en forma de ondas. El cielo sobre su cabeza se veía despejado y sabía que estaba soleado, pero por alguna misteriosa razón no podía identificar la posición exacta del sol.

<<*Estoy muerta*>>, fue su primer razonamiento mientras se incorporaba sobre el suave césped. Esa era la única explicación a lo que estaba viendo.

Y esas palabras tomaron más fuerza cuando sus ojos se enfocaron en una figura humana a su lado. Se trataba de una mujer de no más de treinta y cinco años de ojos de un celeste exageradamente claro, casi transparentes, y un enrulado cabello largo que descendía hasta sus caderas. Su piel lucía casi tan blanca como una nube y parecía irradiar luz propia.

<<*Sí, definitivamente estoy muerta*>>. Pero entonces, ¿cómo podía sentir el corazón palpitando en su pecho?

—*Lamento la repentina... intervención*—esa voz angelical que le había pedido que abriera los ojos volvió a sonar. Leia la oía dentro de su cabeza como si se tratara de su consciencia, pero por alguna extraña razón sabía que provenía de la mujer frente a ella. —*No debería de estar haciendo esto, pero necesitaba hablar contigo.*

—¿Estoy muerta? —fue lo único que se le ocurrió preguntar al tiempo en que se ponía de pie de una manera para nada elegante. La mujer sonrió, haciendo que sus ojos se entrecerraran. Le pareció un gesto adorable.

—*No, princesa. No estás muerta* —le aseguró con una expresión serena.

—¿Quién eres?

La mujer suspiró y sonrió de lado. Sus labios no se movían pero su voz sonaba con perfecta claridad en la mente de la joven.

—*La segunda hija de Valto Malstrom y Sereena Crystal* —le respondió finalmente.

—Dioses —susurró Leia, llevándose una mano a los labios. —¿Eres Aneel Malstrom? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué... por qué estoy hablando contigo? —las palabras se disparaban solas de su garganta.

—*Así es, y estás aquí hablando conmigo porque por fin tu poder ha despertado.*

Al oír esas palabras, los recuerdos de la tarde en el Bosque de Fuego regresaron a su mente en forma de imágenes borrosas y veloces. Sin embargo, recordaba perfectamente que se sintió flotar en el aire y a una bestia que quería adueñarse de todo su cuerpo, incendiando todo su interior.

—*Ignis me concedió unos momentos contigo* —siguió hablando Aneel, desviando la vista hacia el río que se extendía frente a ellas. —*Leia, ¿sabes qué es lo que tenemos en común tú y yo?*

La joven no tardó en encontrar la respuesta.

—El fuego azul.

—*El fuego azul*—repitió la primera reina de Antel. —*El poder se mantuvo en mí incluso luego de que Connor...* —no pudo pronunciar las palabras siguientes, pero Leia la comprendió y asintió con su cabeza para demostrarle que no hacía falta que lo dijera. <<*Luego de que Connor me asesinó*>>. —*Ignis me dio una última oportunidad para hacer las cosas bien y me dijo que le cediera el fuego azul al heredero que yo creyera que sería el indicado*— Leia se estremeció sin quererlo. Aneel se volteó para verla. —*Lo sé, es mucha presión y no puedo explicártelo con exactitud porque la diosa no me lo permite, pero tengo un fuerte presentimiento de que tú eres esa heredera.*

Las repentinas náuseas que sintió le recordaron que ella en realidad sí seguía con vida. ¿Acaso todo aquello se trataba de un juego sucio de su imaginación, o de veras la primera reina de Antel le estaba diciendo esas palabras?

—Eso es imposible, no... no tiene sentido—dijo Leia, pasando ambas manos por su rostro en exasperación.

Aneel sonrió con compasión.

—*No puedo decir mucho más*—admitió, bajando la mirada. —*Pero sólo quería aprovechar este corto tiempo para darte el impulso que necesitas*—volvió a mirarla a los ojos con la seguridad plasmada en ellos. —*Todo esto es muy aterrador, lo sé perfectamente, y no puedo dejar de lamentarme por no haber podido hacer nada para detener el comienzo de la oscuridad de Connor. También sé que ahora estoy dejando caer todo el peso sobre tus hombros, sobre los de los demás herederos que lucharán a tu lado, pero si dan todo de ustedes mismos ahora, quizás sea la última vez que deban hacerlo.*

—¡Pero no entiendo!—espetó Leia, irritada. —¿Por qué nosotros? ¿Qué tiene de especial esta generación que te hace creer que sí podremos hacer lo que generaciones pasadas no pudieron?

La mujer no dijo nada al principio, como si estuviera midiendo sus propias palabras.

—*Sólo... no te detengas*—escogió decir. —*En el camino encontrarás todas las respuestas.*

Y eso fue lo último que Leia escuchó de Aneel Malstrom antes de que su cuerpo se desvaneciera con una brisa pasajera y la oscuridad volviera a consumirla.

Parte Tres

“La princesa de fuego”

Capítulo 26

Alcanzó a oír algunas voces lejanas. Llamaban su nombre. Una voz dulce y aterciopelada lo susurraba en su oído; una voz grave lo gritaba con desesperación; unas suaves manos agitaban uno de sus brazos con firmeza; otra voz más lejana maldecía con furia.

Adara.

Cassian.

Darlan.

Y Aileen.

En cuanto esos nombres tomaron sentido en su mente, Leia abrió los ojos de par en par e inhaló una gran bocanada de aire para llenar sus demandantes pulmones. Se llevó una mano al pecho para sentir su corazón golpeando contra el mismo al tiempo en que su vista se aclaraba y distinguía a las figuras que la rodeaban. Las cuatro personas suspiraron exageradamente con alivio al encontrarse con su mirada entrecerrada y confundida.

—Dioses santos, vas a darnos un infarto —le murmuró Cassian, y Leia notó cómo intentaba forzar una sonrisa sin éxito. El miedo estaba instalado en sus brillantes ojos esmeralda. La joven no pudo evitar sentirse culpable.

—¿Estás bien? ¿Sabes quién eres? ¿Sabes quiénes somos? —las palabras salían a trompicones por la garganta de Darlan mientras la ayudaba a sentarse en el suelo y escudriñaba su rostro con la mirada.

En cuanto Leia logró sentarse, sintió cómo todo su alrededor giraba. Estuvo a punto de volver a perder la consciencia, pero una suave caricia en la mejilla por parte de Adara fue lo único que la abstuvo de quedar inconsciente.

—S-sí. Estoy... estoy bien —logró decir Leia. Se aclaró la garganta debido a que su voz sonaba rasposa.

Los demás relajaron sus hombros al oírla y comenzaron a ponerse de pie, ayudándose mutuamente. Cuando fue el turno de Leia, Cassian le ofreció su mano. Ella la tomó con fuerza, agradecida por el roce de su piel con la suya. Una vez de pie, no se esperaba que sus rodillas le fallaran; sin embargo, el pelirrojo tuvo más reflejos y la atajó de los hombros, atrayéndola hacia él para que ella pudiera sostenerse. Leia le sonrió forzadamente en agradecimiento.

—¿Qué pasó? —preguntó una vez que todos se encontraban más relajados.

—Pues, es muy probable que todo Keentale se haya enterado de que recuperaste tus poderes —respondió Aileen al tiempo en que sacudía la tierra que había cubierto la falda de su vestido luego de haberse arrodillado en el suelo.

Leia frunció el ceño ante sus palabras.

—Por un momento, estabas flotando en el aire con ambos fuegos recorriendo toda la longitud de la parte externa de tu cuerpo, mezclándose entre ellos —intentó explicar Adara. Su ceño estaba fruncido, como si ni ella misma creyera sus palabras. —Y luego lo

liberaste todo, creando una especie de halo de fuego que se expandió hasta desaparecer a través del bosque.

—Fue algo increíble y aterrador —admitió Cassian, apartándose un poco de Leia una vez que ella podía mantenerse de pie por su propia cuenta. Las demás mujeres asintieron, mostrándose de acuerdo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Darlan a la joven.

¿Cómo se sentía? Una presencia nueva en su interior respondió por ella, moviéndose por todo su cuerpo como si formara parte de su sangre. Parecía ser amable pero con cierto carácter, como si aún no confiara en Leia. El sentimiento era recíproco, pensó. Sin embargo, sentía un extraño consuelo, cierto agujero en ella misma que ahora se había... ¿*sellado*, era la palabra?

—Completa —se le ocurrió responder, mirando las palmas extendidas de sus manos.

—Puedo sentirte —le dijo Cassian, mirándola de arriba abajo con asombro. —Es increíble. Es como una criatura demasiado poderosa y caliente.

—¿Crees que puedas invocar una llama? —le preguntó Aileen, con una curiosidad divertida danzando en sus ojos café.

Leia abrió y cerró sus manos repetidas veces, ajustándose a lo que se sentía como un nuevo cuerpo.

<<*Debes recordar que en realidad es parte de ti, que deben ser uno solo*>>, le había dicho Cassian. La joven buscó en lo más profundo de su interior donde la criatura investigaba por su cuerpo, deslizándose con calma como sangre dentro de las venas. Al encontrarla, le susurró lo más suave que fue capaz: <<*Genera una llama*>>.

La criatura gruñó, enviando escalofríos por todo su cuerpo, enfadada por haber recibido una orden, y en respuesta, una delgada línea de fuego salió disparada de su palma, impactando con un estruendo en el tronco de un árbol. Todos se sobresaltaron, e incluso Cassian tuvo que moverse a un lado con agilidad para que la llama no le atravesara el rostro.

—Increíble —murmuró Aileen, sus ojos brillando con emoción. —Aunque habría estado mejor si Cassian no hubiera llegado a correrse.

—Siempre tan simpática —masculló Cassian, y luego se volteó hacia Leia. —No te preocupes, al principio te costará tomar el control.

La criatura en su interior gruñó en respuesta.

—Eso parece —dijo Leia, enarcando ambas cejas.

—Te ves... radiante —exclamó Adara, tomando un pequeño espejo redondo de su bolsillo.

Leia no se sorprendió de que la castaña llevara consigo un artículo como ese, pero sí se maravilló al ver lo que ese espejo reflejaba frente a ella. Sus ojos habían tomado un tono dorado más intenso, como si literalmente tuviera dos soles en sus iris; su cabello castaño claro había tomado algunos reflejos dorados que se notaban más bajo los rayos del

sol que se filtraban a través de las hojas de los árboles; su piel parecía más suave y con más color, haciendo desaparecer las ojeras que siempre llevaba consigo. ¿En verdad se estaba viendo a ella misma?

Incluso se *sentía* mejor. Su cuerpo no le dolía en absoluto, borrando cualquier rastro de haber entrenado con Theron por la mañana. Hasta podía percibir sus sentidos agudizarse más.

—Intenta generar otra llama —le dijo Cassian. —Sin lanzármela otra vez, por favor.

Leia asintió y le devolvió el espejo a Adara. Extendió una mano abierta y volvió a pedirle a la criatura que manifestara su poder. Pareció vacilar un poco, pero luego de un titubeo, la obedeció. Un calor recorrió su interior desde su pecho a largo del brazo hasta acumularse en su palma. Una delicada y larga llama se generó en ese lugar, siguiendo la dirección del viento.

—¡Es tan majestuosa! —exclamó la castaña.

A pesar de lo extraña que se sentía... *No*. A pesar de lo extraño que era sentirse así de bien, así de completa, así de enérgica luego de lo que acababa de pasar, Leia sonrió.

—Cuando Daniel vea esto, deberá pensarlo dos veces antes de rechazarte como reina de Antel —resaltó Aileen, sonriendo con malicia.

—Si empalideció cuando vio el truco de Cassian con el fuego de la antorcha, cuando vea esto, su reacción va a ser impagable —añadió Adara, compartiendo miradas cómplices con su prima.

La joven movió su mano lentamente de derecha a izquierda, asombrándose de cómo la llama seguía sus movimientos, soltando chispas resplandecientes a su paso.

—Será mejor que volvamos —sugirió Darlan. —Si los demás alcanzaron a ver el halo de fuego, comenzarán a hacerse muchas preguntas.

—¿Saben qué otra reacción va a ser icónica? —preguntó Aileen mientras los cinco avanzaban a través de los árboles hasta donde descansaban los caballos. —La de Kane Luffier.

Leia no pudo evitar reír.

Durante el viaje de regreso, la joven no dejaba de abrir y cerrar sus palmas, generando y desvaneciendo pequeñas y delicadas llamas de fuego. A veces, la criatura no la obedecía, pero cuando lo hacía, dejaba que la llama danzara a su alrededor, despidiendo partículas rojas. No podía dejar de asombrarse. El fuego estaba saliendo de sus *propias manos*. Pese a que lo sabía desde que tenía memoria, recién ahora empezaba a sentirse real.

Cassian seguía dándole pequeños consejos y datos que le resultarían útiles, como el hecho de que su poder sanaría las heridas de una forma más rápida de lo normal, sólo que le costaría un poco de su energía. Cuando Leia le contó que sentía sus sentidos más agudizados, el príncipe del viento le explicó que eso era otra de las cosas que provocaba su poder: le daba más fortaleza en todos los aspectos. También le recordó que, ahora, si se quitaba el collar, sentiría aún más su ausencia de lo que ya la sentía antes.

Cuando se adentraron en las calles de Alicron, se percataron de que la mayoría de los habitantes se encontraba fuera de sus casas con expresiones de confusión, intercambiando murmullos entre ellos. Al parecer, sí habían visto el halo de fuego.

Al llegar a la entrada en forma de arco de las murallas, vieron a gran parte de los soldados de Antel en el jardín delantero igual de confundidos que los habitantes de Alicron. Entre ellos estaban Daniel, los miembros del Consejo, Serafine y Theron. En cuanto el capitán los vio llegar, se separó del resto para recibirlos.

—¿Qué rayos pasó? —preguntó una vez que los cinco se bajaron de sus caballos y dos guardias se los llevaron al establo.

Sus ojos castaño claro se posaron en Leia, como si en el fondo supiera de qué se trataba aquello. La joven, en silencio, buscó en su interior a la criatura para que le ayudara a generar otra llama sobre su mano. Muy a su pesar, obedeció.

—Dioses... —murmuró el capitán, admirando la llama que se desprendía de su mano.

Leia se dio cuenta de que no estaba siendo observada únicamente por Theron. Gran cantidad de soldados y personal del castillo se habían colocado a su alrededor, curiosos y asombrados por lo que sus ojos veían.

Daniel pareció percatarse de aquella aglomeración de gente ya que se abrió paso entre los soldados para llegar frente a Leia. Sus ojos dorados viajaron de ella hasta el fuego repetidas veces.

—¿Es otro de sus trucos, Dustin? —exigió en dirección a Cassian.

—No, Su Majestad —respondió el príncipe a secas.

—De tal madre, tal hija —dijo Serafine con desgano, saliendo de detrás de Daniel.

La criatura habitando el interior de Leia pareció enfadarse al oír esas palabras, enviando una ola de calor por todo su cuerpo. La llama aumentó su tamaño notoriamente, sorprendiendo a más de uno de los presentes. Incluso Serafine retrocedió un paso, abriendo sus ojos azules de par en par.

—Más te vale aprender a controlar esa... *cosa* —advirtió Daniel. —No vaya a ser que resultes una amenaza para la población.

—¿Para toda la población o para usted?

—¡Aileen! —la reprendieron sus tíos al mismo tiempo. La morocha se encogió de hombros, desviando la mirada.

—No voy a ser una amenaza para nadie —siseó Leia, perdiendo la paciencia más rápido de lo habitual. —Aprenderé a controlarlo así como lo hicieron mis antepasados —agregó, cerrando su mano con fuerza para hacer desvanecer la llama.

Detrás de ellos, en la entrada de las murallas, varios soldados se esforzaban por bloquearle el paso a un grupo de habitantes curiosos que preguntaban acerca del halo de fuego. Algunos preguntaban si volvió la reina; otros, si fue obra de la princesa; y luego

estaban los que querían saber si se trataba de un milagro enviado por Ignis para ayudarlos en estos tiempos de oscuridad.

Cuando Leia se percató de que los soldados estaban empezando a perder la paciencia y desenfundaron sus espadas, comenzó a avanzar hacia ellos con rapidez. Sin embargo, Daniel fue más veloz, tomándola del brazo con fuerza.

—Ve a tus aposentos. Yo puedo encargarme de ellos.

Leia ascendió la mirada lentamente desde su mano callosa en su brazo hasta sus ojos idénticos a los de ella.

—También son mis súbditos —le recordó, intentando zafarse de su agarre.

Los demás estaban ocupados observando o interviniendo en la entrada, algunos poniéndose del lado de los guardias y otros de lado de los ciudadanos.

La criatura se estremeció, sugiriéndole a Leia que usara su poder contra Daniel, pero la joven le susurró un firme <<No>>. Aún no quería usarlo contra nadie, además de que no se vería como algo bueno que atacara al rey temporal, le correspondiera el título o no.

—No me obligues a tomar medidas mayores. *Ve a tus aposentos* —siseó el hombre, ejerciendo más presión en su brazo.

Cassian avanzó con firmeza hasta quedar entre ambos, de cara a Daniel y dándole la espalda a Leia. Desde su posición, la joven podía distinguir que el rey era más alto y corpulento que el pelirrojo, pero la actitud con la que éste último lo estaba enfrentando, lo hacía verse el triple de poderoso.

—Yo le recomendaría que la suelte —le dijo a Daniel con voz helada y cargada de decisión. —No vaya a ser que se corran rumores de que el rey es violento con su familia.

Daniel empalideció ligeramente, y poco a poco fue soltando el brazo de Leia hasta liberarlo, sin quitar sus ojos de los de Cassian.

—Y yo le recomendaría que se meta en sus asuntos, príncipe Dustin. Después de todo, le estoy brindando hospitalidad en el Castillo de Fuego —le recordó el rey, enarcando una ceja. De igual manera, se sacudió su traje bordó y retrocedió un par de pasos, reuniéndose nuevamente con sus guardias personales. —Encárguense de los habitantes de Alicron. No quiero que pongan un pie en el castillo —les ordenó a sus hombres.

Leia corrió hacia la entrada seguida por Cassian, y se interpuso entre los soldados y los ciudadanos.

—Como princesa de Antel, les ordeno que no les pongan ni una mano encima —les advirtió, intentando sonar firme.

Los guardias parecían confundidos, como si no supieran si obedecerla a ella o al rey.

—Ya escucharon a la princesa de fuego —dijo Darlan en voz alta detrás de ellos. —Retírense al castillo. Nosotros nos encargaremos de los ciudadanos.

—Lady Lade—comenzó diciendo Daniel, pero Darlan levantó una mano para silenciarlo.

—Regrese a sus obligaciones, Su Majestad. Nosotros podemos con esto.

Pese a que Daniel no se veía para nada convencido, Theron se encargó de susurrarle un par de palabras que lograron convencerlo de que saliera de allí, seguido por sus guardias y su pareja. En cuanto a los miembros del Consejo, Loren tenía una sonrisa radiante en el rostro mientras que Kane y Melkes se veían serios, en especial Kane, con la mirada perdida. Siguieron avanzando detrás de Daniel, y Loren se volteó un momento para guiñarle un ojo a Leia de manera cómplice.

Algunos de los guardias se quedaron con Leia, incluyendo Allias, quien estaba intentando calmar a una joven ciudadana que se había asustado cuando los soldados anteriores habían desenfundado sus armas.

—¿Están todos bien? —les preguntó la princesa.

—Sí, Su Alteza —respondió un hombre de mediana edad. —Lamentamos mucho haber causado tanto alboroto. Sólo queríamos saber qué había ocurrido. Se vio un halo de fuego extenderse en el cielo.

—No tienen por qué disculparse —lo tranquilizó Leia. —Es entendible que semejante acontecimiento les haya captado la atención.

—¿Ha vuelto la reina Aria? —preguntó una joven con timidez.

—Lamento decir que la respuesta es no —le respondió la princesa, sonriendo con compasión.

Una señora mayor preguntó, enarcando sus cejas canosas:

—¿Entonces ha sido usted?

—Así es —le dijo Leia, forzando una sonrisa. —Lady Lade se ha encargado de despertar mi poder, que por muchos años estuvo oculto.

—¿Eso quiere decir que los rumores son ciertos? —preguntó el hombre que había hablado primero.

—¿Qué rumores? —preguntó Adara con cautela.

—Los que dicen que la princesa es la verdadera heredera del fuego azul —respondió la anciana.

A Leia no le agradaba el hecho de que ya se estuviera esparciendo ese rumor. ¿Cuánto tardaría en llegar a Connor? Sin embargo, ahora que había causado un halo de fuego con ambos tipos, era sólo cuestión de días que el Rey Supremo se enterara y enviara a sus hombres a capturarla. <<Lo hecho, hecho está>>.

—Pues sí, es cierto —respondió Leia, aclarándose la garganta.

—¿Puede darnos una pequeña demostración? Se dice que ese fuego es algo único y majestuoso —dijo la joven, con un brillo de esperanza en sus ojos azules.

—En realidad...

—Señorita, lamentamos informarle que esto ha sido muy reciente y la princesa aún necesita práctica para que la demostración sea segura —habló Cassian por ella. Leia le dio una rápida mirada de agradecimiento.

—Claro, por supuesto —se apresuró a decir la joven, sonrojándose. Leia no sabía si era por vergüenza o por la gentileza con que Cassian la trató. Aunque podía ser por ambas.

Finalmente, la princesa, junto con los demás, acompañaron a los habitantes hacia el interior del pueblo, con algunos guardias escoltándolos por detrás de forma pacífica.

La princesa se dio cuenta de que desde que había llegado al Castillo de Fuego, nunca tuvo tiempo de visitar las calles de Alicron. En ese momento había más cantidad de gente ya que se preguntaban entre ellos cuál era significado del halo de fuego. Además, muchos se veían atraídos por la presencia de la princesa. Era notorio cuán desacostumbrados estaban a las visitas de la Corte.

Como pudo, Leia se encargó de aclarar sus dudas y de conversar un poco con ellos para conocerlos mejor, para saber en qué condiciones vivían. Había desde personas que habitaban en grandes viviendas y tenían trabajos estables, hasta personas que vivían en chozas y debían trabajar en varios lugares a la vez para mantenerse estables económicamente. Leia descubrió que, a diferencia de Emera, ellos no pagaban un tributo a los soldados de Velthorn, sino que era Daniel quien los cobraba, asegurándoles la “seguridad de Alicron”.

Leia les preguntó acerca de posibles visitas de hombres de Velthorn, y algunos ciudadanos le respondieron que eso no ocurría allí, sino en los pueblos a las afueras de Alicron. Incluso había pueblos que terminaban enteramente destruidos y los habitantes iban a Alicron para buscar trabajo y un buen lugar donde pasar la noche.

Luego estaban las personas que decían maravillas de Daniel: que fue el mejor rey que Antel haya podido tener; que hacía lo posible para mantenerlos a salvo de los Inframons; que era justo con sus súbditos. <<*Por supuesto que mantiene seguro a Alicron. ¿Pero qué hay del resto de Antel?*>>, se preguntó a sí misma.

Cuando el cielo estaba comenzando a tornarse de colores anaranjados y morados, la joven recordó su entrenamiento con Theron, por lo que se despidió del último grupo de mujeres con el que estaba hablando para regresar al castillo, seguida por sus acompañantes.

—Bueno, eso ha ido bastante bien —señaló Adara, rompiendo el silencio.

—En serio, cada vez que alguien alababa a Daniel, me daban ganas de tener el poder de Leia para incendiarles el cerebro y ver si les crecía uno nuevo y mejorado —masculló Aileen, haciendo reír al resto.

—Si la naturaleza funcionara así, sé a quién le vendría bien un cerebro nuevo —canturreó Adara, mirando de reojo al príncipe.

—Qué bien que reconozcas tus propios defectos, Adara —contraatacó Cassian, revolviéndole el cabello con el viento que salió expulsado de su mano. La castaña maldijo e

intentó volvérselo a peinar con una mano mientras que con la otra sostenía el pequeño espejo que guardaba en uno de sus bolsillos.

—Al menos todos estamos de acuerdo en que Daniel no es *el mejor rey que Antel haya podido tener* —dijo Leia, intentando imitar la voz de la persona que había dicho esas palabras exactas.

Aileen pateó una ramilla que había caído de uno de los árboles.

—Por supuesto que estamos de acuerdo —exclamó.

—A partir de ahora hay que tener más cuidado —advirtió Darlan con la vista fija al frente. —Daniel no te hará las cosas fáciles —aclaró, dirigiéndose a Leia.

—Lo sé, no es nada nuevo —murmuró la princesa, encogiéndose de hombros.

—Mamá, tranquila —intervino Adara, tomando la mano de Darlan para besarle los nudillos rápidamente. —Daniel Stormholl no será un problema para nosotros —aseguró, guiñándoles un ojo a los demás.

—Está tan centrado en no perder la corona que no le importará que Leia se vaya por ahí a conseguir aliados para su causa —agregó Aileen.

—Recemos a Ignis para que eso sea cierto —dijo Cassian, apartando del camino unas hojas caídas con su viento.

Aileen empujó al príncipe con su hombro.

—Ten un poco de fe, Dustin. Los dioses no van a ayudarnos en esta guerra.

—¡Aileen! No digas eso —la regañó su tía, frunciendo el ceño.

—Ellos fueron los que lo causaron —se defendió la morocha.

Leia se mantuvo en silencio. Pese a que siempre fue muy respetuosa hacia los dioses que los vigilaban desde los cielos, no podía negar aquello que decía Aileen. Ellos deberían haber evitado que el dios de la muerte se saliera con la suya e invadiera aquél mundo.

Sin embargo, prefirió mantenerse callada debido a que aún recordaba con demasiada claridad la extraña e inexplicable conversación que tuvo con Aneel Malstrom. Por el momento, prefería guardárselo para ella misma.

Cassian apareció por el rabillo de su ojo caminando a su lado, hablando cerca de Leia para no interrumpir la discusión que se había formado entre las demás.

—¿Qué se siente poder manipular el fuego? —le preguntó a Leia.

—Hermoso y aterrador —admitió ella, riendo.

Abrió su mano para generar una pequeña llama, y se sorprendió de la rapidez con que la criatura respondió su orden, sólo que no se mantuvo encendida por mucho tiempo. Cuando se desvaneció, la criatura pareció reírse, como si le hubiera gastado una broma. La princesa suspiró.

—Y complicado —agregó, dejando caer su brazo a un lado. Cassian rio con soltura.

—No te preocupes. Con el tiempo aprenderás a aceptarlo y a trabajar en sintonía —le aseguró. —Además, tendrás un buen entrenador —agregó con diversión, guiñándole un ojo. Ese gesto siempre la ruborizaba, y no pudo evitar reír ante su comentario.

—El mejor de los mejores —se burló Leia, recibiendo un empujón juguetón en su hombro por parte de él. Luego de una pausa, recordó algo. —Por cierto, gracias por intervenir entre Daniel y yo en la entrada del castillo.

—No fue nada —le respondió el príncipe, haciendo un gesto de desdén con su mano. —Debo admitir que por un instante creí que usarías tu poder para defenderte.

—Créeme, lo he pensado, pero... —pasó una mano por su cabello enredado, pensativa. —Los demás lo habrían considerado como una amenaza al rey —terminó por decir. —Le pertenezca el título de rey o no, no voy a ganar una buena reputación si lo ataco de esa manera.

El príncipe sonrió de una manera que captó la atención de Leia. Sus ojos esmeralda estaban fijos al frente.

—¿Qué? —preguntó ella, sin poder evitar imitar su sonrisa.

—Nada —respondió Cassian, encogiéndose de hombros. Leia creyó que él no diría nada más, hasta que oyó en un tono bajo: —Sólo que eres muy inteligente.

La princesa frunció el ceño.

—No lo soy.

—No todos piensan con tanta claridad cuando están siendo agredidos o amenazados por alguien —señaló el pelirrojo. —Y no importa lo que me digas, yo sigo creyendo que Antel tendrá una reina asombrosa.

Leia no pudo evitar sonrojarse. Cassian siempre tenía ese maldito efecto en ella, incluso al decir cosas que no le convencían para nada.

Un cómodo silencio se había instalado entre ellos mientras avanzaban hombro con hombro por el camino que llevaba al castillo. Por alguna inexplicable razón, a Leia le causaba una cierta calidez estar así con él, tan sólo caminando a su lado y disfrutando de las vistas.

En un momento dado en que Cassian comenzó a aburrirse y aún faltaba un poco más para llegar al castillo, aprovechó que Aileen se encontraba unos pasos más adelante que él y utilizó su poder para revolverle el largo cabello lacio que caía sobre su espalda hasta su cintura.

Sin detenerse, ella se volteó para fulminar con la mirada al causante de su ahora enredado cabello. Cassian formó una fina línea con sus labios para ocultar una sonrisa, y desvió la mirada exageradamente.

—¿Crees que puedas lanzarle una llama a su trasero? —le preguntó Aileen a Leia con una sonrisa sarcástica.

—No creo que mi poder sea necesario. Estoy segura de que puedes torturarlo por tu propia cuenta —le dijo Leia, levantando las manos con inocencia. La morocha enarcó las cejas y asintió con la cabeza a modo de aprobación.

—¿A quién hay que engañar? Tienes toda la razón —dijo con satisfacción.

—Gracias por el apoyo —masculló Cassian en dirección a la princesa. Ella rio y todos continuaron el corto trayecto que les faltaba para llegar a su destino.

.....

Para el anochecer, Leia y Theron se encontraban en la sala de entrenamientos luchando espada contra espada. La princesa encontró una gran diferencia en cuanto a cómo se sentía ahora al utilizar su fuerza y habilidad. Se le hacía más fácil esquivar los ataques del capitán, y si perdía su postura, la recuperaba rápidamente, intentando atacar desde otro ángulo. Todos sus sentidos estaban más activos y la adrenalina corría por su cuerpo, incitándola a seguir adelante.

Al finalizar, ambos estaban jadeando y completamente sudados.

—Se siente muy diferente entrenar con el poder —le mencionó Leia luego de beber un largo trago de agua.

—No dejes que tu mente te engañe —le advirtió Theron. —Si a partir de ahora te la pasas creyendo que tu poder es lo que te hace fuerte, vas a pasar a depender de él cuando en realidad sólo es una parte más de ti.

Leia se tomó unos segundos para asimilar sus palabras antes de decir:

—Pareces saber mucho sobre esto.

—Gracias a tu padre, también fui cercano a Aria —le explicó el capitán. —Además, antes de que se la llevara Connor, me dejó algunos consejos para luego dártelos a ti cuando llegara el momento.

—¿Crees que esté viva? —se le ocurrió preguntar a la princesa.

Hubo unos momentos en silencio donde Theron observaba el interior de su cantimplora, pensativo.

—¿La verdad? —preguntó, y Leia asintió con la cabeza. —Sí.

Ella enarcó las cejas, manteniéndose en silencio para que él se explicara.

—No estoy seguro de cómo, pero debió de encontrar una forma de hacerle creer a Connor por muchos años que ella es la que tiene el fuego azul. En caso contrario, si él la hubiera matado, habría dado por sentado que la poseedora eres tú y te hubiera secuestrado al instante.

La princesa pensaba de la misma forma. Pero eso llevaba a otro problema: si Connor vio el halo de fuego, se habría dado cuenta de que era Leia, por lo que Aria ya no le serviría de nada.

—¿Y tú qué crees? —le preguntó Theron. Ambos estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, vaciando poco a poco el contenido de sus cantimploras.

—Que si lo que dices es cierto, ahora que recuperaré el fuego, Aria tiene los días contados —admitió, formando una fina línea con sus labios.

—En ese caso, *todos* tenemos los días contados.

Pues sí, sí que los tenían. Y luego estaba el tema de Dilaya. ¿Cuánto tardaría en regresar a Antel para ponerla a prueba a Leia o simplemente para llevársela a Velthorn?

—He escuchado decir a Adara que harán una fiesta para tu cumpleaños —mencionó Theron como si nada. —¿Hay alguna razón por la que se empiece a hablar de eso *casi diez meses antes*? —preguntó, enarcando una ceja.

—No lo sé. Quizás... ¿una Coronación? —dijo ella con obviedad.

—Sabía que tenía que ver con algo de eso —masculló el capitán, resoplando. —Dime, Stormholl, ¿cómo piensan hacer eso?

—Teníamos planeado dar una vuelta por Alicron para intentar ganar el apoyo de los pueblos. Aiden está haciendo lo mismo en Orland —explicó la princesa con rapidez. — Luego está el tema de los reinos de Teerlet y Lontern que—

—¿Qué? —preguntó de repente, interrumpiéndola. —¿Para qué necesitas a los otros reinos?

—Los gemelos y yo no podremos solos contra Connor —le recalcó Leia. — Necesitamos sus poderes y probablemente a sus soldados.

Theron negó con la cabeza.

—¿Acaso tienes alguna idea de cómo formar una alianza?

—No... —respondió la princesa con pesadumbre, mordiéndose el labio inferior.

—Stormholl, si esto no funciona—

—¿Cómo sabré si funciona si no lo intento? —inquirió, y el tono en que dijo esa frase en específico le recordó a Linda cuando incentivaba a sus hijas diciéndoles que, hasta que no lo intentaran, no sabrían cómo resultaría.

El capitán soltó un largo suspiro, pasando una mano por su crecido cabello morocho. Como seguía sin decir nada, la princesa se puso de pie.

—Será mejor que me vaya a descansar —declaró, avanzando hacia la salida. Su mano se posó sobre el picaporte de la puerta de salida, pero no hizo ningún movimiento más debido a que oyó a Theron decir:

—Habla con Loren Kreys.

—¿Para qué? —le preguntó ella, mirándolo por sobre su hombro.

—¿Quieres saber sobre los demás reinos? Habla con ella.

La princesa asintió con la cabeza y sonrió a modo de agradecimiento antes de salir de allí, satisfecha con la información que le proporcionó Theron. Podía ser una persona cuanto menos difícil, pero estaba de su lado a su manera, y eso era lo que importaba.

Allias la esperaba en la entrada trasera del castillo, y la escoltó hasta sus aposentos, donde ya había una bandeja con comida que probablemente le había dejado Annabelle hacía unos instantes.

Estaba a punto de quitarse el uniforme para darse un baño rápido cuando la criatura en su interior se agitó. Era una sensación extraña, como si estuviera nerviosa, inquieta. La preocupación comenzó a tomar lugar en Leia, temiendo que significara la aproximación de un Inframón. Observó su alrededor detenidamente, dando pasos lentos por la habitación.

Y de repente, en el silencio del lugar se oyó una voz.

<<Libérame...>>.

Leia frunció el ceño, parpadeando varias veces para espabilarse un poco. ¿Lo había imaginado? No había nadie más en la habitación y no sentía la presencia de nadie.

<<Libérame...>>.

Se volteó hacia la cama, de donde parecía provenir la voz. No podía distinguir si era de hombre o mujer. Era como un suspiro perdido en el espacio. A medida que se acercaba más a la cama, la voz se oía más fuerte.

Al llegar a la pared contra la que estaba apostada la cama, esa palabra sonaba con firmeza, tan fuerte que aturdía la cabeza de Leia. Se dio cuenta de que sólo ella podía oírla ya que Allias ni siquiera se había asomado para ver qué ocurría. De hecho, la escuchaba en su cabeza al igual que la voz de Aneel Malstrom esa misma tarde en que perdió la consciencia. Sin embargo, no se trataba de la misma voz. De eso estaba segura.

La princesa presionó su oreja contra la pared, recorriendo la misma con las palmas de sus manos; y fueron sus manos las que sintieron una vibración. La criatura se agitaba en su interior como incitándola a que se moviera más al costado. Leia tuvo que subirse a la cama para seguir la vibración hasta que sus manos tocaron el lienzo de una pintura que representaba el Bosque de Fuego.

Vaciló unos momentos antes de descolgar la pintura y dejarla a un lado de la cama. Sus ojos se abrieron de par en par al encontrarse con un hueco rectangular en la pared. La voz había cesado pero la criatura en su interior seguía nerviosa. No, no estaba nerviosa; estaba *ansiosa*.

Dentro del hueco descansaba una pequeña caja cuadrada de color rojo muy oscuro. Cuando Leia la tomó en sus manos, sintió la suavidad de la tela que envolvía la madera con la que estaba hecha. Tomó aire profundamente y la abrió.

De una caja como esa, la princesa se esperaba alguna joya o algún elemento de gran valor que hubiera ocultado Aria, pero no se imaginó en lo más mínimo encontrarse con un montículo de cenizas.

La criatura parecía saltar de la emoción, acelerando el pulso de la princesa. Como por inercia, una de sus manos se adentró en la pequeña caja para rozar el contenido con las yemas de sus dedos, por si lo importante estaba debajo de toda aquella ceniza; pero en cuanto su piel entró en contacto con aquél polvo, luces rojas y azules se dispararon hacia sus ojos, cegándola por completo.

Capítulo 27

Pese a que no veía nada, sintió el impacto de su cuerpo contra el suelo como si hubiera sido lanzada contra el mismo. La caja había desaparecido de sus manos, por lo que las utilizó para cubrirse el rostro.

Cuando todo pareció volver a la normalidad, Leia abrió los ojos. Tuvo que parpadear repetidas veces para aclarar su vista. Una vez que dejó de ver el techo borroso, lentamente se puso de pie, masajeándose la zona de sus hombros, donde recibió la mayor parte del impacto.

Lo que no se esperaba en lo más mínimo era encontrarse con un ave de fuego sobre su cama.

Se tapó la boca con ambas manos para ahogar un grito al tiempo en que retrocedía lentamente.

—Te has tomado tu tiempo.

El ave *hablaba*. ¿Qué clase de sueño estaba teniendo? Se refregó los ojos por unos segundos, pero el ave seguía allí, observándola con un ojo dorado y otro azul.

Jamás había visto a un animal así. ¿O criatura? Ni siquiera sabía cómo llamarla. Plumas rojas y anaranjadas cubrían una mitad de su cuerpo, mientras que la otra mitad estaba cubierta por plumas azules y celestes. Su cola era larga y también emplumada, formando tres picos: dos cortos y uno más largo en el centro. Sus patas terminaban en cuatro filosas garras, sosteniendo su peso sobre el colchón de la cama.

El misterioso ave la miró de arriba abajo y soltó un extraño graznido.

—¿*Esto* es la princesa de Antel? —su voz sonaba como algo ancestral, majestuoso, al igual que su apariencia.

Leia seguía sin poder hablar, sin poder quitar sus ojos de la belleza de aquél animal.

—Te pedí que me liberaras para que hablemos, no para que te me quedes mirando como si fuera un fantasma —se quejó el ave de fuego.

La princesa se aclaró la garganta.

—Lo siento, no acostumbro a hablar con *aves* —señaló, enarcando ambas cejas.

—Pues, será así de ahora en adelante, así que empieza a acostumbrarte —le contestó el ave, sacudiendo sus plumas. Cada una de ellas terminaba con una diminuta llama encendida, resaltando la justificación de por qué era un ave de *fuego*. ¿Cómo las frazadas de la cama no se estaban incendiando? Leia no tenía idea.

—¿Quién eres? —logró preguntar la princesa.

—Mi nombre es Jassar —se presentó el ave. —Fui creado por Ignis, quien me convirtió en su acompañante en los cielos.

Leia frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Considéralo como un regalo de parte de la diosa —respondió Jassar, inclinando su cabeza en forma de una leve reverencia. —Es la misma razón por la que Ignis permitió que Aneel Malstrom te cediera el fuego azul.

—Vaya, qué generosa —murmuró Leia.

—Estúpida humana. ¿Aún no lo entiendes? —inquirió el ave, batiendo sus alas para mantenerse flotando en el aire. —Estuvo aguardando cientos de años para encontrar a las personas indicadas para acabar con los Inframons.

<< ¿Qué pasa si los dioses eligieron a estos jóvenes para librarnos de la oscuridad de Connor?>>. Leia podía oír con total claridad las palabras dichas por Loren durante su reunión con Daniel y los demás miembros del Consejo. Y la angelical voz de Aneel también se coló en su mente: <<Ignis me dio una última oportunidad para hacer las cosas bien, y me dijo que le cediera el fuego azul al heredero que yo creyera que sería el indicado. Tengo un fuerte presentimiento de que tú eres esa heredera>>.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Leia con cautela.

—Mira, niña, no descendí desde la comodidad de los cielos hasta este desastroso mundo sólo para gastarte una broma —se quejó Jassar.

—Ya, lo siento —dijo la princesa, levantando ambas manos en el aire en señal de rendición. —Es que... no lo entiendo. ¿Por qué nosotros?

—Porque corren con varias ventajas que sus antepasados no —respondió a secas, volando hasta llegar a una de las sillas y pararse sobre la punta del respaldo. —Aliméntame, humana —graznó Jassar, señalando con su pico la bandeja de comida.

—Espera, tengo demasiadas preguntas —se apresuró a decir Leia.

—Y yo tengo demasiado hambre —contraatacó Jassar. —Así que dame comida.

La princesa suspiró, dejando caer sus hombros, y se acercó hasta la mesa. No tenía sentido ponerse a discutir con un ave de fuego así de testarudo. Ya tuvo suficiente experiencia con Theron.

—¿Qué comes? —le preguntó Leia.

—Corazones de niños.

La princesa se detuvo a medio camino, mirando horrorizada a Jassar. El ave negó con la cabeza.

—Qué poco sentido del humor tienen los humanos —masculló por lo bajo, sacudiendo sus plumas. —Fruta fresca —aclaró.

Leia pasó una mano por su rostro. El agotamiento que tenía encima le hacía imposible distinguir lo que era verdad y lo que era mentira. Quizás, cuando se despertara al otro día, se daría cuenta de que todo lo de Jassar sólo había sido un sueño, un extraño y turbio sueño.

La princesa le tendió un recipiente al ave.

—¿Uvas?

—Me basta —le dijo Jassar, e hincó su grisáceo pico en el interior. A Leia casi se le cae el recipiente, pero retomó el control rápidamente y lo sostuvo hasta que Jassar vació el contenido.

Luego fue el turno de la princesa de cenar. No fue hasta ese momento que se dio cuenta del hambre voraz que tenía. Se terminó su cena más rápido de lo normal mientras que Jassar se encontraba en la silla frente a ella, rascándose las plumas con su pico.

—Así que... Ignis te envió como un obsequio —dijo Leia, rompiendo el silencio entre ambos. Jassar asintió con la cabeza, sus plumas siguiendo el movimiento con gracia.
—¿Hay alguna razón?

—¿Que no te lo dije ya? —inquirió el ave con un tono aburrido de voz.

—Sí, está bien, es para acabar con los Inframons. Pero, ¿qué papel juegas tú?

Jassar se la quedó mirando unos segundos en silencio.

—¿Eres tan mediocre como para creer que ustedes solos podrán contra el líder Inframón y todo su séquito?

Leia frunció el ceño.

—¿Y cómo planeas ayudarnos?

—No soy un sabelotodo, niña —siseó Jassar. —A los dioses les gusta que sus humanos *piensen*. Yo sólo seré una ayuda para lo que sea que ustedes planeen hacer —explicó.

—Como digas —murmuró Leia, cruzándose de brazos.

—¿Qué esperabas? ¿Que el regalo de Ignis sería la solución a todos los problemas?

<<Sí>>.

—Pues, los dioses fueron los que causaron todo este desastre, por lo que—

—Ten cuidado con lo que dices, humana —advirtió Jassar, erizando sus plumas. — Ellos pueden oírte —luego de una pausa, añadió: —Son conscientes de que se les fue de las manos, y están haciendo lo posible por ayudarlos. Pero la vida no es justa, por lo que ahora está en manos de ustedes frenar todo esto.

Leia suspiró, poniéndose de pie.

—Necesito asearme.

—Gracias —exclamó el ave, aliviado. —Ya no soporto tu repugnante olor.

La princesa puso los ojos en blanco y se adentró en el cuarto de aseo, no sin antes tomar del guardarropa un camisón.

Una vez sumergida en el agua caliente, dejó soltar todo el aire que tenía contenido, aflojando sus músculos. Aquél día había sido cuanto menos ajetreado. Había pasado por muchísimas cosas, y pese a que había hecho ciertos avances, cada vez se sentía más insegura acerca de todo. En los nueve meses que quedaban para su cumpleaños, para la *Coronación*, debía hacer una cantidad de cosas inimaginables. Además, el hecho de no tener

noticias sobre Emera no ayudaba mucho. Sabía que debía aguardar a que Aiden llegara a su castillo, pero cada día que pasaba sin tener noticias de su familia, la destrozaba, en especial por todas las amenazas que recibió por parte de los Inframons.

Ahora que tenía su poder, que tenía un maldito *ave de fuego*, todo parecía tomar su lugar correcto y a la vez no, ya que aún tenía muchas preguntas sin respuesta. Sin embargo, no pudo evitar pensar cómo sus seres queridos reaccionarían al ver todo aquello. ¿Kailani se sentiría atraída por la moda en el castillo? ¿Luke hablaría de estrategias con los miembros del Consejo? ¿Linda incitaría a los cocineros a preparar sus recetas favoritas? ¿Darren se emocionaría con la arquitectura del lugar? Tampoco le molestaría tener la presencia constante de Karis pidiéndole que le enseñe cómo combatir mientras que su madre la observaba con orgullo y miedo por si su pequeña llegara a lastimarse.

Leia mojó su rostro para camuflar las lágrimas. Cuánto necesitaba el amor de su familia, el soporte de quien ella era.

O quizás eso era lo que *Lazy* necesitaría. Quizás Leia podría arreglárselas sola ya que nunca conoció a sus padres. Quizás, con el apoyo de las primas y de los gemelos, incluso de Darlan y Theron, podría seguir adelante sin derrumbarse en el camino.

.....

En la madrugada de ese mismo día, Alexander no había logrado pegar un ojo. Había pasado la noche con una doncella de la Corte de Velthorn en un intento por descargar toda la tensión que retenía en su cuerpo. No recordaba cómo se llamaba, pero vaya que le había hecho pasar una buena noche. Le dio todo lo que ella le pidió, y la hizo gemir lo suficientemente fuerte como para amortiguar los pensamientos que azotaban su mente.

Todo iba perfecto hasta que ambos quedaron exhaustos. Ella fue la primera en dormirse, pero Alexander sólo había quedado recostado boca arriba sobre su cama con el sonido relajante y constante de la respiración de la doncella a su lado.

Como no podía lograr conciliar el sueño pese a que todo su cuerpo se sentía agotado, se puso de pie con cuidado de no despertarla y se colocó únicamente su ropa interior antes de salir al balcón para tomar aire fresco.

La brisa de mitad de Otoño sacudió su cabello mientras recargaba sus antebrazos sobre la barandilla del balcón y soltaba un largo suspiro.

Y allí se quedó hasta el amanecer. Su mente era un caos y ya no podía separar un pensamiento del otro. Sin embargo, tenía una única cosa clara: debía hablar con Dean y arreglar las cosas entre ellos, ya que el castaño no sería quien diera el paso.

Tenía planeado pedirle que desayunaran juntos esa misma mañana, pero por supuesto que eso no sucedió. Connor no tuvo otra mejor idea que pedirle a Alexander que recibiera a un grupo de pueblerinos que traerían mercancías para el castillo. El morocho no tenía ni la energía ni las ganas de discutir, por lo que sólo se encogió de hombros y se dirigió a donde lo había enviado. Zeth y Isaías también estaban ahí, pero no por orden de Connor, sino porque al parecer tenían ganas de irritar a su hermano.

Cuando se liberó, ya era la tarde. Había logrado almorzar algo rápido en medio de todas las cosas que tenía que hacer, pero igualmente le encargó a una cocinera que pasó por su lado una merienda para los aposentos de Dean. La mujer accedió y prometió enviársela apenas estuviera lista.

Mientras tanto, el morocho aguardó rondando por los corredores del castillo. Ya había visualizado a Dean en el balcón de sus aposentos pintando un nuevo cuadro. Una vez que la cocinera anunció que la merienda estaba lista, Alexander tomó la bandeja él mismo en sus brazos y llamó a la puerta de los aposentos de su amigo. No obtuvo respuesta al instante, y luego de lo que parecía ser una eternidad, iba a volver a tocar, pero su mano quedó suspendida en el aire en cuanto el castaño abrió la puerta.

Primero, sus ojos azules se cruzaron con los de Alexander. La expresión de seriedad en su rostro de alguna manera desanimó al morocho, pero luego bajó la mirada hasta la bandeja con comida, y las comisuras de sus labios se curvaron levemente hacia arriba. Los hombros de Alexander se relajaron.

—¿Esta es tu forma de pedirme disculpas? —inquirió Dean, enarcando una ceja.

—No. Sólo tenía hambre y pensé que tú también —mintió el morocho, encogiéndose de hombros y evadiendo la mirada inquisitiva de Dean.

—Ya. Te estás disculpando.

Alexander iba a refutar, pero el castaño negó con la cabeza sonriente y se movió a un lado para dejarlo pasar. El morocho mantuvo la boca cerrada para no volver a cagarla y entró en los aposentos para luego salir al balcón del mismo y depositar la comida sobre una pequeña mesa redonda donde había dos sillas para que ambos pudieran sentarse.

—¿Qué estuviste haciendo estos días?

—¿Cómo ha ido la recuperación?

Ambos preguntaron a la vez y no pudieron evitar reírse. Alexander le indicó con un gesto que respondiera él primero.

—Pues... estuve intentando utilizar la descripción de mi madre que me brindaste —explicó Dean, señalando con el mentón el lienzo que se encontraba del otro lado del balcón. Estaba cubierto por una tela blanca. —Aún estoy lejos de terminar, pero cada día es un avance —añadió, encogiéndose de hombros al tiempo en que masticaba un trozo de tarta de fresa. —Ahora responde tú.

—Ha ido bien —respondió el morocho desganadamente. —Me tomó tres días volver a ponerme de pie por mi cuenta, pero ya estoy como nuevo —exclamó con sarcasmo, abriendo los brazos de par en par para dar énfasis a sus palabras.

Un silencio extraño pero cómodo se instaló entre ellos. Bebieron de a sorbos sus respectivas tazas de té con la vista fija en el horizonte que se extendía ante ellos.

—Fui muy egoísta —terminó por decir Dean, haciendo que Alexander volteara a verlo con el ceño fruncido. —Sé que lo fui. Lo fui al exigirte que no desearas morirme sólo

porque te considero alguien importante en mi vida –bajó la mirada hasta su regazo, y el morocho se movió incómodo sobre su silla. –Probablemente lo único –agregó en un murmullo, pero Alexander lo oyó a la perfección.

–Ambos fuimos egoístas, Dean –dijo el morocho, soltando un pesado suspiro. –Yo lo fui al querer acabar con esta vida pensando sólo en mí y en mi propio bienestar, sin importar lo que dejó atrás –le costó dejar salir esas últimas palabras, pero igualmente lo hizo, y no se atrevió a mirar a Dean a los ojos.

Otro silencio. Ambos terminaron sus porciones de tarta de fresa.

–Escuché que la otra noche fuiste a Antel –comentó Dean como si nada. Alexander tensó su mandíbula pero no dijo nada. –¿La viste? ¿Cómo es?

Leia Stormholl, la ingenua pero valiente Leia Stormholl. Se estaba metiendo en un territorio muy peligroso. Aún no conocía ni una mínima parte de los enemigos a los que se enfrentaría, pero lo haría igualmente porque era así de testaruda.

–Una muchacha normal –respondió Alexander con aburrimiento. –¿Cuál es tu punto?

–No me refiero a eso –se molestó Dean. –Quiero decir, ¿crees que ella...?

–¿...venza a Connor? –completó la pregunta el morocho, y su amigo asintió con la cabeza. –Sola no, para nada. Ni siquiera con ayuda de los gemelos Dustin –hizo una pausa, pasando una mano por su cabello oscuro y ondulado. –Se necesita de todos los herederos. Y ni siquiera puedo asegurarte que *eso* sea suficiente.

–Tomaré lo que pueda –dijo Dean con una media sonrisa. Luego de una larga pausa, preguntó: –¿Y qué harás tú, Alexander? ¿Qué papel tomarás en todo esto?

El morocho tragó con dificultad y desvió la mirada, encogiéndose de hombros con fingido desinterés.

–Mantener a Connor ocupado, supongo.

–Si llegara a haber un enfrentamiento, ¿de qué lado estarás? –indagó aún más Dean.

Alexander perdió la paciencia.

–Dean, ¿podrías-?

Un estruendo para nada habitual sacudió el castillo. Por sólo unos segundos, Alexander se vio cegado por una luz incandescente que llegó hasta ellos desde el horizonte en forma de halo. Cuando lo atravesó, sintió un calor ardiente recorrer todo su cuerpo, alterando su poder.

Finalmente, ese extraño suceso cesó y tanto él como Dean volvieron a abrir los ojos de par en par, parpadeando repetidas veces para aclararse la vista.

—¿Qué carajos fue eso? —el primero en preguntar fue Dean, ambos poniéndose de pie. Al castaño le temblaban las piernas ligeramente.

Alexander observó las vistas del balcón esperando encontrar la fuente de esa explosión, o lo que fuera que haya sido. Pero no se veía nada fuera de lo normal. Él y su amigo compartieron una mirada de confusión antes de salir de allí y dirigirse a las afueras del castillo.

Fuera, se encontraron con los demás. Todos observaban el cielo con extrañeza, esperando volver a sentir aquél inexplicable impacto.

—Por un momento, se sintió como si fuera... —comenzó diciendo Dilaya con el ceño fruncido.

—...*fuego* —completó la frase Isaías, entrecerrando los ojos.

Connor, al oír esa palabra, dejó de mirar el cielo para enfocarse en cada uno de sus hijos. Sus ojos desprendían una mezcla de enfado, curiosidad y diversión. El estómago de Alexander dio un vuelco porque por fin entendió de qué se trataba aquél alboroto.

—Tal parece que nuestra ingenua princesa de fuego ha dado comienzo al juego —señaló el rey, sonriendo con malicia.

—Ya era hora —exclamó Dilaya con la misma expresión sádica de su padre.

—Confío en que tendrás todo esto bajo control —señaló el rey, enarcando una ceja en su dirección.

—Por supuesto, padre —le garantizó la joven Inframón. —Me aseguraré de que se convierta en un entretenido desafío —agregó con diversión.

—Ten cuidado con subestimarla —le advirtió Isaías con las manos ocultas dentro de los bolsillos de sus pantalones oscuros.

—Tranquilo, hermanito —le dijo ella, acercándose para sacudirle sus cortas rastas con una mano. El Inframón la fulminó con la mirada pero se abstuvo a atacarla. —Sé lo que hago.

—Eso espero —dijo su padre con seriedad. Luego se volteó para mirar en dirección a la calle que se extendía frente a la entrada del castillo, donde una carretilla cargada de nuevos esclavos avanzaba hasta ellos. —Bien, tenemos trabajo que hacer —anunció en voz alta para que todos lo oyeran. —Vamos a la Sala del Trono.

Alexander cruzó miradas con Dean mientras seguía a Connor, y formuló con sus labios: <<*Te veo más tarde*>>. El castaño asintió apenas perceptiblemente y se dirigió escaleras arriba antes de que alguien más pudiera detenerlo.

Mientras torturaba desganadamente a uno de los esclavos que le asignó el Rey Supremo, Alexander no podía dejar de pensar en lo que significaba aquél halo de fuego que había presenciado.

La guerra había comenzado y ya no había vuelta atrás. *Leia, Leia, Leia, ingenua y testaruda Leia.*

Capítulo 28

Por la mañana, antes de ir a encontrarse con Theron, Leia vaciló unos momentos sin saber qué hacer con el ave. Jassar le graznó, rehusándose a quedarse encerrado en los aposentos, por lo que a la princesa no le quedó otra opción más que llevárselo consigo.

—Te advierto que eres la única humana que puede oírme —le dijo Jassar momentos antes de que Leia se dirigiera a la puerta. Era la primera vez que entraba en contacto con el ave cuando éste aterrizó en su hombro. Creyó que sus plumas en llamas la quemarían, pero no ocurrió nada parecido. Sólo sentía la alegría y diversión de la criatura en su interior por la presencia cercana de Jassar.

Lo que dijo el ave no la ayudó mucho ya que cualquiera podría pensar que la princesa se había vuelto loca si la veían hablando con él. Pero, ¿ya qué?

En cuanto salió de la habitación, Allias estaba a punto de darle una reverencia a modo de saludo; pero en cuanto sus ojos color miel se encontraron con el ave que iba a su hombro, dio un respingo, retrocediendo unos pasos.

—Tranquilo, es indefenso —se apresuró a decir Leia, aunque tampoco se atrevía a ponerle a una mano encima.

Allias se aclaró la garganta, observando con fascinación a Jassar.

—¿Es... un ave de fuego? —preguntó con cautela.

—Mira, ese humano es más inteligente que tú —le murmuró Jassar a Leia.

—Sí —le respondió la princesa a Allias, ignorando la voz del ave. —No te gastes en hacerme preguntas. Ni siquiera yo tengo las respuestas.

—Ya... —logró decir el joven soldado, recuperando su compostura lentamente. — Por cierto, el comandante Lade me pidió que la escoltara al vestíbulo principal. Dijo que habrá un cambio en el modo de entrenamiento.

Leia suspiró y se dejó guiar por Allias pese a que ya podía hacer aquél recorrido incluso con los ojos cerrados.

—Nada mal —dijo Jassar, observando su entorno. —Aunque no es tan bonito como los cielos.

—Seguro que allí debe ser todo un lujo —susurró Leia con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Dijo algo, Su Alteza? —preguntó Allias, mirándola por sobre su hombro.

—No, nada —respondió ella, sonriendo inocentemente.

Al alcanzar el vestíbulo principal, el poco personal que rondaba por el lugar se quedó rígido como una piedra al ver a la criatura que descansaba en el hombro de Leia. Jassar parecía disfrutar aquella situación ya que mantuvo su pico en alto en una postura formal y altanera. La princesa resopló, negando con la cabeza.

Frente a las puertas de entrada que aún estaban cerradas, Theron estaba discutiendo con un joven mientras que Cassian observaba en silencio, fulminando con la mirada al joven. Leia lo había visto una vez hacía dos días, luego de que se hubieran despedido de Aiden. Aquél joven había pasado por su lado, preguntándole al pelirrojo si entrenaría con él.

Los tres hombres se voltearon en cuanto la vieron llegar, y sus caras de asombro hicieron sonreír a Leia levemente, aunque sabía que en realidad eran dedicadas a Jassar. El ave sacudió sus plumas.

—¿Qué carajo...? —preguntó Theron, su voz apenas un susurro.

—¿Ese no es...?

—El ave de fuego de Ignis —Theron completó la pregunta de Cassian, pero a modo de afirmación. —¿Cómo? —le preguntó a Leia, atónito.

La princesa se encogió de hombros.

—Un regalo de Ignis —respondió a secas.

—Es... increíble —logró decir Cassian.

—¿Ese es el heredero de Orland? ¿No era que tenía un gemelo? —preguntó Jassar, mirando de arriba abajo al príncipe del viento.

—Lo tiene, pero regresó a Orland para reunir a su ejército —le explicó Leia, y los cuatro hombres presentes la miraron con confusión. —No estoy loca, es sólo que ustedes no pueden entenderlo.

Silencio.

El ave hizo un sonido extraño, lo más parecido a una risa.

—¿Estás segura de que no estás loca, humana? —inquirió Jassar, disfrutando la manera en que los demás la miraban.

—Da igual —dijo rápidamente, cruzándose de brazos y señalando con el mentón a Theron. —¿No es momento de irnos? —preguntó con cuidado, teniendo en cuenta que debía mantener en secreto lo de su entrenamiento frente a aquél joven desconocido.

El capitán de la guardia sacudió su cabeza, como saliendo de un trance, y volvió a su expresión seria habitual.

—Si tan sólo este *muchacho* nos dejara ir en paz —siseó Theron, fulminando con la mirada al joven que llevaba la armadura de la guardia de Antel.

—Ya le dije, comandante. Su Majestad el rey Daniel me asignó como nuevo guardia personal de la princesa —respondió el joven de cabello castaño claro.

Leia frunció el ceño.

—Ya tengo un guardia personal —le dijo señalando a Allias, quien estaba un paso detrás de ella.

—Así es. Pero con todo esto de las amenazas de los Inframons, el rey creyó que sería buena idea que se aumentara la seguridad en el castillo, por lo que ahora tendrá *dos* guardias personales —le explicó el joven, sonriendo con orgullo. Algunas pecas asomaban a su rosado rostro.

La princesa no llegaba a creérselo del todo, y no era la única.

—Se supone que tú eras un soldado en formación —le recordó Cassian.

—Usted mismo lo dijo. *Era* —resaltó el joven, enderezando su postura. —El rey me ascendió de puesto.

—Yo soy tu comandante —siseó Theron. —Por lo que te ordeno que aguardes en el castillo hasta que la princesa regrese de su *caminata*.

El joven soldado negó con la cabeza, formando una fina línea con sus labios.

—Sólo respondo a las órdenes del rey. Si quieres, puedes discutirlo con él.

Theron parecía a punto de desenfundar su espada y atravesarle el pecho con la misma, por lo que Leia se apresuró a decir:

—Está bien, déjalo que venga.

El comandante la fulminó con la mirada.

—Después de todo, sólo voy a aprender un poco sobre el uso de mi poder, ¿verdad? —agregó, y Theron dejó salir un largo suspiro de entre sus labios.

—Andando —ordenó, y los demás lo siguieron.

Allias y el otro joven avanzaron detrás de Leia. El moreno no parecía para nada de acuerdo con la presencia de otro guardia haciendo su trabajo, pero se dio cuenta de que no le quedaba otra opción más que aceptarlo. A Leia tampoco le parecía una buena idea, en especial porque se interpondría en su entrenamiento con Theron, pero quizás podría lograr ponerlo de su lado y convencerlo de que no le diga nada a Daniel.

—¿Cuál es tu nombre, soldado? —le preguntó Leia, intentando sonar amable, mientras todos avanzaban hacia el jardín delantero.

—Callahan Drear, Su Alteza —se presentó, asintiendo con la cabeza levemente. —Es un honor convertirme en su guardia —agregó, sonriéndole con calidez al tiempo en que llevaba una mano a su pecho con respeto.

—Espero que le seas fiel a la Corona y no sólo a Daniel —advirtió la princesa, mirando al frente.

—Por supuesto —se apresuró a decir Callahan. —Mi lealtad se la lleva el reino.

Bueno, quizás no sería tan difícil ponerlo de su lado. Siempre y cuando estuviera diciéndole la verdad, claro.

Mientras que Theron y Allias iban a pedirle cuatro caballos a uno de los hombres que estaba a cargo del establo, Cassian se acercó a Leia con sus ojos esmeralda clavados en Jassar.

—Así que... ¿un regalo de Ignis? —preguntó, enarcando una ceja.

—Eso parece —respondió Leia, encogiéndose de hombros.

Cassian acercó una mano para tocar una de las plumas del ave, pero Jassar le graznó.

—Intenta tocarme una vez más y te saco los ojos, humano repugnante.

Leia se mordió el labio inferior para evitar reírse.

—Te recomendaría que no vuelvas a intentarlo, es un poco arisco —le dijo la princesa a Cassian.

—Sabio consejo —dijo el príncipe del viento, aclarándose la garganta. —He leído sobre los aves de fuego antes, pero jamás creí que existiera uno... así —añadió, señalando con el mentón a Jassar.

Leia sabía que se refería al hecho de que su cuerpo emplumado constaba de dos colores, como una réplica exacta a ambos fuegos. Y el príncipe tenía razón. Por lo poco que Leia leyó sobre los aves de fuego mientras estudiaba con Annabelle, sabía que en los textos se decía que esas criaturas tenían plumaje del color del fuego, con tonos rojizos, anaranjados y amarillentos. Ninguno mencionaba nada acerca de Jassar, o quizás sí, sólo que ni ella ni Cassian lo habían leído.

—No te preocupes, príncipe del viento. La diosa Ventum también tiene una sorpresa preparada para ustedes —dijo Jassar con un tono dramático.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Leia. Cassian parecía a punto de preguntar qué estaba diciendo el ave, pero ella lo detuvo con una mano mientras oía a Jassar responder:

—Como te dije, ustedes son la generación con más oportunidad de salvar al mundo. Por eso, los dioses tienen planeado una sorpresa para cada heredero.

La princesa enarcó las cejas en sorpresa y le repitió a Cassian lo que oyó. El joven estaba igual de asombrado.

—Así que los rumores son ciertos —intervino Callahan. Ambos lo miraron, confundidos. El soldado se dirigió a Leia cuando dijo: —Que llevará a Antel a la guerra.

<<Otro más>>, pensó la princesa sin poder evitar poner los ojos en blanco.

—Mira, si vas a darme un sermón de por qué no debería hacer eso, déjame decirte que—

—Tranquila, no tengo nada que objetar —le dijo Callahan, interrumpiéndola. —Al contrario, me parece la mejor decisión. Ya va siendo hora de que se haga algo al respecto.

Leia lo miró por unos segundos en silencio con los ojos entrecerrados, incrédula por el hecho de que en serio esté de acuerdo. Estaba tan acostumbrada a las negativas de Daniel y de dos de los miembros del Consejo Real que creyó posible que el rey temporal ya hubiera advertido a toda la Corte que se oponga a Leia cuando descubrieran sus propósitos en el reino.

—¿Lo dices en serio? —inquirió la princesa.

—Pero apoyas a Daniel —señaló Cassian. —Él no quiere la guerra. ¿Cómo es que tú sí?

—Sólo apoyo al rey temporal porque me está dando un lugar en la guardia real y la oportunidad de proteger a la princesa —le respondió Callahan. —Dejando eso a un lado, él no hará nada contra el Rey Supremo, y todos sabemos que debería estar haciendo lo contrario si quiere asegurar la seguridad en todo Antel.

Al oír las palabras de Callahan, Leia no pudo evitar recordar lo que Theron le dijo una vez: <<*A veces, fingir es necesario. En especial dentro de la Corte*>>. Cuánta razón tenía.

—Debo admitir que no me esperaba eso de ti, Drear —le dijo Cassian, sonriendo con diversión.

—No es el único que finge delante del rey temporal, Su Alteza —le respondió Callahan. —Ya que estamos siendo honestos, usted no estás aquí sólo de *visita*, ¿verdad? —añadió, sus ojos verde oscuro brillando con picardía.

—Por supuesto que estoy de visita. Dicen que Antel es muy hermoso durante esta época del año —le dijo Cassian con sarcasmo.

—Me lo imaginaba —murmuró Callahan, riendo por lo bajo.

En ese momento, Theron y Allias hicieron su aparición seguidos por cuatro grandes caballos.

—Vámonos de una vez —masculló Theron, montándose en un caballo de pelaje oscuro como la noche.

Y así, como si nadie se atreviera a llevarle la contra, los demás lo imitaron, cada uno escogiendo un caballo. El de Leia era un macho de pelaje blanco con manchas café y una sedosa crin castaña clara. Jassar, para no alterar a los animales, optó por seguirlos desde los cielos, disfrutando de ese pequeño rato de libertad. Mientras Leia lo observaba, se puso a pensar en qué se sentiría poder volar, tener dos extremidades para elevarse a los cielos con total libertad y sintiendo el frescor del viento en el rostro, así como lo hacía Jassar, yendo de un lado a otro, girando sobre sí mismo y retomando el vuelo con gracia y seguridad.

Theron y Leia cabalgaban delante del todo seguidos por Cassian y Callahan, quienes estaban teniendo una conversación cargada de sarcasmo y diversión. En cuanto a Allias, como siempre, se había quedado en el castillo, dándole el espacio a Leia que Callahan se negaba a darle como su guardia.

—¿A qué se debe ese... *regalo* de Ignis? —le preguntó Theron a la princesa, señalando con el mentón al ave de fuego sobre ellos.

—Mencionó algo de que los dioses reconocieron su error al dejar que los Inframons accedieran a nuestro mundo, por lo que ahora están intentando enviarnos ayuda para terminar con todo esto —le explicó Leia.

—¿Quién te lo mencionó?

—Jassar.

—¿El ave? —inquirió Theron, enarcando una gruesa ceja morocha. —Entonces, ¿es cierto que puedes entenderle?

Leia lo fulminó con la mirada.

—¿Creías que estaba mintiendo?

—No todos los días conozco a gente que puede hablar con animales —respondió el capitán, encogiéndose de hombros. —Quizás, al recuperar tu poder, sufriste algún daño mental.

—Tú también lo ves, ¿verdad? —le preguntó Leia, resoplando, y Theron asintió con la cabeza. —¿Eso no es prueba suficiente? Además, ¿por qué mentiría con algo así?

—No lo sé, mierda, todo esto es demasiado extraño —masculló el capitán, pasando una mano por su rostro mientras soltaba un largo y pesado suspiro. —Pero si es verdad que los dioses intentan ayudarnos, será mejor sacar todo el provecho posible de sus *obsequios*.

—No pensaba hacer lo contrario —le dijo Leia, y siguieron el resto del viaje en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

.....

Una vez que dejaron los caballos a las afueras del Bosque de Fuego, los tres se adentraron en las profundidades del bosque seguidos por Jassar, quien avanzaba de rama en rama, dejando un rastro de chispas a su paso. Callahan se vio obligado por Theron a quedarse a vigilar a los caballos.

—Cumpliste con tu parte de escoltar a la princesa. Ahora te toca darle su espacio. Necesita concentración —le había dicho el capitán con tal tono de seriedad y firmeza que el castaño no objetó.

En realidad, sí había objetado, pero una sola vez le bastó para que Theron lo amenazara con atarlo al tronco de un árbol y dejarlo pudrirse allí sin que ningún soldado ni el rey temporal se enteraran. Luego de oír esas palabras, Callahan cerró la boca y se recargó contra un tronco a esperar su regreso.

—El comandante me cae bien —le dijo Jassar a Leia desde la rama de un árbol.

—Ya, tienen mucho en común —murmuró ella, formando una fina línea con sus labios para evitar sonreír.

Al llegar hasta el terreno llano cercado por árboles donde Leia había manifestado su poder por primera vez, los tres se detuvieron al mismo tiempo en que Jassar se posaba sobre una rama cercana para observarlos desde mayor altura.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —le preguntó Leia a Theron mientras que éste dejaba sobre el suelo la canasta con las cantimploras y el cinturón donde tenía enfundada su espada. Sólo se quedó con un escudo en sus manos.

—Combate cuerpo a cuerpo —respondió el capitán, y luego de una corta pausa, agregó: —Sumando tu poder.

—¿No debería primero aprender-?

—Tú no pones las reglas, Dustin —le siseó Theron, y luego volvió a mirar a Leia. — Tu poder funcionará mejor bajo presión. Además, no tenemos tanto tiempo como para practicar ambas cosas por separado.

—Como tú digas, Lade —dijo Cassian, suspirando. Se apartó de ellos para darles espacio, recargándose contra el tronco del mismo árbol en el que Jassar estaba posado.

El capitán lo ignoró y señaló con el mentón a Leia, poniéndose en posición de defensa.

—No quiero quemarte —le dijo la princesa con preocupación.

—Da igual —espetó. —Aquí lo que importa es que aprendas a usar el fuego como tu arma.

—Recuerda que tú eres el fuego y el fuego es tú —acotó Cassian, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho cubierto por una camiseta negra de entrenamiento.

Leia inspiró profundamente, cerrando los ojos para concentrarse en invocar llamas en ambas manos. La criatura en su interior se sacudió como si estuviera combatiendo consigo misma para no obedecer a Leia.

—Me aburro —le gritó Jassar, lo que para los demás sonaba como un graznido agudo.

La princesa lo fulminó con la mirada y volvió a cerrar los ojos, esta vez siendo más insistente. En esa partida, ella tenía el mando y la criatura tenía que obedecerla. En respuesta, luego de unos segundos sin que nada pasara, el calor del fuego por fin surgió en su interior, viajando hasta las palmas de sus manos, donde dos grandes llamas hicieron su aparición al tiempo en que Leia volvía a abrir los ojos.

—Ya era hora —siseó Jassar, pero ella se obligó a ignorarlo.

Centró su atención en Theron, quien no esperó más y corrió hacia ella para intentar darle un golpe de lleno en el estómago. La princesa apenas tuvo tiempo de esquivarlo.

—No lo esquives, bloquéalo —la regañó el capitán.

—Puedes formar cualquier figura con tu poder —le explicó Cassian.

Cualquier figura. Para el segundo ataque de Theron, que llegó antes de lo esperado, Leia retrocedió un paso y juntó ambas manos, enviando una orden en su interior para que, cuando las abriera, un pequeño escudo de fuego se extendiera frente a ella. Theron se vio obligado a detenerse y retroceder un poco, enarcando las cejas en lo que parecía ser asombro.

Con un simple movimiento de sus manos, el pequeño muro de fuego se desvaneció. Pese a que la criatura no parecía muy contenta de verse obligada a obedecer a Leia, ambos sentían cierta satisfacción interna al dejar salir el poder, dejándolos con ganas de más. Para ese entonces, Leia estaba sonriendo con algo de orgullo por lo que acababa de hacer.

En un abrir y cerrar de ojos, Theron tomó de algún lugar que Leia no alcanzó a ver un pequeño cuchillo, y sin siquiera vacilar un poco, lo lanzó directo al rostro de la

princesa. Fue tan inesperado que no le alcanzó a invocar un escudo, pero al poner ambas manos delante de su rostro por instinto, una llama de fuego salió disparada como una flecha, desviando el cuchillo para que terminara clavado en un tronco.

—Nada mal —admitió Theron, asintiendo con la cabeza.

Leia estaba boquiabierta.

—Casi me clavas un maldito cuchillo entre mis ojos —le espetó al capitán, quien se encogió de hombros.

—Tú lo dijiste, *casi*. Sigues viva, ¿o no? —inquirió el hombre. —Ya te dije, tu poder funcionará mejor bajo presión.

Cassian estaba negando con la cabeza.

—Theron, tienes que darle tiempo a-

—Dustin, no me hagas repetir quién está al mando —le advirtió el capitán, tomando con su mano libre su espada. Cuando volvió a mirar a Leia, ordenó: —Otra vez.

—¿Yo no tengo espada? —inquirió ella, intentando acallar la voz en su cabeza que le repetía constantemente que Theron había estado a punto de clavarle un cuchillo en las sienes.

—¿Para qué quieres una espada si tienes tu poder? —graznó Jassar con un tono irritado de voz.

Leia puso los ojos en blanco y se preparó para recibir el ataque de Theron. Éste no tardó en llegar, blandiendo su arma con gracia y seguridad, y centímetros antes de que el filo entrara en contacto con su costado derecho, Leia formó un escudo con ambas manos. Ambos se sorprendieron ante el ruido del filo de la espada contra el poder de la princesa, como si el fuego fuera tan sólido como el acero del escudo de Theron.

—Vaya, sí que es fuerte —señaló Cassian, enarcando ambas cejas a modo de sorpresa.

El capitán volvió a cargar contra ella, y una y otra vez Leia se defendía con el fuego, esquivando sin gracia pero con firmeza. Incluso la criatura en su interior parecía divertirse en aquél entrenamiento, por lo que su humor aumentó un poco más.

Tiempo más tarde, ambos estaban jadeando, y Cassian les alcanzó una cantimplora a cada uno para que pudieran hidratarse.

—Nada mal para ser tu primer entrenamiento con tu poder —le dijo Cassian ya que, como siempre, Theron no se molestó en felicitarla.

—Cansa más de lo normal —admitió Leia, sintiendo todos sus músculos quejarse.

—Es parte de tu nueva habilidad —le explicó Cassian. —A medida que más te acostumbras a usar tu poder, más lento te agotarás. Sin embargo, nunca te exijas más de lo que puedes dar. Todos tenemos un límite, y se recomienda no pasarlo.

—¿Qué ocurre si lo paso? —preguntó Leia con curiosidad.

—En tu caso, podrías terminar consumida por tus propias llamas —respondió Jassar con naturalidad, ahora posado en una rama más cerca de su ubicación.

En otras palabras, podría morir por su propio poder. Un escalofrío le recorrió la columna ante ese pensamiento.

—No hace falta que te conteste, ¿verdad? —le preguntó Cassian, y Leia negó con la cabeza, acabando el contenido de su cantimplora.

—Continuemos un rato más —interrumpió Theron, volviendo a tomar su escudo y su espada.

Cassian se quedó a un lado del ave de fuego, observando el combate que se desarrollaba entre la princesa y el capitán de la guardia.

De vez en cuando, Leia se veía obligada a esquivar un ataque de Theron como si no tuviera su poder para defenderse ya que a la criatura parecía divertirse fallarle de vez en cuando a la princesa con tal de ponerla nerviosa. Sin embargo, pudo terminar el entrenamiento sin lastimarse ni a ella misma ni a Theron.

Al finalizar, Leia se sentó bajo un árbol a hidratarse mientras que Cassian se quejaba de estar aburrido y de que no había ido hasta allí sólo para verlos pelear. Theron, en respuesta, se acomodó su cinturón y le hizo una seña al príncipe del viento para que se uniera con él en el centro.

—¿Quieres luchar? —le preguntó Cassian, incrédulo.

—No voy a perder mi oportunidad de patearle el trasero a un Dustin —dijo Theron, poniéndose en posición de ataque.

Cassian parecía igual de satisfecho que el capitán, ya que sonrió con diversión y desenfundó su espada mientras que con su mano libre invocaba su poder. Theron se percató de eso último y negó con la cabeza.

—Pelea como un verdadero soldado —le ordenó, señalando su espada y su escudo. Cassian sonrió aún más ampliamente e hizo desvanecer su poder.

—A la orden, capitán.

Y así, ambos cargaron uno contra el otro, llenando el silencio del lugar con el choque de sus espadas y sus quejidos cuando un movimiento les llevaba más esfuerzo de lo normal.

—Lo que dijo el joven príncipe no es del todo cierto —dijo Jassar por lo bajo, posicionándose junto a Leia sobre el césped.

—¿A qué te refieres? —le preguntó, observando la batalla que se desencadenaba ante ella.

—A veces, uno necesita llegar hasta el límite para conocerse del todo y ver si se puede seguir más allá.

—¿Olvidas el detalle de que podría morir por causa propia? —le recordó Leia, frunciendo el ceño.

—¿Pero qué pasa si hay algo más allá? ¿Te lo perderás por el miedo a morir?

La princesa no dijo nada más, asimilando las palabras del ave de fuego. ¿Hasta qué punto estaba dispuesta a llegar para conocerse del todo a sí misma? Pese a que todo esto era nuevo para ella, creía que era la pieza que le faltaba para resolver el rompecabezas de quién era ella realmente; pero ahora, con lo que dijo Jassar, la princesa se dio cuenta de que le quedaba mucho más por descubrir. Y el problema era: ¿tendría tiempo para conocerse al completo?

Mientras tanto, Cassian y Theron luchaban con ferocidad y seguridad, tal como dos guerreros en una batalla. Sin embargo, Theron siempre encontraba la forma de superar a Cassian. Al parecer, lo que le dijeron las primas a Leia era cierto: Theron era el soldado más fuerte de Antel. Tenía esa reputación, y al verlo luchar en ese momento, la princesa terminó de confirmar esa afirmación.

Cassian se estaba agotando y se notaba por la manera en que sudaba y porque tardaba cada vez más en bloquear los constantes ataques de su contrincante. Finalmente, Theron logró derribarlo al suelo, y antes de que Cassian pudiera siquiera extender su mano para defenderse, la punta de la espada del capitán apuntaba al pecho del príncipe. El joven dejó caer sus brazos, rindiéndose. Y en ese instante, Leia apreció una gran sonrisa en el rostro de Theron, con un brillo de satisfacción en sus oscuros ojos.

—Suerte para la próxima, príncipe del viento —espetó al tiempo en que enfundaba su espada y se acercaba hasta donde estaba Leia.

La princesa le alcanzó una cantimplora y se puso de pie para llevarle una a Cassian, quien seguía recostado en el césped boca arriba, inspirando grandes bocanadas de aire.

—Recuérdame nunca más retar al capitán de la guardia de Antel —dijo el príncipe, exhausto, mientras Leia lo ayudaba a sentarse. En cuanto estuvo estable, tomó la cantimplora de manos de Leia y bebió el contenido desesperadamente.

—Podrías haberlo hecho volar por los aires —sugirió ella, haciendo reír al príncipe.

—No sería una pelea justa si usara mi poder de esa forma —reconoció Cassian entre sorbo y sorbo de agua.

—¿Estás admitiendo que Theron pelea mejor que tú?

Cassian rió, asintiendo con la cabeza.

—Tenemos suerte de tenerlo de nuestro lado —dijo, enarcando ambas cejas. Leia coincidió.

Cuando el sol se encontraba arriba del todo, sus rayos reflejaban en el césped los colores cálidos de las hojas de los árboles. Era como si el Otoño fuera algo sólido y ellos estuvieran dentro de él. Avanzaron con cuidado por el terreno hasta llegar donde los caballos. Callahan estaba sentado en el suelo con las piernas extendidas una encima de la otra y sus brazos cruzados, recargándose contra un tronco mientras dormitaba. Theron le pateó las piernas para despertarlo, y Cassian y Leia cubrieron sus bocas para evitar reírse. Callahan desenfundó su cuchillo con rapidez, sobresaltándose por el abrupto despertar.

—Vámonos ya, Drear —le gritó Theron al tiempo en que se montaba en su caballo negro.

—Habría sido más divertido si no te hubiéramos despertado —le dijo Cassian al joven guardia.

—Apuesto a que sí —masculló Callahan, sacudiendo su uniforme en cuanto se puso de pie.

Una vez que todos estaban sobre sus caballos, comenzaron su camino de regreso al Castillo de Fuego, con Jassar siguiéndolos desde los cielos.

Capítulo 29

Al mediodía, luego de haberse aseado y vestido con un sencillo vestido anaranjado ajustado en el torso, aún le quedaba tiempo antes del almuerzo, por lo que decidió aprovecharlo. Sabía que, para lo que tenían planeado hacer, no le bastaría únicamente entrenamientos de combate, por lo que decidió comenzar a realizar su búsqueda de información acerca de los demás reinos.

Al salir de sus aposentos, le preguntó a Allias por la ubicación de Loren Kreys. Sabía que debía hablar con ella gracias al consejo de Theron. El joven soldado sugirió que comenzaran buscando por la biblioteca real, ya que era el lugar donde ella mayor tiempo pasaba. Esta vez, Leia era escoltada tanto por Allias como por Callahan, algo que le resultaba un poco abrumador, pero sabía que debía acostumbrarse. Entre ellos no parecían intercambiar muchas palabras, pero Callahan de vez en cuando intentaba sacar conversación a Leia preguntándole acerca de Emera y de todo lo que vivió allí. La princesa se dio cuenta de que no sentía tanta confianza al hablar sobre su pasado como la sentía con Cassian, pero se obligó a responderle al joven al menos con cosas simples.

Leia no había visitado la biblioteca real muchas veces desde que llegó al Castillo de Fuego, y ahora que se encontraba en esa gran sala de tres plantas repletas de estanterías con libros, se vio arrepentida de no haber pasado más tiempo allí. En el centro del lugar se encontraban sofás individuales para poder leer en comodidad, e incluso mesas de estudio. Desde su posición, al mirar hacia arriba, se podían ver las otras dos plantas superiores con más y más estanterías. A ambos lados de la sala se encontraban escaleras en forma de caracol para acceder a esas plantas.

Tal como Allias lo había previsto, Loren Kreys estaba allí, sentada frente a una mesa y sumida en la lectura de un libro de gran cantidad de hojas. Al mismo tiempo hacía anotaciones en unas hojas en blanco. Al notar su presencia, la anciana levantó la vista, sonriendo de oreja a oreja en cuanto sus ojos grisáceos se encontraron con los de Leia.

—¿A qué debo la agradable presencia de Su Alteza? —preguntó amablemente, cerrando el libro que tenía ante ella.

—Lamento molestarla. Puedo volver en otro momento si-

—Tranquila, querida. No molestas en lo absoluto —la interrumpió Loren, negando con la cabeza y señalando la silla vacía frente a ella. —¿Quieres tomar asiento?

—Claro, gracias —le dijo la princesa, sonriendo con calidez mientras se sentaba.

Allias y Callahan la observaron, expectantes. Fue en ese momento cuando Leia se dio cuenta de que estaban esperando una orden. Se aclaró la garganta para decirles:

—Pueden aguardar fuera.

Ambos asintieron y le dieron una leve reverencia antes de salir de la biblioteca en sumo silencio. Allias no parecía muy emocionado por pasar tiempo a solas con el otro soldado, pero no objetó en lo más mínimo. Leia se sintió un poco mal por él.

—¿Cómo has estado luego de la revelación de tu poder? —le preguntó Loren, juntando ambas manos sobre la mesa.

—Es extraño y agotador, pero—

Los graznidos de Jassar llegaron desde la última planta de la biblioteca. Leia no tenía idea de cómo había llegado hasta allí ya que habían acordado que él se quedaría en sus aposentos, pero ahí estaba, descendiendo lentamente hasta posarse sobre la mesa. Loren dio un respingo, y de repente no pudo quitar sus ojos de los del ave de fuego.

—¿Ese es...?

—El ave de fuego de Ignis, sí —completó Leia, inquieta en el lugar.

—Increíble —murmuró, pasando una mano por su mandíbula repleta de arrugas. — No se ve para nada como lo describen los libros de historia —añadió, enarcando una ceja.

—¿Cómo me describen esos libros? —le preguntó Jassar a Leia con un tono irritado en su voz.

Leia lo ignoró y siguió hablando con Loren, explicándole acerca de lo poco que sabía sobre Jassar y la razón por la que estaba allí.

—Sabía que los dioses los habían elegido a ustedes —exclamó Loren con felicidad.

—No creo que sea buena idea emocionarse tanto —se apresuró a decir Leia, formando una fina línea con sus labios. —Sabemos muy bien que hay posibilidades de que los dioses se hayan equivocado. *Otra vez.*

—Ten un poco de fe, cielo —le dijo Loren, riendo. —Si sigues pensándolo así, no vamos a tener resultados muy positivos.

—Pesimista —le murmuró Jassar a Leia, sacudiendo sus plumas.

La princesa lo volvió a ignorar.

—¿Qué estabas leyendo? —le preguntó a Loren para cambiar de tema, señalando con el mentón el libro cerrado.

—De vez en cuando le hecho un vistazo a las historias de los primeros reyes —le explicó la mujer, acercándole el libro para que lo viera mejor.

Gracias a las prácticas con Annabelle y al hecho de que las letras del título eran bastante grandes y claras, Leia leyó: *“Los comienzos de la división de Keentalé”*.

—Intento descifrar cómo hicieron para controlar tan bien sus reinos y así poder darle recomendaciones a Daniel, pero corro con dos desventajas —hizo una pequeña pausa, y Leia la escuchaba con atención. —Que aún no logro entenderlo, y que el rey no se molestará en escucharme demasiado.

La princesa frunció sus labios, evitando decir alguna grosería sobre Daniel. Luego podría desahogarse con Adara y Aileen.

—Me han dicho que sabes sobre Teerlet y Lontern —optó por decir, devolviéndole el libro a la mujer.

—Bueno, cualquiera que se tome el tiempo de leer los incontables libros sobre su historia, sabrán sobre ellos —le dijo Loren, aunque un pequeño brillo de orgullo asomó a

sus ojos. —Mira, cariño —agregó, tomando un tono más serio de voz. —Me gustaría que hablemos con completa honestidad porque estoy casi segura de que estamos de acuerdo en lo que queremos para Antel.

Leia se tensó ligeramente. Le parecía tan extraño que un miembro del Consejo Real fuera tan sincera con ella y que no se pusiera del lado del rey temporal. Debía jugar sus cartas con cuidado porque nada aseguraba que aquello no fuera una trampa.

—¿Estarías dispuesta a traicionar a tu rey? —le preguntó la princesa con cautela.

—Daniel Stormholl no es mi rey, princesa —respondió Loren al instante. —Seguí trabajando en el Consejo luego de lo ocurrido con tus padres porque no tengo otro lugar a donde ir, además de que soy buena en lo que hago —añadió, encogiéndose de hombros. — Pero mi lealtad siempre se la llevará el verdadero heredero al trono, y ambas sabemos que él no lo es.

—¿Y qué harías para demostrar tu lealtad a la verdadera Corona? —inquirió Leia.

Loren sonrió con calidez.

—Ayudándote a asumir el poder. Si los rumores son ciertos, eso es lo que planeas hacer —como Leia no dijo nada ya que aún no se notaba tan convencida, la mujer agregó: — Escucha, cielo. Le prometí a tu madre que haría lo que estuviera a mi alcance para mantener a Antel de pie luego de que ella se entregara a Connor. Lo que estuve haciendo hasta ahora no fue suficiente ya que Daniel se niega a aceptar todos mis consejos. Pero ahora, con tu llegada, me di cuenta de que lo único que puedo hacer es ayudarte a ocupar tu lugar.

—¿Por qué tienes tanta fe en mí? —esa era una pregunta que le rondaba en la cabeza desde el primer día en que fueron a buscarla a Emera. Y recién ahora tenía el coraje de preguntarla en voz alta. —Sólo soy una campesina que talla madera y que se preocupa por su familia. ¿Por qué están tan seguros de que podré liderar un reino entero?

—Lo supimos desde el día en que aceptaste regresar —respondió la mujer, tomándole la mano a través de la mesa. Su piel se sentía casi igual de cálida y suave que la de Linda. —No cualquiera está preparado para ser rey. Sin embargo, pese a que aún no te has dado cuenta, por algo has aceptado volver y luchar para tomar tu lugar. Esa es razón suficiente para mí.

—Esto se está poniendo demasiado cursi —gruñó Jassar.

Leia se aclaró la garganta en un intento por ocultar la nostalgia que le causaba pensar en Emera. No importaba cuántos días o semanas hubieran pasado desde que dejó su hogar; siempre que recordaba aquello, sentía un dolor punzante en su pecho, como si una vieja herida volviera a abrirse.

—¿Y cómo sugieres que destrone a Daniel? —preguntó la princesa.

—Bueno, consiguiendo aliados, primero y principal —resaltó Loren, enderezándose y quitando su mano de la de Leia. —¿Has considerado un recorrido por el reino?

—Así es —respondió Leia. —También nos gustaría visitar los demás reinos. No creemos disponer de mucho tiempo, si es que Connor ya se enteró de que la verdadera poseedora del fuego azul soy yo.

—Visitar los demás reinos... —murmuró Loren, como saboreando las palabras. Leia asintió con la cabeza en afirmación.

—¿Crees que puedes ayudarme con eso?

Hubo una corta pausa en la que ambas se miraron a los ojos, y Leia vio comprensión en los de Loren.

—Sería todo un honor —respondió al fin, sonriendo de oreja a oreja y haciendo que las arrugas en su rostro se acentuaran más. Sin embargo, había un rastro de belleza que probablemente pertenecía a su juventud. A continuación, se puso de pie. —Déjame que busque un par de libros y te enseñaré algunas cosas.

Leia asintió con una sonrisa y aguardó en su lugar mientras la mujer se adentraba en los pasillos divididos por altas estanterías. Mientras tanto, Jassar sacudió sus plumas.

—¿Tienes algo para objetar? —le preguntó Leia, enarcando una ceja.

Jassar negó con su cabeza.

—Eres la primera persona que unirá los cuatro reinos —señaló.

—Entre *querer hacerlo* y *hacerlo* hay una gran diferencia —le recordó Leia. —Que lo quiera hacer no significa que lo logre.

—Dioses, sí que eres pesimista —se quejó el ave, soltando un graznido.

Leia puso los ojos en blanco.

—No quiero ilusionarme —admitió con los ojos fijos en su regazo.

—Entre *ilusionarse* y *tener esperanza* hay una gran diferencia —retrucó Jassar, formando en su pico una especie de sonrisa de satisfacción.

¿Tan grande era la diferencia? Cuando Leia hablaba con el pueblo, no podía evitar sentir que los estaba ilusionando acerca de un mundo mejor. Sin embargo, pensó, todos eran conscientes de lo mal que podrían salir las cosas, e igualmente decidían apoyarla.

Unos momentos más tarde, Loren regresó con dos gruesos libros sobre sus brazos, y al apoyarlos sobre la mesa, retumbaron de tal manera que Jassar se sobresaltó, dando un pequeño salto. Leia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse en voz alta.

—Muy bien —comenzó diciendo la mujer, abriendo el libro que se encontraba arriba del todo. Era de tapa celeste, enmarcado con líneas plateadas que brillaban bajo la luz que se colaba por las ventanas. Una gran “L” de color azul se encontraba en el centro, enmarcada por el mismo tono plateado de los bordes del libro. Por el color que predominaba, a Leia no se le hizo muy difícil interpretar que la “L” era de *Lontern*. —Te enseñaré algunos aspectos importantes de cada reino para empezar —abrió el libro en la parte del índice. Cuando encontró lo que buscaba, fue a esa página. —Ya deberías saber que el fundador de Lontern fue Lorynth Malstrom.

—Sí, el tercer hijo de Valto Malstrom y Sereena Crystal —aclaró Leia, y Loren asintió, satisfecha.

—Él era un joven muy inteligente, y siempre se preocupó por mantener la paz en su territorio. Fue por eso que aceptó la división de los reinos; sabía que si se mostraba en desacuerdo, generaría un conflicto entre sus hermanos —explicó Loren. —Aunque luego de lo sucedido con Connor, luego de la pérdida de sus padres y sus hermanos mayores, se dejó llevar por la sed de venganza.

—¿Qué sucedió?

—Una vez que dejó asegurado el bienestar de su población y de su línea de sangre, partió al territorio enemigo junto a su fiel ejército. Supongo que no hace falta explicar qué sucedió después —hizo una pausa para leer algo del libro. —Volviendo al presente, ¿sabes quién está al mando?

—¿Perla Nevraakis?

—En realidad, ella es la heredera, pero no quien reina actualmente —le dijo Loren. — Sus padres aún siguen rigiendo. Sin embargo, George Nevraakis, el rey, en una de sus cacerías se vio infectado por un virus, por lo que tuvo que abdicar y dejarla a su esposa en el poder. Sigue vivo, pero con cada día que pasa, se debilita aún más —luego de una pausa, agregó: —En cuanto a Kara Moon, la reina, es una mujer bastante peculiar.

Leia rio por lo bajo ante la expresión de Loren.

—¿A qué te refieres con *peculiar*? —le preguntó la princesa.

—Digamos que se toma muy en serio lo de estar sola en el poder.

<<*Al igual que Daniel*>>, le faltó decir, pero Leia lo dedujo por su cuenta.

—Nunca se vio atraída por la idea de unir a los reinos. Dice que Lontern puede autoabastecerse a la perfección —siguió diciendo Loren.

—¿Y si es una alianza únicamente para la guerra? —sugirió Leia. La mujer negó con la cabeza.

—Primero que nada, no dejará que mueran sus hombres por una guerra en la que estamos en bastante desventaja, o al menos según ella. Segundo, se niega rotundamente a aliarse específicamente con Teerlet. Tercero, usará como excusa la salud de su esposo diciendo que, mientras que el rey esté en una situación crítica, no abandonará el reino.

Leia lo pensó por unos momentos antes de preguntar:

—¿Por qué hay tanto revuelo entre Lontern y Teerlet?

—Son reinos vecinos —respondió la mujer, diciéndolo como una obviedad. — Compiten por quién tiene mejores armas, quién tiene más soldados, quién tiene más dinero. Sé que no parece tener sentido, pero es algo que se fue construyendo por años — antes de continuar, abrió el otro libro que era de un color blanco puro, con una “T” en gris claro, y tanto el libro como la letra estaban enmarcados con el mismo plateado que el libro de Lontern. —Con lo que a Teerlet concierne, ya debes de saber que fue regido por primera vez por Teeah Malstrom, la primera heredera del poder de Glacies, la diosa del hielo —Leia

asintió en confirmación. –Su territorio es caracterizado por su clima gélido durante todo el año, en especial en Otoño e Invierno. Desde la generación siguiente a la de Teeah, poco a poco los humanos del reino nacían con capacidades físicas aptas para tan bajas temperaturas, por lo que muy rara vez encontrarás a algún nativo de Teerlet que se queje del frío.

–Muy útil.

–Exacto –coincidió Loren. –La primera reina, al igual que su hermano Lorynth, era una persona muy valiente y decidida a terminar con los Inframons. Lamentablemente, obtuvo el mismo destino que el resto de sus hermanos, pero los rumores dicen que era tal la fiereza con la que atacó a Connor que incluso logró dejarlo debilitado por un par de años.

–Increíble –murmuró Leia con fascinación. –Debió de haber sido una experta en la manipulación de su poder.

–Bueno, eso fue un gran punto a favor, la verdad –reconoció la mujer. –Pero dicen que fueron sus habilidades como guerrera lo que le permitieron dañarlo más que otras personas.

–Las mujeres de Teerlet suelen nacer con un alma más feroz que el resto de las mujeres del continente –señaló Jassar.

La princesa lo repitió en voz alta para que Loren pudiera entenderlo.

–Tiene toda la razón –coincidió con una amplia sonrisa orgullosa. –Y eso nos lleva al día de hoy. ¿Qué sabes acerca del reino en la actualidad?

–¿Que es liderado por Maya Fisher? –respondió la joven, más como una pregunta.

–Exactamente –confirmó. –Sus padres, Hank y Caroline, reinaron hasta hace unos cinco años, cuando Hank falleció en la última batalla contra Velthorn –se detuvo unos momentos, dedicando un silencio respetuoso a la pérdida del hombre. –Caroline se debilitó desde ese acontecimiento, y Maya estaba lista para tomar su lugar, por lo que su madre abdicó y la coronó como nueva reina de Teerlet.

–¿Y el rey actual? –preguntó Leia con curiosidad.

–Aún no se casó –le dijo la mujer. –Tiene diecinueve años. Su madre fue lo suficientemente considerada con su hija como para darle tiempo a elegir un rey. Maya le devuelve el favor rigiendo lo mejor posible. Y debo admitir que no hace un mal trabajo –reconoció. –Mantiene una economía estable pese a que debe permitirle el paso a los soldados de Velthorn para que se adueñen de algunos pueblos alejados del Castillo de Hielo.

<<Incluso en el norte del continente hay pueblos como Emera>>, pensó Leia, estremeciéndose.

–De vez en cuando, se reportan batallas entre Teerlet y Velthorn, y la mayoría de las veces, son lideradas por la misma Maya.

Leia enarcó las cejas ante esa información.

—¿Y sigue viva? —las palabras se escaparon de sus labios antes de que pudiera pensarlo mejor.

—Es impresionante, ¿verdad? —concordó Loren, sonriendo con emoción. —Hay rumores de que la reina siempre está acompañada de una gran manada de lobos. Las batallas casi siempre se ganan gracias a ellos —para ese entonces, Leia estaba boquiabierta. —Hay muchas probabilidades de que aquello sea cierto ya que una de las características más importantes de Teerlet es el respeto que ellos le tienen a los lobos que habitan en su territorio. Los tratan como algo sagrado. Incluso cada rey que posee el poder del hielo se le obsequia en el día de su nacimiento un lobo de pelaje blanco como la nieve.

—Como la mascota de Glacies —acotó Jassar.

—¿Qué? —preguntó Leia, parpadeando varias veces para salir del asombro.

—La diosa del hielo, Glacies, tiene como acompañante a Rune, un lobo de pelaje blanco y ojos celestes. Así como Ignis me tiene a mí —aclaró el ave de fuego.

—¿Estás... hablando con el ave? —le preguntó Loren a Leia, atónita.

La princesa se volteó para mirarla y sonreírle con inocencia.

—Lo sé, creerás que estoy loca, pero sí puedo entenderle.

—Asombroso —murmuró la mujer, sonriendo de oreja a oreja. Luego sacudió la cabeza, volviendo al tema principal. —El punto es que tu mayor desafío será convencer a ambos reinos de trabajar juntos.

—¿Y Maya qué opinaría acerca de la guerra? Parece querer terminar con Connor —señaló Leia.

—No puedo saberlo con seguridad. Quizás acepte, pero se verá obligada a replanteárselo cuando comprenda que eso implicaría aliarse con Lontern.

<<Y lo mismo podría pasar con Lontern>>, pensó Leia. La reina Kara Moon podría aceptar ir a la guerra, pero decidiría lo contrario en cuanto entendiera que eso implica aliarse con su reino vecino.

—Eres una joven inteligente —le dijo Loren, notando un dejo de preocupación en el rostro de la princesa. —Además, cuentas con la ayuda de personas igual de inteligentes que tú. Estoy segura de que encontrarán la forma de llegar a un acuerdo que los beneficie a todos.

—¿Existe tal cosa? —esta vez, fue Jassar el que preguntó con sarcasmo en su voz. Leia lo ignoró, pero no pasó por alto lo que dijo.

—Tú concéntrate en ganar el apoyo de los pueblos de Antel y de pensar en cómo unir a los demás reinos. Yo me encargaré del Consejo —siguió diciendo Loren, segura de cada palabra que decía.

Pasaron un tiempo más hablando sobre Orland y Antel, información que Leia ya sabía pero que no le venía de más volver a oírlo, hasta que las puertas de la biblioteca se abrieron de par en par. Kane fue quien entró, dando pasos pesados hasta donde ambas se

encontraban. Sus ojos marrones se abrieron de par en par en cuanto cruzó miradas con el ave de fuego.

—¿Qué rayos es eso? —preguntó, deteniéndose bruscamente.

—Jassar, el ave de fuego de Ignis. Digamos que fue un obsequio de la diosa —le respondió Leia, por primera vez sintiéndose superior a aquél anciano desagradable. Jassar parecía disfrutar cada vez que alguien se asombraba al verlo, sacudiendo sus plumas para que varias chispas de colores rojos y azules salieran disparadas.

—¿Cómo es que...? ¿Cómo...? ¿Qué...?

El anciano intentaba hablar, pero estaba en tal estado de shock que no podía formular ninguna oración.

—¿Qué quieres, Luffier? —le preguntó Loren, cerrando ambos libros y apilándolos para volver a guardarlos en su lugar.

Kane sacudió su cabeza, intentando espabilarse.

—Reunión del Consejo —logró decir, volviendo a su expresión seria e inexpresiva.

—Otra vez —se quejó Loren, poniendo los ojos en blanco y dejando salir un largo suspiro. —Bien, deja que guarde estos libros y voy contigo —agregó, y luego se volteó hacia Leia. —Fue un placer hablar con usted, Su Alteza —le dijo, dándole una leve reverencia.

En cuanto desapareció entre los pasillos de estanterías, Kane le preguntó:

—¿Qué está planeando, Su Alteza?

—Nada que sea de su incumbencia, señor Luffier —respondió Leia con dulzura fingida, poniéndose de pie para salir del lugar. El anciano parecía tener buenos reflejos, ya que tomó la muñeca de Leia con fuerza.

—No dejaré que una niñata de quince años tome el lugar de mi rey —le murmuró al oído, y a la princesa se le erizó la piel al sentir el desagradable aliento del hombre en su cuello.

Jassar, quien hasta hacía unos segundos estaba sobre la mesa, ahora se encontraba frente a Kane, agitando sus alas para mantenerse a la altura de su rostro. Un graznido parecido a un rugido salió de su pico, y pareció como si las llamas en sus plumas se hubieran expandido un poco. Kane palideció y soltó a Leia como si ella fuera la que quemara. Retrocedió un par de pasos para dejarla pasar, y Jassar aterrizó en el hombro de la princesa, las llamas en sus plumas volviendo a la normalidad. Leia no esperó más y salió de allí.

—Me lo agradece después —murmuró el ave de fuego, rascándose una de sus alas con su pico.

Al otro lado de la puerta aguardaban Allias y Callahan. Ambos estaban en absoluto silencio, para nada disfrutando de la compañía del otro. Leia tendría que encontrar la forma de convencerlo a Daniel de dejar a Allias como su único guardia personal, aunque no estaba en una muy buena posición como para pedirle un favor.

.....

Luego de pasar gran parte de la mañana con Leia y Theron, Cassian regresó al Castillo de Fuego, encontrándose con Jacob en el camino. El niño le rogó que fueran a luchar en la sala de entrenamientos, y tanto entusiasmo terminó por convencer al príncipe, pese a que todo su cuerpo dolía debido al combate que tuvo con Theron.

Mientras él y Jacob entrenaban (Cassian fue ultra cuidadoso para no dañarlo ya que el niño insistía en que el pelirrojo utilizara su espada verdadera y no una de madera), el príncipe intentaba sin éxito calmar su mente.

Últimamente era muy difícil de controlar. Todos sus sentimientos estaban mezclados en un remolino imposible de descifrar.

Primero estaba Aiden. Oh, qué ingenuo había sido Cassian al asegurarle a su hermano que la decisión que tomó la misma tarde de la ceremonia por el cumpleaños de Aneel Malstrom era la correcta y que él podría lidiar con eso. Aiden estaba convencido de que regresar a Orland sería lo mejor para su reino y para Leia, ya que estaba demasiado preocupada por el bienestar de su familia; y Cassian por supuesto que coincidió con él. Es decir, si decía lo contrario, sería un egoísta, ¿verdad? Si le pedía que se quedara sólo porque el príncipe no estaba preparado para pasar tanto tiempo alejado de su gemelo.

Y por más que pasó los siguientes días autoconvenciéndose de que eso era lo correcto, el vacío que sentía en su pecho era demasiado abrumador. Si pasaba tiempo sólo en el castillo, comenzaba a sentir una presión en el pecho que lo dejaba sin aire. Por eso siempre intentaba interactuar con gente en todo momento. Incluso se había hecho cercano a ese joven soldado, Callahan, quien era un poco irritante y egocéntrico pero que le servía para mantener su mente despejada.

Pero cuando llegaba la noche y debía irse a dormir... Ese era el momento que más odiaba porque no era capaz de detener los aterradores pensamientos que arrasaban su cabeza. Aún recordaba a la perfección la tarde en la que los Inframons se llevaron a sus padres y que ellos jamás regresaron. Aiden se había ido de Antel por su cuenta, pero... ¿y si tampoco volvía?

No, no podía pensar esas cosas, no le estaban haciendo bien. Tenía que concentrarse en ayudar a Leia a salir adelante, a ganar el apoyo de la población.

Pero ella también era otro problema.

En realidad, Cassian no sabía si la palabra *problema* era la indicada, pero tampoco sabía de qué otra forma llamarlo. Pasar tiempo a solas con ella era... era lo mejor que le podía pasar. Disfrutaba conversar con ella y oírla hablar de su pueblo y de sus costumbres, y no dejaba de asombrarse cada vez que ella se abría un poco ante él para confesarle sus temores e inseguridades. Incluso aún estaba sorprendido de cómo fue capaz de contarle su propio pasado con todos los detalles incluidos. Pero reconoció que con el poco tiempo que pasó desde que se conocieron, se formó una extraña y agradable relación entre ellos. Cualquiera diría que se trataba del comienzo de una amistad...

Pero los sentimientos de Cassian decían lo contrario.

A él le agradaba la princesa, por supuesto que sí. Era una persona maravillosa y fuerte a su manera, incluyendo sus inseguridades. El amor por su familia y por su pueblo le fascinaban.

Pero también le gustaba estar cerca de ella, que de vez en cuando sus manos se rozaran, la forma en que los ojos de Leia brillaban bajo la luz del sol y se iluminaban con su propio brillo en la oscuridad, la calidez de su tacto, la intensidad con la que decía sus palabras. Y esos silencios que compartían mirándose cara a cara... Tantas veces él estuvo a punto de dejarse llevar, pero debía ser mejor que eso, debía dejar a un lado sus sentimientos (lo que sea que eso significara) para centrarse en todo lo que les esperaba.

Quizás, y sólo quizás, cuando la guerra terminara y ellos ganaran, él podría descifrar qué es lo que sentía por la princesa e intentar dar un paso más.

—Con que aquí estaban, traviesos.

La dulce voz de Adara llegó hasta sus oídos en dirección a la entrada de la sala de entrenamientos. Jacob y Cassian se detuvieron, jadeando.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó el pelirrojo al verla acercarse a ellos. Llevaba un delicado vestido rosa pálido que dejaba gran parte de su pecho al descubierto, donde una delgada cadena de plata colgaba de su cuello.

—Mamá quiere que subas para asearte y luego almorzar —respondió en dirección a Jacob.

—¿Puedo primero almorzar y luego asearme? —indagó el niño con una mirada suplicante en sus pequeños ojos verde pantano.

—Estás todo sudado —le reprochó su hermana mayor, apoyando sus manos a ambos lados de sus pronunciadas caderas. —Esta vez no hay excepción.

Jacob soltó un quejido y comenzó a avanzar hacia la salida, cabizbajo. Cassian y Adara rieron por lo bajo mientras lo seguían unos pasos por detrás.

—¿Qué has hecho esta mañana? —le preguntó la castaña.

—Theron y yo estuvimos entrenando a Leia con su poder —le explicó, pasando una mano por su sudado cabello anaranjado.

—¿Y cómo les fue?

—Bastante bien para ser su primera vez —reconoció Cassian, y no pudo evitar sonreír de lado al recordar la dedicación que Leia le puso al entrenamiento pese a que hubo muchas veces en las que Theron la irritaba. —Por cierto, ¿me crees si te digo que Jassar, el ave de fuego de Ignis, es real y está en los aposentos de Leia?

Adara se detuvo por un momento, y luego de mirarlo con los ojos entrecerrados y ver que la expresión de Cassian no se inmutaba, siguió avanzando al tiempo en que decía:

—Pues, he escuchado varios rumores durante toda la mañana, pero sí que eran difíciles de creer. ¿Lo dices en serio?

—¿Por qué se me ocurriría mentirte con algo así? ¿Alguna vez te hablé de Jassar? —inquirió él.

—Bien, bien, entendí —se rindió Adara. —Es sólo que... no puedo dejar de tomar todos estos acontecimientos como señales de que estamos haciendo lo correcto, ¿sabes? Que estamos yendo por el buen camino.

—Te mentiría si dijera que eso no pasó por mi cabeza también —confesó el pelirrojo. —El ave también mencionó algo sobre una sorpresa preparada por los dioses para todos los herederos, o algo así —comentó, pasando una mano por la parte trasera de su cuello. Adara enarcó ambas cejas castañas.

—No quiero ilusionarme, de verdad que no quiero, pero... —se mordió el labio inferior con preocupación.

Cassian colocó una mano sobre su hombro y le dio un apretón reconfortante. No le salía tan bien como a ella, pero igualmente lo intentó.

—Oye, no eres la única, ¿sí? —le aseguró en cuanto sus miradas se encontraron. — Créeme que no. Y quizás sí podamos ilusionarnos un poco. Quizás necesitamos de esa ilusión para seguir avanzando. No será fácil, pero puede que este sí sea el buen camino.

Ella le sonrió de lado e hizo que ambos se detuvieran en medio de la entrada trasera del castillo para rodearle el torso con sus brazos y abrazarlo, descansando su mejilla sobre su pecho. Cassian le correspondió el gesto, apoyando su barbilla sobre la cabeza de ella y acariciando su espalda con círculos relajantes.

—Si esto falla, si no resulta como creíamos que lo haría, no podré soportar la culpa de haber separado a Leia de todo lo que amaba y haberlos puesto a todos en peligro —susurró la castaña, apretándolo con más fuerza.

El príncipe tragó grueso, humedeciendo sus labios. <<*Lo sé perfectamente. Me siento igual*>>, quería decir, pero las palabras quedaron atoradas en su garganta.

—Y ni se te ocurra hacerte el duro conmigo —siguió hablando ella, esta vez con un tono de voz más firme. —Sé que te está afectando la partida de Aiden. Te conozco, Cass.

Él no habló, sólo la sostuvo en sus brazos hasta oír a Jacob llamando a su hermana a lo lejos porque ya se estaba tardando mucho. Cuando se separaron, compartieron una última mirada de entendimiento el uno por el otro, y finalmente Adara se alejó de él, saludándolo con un movimiento de mano y una sonrisa de agradecimiento.

Una palmada estruendosa en su espalda lo hizo voltearse bruscamente con el ceño fruncido.

—Y luego me dices que entre ustedes dos ya no hay nada —Aileen sonreía con diversión. El príncipe puso los ojos en blancos.

—Por los dioses, jamás vas a dejarlo ir, ¿verdad?

—No mientras te irrite —le respondió con una mirada cargada de picardía.

—Vete a almorzar. Probablemente Darlan te esté esperando —dijo sin más, y comenzó a caminar en dirección a las escaleras para subir a sus aposentos.

—Como sea —balbuceo la morocha, y antes de dirigirse al lado contrario, agregó: — Por cierto, dile a tu estúpido amigo soldado que si vuelve a pedirme que cene con él, con gusto le rebanaré su tan necesitado miembro.

Varias personas que pasaban por su lado miraron a Aileen con temor y asombro al mismo tiempo. Ella sólo les dedicó una sonrisa sarcástica y le echó una última mirada de advertencia al príncipe antes de alejarse de allí.

Cassian suspiró y comenzó a subir todos los escalones que lo separaban de su destino.

Capítulo 30

Durante el mediodía, Leia almorzó en compañía de Annabelle. Ambas conversaron acerca de lo que cada una hizo durante la mañana, y al finalizar la comida, pasaron a sus lecciones de lectura y escritura. Leia cada vez distinguía más rápido las palabras, sintiendo una satisfacción en su interior por hacer al menos *una sola cosa* bien. De vez en cuando pensaba en cuánto le gustaría algún día tener la oportunidad de enseñarle todas esas cosas a su familia, en especial a Linda. Siempre fue buena expresándose con palabras, por lo que Leia podía imaginársela escribiendo un poema o algo parecido.

Más tarde, Adara hizo una parada en los aposentos de Leia para llevarla con ella. Llevaba un vestido rosa pálido con algo de brillantina en el bordado del escote, haciendo contraste sobre su piel rosada oscura.

—¿Te gustaría dar un paseo por Alicron? —le preguntó a Leia, saludando alegremente con la mano a Annabelle.

—Claro, ¿por qué no? —respondió la princesa, encogiéndose de hombros y poniéndose de pie.

Jassar estaba a punto de seguirla, pero Leia se volteó y le dijo:

—Creo que será mejor que te quedes aquí. Si no, llamaremos mucho la atención.

El ave pareció fulminarla con los ojos, pero se quedó posado sobre el respaldo de la silla.

—Como la princesa ordene —dijo con sarcasmo. Pero había algo más en su voz, se dio cuenta Leia. No sabía qué exactamente, pero la dejó sintiéndose un poco mal.

Annabelle las acompañó hasta el vestíbulo principal con la bandeja de los restos del almuerzo en sus manos y se despidió de ellas en cuanto tomó rumbo hacia las cocinas. Mientras tanto, Adara y Leia salieron del castillo seguidas por Allias y Callahan. Arriba, en la puerta de los aposentos de Leia, Adara se sorprendió al encontrarse con Callahan como nuevo guardia personal de Leia.

—Mi Lady —la había saludado el joven, regalándole una sonrisa y un guiño de ojo. Adara le devolvió el gesto, algo que a Leia no le sorprendió.

—¿Sabes por qué Daniel lo asignó como tu guardia? —le preguntó Adara a Leia ahora mientras caminaban hacia las calles de Alicron.

—Según lo que dijo Callahan, Daniel quiere aumentar la seguridad en el castillo luego del ataque de los Inframons —respondió.

—Bueno, sí es verdad que he visto a más soldados rondando por el castillo —admitió la castaña al tiempo en que pasaban por las puertas de la muralla, directo hacia el pueblo.

Una de las primeras tiendas por las que pasaron se trataba de una herrería. Las puertas estaban abiertas de par en par, dejando ver en el interior a los trabajadores realizando sus tareas. Sobre las paredes colgaban herramientas y armas a la vista para los clientes. Ambas entraron para echarles un vistazo.

Leia aún no tenía un arma propia y sabía que necesitaría una para las batallas que debía enfrentar en el futuro. Sus ojos se posaron sobre una espada plateada sencilla con la empuñadura en forma de una serpiente. Estaba apoyada sobre una mesa de trabajo rodeada de herramientas. Del otro lado no había nadie, o eso creyó hasta que una figura salió de debajo, cargando aún más herramientas. Casi se le cae de las manos cuando vio que había alguien frente a él.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó el muchacho. No parecía mucho más grande que Leia, y la camiseta de tirantes dejaba ver unos brazos fuertes, probablemente debido a su trabajo. Su cabello oscuro como la noche estaba apartado de su rostro por un pañuelo grisáceo.

—Es una espada bellísima —elogió Leia, señalando con el mentón el arma que al parecer él estaba terminando de fabricar.

—Faltan por pulir algunos detalles, pero...

Fue bajando la voz a medida que escudriñó más el rostro de ella.

—Eres la princesa, ¿verdad? —preguntó con un tono irritado en su voz juvenil.

—Eso me dicen —respondió Leia, encogiéndose de hombros para restarle importancia.

El muchacho de ojos color miel clara volvió a su trabajo, retocando el filo de la espada.

—¿Qué desea? —volvió a preguntar.

Adara estaba aguardando por ella en la puerta ya que había encontrado a un grupo de jóvenes que le elogiaron el vestido, dándole paso a la castaña para hablar sobre cómo lo había confeccionado.

—¿Sabes quién es el mejor herrero de aquí? —le preguntó Leia al joven, y en respuesta, un hombre de gran tamaño salió de detrás de una puerta, arrastrando consigo una bolsa repleta de hachas.

—Su Alteza, ¿a qué debemos el placer de su visita? —le preguntó el hombre en cuanto la vio, sonriendo de oreja a oreja. —¿Ha preguntado por el mejor herrero? —Leia asintió y el hombre dejó caer su gruesa mano sobre el hombro del muchacho. —Como dueño de este lugar, déjeme asegurarle que Mason los supera a todos —exclamó, sacudiendo al joven que parecía llamarse Mason. Él puso los ojos en blanco y simuló estar concentrado en la espada que tenía enfrente.

—Jefe, necesitamos los hachas —llamó otro hombre desde lejos, dirigiéndose al dueño de la herrería.

—Las estoy llevando, Alekei —le gritó el hombre, y al volver a mirar a Leia, suavizó su expresión. —El deber llama, Su Alteza. Que tenga un buen día.

—Igual usted —le respondió Leia amablemente, observándolo mientras avanzaba hacia el supuesto Alekei.

Una vez que Mason y ella volvieron a estar solos, la princesa le preguntó:

—¿Crees que puedas fabricarme una espada?

Mason frunció el ceño, levantando la vista del arma.

—¿La princesa de Antel pidiendo una espada? ¿Para qué la necesitarías? Ni que fueras a pelear contra...

Un silencio se formó entre ambos, mirándose fijamente a los ojos. Había ciertos rasgos en el rostro de Mason que a Leia le recordaban a alguien, pero no estaba muy segura.

—¿Entonces es cierto? —preguntó el joven con cautela, y a Leia no le hizo falta preguntarle a qué se refería. Ya estaba acostumbrada a que le hicieran esa pregunta.

—Sí, es cierto, y no te obligaré a ir en contra de tu rey, pero—

—Dioses, no —la interrumpió Mason, poniendo una expresión de desagrado. —Ese hombre nunca será mi rey.

La princesa sintió un cierto alivio en su interior al oír esas palabras.

—¿Entonces? ¿Crees que puedas hacerme ese favor? —volvió a preguntar, sonriéndole con amabilidad.

—¿Cuál de los dos rumores es cierto? —inquirió Mason, aún no del todo convencido. —¿Que nos llevarás a la guerra o que ocuparás el lugar de... Daniel?

—Pues, diciéndolo así... Ambos —respondió la princesa. Luego sacudió la cabeza, como saliendo de un trance. —El punto es que aún no tengo un arma propia y quería saber si podías ayudarme.

Luego de una pausa como si lo estuviera considerando, Mason dijo:

—No suelo hacerle *favores* a los miembros de la realeza —su tono de voz sonaba despectivo. —Pero si en serio removerás a Daniel del trono, pues, quizás me lo piense mejor.

No era una respuesta concreta, pero Leia tendría que conformarse con eso.

—Gracias por... considerarlo, al menos —le dijo la princesa, forzando una sonrisa. —¿Y qué te hace querer con tantas ganas que Daniel abdique?

Mason comenzó a afilar la espada con más fuerza de la que debería ejercer.

—Nada de su incumbencia, Su Alteza —respondió con frialdad, y Leia supo que esa era su señal para irse de allí antes de perder su última oportunidad de que Mason le pudiera fabricar una espada. Se despidió con un asentimiento de cabeza y salió de la herrería.

Fuera, Adara ya no estaba en compañía de los jóvenes desconocidos. Se encontraba recargada contra una columna, revisando las perfectamente arregladas uñas de sus manos. Ese era uno de los pocos días en los que no las llevaba pintadas.

—Ya he escuchado al menos a catorce personas murmurar lo extraño que les resultaba que *la princesa de Antel visite una herrería* —las últimas palabras las dijo imitando la

voz grave de un hombre en tono burlón. —Parece que el hecho de que ya haya mujeres en el ejército no les alcanza para dejar de sorprenderles que no todas sean *delicadas como una puta flor* —para ese entonces ya sonaba molesta.

—Algunos necesitan más tiempo que otros para aceptar ciertos cambios en la sociedad —murmuró Leia en un intento por aliviar el ambiente.

—Lo sé. Es sólo que... —la castaña parecía no poder encontrar las palabras adecuadas. Luego soltó un largo suspiro. —Lo siento, a veces me hacen perder la paciencia con demasiada velocidad.

—No te juzgo, tienes tus razones para sentirte así.

—*Catorce* razones —bromeó Adara, volviendo a su actitud cómica.

Ambas retomaron su camino por las calles del pueblo, saludando amablemente a los ciudadanos con los que se cruzaban.

—¿Dónde están Allias y Callahan? —preguntó Leia, cayendo en la cuenta de la ausencia de sus guardias.

—Los convencí de que nos dejaran solas —respondió la castaña, sonriendo con orgullo.

—¿Cómo? —inquirió Leia, enarcando ambas cejas.

—Soy buena convenciendo a la gente —dijo Adara, levantando el mentón. Leia entrecerró los ojos, haciendo reír a la castaña. —Les di un par de monedas para que se compraran alguna bebida en el bar más cercano —terminó por decir, encogiéndose de hombros. —Les aseguré que ninguna de las dos los juzgaremos. Además, por la expresión de Allias, parecía que en verdad necesitaba un trago.

Leia suspiró.

—Lo sé. Creo que no le cae muy bien Callahan.

—Cassian dice que es buena onda, pero de vez en cuando puede resultar un poco irritante —le contó Adara al tiempo en que se detenían frente a un puesto de ropajes extravagantes.

Con tan sólo oír el nombre del pelirrojo, Leia podía sentir sus mejillas ruborizarse. Para su suerte, Adara estaba muy concentrada en revisar cada tela en exposición con suma atención y detalle, rozándolas con sus dedos para sentirlas mejor.

—Son bellísimas —dijo en un murmullo. Sus ojos verdosos brillaban más de lo normal, como siempre lo hacían cuando se enfocaban en lo que a ella verdaderamente le gustaba. —¿Quieres escoger una? Puedo confeccionarte un nuevo vestido —sugirió, y Leia aceptó tan sólo por la emoción que la castaña transmitía. Se adentraron más en la tienda para ver otras opciones, y Leia la seguía por detrás, admirando su colorido alrededor.

Al final de un pasillo se encontraron con una joven que cargaba con varios royos de tela en sus brazos. Eran tantos que no podía ver por dónde iba, por lo que terminó estrellándose con una distraída Adara antes de que Leia pudiera advertirle. Todos los

royos cayeron al suelo, y cuando ambas jóvenes cruzaron miradas, comenzaron a reírse. Leia se les unió.

—Lo siento, no podía ver nada con todos esos royos —se disculpó la joven.

—No te preocupes, yo tampoco prestaba atención —le dijo Adara con una sonrisa dulce. Se la quedó mirando por unos segundos de más con ese brillo peculiar en los ojos, hasta que Leia se aclaró la garganta y se puso de cuclillas frente a todos los royos caídos.

—Te ayudaremos a cargarlos —le dijo a la joven, quien le sonrió en agradecimiento. Las tres mujeres tomaron algunos royos cada una y siguieron a la desconocida hasta donde se suponía que debía llevarlos.

—¿Trabajas aquí? —le preguntó Adara por detrás, con curiosidad.

La joven de corto cabello rubio oscuro asintió con la cabeza.

—Así es —respondió sin quitar la vista del frente. —Mi madre es la dueña de la tienda, por lo que la ayudo con lo que puedo.

—Estas telas son increíbles —elogió Adara. —¿Las hacen ustedes?

—Algunas las hace mi madre, pero la gran mayoría vienen de otros pueblos —admitió la desconocida al tiempo en que llegaban hasta una gran mesa de madera donde depositaron los royos con cuidado. —Muchas gracias por la ayuda —terminó por decir con una cálida sonrisa.

En cuanto sus ojos de un celeste brillante se cruzaron con los de Leia por primera vez, se detuvo en seco. Abrió sus oscuros labios para decir algo, pero la voz le falló.

—¿Estás...?

—¡Por los dioses! —exclamó, llevándose ambas manos a la boca. —¿Eres la princesa? Oh, que Ignis me perdone, sí eres la princesa. Lo siento mucho, en verdad no lo sabía, yo—

—Oye, oye, tranquila —la interrumpió Leia, intentando sonar relajada. —No dejes que mi título te incomode. Soy una joven igual que tú. Puedes seguir actuando con normalidad en mi presencia, lo prometo —le aseguró.

La joven pareció pensarlo por un momento, pero luego volvió a su expresión alegre, gesto que a Leia le tranquilizó.

—Si tú eres Leia, entonces tú debes ser Lady Lade —dedujo, mirando a Adara.

—Adara es mejor —le dijo la castaña con un guiño de ojo. —¿Qué te hizo pensar que era yo? —curioseó.

—Pues, hay todo tipo de rumores por el pueblo —admitió la joven. —Uno de ellos es que ustedes dos pasan mucho tiempo juntas.

—Sí, eso definitivamente es cierto —afirmó Adara. —¿Y cuál es tu nombre?

—Shane Sandoor —respondió la rubia con un asentimiento de cabeza.

A continuación, Shane procedió a preguntarle a Leia acerca de su pasado y de cómo se sentía al haber regresado a Antel. También le preguntó a Adara que cómo se le había

ocurrido ir en busca de la princesa perdida. Conversaron por un largo tiempo que se sintió fluido y relajante. Leia no se molestó en hacerle preguntas acerca de cuál era su opinión sobre Daniel y sobre quién debería estar al mando en el reino. Era una simple conversación entre jóvenes, algo que Leia extrañaba verdaderamente, por lo que aprovechó cada segundo.

Finalmente, se percataron de que cada vez comenzaban a haber más clientes rondando por el lugar, por lo que Adara se apresuró en escoger algunas telas y le pagó a Shane con algunas monedas que guardaba en una bolsa atada a su cintura. Al principio, la rubia se los ofreció como un obsequio, algo que tanto Leia como Adara rechazaron abiertamente ya que no les parecía justo. Shane terminó aceptando las monedas.

Y luego, una figura oscura y veloz pasó por su lado, llevándose consigo el pago. Lo primero que se le vino a la cabeza a Leia fue: <<*Inframón*>>. Sin embargo, se percató de que no percibía su poder, por lo que se apresuró a buscar al desconocido con la vista.

Alcanzó a ver una figura encapuchada escurriéndose entre la gente, empujando al que fuera necesario para salir de allí lo más rápido posible. Sin pensarlo dos veces, Leia corrió tras el desconocido. Creyó oír las voces de Adara y de Shane detrás de ella, pero la adrenalina que zumbaba en sus oídos no le permitió centrarse en ellas.

Una vez fuera de la tienda, visualizó a la persona corriendo a toda prisa por un callejón. Leia lo siguió lo más rápido que sus piernas le permitían. Agradecía los trotes matutinos con Theron ya que no perdía el aire tan fácilmente como antes.

—¡Hey, detente! —le gritó la princesa, pero la persona ni siquiera se volteó.

Sus piernas ardían. Su corazón golpeaba su pecho sin piedad. Las personas se movían a un lado con brusquedad cuando veían al desconocido y a Leia correr a toda velocidad.

La criatura en su interior comenzó a recorrer todo su cuerpo, como queriendo hacerse notar. <<*Puedes formar cualquier figura con tu poder*>>, le había dicho Cassian en su primer entrenamiento.

Aun corriendo detrás del desconocido, Leia centró toda su atención en el calor que comenzaba a acumularse en las palmas de sus manos. Mantuvo la vista fija en el espacio delante de la persona que se había robado el dinero. La criatura aguardó hasta que Leia le envió la orden. Extendió ambas manos y un muro de llamas de gran tamaño viajó hasta detenerse justo delante del desconocido, bloqueándole el camino. La persona se detuvo con brusquedad, jadeando y observando con incredulidad las llamas salvajes. Antes de que pudiera rodearlas para escapar, Leia movió sus manos para extender el muro y rodear al desconocido, dejándolo sin salida.

Un tumulto de gente observaba con asombro la escena. La princesa jadeaba desesperadamente por aire.

Gracias a algún milagro, Allias y Callahan aparecieron corriendo hacia ella. Leia se dio cuenta de que no podía hablar por el agotamiento que la invadió, pero les hizo una señal hacia las llamas, y con un brusco movimiento de mano, las desintegró. El desconocido estaba hecho un ovillo en el suelo, temblando de pies a cabeza.

—Robó... robó unas m-monedas —logró decir Leia al tiempo en que caía de rodillas. Manipular su poder de esa manera le había quitado todas sus energías.

Allias y Callahan reaccionaron y avanzaron hasta el desconocido. Cada uno lo levantó de un brazo para que no pudiera moverse. Cuando le quitaron la capucha, todos pudieron apreciar el rostro de un hombre de cabello largo, barba y ojos castaño oscuro.

Alguien tomó del brazo a Leia y la ayudó a ponerse de pie. Era Adara.

—¿Te encuentras bien? —se apresuró a preguntarle, apartándole mechones de cabello del rostro. —Eso fue asombroso —reconoció con una amplia sonrisa.

—Me ha costado toda la energía —confesó la princesa.

Al lado de Adara se encontraba Shane, observándola con sorpresa y orgullo a la vez.

—Su Alteza, aquí tiene —Allias apareció detrás de ella, tendiéndole un par de monedas; las que había robado el hombre que ahora estaba siendo retenido por Callahan. Su rostro maduro estaba exageradamente colorado, probablemente debido al calor de las llamas.

—Gracias —le dijo Leia al tiempo en que tomaba las monedas y se las devolvía a Shane.

—Eso ha sido increíble, de verdad. No creo que haya alguna manera apropiada de agradecerte —exclamó Shane con entusiasmo.

—Sólo... asegúrate de tener cuidado con los ladronzuelos.

—Nosotras nos encargaremos de enviar a más soldados para que patrullen la zona —le garantizó Adara. Shane les sonrió a ambas en agradecimiento.

Al finalizar la tarde, Allias y Callahan regresaron al castillo, reteniendo al desconocido para llevarlo ante Daniel y que él decidiera qué hacer con él. Adara y Leia los seguían varios pasos detrás. A medida que pasaba el tiempo, la princesa dejaba de sentirse tan exageradamente agotada, pero aún sentía como si hubiera ejercitado por una extensa cantidad de tiempo sin descanso. No sabía cómo sería capaz de entrenar con Theron en tan sólo unos momentos.

Al llegar al castillo, Adara se despidió de Leia en el vestíbulo principal ya que iría a guardar las telas que compró y empezaría a planificar el próximo atuendo que confeccionaría. Mientras tanto, Leia tenía planeado subir a sus aposentos para vestirse con la ropa de entrenamiento y reunirse con Theron; sin embargo, en uno de los corredores se cruzó con una interrupción.

—Su Alteza —la saludó Serafine con un firme asentimiento de cabeza. Llevaba puesto un largo y brillante vestido bordó con detalles en dorado en el corsé. Su corto cabello negro azabache caía prolijamente a ambos lados de su rostro, haciendo resaltar aún más sus finos ojos azules. —Esperaba poder hablar con usted un momento.

Sus palabras la tomaron por sorpresa ya que nunca había interactuado con la esposa de Daniel a solas. Sabía que pronto debía ir con Theron, pero no estaba convencida

de que posponer aquella conversación fuera una buena idea, en especial tratándose de Serafine; por lo que optó por forzar una sonrisa y asentir.

—Por supuesto, Lady Deckler.

Ambas comenzaron a caminar hombro con hombro hasta el jardín interno, donde la fresca brisa otoñal las recibió.

—He escuchado que fue a dar una vuelta por Alicron —comenzó diciendo la mujer.

—Así es.

—¿Qué le ha parecido el pueblo hasta ahora?

—Es muy pintoresco —reconoció la joven. —Los habitantes son muy amables y trabajadores.

Serafine la observó de reojo inquisitivamente.

—Supongo que les ha agradado tu visita.

—Eso espero —murmuró Leia, riendo nerviosamente. —¿Usted proviene de allí? —indagó.

—Sí, nací y me crié en el pueblo —respondió la mujer. Sus manos se encontraban unidas detrás de su espalda, manteniendo una postura derecha y firme. Leia intentó imitarla discretamente, pero todos sus músculos se quejaron del dolor. —Luego me trajeron al castillo para educarme y convertirme en la esposa de algún duque o Lord.

—¿Daniel era uno de esos?

—Un Lord, mientras Logan estaba vivo —explicó con desdén.

—Eso es... es decir, no suena muy lindo que la obligaran a convertirse en la esposa de alguien —admitió Leia, frunciendo los labios.

Serafine rio con sarcasmo, mostrando unos prolijos dientes pequeños y blancos.

—No somos muy distintas, ¿o sí, princesa? —Leia frunció el ceño con confusión. —A ti también te alejaron de un pueblo para traerte a los lujos del castillo. Muchos dicen que debes sentirte muy afortunada al abandonar la clase baja para convertirte directamente en una princesa.

Sus palabras sonaban frías y calculadoras. La joven tensó su mandíbula.

—Nada de lo que sucedió fue por una decisión propia —le recordó Leia con seriedad. —Yo no pedí ser hija de dos reyes y la heredera de los poderes de Ignis.

—¿Acaso no sientes que la vida te está recompensando luego de haber pasado diecisiete años en un pueblo tan insignificante como Emera?

La criatura en su interior comenzó a agitarse. Le pedía a gritos manifestarse. Leia tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerla al margen.

—¿Abandonar a mi familia y ponerlos en riesgo por mi verdadera identidad debería ser considerado como una recompensa? —inquirió, haciendo que ambas se detuvieran para

mirarse frente a frente. —¿Viajar a un reino totalmente nuevo y lleno de desconocidos? ¿Soportar todas las muertes que indirectamente son culpa mía? ¿Enfrentarme a un enemigo que desconozco totalmente?

—Victimizarte no te servirá de nada —siseó Serafine, cruzándose de brazos. Su piel pálida brillaba con la luz que emanaba de las antorchas.

—No me estoy victimizando —espetó Leia, olvidándose completamente de las formalidades y del autocontrol. —Estoy diciendo la verdad para que todos entiendan de una maldita vez que nada de esto es sencillo, ni siquiera un poco.

—Ten cuidado, Alteza. Estás hablando con la esposa del actual rey de Antel —le advirtió la mujer con ferocidad.

Las palabras salieron disparadas de los labios de la joven:

—Lo dices como si Daniel tuviera eso presente. No le importas, ni tú ni nadie. Él sólo quiere el poder.

Serafine abrió los ojos de par en par, y Leia igual en cuanto procesó lo que acababa de decir. Mierda. *Mierda, mierda, mierda.* Un pesado silencio se instaló entre ellas en una batalla de miradas frías y acusadoras. La princesa ya no podía echarse atrás, por lo que mantuvo su postura firme.

—Sé lo que estás haciendo con el capitán Lade —soltó Serafine finalmente, erizando la piel de Leia. —Tú sabes cuánto significa ese título para él, ¿verdad? —debido a que esperaba una respuesta, la joven asintió con la cabeza una sola vez. —Entonces te recomiendo que te comportes bien conmigo porque lo delataré y haré que lo despidan. Puede que Daniel se olvide de que yo soy su esposa, pero entre mi palabra y la tuya, ya sabemos cuál será la que cuente.

La princesa mordió el interior de sus mejillas para evitar soltar las palabras inadecuadas. Por más irritante y frío que Theron fuera, Leia no se atrevía a ser la causante de que lo despidieran del puesto del que por tantos años se preparó para conseguir.

—¿Qué te detiene de decírselo ahora? —se animó a preguntar la joven, con ojos entrecerrados.

Serafine se mantuvo en silencio por unos momentos, pasando una mano por su mandíbula en un gesto reflexivo.

—Considéralo como un consejo —terminó por decir. —Mantente a raya de Daniel y de mí, y yo mantendré mi boca cerrada.

—¿Cómo puedo confiar en ti?

—¿Te queda alguna otra opción? —preguntó con una sonrisa divertida al tiempo en que se volteaba para alejarse de Leia.

La princesa suspiró pesadamente y pasó ambas manos por su rostro. Cada vez debía actuar con más cuidado, y eso la estaba estresando demasiado. Sin embargo, dejó de perder tiempo y se dirigió a sus aposentos para cambiarse de vestimenta y así no llegar tarde a su entrenamiento con el capitán.

Capítulo 31

Gracias a sus ya incontables responsabilidades (se sumaron muchas más desde que manifestó su poder por primera vez), el tiempo pasaba a una velocidad incontrolable. Cuando quiso darse cuenta, el último mes del año había llegado. Hacía poco más de un mes que había llegado a Antel y que se había alejado de toda su familia. Con cada día que pasaba, su preocupación aumentaba un poco más, en especial al no recibir noticias de Aiden. Cassian intentaba tranquilizarla diciéndole que su hermano tardaría en tener tiempo de escribir una carta con tantas modificaciones y decisiones que tenía que tomar para organizar el reino. Leia intentaba escucharlo y dejar que sus palabras la calmaran, pero el efecto duraba poco tiempo. Cuando se encontraba a solas en sus aposentos, sentía el pánico apoderándose de ella sin piedad. Sin embargo, Jassar, con sus comentarios sarcásticos y a veces irritantes, la ayudaban a mantener la compostura y no quebrarse.

En cuanto a los entrenamientos con Theron, todo continuaba con normalidad. Por la mañana, ellos dos iban hasta el Bosque de Fuego junto a Cassian para practicar un poco de combate con su poder. A Leia aún le costaba horrores controlar a la inquieta bestia de su interior. Varias veces le causó quemaduras no tan profundas al capitán y al príncipe, e incluso a ella misma.

La primera vez que dañó a Theron sin querer, tuvo un ataque de pánico en el que no podía controlar sus lágrimas ni dejar de llamarse monstruo a sí misma. Cassian siempre estuvo ahí para contenerla y hacerle cambiar de parecer luego de un largo rato.

Un par de días después, cuando le dañó el brazo a Cassian, casi volvió a tener otro ataque de pánico, pero la herida no había sido tan grave y Theron se aseguró de mantenerla ocupada atacando constantemente con su escudo y su espada.

Durante esos entrenamientos, también aprovechaban para trotar como solían hacerlo a orillas del río, además de las sesiones de flexiones y abdominales. El capitán también obligaba a Cassian a hacerlo, y al principio el príncipe se negaba rotundamente, hasta que recibió una patada en el trasero por parte de Theron y decidió acceder.

Luego estaban los entrenamientos nocturnos en los que sólo estaban Leia y el capitán. La princesa comenzaba a disfrutar de esos momentos. Aún le seguía irritando su comportamiento testarudo y sus pocas ganas de conversar con ella de algo que no fuera espadas y combate, pero no podía negar que aprendía muchas cosas y comenzaba a acostumbrarse a esos comportamientos de su parte. Aún no lograba derrotarlo en ninguno de los enfrentamientos, pero poco a poco se adaptaba al uso de la espada y a los habituales métodos de defensa y ataque de Theron.

Con respecto a las lecciones de lectura y escritura con Annabelle, las habían trasladados a la biblioteca real. Desde que Leia había estado allí con Loren, supo que quería pasar más tiempo en ese lugar, a lo que Annabelle estuvo de acuerdo. No podía escribir ni leer textos por sí sola, pero con ayuda de la rubia, lo hacía con un poco más de fluidez. Además, había tantos libros que jamás se aburría ni se sentía abrumada.

Se dio cuenta de que le encantaba aprender, en especial cuando de vez en cuando Loren se ofrecía a reunirse con ella para brindarle más información acerca de los demás reinos. Era buena reteniendo todo lo que le explicaban, pese a que eso implicaba que al final del día se iba a dormir con un punzante dolor de cabeza.

La joven aprendió más acerca de los dioses y sus respectivos acompañantes, así como Jassar era el de Ignis y Rune era el de Glacies. Conoció más sobre Danila, una yegua mística acompañante del dios Aqua; según decían los libros, su cuerpo era cien por ciento agua y podía cambiar de forma cuando quisiera. También estaba Ceolzra, la dragona de la diosa Ventum. Cuando Leia le contó a Cassian sobre la misma, el pelirrojo llevó la expresión de asombro en su rostro por días debido a que su poder era heredado de aquella diosa. Fantaseaba diciendo que quizás ella le enviaría a la dragona así como Ignis le había enviado a Jassar a Leia.

Jassar. El furor que ocasionó su repentina aparición iba desapareciendo con el pasar de los días. El ave no tenía mucho que hacer debido a que Leia se la pasaba yendo de un lugar a otro, cumpliendo con sus responsabilidades de princesa. Ella no se había dado cuenta de que siempre le pedía que se quedara en sus aposentos para no llamar tanto la atención hasta que un día regresó de su entrenamiento nocturno con Theron y se lo encontró posado sobre el respaldo de la silla frente a la mesa, observando en silencio la vista del balcón.

—Hola —lo saludó Leia con cautela, pero Jassar ni siquiera se volteó a verla. Lucía como una estatua. Lo único en movimiento eran las extrañas llamas que desprendían sus plumas. —¿Jassar? ¿Está todo bien?

—De maravilla —respondió de repente. El sarcasmo en su voz era demasiado notorio.

—Oye, ¿qué—?

—¿Que qué me sucede? —inquirió el ave, volteando su cabeza para verla a los ojos. Sus llamas se avivaron aún más, poniendo a Leia en alerta. —Soy un maldito ave de fuego en un mundo mortal, y lo único que hago es estar aquí dentro sólo porque *no quieres que llame la atención* —las últimas palabras las pronunció con un tono de burla amarga.

—Hey, yo no te obligo. ¡Incluso tienes alas! ¿Por qué no te vas volando y ya? —su agotamiento y fácil irritación sacaron lo peor de ella.

Por primera vez, el ave le graznó con furia. Leia retrocedió un paso instantáneamente.

—¡Humana estúpida! —le gritó. —¿Por qué crees que me quedaría aquí pudiendo hacer eso? —inquirió. —Me sorprende lo ingenua que puedes llegar a ser.

—¿Y por qué no puedes, entonces?

—¿Qué acaso no lo entiendes? Tú eres mi nueva Ignis, al menos temporalmente. Y eso incluye que no puedo separarme de ti por más que sea lo que más quiera —siseó con desprecio. —Así como estaba ligado a la diosa por el poder que compartimos, ahora tengo la maldita suerte de estar ligado a ti de igual manera. Y no, no fue una decisión mía, así que no me vengas con tus malditas excusas de que esto no era lo que querías ni lo que pediste, porque ya somos dos.

Leia respiraba agitadamente con cada palabra que escuchaba. Se sintió tan mal consigo misma que creyó que se derrumbaría allí mismo. Permitió que las opiniones de los demás la llevaran a tomar la terrible y egoísta decisión de dejar a un ave de fuego

encerrado cuando en realidad se merecía ser mostrado a todo el mundo como la criatura majestuosa que era.

Pero no se derrumbó. Y tampoco desperdició su aliento pidiéndole perdón de miles de maneras diferentes. Sólo hizo lo único que creyó correcto: a partir del día siguiente, comenzó llevándolo consigo a donde sea que fuera; a los entrenamientos con Theron y Cassian, a sus lecciones con Annabelle, a las caminatas por el castillo y por el pueblo con Adara.

De hecho, cuando lo llevaba consigo a Alicron, dejaba que algunos habitantes pudieran apreciarlo más de cerca. Les hablaba de lo poco que sabía sobre Jassar y su conexión con Ignis, y él lucía orgulloso y satisfecho con cada mirada de asombro que recibía.

No la perdonó con palabras por lo que había hecho, pero al menos no había vuelto a enfadarse de esa manera. Y Leia juró aprender de su error.

.....

Desde que había manifestado su poder por primera vez, Leia había experimentado cosas extraordinarias y maravillosas. Sus sentidos se agudizaban y sus heridas causadas inconscientemente durante los entrenamientos sanaban mucho más deprisa. Su resistencia física había aumentado y por las noches dormía lo suficientemente bien como para amanecer al día siguiente sintiéndose como nueva.

Pero así como hallaba aspectos positivos, también terminó hallando negativos; y le bastó tan sólo poco más de una semana en hacerlo.

No había tenido en cuenta cuán poco le quedaba para la llegada de su menstruación, y de hecho tampoco le preocupaba; siempre lo había sentido como una molestia algo leve y fácil de soportar.

Lo que no se esperaba era que su poder agudizara y aumentara ciertos aspectos de su cuerpo, pero también los *sentimientos*. Y los *dolores*.

Todo había comenzado durante una madrugada. Se había despertado tiempo antes de que Annabelle fuera a llamarla para que se reuniera con Theron gracias a una dolorosa punzada en su vientre. No, no una punzada, un maldito cuchillo de filo grueso clavándose en sus ovarios sin previo aviso.

Luego de haber pasado un largo tiempo retorciéndose del dolor y ahogando los quejidos entre las mullidas almohadas, se dirigió al baño para comprobar que se trataba de lo que ella imaginaba, y al regresar a su cama con la única intención de no volverse a levantar mínimamente hasta el día siguiente, Annabelle llamó a la puerta como de costumbre.

Asomó la cabeza por una hendidura, haciendo que mechones de su cabello rubio danzaran con el movimiento.

—Su Alteza, ya debe prepararse para reunirse con el comandante Lade.

La princesa se obligó a esbozar una sonrisa relajada al tiempo en que le decía:

—¿Crees que puedas avisarle al comandante que posponga nuestro encuentro para mañana? No me encuentro muy bien.

—¿Está segura? ¿Necesita algo? —se apresuró a preguntar la joven, con la preocupación comenzando a inundar su rostro.

—No, no, sólo que le digas eso al comandante, si es posible —dijo Leia con tranquilidad.

—Muy bien, eso haré —dijo finalmente Annabelle con una sonrisa ladina. —Avíseme si necesita algo más.

Se despidió con un asentimiento de cabeza y Leia soltó un fuerte suspiro en cuanto la puerta se cerró.

El dolor no era constante, sino que por momentos estaba y por momentos no. Era algo parecido a lo que le ocurría antes, sólo que ahora se sentía mucho más agudo y profundo. Sentía todo el cuerpo hinchado, en especial sus pechos, y sentía el estómago tan lleno como si se hubiera dado un festín y ya no le entrara más comida.

Pero los dolores no estaban sólo en sus ovarios; lo sentía en su ceño cada vez que lo fruncía, en sus caderas cada vez que cambiaba de posición sobre la cama, pero principalmente en su corazón. De repente sintió un intenso anhelo de tener a su madre a su lado acariciándole el cabello y susurrándole que ya pasaría; deseaba poder descansar la cabeza sobre su regazo y sentir el cálido tacto de su mano sobre su mejilla.

Estaba a punto de echarse a llorar con demasiada rapidez cuando de repente la puerta se abrió de par en par, dejando a entrar a un irritado y airoso Theron.

—¿Se puede saber qué rayos te pasa? —preguntó en un tono insoportablemente alto al tiempo en que se detenía a los pies de la cama y descansaba sus manos sobre su cintura, formando jarras con los brazos.

Leia sólo soltó un gemido con el ceño fruncido al tiempo en que se llevaba las sábanas al rostro para cubrirlo.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cinco? Saca el culo de la cama en este instante.

Seguía hablando como si nada, con esa actitud de hombre superior que en ese momento a Leia le irritaba a niveles insospechados.

—Vete, Theron. No me encuentro bien —murmuró, aún con la suave tela cubriéndole el rostro.

Hubo un mínimo instante de silencio en el que creyó que logró convencerlo, pero de repente sintió cómo alguien le quitaba la sábana de un tirón, dejando al descubierto casi la totalidad de su cuerpo. Suerte que no se le daba por dormir al desnudo.

—¿Qué mierda te pasa? —le gritó al capitán antes de poder procesar las palabras, mientras se sentaba sobre la cama.

Se encontró con unos ojos castaño oscuro brillando con rabia.

—¿*No me encuentro bien?* ¿Esa es tu patética excusa? —espetó. —Estás entrenando para la guerra, Stormholl. Connor no pospondrá el enfrentamiento si le dices que *no te encuentras bien* —agregó, pronunciando las últimas cuatro palabras con un tono burlón amargado.

En otro momento quizás hubiera tenido la suficiente paciencia como para explicarle su situación de una manera decente y pacífica. Pero se encontraba en *ese* momento, y lo que brotó de sus labios fue:

—¡Tienes una hermana y dos sobrinas *mujeres!* ¡¿Acaso se te olvidó la existencia de la menstruación?! —le salió casi como un chillido.

Se esperaba muchas reacciones. Se imaginaba que se echaría a reír y que le diría que eso no era una excusa factible, que no era razón suficiente para saltarse un día de entrenamiento, que habría mujeres más fuertes que soportarían los dolores y las molestias y continuarían entrenando como si nada; pero lo que menos se esperaba era que Theron no pronunciara palabra alguna mientras sus mejillas se teñían de un color rojo oscuro.

Estaba avergonzado.

—Yo, eh... —se aclaró la garganta y Leia notó que fue la primera vez que desviaba la mirada para no cruzarse con la suya. Aunque no se sentía bien admitirlo, le provocaba cierta satisfacción verlo actuar de ese modo. —Será mejor que... será mejor que me vaya —agregó, señalando la puerta.

Cuando su mano alcanzó el picaporte, volvió a hablar, aunque sin voltearse hacia atrás:

—Podemos continuar mañana, o al día siguiente, o cuando te sientas mejor.

Pronunció tan rápido las palabras que se tropezaban entre sí. No le dio tiempo a Leia de responder ya que se escabulló de los aposentos a la misma velocidad que cuando entró.

Finalmente a solas, la princesa resopló y se dejó caer nuevamente en la cama, volviendo a enrollarse entre las sábanas y las almohadas.

Al principio sólo sentía diversión y satisfacción mientras recordaba la forma extraña en que actuaba Theron, pero luego, por alguna razón inexplicable, comenzó a sentir pena por él. Recordó la manera en que le gritó, y deseó que regresara para pedirle perdón. Aunque él la había tratado como la mierda también, claro.

Así, con su cabeza hecha un caos y con los sentimientos mezclándose entre sí, sucumbió a un sueño entrecortado por los insoportables dolores.

.....

En una de las tantas veces en que se despertó, percibió a través de la ventana que ya era pasado el mediodía. Recordó que Annabelle había pasado por sus aposentos sólo dos veces:

una más temprano para preguntarle si necesitaba algo y otra al mediodía para preguntarle si quería almorzar, a lo que Leia se negó debido a que en ese momento no tenía hambre.

Pero ahora su estómago rugía, y el dolor provocado por las ganas de comer se mezcló con el de sus ovarios, creando una combinación para nada placentera.

No volvió a dormirse pero tampoco hizo amago de levantarse para llamar a Annabelle y pedirle el almuerzo. Cada vez que se decidía a hacerlo, una punzada en su vientre la obligaba a mantenerse sobre la cama, apretando con fuerza una almohada contra la zona del dolor como si sirviera para apaciguarlo.

Tiempo después de haber estado divagando entre poner un pie fuera de la cama o no, oyó cómo la puerta se abría con suavidad, gesto que le indicó que se podía tratar de cualquiera exceptuando de Theron.

Cuando se volteó, se sorprendió al encontrarse con Adara. Estuvo a punto de decirle que no se sentía con las energías para aprender nuevas cosas de la Corte cuando se percató de que ella cargaba una bandeja repleta de alimentos que Leia no alcanzaba a percibir.

La castaña cerró la puerta detrás de ella y le sonrió a modo de saludo. Sin pronunciar palabra alguna (algo que era extraño en ella), se sentó en el borde vacío de la cama y depositó la bandeja entre ambas.

Lo primero que notó fue una gran cantidad variada de chocolates. En el centro de todos ellos se encontraba un tazón extraño con un líquido que parecía caliente debido al vapor que desprendía de él. Cuando su nariz captó su aroma, no pudo evitar fruncir el ceño notoriamente. Adara rió por lo bajo.

—Lo sé. Lamento decirte que sabe igual de lo que huele —admitió, mordiéndose el labio inferior. —Pero te prometo que te ayudará. Mi madre me lo prepara cada mes.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Leia al tiempo en que se incorporaba sobre la cama para apoyar su espalda contra el respaldo de la misma.

—Noté que Theron no estuvo contigo por la mañana, y cuando le pregunté si te sucedía algo, comenzó a actuar nervioso y evadió la pregunta. No fue difícil sacar las conclusiones —comentó con un encogimiento de hombros. —Hombres —agregó con un bufido. Leia no pudo evitar reír.

—Si no se lo decía, estoy segura de que me habría arrastrado fuera de la cama.

—Sí, definitivamente estamos hablando del mismo Theron —dijo Adara con una sonrisa divertida. Luego de una pausa, agregó con más cautela: —¿Te duele mucho?

—Nunca había experimentado esto —fue lo primero que salió de sus labios, e inconscientemente se llevó ambas manos a su vientre. —Es decir, los meses anteriores fueron leves y fáciles de controlar, pero desde que manifesté el poder, fue como si hubiera intensificado todas las sensaciones, incluyendo estas —agregó con un tono irritado.

—Eso apesta —la castaña frunció la nariz de una manera que a Leia le causó ternura y risa a la vez. —Bueno, yo no tengo poderes como tú, pero aun así los dolores son insoportables. No creo que como los tuyos, pero lo suficientemente fuertes como para que, como te dije, mi madre me preparara esta bebida —explicó, señalando el tazón.

Leia lo observó con un poco de desconfianza.

—¿Qué es?

—Es parte de los aprendizajes de la hechicería —le contó Adara. —No puedo explicarte con mucho detalle qué contiene exactamente, pero digamos que es un conjunto de hierbas especiales y encantos susurrados que apaciguarán el dolor al menos temporalmente.

La princesa la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Debería confiar?

Adara rió.

—Al menos a mí me funciona —dijo, encogiéndose de hombros. —Tardará un poco en hacer efecto porque tiene que llegar desde tu garganta hasta tus ovarios, pero tengo una técnica que acelera el proceso.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

La castaña le sonrió con picardía al tiempo en que tomaba una barra de chocolate y la levantaba en el aire para que ambas pudieran verla.

—¿El chocolate acelera el proceso? —inquirió con una ceja enarcada.

—Al menos eso quiero creer —confesó Adara entre risas. —La verdad es que su dulzura me distrae de todos mis cambios de humor. No sé si a ti te sucede, pero yo siento como si en mi pecho hubiera un remolino de sentimientos que se mezclan entre sí y que me hacen pensar en diferentes cosas constantemente —hizo una pausa en la que Leia aprovechó para mostrarse absolutamente de acuerdo. —En resumen, no sé si acelera el proceso como tal, pero el sabor dulce opaca el desagradable líquido del tazón y me mantiene distraída de mis pensamientos caóticos.

—Bien, creo que es suficiente razón para aceptar —decidió Leia con una sonrisa de agradecimiento.

Con un asentimiento de cabeza, Adara le colocó el cuenco sobre su regazo. Dentro del mismo, además del líquido de un tono violeta oscuro demasiado inquietante, había una cuchara de madera, la cual utilizó para comenzar a beber sin darse tiempo a pensarlo mejor.

La castaña tenía razón: sabía igual de lo que olía. Igualmente se obligó a seguir sorbiendo hasta vaciar el contenido, tragando deprisa para que el líquido no pasara mucho tiempo en su paladar.

En cuanto lo terminó, Adara se encargó de apartárselo de la vista y colocarlo sobre una de las mesillas de noche más cercana a ella para luego acercarle la bandeja repleta de chocolates. Había desde pasteles y pastelillos hasta paletas y barras.

—Y ahora comienza lo bueno —anunció la castaña con un tono divertido de voz.

—Tú no estás en tu período —le recordó Leia entre risas al tiempo en que la veía tomando uno de los pastelillos cubierto prolijamente por un glaseado celeste. Adara se encogió de hombros con una sonrisa pícara.

—Haré el sacrificio para hacerte compañía.

Ambas rieron y comenzaron a ingerir el delicioso aperitivo.

El chocolate no era un dulce que pudiera consumir en Emera. De hecho, la primera vez que lo había probado fue en el castillo de Orland durante el desayuno. Le resultaba extraño que ahora se encontrara frente a una bandeja repleta de ellos, y no podía evitar desear que su familia estuviera allí para probarlo también.

Sin embargo, y debido a que su estómago rugía con ansias, se dejó llevar por los consejos de Adara y comenzó a ingerir la exquisita comida.

Durante el resto de la tarde no habían intercambiado muchas palabras. Leia sabía que la castaña en realidad se estaba manteniendo en silencio porque se daba cuenta de que ella no tenía muchas ganas de conversar.

Cerca del atardecer, Adara recogió la bandeja y el cuenco vacíos y se despidió de la princesa para dejarla descansar. Ella le agradeció con un fuerte abrazo.

Nuevamente en la soledad de la habitación, comenzaba a sentir cómo el extraño líquido le hacía efecto y apaciguaba los punzantes dolores. Sentía que podía relajar los músculos y no apretar tanto las almohadas contra su vientre.

Extrañaba a su familia, de verdad lo hacía, pero mientras cerraba los ojos con el cuerpo relajado y el estómago feliz con todo su contenido, se sintió afortunada de tener a una persona como Adara a la que poco a poco estaba considerando una verdadera *amiga*, y quizás la primera.

Capítulo 32

El último mes del año había comenzado ajetreado. Según lo que le habían contado Adara y Aileen, el último día del año se celebraba con intercambio de obsequios, bailes y abundante comida, tanto los habitantes de Alicron como todos los miembros de la Corte. Y a diferencia de la celebración por el cumpleaños de Aneel Malstrom, la fiesta tomaba lugar en el centro del pueblo. Los habitantes eran los encargados de decorar la plazoleta en la que se elevaba la estatua de la fundadora del reino, y la Corte llevaba alimentos y bebidas para todos; aunque nunca faltaba el ciudadano que prefería cocinar algo él mismo para compartir con los demás.

La celebración requería mucha planificación, por lo que algunos entrenamientos con Theron debían ser pospuestos. Leia no reprochaba mucho.

Una noche, el capitán canceló la actividad ya que debía atender algunos asuntos junto a Daniel, por lo que Cassian fue hasta Leia para preguntarle si quería ir al Bosque de Fuego para continuar con el entrenamiento de su poder. La princesa disfrutaba cada vez más los momentos a solas con el pelirrojo, por lo que aceptó casi al instante. Además, de vez en cuando lo notaba más desanimado de lo normal. No sabía la razón exacta, pero sospechaba que tenía que ver con la ausencia de su hermano. Quizás podría lograr hablar con él y dejarlo desahogarse como muchas veces él había hecho por ella.

Jassar había decidido quedarse en los aposentos, para sorpresa de Leia. Se había excusado con que tenía un gran cuenco de uvas aguardando por él, por lo que la princesa no objetó y se fue de allí.

—Has hecho muchos avances en la Corte —reconoció Cassian una vez que ambos se dirigían al bosque montados en un caballo cada uno. Debido a la fresca brisa, ambos llevaban capas oscuras sobre sus hombros. —Incluso he escuchado murmullos positivos sobre ti por todo el castillo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Leia, asombrada.

Durante las últimas semanas no había interactuado con muchos de los miembros de la Corte. Mayormente hablaba con Darlan, Theron y Loren. Para su sorpresa, ni Daniel ni Serafine volvieron a molestarla; ni siquiera Kane Luffier. Le parecía de lo más extraño, pero, muy en el fondo, tenía el presentimiento de que quizás el rey temporal estuviera preparándose mentalmente para cederle su puesto a Leia sin causar un escándalo. Ella rezaba porque eso fuera cierto.

—Lo juro —afirmó Cassian, sonriendo de oreja a oreja. —Incluso tuve la oportunidad de hablar un poco con Loren Kreys y Melkes Ariondale —Leia le lanzó una mirada de estupefacción. —No puedo asegurarte que él esté cien por ciento de nuestro lado, pero en un par de semanas quizás logre dejarse llevar sin escuchar las estúpidas palabras de Kane.

—Ese hombre me odia —murmuró la joven, poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé. Creo que odia a todos —confesó Cassian, haciéndola reír. —Es verdad que a él jamás lograremos ponerlo de nuestro lado, pero serán dos contra uno en el Consejo.

—Si logramos convencer a Melkes.

—Si logramos convencer a Melkes —repitió el pelirrojo, sonriendo de lado.

Finalmente, llegaron hasta el bosque y ataron a los caballos a las afueras del mismo para luego adentrarse con más comodidad. Cassian había sido más precavido y llevó consigo un par de antorchas para colocarlas alrededor de la zona donde entrenarían para poder tener una mejor visión.

—¿Tenías algo planeado? —le preguntó Leia una vez que ambos se encontraban enfrentados a una distancia prudente el uno del otro. Se habían quitado sus capas para quedarse con el traje de entrenamiento. La princesa debía de admitir que al pelirrojo le sentaba de maravilla ese conjunto ajustado.

—Pensaba que... quizás podríamos enfrentarnos únicamente con nuestros poderes, y ver qué sale de eso —sugirió Cassian, encogiéndose de hombros.

Leia se recogió el cabello en un rodete alto y ajustado y asintió en respuesta. Ambos hicieron un par de elongaciones previas para preparar sus músculos y extremidades.

—Debemos aprender a sincronizarnos, ¿sabes? —la princesa lo miró con incertidumbre. —Quiero decir, debemos conocer a profundidad los poderes de cada uno para saber combinarlos cuando llegue la batalla final. Connor los posee casi todos, y sabe qué combinaciones utilizar para crear nuevas cosas. Nosotros deberemos aprender también.

—Ojalá hubiéramos tenido tanto tiempo como él —se quejó Leia.

—Lo sé, apesta —admitió Cassian, resoplando. —Pero, ¿sabes cuál es la diferencia? Nuestros poderes son nuestros por sangre, por herencia. Él sólo los robó.

—¿Crees que eso sea suficiente?

—*Quiero* creerlo.

Leia volvió a asentir con la cabeza para mostrarse de acuerdo.

—¿Lista? —le preguntó el pelirrojo al tiempo en que invocaba un diminuto remolino sobre su mano.

—Lista —respondió ella, enviando una orden a su interior para invocar una llama.

Y ambos cargaron contra el otro al mismo tiempo.

Lanzaban y reflectaban el poder del otro con toda la fuerza que les quedaba en el cuerpo. Cuando Leia atacaba por debajo, Cassian esquivaba elevándose en el aire; cuando él intentaba encerrarla en un torbellino de viento, ella desviaba las ráfagas con su fuego, creando escudos altos y resistentes a su alrededor. Muchas veces terminó quemándose a sí misma cuando el viento acercaba el fuego a su cuerpo, pero las quemaduras no le dolían como le dolerían a una persona que no tuviera un vínculo con aquél elemento natural.

No importaba cuántas semanas hubieran pasado desde que lo manifestó por primera vez; jamás había logrado manipular el fuego azul. Sólo lo sintió con claridad una vez cuando salió de sí misma, generando aquél halo de fuego que probablemente recorrió todo el continente.

Theron intentaba explicarle que ese era el más potente de los dos fuegos, pero era con el que más delicadeza debía tratarse. Leia no comprendía esa lógica, por eso nunca logró manifestarlo. Jassar sólo se burlaba de ella; ni siquiera le daba algún consejo útil.

Y ahora, luchando con Cassian, intentó con todas sus fuerzas que las llamas que salían de sus manos cambiaran de color, pero siempre se veían igual: como el fuego común. Seguía siendo algo majestuoso, pero Leia y *todos* necesitaban del fuego azul para ganar la guerra, si es que esa posibilidad aún existía.

—¿Qué pasa si es mentira? —espetó la princesa en cuanto se detuvieron para hidratarse de sus cantimploras. Ambos se habían sentado sobre el césped, de espaldas a un grueso tronco. —¿Qué pasa si en realidad era Aria la que poseía el fuego azul pero Ignis se lo quitó en cuanto Connor la secuestró?

—¿Otra vez con eso? —inquirió Cassian, volteándose para verla a los ojos. —Leia, una diosa te obsequió temporalmente *su ave de fuego*. ¿Necesitas alguna otra prueba? Además, sí lo posees. Todos lo vimos cuando lo manifestaste por primera vez. Pero llevará tiempo —hizo una pausa para tomar aire. —Aria recién pudo manifestarlo cuando estaba de tres meses de embarazo, según lo que me dijeron. Y se encontraba en una situación crítica en la que su pueblo estaba siendo atacado. Quizás lo que necesitas es un poco de presión.

La princesa resopló, pasando ambas manos por su cabello para reacomodarse el rodete. Pasó unos momentos en silencio evaluando si contarle o no, hasta que las palabras se escaparon solas de sus labios:

—Hablé con Aneel Malstrom.

El príncipe se atragantó con el agua que estaba bebiendo, y Leia tuvo que ayudarlo dándole unas palmadas en la espalda, sin poder evitar reírse.

—¿Q-qué? —logró preguntar él una vez que pudo volver a respirar con normalidad.

—Sucedió luego de que Darlan quitara el encantamiento de mi collar y yo me desmayara —aclaró. —La primera vez que me desperté, estaba en un lugar que ni siquiera puedo explicar, pero era bellísimo y fuera de lo común —hizo una pausa para tomar aire y agregar: —Y allí estaba Aneel, hablando conmigo.

Cassian parpadeo varias veces, perplejo, esperando a que Leia le dijera que sólo estaba bromeando o que había estado bebiendo antes de ir con él al bosque. Sin embargo, ella mantuvo una expresión serena, y el pelirrojo terminó por creerle.

—¿Cómo es que... cómo es que me lo dices recién ahora? ¿Qué te dijo?

Leia suspiró, refregando sus ojos con los nudillos.

—Que sí soy la heredera del fuego azul, que Ignis le dio un último favor para elegir al heredero que creyera correcto para que posea ese poder, y ella me eligió a mí. *A mí*, ¿entiendes? —repitió, riendo amargamente.

—Entonces... —comenzó diciendo, pensativo. —Es cierto lo de nuestra generación. Jassar también lo dijo —recordó. —<<Los dioses tienen una sorpresa para cada heredero>>. Dioses, Leia, si lo que dices sobre Aneel es cierto, entonces el futuro del mundo está en nuestras manos.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Por instinto, se abrazó a sí misma. Cassian notó aquél gesto y suavizó su expresión.

—Lo siento, suena demasiado aterrador —se disculpó. —Pero debes admitir que en el fondo ya lo sabíamos. Es decir, te estás preparando para eso, ¿no es así?

—No tiene caso que te mienta —fue lo único que respondió ella, encogiéndose de hombros.

—No te preocupes, estamos juntos en esto —intentó tranquilizarla, posando una mano sobre su hombro. Ese tacto le produjo una firme calidez. —Le avisaremos a Aiden y luego enviaremos cartas a los demás herederos para—

—Pero Aiden también está fuera de Antel —le recordó Leia con ojos entrecerrados, y sólo por un segundo, una extraña expresión de dolor pasó por los ojos esmeralda del príncipe; al próximo pestañeo, se desvaneció.

—Claro, tienes razón —dijo al fin, luego de aclararse la garganta. Su mano abandonó el hombro de Leia. —Entonces, le enviaremos una carta a él y—

—Cassian —lo interrumpió la princesa con suavidad. Él soltó un pesado suspiro y miró a Leia a los ojos. —¿Recibiste alguna noticia de tu hermano? —por un momento, se pensó lo peor.

—Ese es el problema —soltó el pelirrojo, frotándose el rostro con ambas manos. —No recibí nada.

<<Conque eso es lo que te afecta>>, dijo ella para sus adentros.

—Hey, está bien —esta vez fue el turno de Leia de posar una mano sobre el hombro del príncipe. —Tú lo dijiste. Debe de estar muy ocupado reorganizando a sus hombres para cada pueblo. Orland es un reino muy extenso.

—¿Crees que debería haber ido con él? —preguntó Cassian, frunciendo el ceño como si le doliera pronunciar esas palabras.

—No, Cass, no —intentó ignorar la naturalidad con la que lo llamó de esa manera, cuando las únicas que lo hacían eran Adara y Aileen. —Has hecho lo correcto. Él sabe lo que hace, y si consideró que ir sólo era lo mejor, pues entonces está bien. Tú también tienes cosas que hacer aquí. Es decir, me has estado ayudando muchísimo, mucho más de lo que yo creí que necesitaría.

Él poco a poco levantó la mirada hasta encontrarse con los serenos ojos dorados de la princesa. No fue hasta ese momento que ella se percató de la cercanía de sus rostros.

Luego de un corto silencio, Cassian preguntó:

—¿Es muy tonto decir que me aterra que no regrese como...?

<<...mis padres>> eran las palabras que no se atrevía a decir, pero Leia lo comprendió y negó rotundamente con la cabeza.

—No es tonto, para nada —le aseguró con firmeza. —Nadie puede culparte por tener ese miedo luego de la experiencia traumática por la que ambos pasaron. Pero ten fé en él.

No lo conozco demasiado, pero sí lo suficiente como para saber que podrá enfrentarse a cualquier cosa que encuentre en su camino con tal de asegurarle el bienestar a su reino.

—Por supuesto que sí, es un maldito bastardo testarudo —dijo en tono burlón, y Leia se relajó al verlo sonreír otra vez. Sus ojos verdes brillaban con diversión, como habitualmente lo hacían. —Gracias, en verdad —agregó con honestidad. Leia sólo asintió. —Eres muy buena aconsejando. Quizás le diga a Kane que te añada al Consejo Real. Estoy seguro de que se llevarían muy bien.

—¡Claro que sí! Hasta seremos mejores amigos —exclamó Leia al tiempo en que se ponía de pie y le extendía una mano al pelirrojo. Él se dejó ayudar, riendo por su comentario.

Cuando ambos estaban enfrentados de pie, por alguna razón sus manos permanecieron unidas. Los dos las observaron y luego a ellos mismos, y una oleada de pensamientos confusos arrasó con la mente de Leia.

Cassian dio un apenas perceptible paso hacia delante, y el corazón de la joven se aceleró, golpeando su pecho con fuerza. Sus ojos esmeralda brillaban de una manera hermosa gracias a la luz cálida de las antorchas y sus dedos entrelazados con los suyos le enviaron un cosquilleo por todo el cuerpo.

Por un momento, el pelirrojo la observó con una pregunta silenciosa, y cuando ella lo comprendió, ya era demasiado tarde.

La criatura en su interior rugió en cuanto la presencia familiar de un Inframón le erizó la piel. Cassian también lo sintió ya que se separó bruscamente de ella para invocar su poder y prepararse para recibir el ataque.

El ataque que llegó sin previo aviso por detrás de ella.

El impacto fue tal que la envió directo al tronco de un árbol. Apenas tuvo tiempo de extender los brazos para que su rostro no impactara contra el mismo. Todo su cuerpo se sacudió por el golpe, y cayó de espaldas, un poco desorientada.

Creyó oír a Cassian decir su nombre, pero luego hubo más golpes e impactos, y lo siguiente que vio fue la sonrisa sádica de Dilaya a unos pocos metros de su rostro. Estaba sentada a horcajadas sobre ella, sosteniéndole las muñecas con fuerza contra el suelo para inmovilizarlas.

—Lamento arruinar tu adorable momento con el príncipe del viento —le dijo. — ¿Pero no crees que tienes cosas más importantes en las que enfocarte, Leia? ¿O prefieres jugar a la adolescente hormonada y enamoradiza?

La princesa dejó de escucharla y se centró en la agitada criatura en su interior. Ambos estaban de acuerdo en que querían deshacerse de Dilaya, por lo que fue fácil tomar las muñecas de la Inframón y enviar lazos de fuego que recorrieran sus brazos lentamente, quemando todo a su paso. La mujer siseó y se separó de Leia al instante, sacudiéndose para extinguir las llamas.

Mientras tanto, Leia hizo uso de la poca fuerza que tenía para ponerse de pie lo más rápido posible. Sin embargo, recibió un puñetazo en el estómago que le quitó todo el aire

de los pulmones. Dilaya la tomó por el cuello y estrelló su cabeza contra el tronco de un árbol.

Tal impacto creyó que la dejaría inconsciente; sin embargo, sin siquiera invocarlo ella misma, un muro de fuego se interpuso entre el tronco y su cráneo para que el golpe fuera menos doloroso. Sin perder más tiempo, Leia llamó a las llamas con ambas manos y comenzó a lanzarlas en forma de flechas hacia Dilaya. La mujer Inframón las reflectaba con su poder oscuro, pero retrocedía lo suficiente como para darle más espacio a Leia.

Mientras tanto, ella intentó buscar con la mirada a Cassian, y sólo lo encontró al percibir su poder. Estaba lejos de su alcance, luchando contra dos Inframóns a la vez. Lo arrinconaban con sus figuras demoníacas, pero el pelirrojo utilizaba todo su poder para desviarlos y confundirlos.

—Pues sí que me has hecho caso —reconoció Dilaya en cuanto Leia tuvo que detenerse para recuperar el aire. Manifestar tantas llamas la estaba dejando exhausta. —Te has estado preparando muy bien, la verdad —dijo un paso más hacia ella. —Pero nunca será suficiente.

Al pronunciar esas últimas palabras, invocó dos lazos de oscuridad que rodearon el cuerpo de Leia. La joven los hizo desvanecer con un halo de fuego tan amplio que también desestabilizó un poco a las otras dos criaturas que atacaban a Cassian. El pelirrojo sacó provecho de su desconcierto para devolver el ataque con más fuerza.

—Bien hecho, princesita —la felicitó amargamente Dilaya.

—Ahórrate las palabras —le espetó Leia con el poco aliento que le quedaba.

—¿Para qué? Yo no seré la que muera en poco tiempo, Leia Stormholl —alegó con firmeza, sonriendo satisfactoriamente.

—Entonces estás hablando con la persona equivocada, Dilaya Malstrom.

Invocó aún más llamas y las lanzó contra el falso cuerpo de la mujer Inframón. Ella se cubrió con un muro de su poder, pese a que tuvo que retroceder un poco por el impacto. Eso le transmitió un poco más de confianza a Leia. La criatura en su interior pensaba igual.

—¿Te atreves a hablarme de esa manera aun sabiendo todas las vidas que están en juego por tu culpa? —amenazó Dilaya, fulminándola con sus brillantes y feroces ojos rojos.

Leia tragó grueso, evitando que el pánico se adueñara de ella.

—Sé que lo hacen para asustarme —se obligó a decir la joven. —Para que mantenga mi mente centrada en otras cosas que me desvían del objetivo principal. Pero ya no caeré en esa mierda.

Dilaya comenzó a carcajear exageradamente, tensionando todos los músculos de Leia.

—Eres tan ingenua, princesa —exclamó con diversión —Para un Inframón, una vida humana es lo mismo que para ustedes es la vida de una hormiga: simple e insignificante. Podemos aplastarlos cuando y como sea, y no se volverán a levantar. ¿Recuerdas lo de ese soldado inútil? —las llamas en las manos de Leia se intensificaron al oír la mención de

Duncan. –Eso fue demasiado dulce a comparación de lo que en verdad puedo hacerle a los que amas. Y tu mayor defecto es que eres muy transparente para que otros puedan identificar quiénes son esas personas que más te importan – agregó con una de sus sonrisas siniestras.

–¡Cállate de una puta vez y vete! –gritó Leia, dejando que todo su poder se descargara contra ella.

El primer impacto pudo esquivarlo, pero el segundo le dio de lleno en el pecho, enviándola con rapidez hacia atrás. Antes de que pudiera chocar contra el tronco de un árbol, tomó su forma demoníaca y no tardó en lanzarse contra la princesa.

Sus filosas garras desgarraron la tela de su vestuario y cortaron su piel sin piedad. Intentó alejarla con el fuego, pero no podía concentrarse con tanto dolor en su cuerpo. Dilaya atacó con descaro y facilidad, empujando a Leia una y otra vez contra los troncos de los árboles.

–¡Dilaya! ¡Déjala en paz! –oyó que Cassian gritaba desesperadamente. Sin embargo, llegó a ver a uno de los Inframons aprovechando su distracción para azotarlo con su oscuridad.

–Si tuviera sentimientos, esta situación me daría ternura –dijo Dilaya con voz melosa una vez que volvió a tomar su forma humana.

Leia había terminado sentada en el suelo con la espalda y la cabeza recargadas contra un tronco. Podía sentir el ardor concentrado en un corte en la frente y otro en su brazo izquierdo.

–¿Por qué n-no me matas y y-ya? –espetó la princesa con voz entrecortada. – ¿Cuál e-es tu objetivo con t-todo esto?

–Cariño, vivo en este mundo miserable hace cientos de años –comenzó explicando la Inframon al tiempo en que se acucillaba frente a Leia. –Necesitamos diversión, un buen desafío, ¿sabes de lo que hablo? No es entretenido matar a los humanos y ya –hizo un gesto despectivo con su mano. –Pero el sufrimiento... Ah, el sufrimiento es algo *exquisito* para los Inframons.

De un segundo a otro, la mujer se sentó sobre las piernas extendidas de Leia y rodeó su cuello con ambas manos, ejerciendo fuerza y al mismo tiempo presionando su cráneo contra el tronco detrás de ella. La princesa jadeó, intentando hacer entrar aire a sus desesperados pulmones.

–Y es *tan* divertido hacerte sufrir, Leia Stormholl –exclamó. Teniéndola así de cerca, sus ojos se veían como dos rubíes letales. –Pero esto sólo es el comienzo de algo grande –le aseguró con una sonrisa. –Todo se volverá aún más entretenido cuando pueda quitarle la vida a todos los que aprecias delante de tus ojos –hizo una pausa para relamer sus labios como una depredadora a punto de saborear a su presa. –Entiendes a lo que me refiero, ¿verdad? A tu inútil familia adoptiva, a esa niñata que siempre te acompañaba en tu trabajo, a-

Y no lo soportó más. No sentía que la estaba matando por la presión que ejercía en su cuello, sino por todas esas palabras tan frías y honestas; eran flechazos directos a su corazón, y la estaban matando.

<<*Puedes formar cualquier figura con tu poder*>>. Y eso hizo.

Cerrando los ojos, extendió una mano imperceptiblemente y se imaginó el peso y la forma del arma que siempre utilizaba en los entrenamientos nocturnos con Theron; y por si no era suficiente, también recordó esa tarde en Alicron cuando visitó una herrería con Adara y sus ojos paseaban por todas las armas exhibidas allí. Recordó las formas variadas, los detalles, cada mínima cosa que su cerebro moribundo podía formular, y cuando cerró su mano, estaba envolviendo una empuñadura.

<<*Quiero que esa perra pague por lo que le hizo a mi esposo*>>.

—Esto e-es por Duncan —siseó entre dientes. —Y por t-todas esas m-muertes de i-inocentes.

Ni siquiera se detuvo a comprobar qué era exactamente lo que tenía en su mano. Utilizó el último hilo de aire que le quedaba en sus pulmones y empujó un poco hacia atrás a Dilaya, quien no se lo esperaba, y llevó el filo del arma directo al cráneo de la Inframón.

Ella no tuvo tiempo de gritar y mucho menos de moverse cuando la espada de fuego la atravesó desde el entrecejo hasta el otro lado de su cráneo.

Y su cuerpo se desintegró.

Leia extinguió las llamas y cayó de lado, inspirando bocanadas desesperadas de aire. Sus pulmones parecían agradecerle por eso.

Cuando su vista y su audición se aclararon un poco más, sus ojos se enfocaron en su alrededor. Estaba sola y no había ningún sonido.

Cassian.

¿Dónde estaba Cassian?

Intentó centrarse en su poder, en la ventisca que solía sentir en su interior cada vez que él estaba cerca. *Nada.*

Se obligó a ponerse de pie, haciendo una mueca cuando todos sus músculos y nuevos moretones se quejaron. Pasó una mano por su completamente enredado cabello para despejarse el rostro y ver con más claridad. Dio una vuelta sobre sí misma, registrando cada lugar visible. *Nada.*

Su corazón volvió a palpar con más fuerza. Ya ni siquiera le importaba qué rayos había pasado con Dilaya, si logró matarla o qué. Nada de eso importaba hasta que encontrara a Cassian.

Y comenzó a llamarlo. Repitió su nombre hasta que dejó de tener sentido. Llegó al punto de decirlo tan alto que su garganta le dolía. Y no obtenía respuesta.

Entonces llegaron los peores pensamientos.

Él no podía estar muerto. No había razón alguna para que lo estuviera. Ella lo había visto, lo había visto luchar con todas sus fuerzas contra esos dos Inframons.

Y ahora que lo pensaba, tampoco podía percibir a esos Inframons. Él los había matado, ¿verdad? No habían tenido oportunidad de escapar, no contra el poderoso y habilidoso Cassian Dustin...

...¿verdad?

No sabía exactamente en qué momento había empezado a correr. Seguía gritando el nombre del príncipe al tiempo en que comenzaba a sentir sus mejillas húmedas. ¿Estaba llorando o era la sangre que caía del corte en su frente? Probablemente ambas.

—¡Cass! ¡Cassian, ¿dónde estás?!

El viento se llevaba sus palabras, pero no regresaba respuesta alguna.

Entonces, sus miedos y el pánico la invadieron por completo. Cayó de rodillas y comenzó a sollozar, aun pronunciando su nombre entrecortadamente.

No podía estar pasando. Él no podía morir, no así. No era justo, nada de eso era justo. <<*Tu mayor defecto es que eres muy transparente para que otros puedan identificar quiénes son esas personas que más te importan*>>, había dicho Dilaya, pero ella no había llegado a tocar a Cassian. Estuvo siempre frente a Leia y ella la había matado, o lo que fuera que le había hecho.

Entonces, ¿por qué...?

—¡Leia!

La princesa detuvo los sollozos. Dejó que el silencio del bosque se asentara. ¿Había sido su imaginación?

—¡Leia!

Se puso de pie con piernas temblorosas. Intentó hablar y su voz le falló, por lo que se aclaró la garganta y probó otra vez.

—¿Cass?

—¡Soy yo! ¡Estoy aquí!

Recibió respuesta. *Recibió respuesta.*

La joven comenzó a correr hacia la fuente del sonido aún con algunas lágrimas rodando por sus mejillas; pero esta vez eran de alivio. Incluso empezó a reír en voz alta en cuanto el poder del pelirrojo comenzó a recorrer su interior como una fresca bienvenida.

Lo visualizó avanzando un poco más lento hacia ella, recargándose contra los árboles para impulsarse. Tenía la vista nublada por las lágrimas, pero cerró los ojos con fuerza en cuanto estuvo a sólo pasos del príncipe y se lanzó contra él. La recibió preparado, envolviendo su cuerpo con sus fuertes brazos y elevándola un poco del suelo. Ella enterró su rostro en su cuello e inhaló profundamente, recordándose una y otra vez que eso no era un sueño.

—Por los dioses... —murmuró, presionándola aún más contra él. —Eso fue... eso fue horrible —soltó.

—Creí que— su voz se quebró y los sollozos volvieron a brotar de sus labios sin control. Cassian la separó de él para mirarla a los ojos y apartarle algunos mechones del rostro. —No podía sentirte. Por un momento no podía sentir tu poder, y creí que... creí que...

—Hey, hey, estoy bien, ¿lo ves? Estamos bien —se apresuró a decir él, acariciando su mejilla con delicadeza. Leia sintió derretirse ante su cálido tacto.

—No podría soportar otra pérdida —soltó, sorbiendo por la nariz. —No otra vez, no la tuya —susurraba, negando con la cabeza. Él la detuvo tomándole el rostro con ambas manos.

—Mírame —le ordenó. Ella lo hizo. —Estoy aquí, ¿sí? Nadie va a perder a nadie. Estamos trabajando duro para que eso no ocurra.

La joven tragó grueso y se obligó a asentir, suspirando.

Pero su pánico no cesaba del todo. Aún se sentía asustada y conmovida por todo, por la sola idea de perderlo a él por su culpa, por culpa de esa *perra* que estaba dispuesta a quitarle todo a Leia para quebrarla.

Observó la profundidad de sus ojos, agradecida por ver el brillo familiar en ellos, la calidez de sus manos contra sus mejillas.

Y antes de que se le pudiera escapar otro sollozo de tristeza o de alivio o de lo que fuera, cerró los ojos con fuerza y acortó la poca distancia que los separaba para presionar sus labios contra los del príncipe.

Estaba tan confundida que hasta se asustó de lo bien que se sintió ese mínimo roce. Se separó al instante y retrocedió varios pasos, respirando agitadamente. *Mierda, mierda, mierda.*

Cuando se atrevió a mirarlo, sus ojos verdes estaban fijos en un punto invisible en el suelo, y su pecho subía y bajaba pesadamente, igual de agitado que ella.

¿Qué se suponía que le dijera? ¿Que lo sentía? Sería lo más absurdo de la historia, además de que era una mentira porque en verdad quería hacerlo, por más que fue un impulso al estar presa por el pánico y el alivio de saber que estaba vivo.

Pero cualquier plan en su mente se desvaneció cuando Cassian recuperó la consciencia y se volvió a acercarse a ella para tomar su rostro y besarla una vez más.

Esta vez, ambos estaban igual de conscientes y sabían perfectamente lo que estaban haciendo; pero no fue suficiente razón para detenerlos.

Ella jamás había hecho algo así, por lo que dejó que él fuera su guía en aquella nueva experiencia. Se acercó un poco más a su cálido cuerpo, envolviendo su torso mientras él aún la sostenía por las mejillas, acariciándolas con sus pulgares. Los movimientos de sus labios eran suaves y lentos, y su aliento rozaba su rostro con delicadeza, haciendo que los dedos de sus pies se curvaran dentro de su calzado.

Se separaron poco a poco, aún con los ojos cerrados y las respiraciones agitadas. De repente, todo el cansancio que les había generado aquél enfrentamiento calló sobre sus

hombros. Cassian se recargó contra un tronco para no perder el equilibrio y atrajo a Leia hacia su pecho antes de que las rodillas de ella le fallaran y la enviaran al suelo.

Estuvieron de esa forma por un largo rato, abrazados y con el único sonido de sus respiraciones y la brisa agitando las hojas de los árboles.

—Deberíamos regresar —susurró Cassian con suavidad en cuanto sus cuerpos se estremecieron ante una fría ventisca.

Leia sólo asintió en respuesta y ambos se recargaron en el otro para avanzar hasta donde aguardaban los caballos. El príncipe se montó en el suyo y le dijo a Leia que subiera tras él. La joven no se negó y envolvió la cintura de él una vez que logró llegar a la montura. Cassian tomó la rienda del otro caballo para que los siguiera por detrás, y así emprendieron viaje de regreso al Castillo de Fuego.

Ninguno de los dos tenía la suficiente fuerza para hablar. Leia descansaba su mejilla contra la amplia espalda del príncipe, haciendo un gran esfuerzo por mantener sus ojos abiertos. Se sentía demasiado exhausta, pero debía aguantar por él, por ambos.

Una vez que llegaron al patio delantero del castillo, dos guardias los recibieron. Leia intentó desmontarse, pero un movimiento brusco de su cabeza la mareó y le hizo perder el equilibrio. Creyó que caería de bruces al suelo, pero uno de los guardias se apresuró y la atajó, ayudándola a reincorporarse.

—Su Alteza, mi Lord, ¿está todo bien? —preguntó el otro guardia con confusión al tiempo en que Cassian descendía del caballo, sosteniéndose de su lomo para tampoco perder el equilibrio.

—Hubo un... ataque de Inframons en el Bosque de Fuego —logró formular, frotándose las sienes. —Estamos bien, pero hay que avisarle al rey. Estamos propensos a recibir otro ataque igual —a Leia le parecía impresionante cómo podía tomar el papel de príncipe tan rápido, en especial luego de lo que habían vivido.

—Eso haremos —le aseguró el guardia con un firme asentimiento de cabeza. —¿Los escoltamos hasta sus aposentos?

—No, está bien, podemos solos —le respondió Cassian con amabilidad, rodeando la cintura de Leia para que se recargara contra él.

Ella no quería hacerlo porque sabía que él estaba igual de exhausto, pero luego recordó que había tenido más experiencia que ella con su poder, por lo que se dejó ayudar.

Cuando entraron al vestíbulo principal, Leia soltó un bajo gemido al percatarse de todos los escalones que la separaban de un baño caliente y una cama mullida.

—Lo sé, esto apesta —reconoció Cassian, como si le hubiera leído la mente. Muy a su pesar, la princesa sonrió.

Antes de que pudieran comenzar a ascender, por el rabillo del ojo vieron llegar a Adara y Aileen con expresiones confundidas y preocupadas.

—¿Qué rayos les pasó? —espetó Aileen al tiempo en que Adara preguntaba:

—¿Dónde estaban?

Cassian frunció el ceño, como si le diera dolor de cabeza oír tantas voces a la vez.

—Fuimos a entrenar al Bosque de Fuego —respondió con desgano. —Dilaya quiso darnos una sorpresa.

—Y vaya que nos la dio —murmuró Leia, poniendo los ojos en blanco.

—¿Esa perra otra vez? Maldita sea —masculló Aileen, formando puños con sus manos. —Desearía haber estado ahí para destrozarle el maldito y perfecto rostro.

—No puedo creerlo —susurró Adara, pasando ambas manos por su rostro. —¿Y qué pasó con ella? ¿Dónde está?

—Eso no... no tengo idea, la verdad. ¿Qué pasó? —preguntó el príncipe en dirección a Leia.

Cierto, aún no habían hablado de eso.

La joven suspiró, separándose un poco de Cassian al dejar de sentir el mundo dar vueltas exageradamente a su alrededor.

—Creo que... —tragó grueso. Las palabras que diría a continuación parecían una completa mentira, pero igualmente las pronunció: —Creo que la maté.

Silencio. Primero, todos se la quedaron observando inexpresivamente. Luego pasaron a compartir miradas entre ellos con miles de preguntas reflejadas en sus ojos. Por último, volvieron a mirarla, esta vez con asombro e incredulidad.

—¿Te importaría explicar un poco mejor? —preguntó Adara con cautela, como si quisiera creerle pero aún le faltara algo para hacerlo del todo.

—Yo sólo... Me estaba ahorcando, logré invocar un arma de fuego o algo parecido y de repente le atravesé la cabeza y ella simplemente... se desvaneció.

Aileen la observó con ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿por qué dices que *crees* que la mataste? Esa es la manera exacta en que todos los Inframons mueren.

—Es muy difícil de creer, eso es todo —confesó Leia, mordiéndose el labio inferior.

—Fue increíble lo que hiciste —la apremió Cassian, forzando una sonrisa. Ella hizo un gran esfuerzo por no sonrojarse al cruzarse con sus resplandecientes ojos esmeralda.

—En verdad que lo fue —coincidió Adara. —Y me alegra saber que estén bien.

—Pero... —la incitó el pelirrojo, como si supiera de antemano que agregaría algo más. Al parecer, tenía razón.

—Pero... —repitió la castaña, formando una fina línea con sus labios. —La próxima vez, no se vayan sin avisar. Entiendo que eso fue un ataque para nada esperado, pero a partir de ahora será mejor que sepamos la ubicación del otro constantemente.

—Exacto —dijo Aileen, mostrándose de acuerdo. —En cuanto Connor se entere de que su hija está muerta, vendrá a asesinarnos a todos.

—Genial —murmuró Leia, resoplando.

Cassian se aclaró la garganta y se dirigió hacia las primas cuando dijo:

—Oigan, sé que todo esto es demasiado y que nos traerá muchos problemas en el futuro probablemente cercano, pero Leia y yo necesitamos descansar. Nos han dado una buena paliza, aunque los hayamos vencido.

Leia le dedicó una sonrisa de agradecimiento. En verdad necesitaba la soledad de sus aposentos.

Adara y Aileen terminaron aceptando y los ayudaron a llegar hasta su destino. Primero dejaron a Cassian en sus aposentos ya que eran los más cercanos, y Leia sólo llegó a despedirlo con un movimiento de mano. Definitivamente tendrían una conversación pendiente acerca de lo que sucedió después de todo ese alboroto.

Dioses, había besado a Cassian. El estómago se le revolvía de sólo recordarlo, pero no de mala manera, sino de una especie de emoción mezclada con confusión e incertidumbre.

Finalmente, las primas la llevaron hasta sus aposentos y Adara se encargó de prepararle un baño ya que Annabelle se encontraba durmiendo.

Cuando Jassar la vio, lo primero que hizo fue burlarse de su aspecto. Leia se mantuvo en silencio porque no se veía capaz de contraatacar. En cuanto el ave no recibió respuesta, pasó a un semblante más serio y le preguntó qué había sucedido. La princesa se lo explicó sin mucho detalle ya que un dolor punzante en la cabeza la aturdía.

Luego de oír la historia, Jassar no volvió a hablar durante toda la noche. Leia no podía descifrar con exactitud qué era lo que pasaba por la mente del ave, pero tampoco le preguntó ya que sabía que no obtendría respuesta.

Una vez que se encontraba recostada entre las sábanas y frazadas de la cama, ni siquiera tuvo tiempo de rememorar todo lo que había sucedido. Sus párpados se cerraron al instante, como si la criatura en su interior también necesitara descansar y le ordenara a Leia que se durmiera de una vez.

Capítulo 33

Zeth, Taran y Alexander se encontraban en el Monte Hyllon comprobando que todo estuviera en orden cuando uno de los soldados Inframons llegó hasta ellos y captó su atención.

—Mis Señores, Su Majestad el rey Connor quiere hablar con ustedes —anunció a nadie en particular. Los hermanos intercambiaron miradas silenciosas de confusión.

—Dile que iremos en un rato, aún nos quedan—

—Dijo que es urgente, Su Alteza —el soldado interrumpió a Alexander, bajando la mirada.

Alexander resopló. Eso no se oía nada bien.

—Si alguno de ustedes hizo algo, pendejos, me aseguraré de enviarlos yo mismo al Inframundo —siseó Zeth mientras comenzaba a seguir al soldado fuera del monte.

—Cállate. Tranquilamente pudiste haber sido tú —contraatacó Taran con un tono bajo de voz.

Zeth se volteó para estampar su puño en el rostro de su hermano menor, pero Alexander fue más veloz y detuvo el golpe.

—Mantén la vista al frente. No vaya a ser que te caigas por el risco. Sería una puta lástima —sentenció el morocho, fulminando con la mirada a su hermano. Él sonrió con malicia y bajó la mano.

—Siempre defendiendo a los débiles... —murmuró con diversión mientras se alejaba de ellos.

Cuando Taran y Alexander caminaban hombro con hombro más atrás que su hermano, el morocho le susurró en un tono de advertencia:

—Guárdate tus comentarios de mierda. Sabes que a Zeth le irrita todo.

Taran sólo se encogió de hombros y escondió sus manos en los bolsillos de su pantalón. Últimamente estaba teniendo un comportamiento extraño, pero Alexander prefería mantenerse fuera de raya; ya tenía suficientes problemas con los que lidiar.

Al salir del monte, los cuatro Inframons se trasladaron al castillo en sus formas demoníacas para llegar más deprisa. Una vez allí, el soldado los guio hasta la Sala del Trono donde ya se encontraban Connor, Isaias y Marco, el padre de Dean. Alexander escaneó el lugar con la mirada y no encontró a su hermana por ningún lado. Eso le hizo tensar su mandíbula ligeramente.

Y todo fue aún más extraño cuando Cassandra Orbin entró a la sala detrás de ellos, regalándoles la típica sonrisa maternal que a ninguno le importaba. Luego se paró frente a Connor, dándole una corta reverencia.

—¿Me has mandado llamar? —inquirió, como si ella misma estuviera sorprendida por ello.

Un pesado silencio se instaló en el lugar. Connor suspiró pesadamente, refregándose los ojos con una mano. Lucía molesto y agotado a la vez. O quizás irritado.

—¿Dónde está...?

—¿...Dilaya? —completó la pregunta Connor, y Cassandra asintió. —Dilaya —repitió, como saboreando el nombre con disgusto. Luego de otro tenso silencio, lanzó la bomba: —Dilaya está en el Inframundo.

Isaias y Alexander abrieron grandes los ojos con incredulidad; Zeth maldijo por lo bajo mientras Taran daba un respingo; por último, Cassandra llevó ambas manos a sus labios en estupefacción. Connor sólo observaba con detenimiento la reacción de cada uno... como si estuviera buscando un culpable, se dio cuenta Alexander. Por un mínimo momento, sintió la necesidad de reírse. Pero por supuesto que no lo hizo. No tenía ganas de terminar haciéndole compañía a su hermana.

—¿Alguno sabe o tiene idea de qué fue lo que sucedió con ella? —preguntó con cautela el rey.

—¿Hace cuánto tiempo está allí? ¡Tienes que regresarla ahora mismo! —sentenció Cassandra con firmeza.

—¡Ya lo sé, mujer! —espetó Connor con exasperación. —Pero primero necesito saber qué rayos le pasó para saber con qué estoy lidiando. Según me informó Hellias, ella está muy enfadada y pide venganza —hizo una pausa para relamerse los labios. —Así que reitero: ¿Alguno sabe qué sucedió con ella?

Ninguno respondía. Alexander intentó recordar cuándo fue la última vez que interactuó con su hermana, pero había sido hace semanas. Aunque recordó una conversación que oyó entre ella y los gemelos en la que ella decía que iría a... *Oh, mierda.*

Isaias se aclaró la garganta con incomodidad.

—Quizás hay una mínima posibilidad de que le haya dado una visita a... la princesa de fuego —dijo el Inframón con naturalidad, como si no fuera la gran cosa.

Miles de teorías comenzaron a idealizarse en la mente de Alexander.

—¿A Leia? —pronunció Connor con cuidado, con el ceño fruncido. —¿Fue a ver a Leia Stormholl sin decírmelo? —conjeturó con un tono de voz más alto. Por el rostro de Isaias pasaron varias expresiones, pero la que Alexander más distinguió fue la de arrepentimiento.

—Pero lo dijo como suposición —se apresuró a decir Zeth, forzando una sonrisa tranquilizadora. —Quizás sólo fue a dar una vuelta por ahí y recibió un ataque sorpresa y—

Alexander no podía soportar que sus hermanos la cubrieran como si fuera su objeto preciado.

—¿Dilaya Malstrom recibiendo un ataque sorpresa? —lo interrumpió con irritación. —Eso no te lo crees ni tú.

—¿Qué estás insinuando, Alexander? —preguntó Connor de repente, con el interés danzando en sus siniestros ojos.

—Sí, ¿qué estás insinuando, hermanito? —repitió Zeth, fulminándolo con la mirada y cruzándose de brazos.

El morocho resopló y puso los ojos en blanco. Sabía que lo que estaba a punto de decir le costaría algo malo, pero no soportaba ese comportamiento imbécil de sus hermanos para defender a esa perra indefendible.

—Sólo digo que quizás ella se lo buscó.

En un abrir y cerrar de ojos, Zeth y Isaias se lanzaron contra Alexander en sus formas demoníacas. El morocho apenas tuvo tiempo de transformarse y moverse a un lado para esquivar sus punzantes garras.

—*¡Deténganse!*

Las voces de Connor y Cassandra sonaron al unísono, haciendo retumbar todo el castillo. Los gemelos le gruñeron una última vez al morocho antes de tomar sus formas humanas y alejarse de él con brusquedad. Alexander repitió el proceso y se los quedó mirando por un rato, como si pudiera enviarlos al Inframundo con una simple mirada.

—Alex, ¿por qué dirías eso de Dilaya? —preguntó finalmente Cassandra, suavizando el tono de su voz.

Alex. Odiaba que lo llamara de esa forma, pronunciándolo de una manera que hacía parecer que le tuviera cariño. Por supuesto que no lo tenía. Jamás se atrevió a interponerse en ninguno de los castigos que recibió desde siglos atrás. No le importaba una mierda. Sólo actuaba de esa forma porque desgraciadamente era su hijo, por más que Alexander lo quisiera o no.

—Ya todos la conocemos, ¿no es así? —inquirió el morocho con desgano. —La última vez que la enviaron al Inframundo fue hace siglos. Si ahora alguien lo logró fue porque ella quiso que así fuera, o que al menos la otra persona lo intentara.

—Y si es que de verdad fue a Antel, ¿crees que alguno de ellos la mató? —indagó Connor con sorprendente curiosidad. ¿Desde cuándo le interesaba la opinión de Alexander?

Él sólo se encogió de hombros. Sabía que si seguía hablando, no tardaría en cagarla aún más.

—Eso sólo lo dice porque la aborrece —saltó de repente Zeth. Alexander le lanzó una mirada de odio puro.

—Bueno, creo que sólo hay una forma de resolver todo este misterio, ya que parece que nadie va a darme una respuesta concreta —declaró Connor, poniéndose de pie.

Alexander hizo una mueca al comprender a lo que se refería. Al parecer, Taran también lo entendió ya que susurró:

—No creo que sea una buena idea...

Connor lo ignoró y desapareció de la sala seguido por Marco mientras todos los demás se quedaban en completo silencio, casi inmóviles.

Alexander aún intentaba comprender qué rayos había sucedido en Antel. Se imaginó miles de escenarios distintos en los que Dilaya podría haber muerto, desde la muerte más estúpida hasta la más impresionante, pero ninguna terminaba de convencerlo. Lo único que sabía con certeza era que su hermana había ido allí con el único propósito de enfrentarse a Leia Stormholl.

Leia. Esa posibilidad no cabía en su cabeza, ¿pero y si...?

De un segundo a otro, las puertas de la sala se abrieron de par en par, revelando a un Inframón furioso y sediento de sangre. Detrás venía únicamente Connor, y avanzó en completo silencio hasta su trono para sentarse en él. Cuando lo hizo, sólo le dio una mirada a Dilaya. Ella soltó un último rugido que aturdió la cabeza de Alexander antes de tomar su forma humana.

—¡Esa maldita perra! —escupió con una ferocidad alarmante. —¡La voy a matar con mis propias manos! ¡Le arrancaré cada pedazo de su desagradable cuerpo hasta que—!

Alexander jamás la había visto de esa manera. Las venas de su cuello y de sus manos resaltaban en su piel rosada oscura. Sus ojos brillaban con odio puro y en su rostro estaba plasmada una expresión de repugnancia.

—Dilaya, cálmate de una vez —la interrumpió Connor con firmeza.

—¡¿Que me calme?! —repitió ella con ira, formando puños con sus manos a ambos lados de su cuerpo. —¡Esa perra me las va a pagar! ¡Haré que ruegue por—!

Comenzó a avanzar hacia la salida, pero Connor invocó un lazo de oscuridad para detenerla en el lugar y taponarle la boca. Ella lo miró con sorpresa, y su padre sólo le devolvió una mirada que decía <<*Si intentas escapar o atacarme, te enviaré de regreso al lugar de donde viniste*>>. Ella dejó de sacudirse.

—Buena chica —la apremió el rey. —Ahora, ¿puedes explicarnos qué rayos sucedió?

Liberó su boca para dejarla hablar. Ella se aclaró la garganta.

—Sólo fui a darle una visita a Leia.

Con tan sólo oír el desprecio con el que pronunció el nombre de la princesa de fuego, Alexander comprendió todo al instante. Y no sabía si estar completamente asombrado o enfadado con ella por haberle hecho algo así a Dilaya.

—¿Entonces? —inquirió Connor.

Dilaya lucía completamente avergonzada, y Alexander se hubiera reído con descaro en su rostro si no fuera porque no quería regresar al Inframundo.

—Quise ponerla a prueba. Se lo advertí. Al parecer le está yendo bien en sus entrenamientos —respondió por lo bajo, sin mirar a nadie a los ojos.

—Te dije que no la subestimaras —murmuró Isaías, y ella le lanzó una mirada asesina.

Connor pasó una mano por su mandíbula cubierta por una espesa barba igual de oscura que su cabello a rastas.

—En conclusión, Leia Stormholl te envió al Inframundo —dijo el rey finalmente. Dilaya sólo asintió, desviando rápidamente la mirada. —Por ir a Antel sin informármelo antes y causar todo este escándalo, debería encadenarte allí para siempre.

—Connor, no—

—Cállate, mujer. Déjame terminar —Connor interrumpió a su esposa con brusquedad. Luego regresó su atención a su hija. —Pero no lo haré porque aún me sirves. —hizo una pausa para volver a hablar con más seriedad: —Te daré una advertencia a ti y a todos ustedes. Hay algo en esa princesa que me desconcierta y me tomaré el tiempo necesario para descifrarlo. Pero si alguno de ustedes, imbéciles, se interpone en mi camino y hace algo sin mi consentimiento, los enviaré con Hellias sin dudarle ni por un segundo. ¿Queda claro?

Los cinco hijos asintieron con la cabeza casi al mismo tiempo, como si estuvieran sincronizados. Cassandra parecía querer objetar, pero fue más inteligente y mantuvo la boca cerrada.

—Así me gusta —dijo Connor con una sonrisa fingida. Cerró su mano e hizo desvanecer el lazo de oscuridad que rodeaba a Dilaya, quien se masajeó los hombros al estar en libertad otra vez. —Ahora, váyanse de aquí. *Todos.*

Ninguno se mostró en desacuerdo. Salieron en fila de la sala, incluida Cassandra. Una vez que la puerta se cerró, Zeth se dio media vuelta e intentó pegarle un puñetazo en el estómago a Alexander, pero éste lo esquivó con rapidez.

—¿Qué mierda te pasa, idiota? —siseó con furia.

—Tú y tu maldita bocota —se quejó Zeth. —La próxima vez, métete en tus propios asuntos.

—¿Así como lo haces tú? —contraatacó su hermano, preparándose para golpearlo en el rostro si era necesario.

Para sorpresa de todos, Cassandra se interpuso entre los dos Inframons, poniendo una mano en el pecho de cada uno. Alexander retrocedió un paso instintivamente para evitar sentir el roce de su tacto.

—Basta, los dos —les advirtió la mujer. —Ya tuvimos suficiente por hoy.

—Vamos, no seas aguafiestas, mamá —dijo Dilaya con diversión. —Las peleas entre ellos son la mejor forma de entretenimiento.

—Das demasiada pena ajena —le espetó Alexander. —¿Asesinada por una humana? ¿En serio?

—Hijo de tu puta madre, cierra la maldita—

—¡Basta! —volvió a decir Cassandra, esta vez con un grito frío y firme. —Lárguense de aquí antes de que le diga a su padre que los envíe a dar un paseo al Inframundo. ¿Es eso lo que quieren? ¿De verdad?

Nadie respondió. Todos desviaron la mirada.

—Entonces, adiós —terminó por decir.

Finalmente y para su sorpresa, todos le hicieron caso. El último en irse de allí fue Alexander; sin embargo, no pudo hacerlo ya que ella lo detuvo por la muñeca, gesto que inconscientemente le provocó un escalofrío.

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —le preguntó con extraña suavidad.

Él no se lo esperaba para nada, pero sólo asintió con la cabeza y comenzaron a caminar hombro con hombro por el castillo, alejándose del personal que rondaba por el lugar, realizando sus quehaceres.

—¿Hay algo que quieras decirme? —fue ella quien preguntó, y el morocho la miró con desconcierto.

—¿Te importaría ser un poco más específica?

Ella suspiró, bajando la mirada.

—Hace tiempo te veo entrar y salir de las mazmorras de manera sospechosa.

Con tan sólo el nombramiento de aquél lugar, Alexander maldijo en su interior de todas las maneras posibles.

—Sabía que si te lo preguntaba, no me responderías. Por lo que esperé —hizo una pausa, observando su alrededor con cautela. —Intenté mirar la situación desde otra perspectiva y me encontré con que una de las personas encerradas allí abajo no se ve tan mal como debería luego de todo lo que le hizo y hace tu padre.

—Connor —la corrigió él con molestia.

—Bien, como sea. Sabes de lo que estoy hablando, ¿no es a-?

Cuando pasaron por la puerta cerrada de una sala de estar, Alexander la abrió de repente y tiró del brazo de Cassandra con brusquedad para encerrarla allí con él. Para su suerte, no había nadie más en el lugar.

—¿Y a ti qué mierda te importa? —siseó cerca de su rostro, apretando el agarre de su brazo. Ella no se inmutó, sólo mantuvo su mirada en la de él.

—Soy tu madre.

—Ya, se nota —dijo él con sarcasmo. —Di la verdad, Cassandra. Dime cómo planeas chantajearme.

Ella enarcó ambas cejas rubias en sorpresa. En *verdadera* sorpresa, se dio cuenta Alexander.

—Alex, yo no-

—¡Deja de llamarme así, carajo! —se quejó con fuerza en voz baja. —Sólo dime qué quieres, cuál es el punto de todo esto.

—Bien —dijo ella, y la mano del morocho en su brazo se relajó un poco, pero no la soltó. —Corrígeme si me equivoco, pero estás manteniendo con vida a esa persona cada vez que recibe malos tratos de tu p- de Connor —se apresuró a enmendar ella misma.

Finalmente, Alexander la soltó, pero no pronunció palabra alguna. —No sé por qué lo haces y sé que no me lo dirás, pero quiero demostrarte que en verdad me importas.

El morocho la observó, expectante. Viendo que él no decía nada, Cassandra suspiró.

—Haré lo mismo que tú y nos turnaremos —declaró. —Así corres con menos riesgo de que Connor te descubra.

El primer instinto de Alexander al oír esas palabras fue soltar una carcajada amarga.

—Vaya, en serio eres buena actuando —reconoció él. —Por un momento me la creí —confesó con diversión. —Pero ya dime, Cassandra, ¿qué-?

—Hablo en serio, Alexander.

Que lo haya llamado por su nombre completo no fue lo único que lo hizo centrarse, sino la firmeza y decisión con que pronunció esas palabras.

—¿Y para qué rayos harías algo así? —preguntó él con seriedad e incredulidad a la vez.

—Ya te lo dije, quiero demostrarte que me importas. Nunca antes lo hice y sé que estuvo mal —el morocho tuvo que parpadear varias veces. Se sentía en un sueño. —Además, vi el estado en el que se encontraba esa persona y simplemente... no pude contenerme, ¿sabes?

Por supuesto que lo sabía. Él lo veía casi a diario, y pese a que hacía lo posible para mantener su vida a flote, no faltaba mucho más para que esa persona finalmente cediera a la muerte, la cual parecía ser la mejor opción en una situación como esa.

—¿En serio estás dispuesta a hacer algo a escondidas de Connor que pueda costarte la vida? —inquirió Alexander con sus brazos cruzados sobre su pecho.

—Si tú lo haces, entonces yo también —respondió con firmeza, sonriéndole de lado. Él no le correspondió el gesto, sólo asintió con la cabeza, inexpresivo. Luego de un corto silencio, ella se atrevió a preguntar: —Y... ¿vas a decirme por qué estás haciendo eso?

Alexander le dedicó una sonrisa burlona.

—Tú misma dijiste que sabes que no te lo diré. Y tienes razón.

Capítulo 34

—¡Dame una sola razón para no enviarte de regreso a Orland con una patada en el culo!

Por supuesto que lo que había sucedido la noche anterior no iba a pasar desapercibido. A la mañana siguiente, cuando Adara, Aileen, Cassian y Leia se reunieron para desayunar, el capitán de la guardia los interceptó antes de que siquiera pudieran llegar hasta la comida para encerrarlos en una sala de estar con él dentro. Lucía más furioso que nunca.

Era evidente que se había enterado de lo de anoche. Y también era evidente que el primer reproche iría directo a Cassian. El pelirrojo estaba acostumbrado a su terquedad, pero luego de todo por lo que Leia y él habían pasado, lo único que quería era que cerrara su boca por al menos un día entero.

—Theron, él no tuvo la culpa —intervino la princesa con firmeza. —Fuimos atacados por Inframons, ¿por qué sería la culpa de alguno de nosotros?

—Entonces respóndeme esto —declaró el capitán. —¿Quién rayos les dio permiso de irse del castillo *sin* guardias?!

Cassian resopló.

—Por los dioses, Theron, ya déjalo, ¿sí? Agradece que Leia está viva y que derrotó a su contrincante.

El capitán avanzó con brusquedad hasta él para tomarlo del cuello de la camisa, pero Leia y Aileen reaccionaron y se interpusieron entre ambos.

—¡No tienes derecho a hablar, Dustin! —le gritó Theron por encima de las jóvenes. —
—¡Pusiste en riesgo la vida de la princesa de Antel!

—¡La que puso en riesgo mi vida fue Dilaya Malstrom! —espetó Leia, pronunciando el nombre con completo desprecio. —¡Ella fue la que casi me mata!

—¡Y eso no habría sucedido si ustedes no hubieran sido tan imbéciles como para irse por ahí sin refuerzos!

—¿Acaso tienes el poder de regresar al pasado? —refutó Aileen con irritación. —No puedes cambiar lo que pasó. Ellos ya están bien y no gracias a ti, sino a ellos mismos.

Theron le lanzó una mirada fríamente asesina, pero por supuesto que Aileen no se quedaba atrás. Ambos podían ser igual de feroces. Parecía una batalla de cazadores en el que ninguna presa era necesaria.

—Te rehusaste a formar parte de la Corte y te lo respeté —le recordó el capitán, como si no hubiera nadie más allí. —Ahora no quieras intervenir en esto porque no te concierne en lo absoluto.

—No descargues tu enfado conmigo —le advirtió la morocha, llevando una mano a la empuñadura de su daga enfundada en su cintura.

—Oigan, ya es suficiente —intervino Adara, haciendo que ambos dejaran de mirarse amenazadoramente uno al otro. —Tío, Leia y Cassian pasaron por lo suficiente como para entender que no volverán a cometer ese error. ¿No es así?

La princesa y el príncipe asintieron con la cabeza.

—Además, no deberíamos perder tiempo en esto —reconoció Leia. —Debemos mantenernos alerta para lo que sea que nos aguarde luego de lo que hice.

—¿Ahora te vienes a hacer la buena princesa responsable? —espetó el capitán. —Stormholl, sabes perfectamente que los apoyo en la futura guerra, pero con lo que has causado, la estás trayendo directo a las puertas del Castillo de Fuego, y eso no puedo permitirlo —declaró con solidez.

La princesa tensó su mandíbula, y Cassian no pudo evitar intervenir.

—Fue *atacada* por Dilaya Malstrom —recalcó el pelirrojo en dirección a Theron. —No puedes acusarla de causar todo esto cuando en realidad la mató en defensa propia porque la *Inframon* atacó primero.

El capitán de la guardia se lo quedó mirando fijamente por unos segundos. Pese a que se le hizo difícil, Cassian logró sostenerle la mirada. Finalmente, sin siquiera despegar sus ojos de los del príncipe, Theron le dijo a Adara:

—Váyanse. Necesito hablar a solas con él.

—Theron, espera—

—¡Que se vayan! —gritó para interrumpir a Leia, esta vez mirándola a los ojos.

Para sorpresa de todos, la princesa le contestó con la misma dureza en su tono de voz.

—¡No! ¡No dejaré que lo reprendas por algo que no tuvo nada que ver!

—Sólo será una conversación de hombre a hombre —siseó el capitán. —Deja de querer estar siempre en el medio. Ya he tenido bastante de ti.

Cuando Cassian bajó la mirada, se encontró con que las manos de Leia a ambos lados de su cuerpo estaban tensas y desprendiendo chispas apenas visibles. Intentando ignorar las miradas inquisitivas de los demás, apoyó una mano en el hombro de la princesa para captar su atención. Ella se sobresaltó ligeramente y se volteó para encontrarse con su mirada relajada, o al menos el intento de una. Una parte de su frente estaba cubierta por una gasa, la cual ocultaba una herida que Dilaya le había causado y que Adara se había encargado de desinfectar. De tan sólo recordar la manera en que la *Inframon* la había atacado sin descaro tensaba todos los músculos de Cassian, pero decidió centrarse en sus delicados y profundos ojos dorados aún más brillantes desde que manifestó su poder por primera vez.

—Hey, ve a desayunar con Adara y Aileen, ¿sí? —le pidió, intentando sonar relajado y seguro. —Yo las alcanzo en un momento.

—Pero—

—Por favor —la interrumpió con suavidad. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no bajar la mirada de sus ojos hasta sus labios. Simplemente no podía. Los sucesos de la noche anterior lo estaban confundiendo demasiado, y no era el momento adecuado para pensar en eso.

Finalmente, Leia suspiró y asintió con la cabeza. Cassian sintió sus hombros relajarse. Bajó su mano y dio unos pasos hacia atrás para alejarse de la princesa.

—Vamos —le dijo Adara a ella con una sonrisa forzada, tendiéndole una mano. Aún dubitativa, la princesa la tomó.

—Si van a agredirse físicamente, al menos tengan la decencia de avisarnos. Ese será un espectáculo que no me quiero perder —murmuró Aileen con burla al tiempo en que seguía a las jóvenes fuera de la sala. Cerró la puerta detrás de ella con un estruendo.

Una vez que el capitán y el príncipe se encontraron a solas, un silencio pesado e incómodo recayó sobre ellos durante el cual sólo compartían miradas frías y calculadoras. Luego de un rato, Cassian suspiró y se cruzó de brazos.

—Vamos, di lo que tengas que decir —soltó.

Theron mantuvo su postura firme y su expresión inmutable. Cassian creyó que no hablaría, pero al final lo hizo.

—Pasé poco más de un mes intentando acepar el hecho de que tú y tu grupo trajeron a Stormholl del lugar donde *Aria Jules* me pidió que *yo* la ocultara, y aún no lo hago del todo, pero sé que no puedo regresarla —su voz sonaba inexpresiva y sorprendentemente pasiva. —Ambos reyes sacrificaron su vida para darle una posibilidad a su hija de vivir —Cassian se tensó debido a que Theron miraba fijamente un punto invisible en el suelo, como si estuviera pensando en voz alta. —Ahora, con su regreso y todo lo que eso conllevó, estamos metidos en una guerra de la que ya no hay salida, y no puedo contradecir mucho sobre eso porque yo también quiero terminar con esto —hizo una pausa para levantar la mirada hasta encontrarse con los ojos expectantes de Cassian. —Te lo advertiré una única vez, Dustin. Si tú o tu hermano hacen alguna tontería que la involucre, como fue lo de la noche anterior, y que ponga en riesgo su vida de esa manera, yo mismo lidiaré con ustedes. Aún tengo una promesa que cumplir con los reyes, y no dejaré que se interpongan para arruinarlo.

El príncipe sabía que lo siguiente sería un puñetazo en su rostro o estómago como mínimo, pero el capitán sólo le lanzó una última mirada cargada de odio y repulsión antes de comenzar a avanzar hacia la salida.

—No eres el único que quiere protegerla —confesó Cassian sin mirarlo a los ojos. El capitán no se volteó, pero se detuvo en el lugar. —Me sentí como la mismísima mierda cuando dos Inframons me separaban de poder defenderla de Dilaya. Pero, ¿sabes qué aprendí? —como Theron no dijo nada, el pelirrojo continuó: —Que ella puede hacerlo sola. Puede protegerse a sí misma. Tú y yo podremos seguir enseñándole todo lo que sabemos acerca de manipular los poderes y las armas, pero a la hora de luchar de verdad, ella lo hará todo por su cuenta. Ya me lo ha demostrado anoche.

Como se lo esperaba, el capitán se fue de la sala sin decir ni una palabra. Cuando estuvo sólo, soltó un largo y profundo suspiro al tiempo en que se refregaba el rostro con ambas manos.

Sabía que debía regresar con las jóvenes para desayunar junto a ellas, pero necesitaba un tiempo a solas. Su mente era un caos; no sólo por las palabras de Theron que aún daban vueltas por su cabeza, sino por todo lo que había pasado la noche anterior: desde las conversaciones profundas con Leia hasta el enfrentamiento con los Inframons y por último, *el beso*.

Desde que sucedió, él se repitió constantemente que sólo había dejado que ocurriera debido a que ambos estaban presos del pánico y de la adrenalina que las criaturas demoníacas les habían causado. Además, sólo por un pequeño instante en el que él y Leia se separaron, también creyó que ella no había sobrevivido. Por un mínimo instante, dejó de percibir su poderoso fuego y eso le había provocado una sensación horrible en su pecho; sin embargo, cuando logró relajarse, volvió a sentirla y eso le bastó para hacer desvanecer los peores pensamientos.

¿Qué había significado para ella? No tenía idea y tampoco sabía si debía preguntárselo.

Pero lo peor era que tampoco sabía qué había significado para él. Lo único de lo que estaba seguro era de que si Aiden estuviera ahí y se hubiera enterado, lo habría asesinado allí mismo. Era un príncipe; se suponía que debía dejar a un lado sus sentimientos para centrarse en lo que sería mejor para su reino, en especial teniendo en cuenta que su hermano sería el rey, no él.

Y por otra parte, también estaba el asunto de Dilaya. Si era cierto que Leia la había matado (hecho que le parecía tan impresionante como increíble), Connor los aplastaría como insectos sin siquiera darles la oportunidad de defenderse verbalmente.

No fue hasta que estaba caminando por los corredores del castillo que se dio cuenta de que inconscientemente aguardaba a cruzarse con Aiden para poder hablar de todo eso y comenzar a planificar soluciones. Odiaba sentir esa insistente punzada en su pecho cada vez que recordaba que él era la única persona de Orland en Antel.

Pero no extrañaba ni anhelaba al Castillo del Viento ni al pueblo de Olkrien, sino a la gente. Echaba de menos a los pocos amigos que le quedaban en el pueblo y en la guardia real, y por más que le avergonzaba admitirlo, también a su hermano.

Y a sus padres. Cuánto extrañaba a sus padres.

Y con sólo recordarlos, una frase asomó a su mente: <<*Un problema a la vez*>>.

<<*Lo hacías sonar tan fácil, padre. Jamás podré ser como tú. Lo siento*>>.

.....

Cassian no cumplió con su palabra porque jamás fue a desayunar con ellas. Leia apenas pudo digerir algo sólido. Aún se sentía un poco aturdida por lo de anoche, por *todo* lo de anoche, y la discusión con Theron no había ayudado para nada.

Ahora no sólo quería hablar con el príncipe sobre lo que había ocurrido entre ellos luego del enfrentamiento con los Inframons, sino que también necesitaba saber qué rayos le había dicho el capitán.

Pero durante todo el día no se volvió a cruzar con él. Por un momento, no pudo evitar preocuparse y pensar que le había sucedido algo. Sin embargo, Callahan la tranquilizó diciendo que lo había visto entrenar en el patio delantero del castillo y que parecía querer estar sólo por el momento. Leia quería decirle que a la mierda con eso, que ella *necesitaba* hablar con él, pero algo en su mente la detuvo antes de pronunciar alguna palabra. Si él necesitaba espacio, ella debía dárselo.

Ese día resultó ser uno de los más tranquilos desde que había llegado al castillo. Annabelle fue muy considerada con ella por lo sucedido, e hizo de sus lecciones algo más leve y fluido. Adara se ofreció a pasar la tarde con ella en el balcón de sus aposentos mientras la princesa tallaba una figura de madera.

Desde que sólo faltaban algunas semanas para la celebración de año nuevo, comenzó a planificar sus regalos para los demás. A cada uno le tallaría una figura que lo representara simbólicamente. Actualmente estaba comenzando a darle forma a la de Adara. Cuando la castaña le preguntó qué estaba haciendo, Leia sólo le respondió que estaba practicando algunas técnicas que le había enseñado Jesser en Emera (algo que no era del todo mentira debido a que estaba aplicando algunas de ellas para esa figura). Mientras tanto, ella cosía los agujeros de uno de sus vestidos, los cuales habían sido causados por un gato cuando ella intentó acariciarlo en una de las calles del pueblo. Al parecer, a él no le gustaban las caricias por parte de humanos.

Después del atardecer, Leia creyó que Theron seguiría lo suficientemente enfadado como para cancelar su entrenamiento nocturno. De hecho, esperaba que así fuera ya que aún no habían terminado de sanar todos sus moratones de la noche anterior (igualmente, muchos otros lo hicieron a gran velocidad gracias a su nuevo poder, según le había indicado Cassian).

Y parecía estar en lo cierto. No recibió noticias del capitán hasta la mañana siguiente, cuando Annabelle la despertó con un traje de entrenamiento en sus brazos y con la noticia de que Theron estaba aguardando por ella en el patio trasero del castillo. Desganadamente, Leia se vistió y se fue de allí seguida por Jassar.

En vez de ir al Bosque de Fuego como hacían habitualmente, esa mañana fueron a su antiguo lugar de entrenamiento: las orillas del río detrás del castillo. Durante el trayecto hasta allí, ninguno de los dos había pronunciado palabra alguna. Jassar los seguía desde los cielos, ajeno a la situación. Leia deseaba ser él antes que enfrentar esos silencios tensos con el capitán.

Luego de desayunar sin pronunciar palabra alguna, Theron comenzó a trotar a lo largo del río sin siquiera echarle un vistazo a la princesa. Viendo que no le daría indicaciones, ella resopló y empezó a seguirlo, manteniendo una distancia prudente entre ambos.

Cuando el sol comenzaba a separarse poco a poco del horizonte, Theron y Leia se sentaron cerca del río para tomar un descanso e hidratarse. También aprovechaban para hacer algunos ejercicios de estiramiento.

Y llegó un punto en que el silencio le resultó abrumador.

—¿Vas a estar así todo el día?

Theron levantó la mirada del río para dirigirla a sus ojos. Leia se dio cuenta de que no lucía del todo enfadado, sino que había algo más, pero no podía descifrar qué exactamente.

—¿Así cómo? —inquirió el capitán con molestia.

—Así en silencio —le indicó ella, señalándolo con ambas manos. Él sólo enarcó una ceja. —Vamos, sé que hay muchos insultos que quieres decirme.

Prefería eso antes que su silencio, se dio cuenta.

—Te enfada que sea terco contigo, y también que no lo sea —señaló él con irritación. —No te entiendo, Stormholl.

Leia suspiró y puso los ojos en blanco. Ese hombre era imposible. Decidió tomar otro camino para acceder a él.

—¿Por qué te enfadaste tanto?

—¿Sabes qué es lo que me sorprende, aunque no mucho? Que seas tan ingenua — Leia estuvo a punto de refutar, pero él le hizo una seña con su mano para que no hablara. — Sabes perfectamente a qué enemigos nos estamos enfrentando. Tú misma los has enfrentado. Y sin embargo, sales a las afueras del castillo sin ningún refuerzo ni arma.

—Tengo mi poder —murmuró Leia en defensa, pero él resopló con fastidio.

—Por los dioses, Stormholl, eres mejor que esto —se quejó él, pasando ambas manos por su crecido cabello morocho, del mismo color que el de Aileen. —¿En serio necesitas que te recuerde que juegas un papel muy importante en todo lo que está por venir y que todo podría cagarse por completo si a ti te pasa algo?

Leia estaba cansada de escuchar eso. Sí, era cierto, y sería muy egoísta morir por una decisión estúpida como querer pasar tiempo a solas con Cassian y arruinar el futuro del mundo. Pero ese era el problema: la presión la estaba agotando, y allí con Theron lo único que quería hacer era explotar.

—¡Créeme que ya tengo muy en claro que si no fuera por este maldito poder, a nadie le importaría una mierda mi vida!

Se puso de pie con brusquedad porque de repente le costaba respirar. Theron la imitó con la mirada fija en ella.

—Te lo advertí. ¿Ves lo que pasa cuando terminas dependiendo de tu poder? —siseó el capitán, señalándola acusatoriamente con su dedo índice. —Métete en la cabeza de una vez que Ignis te eligió a ti. ¿Tan difícil es?

—¡Sí, sí lo es! —espetó ella con furia. —¡Lo es porque no soy *nadie*! ¡Ignis se equivocó! ¡Admítanlo de una puta vez!

La criatura en su interior se estremeció, erizándole la piel de pies a cabeza.

—Eres la hija de Aria Jules y Logan Stormholl, y eso—

—Eso no significa nada, Theron —lo interrumpió ella. —No significa absolutamente nada.

Leia percibió cómo el capitán tensaba todo su cuerpo y daba un paso firme al frente. Por instinto, ella retrocedió un poco.

—Tus actitudes hormonales me llevan al carajo, Leia —pronunció él, con la ira irradiando en sus ojos oscuros. No pasó por alto que fue la primera vez en que la llamó por su nombre. —No importa lo enojada o presionada que te sientas, no tienes derecho a deshonrar a tus padres de esa forma.

—¿Ves? Ni siquiera a ti te importo. Me tratas como la mierda siempre —atacó ella, formando puños con sus manos a ambos lados de su cuerpo.

—¡Eso es porque *tú* me provocas! —siseó el capitán, volviendo a dar otro paso hacia ella.

—¡No! ¡Es porque me odias! ¡Me odiaste desde que llegué aquí y me tratas como si tuviera la culpa de eso, como si fue mi decisión abandonar a mi familia para venir a este lugar de mierd-!

—¡Cállate de una bendita vez! —su grito la sobresaltó. Ambos tenían las respiraciones agitadas. —Cállate de una vez —repitió con voz más baja, desviando la mirada y pasando una mano por su rostro. Hubo una larga pausa en la que ninguno de los dos se miraba ni se dirigía la palabra, y Leia tuvo la sensación de que quizás debía irse de allí. Sin embargo, él siguió hablando, con la vista fija en el agua cristalina del río: —No te odio. No te odio y eso es lo que más me enloquece. Incluso con tus malditas actitudes irresponsables de mierda, no puedo odiarte.

La princesa no pudo evitar parpadear varias veces para verificar que aquello no se tratara de un sueño demasiado verídico.

—No entiendo, de verdad que no te entiendo —murmuró con cansancio. En verdad le agotaban esas discusiones con él.

Se sobresaltó en cuanto Theron levantó la mirada de repente para clavar sus ojos en los de ella. Aún brillaban con un poco de ira, pero también lucían cansados y algo... vulnerables. O quizás ella se estaba volviendo loca.

—¿Quieres saber cuál es el verdadero problema contigo? —preguntó en voz alta, volviéndola a señalar acusatoriamente. Ella no dijo nada, sólo esperó. —Tu maldito rostro es el problema. Tus malditas actitudes hacia la Corte son el problema —hizo una pausa en la que Leia sólo lo miraba atónita. No sabía si quería golpearlo o exigirle una explicación. —¿Y sabes por qué? —ella negó con la cabeza. —Porque cada vez que te veo, cada día que pasas aquí y te observo, te pareces un poco más a Logan.

Sintió su corazón detenerse por sólo un segundo.

—¿Querías la verdad? Ahí la tienes.

Eso fue lo último que dijo antes de comenzar a alejarse de ella. Pero Leia sabía que no podía dejar las cosas así. Sin pensarlo dos veces, lo tomó del brazo y lo hizo voltear

hacia ella. Él la fulminó con la mirada y se soltó de su agarre con brusquedad, pero no se alejó.

—Háblame de él —las palabras salieron solas de sus labios, y aunque le pareció extraño, no sintió arrepentimiento de pronunciarlas.

—¿Qué? —preguntó Theron con el ceño fruncido.

—Todo el mundo me habla de Aria y es algo lindo, pero casi nadie me cuenta cosas de Logan. Sólo me dicen que me parezco a él y ya —hizo una pausa para susurrar por lo bajo: —Ni siquiera sé cómo murió.

El capitán se la quedó viendo por unos momentos en silencio, escudriñando su rostro con los ojos como si estuviera intentando identificar si hablaba en serio o no. Ella sólo le sostuvo la mirada con una expresión seria.

Finalmente, Theron suspiró y sus hombros sorprendentemente se relajaron.

—Logan... —murmuró, como saboreando el nombre. Volvió a acercarse a la orilla del río para sentarse sobre el césped. Leia lo imitó a una distancia prudente. —Logan era el hombre más valiente, comprensivo, sensible e idiota que jamás conocí —su rostro no demostraba expresión alguna, como era habitual en él, pero el tono de su voz sonaba suave y profundo, de una manera que ella jamás había oído del capitán Lade.

>>Nos conocimos de adolescentes cuando ambos nos inscribimos en los entrenamientos para algún día formar parte de la guardia real de Antel —prosiguió con la vista al frente. —Cada cosa que hacía era con pura dedicación. Era muy habilidoso con la espada, aunque era un asco con las armas a distancia —reconoció. —Y ni siquiera le importaba hacer el ridículo frente a todos los verdaderos soldados que algún día serían sus compañeros. A él no le avergonzaba nada.

>>Y cuando la princesa Aria se fijó en él, comenzaron sus actitudes idiotas. Buscaba cualquier manera de impresionarla cuando ni siquiera era necesario porque era obvio que ella estaba perdidamente enamorada —hizo una pausa para suspirar. —A él y a mí nos contrataron en la guardia al mismo tiempo, pero Logan sólo duró un par de meses debido a que Aria debía escoger una pareja, y por supuesto que él aceptó en cuanto se lo propuso —soltó una risa amarga cuando agregó: —Sus primeros meses como rey estaba cagado de miedo. Siempre se escabullía de sus responsabilidades para encontrarse conmigo y preguntarme una y otra vez en qué había estado pensando al tomar la decisión de aceptar la propuesta de Aria.

—Lo hizo por amor —murmuró Leia, atrayendo sus rodillas al pecho con ambos brazos.

Theron la observó por unos momentos en silencio.

—Eso mismo le dije —confesó, volviendo a fijar la vista en el río. —Y finalmente eso lo convenció. Dejó de entrar tanto en pánico cada vez que se encontraba en público e intentó seguir los consejos que Aria le daba para al menos dar la impresión de un buen rey.

>>Llegó un punto en el que nada de eso era necesario porque era el mejor rey cuando actuaba como él mismo. La población lo adoraba. Quizás los miembros de la Corte

no tanto, pero los habitantes lo consideraban un ejemplo a seguir, y eso era suficiente para él ya que alguna vez había sido uno de ellos.

Leia no pudo evitar sonreír levemente para sí misma. Ahora comenzaba a comprender más por qué todo el mundo decía que ella era muy similar a su padre biológico. Con cada cosa que Theron le contaba, más identificada se sentía.

—Por supuesto que tenía muchos defectos y cometió un montón de errores — reconoció el capitán. De repente, su semblante se oscureció. —Pero el peor de todos lo cometió el día en que murió. O quizás *yo* fui el que lo cometió. Después de todo, yo era su capitán. Se suponía que debía protegerlo.

Leia dirigió su mirada hacia él con rapidez.

—No conozco a Logan, pero estoy segura de que él no te considera culpable de lo que le pasó —le dijo con firmeza. Theron se volteó para verla.

—Ni siquiera sabes qué pasó ese día —señaló, enarcando una ceja.

Ella lo miró fijamente a los ojos. Ya no había un rastro de rabia en ellos. Sólo cansancio, tristeza y nostalgia.

—Entonces, cuéntame —le pidió.

Y muy para su sorpresa, él lo hizo.

.....

--Definitivamente esta fue la peor idea que has tenido —declaró Theron mientras terminaba de afilar su espada.

A su lado, Logan bufó.

--Ya te lo dije, Theron. No puedo dejarlo salirse con la suya luego de amenazar a mi esposa y a mi futuro hijo —le recordó con la misma firmeza que se lo había dicho la primera vez.

--Esto es una misión suicida y lo sabes —le advirtió su amigo, enfrentándolo. Al igual que hacía años, seguían siendo de la misma estatura. —Ese heredero necesitará de sus dos padres. Si algo te pasa...

--Estaré bien —le aseguró Logan, sonriendo de lado. Por supuesto que eso no bastó para convencer a Theron, y su amigo se dio cuenta de ello ya que tomó una expresión seria y puso una mano sobre el hombro de él. —Escucha, tenemos a los mejores soldados de todo Keentale. Podremos con ellos.

--Ellos son Inframons, Logan —le recordó el capitán entre dientes.

El rey suspiró, pasando una mano por su largo cabello morocho, desenredándolo aún más de lo que ya estaba.

--Estoy cansado de que se meta con mi familia —sentenció finalmente. —Y ellos son razón suficiente para luchar por ellos.

Theron resopló pero no dijo nada más. Sabía que no lo convencería de otra forma. Además, ya se encontraban en el campo de batalla y el enemigo estaba llegando. Ya era demasiado tarde para volver atrás.

Repentinamente, Derek, su hermano mayor, asomó su cabeza por la entrada de la tienda de campaña en la que se encontraban.

--Su Majestad, capitán, el enemigo ya está aquí --anunció.

Logan tensó su mandíbula y tomó su espada del estante en el que se encontraba.

--Bien, avisa a los demás. Envíalos al campo de batalla con la formación que te expliqué antes.

--A la orden --respondió Derek con firmeza, haciendo una corta reverencia antes de salir de allí.

Logan y Theron compartieron una mirada silenciosa por un largo tiempo. En ese momento, Theron no tenía idea de que sería la última vez que estuviera a solas con él.

--Por Antel --murmuró Logan, extendiéndole una mano a su capitán.

--Por Antel --repitió Theron, estrechándosela.

Y salieron de la tienda de campaña.

El campo de batalla se ubicaba a las afueras del castillo de Velthorn. Tuvieron un largo viaje hasta aquél reino. Era la primera vez que se encontraban allí. Se trataba de una pradera sin árboles en la que se podía visualizar el horizonte a la perfección. El cielo estaba nublado y el viento invernal sacudía todo a su paso, pero Theron ya transpiraba incluso sin moverse en su posición asignada unos pasos detrás de Logan.

Frente a ellos, el propio Connor Malstrom había decidido presentarse. Estaba en compañía de su capitán y de sus cinco desgraciados hijos. Todos tenían expresiones sádicas y siniestras. Theron sentía la necesidad de destrozar sus rostros muy lentamente, provocándoles el mayor sufrimiento posible.

--Logan Stormholl, es un placer verte cara a cara --dijo Connor con una sonrisa fingida.

--No puedo decir lo mismo de ti, Connor Malstrom --respondió el rey de Antel con inexpresividad. El Rey Supremo sonrió aún más ampliamente.

--Aún no sé si es muy valiente o estúpido de tu parte declararme oficialmente la guerra --reconoció Connor con el ceño fruncido.

--Ya va siendo hora de que pagues por amenazar a mi familia --siseó Logan, depositando una mano sobre la empuñadura de su espada enfundada.

--Ah, claro --exclamó él. --¿Y cómo va el embarazo de tu esposa? Espero que no sufra ninguna complicación --dijo con demasiada cautela.

El corazón de Theron golpeaba salvajemente en su pecho. Era consciente de que todos los soldados enemigos eran menor cantidad que los suyos; pero también sabía que no todos ellos eran

humanos. Probablemente habían más de cien Inframons camuflados allí, y eso le preocupaba inevitablemente.

Al oír sus últimas palabras, Logan terminó por perder la paciencia y desenfundó su espada en un movimiento limpio y veloz.

--Has pasado el límite --declaró con frialdad.

--Esto será muy divertido --murmuró Connor con diversión, y algunos de sus hijos se mostraron de acuerdo, enseñando sus dientes con ferocidad como si fueran animales.

--¡Soldados, ataquen!

El alarido de Logan resonó por todo el campo de batalla, y el silencio de antes se llenó de los gritos de guerra de todos los soldados de ambos bandos. Theron alzó su espada a modo de señal y todos lo siguieron cuando corrió hasta el enemigo.

Y el caos comenzó.

Tal como lo había previsto, gran parte de los enemigos eran Inframons. En cuanto se dio comienzo a la batalla, todas las criaturas tomaron sus formas demoníacas, exceptuando por Connor y sus hijos, quienes no lo veían necesario, algo que desconcertaba a Theron.

La pradera se inundó del sonido de las armas y armaduras chocando entre sí, además de las voces de todos los presentes. El viento parecía golpear aún con más fuerza, como si la diosa Ventum estuviera furiosa de que eso ocurriera. Theron no lo vio como un buen augurio.

Mientras atravesaba el pecho de un soldado enemigo con su espada, buscó desesperadamente con la mirada a su amigo. Lo había perdido de vista completamente.

Hasta que escuchó un grito de dolor. Un grito familiar.

El capitán avanzó hasta la fuente del sonido, deshaciéndose de todo el que se dignara a interponerse en su camino. Vio a varios de sus hombres caer y no volver a levantarse, pero se tragó el dolor y siguió avanzando a empujones, trompicones y espadazos. En un momento dado, un Inframón pasó volando por su lado tan deprisa que Theron no pudo esquivarlo y una de sus garras le hizo un corte en el lado izquierdo de su rostro. Sintió una larga herida que cruzaba su labio ardiéndole, pero siguió avanzando con decisión.

Su hermano estaba en el suelo, moviéndose de un lado a otro en un intento por quitarse de encima a un Inframón.

Con cuidado de no captar la atención de la criatura, se posicionó detrás de la misma y le atravesó el cráneo con el filo de su espada. Se desvaneció rápidamente con el viento, y Theron pudo ver el estado de Derek.

Sintió una arcada.

Tenía cortes de todo tipo por sus brazos y rostro, e incluso uno que le atravesaba el ojo. Eso sería un daño irreparable.

Pero el daño más irreparable de todos era el agujero en su pecho del cual no dejaba de brotar sangre.

Las piernas de Theron temblaban con violencia, y se dejó caer de rodillas a su lado, presionando la herida con ambas manos intentando sin éxito detener la hemorragia.

--Th-Theron --tartamudeó su hermano, poniendo una fría mano sobre la suya. --Para.

--No, no --repetía él con firmeza, intentando desesperadamente que la sangre volviera a su lugar.

--Theron, p-por favor, detente --murmuró Derek, tomando su muñeca con fuerza.

El capitán le hizo caso y se cruzó con su mirada. Sus ojos igual de oscuros que los suyos brillaban con lágrimas que no se derramaban, pero le estaba sonriendo. Y eso lo destrozó aún más.

--Ve con Logan. Él t-te necesita.

--No, Derek, no --espetó Theron. Odiaba el pánico que se oía en su voz. --Tú me necesitas.

--Ambos s-sabemos que e-eso no es cierto.

Su pecho cada vez subía y bajaba con más lentitud, haciendo que el pulso del capitán se acelerara.

--Derek, maldita sea, resiste un poco más --gritó, volviendo a presionar la herida inútilmente.

Sus mejillas se sentían húmedas y no sabía si era porque había comenzado a llover, por la transpiración o por verdaderas lágrimas. O quizás por las tres.

--Derek --llamó Theron. Su hermano lo estaba mirando y al mismo tiempo no. Él lo zarandeó un poco. --Derek --repitió con un poco más de fuerza. Nada. --¡Derek, maldita sea, contéstame!

Para ese momento ya lo estaba sacudiendo con brusquedad y desesperación. Pero ya era tarde. Su mirada perdió su brillo habitual; su pecho dejó de moverse; su vida se había desvanecido delante de su propio hermano.

El pecho de Theron se oprimió, haciendo que todo el aire abandonara sus pulmones. Su hermano había muerto. Su hermano había muerto.

--¡Capitán! --de repente, la voz de otro soldado lo hizo voltearse. --¡Capitán, el rey está en peli-!

--¡Detengan todo ahora mismo!

Esa voz no era la suya ni la del soldado ni la de su amigo.

Tanto Theron como su compañero se voltearon al tiempo en que Connor Malstrom se paraba en el centro del campo de batalla, haciendo que todo el enfrentamiento se detuviera. Pero no era por su simple presencia, sino por la persona a la que estaba sosteniendo en el aire con uno de sus lazos de oscuridad.

--No... --esa sí era la voz de Theron, apenas un susurro perdido en el viento. No podía ver con tanta claridad debido a que aún tenía lágrimas en sus ojos, pero sabía perfectamente de quién se trataba.

--Les daré una advertencia a cada uno de ustedes --comenzó hablando Connor con un tono de voz lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran en el silencio de la pradera. -- Enfrentarse o ir en mi contra jamás será pasado por alto --sentenció. --Siempre, sin ninguna excepción, la persona que decida tratarme como a su enemigo tendrá un castigo que le resultará inolvidable.

Theron se puso de pie con todo su cuerpo aun temblando. Sentía que observaba toda esa escena en cámara lenta.

Porque sabía el final.

--Esto es lo que les pasa a las personas que se creen lo suficientemente superiores a mí como para enfrentarme --a su lado, suspendido en el aire, Logan Stormholl sacudía todo su cuerpo, intentando en vano zafarse de la oscuridad que lo envolvía. --Esto es para que sepan que no habrá batalla contra mí que puedan ganar. Jamás.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Connor cerró su mano en alto.

El sonido del crujido de huesos inundó todo el lugar.

Con una última sonrisa triunfal, el Rey Supremo hizo una seña y él y todos su Inframons desaparecieron del campo de batalla tan rápido como habían llegado.

Completo silencio.

El mundo a través de los ojos de Theron comenzó a dar vueltas en cuanto visualizó al cuerpo sin vida de su amigo tendido en el suelo en ángulos completamente anormales. Luego deslizó su mirada hasta el cuerpo ensangrentado sin vida de su hermano.

Y en tan sólo unos momentos, Theron Lade no sólo había perdido a gran cantidad de sus hombres, sino también a dos de las personas más importantes de su vida.

.....

Las rodillas de Leia temblaban contra su pecho y sus mejillas estaban empapadas en lágrimas.

La voz de Theron no había quebrado en ningún momento durante todo el relato, pero sus palabras le habían llegado al pecho y la habían lastimado como dagas directo a su corazón. No conocía a su padre biológico ni al hermano del capitán, pero la manera en que él narraba la historia hacía que esas personas se sintieran más reales en su mente. Y no había podido detener las lágrimas una vez que empezaron.

Cuando finalizó, se había quedado en completo silencio, admirando el calmo movimiento del agua cristalina del río. Leia observó su perfil, en especial la cicatriz que cruzaba la mitad de su mejilla izquierda hasta su barbilla, pasando por su labio.

Era un recordatorio constante de lo que había perdido en aquella batalla. De a *quiénes* había perdido.

--Derek, tu hermano, él era...

Fue bajando la voz debido a que no sabía si era lo correcto mencionarlo, pero Theron sólo asintió con la cabeza.

—...el padre de Aileen —terminó la frase él, suspirando. —Ella sólo tenía dos años.

Leia cerró los ojos con fuerza en un intento por ablandar el dolor en su pecho. No obtuvo ningún resultado.

—¿Y su madre? ¿Qué le sucedió?

—Luego de un par de semanas, cuando regresamos a Antel, —comenzó narrando Theron. —Aria nos informó que el mismo día de la batalla, más tarde, Connor y su séquito le habían dado una visita para anunciarle la... la muerte de Logan —se forzó a soltar las últimas cuatro palabras. —La tristeza, la impotencia y la furia la llevaron a manifestar el fuego azul por primera vez. Arrasó con gran cantidad de Inframons e incluso debilitó mucho a Connor, pero no fue suficiente. Como venganza, él siguió alardeando de todas las muertes en la batalla. No sé cómo carajos lo sabía, pero nombró a Derek, y Yasmin, su esposa, estaba presente. Según lo que Aria me contó, la mujer había perdido el control y había hecho todo lo que no se suponía que tenía que hacer delante de Connor. La reina actuó demasiado tarde cuando uno de los Inframons atacó a Yasmin.

Leia no pudo evitar dar un respingo. Todo era tan... oscuro y siniestro. Y todo siempre llevaba a lo mismo: a los Inframons.

—Yo... Ay, mierda, Theron —la princesa se cubrió el rostro con ambas manos cuando las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas. Se sentía como una idiota llorando, pero no sabía qué otra cosa hacer. —Lo lamento tanto —soltó finalmente entre sollozos. —En serio lo siento muchísimo.

Ella oyó que el capitán suspiraba pesadamente.

—Supongo que... —comenzó diciendo, y se aclaró la garganta para volver a hablar con un tono de voz un poco más alto. —Supongo que yo también te debo una disculpa. Tienes razón en eso de que te traté como la mismísima mierda.

Leia sollozó con aún más fuerza porque ahora todo lo que le había dicho a Theron sonaba demasiado doloroso. Y había provenido de la boca de ella. Se sentía la peor persona del mundo.

—Oye, ya, no hagas un escándalo —el capitán recuperó un poco su tono irritado de voz. Eso la hizo relajarse ligeramente. —Ahora ya sabes la verdad, y con eso no espero caerte bien —hizo una pausa. —Sólo quiero que te sirva para no menospreciarte de esa manera. Eres la heredera de Aria y Logan, y esa es razón más que suficiente para convertirte en la reina de Antel y ser la elegida para poseer el fuego azul. Jamás olvides eso.

—Lo prometo —murmuró ella con voz gangosa, limpiándose las lágrimas con el dorso de su mano. Luego de un corto silencio, ella se atrevió a decir: —Gracias.

El capitán se volteó para mirarla por primera vez desde que había narrado toda la historia. Había un rastro de duda en su expresión.

—Por hablarme de Logan —aclaró ella. —Y por confiar en mí para contarme lo que sucedió ese día.

Theron sólo asintió una vez con la cabeza y volvió a observar el río.

Otra eternidad pasó, o quizás fue poco tiempo, no lo tenía muy claro; sólo sabía que fue el tiempo suficiente como para que en su mente repasara toda la historia narrada por el capitán. Había algo de lo que no se había dado cuenta antes, ciertos detalles que ahora salían a la luz, pequeñas cosas que no habría notado si no se hubiera tomado el tiempo de repetir en su mente la manera en que Theron narró lo sucedido, cómo sus palabras se volvían más intensas y profundas al referirse a Logan, cómo su ceño se fruncía levemente al nombrar a Aria y cómo él quería conquistarla a toda costa, incluso cuando ella no lo necesitaba porque ya estaba completamente cautivada por él, y hasta la forma en que su expresión se ensombreció al narrar el desenlace de aquella trágica historia.

Todo su alrededor pareció detenerse por unos leves segundos. Volteó su cabeza ligeramente hacia el perfil pensativo y nostálgico del capitán, hacia esos ojos oscuros perdidos en un punto invisible en el infinito.

No pudo contener las palabras por más que lo intentó con todas sus fuerzas:

—Tú lo amabas.

Silencio.

Theron no apartó sus ojos del río. Ni siquiera tensó un mínimo músculo.

Y luego de un par de segundos, se puso de pie.

—Si este es tu intento de distraerme para olvidarme de tus sesiones de flexiones y abdominales, desde ya te aviso que no te funcionará.

Muy a su pesar, ella sonrió y se acomodó sobre el césped sin rechistar, retomando su entrenamiento. Mientras realizaba las sesiones, sus ojos seguían el recorrido que Jassar trazaba al volar en el extenso cielo, aunque siempre cerca de ellos; o de *ella*, mejor dicho.

Y por más que el resto de la mañana transcurrió como si nada hubiera sucedido, Leia tenía en claro que las últimas palabras que había dicho se trataban del secreto que el capitán intentó ocultar narrando parte de su pasado.

Capítulo 35

En una semana, la celebración de año nuevo había llegado. Durante ese tiempo se había corrido la voz de lo sucedido con Dilaya en el Bosque de Fuego, causando pánico e incertidumbre en el pueblo. Daniel había propuesto cancelar la ceremonia, pero Leia, gracias a los que la apoyaban, logró convencerlo de que la fiesta necesitaba hacerse por el bien de la población para que se sintieran acompañados y pudieran disfrutar de un buen momento todos juntos.

Para el atardecer, la princesa, Adara, Aileen y Cassian avanzaban siguiendo a todos los miembros de la Corte, incluyendo al personal, hasta la plazoleta del pueblo de Alicron donde los habitantes ya comenzaban a reunirse.

Los cuatro jóvenes se habían puesto de acuerdo para combinar sus vestimentas, las cuales consistían principalmente en los colores rojos y plateados, una combinación entre el reino de Antel y el de Orland. Igualmente, sobre sus vestidos y trajes llevaban capas como abrigos debido a que el Invierno había llegado y por las noches hacía aún más frío que durante el día, cuando el sol podía calentarlos un poco.

Un grupo de doncellas que llevaban la misma vestimenta y el mismo recogido de cabello entre sí pasaron por su lado y captaron la atención de Leia. Adara lo notó.

—Son bailarinas —le explicó. —Bailarán un par de piezas musicales para brindar entretenimiento —hizo una pausa para suspirar con ensueño. —Siempre me habría gustado tomar clases de danza.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Leia.

—Al menos evitaste pasar vergüenza —dijo Cassian con tono burlón.

—Cállate, Dustin —siseó la castaña, y luego regresó su atención a la princesa para responderle: —No tenía mucho tiempo libre. Recibía educación para formar parte de la Corte y además asistía a una pequeña escuela de hechiceras —señaló con el mentón a Aileen. —Pero ella sí tomó clases de danza.

La morocha se volteó bruscamente con los ojos ardiendo en llamas.

—Ya hablamos de esto, Adara —espetó.

—Oigan, esperen, ¿cómo es que yo no sabía sobre esto? —preguntó Cassian de repente.

—Ni se te ocurra, Dustin —le advirtió Aileen.

Él la ignoró.

—¿Aileen Lade tomando clases de danza? —inquirió, carcajeando. —¿La feroz e insensible Aileen Lade bailando? Eso no me lo puedo perder.

—Cierra la puta boca —murmuró ella mientras lo fulminaba con la mirada.

—¡Vamos, dame una demostración! —exclamó él, tomándola de ambas manos e intentando hacerla mover por todo el lugar. Leia y Adara no pudieron evitar reír.

En un movimiento veloz, Aileen pisó uno de los pies del pelirrojo con todas sus fuerzas y le propinó un puñetazo en el abdomen, haciendo que se doblara sobre sí mismo y envolviera sus brazos sobre la zona del dolor.

—La próxima vez será más abajo —le alertó la morocha con un guiño inocente de ojo.

—Anotado —murmuró Cassian con un hilo de voz, haciendo una mueca de dolor cuando se reincorporó.

—¿En verdad tomó clases de danza? —preguntó Leia por lo bajo a Adara.

—Así es —respondió ella con el mismo tono de voz. —Según su maestra, era de sus mejores alumnas —indicó.

—¿Y por qué abandonó?

—No lo sé. Para ese entonces, comenzó a escabullirse del castillo como lo hace ahora —dijo, dando un suspiro. —No sé qué es lo que la entretiene tanto en el exterior, pero le debe gustar lo suficiente como para abandonar algo en lo que era verdaderamente buena.

Su conversación se vio interrumpida con la llegada repentina de Jacob, el hermano menor de la castaña. El niño se había acercado a ellas en silencio y las sobresaltó abrazando de un salto a Adara desde atrás. Ambas rieron y ella le tomó la mano para que caminara junto a ellas.

Al llegar a la plazoleta, Leia se vio fascinada por la decoración que habían preparado los habitantes del pueblo. Habían adornado los alrededores con linternas de fuego que le daban un toque acogedor al lugar, y además de mesas con comida y una plataforma en la que un grupo de personas tocaba instrumentos para llenar la ceremonia con agradable música, por todos lados se veían banderines del símbolo de Antel: la piedra de poder en forma octagonal rodeada de llamas.

Lo que la princesa más notó fue que los presentes no se encontraban del todo relajados. Sus sonrisas lucían un poco forzadas, y siempre echaban una mirada por sobre su hombro como para comprobar que estuvieran a salvo.

Leia sabía que Theron se había encargado de reforzar la seguridad en todo el pueblo. De hecho, podía ver a mucha más cantidad de guardias que en la ceremonia por el aniversario del nacimiento de Aneel Malstrom. Sin embargo, le dolía ver a los habitantes de esa forma, por lo que se puso manos a la obra y se separó del resto de los miembros de la Corte para ir a hablar con todos de una forma casual y relajada, intentando transmitirles un poco de normalidad.

En un punto alcanzó a ver a Mason de lejos, y éste le dedicó un simple asentimiento de cabeza antes de continuar hablando con otros jóvenes que Leia había visto aquella vez que visitó la herrería. Ese gesto lo interpretó como que él no quería hablar con ella, por lo que respetó su espacio.

En un momento durante la noche, la princesa se reencontró con Nicole y sus hijos, la hermana y los sobrinos de Annabelle. Esta vez, ella también estaba con ellos, conversando alegremente y jugando con ambos niños.

—¡Mira, Tom, es la princesa! —exclamó uno de ellos a su hermano en cuanto sus diminutos ojos se encontraron con los de Leia.

—¡Su Alteza! Qué bueno volver a verla —le dijo Nicole a modo de saludo, regalándole una agradable sonrisa idéntica a la de Annabelle.

—Lo mismo digo —le respondió Leia con calidez. —¿Cómo han estado?

Conversaron durante un largo rato. Annabelle le contaba a su hermana lo rápido que Leia aprendía de sus lecciones de lectura y escritura, y la princesa le contaba lo buena, comprensiva y paciente que era la rubia enseñando.

Y en un abrir y cerrar de ojos, gracias al anuncio de Daniel y a los aplausos y ovaciones por parte del pueblo, Leia cayó en la cuenta de que un año se había acabado para dar comienzo a uno nuevo.

Para estos momentos de su vida, siempre solía sentirse algo nostálgica e incluso vulnerable. Era inevitable mirar atrás y recordar todo lo que había ocurrido en trescientos sesenta y cinco días, en especial cuando comenzó de una manera y terminó de otra totalmente diferente. Ella había comenzado como Lazy Lykel, una ciudadana trabajadora y rodeada de una familia que la amaba profundamente; y ahora finalizaba como Leia Stormholl, princesa de un reino que conoció tan sólo un par de meses atrás. Parecía algo imposible, pero allí estaba, utilizando un vestido precioso en la plazoleta del pueblo a las afueras de su castillo. Su piel se erizó y no sabía si se debía a la fresca ventisca o a ese pensamiento.

Cuando dejó de lamentarse por no poder abrazar a su familia en un acontecimiento tan importante como ese y se centró en la felicidad y emoción del resto de los presentes, recibió un cálido y reconfortante abrazo por parte de Adara, quien ya había hecho lo mismo con sus padres, su hermano (había intentado apartarse, pero la castaña no le dejó opción) e incluso con Cassian, revolviéndole el cabello ondulado de manera divertida.

Los abrazos de Adara siempre la dejaban satisfecha de alguna forma u otra. Era algo imposible de explicar con palabras. Simplemente la hacían sentirse completa, o al menos *casi*.

Para su sorpresa, Darlan también la abrazó, y le dedicó unas palabras de apoyo y deseos de que ese nuevo año fuera mejor para ella. Eso mismo hicieron todas las personas con las que Leia se cruzó, y siempre se aseguraba de devolverles los buenos deseos.

Cuando quedó frente a frente con Cassian, los recuerdos de hacía una semana atrás la invadieron, pero no se sintió abrumada.

Lo había estado pensando de distintas formas y ángulos desde que sucedió, en especial debido a que aún no habían hablado a solas sobre aquello, y finalmente llegó a una conclusión.

A Leia sí le había atraído Cassian. Siempre pensó en la posibilidad de besarlo y ver qué le causaría eso. Pero por más atracción que sintiera hacia él, lo que más valoraba era la relación que se había formado entre ellos desde el primer día en que se conocieron. Llegó a su vida en un momento necesario debido a que se había alejado de todo lo que conocía, y siempre se esforzó por hacerla sentir cómoda incluso en un lugar totalmente desconocido. Y luego los roles habían cambiado. Cassian había quedado sólo en Antel y la ausencia de

su hermano le hacía sentir lo mismo que a Leia la ausencia de su familia; entonces fue ella quien lo apoyó e intentó hacerlo sentir cómodo.

Se habían confesado cosas que jamás creían que lo harían en tan poco tiempo, y habían estado ahí para el otro en los momentos exactos.

Leia sabía todo eso, y también sabía que luego de haberse quitado la duda de qué sucedería si lo besaba, si se dejaba llevar, ella no lo necesitaba como un interés romántico. Ella lo necesitaba como amigo, como compañero.

Y no lo decidió porque era conveniente políticamente. No, ella se casaría con quien en verdad amara, sin importar su posición social ni su lugar de origen. Lo tenía muy claro.

Simplemente lo había decidido porque su primer instinto fue pensar que se estaba enamorando de él. Y cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que eso no era del todo cierto, sino que se sentía como algo forzado.

Volviendo al presente, le regaló una sonrisa para nada fingida y terminó de acortar las distancias para envolver su cintura con sus brazos. Él le correspondió y la estrechó con fuerza, como si quisiera transmitirle todas las palabras que no se animaba a decir en voz alta.

Entonces entendió que su pensamiento era mutuo.

Sí, ambos eran conscientes de que el beso fue algo que dejaron que sucediera porque los dos lo querían. Y ese había sido el factor determinante para aclarar qué era lo que sentía cada uno, porque ambos habían estado igual de confundidos.

Y ya no.

Ella lo abrazó con más fuerza, haciéndolo reír por lo bajo contra su oreja.

Los músicos comenzaron a tocar una melodía suave y alegre al tiempo en que el grupo de doncellas bailarinas se movía al compás en completa sincronía. Los demás presentes se reunieron en pequeños grupos para comenzar el intercambio de obsequios, acontecimiento que tenían en común todos los reinos ya que Leia también solía hacerlo en Emera junto a su familia y amigos.

Cassian, Adara, Aileen y ella se reunieron junto a la estatua de Aneel Malstrom que se elevaba en medio de la plazoleta. Leia no pudo evitar recordar su voz angelical y ancestral aquella vez que la había visto con sus propios ojos. Parecía el recuerdo de un sueño, algo completamente ficticio.

—Muy bien, yo empiezo —declaró Adara con un tono de emoción en su voz. Su actitud en verdad que era contagiosa para Leia.

La castaña le repartió a cada uno una caja envuelta por papeles coloridos y llamativos.

—Si llega a ser otra capelina como los tres años anteriores, en serio te asesinaré —murmuró Aileen al tiempo en que abría su obsequio.

Los demás comenzaron a reír, pero poco a poco se silenciaron en cuanto notaron la expresión en el rostro de la morocha al ver el contenido. Se había quedado rígida y sus ojos... sus ojos brillaban como nunca antes.

—¿Por qué tengo el presentimiento de que no es una capelina? —le susurró Cassian a Leia, ya que se encontraba a su lado. La princesa le empujó el hombro a modo de broma.

Finalmente, Aileen salió de su asombro y sacó el contenido de la caja.

Entonces Leia entendió su reacción.

Se trataba de un precioso carcaj de tela bordó con un fino encaje dorado que formaba espirales por toda la tela. Era el accesorio más delicado y rudo que Leia jamás había visto. Era perfecto para Aileen.

—¿Qué decías? —inquirió Adara con diversión.

Aileen parecía querer decir algo, pero luego se aclaró la garganta y prefirió decir:

—Lo tomaré como una disculpa por hablar de mi vida privada.

—Por cierto, con respecto a eso—

—Cállate —interrumpió la morocha a Cassian.

El siguiente en abrir su obsequio fue él. Sus ojos se iluminaron cuando vio que se trataba de un conjunto a juego de gorro, guantes y bufanda de los colores de Antel y Orland combinados.

—¿Todo esto lo confeccionaste tú sola? —preguntó Leia con asombro.

—Espera a ver el tuyo —le dijo Adara, guiñándole un ojo de manera cómplice.

Entonces lo hizo.

Se fascinó al encontrarse con una capa negra y suave en cuyas puntas estaban bordadas unas prolijas y majestuosas llamas tanto rojas como azules.

Estaba por agradecerle cuando de repente se detuvo. Volvió a tomar la tela en sus manos para sentirla con más detalle. Levantó la vista hacia la castaña. Ella asintió con la cabeza, respondiendo su pregunta silenciosa. Leia sonrió aún más con lágrimas en los ojos, y atrajo la tela hacia su pecho.

Era la capa que le había hecho Kailani en Emera. Al usarla por tanto tiempo en el castillo, había comenzado a desgastarse y romperse. En algún momento en el que Leia no estaba prestando atención, Adara la había tomado de su armario y la había arreglado un poco para que luciera como nueva, además del asombroso detalle de las llamas.

En vez de intentar encontrar las palabras adecuadas para agradecerle, se puso de pie para quitarse la capa roja que llevaba puesta y ponerse la nueva. Luego avanzó hasta Adara y le dio tiempo a ponerse también de pie para abrazarla con todas sus fuerzas.

Sabía que esa capa ya no era lo mismo debido a que no era enteramente confeccionada por Kailani, pero también sabía que las intenciones de Adara eran buenas, y

ahora esa prenda le recordaría a ambas jóvenes, completamente diferentes entre sí y casi tan igualmente importantes para Leia.

Luego fue el turno de Aileen de repartir sus obsequios. A su prima le había obsequiado un delicado anillo de plata con una perla en el centro. Adara intentó abrazarla debido a la emoción que ese regalo le provocó, pero Aileen se apartó y desvió la mirada. A Cassian le obsequió un nuevo cinturón para enfundar su espada y otras armas más pequeñas. El pelirrojo se había quedado atónito por el simple hecho de recibir un verdadero regalo por parte de ella. Finalmente, a Leia le obsequió una preciosa y letal daga cuya empuñadura era del color del bronce y tenía tallado el emblema de Antel.

—Sé que aún no sabes usarla, pero ya tienes excusa para pedirle a Theron que te enseñe —le había dicho la morocha con un encogimiento de hombros. La princesa se lo agradeció profundamente, reprimiendo las ganas de abrazarla.

Aún recordaba con claridad lo que le había contado el capitán acerca de los padres de Aileen. Su piel se erizaba ante el recuerdo.

El siguiente en repartir sus regalos fue Cassian. A Adara le obsequió un delicado collar de oro con diminutas piedras rojizas a lo largo del mismo. La castaña se lo colocó al instante con una gran sonrisa en su rostro. A Aileen le obsequió un par de muñequeras de los mismos colores y patrones que el nuevo carcaj.

—Adara me mostró hace unos días lo que iba a obsequiarte, así que pensé que sería mejor conseguirte algo que fuera a juego con eso —explicó Cassian con indiferencia.

Aileen sonrió con diversión.

—Genial —exclamó. —Así será más sencillo clavarte una flecha en el culo.

—Pensé que dirías algo así —murmuró el príncipe con exasperación, haciendo reír a las demás.

Por último, Leia abrió su obsequio. Se trataba de un cinturón cuya hebilla era el emblema de Antel de un color dorado, y a ambos lados se encontraban sitios en los que enfundar todo tipo de armas.

—Para tu futura espada y demás —le dijo el pelirrojo con una media sonrisa. — Incluso ya puedes guardar la daga que te obsequió Aileen.

Ella lo abrazó de lado a modo de agradecimiento.

Finalmente era el turno de ella de repartir sus obsequios. Tal como lo había planeado hacía semanas, le había tallado una figura de madera a cada uno que lo representara simbólicamente. A Adara le había tallado sobre una madera lisa el tatuaje que solían llevar las hechiceras. Para ello había acudido a Darlan. Ambas se quedaban charlando por un rato mientras Leia observaba el tatuaje con atención e intentaba copiarlo sobre la tabla de madera. Para Aileen se le ocurrió tallar la figura de una flecha, y en el cuerpo de la misma inscribió sus iniciales en letra cursiva gracias a la ayuda de Annabelle. Y para Cassian escogió tallarle el emblema de Orland, y sobre el mismo, nuevamente con la ayuda de Annabelle, inscribió los nombres de sus padres.

—Dioses. ¿Tú haces estas cosas? Son geniales —exclamó Aileen al tiempo en que observaba la flecha desde todos los ángulos posibles, como si fuera una reliquia antigua.

—Te lo ha enseñado la mujer que estaba contigo en El Mercado, ¿verdad? —le preguntó Adara, sonriendo de lado. Leia asintió en respuesta, sonriendo levemente al recordar a Jesser.

—En verdad te luciste —la apremió Cassian, posando una mano sobre su hombro y dándole un apretón como gesto de agradecimiento. Estaba sonriendo, pero ella también distinguió un brillo de nostalgia en sus ojos esmeralda.

Los cuatro jóvenes continuaron la velada conversando sobre temas aleatorios, incluyendo más bromas por parte del príncipe acerca de las clases de danza que Aileen tomaba. Mientras tanto, Jassar, quien hasta ese momento había estado permitiendo que los niños del pueblo lo observaran y de vez en cuando lo acariciaran con cuidado, voló hasta donde estaba Leia para posarse en su hombro. Para sorpresa de la princesa, él no dijo nada; sólo se quedó allí. Lucía realmente relajado.

Cuando el cielo comenzaba a aclararse anunciando la próxima salida del sol, poco a poco los habitantes comenzaban a regresar a sus hogares, agotados pero verdaderamente felices, algo que a Leia le alegró.

El grupo de jóvenes se había dispersado hacía poco tiempo y la princesa se encontraba charlando con Darlan y Crain, los padres de Adara. En un momento dado, percibió a Cassian por el rabillo del ojo observándola de lejos, por lo que se despidió de la pareja y se dirigió hacia él, quien la aguardaba con una sonrisa relajada en los labios.

—¿Quieres caminar? —le preguntó, señalando una calle vacía y extendiendo un brazo en su dirección. Ella asintió en respuesta y lo tomó, comenzando a avanzar por las calles tranquilas de Alicron y alejándose de lo que quedaba de la ceremonia.

—Espero no cagarla diciendo esto, pero la celebración ha resultado un éxito.

Leia rio.

—Tú también estabas esperando a que algo saliera terriblemente mal, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió él con diversión. —Nos merecíamos un descanso.

—Todos —coincidió la princesa.

Se hizo una leve pausa entre ambos, y Leia aprovechó para sacar el tema que debía ser sacado de una forma u otra.

—Yo... Tú sabes que eres muy importante para mí, ¿no?

—¿Esto tiene que ver con lo que pasó la otra noche? —preguntó Cassian con cautela, y ella respondió con un asentimiento. —Genial, porque en verdad no sabía cómo sacar el tema sin quedar como un completo idiota.

—No te preocupes. En todo caso, seremos dos completos idiotas —le aseguró Leia, y ambos rieron.

—Eres una persona maravillosa, Leia —dijo él luego de un corto silencio. —Sabes escuchar y hablar en el momento indicado. Eres valiente en muchos aspectos y me has

demostrado que puedes lograr cualquier mínima cosa que te propongas. Es decir, ¡sólo mírate! Un par de meses en Antel y la gente ya te adora –Leia no pudo evitar sonrojarse y sonreír ampliamente. –Y en muy poco tiempo también te has convertido en alguien muy importante para mí. Siento que puedo hablar de lo que sea contigo y no me juzgarás por nada –se relamió los labios y tomó aire. –Yo... yo en verdad me sentía atraído a ti de alguna forma y creí que ese beso sería lo que por fin confirmaría todas mis dudas, pero...

–...no fue lo que esperabas –completó ella.

–Exacto. Es decir, no, en verdad fue fascinante y dulce y no me arrepiento en lo abso-

–Cass, tranquilo –lo interrumpió Leia, deteniéndolo para mirarlo a los ojos. –A mí... me pasó igual. Estaba convencida de que sentía algo muy profundo por ti y en verdad quería que eso sucediera, incluso desde mucho antes –confesó, mordiéndose el labio inferior. –Pero descubrí que esos sentimientos no son lo que pensaba. Te admiro en todos los aspectos posibles; los momentos que paso contigo son de las mejores cosas que me pasan a diario. Estoy muy sorprendida de cuánto conectamos en tan poco tiempo y de que pueda confiar en ti de manera tan fácil así como tú lo haces en mí. No quiero perderte ni que esta relación cambie por ese beso. Incluso creo que fue algo que debía pasar de una u otra forma para...

–...confirmar lo que sentimos –completó él esta vez, sonriendo ampliamente. – Dioses, no tienes idea del alivio que me da saber que estamos en la misma página. Yo tampoco quiero perderte ni que esto se arruine por eso que pasó.

Leia rio y ni siquiera lo pensó dos veces antes de lanzarse hacia él y abrazarlo con fuerza. Él la recibió al instante con seguridad, como si estuviera preparado de antemano.

Esa fue una de las pocas veces desde que llegó a Antel en que Leia sintió que hizo lo correcto. En especial al darse cuenta de que el sentimiento era mutuo, incluso la incertidumbre que sentía hacia él antes del beso. De alguna forma, la reconfortaba.

Momentos más tarde, Adara, Aileen y Jassar se les unieron, y juntos recorrieron el pueblo hasta que los primeros rayos de sol asomaron sobre el horizonte, bañándolos con su cálida luz.

.....

Alexander odiaba el comienzo de un nuevo año. Empezó a hacerlo cuando entendió que para él siempre sería la misma mierda porque gracias a Connor era inmortal y debía vivir toda la maldita realidad sin ninguna manera de escapar. Era un ciclo que se repetía constantemente y en el que tarde o temprano sucedían las mismas cosas una y otra vez: Connor o alguno de sus hijos hacía algo lo suficientemente malo como para ganarse nuevos enemigos, esos enemigos planean atacarlos y ellos acaban con sus vidas. Fin.

Y luego todo volvía a comenzar.

Pero durante el último día de ese año, no se sintió tan exhausto y enfadado con su vida como otras veces. Había algo diferente por primera vez en mucho tiempo, y pese a que quizás (era lo más probable) tuviera el mismo final de siempre, al menos se trataba de algo más impresionante y entretenido.

No de *algo*, de hecho. Sino de *alguien*.

Por eso, en la última noche de ese año, Alexander decidió saltarse la típica cena que organizaba Connor con los demás para ir al pueblo con Dean. No había nada de diferente allí. La gente siempre prefería mantenerse encerrada en sus hogares. Ni siquiera se molestaron en decorar un poco el lugar. Pero a Alexander eso le daba igual. Le daba igual desde hacía años.

Con su amigo llegaron hasta un bar de los más conocidos del pueblo. Ellos ya habían ido alguna que otra vez para ahogar sus penas en alcohol. Esa no sería situación diferente, pero al menos podían darse la oportunidad de imaginarse un comienzo de año distinto al resto, como si fuera a pasar algo que lo cambiara todo.

Los pocos presentes ya estaban tan borrachos que no se inmutaron ni un poco ante la presencia de uno de los hijos de Connor, algo que Alexander agradeció para sus adentros. Incluso les pagó una ronda de bebidas a todos para olvidarse por un rato del monstruo que era y actuar como uno más del pueblo.

Bebieron hasta alcanzar sus límites más extremistas. El morocho había perdido cualquier dejo de consciencia. Con Dean se empujaban y tambaleaban por todo el sitio, hablando de cualquier estupidez que se les venía a la mente. Ni siquiera podía asegurarse de que estuvieran hablando de la misma cosa.

Lo último que recordaba era haber cruzado miradas con dos jóvenes guapas y algo tímidas; y lo siguiente que supo fue que se encontraba en la cama de sus aposentos con un rayo de sol que atravesaba la ventana directo a su rostro, cegándolo y dándole dolor de cabeza. Aunque eso quizás se debía al alcohol. Cuando se movió un poco en el lugar, se dio cuenta de que no estaba solo; pero no sólo había una persona más en su cama, sino dos.

Capítulo 36

Así de rápido como había llegado el Invierno, se había ido para dejar paso a la Primavera.

Leia había perdido la noción del tiempo entre tantos entrenamientos, lecciones e incluso reuniones. Había llegado un punto en el que Daniel se había relajado tanto con respecto a la presencia de Leia en el castillo que incluso la invitaba a las reuniones del Consejo Real para discutir asuntos políticos y económicos. No era para nada entretenido para la princesa, pero al menos podía tener una mirada más de cerca de todos esos temas con los que ella tendría que lidiar en un futuro.

Cada vez se estaba amoldando más a la idea de ser reina. Sabía que lo haría para la guerra que estaba por venir, pero lo que aún no tenía muy seguro era qué haría después. ¿Dejaría a alguien en su lugar para abandonar el reino y regresar a Emera? Eso era lo que quería en un principio, pero ahora que conocía más a fondo a las personas que habitaban Antel, no podía evitar tener dudas.

Pero lo que sí sabía era que en cuanto pudiera, iría a Emera para reunirse con su familia; ellos lo seguían siendo, tuviera el título que tuviera.

Una mañana primaveral mientras Leia se colocaba el uniforme de entrenamiento, Annabelle llamó a su puerta para informarle que el rey Daniel deseaba desayunar con ella. El gesto la desconcertó completamente, pero sabía que no podía rechazarlo, así que le preguntó a alguno de sus dos guardias si podía avisarle a Theron que ella no podría reunirse con él.

Ambos tuvieron una especie de concurso de miradas, como si estuvieran discutiendo telepáticamente.

La relación entre ellos no mejoraba para nada. No era que se llevaran mal como tal, pero era notorio que no se sentían cómodos el uno con el otro. Una vez, Leia intentó hablar en privado con cada uno para preguntarles qué les causaba el otro. Allias repetía una y otra vez que no pasaba nada, que todo estaba bien, cosa que Leia no creía. En cuanto a Callahan, sólo le dio una respuesta corta:

—Se formó una especie de rivalidad cuando entrenábamos juntos. Pero no es algo de lo que tenga que preocuparse, Su Alteza. No dejaremos que eso intervenga en nuestro trabajo.

Por alguna razón, a ella no le convencían ninguna de las dos respuestas, pero terminó por dejarlo ir debido a que tampoco quería llegar al extremo de presionarlos demasiado.

Volviendo al presente, Allias fue quien cedió a la mirada inquisitiva de Callahan, y dando un cansino suspiro, se despidió de Leia con una leve reverencia y se dirigió hacia donde se encontraba Theron. Mientras tanto, Callahan la escoltó hasta donde Daniel la aguardaba luego de que ella se hubiera puesto un vestido más decente. En cuanto a Jassar, había decidido quedarse allí debido a que no soportaba demasiado la compañía de Daniel, por una razón que no se molestó en explicar.

Annabelle no le había dicho dónde debía encontrarse con el rey, pero tampoco se lo preguntó debido a que Callahan parecía seguro de a dónde iba, por lo que lo siguió en completo silencio.

Su cabeza era un maldito caos. Había pasado semanas, *meses*, deseando que les llegara alguna señal de que Aiden Dustin estaba bien y de que había llegado a salvo a su castillo. No sólo por el bienestar psicológico de Cassian, quien de vez en cuando se sentía perdido y desorientado con cada día que pasaba sin saber nada de su hermano; pero también por el bienestar psicológico de las demás, incluyendo a Leia. Todos estaban preocupados en el fondo, sólo que algunos lo demostraban más y otros menos. Por ejemplo, Aileen actuaba como lo hacía siempre y jamás hablaba de él, pero si alguno de los otros sacaba el tema, ella bajaba la mirada y se quedaba más tiempo en silencio de lo normal.

Leia nunca lo admitió en voz alta porque no quería que sonara algo egoísta, pero no sólo quería saber si Aiden estaba bien, sino si su *familia* estaba bien. Necesitaba con todo su ser saber cuál era su situación, qué estaba pasando en Emera, si ninguno de ellos fue tomado como esclavo por Velthorn al no haber podido alcanzar el pago semanal. Había noches en las que tenía pesadillas horribles sobre eso: veía con sus propios ojos cómo se llevaban a alguno de ellos a rastras mientras rogaban por que los dejaran quedarse, y ella sólo podía observar como lo había hecho siempre.

Pero el día en que recibieron noticias, Leia se arrepintió de todo eso. Deseaba no haber querido con todas sus fuerzas que esa maldita carta llegara. Pero llegó y su vida se desmoronó un poco más.

Había sido dos semanas atrás mientras Leia, Cassian, Adara y Aileen se encontraban sentados en uno de los bancos del jardín interno del castillo luego de haber almorzado gran cantidad de comida. Estaban en medio de una discusión absurda sobre cuál de los tres conserjes era más propenso a llegar hasta el otro lado del río nadando (su conclusión fue que ninguno, pero probablemente Melkes Ariondale sería el que más resistiera), cuando un guardia de mediana edad avanzaba hacia ellos con un sobre cerrado seguido por Theron y Darlan. Todos se quedaron en silencio con expresiones confusas en sus rostros.

—¿Pasó algo? —Adara se atrevió a preguntar.

El soldado le tendió a Leia el sobre al tiempo en que le daba una leve reverencia.

—Su Alteza, hemos recibido una carta por parte de Su Majestad el rey Aiden Dustin —informó el hombre.

Todos dieron un respingo al unísono, incluyendo Aileen, quien tenía los ojos abiertos de par en par. Dudaban de si sonreír debido a que eso significaba que Aiden estaba vivo o si mantener sus expresiones serias ya que ni Theron ni Darlan lucían muy felices.

—¿Ya la leyeron? —les preguntó Leia en cuanto el soldado se retiró para darles más privacidad.

—No, pero estuvimos ahí cuando el mensajero la trajo, y no lucía para nada contento —le explicó Theron.

—Sólo... se los advertimos para que no se ilusionen demasiado —agregó Darlan, forzando una sonrisa.

A un lado de Leia, Cassian suspiró entrecortadamente.

Los cuatro jóvenes compartieron una mirada silenciosa antes de que Leia tomara aire profundamente y comenzara a abrir el sobre. Estaba sellado con el emblema de Orland: la piedra plateada en forma octagonal rodeada de ráfagas de viento. Cuando sacó el papel que se encontraba dentro, se dio cuenta de que sus manos temblaban un poco. Estaba comenzando a sentir el pánico subiendo por su cuerpo y sabía que eso significaba que no podría leer muy bien. Aún no lo tenía del todo aprendido, y los nervios lo convertirían en algo más difícil de lograr.

Adara percibió la duda en su expresión y se acercó a ella con una sonrisa de lado. Extendió la mano en una petición silenciosa, y Leia le sonrió en agradecimiento al tiempo en que le tendía la carta.

La castaña volvió a su lugar y se aclaró la garganta para empezar a leer en voz alta:

Querida princesa de Antel,

Espero que esta carta te encuentre en un buen momento. En Orland no se ha oído mucho de Antel, pero hay rumores del regreso de la princesa de fuego, por lo que mi conclusión es que las cosas están yendo bastante bien. Todos hemos visto el halo de fuego, lo que probablemente significa que ya has manifestado tu poder. Espero que lo encuentres de tu agrado y que mi hermano sea un buen entrenador.

Con respecto a lo que mi situación concierne, mis hombres y yo hemos regresado al castillo de Orland con éxito (y con algunos retrasos debido al clima, pero nada fuera de lo común). Una gran cantidad de personas me ha apoyado en mi plan de regresar a Antel para unir nuestras fuerzas con el reino y marchar todos juntos a la guerra. De camino, estamos liberando a todos los pueblos del mandato de Connor Malstrom. Han sido batallas difíciles y hemos perdido a muchos, tanto a soldados como a civiles. Pero no daré demasiados detalles porque mi intención no es amargarlos.

Aun así, me veo en la obligación de informarte una mala noticia. Actualmente estoy escribiendo esto en el interior de una tienda de campaña a las afueras del pueblo de Emera. Estamos descansando para continuar nuestro camino la mañana siguiente.

Y la mala noticia es esta: nos habían informado acerca de un ataque inesperado al pueblo por parte de los hombres e Inframons de Connor. Intentamos llegar lo más rápido posible, pero ya era demasiado tarde para algunos. Aún habían Inframons destruyendo todo a su paso, pero logramos deshacernos de todos ellos para poder buscar sobrevivientes.

Hemos encontrado a algunos, y los estamos cuidando lo más que podemos para llevarlos al Castillo de Fuego y darles la oportunidad de un nuevo comienzo.

No daré más información porque debes continuar enfocándote en tus responsabilidades, princesa. Sé que es mucha información por asimilar y que probablemente me odies por no darte los detalles que necesitas. Pero los verás con tus propios ojos cuando lleguemos, eso es una promesa. Mientras tanto, necesito que continúes esforzándote como probablemente lo estés haciendo para mantener a salvo al castillo y poder recibir a estas personas.

Pasé mucho tiempo meditando si debería decirte todo esto o no, pero me pareció lo más correcto. Quiero creer que no me he equivocado.

Espero que los demás también se encuentren bien y que todos estén unidos. Allí tampoco deben ser fáciles las cosas, por lo que me gustaría saber que se tienen los unos a los otros.

Aguardaré con ansias una respuesta,

Aiden Dustin, rey de Orland.

Aún recordaba todas esas palabras con claridad luego de haberla releído una y otra vez a solas en sus aposentos. Tenía tantas, *tantas* preguntas, y quería odiar a Aiden por no haberle dicho quiénes eran esos sobrevivientes... pero no podía odiarlo. Prefería esta verdad a medias antes que él nunca le hubiera dicho nada.

Pero ahora que sabía que Connor había enviado un ataque a Emera, un pueblo completamente indefenso, lo único que Leia quería hacer era encontrarse cara a cara con él para destrozarlo parte por parte como él había hecho con ella.

Igualmente acalló todos sus pensamientos en cuanto Callahan y ella llegaron a los aposentos de Daniel. Leia se sorprendió de encontrarse allí, pero cuando el guardia le abrió la puerta, notó que al fondo del lugar había un balcón parecido al de sus propios aposentos donde el rey estaba sentado frente a una mesa redonda repleta de comida, observando las vistas que se extendían ante él.

Una vez que salió al exterior, Callahan se despidió de ellos con una leve reverencia y los dejó a solas.

—Buenos días, sobrina —la saludó Daniel con una sonrisa relajada.

—Buenos días —respondió ella con el mismo gesto, tomando asiento frente a él.

—¿Cómo has estado? Hace mucho que no tenemos un momento a solas —preguntó el rey mientras le servía un poco de té en su taza. Leia asintió en agradecimiento.

—Pues, bastante ocupada, la verdad —admitió, riendo. —¿Y usted?

—También —coincidió al tiempo en que se cortaba un trozo de tarta de limón. La princesa escogió uno de tarta de crema y fresas. —Pero últimamente las cosas están yendo bien por el castillo, por lo que me permití tomar un momento de paz.

Leia se mostró de acuerdo y bebió un poco de su té. El sabor no era como los que había probado antes, pero era dulce y suave. No le desagradó para nada.

—¿Hay alguna razón en especial por la que quería verme? —se atrevió a preguntar ella.

—Para ser honestos, sí —confesó con una sonrisa amable. —Te he estado observando en este último tiempo. Debo admitir que me has sorprendido —hizo una pausa en la que Leia no podía evitar mirarlo con atonicidad. —En verdad estaba seguro de que una vez que descubrieras lo que realmente significaba reinar, abandonarías todo y regresarías a Emera. Pero han pasado meses, y hete aquí con la mirada al frente y una determinación por conseguir lo que es tuyo. Me avergüenza decir que te subestimé, pero sí lo hice y quería pedirte mis más sinceras disculpas.

Leia parpadeó un par de veces con la taza en sus manos a medio camino de su boca. ¿Aún seguía durmiendo y estaba soñando? ¿Daniel Stormholl, el mismo que una vez la amenazó con exiliarla, le estaba diciendo todo aquello? ¿Le estaba pidiendo disculpas?

—Lo sé, lo sé, no pretendo que olvides todos mis malos comportamientos hacia ti de un momento a otro —siguió hablando Daniel, riendo. —Pero sólo quería que sepas lo que pienso de verdad, y que estoy dispuesto a empezar de cero para que tengamos una mejor relación.

—Sabe que esto no cambiará que yo asuma su lugar en un par de meses, ¿verdad? —dijo ella cautelosamente. Para su sorpresa, él asintió con seriedad.

—Lo sé muy bien, y estos meses me han venido bien para aceptar eso —confesó. —Como ya te dije, quiero lo mejor para Antel, y sé que si me opongo a esta idea, causaré un enfrentamiento civil del que no quiero ser culpable. Si de verdad estás segura de que tu Coronación es la decisión correcta, entonces tienes mi apoyo.

Sonaba tan sincero, y no sólo eso, sino que se *veía* sincero. Por primera vez, ella pudo atisbar un poco de la verdadera personalidad de su tío, y lo sintió como uno, no como un rey.

—Yo... —se aclaró la garganta para volver a intentarlo. —Yo tampoco quiero causarle ningún problema al reino. Sé que es difícil confiar en una joven de diecisiete años que pasó toda su vida en un pueblo para asumir el trono, pero las mejores personas de la Corte me están educando y formando para eso, y pese a que no seré como los reyes anteriores, puedo asegurar que daré lo mejor de mí —no sabía de dónde rayos habían salido todas esas palabras, pero se sintió bien decirlas. Daniel lucía bastante satisfecho.

—Sé que lo harás, Leia —afirmó él con afabilidad. —Y brindo por eso.

Él levantó su taza y ella lo imitó, chocándola con la suya para luego beber un largo trago del contenido.

Continuaron conversando sobre las reuniones a las que habían asistido junto con los conserjes ya que a Daniel le interesaba saber de la opinión de Leia sobre esos temas.

Ella no sabía mucho, pero respondió sus preguntas lo mejor que pudo, intentando sonar lo más diplomática posible.

Hubo un momento en el que sin poder evitarlo, su estómago rugió de manera extraña.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Daniel con inquietud.

—Sí, sí —se apresuró a responder, haciendo un gesto de desdén con su mano. Sin embargo, comenzaba a sentir un ligero revoltijo en el mismo que decidió ignorar. Había perdido la cuenta de cuántos pastelillos de chocolate había comido. —Por cierto, quería preguntarle algo —añadió, y Daniel asintió relajadamente. —¿Cómo era su relación con Logan Stormholl?

Ella atisbó cierta sorpresa en su expresión, pero la controló muy bien.

—Pues, era mi hermano menor, como bien sabes —comenzó explicando. El estómago de Leia dio otro vuelco extraño y lo sostuvo con ambas manos para darse calor. Eso la relajó un poco. —Nos llevábamos unos seis años de diferencia, por lo que no éramos muy cercanos debido a que estábamos en etapas diferentes de la vida. Además, a él le gustaba más el combate mientras que yo me inclinaba más por lo político y diplomático. —hizo una leve pausa para beber de su té. —Pero dentro de todo, nos llevábamos bien.

—Vivían en Alicron, ¿no es así? —indagó ella.

—Así es, con nuestros padres —respondió Daniel. —Nuestro padre había fallecido cuando nosotros éramos jóvenes debido a que era un soldado de la guardia de Antel y atendió a una de las batallas contra Velthorn de la cual jamás regresó —bajó la mirada y se mantuvo en silencio por unos momentos. Leia lo respetó e hizo lo mismo. Después de todo, se trataba de su abuelo paterno biológico. —Nuestra madre nos cuidó lo mejor que pudo hasta que fuimos mayores de edad y pudimos invertir los roles y cuidarla a ella. Alcanzó a presenciar la Coronación de Logan y mi nombramiento como lord de la Corte. Luego, una mañana ella simplemente... no volvió a despertarse.

—¿Sin razón alguna?

—Logan y yo queríamos creer que era porque ya se sentía satisfecha por lo que vivió y que ya era su momento de partir para reunirse con su esposo —luego de responder, se encogió de hombros. —Ya sabes, las típicas cosas que uno quiere creer para que la pérdida no resulte tan dolorosa.

Ella lo sabía perfectamente. En especial luego de la carta que recibió de Aiden, no podía dejar de imaginarse todo tipo de posibilidades. Quería mentalizarse para el peor escenario posible, pero a veces era simplemente demasiado. Esperaba equivocarse y que en realidad volvieran todos y se reunieran con ella como lo estuvo esperando por meses.

Otro brusco revoltijo de su estómago y un mínimo segundo en el que su visión se desenfocó la hizo ponerse alerta, enderezando su postura sobre la silla.

—¿Sobrino? ¿Seguro que te encuentras bien? Te ves pálida —señaló Daniel con preocupación.

Ella intentó decir que no pasaba nada, pero poco a poco su ritmo cardíaco se aceleró.

—¿Leia? —volvió a preguntar Daniel, inclinándose un poco hacia delante.

—E-estoy bien —por poco escupió las palabras, pero en cuanto lo hizo, llevó ambas manos a su cabeza cuando sintió una fuerte punzada en la misma.

No estaba para nada bien. Su tío le seguía hablando pero ella ya no podía oírlo. Estaba comenzando a hiperventilar. Necesitaba salir de allí, necesitaba ver a alguien que le transmitiera un poco de tranquilidad, como Adara o Darlan o Cassian, o incluso Aileen.

Intentó ponerse de pie pero sus piernas le fallaron y cayó de bruces al suelo. Oyó que Daniel se paraba para acercarse a ella con cuidado.

Con la mejilla contra el frío suelo, Leia veía el mundo girar, y ella también giraba. Poco a poco perdía el control de sus extremidades. Apenas podía mantener sus ojos entreabiertos.

Y sólo ese pequeño espacio le bastó para distinguir una extraña sonrisa en el rostro de Daniel Stormholl antes de que la oscuridad la consumiera.

.....

Mientras estaba inconsciente, su mente le mostraba imágenes demasiado vívidas para su gusto, y todas se relacionaban con las pesadillas que había estado teniendo desde que se alejó de Emera. Pero había nuevas en las que las personas que más la amaban se abalanzaban sobre ella y la culpaban de todo lo que había ocurrido, del ataque de los Inframons y de las muertes que eso había ocasionado.

Creyó que estaba gritando desaforadamente, pero cuando su consciencia regresó sólo un poco, no oyó nada. Sus párpados se sentían demasiado pesados, pero utilizó la poca fuerza que tenía para abrirlos sólo un poco. Sólo alcanzó a vislumbrar un muro gris antes de que sus ojos volvieran a cerrarse y su mente se desconectara.

.....

Más imágenes violentas y desgarradoras.

Su consciencia regresó. Esta vez ni siquiera podía abrir los ojos, pero logró darse cuenta de que estaba sentada en algún sitio y que sus piernas estaban demasiado apretadas contra las patas de su asiento, y sus manos detrás de ella también apretadas la una con la otra.

Luego volvió a ser envuelta por la oscuridad.

.....

La siguiente vez que despertó, sí pudo abrir los ojos. Su vista no se enfocaba para nada, pero atisbó una silueta humana frente a ella. Debido al color castaño claro que podía atisbar y la textura física, sabía que se trataba de una sola persona.

—¿Cal...? —su voz sonaba tan rasposa y grave que al principio no creyó que fuera de ella.

—Sigue durmiendo, princesa. Sigue durmiendo —susurró Callahan, y pese a que no quería hacerle caso, la consciencia de Leia sí lo hizo.

.....

Esta vez la despertó el sonido de una puerta cerrándose. Abrió los ojos con cuidado, aún sin poder enfocar su vista, y se encontró con otra figura humana distinta a la de la última vez. Ésta era más corpulenta y amplia, y el cabello era tan oscuro como la oscuridad que siempre la consumía.

—Eres tan ingenua, Leia —era la voz clara de Daniel. El recuerdo de su extraña sonrisa antes de que ella se desmayara por primera vez regresó a su mente como una imagen fresca. Entonces lo entendió. Pero no tenía la fuerza para hablar y acusarlo de haberle hecho eso. —Si de verdad te hubiera dejado que asumieras el poder, serías una pésima reina. ¿En serio creíste todo lo que dije? ¿No sospechaste en ningún momento que algo de lo que decía era fingido? ¿Acaso es así de sencillo engañarte? —negó con la cabeza con desaprobación. —Eres una decepción para Antel. Logan y Aria tienen suerte de no estar aquí para ver qué fue de su hija.

Leia quería gritar, patalear, desatar sus muñecas para arañarle el rostro... pero también quería sollozar con todas sus fuerzas porque en verdad había sido una imbécil al decidir creerle. Sí, le pareció sospechosa su actitud, pero estaba tan enfocada en conseguir su aceptación que eso la cegó y la llevó a confiar en él.

Por supuesto que Logan y Aria estarían completamente decepcionados de ella.

Sintió sus mejillas humedecerse, y fue la única manera de darse cuenta de que algunas lágrimas escapaban de sus ojos, pero apenas podía sentirlas.

—No te preocupes, yo me haré cargo de acabar con tu sufrimiento —le garantizó él con una sonrisa triunfadora. —Y me aseguraré de que el reino siga de pie, no gracias a ti —agregó en un siseo al tiempo en que daba media vuelta para marcharse.

Quería preguntarle por qué, por qué era así con ella, por qué le había hecho esto, pero sus labios se sentían demasiado pesados y sólo fue capaz de oír cómo Daniel abría y cerraba la puerta que la separaba de la libertad.

Antes de perder la consciencia y aún con los ojos cerrados, sintió cómo otra persona amordazaba su boca.

Ese sería su final. No tenía escapatoria, y lo que fuera que entró en su cuerpo con ese té que le había preparado Daniel no podría ser extraído. Ni siquiera podía sentir su poder. Era como si la criatura en su interior hubiera vuelto a entrar en un sueño profundo, tal como lo estaba cuando ella vivía en Emera.

Ahora volvía a ser Lazy Lykel, la débil e indefensa Lazy Lykel. Y moriría como ella.

Capítulo 37

Era una tranquila y silenciosa tarde de Primavera en Alicron mientras Aileen se encontraba sentada sobre el tejado de una vivienda de desconocidos con los cálidos rayos de sol bañando lo poco que tenía descubierto del rostro cuando un movimiento en la calle debajo de ella captó su atención. Avanzó en cuclillas hasta asomarse al borde para poder tener una mejor vista.

—¿Qué sucede? —preguntó Mist al notar la repentina actitud de la morocha. Se asomó a su lado para intentar seguir la mirada de ella.

—¿Ese no es Daniel? —indicó la morocha, señalando a una figura corpulenta encapuchada por una extensa capa bordó.

Detrás de ellas, Shadow y Gloom se asomaron con curiosidad.

—Eso parece —murmuró Shadow con diversión.

—Actúa extraño, ¿no es así? —preguntó Gloom a nadie en particular, y todos asintieron en silencio.

Cuando se percataron de que el rey temporal de Antel comenzaba a caminar por las calles entre la gente queriendo pasar desapercibido, no perdieron ni un segundo más y avanzaron de techo en techo como solían hacer para mantener una visión más amplia de él. Gracias a su sigilo, ningún civil notaba las cuatro figuras oscuras moviéndose con rapidez por sobre ellos.

A Aileen le encantaba tener una razón para trepar, saltar y corretear por superficies altas. Le provocaba gran cantidad de adrenalina, en especial al saber que cualquier movimiento en falso le provocaría una muerte segura.

Llevaba puesto, al igual que sus compañeros, un traje negro ajustado al cuerpo con capucha sobre su cabeza y una bandana del mismo color que cubría de su nariz para abajo, dejando únicamente al descubierto sus ojos. También llevaba guantes de una tela especial para poder sostenerse a paredes y suelos sin lastimarse ni resbalarse. Como otro accesorio llevaba un cinturón en donde enfundaba sus adoradas dagas y cuchillos. Lo único que le hacía falta era su arco y su carcaj, pero debió dejarlos en la herrería para que le repararan la cuerda del arco que se le había roto una tarde en que había lanzado flechas sin cesar hasta quebrar la cuerda. Al menos le había servido para desahogarse.

Volviendo al presente, Aileen notó que Daniel Stormholl se detenía frente a una tienda y miraba a ambos lados de la calle antes de entrar a la misma. La morocha entrecerró los ojos.

—¿Qué hay allí dentro?

—Si no me equivoco, es una tienda de químicos o algo así. No estoy muy seguro — fue la respuesta de Shadow, cuya voz se oía un poco amortiguada por la bandana que cubría su nariz y boca. Lo utilizaban principalmente para eso: para que nadie pudiera identificar sus voces.

—¿Qué haría el rey temporal de Antel en una tienda de químicos? —divagó Mist en voz alta, sus ojos castaños brillando con curiosidad.

—Dagger, Mist, vayan ustedes —les indicó Gloom, señalando con el mentón la tienda. —Shadow y yo vigilarémos.

—En el techo encontrarán una entrada por la que colarse —agregó Shadow, guiñándoles un ojo de manera cómplice.

Las jóvenes asintieron y compartieron una mirada divertida entre ellas antes de comenzar a avanzar hacia el tejado de la tienda en la que se encontraba Daniel. Tal como su compañero les indicó, había una pequeña puerta en forma cuadrada, la cual no estaba cerrada con llave y por la que pudieron acceder con facilidad.

Una vez dentro, se hallaron en el interior de lo que parecía ser un depósito. Antes de que pudieran salir de detrás de un estante, oyeron que la puerta de aquella habitación se abría para dejar pasar a dos personas. Mist y Aileen se aseguraron de estar bien escondidas antes de asomarse por entre los estantes para poder ver de quiénes se trataban.

—¿Ha funcionado? —era una voz desconocida, pero Aileen dedujo que se trataba del empleado de la tienda, debido a que la otra persona presente sí la conocía.

—Y muy bien —le respondió Daniel con una gran sonrisa siniestra. Cuando se quitó la capucha, se percató de que no llevaba su tan preciada corona, algo que le pareció aún más sospechoso. —Aunque tardó en hacer efecto. Estaba preocupado de que me hubieras engañado.

—Por supuesto que no, Su Majestad. Son venenos muy eficaces —le aseguró el vendedor.

—Eso parece —comentó el rey al tiempo en que el otro abría el cajón de un escritorio para tomar un montículo de papeles que se los tendió a Daniel. —¿Es todo?

—Así es —respondió el hombre con un asentimiento.

Ambos se despidieron con un firme apretón de mano y salieron de la sala. Una vez solas, Mist y Aileen se apresuraron a salir por la puerta del tejado para regresar rápidamente con Shadow y Gloom, quienes les estaban haciendo señas para que los siguieran debido a que Daniel ya se estaba yendo de allí.

—¿Qué encontraron? —preguntó Gloom cuando los cuatro avanzaban a la misma altura.

—Tal parece que *Su Majestad* compró un veneno —respondió Mist, pronunciando el título con un tono de burla. Los dos jóvenes abrieron grandes los ojos.

—¿Lo dices en serio? —inquirió Shadow.

Aileen se mantuvo en silencio, dejando que sus tres compañeros debatieran sus respectivas teorías. La morocha recordaba que Adara y Cassian se la habían pasado quejándose durante todo el día anterior y ese que no habían visto a Leia. El único que les había dado una respuesta concreta fue Theron, pese a que no fue ni un poco de concreta. Básicamente había hablado con Daniel al respecto, y éste le había dicho que la última vez que la vio, habían desayunado juntos, y luego se comenzó a sentir mal, por lo que optó por quedarse en sus aposentos.

El primer día pudieron aceptarlo. No fueron a molestarla en ningún momento porque tampoco querían abrumarla. Sin embargo, al segundo día, Theron intentó ir a buscarla para sus entrenamientos matutinos y no obtuvo respuesta. Daniel seguía diciendo que podía deberse a una intoxicación estomacal.

Pero ahora que Aileen lo había visto actuar de esa manera tan sospechosa y el intercambio de palabras con aquél vendedor, todas sus dudas se despejaron en cuanto sacó una conclusión.

—Mierda —exclamó, deteniéndose en uno de los tejados. Los demás la imitaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Gloom con cautela.

—Es Leia —murmuró Aileen, y todos la observaron con confusión. —Leia es la víctima del veneno.

Los demás lucían más sorprendidos que nunca.

—¿Estás insinuando que su propio tío la envenenó? —inquirió Mist.

—No, no lo insinúo. Lo afirmo —dijo con firmeza.

—Bien, supongamos que es verdad —dijo Shadow. —¿Dónde tiene a la princesa?

Aileen sintió un gusto amargo en la boca que le dificultaba tragar.

—No hay más tiempo que perder. Ustedes recuperen esos papeles y yo iré a buscar a Leia. Averigüen cuánto tarda en hacer efecto el veneno —les indicó. —Con suerte, no será demasiado tarde —agregó en un murmullo.

Sus compañeros asintieron con seguridad y se alejaron de ella a toda prisa, siguiendo a Daniel desde los tejados.

Mientras tanto, la morocha observaba de forma calculadora el castillo que se veía a lo lejos. ¿Dónde podría tener el rey secuestrada a su sobrina? Ella sabía que había un par de pasadizos subterráneos que no se usaban hacía años. Quizás podría empezar por allí.

Pero antes de poder continuar, un ave de plumaje negro captó su atención. La estaba mirando fijamente a los ojos de una manera que la intimidaba ligeramente. Ella le devolvió la mirada y el ave de extraños y llamativos ojos rojos graznó con todas sus fuerzas, comenzando a agitar sus alas. Voló en dirección al castillo, y Aileen sólo lo observó.

Para su sorpresa, el cuervo se volteó y volvió a mirar a la morocha. Graznó otra vez, esta vez con más impotencia, y por un momento Aileen se permitió creer que le estaba queriendo decir algo.

Sus sospechas se confirmaron cuando el ave se acercó hasta ella y comenzó a tirar de su capucha con el pico.

—¡Hey! ¡Vete! —le siseó Aileen, intentando ahuyentarlo con sus manos.

El cuervo fue lo suficientemente insistente como para que ella perdiera la paciencia, y cuando él oyó un suspiro por parte de la morocha, comenzó a volar nuevamente en dirección al castillo. Como ella igualmente tenía que ir hasta allí, lo siguió.

Llegaron hasta uno de los laterales, y cuando Aileen notó que el cuervo se detuvo justo frente a una de las entradas secretas de los pasadizos cubierta por malezas y enredaderas, comenzó a sospechar que en verdad le estaba dando indicaciones. Aún confundida, despejó la entrada y ambos se adentraron en la oscuridad de los angostos pasillos que descendían por debajo del castillo.

No tenía idea de por dónde iba, sólo siguió el sonido de las alas del cuervo agitándose. Llevaba sujeta una daga en cada mano por si acaso se encontrara con alguien indeseado.

Finalmente, el cuervo se detuvo y señaló algo con su pico oscuro. Como Aileen no podía ver casi nada, tanteó el muro al cual señalaba y se encontró con una puerta de madera gruesa. Por supuesto que estaba cerrada con llave, pero ella ya tenía experiencia con ese tipo de cosas, por lo que forzó la cerradura con un clip que llevaba escondido en su cabello y la abrió en poco tiempo.

Lo primero que sintió fue el impacto de la empuñadura de una espada contra su frente. Cayó de rodillas un poco desorientada, pero estaba lo suficientemente consciente como para rodar hacia un lado para esquivar una patada que iba directo a su estómago.

Sacudió su cabeza para despejarse y se puso de pie con rapidez al tiempo en que vio el filo de una espada siendo esgrimida hacia su pecho. La morocha utilizó sus dagas para bloquear el ataque y se encontró con que su contrincante tenía bastante fuerza.

Cuando se acostumbró a la poca luz que brindaban las antorchas colgadas en las paredes, reconoció a esa persona al instante.

—¿Qué carajos haces aquí? —le espetó a Callahan al tiempo en que lo empujaba para que retrocediera un poco.

—Vete antes de que tenga que deshacerme de ti —le advirtió el castaño con furia.

—¿Qué—?

Entonces giró su cabeza a la izquierda, y encontró la razón.

Atada a una silla y con la boca amordazada se encontraba una inconsciente Leia Stormholl.

.....

Cuando la princesa pudo volver a abrir los ojos, un enfrentamiento se estaba desencadenando frente a ella.

Sabía que uno de ellos era Callahan, pero la otra persona estaba totalmente cubierta por un traje oscuro y capucha. Incluso llevaba una bandana cubriendo la mitad de su rostro.

Lo único que sabía del desconocido era que luchaba con una destreza increíble. Esquivaba la espada de Callahan con agilidad y devolvía los ataques con tan sólo dos dagas pequeñas. Ambos se maldecían entre sí, pero Leia no podía interpretar sus palabras.

Sentía que volvería a perder la consciencia cuando un grito de dolor la hizo abrir los ojos nuevamente. El joven soldado estaba arrodillado en el suelo frente al desconocido,

sosteniendo un lado de su mejilla con ambas manos, por las cuales entre los dedos se veían hilos de sangre.

El desconocido le susurró algo amenazador cerca de su rostro antes de utilizar las empuñaduras de sus dos dagas para darle un golpe seco en la nuca y dejarlo caer inconsciente al suelo. Finalmente, fijó sus ojos marrón oscuro sobre Leia, y sin perder más tiempo, se acercó a ella para cortar con sus dagas las cuerdas de sus muñecas y tobillos. Cuando fue el turno de la que cubría su boca con demasiada fuerza, no pudo evitar dar una ruidosa bocanada de aire.

—Hey, está bien, ya estás bien —le susurró una voz amortiguada por la bandana que cubría su boca.

Leia perdió el equilibrio incluso estando sentada, y no cayó de bruces al suelo ya que el desconocido la sostuvo a tiempo. La ayudó a ponerse de pie e hizo que rodeara sus hombros con un brazo para mantenerse en esa postura. Le costaba horrores estirar sus rodillas, pero se obligó a hacerlo.

—Vamos, sólo serán unos pocos pasos —le aseguró cerca de su oído.

Pero le mintió. No eran unos *pocos pasos*.

Cada uno que daba, sentía que la llevaba directo a una muerte segura. Respirar le dolía horrores, como si sus pulmones se negaran a recibir el oxígeno, y su cabeza palpitaba con un dolor estruendoso que repercutía por todo su cuerpo. Además, sus muñecas y tobillos ardían, y probablemente estaban rojizos por las cuerdas que los ataban.

Pero lo que más sentía y más la horrorizaba era que poco a poco su ritmo cardíaco se desaceleraba. Lo percibía demasiado bien, como si cada débil latido fuera una cuenta regresiva para no volver a abrir los ojos nunca más.

Entonces supo que tenía miedo. *Mucho* miedo. No quería morir, no luego de todo por lo que pasó para llegar hasta donde lo había hecho, no por culpa de un hombre que estaba completamente cegado por las ansias de poder. Simplemente ese no podía ser su final.

No supo cómo, pero de un momento a otro, su rostro estaba siendo acariciado por un tibio rayo de sol. Un suave gemido de alivio se escapó de sus labios, y en cuanto sus pies descalzos entraron en contacto con lo que parecía ser césped, sintió nuevamente cómo la oscuridad la abrazaba, esta vez con más fuerza y decisión.

.....

No se creyó capaz de volver a abrir los ojos, pero lo hizo. Al principio veía todo borroso, por lo que utilizó sus manos para tantear su alrededor. Parecía estar recostada sobre una cama, y no sentía ninguna cuerda atándola. Suspiró del alivio.

—¡Oigan, está despertando! —exclamó una voz un tanto familiar.

Leia volvió a parpadear un par de veces y logró enfocar la vista. Se encontraba en una habitación desconocida, o al menos una que no recordaba para nada. Cuando se volteó un poco a la izquierda, visualizó a una silueta de pie al lado de una puerta. Llevaba el

mismo traje oscuro que ella había visto en la persona que la rescató de aquel lugar, pero el rostro estaba al descubierto... y reconoció a Aileen.

¿Aileen la había salvado?

No tuvo tiempo de darle más vueltas al tema debido a que la puerta que se encontraba a su lado se abrió para dejar pasar a otras cuatro personas. Ella tardó en identificarlas, pero la primera en acercarse y acariciar su cabello con dulzura supo que se trataba de Adara.

—Oh, cariño, qué alivio que estés bien —esa era la voz de Darlan, y cuando Leia la enfocó, vio que se sentó a los pies de la cama, observándola con una sonrisa de lado.

A su lado de pie se encontraba un hombre de gran contextura y crecido cabello oscuro como la noche. Theron.

Al último que reconoció fue a Cassian, quien se había arrodillado a su lado en el suelo y le tomó la mano al instante, acariciándola con suavidad. Sus ojos escudriñaban su rostro con preocupación.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Adara en un tono relajante.

—A-algo —su garganta le dolía al pronunciar la palabra.

—Ten, bebe un poco de esto —le indicó Darlan, y cuando Leia se volteó a verla, le tendía un cuenco con un líquido extraño en el interior. La princesa frunció el ceño. —Es un antídoto. No te aseguro que sepa bien, pero sí te prometo que terminará de disolver lo que sea que haya entrado a tu estómago —le explicó la mujer.

Adara la ayudó a incorporarse sobre la cama debido a que aún se sentía muy débil para hacerlo ella misma, y bebió cortos y lentos sorbos del contenido del cuenco. Sabía asquerosamente mal, pero confiaba en la palabra de Darlan. Además, era capaz de cualquier cosa con tal de deshacerse de lo que fuera que había entrado en su organismo.

—¿Qué... qué rayos pasó?

—*Daniel* pasó —fue Aileen la que respondió, pronunciando el nombre con un dejo de desprecio muy notorio. —¿Habías desayunado con él?

—S-sí —respondió ella entrecortadamente.

—Pues, puso un veneno líquido en tu bebida —confesó con frialdad. —Iba a matarte.

Sintió su piel erizarse de pies a cabeza. Lo había sabido desde que le vio esa extraña y siniestra sonrisa cuando ella se desmayó por primera vez, pero aun así no podía creerlo. ¿Qué mal había hecho para que su tío intentara quitarle la vida?

—Aún no puedo entender cómo algo así se nos escapó de las manos —murmuró Cassian sin mirar a nadie en particular. Leia apretó su mano con cariño.

—Eso, Theron —escupió Aileen de repente. —¿Cómo rayos no te diste cuenta si eres el que más tiempo pasa con ese imbécil?

El capitán levantó la mirada del suelo lentamente hasta llegar a los ojos de su sobrina. Tenía el ceño fruncido, y no pasó ni un segundo antes de que su expresión se tornara furiosa.

—¿Disculpa?

—Aileen, no es momento de acusar a nadie —la reprendió Darlan. —El único culpable aquí es Daniel, y—

—¿Estás insinuando que yo lo sabía y no dije nada? —espetó Theron a su sobrina, ignorando el comentario de Darlan. —¿Cómo te atreves?!

—No lo sé, ¡tú dime! Nos echaste la bronca cuando trajimos a Leia al reino por haberla puesto en *supuesto* peligro, pero mientras está aquí a tu alcance, la envenena el hombre con el que más tiempo pasas en el castillo.

—¡Se suponía que estaría segura! ¡Tenía no uno, sino *dos* guardias asignados para protegerla en todo momento!

—¿Te refieres al idiota de Callahan? ¿El mismo que estaba dentro de la habitación que la tenían secuestrada? —siseó Aileen.

Cassian levantó la mirada en sorpresa.

—¿Callahan estaba allí?!

—Sí, y si nadie fue a rescatarlo, aún sigue ahí. Me aseguré de dejarlo encerrado.

—Maldito hijo de puta —masculló Theron contra las palmas de sus manos cuando las pasó por su rostro en frustración.

—Oigan, deténganse —dijo Leia con apenas un hilo de voz. —Darlan tiene razón. El único culpable aquí es Daniel, y debemos encargarnos de él.

—Así es —coincidió Adara, lanzándole una mirada de advertencia a su prima y a su tío. —Atentó contra la vida de la princesa de Antel. Debe ser expulsado del castillo inmediatamente.

—¿Y cómo hacemos eso? No tenemos pruebas —le recordó Cassian.

Unos suaves golpes a una ventana que se encontraba en la pared opuesta a la que se encontraba apostada la cama llamaron la atención de todos. La única en reaccionar fue Aileen, quien le sonrió a Cassian de manera triunfadora.

—En eso te equivocas.

Avanzó hasta la ventana y la abrió. Del otro lado, de cuclillas sobre el vendaval se encontraba una persona que llevaba puesto el mismo traje oscuro que Aileen. Lo único visible eran unos finos ojos color castaño.

—Te traje lo que solicitaste —pronunció el desconocido. Apenas podía distinguir su voz debido a la bandana que cubría sus labios, pero creyó que se trataba de una femenina. Le tendió a la morocha un montón de papeles.

—Gracias —le dijo Aileen con un asentimiento de cabeza. —Mantente en las sombras, Mist —agregó luego, y ambas hicieron un saludo extraño con una de sus manos.

—Mantente en las sombras, Dagger —repitió la otra persona, y sin cruzar miradas con los demás en la habitación, se alejó a través de la oscuridad de la noche.

Aileen cerró la ventana y se volteó para encontrarse con miradas confusas y sorprendidas por parte de todos. Sólo se acercó a Cassian para entregarle los papeles.

—¿Qué rayos—?

—¿Querías pruebas? Ahí las tienes —lo interrumpió la morocha con desinterés. —Se los había dado el vendedor del veneno a Daniel esta tarde.

El pelirrojo leyó por encima algunas de las palabras hasta que sus ojos se iluminaron y una gran sonrisa se ensanchó en sus labios.

—Es la orden de compra —anunció con satisfacción. —E incluye su propia firma y sello —hizo una pausa para levantar la mirada y decir con incredulidad: —Lo tenemos.

—¿Cómo conseguiste eso? —le preguntó Theron a su sobrina al tiempo en que se acercaba a Cassian para leerlo él mismo.

—¿En serio importa? —inquirió Aileen, cruzándose de brazos. —Ya tienes todo lo necesario para acusarlo de asesinato —agregó, señalando los papeles.

—Y lo haremos, pero mañana por la mañana —decidió Darlan. —Leia necesita descansar. Con suerte, el antídoto la curará por completo durante lo que resta de la noche.

Los párpados de Leia comenzaban a cerrarse contra su voluntad, por lo que Adara le acarició la espalda una última vez antes de recostarla nuevamente sobre la cama con suavidad.

—Por cierto, ¿dónde estamos? —logró preguntar a nadie en particular.

—¿Recuerdas a Nicole? —le preguntó Adara, y Leia asintió. Era la hermana de Annabelle. —Pues, cuando Aileen te encontró y te sacó de allí, te escabulló por el pueblo para no llamar la atención. Para su suerte, la única que las vio fue ella, y cuando Aileen le explicó lo sucedido y que aún quería mantener un perfil bajo, Nicole les ofreció que se ocultaran en su vivienda. Una vez que te dejó allí, fue a avisarnos a nosotros, por lo que ahora estamos todos ocultos aquí —concluyó con una sonrisa forzada.

—Muy bien, es hora de irnos —anunció Darlan, haciendo que todos se pusieran de pie. —Te dejaremos descansar, cariño. Para lo que necesites, estaremos del otro lado de la puerta —le aseguró, y Leia no pudo evitar sorprenderse cuando recibió un cálido beso en la frente de su parte. —Y antes de que me olvide, el antídoto también se está encargando de volver a despertar tu poder. Al parecer, lo que sea que te dio Daniel fue lo suficientemente fuerte como para bloquearlo.

—Gracias, Darlan —susurró la princesa con amabilidad. La mujer asintió con una de sus dulces sonrisas de labios cerrados.

—Descansa, Leia.

Los demás también se despidieron de ella y la dejaron sola en la oscuridad de la habitación. Poco a poco comenzaba a sentir leves mejoras en su organismo: su ritmo cardíaco se sentía un poco más normal; su respiración funcionaba con menos esfuerzo y dolor; y por último, todo su cuerpo se sentía más relajado al estar recostado sobre un mullido colchón.

Debido a todo lo sucedido y a los inevitables nervios por enfrentarse a Daniel al día siguiente, había tardado mucho tiempo en conciliar el sueño. Lo único que hacía era concentrarse en su respiración calmada y constante mientras miraba fijamente el exterior de la ventana, que básicamente consistía en una mancha negra.

Segundos antes de que finalmente el sueño decidiera alcanzarla, creyó ver el atisbo de unos diminutos y redondos ojos rojos observándola con calma entre toda esa oscuridad.

Capítulo 38

A la mañana siguiente, sorprendentemente se sentía como nueva. No sólo se debía al antídoto que le había proporcionado Darlan, sino también a que su poder había regresado y la había curado con más rapidez de lo normal. La criatura en su interior volvía a agitarse con diversión, como dándole la bienvenida a Leia una vez más. Para su asombro, ella se dio cuenta de que la había extrañado.

Una vez que salió de la habitación, se encontró con el resto en el comedor. Incluso Nicole estaba allí, y Leia la abrazó con fuerza en un gesto de agradecimiento, no sólo por brindarle un lugar donde pasar la noche, sino por la comida que ahora le estaba ofreciendo. Su estómago rugía con la necesidad de algo sólido (y *sano*) en su interior.

Mientras todos desayunaban en ronda, discutían acerca de cómo actuarían a continuación. Terminaron por decidir que lo mejor sería hacer correr la voz en Alicron de lo sucedido para que se reunieran en las puertas del castillo y Leia pudiera contarles la verdad. Eso le serviría para obtener su apoyo y poder destronar a Daniel con más facilidad. Eso le daba un poco de náuseas, pero al mismo tiempo sabía que se lo merecía por lo que había intentado hacer.

Los hijos de Nicole también se encontraban allí, y oían la historia de Leia con completo asombro, como si fuera un cuento ficticio. Por supuesto que ella lo narró de una manera que no sonara tan aterrador como en verdad lo fue. Aún podía sentir cómo su alma caminaba justo en la fina línea entre la vida y la muerte, inclinándose más a un lado que al otro. El miedo que sintió era algo que jamás quería volver a experimentar. Por poco, ese miedo era lo que la mataba, y no el veneno en sí.

Luego de agradecerle un par de veces más a Nicole por el gran favor que les había hecho, salieron de la casa y Cassian, Theron y Darlan tomaron diferentes caminos cada uno para comenzar a esparcir el rumor del secuestro de la princesa por parte del rey. Mientras tanto, ella y las primas se ocultaban bajo las capuchas de sus respectivas capas, exceptuando Aileen, que llevaba la de su traje. Como accesorio adicional, ella llevaba colgado en su hombro el carcaj que le obsequió su prima en la ceremonia de Año Nuevo, el cual resaltaba de maravilla sobre la vestimenta negra y lucía letal al lado de su arco.

—Oye... no he tenido oportunidad de darte las gracias por lo que has hecho. Prácticamente me has salvado la vida —le dijo Leia, intentando que su voz sonara lo más honesta posible.

—De nada, supongo —murmuró Aileen, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo me encontraste? —se atrevió a preguntar.

Hubo un corto silencio por parte de la morocha en el que parecía debatir consigo misma si responder o no. Finalmente, decidió hacerlo.

—Probablemente sea lo más absurdo que escucharás en tu vida, pero lo cierto es que me guio un cuervo. Y una vez que entré a la habitación en la que estabas, simplemente... desapareció.

Leia parpadeó un par de veces, atónita. Sabía que ella no solía bromear sin sentido, por lo que de alguna u otra forma, estaba diciendo la verdad.

—¿Un cuervo? —repitió Adara con desconcierto.

Su prima asintió en respuesta, sin mirarla. Y al repetir esas palabras en su mente, Leia recordó algo importante.

—¿Acaso tenía... ojos rojos? —preguntó por lo bajo, mordiéndose el labio inferior. Su voz sonaba más esperanzada de lo que quería demostrar.

Aileen se volteó para mirarla a los ojos con las cejas enarcadas.

—¿Lo dices en serio? —exclamó.

—Oigan, ¿de qué me perdí? —intervino Adara.

—Ese ave... —intentó encontrar las palabras correctas. —Digamos que la he visto varias veces en Emera. Sonará extraño, lo sé, pero a veces puedo sentir su presencia, como si tuviera un imán para mis ojos —sintió sus mejillas sonrojarse de vergüenza al ver las expresiones de confusión de las dos jóvenes. —Mi madre, Linda, solía decir que era mi especie de *guardián*. Es algo absurdo, pero cuando vinimos a Antel, lo vi un par de veces rondando por los alrededores del castillo. Y no sé cómo explicarles con palabras, pero sé que es el mismo que me observaba en Emera.

Adara y Aileen compartieron una mirada silenciosa entre ellas. Leia no pudo evitar sentirse incómoda, pero la morocha volvió a hablar con cierta emoción:

—Eso es bastante asombroso —reconoció con una sonrisa. —Ahora no me siento tan estúpida al creer que ese cuervo en verdad me guiaba hacia ti —admitió con diversión.

Muy a su pesar, Leia sonrió. Un cómodo silencio se instaló entre las tres, pero sólo duró un par de calles.

—Diablos, ya no puedo soportarlo más —bufó Adara con un dejo de exasperación. —¿Qué es todo eso de Mist, Dagger y tu traje súper genial? —exigió saber en dirección a su prima.

Aileen suspiró, encorvando ligeramente los hombros.

—No vas a dejarlo ir, ¿verdad?

—¿Tiene que ver con tus constantes desapariciones? —siguió indagando su prima.

—Sí, pero es muy largo y aburrido de explicar —respondió la morocha entre dientes.

—¿Es en serio, Aileen? —se quejó Adara, cruzándose de brazos.

—¡Bien! —exclamó ella de forma cansina. —Si sobrevivimos a la furia en la que se convertirá Daniel con todo esto, prometo que te lo contaré todo.

—No sólo a mí —le advirtió su prima. —Todos estamos preocupados por ti, así que a todos nos debes una explicación —luego de una pausa, agregó con más lentitud: —Incluso a Aiden.

La morocha puso los ojos blancos y desvió la mirada mientras las tres continuaban caminando. La tensión en el aire era tan intensa que podría tocarla con su propia mano, pero prefirió no intervenir debido a que era un tema de ellas dos que no la concernía;

aunque sí tenía muchas preguntas con respecto al secreto de Aileen, en especial luego de verla con ese traje espectacular y sus movimientos de combate cuando luchó contra Callahan.

Callahan. Dioses. Qué estúpida había sido en confiar en él también. Se dejó convencer con puras habladurías de que no apoyaba a Daniel y que estaría del lado de Leia cuando llegara la Coronación. Por supuesto que nada de eso era cierto. Maldito imbécil. Agradecía que Aileen le hubiera dado su merecido, aunque le habría gustado haberlo hecho ella misma.

Al llegar a la entrada del castillo, el corazón de Leia comenzó a palpar con más fuerza en su pecho al notar todo el tumulto de gente que se había acumulado. Se trataba de gran cantidad de habitantes de Alicron que exigían una explicación por parte de Daniel. Leia quería sonreír ante eso y al mismo tiempo vomitar.

Las jóvenes se encontraron con Theron, su hermana y Cassian observando al público con satisfacción. La princesa notó que el príncipe aún tenía las pruebas en sus manos, sosteniéndolas con seguridad.

Cuando todos se reunieron, varios guardias del castillo comenzaron a acercarse para preguntar acerca del porqué de la concentración de civiles. Sin embargo, cuando sus miradas se toparon con Leia, el entendimiento se acentuó en sus expresiones; y se debía al estado en que se encontraba la princesa: su cabello estaba hecho una maraña, aún llevaba puesto el vestido que había llevado para el desayuno con Daniel y la tela estaba sucia y rasgada, y por último, su expresión sólo irradiaba frialdad.

Todos habían tomado la decisión de que Leia se presentara ante el pueblo de la misma manera en que el maltrato de Daniel la había dejado. Le parecía la manera más sincera de demostrarle al resto lo que su rey era capaz de hacer.

—Su Alteza, ¿qué—?

Leia interrumpió a uno de los soldados con un gesto de su mano. Sabía que el plan era hablar con el pueblo para luego ir en contra de Daniel, pero de repente, una idea asomó a su cabeza.

—Infórmenle a Daniel Stormholl que quiero hablar con él aquí mismo —ordenó con firmeza, e incluso se sorprendió del sonido de su propia voz. Por el rabillo del ojo podía ver la sorpresa en los rostros de los demás, pero se mantuvieron en silencio.

—Pero... —intentó decir uno de los soldados, pero se vio interrumpido por la mirada de advertencia del primer soldado que habló.

—Lo que ordene Su Alteza —dijo, y se despidió con una leve reverencia antes de adentrarse en el castillo, seguido por sus compañeros.

Leia soltó un leve suspiro de alivio. Por un momento creyó que no funcionaría.

—¿Se puede saber qué rayos fue eso? No es lo que acordamos —se quejó Theron con exasperación.

—Quiero verlo —decidió Leia en voz alta. —Quiero ver su cara cuando lo expongamos ante todo Alicron. Y quiero que todos estén presentes a la hora de tomar la decisión final.

Cassian, Adara y Aileen sonreían de manera radiante. En cuanto a los hermanos Lade, no lucían demasiado convencidos, pero tampoco objetaron.

—Sólo recuerda, sé tú misma —le aconsejó el pelirrojo, guiñándole un ojo de manera cómplice. Ella no pudo evitar sonreír.

Se separó un poco de ellos para estar frente a frente con la multitud de gente que ya se había acumulado en la entrada de las murallas y quitarse la capucha. Todos lucían confundidos y desconcertados, pero algunos la saludaron con una reverencia y una amplia sonrisa. Leia les devolvió el gesto con honestidad y aguardó hasta que el último murmullo cesara para empezar a hablar en un tono alto de voz.

—Pueblo de Alicron, están aquí por un rumor que yo dejé que se divulgara para que pudieran reunirse ante el castillo y oír la verdad —intentó recopilar todos los consejos que Adara le había dado para hablar en público, además de las formalidades que había acostumbrado a escuchar por parte de Daniel cuando se dirigía a sus súbditos. —Durante la mañana del día de ayer he compartido un desayuno con su rey, Daniel Stormholl, y mi bebida había sido sabotada con un veneno mortal que me dejó inconsciente el tiempo suficiente para que él y sus cómplices me encerraran en una de las habitaciones ocultas del Castillo de Fuego —se detuvo un momento para dejar que los nuevos murmullos de incredulidad y sorpresa se expandieran a su alrededor. —Y antes de que lo pregunten—

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí?

Leia se volteó para volver a ver al actual rey de Antel acercándose a ella con lentitud cautelosa. Su mirada era calculadora y fría, y pese a que su primer reacción fue retroceder un poco, tragó grueso y enderezó su postura. No podía echarse atrás, no ahora.

Varios pasos detrás de él, también se asomaban al exterior soldados y miembros de la Corte, incluyendo a Serafine y a los tres conserjes, quienes observaban la situación con atención.

Para su sorpresa, Callahan también se encontraba allí, y ella pudo ver una profunda y rojiza cicatriz que recorría su mejilla izquierda, cortesía de Aileen cuando la rescató la tarde anterior. Él estaba más apartado del resto, como si estuviera intentando pasar desapercibido. *Maldito cobarde*. Por el rabillo del ojo, percibió a Aileen apretando con fuerza la empuñadura de uno de sus cuchillos enfundados, con la vista clavada en el castaño. Él la ignoraba completamente.

—¿Por qué estás interviniendo en la rutina de los habitantes de Alicron? —continuó preguntando Daniel cuando llegó frente a ella.

Tuvo que levantar el mentón para verlo a los ojos, pero mantuvo sus hombros hacia atrás y su columna recta.

—Los civiles vinieron por su cuenta ya que se han esparcido rumores, Su Majestad —le respondió con una sonrisa fingida. Daniel frunció el ceño. —Así es, tal parece que su imagen de rey perfecto y bondadoso se trataba sólo de eso, de una *imagen*.

El rey estuvo a punto de refutar, pero recién en ese momento se percató de las pintas de Leia luego de echarle una mirada de pies a cabeza. Entonces su rostro palideció ligeramente, pero se apresuró a mantener una expresión seria.

—¿De qué estás hablando?

—Justo estaba aclarando todas sus dudas para ahorrarte el trabajo —respondió Leia con falsa inocencia. —Tú lo has hecho por mí alguna vez, así que ahora fue mi turno.

—No entien-

—¿No entiendes? —inquirió la princesa. —Puedes preguntárselo a ellos.

Y en ese momento, el pueblo estalló. El silencio fue reemplazado por exigencias por parte de ellos para que Daniel les dijera la verdad, si era cierto que había envenenado a Leia, si la había secuestrado, si resultaría una amenaza para ellos mismos. El rey los observó con una mezcla de incredulidad e irritación, y luego hizo un gesto con ambas manos para acallarlos.

—Es una falta de respeto que estén acusando a su rey de algo tan insólito como eso —exclamó en voz alta. —Se están dejando llevar por simples palabras de una adolescente que lo único que quiere es usurpar mi lugar para llevarlos a una guerra imp-

—¡Esto ya no tiene nada que ver con la guerra! —lo interrumpió Leia. —Esto tiene que ver con tu sed insaciable de poder que no te deja ver más allá de eso.

—Además —agregó Cassian con el mismo tono de voz, dando un paso al frente. —La princesa tiene pruebas para acusarlo por intentar contra su vida.

El pueblo se mantuvo en silencio, expectante, cuando el príncipe levantó los papeles en el aire para que todos los vieran. No muchos tenían una buena visibilidad, pero luego se los alcanzó a los miembros del Consejo Real para que ellos mismos pudieran comprobarlo. Daniel palideció aún más mientras ellos lo leían con detenimiento.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! —exclamó Daniel con molestia. —Leia Stormholl, has causado suficientes problemas desde tu llegada al reino. Te di muchas posibilidades y aun así sigues sin hacer las cosas bien —avanzó hasta quedar a sólo unos pasos de ella. De un segundo a otro, desenfundó su espada, haciendo que muchos dieran un respingo, incluyendo Leia, quien se odió por haberlo hecho. —Como actual rey de Antel, te obligo a exiliarte para siempre de mi reino, y lo haré a la fuerza si no aceptas de forma pacífica —anunció en voz alta, señalándola con el filo de su espada.

Antes de que alguien más pudiera decir algo, el sonido de otra espada desenfundándose llegó a los oídos de Leia, y una figura masculina se interpuso entre ella y Daniel.

—¿Capitán Lade? ¿Qué rayos está haciendo? —espetó el rey con confusión.

Theron mantuvo su postura firme y su espada apuntando hacia Daniel de la misma forma en que la suya apuntaba hacia él.

—No puedo permitir que hagas esto —declaró el capitán con inexpresividad. —Esto no es lo que Logan y Aria hubieran querido, por lo que me encargaré yo mismo de que no suceda.

—¿Con que aún no has superado sus muertes? —inquirió Daniel, y Leia vio cómo los hombros de Theron se tensaban aún más. —El rey ahora soy yo y te permití mantener tu puesto cuando me juraste lealtad, por lo que—

—Yo no juré lealtad a ti —lo interrumpió el capitán en un siseo. —Juré lealtad a la Corona, y si eso implica que me quites mi puesto en la Guardia, me da igual porque sé que defender a la verdadera heredera es lo correcto.

Varios murmullos comenzaron a extenderse entre la población que observaba con asombro aquella conversación. En cuanto a Leia, no podía creer las palabras de Theron. Por un segundo, sólo por un segundo, sintió afecto hacia él.

—Theron Lade, quedas oficialmente fuera de la Guardia de—

—No —sentenció Leia, avanzando para quedar hombro con hombro con Theron. —Ya no tienes autoridad para hacer eso, Daniel.

—¿Qué te hace creer eso? —espetó él con desprecio.

—Daniel Stormholl —lo llamó Loren, levantando la vista de los papeles que justo había terminado de leer junto con Melkes y Kane. —Si estos papeles son verídicos, la acusación por parte de la princesa de Antel es verdadera.

Varias exclamaciones por parte de los civiles. Adara, Aileen y Cassian cruzaron miradas con Leia y sonrieron ampliamente.

—¿Cómo...? —intentó preguntar Daniel, pero su voz le falló. Luego se volteó bruscamente hacia Leia. Sus ojos dorados brillaban con furia. —¿Cómo te atreves a faltarme el respeto de esta manera?! ¡Te permití un lugar en mi castillo! ¡Te lo di todo, e incluso te advertí que no te interpusieras!

—Quería que esto terminara bien, Daniel —le dijo ella. —Quería que llegáramos a un acuerdo para ambos estar satisfechos dentro de la Corte. Incluso te di el beneficio de la duda cuando actuaste tan gentil y amable conmigo. Pero luego de lo que me has hecho, mi respeto hacia ti se ha acabado.

Poco a poco, las voces de los civiles comenzaba a tomar más volumen, entonces Leia entendió que se trataba de aclamaciones hacia ella. Dejó de prestarle atención a Daniel para oír a los habitantes. Un pequeño rayo de esperanza calentó su pecho. Querían a Daniel fuera del trono, pero no sólo eso, sino que *la estaban aceptando a ella*.

Pero entonces todo a su alrededor se detuvo. Primero empezó como una sensación fría que la hizo estremecer, y poco a poco fue tomando más intensidad hasta el punto en que su poder comenzó a recorrer sus venas con más velocidad... como alertándola.

Sus ojos se encontraron con los de Cassian. Estaba pálido y la miraba con una notoria inquietud.

Sus sospechas eran ciertas, y sin perder ni un segundo más, gritó a los guardias que se encontraban a su alrededor:

—¡Pongan a salvo a los civiles!

Sus primeras reacciones no fueron obedecerla, sino que la miraron con confusión. Luego Cassian apareció a su lado y los incitó a hacer lo mismo con un poco más de firmeza, desenfundando su espada.

Y finalmente reaccionaron cuando vieron a lo lejos incontables figuras oscuras y demoníacas que se trasladaban por el cielo hasta su ubicación.

El reino estalló en caos.

.....

El ataque enemigo había comenzado en el centro del pueblo. Leia no se lo esperaba debido a que creía que irían directo hacia ellos.

Pero habían optado por ir por lo que la princesa más apreciaba: la población.

Theron comenzó a gritar órdenes, y todos los soldados se llamaban unos a otros y avanzaban con rapidez hacia la plazoleta de Alicron con el capitán al frente, seguido de cerca por Crain, el padre de Adara. Cassian fue el que tomó a Leia por los hombros para sacarla de un trance.

—¡Hey! Te necesito aquí conmigo —le pidió, y la princesa parpadeó rápidamente para espabilarse. —El pueblo requiere de nuestra ayuda. Hay que irnos.

Ella asintió un poco aturdida y comenzó a correr junto a él y Aileen. Adara y Darlan se habían quedado allí para ayudar a los civiles a que no entraran en pánico.

Leia corría a través de las calles del pueblo cuando una mano la tomó por la muñeca y la arrastró al interior de una tienda. La tomó tan desprevenida que su primer reacción fue invocar una llama y apuntar hacia la persona que se encontraba frente a ella.

—Oye, baja eso —se quejó Mason, y Leia suspiró del alivio al reconocerlo.

—¿Qué sucede? Tengo que—

—Lo sé, lo sé —la interrumpió él con irritación, y se volteó hacia su mesa de trabajo para tomar algo cubierto por una tela y tendérselo a Leia con delicadeza. —Pero necesitarás esto para luchar.

Ella frunció el ceño e hizo la tela a un lado con cuidado para dejar al descubierto una reluciente y filosa espada de metal plateado increíblemente brillante. Sus ojos viajaron a la empuñadura, la cual tenía forma de un ave de fuego expulsando llamas por su pico. Leia se quedó sin aliento.

—Esto es...

—Me agradeces después —intervino Mason con desdén. —Ahora ve. La gente te necesita.

Ella tragó grueso y dejó que su mano tomara la empuñadura con fuerza. Para su sorpresa, encajaba a la perfección. Lo único que pudo hacer fue dedicarle una honesta sonrisa de agradecimiento antes de echarse a correr nuevamente hacia la plazoleta de Alicron.

En una de las calles tuvo que arrojararse a un lado para esquivar a un Inframón que se acercaba a ella a una velocidad increíble. Rodó por el suelo como Theron le había enseñado y volvió a ponerse de pie un poco tambaleante. La criatura se volteó hacia ella y le rugió con irritación.

—Regresa a donde perteneces —siseó Leia al tiempo en que el Inframón volvía a abalanzarse sobre ella.

Esta vez blandió su espada a tiempo para bloquear el ataque de sus garras, y logró dejarle el rostro al descubierto para atravesarlo con el filo de la misma. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios cuando sintió cómo el cuerpo de la criatura se disolvía en el viento.

Más gritos de desesperación de los ciudadanos le provocaron avanzar con aún más rapidez.

En el camino a la plazoleta intentó ayudar a todos los civiles que estaban siendo atacados por más Inframones. Los hacía desvanecer con su poder o con su espada, dependiendo de la distancia en la que se encontraba con las criaturas. Se le hacía sensacional la manera en que su nuevo arma seguía sus movimientos con facilidad y destreza. No le resultaba tan pesada como las espadas que Theron le daba a la hora de entrenar, por lo que podía blandirla con más comodidad.

Al llegar a su objetivo, Cassian y Aileen se encontraban espalda con espalda intentando alejar a gran cantidad de Inframones que los rodeaban. Los demás soldados presentes, incluyendo a Theron, Crain y Allias, se esforzaban por ayudarlos al tiempo en que protegían a los civiles que aún no habían logrado resguardarse en sus hogares.

La oscuridad que se había aglomerado en el lugar la hacía sentir abrumada y pesada, pero por nada en el mundo dejó de pelear. Varias de las llamas que lanzaba no alcanzaban su objetivo, pero al menos funcionaban como distracción para que los Inframones se acercaran a ella y así pudiera combatirlos cuerpo a cuerpo con su arma.

En un momento, Leia percibió por el rabillo del ojo cómo una de las criaturas lograba herir el brazo de Aileen. Cassian intentó ayudarla, pero se veía demasiado ocupado con cuatro Inframones que lo acorralaban. La princesa iba a avanzar hasta ella para darle una mano, pero entonces otras tres figuras que llevaban su mismo traje aparecieron de la nada y comenzaron a combatir a las criaturas con la misma destreza y habilidad que la morocha.

Fuera cual fuese el secreto que escondía Aileen, Leia sabía que esas personas formaban parte de él. Pero saber que la estaban defendiendo fue razón suficiente para confiar en ellos.

Cuando la princesa logró deshacerse del último Inframón que la estaba acechando, se acercó a Cassian para ayudarlo a terminar con los que lo acorralaban.

Pero entonces, todos los sonidos que llenaban el lugar de batalla cesaron de golpe. Ambos se voltearon.

Dos personas habían descendido de la estatua de Aneel Malstrom para aterrizar con gracia sobre el suelo. Leia se tomó su tiempo para analizarlos. Lucían idénticos entre sí, exceptuando porque el cabello a rastas de uno de ellos era más corto que el del otro.

Ambos tenían unos ojos rojizos hechizantes y tenebrosos a la vez que por una extraña razón le recordaron a alguien.

—Vaya, por fin tenemos el honor de conocerte, princesa de fuego —exclamó uno de ellos, el de hombros más anchos y cabello más largo recogido en un rodete desprolijo.

Llevaban puesto atuendos igual de oscuros que sus cabellos, pero lo que más captó la atención de Leia fue el emblema que cada uno llevaba adherido a su pecho del lado izquierdo: cinco piedras oscuras unidas por lazos de sombras. El emblema de Connor Malstrom.

Uno de ellos estaba serio y los observaba con una mirada fría y calculadora mientras que el otro sonreía abiertamente de una forma siniestra.

Y cuando la mirada de ambos se topó con la de Cassian, el pelirrojo se quedó inmóvil.

—¡Cassian Dustin! —exclamó el mismo que había hablado antes. —Wow, jamás creí que volvería a verte —confesó, y Leia no pudo evitar fruncir el ceño. ¿Ya se habían visto antes? —Déjame decirte que te ves muy bien. De hecho, cada vez te pareces más a tu pa-

—¡Hijo de perra, cierra la maldita boca!

El grito ensordecedor de Cassian retumbó por toda la plazoleta. Ante de que alguien pudiera reaccionar, él invocó gran cantidad de su poder y lanzó una potente ráfaga de viento hacia los desconocidos, tomándolos desprevenidos y estrellándolos contra la estatua de la primera reina de Antel.

—¡Los asesinaré con mis propias manos, lo juro! —seguía vociferando el príncipe al tiempo en que comenzaba a acercarse a ellos dando largas zancadas.

Leia jamás había visto tanta furia acumulada en sus brillantes ojos esmeralda. Lucía como una persona totalmente diferente.

El primero en ponerse de pie con rabia fue el desconocido que aún no había hablado. Estiró su mano con brusquedad, y Leia sabía perfectamente lo que eso significaba porque lo había visto en Dilaya. Invocó una llama y la lanzó justo a tiempo para desviar el lazo de oscuridad que el desconocido había enviado directo al pecho de Cassian.

El pelirrojo se detuvo en el lugar, respirando entrecortadamente. Leia llegó hasta su lado.

—Tienes que calmarte —le susurró la princesa con preocupación.

—Ellos... fueron ellos... —murmuraba él sin mover ni un músculo, exceptuando los de su mandíbula.

—Eso sí que no me lo esperaba —reconoció el Inframón de cabello largo al tiempo en que se ponía de pie con una mueca de dolor y sacudía su vestimenta.

El que antes había intentado atacarlos volvió a invocar su poder con una mano. Leia se preparó para deflecharlo una vez más, pero el otro colocó una mano en el hombro de su compañero o hermano o lo que fuera.

—Tranquilo, Isaías, déjame hablar a mí —le murmuró con diversión. El supuesto Isaías cerró sus manos formando puños, aún con la vista fija en Leia. —Muy bien, ¿en qué estábamos? —preguntó en voz alta, volviendo a acercarse a ellos. —Ah, sí. En que luces cada vez más como tu padre.

Cassian volvió a rugir e intentó abalanzarse sobre ellos, pero Leia lo detuvo con firmeza.

—Detente, por favor —le pidió, mirándolo a los ojos. Él no dijo nada, pero se mantuvo en su lugar. —¿Quiénes son? —preguntó esta vez en dirección a los desconocidos.

—¿Que quiénes somos? —repitió en un tono travieso. —Zeth y Isaías Malstrom, por supuesto —respondió, extendiendo los brazos para dar más énfasis a sus palabras.

—Las despreciables mascotas de Dilaya Malstrom —escupió Theron con desaire.

Isaías le lanzó una mirada asesina, pero luego sonrió con triunfo cuando dijo:

—¿Aún sigues sin superar la muerte de tu hermanito, Lade? Era un buen soldado, ¿no es así? ¿Y qué hay de Logan? Apuesto a que eran muy cercanos.

El capitán bramó y arrojó una de sus dagas en un abrir y cerrar de ojos. Se clavó con exactitud en el hombro izquierdo de Isaías, pero el Inframón ni se inmutó. Se la quitó con desinterés y la arrojó a un lado. De su herida brotaba sangre de un tono mucho más oscuro de la normal, pero ni siquiera se molestó en detenerla.

—Debería decapitarte por lo que acabas de hacer —le dijo a Theron con un tono de aburrimiento.

—No —intervino Leia, perdiendo la paciencia. —Lo que *ambos* deberían hacer es decirme qué rayos hacen aquí —Zeth enarcó las cejas ante su tono alto de voz. —Si tiene que ver con Dilaya—

—Oh, no te preocupes, Leia —la interrumpió el Inframón con una sonrisa divertida. —Ya no hay nada más que concierna a Dilaya. Aunque... sí la has hecho enfadar —reconoció, y sus palabras la confundieron aún más. ¿Acaso...? —Pero Connor la está manteniendo a raya.

—¿Entonces qué mierda quieren? —preguntó Aileen de repente, bufando. Ambos se voltearon para verla mejor.

—Vaya, tú debes ser Aileen Lade —pronunció Zeth con lentitud, dándole una mirada de arriba abajo. —Los rumores dicen que eres muy buena con las armas a distancia.

—Si quieres, te lo puedo demostrar —dijo Aileen con una sonrisa sarcástica al tiempo en que colocaba una flecha en su arco. Zeth rio y asintió en un gesto de respeto.

—Me caes bien —admitió. —Pero le has causado muchos problemas al Rey Supremo matando a sus Inframons —agregó con un puchero fingido.

—Dicen que causar problemas es mi especialidad —contraatacó Aileen

—Suficiente —Leia dio un paso al frente. —Zeth, dime qué están haciendo en Antel.

El Inframón la analizó con detenimiento y ella pudo sentir toda su piel erizarse con una simple mirada de esos ojos peligrosos.

—Qué aburrida eres, princesa —se quejó con un resoplido. —Pero bien, te lo diré. Connor tiene un par de preguntas para ti y requiere que las respondas en persona.

—Pues, que levante el culo de su bendito trono y venga hasta aquí, si eso es lo que quiere —siseó la princesa.

—Leia —le advirtió Theron, pero ella lo ignoró.

—No querías eso, princesa —alertó Isaías. —Él no tardaría en destruir todo esto —indicó, señalando sus alrededores.

—Algo así como lo que le sucedió a Emera.

Las palabras de Zeth dieron justo en el blanco. Un dolor punzante se generó en su pecho y la criatura en su interior se agitaba con desesperación por manifestar el poder, pero Leia se mantuvo impasible.

—Nada hará que me vaya de aquí —dijo con una fría calma.

—Supusimos que dirías eso —convino Zeth, suspirando. —Sabes que nos veremos en la obligación de matar a cada uno de ellos, ¿verdad? —dijo, señalando a todas las personas presentes.

—Ellos saben defenderse —le aseguró Leia.

—Y no permitiremos que se lleven a nuestra princesa.

El que había hablado fue Allias, levantando su espada para que todos pudieran notarlo. Eso no fue lo único que la dejó atónita, sino que los demás soldados se mostraron de acuerdo, levantando sus armas y golpeando sus escudos con las mismas. Zeth y Isaías observaban todo con irritación.

—Malditos humanos y su sentido de lealtad —masculló Zeth exasperadamente.

Ciertas palabras asomaron a su mente. Sentía como si un sexto sentido las estuviera susurrando en su oído. No sabía cómo sonarían una vez que escaparan de sus labios, pero tomó aire y las pronunció con sumo detenimiento por encima de todas las aclamaciones de los soldados de Antel:

—Como princesa de Antel, les ordeno que abandonen mi reino en este instante.

Las ovaciones por parte de algunos soldados se incrementaron aún más. Leia no tenía idea de dónde se encontraba Daniel en ese momento ya que la última vez que lo vio había sido en la entrada del castillo, pero esperaba que estuviera viendo todo aquello. Ese pensamiento la reconfortaba un poco, en especial un leve pero significativo asentimiento de aprobación por parte de Theron.

—No quieres hacer esto, Leia —dijo Zeth con cautela.

—Pruébame —siseó ella, levantando su espada.

—Te lo advertimos —fue lo último que dijo Isaías antes de que ambos tomaran sus formas demoníacas delante de sus ojos.

Con una orden por parte de Theron, la batalla volvió a comenzar. Los Inframons que hasta ese entonces habían permanecido quietos observando, se movieron hacia ellos para atacar; mientras tanto, los soldados de Antel hicieron lo mismo, vitoreando y exclamando: <<¡Por Antel!>>.

Zeth y Isaías se habían lanzado directamente hacia Leia, pero Theron, Aileen y Cassian se mantuvieron a su lado para ayudarla.

Ella y el príncipe no habían tenido tiempo de practicar la manipulación de sus poderes en conjunto, pero ahora que se encontraban bajo presión por los ataques intensos de los Inframons, de alguna manera inexplicable el viento de Cassian hacia que el fuego de Leia se trasladara con más precisión hasta su objetivo, como si él la estuviera guiando. Ninguno de los dos sabía lo que hacía, pero se dejaron llevar por lo que sus poderes les incitaban a hacer.

En un momento, viendo que no podían debilitarlos, Zeth y Isaías dejaron de atacarlos repentinamente para trasladarse hacia otro sitio donde hubiera civiles aun dando vueltas buscando refugio. Leia y Cassian los siguieron a toda prisa mientras Theron y Aileen se quedaban allí para ayudar a los soldados.

A medida que avanzaban por el pueblo, Leia notaba que había demasiados cuerpos. Sintió el pánico asomarse a su garganta por un pensamiento aterrador que se formó en su mente: <<estaban perdiendo>>.

—¡Necesitamos refuerzos! —le gritó a Cassian mientras ambos corrían tras los Inframons.

—¡Ya no hay refuerzos! ¡Los soldados que quedan están protegiendo a los ciudadanos! —respondió él con frustración.

Leia maldijo para sus adentros de todas las maneras posibles.

Entonces, sus ojos viajaron a la empuñadura de su espada.

<<¿Eres tan mediocre como para creer que ustedes solos podrán contra el líder Inframón y todo su séquito?>>.

Jassar. Necesitaba a Jassar.

—¡Tengo que regresar al castillo! —le dijo a Cassian, quien la miró con desconcierto. —Ya sé quién puede ayudarnos.

El príncipe pareció pensarlo, observando todo su alrededor mientras aminoraba el paso.

—Bien, está bien —soltó finalmente. —Pero apúrate. No sé por cuánto tiempo pueda distraerlos.

Ella asintió con firmeza y un estruendo los sobresaltó a ambos. Venía de una vivienda cerca de allí.

—¡Vete ya! —le gritó Cassian al tiempo en que comenzaba a correr en la dirección de donde provino el estruendo. Leia sacudió su cabeza para despejarse y avanzó a toda prisa hacia el castillo.

En el camino se topó con gran cantidad de Inframons que querían desviarla a toda costa. Sin embargo, entre su poder y su espada, logró abrirse camino hasta su destino.

En la entrada del castillo, soldados luchaban para alejar a las criaturas que querían acceder al interior. Para su sorpresa, entre todos ellos visualizó a Daniel y Callahan. Intentó no recordar todo lo que había pasado antes de eso y manifestó su poder con todas sus fuerzas para deshacerse de los pocos Inframons que quedaban de pie en esa zona.

—¡Leia, tie-!

No le dio tiempo a su tío de terminar. Pasó por su lado a toda prisa y se adentró en el Castillo de Fuego. Tuvo que esquivar a gran cantidad de personal que se encontraba agitado debido a todo el revuelo, y finalmente, luego de subir los incontables escalones, llegó a sus aposentos.

No sabía qué había sido del ave desde que lo dejó la mañana en que desayunó con Daniel y todo se fue al carajo. Y la respuesta la tuvo en cuanto entró en la habitación y se encontró con un montículo de cenizas en el suelo al lado de la silla en la que él siempre se posaba para observar las vistas del balcón. Lo primero que sintió fue cierto pánico ya que creyó que ese había sido su final, que Ignis lo había llevado devuelta consigo debido a la irresponsabilidad de Leia de haberlo dejado allí.

Sin embargo, recordó algo que había leído en un libro y lo que había sucedido la primera vez que vio a Jassar: <<*Las aves de fuego renacen de las cenizas*>>.

Rezando a cualquier dios que la estuviera oyendo para que su plan no resultara un completo fracaso, se arrodilló frente a las cenizas y con delicadeza posicionó sus manos sobre las mismas.

Con ese simple contacto, una luz familiar la cegó por un momento, echándola hacia atrás. Cuando su visibilidad regresó, Jassar estaba volando frente a ella en toda su majestuosidad. No sabía si era su imaginación o qué, pero creyó que un sollozo de alivio se había escapado de sus labios.

—¿Puedo preguntar por qué rayos luces tan... desastrosa? —preguntó Jassar con cautela, y muy a su pesar, Leia sonrió. —Aguarda, siento algo extraño... ¿acaso hay Inframons cerca? —esta vez sonaba más serio y atento.

—Necesito tu ayuda —soltó la princesa entre jadeo y jadeo, poniéndose de pie nuevamente. —*Necesitamos*. Los hijos de Connor trajeron a su maldito séquito y están atacando a todo el pueblo y-

—Deja de perder tiempo, niña —chilló el ave. —Vámonos antes de que sea demasiado tarde.

Leia asintió repetidas veces con la cabeza, y juntos salieron de los aposentos. Ella volvía a correr a toda velocidad, ignorando el dolor de sus piernas mientras que Jassar la seguía en el aire. Las llamas que desprendían de sus plumas lucían más vivas de lo normal.

Nuevamente en el exterior, el caos aún seguía reinando, incluso peor que antes. Más Inframons habían vuelto a atacar a los soldados que se encontraban en las puertas del castillo. Con un graznido ensordecedor que desconcertó a las criaturas, Jassar los atacó con una ferocidad que Leia no se esperaba para nada. Era la primera vez que lo veía de esa forma, y era algo absolutamente impresionante. Atravesaba a cada Inframón que se ponía en su camino, haciéndolos desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos.

Leia siguió corriendo en dirección a la plazoleta, donde la conmoción era mayor. Sin embargo, su recorrido se vio interrumpido por un inminente ataque a su derecha.

El impacto la envió de lleno al muro de una vivienda, haciendo que el aire dejara sus pulmones por un momento. Cuando logró ponerse de pie, las garras de un Inframón iban dirigidas directo a su rostro, pero ella logró bloquearlas con un rápido movimiento de su espada.

El Inframón siseó y tomó su forma humana, retrocediendo un poco para tener más espacio.

—¿Dónde estabas, princesita? ¿Tan rápido huyes? —era Zeth con su maldita sonrisa divertida iluminando su joven rostro.

Leia no se molestó en responder. Le lanzó un lazo de fuego que iba directo a su pecho. Él lo bloqueó con un escudo de oscuridad con las cejas enarcadas.

—Sí que has estado entrenando —exclamó.

—Vete de Antel antes de que termines igual que tu hermana —siseó la princesa con la espada extendida al frente.

La poca fortaleza que había reunido para hablarle de esa manera se quebró en cuanto él comenzó a reír con fuerza. La llama en su mano se extinguió.

—Dioses, Leia, en verdad eres una ingenua —dijo Zeth una vez que su risa se calmó, aunque la sonrisa no se borró de sus oscuros labios. —Dilaya está igual de viva que tú. Ningún Inframón que ustedes matan muere permanentemente.

El aire dejó sus pulmones en un solo suspiro. No quería creerle, en verdad que no quería creerle.

—¿En serio no lo sabías? ¿De veras pensabas que estaban ganando? —preguntó con incredulidad, volviendo a reír con soltura. —Esto es mucho más divertido de lo que esperaba.

—¡Cállate! —le gritó Leia. Su cabeza le dolía, sus manos temblaban, todo su cuerpo se sentía insignificante con esas simples palabras. —Estás mintiendo. Si Dilaya estuviera viva, lo primero que haría sería venir a matarme. Pasaron *meses*, y nunca lo hizo.

—Te dije que Connor la estaba manteniendo a raya, ¿recuerdas? —bufó Zeth. —Ya deja de luchar contra lo imposible, Leia. Entrégate y dejaremos en paz a Alicron.

—¿Piensas que te creeré? ¿Piensas que no sé que, en cuanto me tengan bajo su poder, vendrán a terminar lo que dejaron inconcluso?

—Estás acabando con mi pacien-

Antes de que el Inframón pudiera terminar su frase, una flecha aterrizó en su rodilla. Soltó un gruñido de fastidio y se la arrancó de su cuerpo. Detrás de Leia, Aileen hizo su aparición con otra flecha preparada en su arco.

—Hablas demasiado, Malstrom —se quejó la morocha. —La próxima irá a tu cabeza.

—Eres una perra —espetó Zeth con irritación, sosteniendo su rodilla sangrante. —Igual que tu madre.

Lanzó la flecha. El Inframón la desvió con su poder justo a tiempo. Y Aileen siguió lanzando flechas con más rapidez, una tras otra. Zeth las esquivaba sin problemas, pero la morocha no se detenía.

Leia aprovechó que el Inframón estaba enfocado en Aileen y le lanzó una esfera de fuego cuyo impacto lo envió hacia atrás con fuerza. Antes de que su cuerpo se estrellara contra el muro de una tienda, se transformó en la criatura para mantenerse en el aire.

Entonces llegó Jassar.

Zeth estaba preparado para esquivar el ataque, pero aun así lucía sorprendido ante la presencia del ave de fuego. Ambos comenzaron una batalla en el aire de picos y garras y fuego y oscuridad.

—¡Esto es un puto caos! —gritó Theron mientras atravesaba el cráneo de un Inframón con su espada. Se encontraba más cerca de Leia de lo que ella esperaba.

—¿Dónde está Cassian? —preguntó la princesa con desconcierto.

Su respuesta llegó al ver el tronco entero de un árbol siendo arrancado de raíz y lanzado contra un Inframón.

—¿Decías? —inquirió Aileen al tiempo en que ambas corrían hasta allí.

—¡Ya era hora! —gritó Cassian cuando las vio llegar.

Su cabeza habría sido arrancada de lugar por las garras de otro Inframón si Leia y Aileen no hubieran lanzado una flecha y una llama justo a tiempo. Los tres quedaron asombrados cuando esa llama se fundió con la flecha para crear una en llamas y atravesar el cráneo del Inframón con una explosión.

—Vaya, eso es nuevo —exclamó Aileen con diversión.

—Definitivamente podríamos usar un par de esas —reconoció Cassian.

El Inframón cuyo cuerpo había sido aplastado por un árbol se volvió a levantar como si nada, rugiendo con frustración.

—Adivino. ¿Ese es Isaías? —preguntó Leia.

—No sé cómo te diste cuenta —dijo el pelirrojo con sarcasmo. —Perdí de vista a Zeth.

—Jassar se está encargando de él —le respondió la princesa.

Cassian asintió y regresó su atención al Inframón enfadado.

Todos siguieron luchando y derribando criaturas del cielo, pero cada vez había más cuerpos sin vida en las calles de Alicron, y las palabras de Zeth retumbaban en la mente de Leia una y otra vez: <<*Ningún Inframón que ustedes matan muere permanentemente*>>.

La realidad la golpeó como una cachetada seca: no iban a ganar, ni ese día ni nunca.

Cassian fue quien notó su repentino desánimo.

—¿Qué tienes? —le preguntó con preocupación por sobre todos los gritos y alaridos a su alrededor. Ella se cruzó con su mirada y sintió sus ojos humedecerse.

—No... no podemos.

—¡Stormholl, deja ese pesimismo y sigue luchando! —la reprochó Theron, quien en ese momento se encontraba cerca de ellos.

—¡No podemos, Theron! —espetó la princesa. —Ellos son inmortales. Si los matamos ahora, regresarán a la vida. Yo *maté* a Dilaya, vi con mis propios ojos cómo su cuerpo se desvanecía. Pero está viva.

Cassian se había quedado inmóvil, atónito.

—¿Y eso te lo dijo un Malstrom? ¡Porque lo único que hacen es mentir! —siseó el capitán despreciativamente.

Leia no respondió debido a que un Inframón intentó abalanzarse sobre ella. Lo mandó a volar con una esfera de fuego que impulsó su cuerpo lejos de ella. Su poder estaba comenzando a drenarla, y esas criaturas no lucían ni un poco agitadas.

—¡Mierda! —vociferó Cassian en exasperación mientras estrellaba a un Inframón contra el suelo, haciéndolo desvanecer. —¿Dónde están los putos milagros cuando se los necesita, dioses?!

La tierra a sus pies se sacudió. La batalla se detuvo por un momento mientras todos se observaban con cautela y detenimiento. Una sensación extrañamente familiar recorrió el cuerpo de Leia.

Miró a Cassian.

Él la miró a ella.

Un nuevo rugido estremeció todo su alrededor.

Los Inframons miraron hacia el horizonte. Los humanos también.

Y a lo lejos, volando a altas alturas hacia ellos, llegaba su milagro.

Capítulo 39

Si a Leia le hubieran contado lo que sucedería a continuación, no se lo habría creído ni por un segundo. Los milagros eran algo que en el mundo, en especial en el suyo, no existían en lo más mínimo, no desde que Connor llegó a Keentale para quedarse.

Pero cuando el limpio y fresco poder de Aiden Dustin llegó a su cuerpo como una deliciosa brisa, la princesa creyó en los milagros. Creyó en *ese* milagro.

El rey de Orland había regresado a salvo. Por tierra, una cantidad incontable de soldados de todo tipo corrían hasta ellos con las armas desenfundadas y listos para la batalla. Gritaban <<*¡Por Orland!*>> una y otra vez como un majestuoso cántico.

Todos los humanos presentes tenían las mandíbulas desencajadas ante todo lo que veían, incluyendo a Leia. Pero lo sorprendente no sólo era el enorme ejército que había traído Aiden consigo...

...sino *cómo* estaba llegando él.

Otro rugido victorioso volvió a sacudir el suelo bajo sus pies. Y lo que aterrizó a sólo un par de viviendas de ellos era nada más y nada menos que un *dragón*.

<<*La diosa Ventum también tiene una sorpresa preparada para ustedes*>>, le había dicho Jassar a Cassian. Y vaya sorpresa.

—Espero no haberme demorado demasiado.

Sobre el lomo de aquella imponente criatura iba montado Aiden Dustin con una sonrisa carismática y orgullosa.

—Por los dioses... —susurró Cassian. Su espada casi cae de su mano. —Ya estoy muerto, ¿verdad?

—En ese caso, creo que todos lo estamos —señaló Aiden, formando una fina línea con sus rosados labios.

Leia se percató de lo alucinante que lucía el pelirrojo. Se veía como un verdadero rey, y no sólo por la adecuada corona sobre su corto cabello peinado hacia atrás, sino por su firme postura y por la armadura que le sentaba de maravilla.

En cuanto al dragón... la princesa ni siquiera sabía dónde mirar primero. Su tamaño era inmenso. Sus cuatro patas eran incluso más altas que Cassian y terminaban en unas gruesas y visiblemente filosas garras. Su lomo era extremadamente largo e interrumpido por dos extensas y amplias alas, y su cola era casi del mismo tamaño, la cual terminaba en afiladas y amenazantes púas. Sus escamas eran del color de las rocas e incluso lucían igual de sólidas que las mismas. Por último, su cabeza estaba elevada sobre un largo cuello, el cual estaba cargado de largas púas al igual que en su cola, y dos grandes cuernos finalizaban su figura. Sus pequeños ojos eran de un color plateado brillante, como dos lunas en miniatura.

—¡Dustin, mueve ese culo! —le gritó Theron en cuanto la batalla siguió su curso nuevamente. —Tenemos un pueblo que defender.

—A la orden, capitán —sentenció Aiden, aún sonriente. Luego se volteó para mirar a su hermano con ojos cargados de emoción. —¿Quieres dar una vuelta?

Cassian estaba estático en el lugar, mirando de Aiden al dragón una y otra vez. Reaccionó gracias a un puñetazo en su antebrazo por parte de Aileen.

—Eh, sí, claro —las palabras salieron a borbotones de su boca y corrió hasta él, impulsándose para trepar por el cuerpo del animal. Aiden le dio una mano y pronto se encontraba montado detrás de él.

—Espero que estés lista para manipular ese poder —le advirtió Aiden a Leia con diversión.

Cuando la princesa logró salir de su asombro, sonrió de oreja a oreja.

—Es bueno tenerte de vuelta —le dijo con honestidad.

—Es bueno *estar* de vuelta —dijo él con el mismo tono.

Ambos se asintieron con la cabeza en sincronía antes de voltearse hacia donde se estaba desencadenando la batalla.

—Ceolzra, es hora de desintegrar a un par de Inframons —el rey le estaba hablando a su dragón, quien gruñó con emoción y comenzó a elevarse con sus extensas alas.

Ceolzra. Gracias a los libros que Leia había leído, sabía que se trataba de la dragona que acompañaba a la diosa Ventum en los cielos. Al parecer, ese había sido su obsequio para los gemelos Dustin, tal como Ignis había hecho con ella al cederle a Jassar.

Mientras ellos aullaban con emoción y para también atraer a algunos enemigos en el aire, Leia y Aileen siguieron destrozando criaturas en tierra firme. Se abrían paso a empujones, espadazos y flechazos para llegar hasta las áreas donde más se acumulaban enemigos. El estómago de Leia se revolvía con cada cuerpo sin vida de ciudadanos que se encontraba.

Terminaron llegando hasta la zona donde Jassar aún luchaba contra Zeth. Sin perder más tiempo, Leia se acercó a ellos para darle una mano. Debían trabajar juntos en esto.

Jamás había luchado con el ave de fuego a la par, pero tenerlo tan cerca hizo que su poder se regenerara, como si todo el cansancio que empezaba a sentir se hubiera disuelto con la presencia de Jassar. Incluso lo hacía más potente, como si fuera un amplificador.

Recibió muchos golpes y rasguños por parte de Zeth que ni Jassar ni ella llegaban a esquivar. Sentía que la sangre recorría todos sus brazos por fuera, pero siguió atacando y defendiendo lo más que pudo.

Sin embargo, nunca parecía ser suficiente. Siempre que creía que ese sería su golpe final para acabar con él, el Inframom encontraba la manera de sobrevivir y atacar con más fuerza. Él sabía lo que hacía. Y cómo no, si probablemente había vivido por siglos.

Los Inframons no le temían a la muerte, y eso estaba claro.

Mientras tanto, en el aire, la dragona parecía poseer el mismo poder de los gemelos ya que enviaba poderosas ráfagas de viento para atrapar a los enemigos y darles el golpe

final con sus garras o su cola, o incluso con sus incontables colmillos. Cassian y Aiden hacían lo mismo con sus manos y espadas, y sonreían con demasiado entusiasmo.

Claro, ellos no sabían que todos esos Inframons que lograban hacer desvanecer muy pronto reaparecerían para atacarlos de nuevo sin piedad.

Finalmente, llegó el ejército de Aiden. Leia lo notó debido a que había demasiados soldados de armaduras plateadas a su alrededor luchando con demasiada energía. Quiso autoconvencerse de que eso sería suficiente para *al menos* detener aquél ataque.

Otro Inframons se les unió al enfrentamiento con Zeth, y ella supo al instante que se trataba de Isaías debido a que ambos se movían con demasiada sincronía, como si fueran uno sólo.

—Deja de pensar en lo que te dijo Zeth Malstrom —la regañó Jassar, lo que para los demás sólo se oía como un graznido irritado.

—¿Qué? —preguntó Leia confundida al tiempo en que se movía a un lado para esquivar las garras de uno de los enemigos.

—Te dijo que los Inframons no pueden morir y estás dejando que eso te distraiga —explicó el ave. —Sea verdad o no, lo que él quería era debilitarte psicológicamente, y tú se lo estás permitiendo.

—¿Pero cómo quieres que reaccione? —espetó ella con frustración. —Estamos perdiendo a toda esta gente por nada.

—No, por nada no. Mira a Ceolzra —le indicó, levantando la cabeza hacia el cielo. Leia lo imitó muy a su pesar, intentando no perder de vista a los dos Inframons, y visualizó a la dragona volando sobre ellos a toda velocidad. —Tienes más que claro que para matar a Connor se necesita de todos los herederos —siguió hablando Jassar, desprendiendo llamas que atacaban como dagas a los dos enemigos. —Estás trabajando duro para reunirlos. Estás muy cerca, Leia Stormholl. No te rindas ahora. Termina con esto.

—¿Cómo? —inquirió la princesa con desesperación.

Jassar detuvo los ataques por un momento para mirarla fijamente a los ojos.

—Ya lo sabes.

—¡No, no lo-!

Una de las criaturas logró alcanzarla y atacarla sin darle tiempo a defenderse. Un nuevo corte apareció en su antebrazo, haciéndola sisear de dolor.

—¡Aria Jules se encontraba en la misma situación que tú te encuentras ahora! —le recordó Jassar con firmeza. —Sabes perfectamente cómo logró ahuyentar a los Inframons. Ese fuego azul es tuyo, Leia Stormholl. Aria pudo manifestarlo gracias a ti. Ahora es momento de que *tú* lo hagas.

—¡Pero no puedo, Jassar! —gritó ella, intentando detener la hemorragia al tiempo en que bloqueaba otro ataque. —¡Nunca lo hice, y no sé cómo!

—¿De veras quieres que esto acabe? —inquirió él.

—¡Sí! Mierda, sí.

—¡Entonces demuéstalo!

Sentía unas repentinas ganas de llorar. Si era cierto lo que Jassar le decía, si lo único que podía salvarlos en esa situación era el fuego azul, entonces definitivamente sería su fin. Ella ni siquiera podía *sentirlo* como lo hacía con el fuego común; simplemente no estaba allí.

Llegó un punto en el que se sintió tan abrumada por todo lo que abordaba en su cabeza que el tiempo pareció transcurrir más lento. Su alrededor era puro caos: cuerpos sin vida de inocentes, el olor nauseabundo de la sangre por todas partes, viviendas destruidas, personas luchando hasta su último aliento, ciudadanos corriendo con desesperación hasta hallar refugio... y niños que lloraban por la muerte de sus padres.

Algo en eso último la terminó de quebrar. No se había puesto a pensar con detenimiento en todos esos niños que después de ese día terminarían huérfanos o con alguien menos en su familia. Y eran sólo eso: *niños*.

Alicron, de alguna forma *su* pueblo, estaba siendo destrozado parte por parte y Leia lo estaba permitiendo.

Entonces, en vez de quebrarse, algo nuevo en su interior se despertó. Lucía tímido e inseguro y recorría su sangre con cautela. Parecía estar haciéndole una pregunta silenciosa a la dueña de ese cuerpo.

Leia retrocedió algunos pasos y cerró los ojos. Primero lo hizo con fuerza, pero luego los relajó. Se centró en que cada parte de su cuerpo se ablandara, dejando caer la espada a sus pies. Suspiró con profundidad y le transmitió la respuesta a la nueva presencia que habitaba su interior.

Sus manos a ambos lados de su cuerpo se abrieron por sí solas, como si tuvieran vida propia, y sin hacer el menor esfuerzo, el poder se desprendió de ella con una fuerza estrepitosa. El suelo bajo sus pies se estremeció de la misma manera en que lo hizo ante los rugidos de la dragona de Aiden. Cuando ella abrió los ojos, un grueso muro de llamas azules había salido disparado hacia todo su alrededor, provocando que todos los Inframons recibieran el impacto como si se tratara de algo sólido.

Escuchó rugidos, gritos, exclamaciones, maldiciones, todo tipo de ruidos. Lo único que no podía oír era su propia voz, pero sabía que estaba gritando de dolor y esfuerzo debido a que su garganta le quemaba como el mismísimo Inframundo.

Cada parte de su cuerpo estaba *ardiendo*, pero no visualmente, sino que lo *sentía*, sentía cómo cada una de sus extremidades quemaba con violencia. Sus piernas temblaban como si les llevara demasiado esfuerzo mantenerla de pie, pero ella resistió hasta ver que todas las criaturas se desvanecían en cuanto sus cuerpos eran atravesados por su poder.

Por el rabillo del ojo logró visualizar a Jassar haciendo exactamente lo mismo, como si le estuviera transmitiendo su fuego azul a Leia para que pudiera tolerarlo sólo un poco más.

<<A veces, uno necesita llegar hasta el límite para conocerse del todo y ver si se puede seguir más allá>>.

Leia sabía que había pasado su límite en cuanto todo su cuerpo se sobrecalentó. Pero aun así continuó. Lo hizo por todas esas vidas que se habían perdido y por las que todavía no, por todos esos niños que perderían a sus familiares pero que igualmente seguían necesitando un lugar seguro en el que continuar sus vidas, por todas esas personas que la habían apoyado para llegar hasta donde se encontraba en ese momento, y por su familia, estuviera donde estuviese.

Cuando ningún otro Inframón se encontraba de pie, la princesa detuvo su poder con brusquedad e inhaló con fuerza, volviendo a llenar sus pulmones demandantes de oxígeno. Sintió su estómago dar un vuelco y calló de rodillas para vomitar todo el contenido.

A su lado, la dragona aterrizó con sorprendente delicadeza. Rápidamente, los gemelos Dustin se desmontaron para correr hacia ella y ayudarla a ponerse de pie.

—Oye, eso ha sido increíble —exclamó Cassian con una gran sonrisa. —¿Cómo...?

No pudo seguir hablando debido a que, frente a ellos, sólo dos enemigos seguían presentes. Habían tomado sus formas humanas y lucían en el peor estado posible. Leia recordaba que, según le había contado Theron, cuando Aria manifestó el fuego azul, el único sobreviviente fue Connor, pese a que lo había dejado demasiado débil; por eso no le sorprendió que Zeth y Isaias Malstrom aún siguieran allí. Sin embargo, definitivamente no se encontraban aptos para luchar.

A ambos lados de la princesa, los gemelos se tensaron. Jassar había aterrizado en su hombro, y pese a que no decía nada, se veía triunfador.

—¿Qué... qué rayos fue eso? —preguntó Zeth entre cortadamente. Su rostro, al igual que el de su hermano, estaba repleto de moratones y cortes profundos. Ella sabía que sanarían más rápido que cualquier ser humano, pero aun así se sentía satisfecha de verlos en ese estado.

—Lo sabía. Mierda, te dije que ella era la poseedora —se quejó su hermano con frustración.

—¿Qué se siente ser derrotados por unos simples humanos? —bramó Aiden con una mirada asesina.

—No —irrumpió Leia con la vista fija en los Inframons. —Aún no han sido derrotados. Pero vayan a avisarle a Connor porque el próximo será él.

Zeth rio con amargura.

—Te daré la muerte más lenta posible cuando Connor obtenga lo que quiere de ti —aseguró con malicia. —Además, eres una imbécil porque acabas de delatarte tú sola.

—No me importa que él lo sepa —declaró con firmeza. —Tengo una sola misión y es destruirlo, y si eso implica tener que dar el fuego azul a cambio, o incluso mi vida, lo haré.

—¿En serio? —dijo Isaias con tono burlón. Su sonrisa era aún más siniestra con la sangre oscura que brotaba de los cortes en sus mejillas. —¿No te importaría incluso si lo que acabaste de hacer le costara la vida a tu madre?

Un pesado silencio se instaló entre ellos. Lo único que Leia oía era los latidos desbocados de su corazón.

—¿Mi madre? —preguntó con cautela.

—Así es, princesa —respondió Zeth con diversión. —Aria Jules estuvo viva todo este tiempo —varios soldados que estaban presentes se pusieron alerta. —Está encerrada en el castillo de Velthorn, por supuesto, y ahora que acabas de afirmar que ella no es la verdadera poseedora del fuego azul, Connor ya no tiene razón alguna para mantenerla con vida.

—Dejen de mentir, no ganarán nada con esto —les advirtió Leia, pese a que su voz no se oyó demasiado convincente.

Isaias sonrió aún más ampliamente.

—Sabes perfectamente que lo que él dijo es cierto —le dijo con total confianza y seguridad. —Y no puedes negarlo porque la *sientes*, sientes la esencia de Aria en tu interior. Eso es algo que experimentan todos los que poseen los poderes de los dioses, ese lazo de padres e hijos.

Leia quería negárselo, quería acusarlos de mentirosos y enviarlos al Inframundo al menos temporalmente. Pero no podía porque Isaias tenía razón: ella podía sentir a su madre biológica. Era algo extraño y difícil de explicar, y al principio no lograba entender de qué se trataba. Era una sensación tan leve que creyó que sólo era algo más de su poder. Pero a medida que otra gente le confesaba que creía en la posibilidad de que Aria aún estuviera viva, cada vez que se la mencionaba, ese débil lazo punzaba un poco en su pecho, como recordándole que aún estaba ahí.

Y sus sospechas se habían confirmado en ese momento con las malditas palabras pronunciadas por Isaias.

—Váyanse —su tono de voz sonó demasiado bajo, por lo que se aclaró la garganta y repitió con más fuerza: —Váyanse de Antel.

—No, tienen que pagar por lo que hicieron —Aiden habló de repente, dando un paso al frente.

—Aiden, no puedes—

—¡Se llevaron a nuestros padres! —gritó el rey, aun mirándolos a ellos. —Fueron ustedes los que dejaron a Orland sin reyes, ¡los que arruinaron nuestras estúpidas vidas!

La historia que una vez le había narrado Cassian confesándole el secreto más oscuro de su pasado regresó a su mente con demasiada lucidez. Los gemelos Dustin habían perdido a sus padres con tan sólo diez años y todo el peso de su reino había recaído en sus hombros, sin darles tiempo siquiera a terminar de desarrollarse. Y tenían a los dos culpables frente a ellos en ese preciso momento.

Pero no ganarían nada matándolos.

—No seas tan exagerado, Dustin —exclamó Zeth con modestia. —Sus muertes fueron rápidas y poco dolorosas.

La dragona que se encontraba a un lado de los gemelos gruñó en advertencia y envió una filosa ventisca en dirección a los Inframons. Ambos se tambalearon un poco y se apresuraron a recobrar el equilibrio.

Cassian y Aiden habían vuelto a desenfundar sus espadas.

—Enviaremos sus cabezas a Connor con mucho gusto —pronunció Aiden con lentitud y malicia.

—Basta —les dijo Leia, poniendo una mano en el hombro de cada uno. El gesto brusco la mareó un poco, pero logró mantenerse de pie. —No podemos matarlos porque a ellos no les afecta en nada, así como a Dilaya —añadió con desprecio. Su mirada estaba fija en los gemelos Malstrom, quienes la observaban con cautela. —Así como hubo muchos enfrentamientos que ganaron, saben muy bien que este lo perdieron. Lo digo por última vez —tomó aire. —Váyanse de Antel ahora mismo y dejen al reino en paz. El fuego azul es mío, y si Connor lo quiere, pues deberá enfrentarse a mí él mismo.

Su pecho subía y bajaba con cada respiración pesada, pero sintió que una oleada de fortaleza recorrió su cuerpo cuando Jassar y la dragona acentuaron sus palabras con gruñidos y graznidos de advertencia. Zeth y Isaias los miraron con un poco de desconfianza, como si no se creyeran que los dejarían ir vivos de allí.

—Esto es la guerra, Stormholl.

—Lo fue desde que me encontraron en Emera. Lo tengo muy en claro, Malstrom —le contestó a Zeth con firmeza.

Jassar se elevó del hombro de Leia para acercarse a los Inframons y graznarles con aún más impotencia, enseñando sus largas garras. La dragona dio un paso al frente, mirándolos como un cazador miraría a su presa.

Los gemelos Malstrom le lanzaron una última mirada de desprecio antes de tomar sus formas demoníacas con más esfuerzo de lo normal y comenzar a alejarse de allí por el horizonte.

Recién en ese momento, Leia, Cassian y Aiden permitieron dejar salir todo el aire que llevaban contenido en sus pulmones, haciendo que sus hombros se encorvaran ligeramente hacia delante.

Toda esa oscuridad que transmitían los Inframons, haciéndolo sentir como un peso sobre sus hombros, se había desvanecido por completo. Eso fue lo único que les anunció que ya no quedaban enemigos en el pueblo. Pero todo seguía siendo un caos. Ahora el silencio se había llenado de sollozos y quejidos de dolor por parte de los heridos que aún seguían vivos y los que comenzaban a salir de sus refugios en busca de las personas que habían perdido durante el revuelo.

—Ustedes —Theron llamó a un grupo de soldados que se encontraba en un considerablemente buen estado. —Traigan a los curanderos y encárguense de despejar la enfermería para todos los que la necesiten.

—Incluyendo a los civiles —agregó Leia por si acaso, inclinándose para apoyar ambas manos en sus rodillas e inhalar con profundidad. Todo su cuerpo dolía por los golpes y las heridas, pero definitivamente había personas en peor estado.

—Ya escucharon. ¡Muévanse!

Los soldados se sobresaltaron y se despidieron con una leve reverencia antes de comenzar a avanzar a toda prisa hacia el castillo.

—Así que... —comenzó diciendo Aiden, quitándose la corona para sacudir su cabello ahora completamente sudado, al igual que el de su hermano. —Veo que no soy el único que recibió un pequeño regalo de los dioses.

Sus redondos ojos esmeralda observaban con admiración a Jassar, quien ahora había aterrizado a los pies de la estatua de Aneel Malstrom.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó Leia al tiempo en que daba un paso hacia la dragona.

El animal cruzó miradas con ella, y al principio la miró con curiosidad. Luego resopló con gracia e inclinó su gran cabeza hacia la princesa. La punta de su hocico se encontraba demasiado cerca de su mano, por lo que un poco dubitativa, la extendió para acariciarlo. Sus escamas se sentían sólidas y ásperas como una verdadera roca, pero al mismo tiempo transmitían una calidez acogedora. La dragona cerró los ojos ante el tacto y suspiró con calma. Leia no pudo evitar sonreír.

—Ceolzra —respondió Aiden con orgullo. —Es una dragona asombrosa.

—¿*Dragona*? —preguntó Cassian con las cejas enarcadas.

—Sí, es hembra —dijo su hermano con un encogimiento de hombros. Luego se volvió a dirigir a Leia para preguntarle: —¿Qué hay de tu ave de fuego?

—Jassar —respondió la princesa al tiempo en que se volteaba a verlo. —Y es macho —agregó con una sonrisa divertida.

—Es de lo más majestuoso que he visto —murmuró Aiden al tiempo en que se acercaba al ave para extender una mano hacia él.

—Cuidado, no le-

Jassar graznó y casi le arrancó un par de dedos con su pico. El rey se echó hacia atrás con rapidez, con los ojos abiertos de par en par.

—...gustan las caricias —completó Leia, riendo.

—Ya, eso parece.

—¡Aiden!

Los tres jóvenes se voltearon al oír la voz de Adara. Ella venía corriendo hacia ellos a toda prisa y con una gran sonrisa iluminando su cansado rostro, seguida por Aileen.

Él recibió a la castaña con los brazos extendidos, y ella se lanzó con todas sus fuerzas para envolverlo en un cálido abrazo de bienvenida.

—Te ves más viejo —señaló en cuanto se separaron.

—Qué considerado de tu parte —dijo el rey con sarcasmo. Ella rió y volvió a abrazarlo una vez más.

Luego se volteó hacia Aileen, quien hasta ese entonces había estado observando a Ceolzra con admiración pura.

—Te extrañé —confesó él con una sonrisa de lado.

Por unos segundos, Aileen sólo lo observó en silencio de manera calculadora, como si lo estuviera evaluando; y en un abrir y cerrar de ojos, se abalanzó sobre él con brusquedad para rodear su cintura con sus piernas y su cuello con sus brazos, besándolo apasionadamente. Los demás apartaron las miradas.

—Dioses, no otra vez —se quejó Cassian exasperadamente. Sin embargo, Leia veía el atisbo de una sonrisa en sus rosados labios.

—Ese traje... ¿te lo hizo Adara? —le preguntó Aiden a la morocha una vez que ambos se habían separado y ella había regresado al suelo. Los labios de ambos estaban ligeramente hinchados.

—Es... una larga historia —respondió ella con incomodidad.

—Una larga historia que nos la debes a todos —aclaró Adara con un tono de reproche en su voz.

Aiden las miró con el ceño fruncido.

—Te has perdido de muchas cosas, hermano —anunció Cassian, palmeando su espalda con fuerza. —Hay mucho que contarte.

—Estoy seguro de que sí —dijo el rey con diversión, pero luego su expresión se tornó algo seria, y cuando sus ojos se posaron en Leia, la princesa se tensó un poco. —Pero antes... hay algo que debes ver —confesó con cierto titubeo, pasando una mano por la parte trasera de su cuello.

—¿Qué...?

—¿Recuerdas la carta? —le preguntó Aiden, y Leia asintió. —¿Los sobrevivientes de Emera? Los traje conmigo. Mientras luchábamos, les pedí a algunos de mis hombres que los dejaran a salvo en el Castillo de Fuego.

La princesa sintió que se saltó un latido. De repente, comenzaba a recuperar fuerzas gracias a un tenue brillo de esperanza que empezaba a florecer en su pecho. Estaba por echarse a correr sin importar el desastre que estaba dejando atrás, pero Aiden la tomó con cuidado de la muñeca, haciéndola voltear.

—Espera, sólo... —se relamió los labios, como intentando encontrar las palabras adecuadas. —No *todos* sobrevivieron. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Leia sintió cómo sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas, pero sólo mordió su labio inferior con fuerza y asintió con la cabeza repetidas veces. Finalmente, Aiden la soltó y todos emprendieron la caminata hacia el castillo, exceptuando por Ceolzra, quien prefirió mantenerse alejada de la civilización.

Por supuesto que llegar hasta el interior del mismo no iba a ser fácil. Ahora que toda la conmoción con los Inframons había acabado, aún quedaba pendiente el asunto con Daniel. De hecho, todos se habían vuelto a reunir en el jardín delantero y comenzaron a

rodear a Leia cuando ella llegó hasta ellos inevitablemente. Tenía ganas de volver a manifestar el fuego azul para apartarlos a todos y poder entrar y reunirse con su familia, pero sabía que no podía hacer eso, no sólo porque sería algo moralmente incorrecto, sino porque sabía que no sería capaz de volver a manifestar ese poder en un tiempo.

Theron se cruzó en su camino y parecía estar a punto de exigirle algo, pero en cuanto se percató del rostro probablemente tenso y abrumado de la joven, suavizó su mirada.

—M-mi familia... ellos e-están... —ni siquiera era capaz de formular una oración completa, pero el capitán pareció entenderla lo suficiente ya que se volteó hacia los demás y comenzó a gritar:

—¡Seguiremos esto en unos momentos! La princesa tiene asuntos que atender ahora mismo.

—No, esto ha ido demasiado lejos —declaró Daniel de repente, abriéndose paso entre el público. —No dejaré que-

Leia se apartó de Theron y se enfrentó a su tío. Jassar, descansando sobre su hombro, le graznó en advertencia.

—Apártate de mi camino —le dijo la princesa entre dientes. —Lidiaré contigo en un momento.

—No hay nada con lo que *lidiar* —siseó el hombre. —Debes abandonar mi reino ahora mismo.

—El Castillo de Fuego es tanto de su propiedad como de la princesa de Antel —exclamó Loren con firmeza. —Por lo tanto, Su Alteza tiene permitido acceder si así lo desea. Continuaremos con esto cuando finalice con sus asuntos personales.

—Pero-

—¿Algo que objetar, Su Majestad? —inquirió Loren.

Daniel cerró la boca y se movió a un lado, sin quitar su mirada asesina de Leia; pero a ella no le importó en lo más mínimo. Le dedicó una sonrisa forzada de agradecimiento a Loren y continuó su camino hacia el interior del castillo, seguida por los gemelos, las primas, Theron y algunos guardias que los escoltaban, incluyendo a Allias.

En el camino, se cruzaron con uno de los soldados de Aiden, por lo que él le pidió que los guiaran hasta donde habían dejado a los sobrevivientes de Emera. El soldado asintió con firmeza en respuesta y los guio por un corredor de la planta baja.

La mente de Leia viajaba a la velocidad de un rayo. Había tantas posibilidades y todas llevaban a lo mismo: alguien no había sobrevivido. ¿De quién podía tratarse? ¿A quién no volvería a ver jamás, ni siquiera después de la guerra? Ese pensamiento le provocó una dolorosa punzada en el estómago. Se sentía tan abrumada que podía oír cómo respiraba por la boca en vez de por la nariz.

Se detuvieron frente a unas puertas dobles cerradas que ella sabía que llevaban a una de las salas de estar. Jassar se había despegado de su hombro para darle espacio ya que, al parecer, podía sentir todas las inseguridades que la ahogaban por dentro.

Sin embargo, estando allí a tan sólo una puerta de distancia de su familia, dejó que sus miedos se vieran reemplazados por ese sentimiento de nostalgia, de felicidad por poder volverlos a abrazar, sean quienes fueren los que estuvieran aguardando por ella al otro lado. Sentía las lágrimas rodando por sus mejillas incluso antes de que las puertas se abrieran.

Cuando el soldado las abrió y se movió a un lado rápidamente para dejarlos pasar, Leia soltó un suspiro con los ojos cerrados y entró, seguida por los demás. Abrió los ojos con lentitud, mordiendo el interior de sus mejillas por los nervios que la carcomían.

Primero vio a Linda. Al principio estaba sentada en un largo sofá con las manos temblando ligeramente sobre su regazo; pero en cuanto vio entrar a Leia, se puso de pie de prisa, con la espalda rígida. Sus ojos café ya estaban inundados en lágrimas cuando se cruzaron con los de ella.

Al siguiente que vio fue a Luke. Su mejor amigo Luke, quien Dilaya había nombrado al azar para asustarla. Estaba allí, vivo, de pie recargado contra una columna. Su ondulado cabello azabache estaba más largo de lo que Leia recordaba, y se apresuró a apartarlo de su rostro cuando notó su presencia.

Luego vio a Kailani. Su hermana, su otra mitad. Estaba apartada del resto y rodeaba su cuerpo con ambos brazos. Leia había quedado atónita al darse cuenta de cuánto peso había perdido. No sólo sus brazos lucían extremadamente delgados, sino que sus antes redondos pómulos ahora estaban ligeramente hundidos y sus pecas eran apenas visibles. Cuando sus hermosos ojos castaño claro se encontraron con los de Leia, todo su cuerpo se tensó notoriamente.

A la última que vio fue a la pequeña y dulce Karis. Había crecido un poco, pero seguía teniendo ese rostro aniñado y adorable. Sin embargo, Leia sintió cómo su corazón se resquebrajaba cuando notó sus pequeños ojos hinchados y cómo envolvía las rodillas contra su pecho, acurrucada en uno de los sofás individuales. Se cruzó con la mirada de Leia pero no cambió su posición en lo más mínimo.

En una esquina de la sala había un par de personas más que la princesa no las conocía por nombre pero que sabía que las había visto en el pueblo. También estaban ambos padres de Luke. Todos lucían agotados e incómodos en el lugar, pero se mantuvieron en sumo silencio.

Nadie se movía; ni siquiera Jassar, quien había dejado de agitar sus alas y se había posado sobre el respaldo de uno de los sofás vacíos, observando toda la escena con curiosidad.

Leia había perdido todo el control de su mente y de su cuerpo. De repente se había quedado sin saber qué decir o qué hacer. Había esperado incontables *meses* para volver a verlos, para abrazarlos y poder decirles a los ojos cuánto los amaba. Ahora los tenía allí mismo frente a ella, y no sabía cómo rayos proseguir. Abrió sus labios ligeramente, pero ninguna palabra ni ningún sonido salió de ellos. *Nada*.

Entonces detectó un movimiento. Todos en el lugar observaron cómo Kailani desenvolvía los brazos de alrededor de su cuerpo para comenzar a avanzar hacia Leia. Sus ojos algo llorosos estaban fijos en nadie más que en ella. La princesa reprimió un sollozo de alivio y sonrió muy a su pesar.

Pero no se había dado cuenta hasta que su hermana se encontraba a sólo un paso de distancia que su rostro lucía completamente inexpresivo, frío, distante, todo lo contrario a lo que ella se hubiera imaginado.

Y luego pasó lo peor.

El impacto en su mejilla resonó en toda la sala, seguido de espadas desenfundándose.

—¡No! —les gritó Leia a los soldados, aún con los ojos fuertemente cerrados.

Su mejilla ardía. Pero no fue el golpe lo que le dolió verdaderamente, sino *quién* se lo había dado. Abrió los ojos con lentitud, y su mirada nublada por las lágrimas se enfocó en el rostro ahora ensombrecido y enfurecido de Kailani.

—Todo esto es tu maldita culpa —dijo por lo bajo entre dientes. Su mandíbula estaba tan apretada que Leia creyó que se lastimaría en serio.

—¡Kailani, por los dioses! —exclamó su madre, horrorizada, acercándose a ella por detrás. —¿Qué estás haciendo?

—¡Diciendo la verdad! —ahora la pelirroja gritaba, y su voz sonaba tan rota y rasposa que el corazón de Leia se rompió aún más. —¡Todos ustedes, hijos de perra, son los culpables de todas las desgracias por las que hemos pasado!

La princesa se encontraba tan desorientada, tan estupefacta por todo lo que veía, sentía y oía que no vio venir la segunda cachetada. Sin embargo, sin siquiera poder controlarlo, un muro de llamas rojas se interpuso entre ellas, haciendo que Kailani retrocediera con brusquedad contra el pecho de Linda, quien la sostuvo por los brazos para que no perdiera el equilibrio.

Las llamas se extinguieron tan rápido como se manifestaron. Leia ni siquiera había movido su mano. Su poder había reaccionado por cuenta propia.

Cuando volvió a cruzar miradas con Kailani, ella la estaba mirando con *miedo*. La princesa sintió un tenebroso escalofrío que la recorrió a lo largo de toda la columna. Era algo peor que la presencia de un Inframon: se había asustado de sí misma.

—¡Me mentiste! —siguió gritando Kailani, recobrando su postura. —Dijiste que serías la misma tuvieras el título que tuvieras, ¡y mírate! —la señaló con desprecio. —¡Eres idéntica a ellos!

—Kai, tienes que detenerte, yo-

—¿Y te atreves a darme órdenes? —preguntó, incrédula. —¿Acaso tienes una mínima idea de todo por lo que pasamos?

—Señorita, debo pedirle que se dirija con más respeto hacia la princesa —el que intervino fue Theron, dando un paso al frente y mirándola con su característica frialdad.

Leia sintió una mano cálida y reconfortante sobre su hombro, pero no podía moverse para ver de quién se trataba. Se había olvidado de cómo hacerlo.

—Ni tú, ni ella ni *nadie* me dará órdenes —sentenció la pelirroja con voracidad hacia el capitán. Luego regresó su atención a Leia. —¿Sabes el infierno por el que hemos pasado?

¿Te enteraste de que destrozaron nuestro pueblo? ¿Te enteraste de que ya no queda *nada* de nuestro hogar? ¿Te enteraste de que más de la mitad de los habitantes perdió su vida en ese ataque? —hizo una pausa para recuperar el aire, y luego agregó las palabras más horribles que Leia jamás había oído: —¿Te enteraste de que Jesser Green fue asesinada delante de su propia hija? ¿Te enteraste de que papá se sacrificó para darnos una oportunidad de escapar?

El pesado silencio volvió a reinar en la sala. Leia dio un paso atrás y se llevó ambas manos a la boca para reprimir un sollozo. Su poder se agitaba salvajemente en sus venas.

—No lo sabías, ¿verdad? —inquirió la pelirroja, ahora con lágrimas silenciosas resbalando por sus mejillas. —¡Todo se fue al carajo desde que la puta realeza llegó a nuestras vidas!

—Kailani, para, por favor —susurraba su madre entre sollozos.

Darren. Su padre adoptivo Darren. El hombre que la había cuidado y enseñado a sobrevivir el día a día, el que le sacaba sonrisas a sus tres mujeres favoritas en el mundo, el que llevaba a sus hijas de paseo por las afueras del pueblo para conocer un poco más de la naturaleza. Darren, ahora otra víctima de los Inframons.

Y Jesser, su amable y trabajadora y valiente amiga Jesser, quien le había enseñado cuán entretenido y creativo podía ser tallar figuras de madera, quien le había dado un trabajo y un buen lugar donde pasar la gran parte de su vida...

Karis...

Era demasiado. Todo era demasiado.

—Kai —soltó Leia, sin importarle lo quebradiza que sonara su voz. —Kai, dioses, en verdad lo sien-

—¡No lo digas! —espetó ella, separándose bruscamente de su madre, quien se tuvo que sostener de un mueble para que sus rodillas no le fallaran. —No te atrevas a decir que lo sientes porque no tienes idea de una mierda, *Leia Stormholl*.

Su nombre lo pronunció de una manera tan despreciativa, tan cargada de odio, que otro sollozo escapó de sus labios. Alguien se posicionó detrás de ella y rodeó sus hombros con dulzura. Por la ventisca que sintió en su interior, sabía que se trataba de Cassian.

—Señorita, debe detenerse en este instante —Theron habló con más firmeza que antes.

—No pedí tu opinión —siseó la pelirroja, desafiándolo con la mirada. El capitán lucía extremadamente furioso, por lo que Adara se aclaró la garganta y fue la siguiente en hablar lo más relajada posible:

—Kailani, tu actitud es completamente entendible luego de todo por lo que pasaste —le aseguró. —Pero no puedes tratar a tu hermana de esa forma luego de-

—¿*Hermana*? —inquirió Kailani. —Lazy Lykel murió el día en que abandonó Emera.

Una llama salió disparada como una flecha hasta estrellarse contra una vasija, la cual terminó hecha trizas en el suelo. Todos se sobresaltaron y la observaron con sorpresa

para luego voltearse hacia Leia. Tenía las manos apretadas en puños a ambos lados de su cuerpo. Sus ojos estaban fijos en el suelo.

—No tienes derecho a hablarme así —dijo con frialdad para poco a poco levantar la mirada hasta los ojos de Kailani. —Estás enfadada y lo entiendo, de verdad que lo hago, y te respetaré si quieres tomarte un tiempo apartada de mí. Pero no permitiré que me trates de esta forma porque yo también estoy dolida. El camino hasta aquí no fue nada fácil, y perdí mucho al igual que tú.

La pelirroja se había quedado en silencio.

—¿Vas a tratarme de mejor manera o vas a seguir comportándote así?

—Vete a la mierda.

Avanzó a zancadas hacia ella, pero pasó por su lado y salió de la sala, cerrando las puertas con un estruendo.

—Tú tranquila, yo iré por ella —le aseguró Adara con calma para luego salir de allí a toda prisa. De alguna forma, saber que era ella quien hablaría con Kai la relajó un poco.

Leia dejó salir un entrecortado suspiro y le agradeció a Cassian de manera silenciosa con un apretón en su brazo antes de separarse de él. Sin esperar una reacción por parte de Linda, la princesa se acercó a ella y apoyó la frente sobre su pecho. En un instante, su madre adoptiva la estaba abrazando con fuerza.

—Cariño, cuánto lo siento... —le susurró contra su cabello, aferrándola aún más a ella.

—No, mamá, no tienes nada que sentir —murmuró Leia mientras sorbía por la nariz.
—Papá, él...

Su voz se quebró y más sollozos brotaron de su garganta. Linda se mantuvo en silencio y dejó que ella se desahogara como lo había hecho durante diecisiete años, como una verdadera madre. Se sentía tan bien volver a abrazarla de esa forma, volver a sentir todo su cariño hacia ella...

Cuando finalmente se separaron, Leia percibió por el rabillo del ojo que su amigo se había acercado hacia ellas con algo de incomodidad. Pese a que las lágrimas aún rodaban por sus mejillas, ella sonrió y se lanzó a sus brazos con seguridad. Él la atrapó sin dudarle, enterrando su rostro en su cuello.

—Luces... —comenzó diciendo Luke en cuanto se separaron, aún tomados de las manos.

—... ¿desagradable? ¿Echa un asco? —ofreció Leia con una mueca.

—Has crecido mucho, cielo —la corrigió Linda, y pese a su semblante triste, tenía una sonrisa en sus gruesos labios, al igual que Luke.

—Los extrañé —admitió ella, mordiéndose el labio inferior para no volver a llorar.

—Y nosotros a ti —le dijo Linda con honestidad.

—Kailani también —añadió Luke. —Está demasiado sensible y lastimada por todo lo que sucedió, pero en verdad te extraña, y mucho.

Leia sólo asintió con la cabeza porque sabía que si intentaba hablar, lo único que le saldría sería otro sollozo. Las palabras de su hermana aún resonaban en su cabeza como cuchillos desgarrando su alma. Las dijera en serio o no, habían dolido de igual manera.

—Stormholl —llamó Theron con sorprendente suavidad detrás de ella. Se volteó para verlo, soltando las manos de Luke. —Se que éste es un momento importante y odio interrumpirlo, pero aún hay un tema por resolver.

La princesa suspiró. *Daniel*. Por supuesto.

—En cuanto logremos deshacernos de ese idiota, dejaremos que continúes el reencuentro con tu familia, lo prometemos —le aseguró Cassian, extendiéndole una mano con una media sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó Luke con cautela.

—Es... es una historia demasiado larga —reconoció Leia, sin poder evitar poner los ojos en blanco. —Pero aguarden aquí, ¿sí? Vendré en cuanto—

Sintió un extraño tirón en la parte trasera de la falda ahora completamente destrozada de su vestido. Se volteó con el ceño fruncido, y en cuanto bajó la mirada, se encontró con unos pequeños y profundos ojos ámbar hinchados y cristalizados. La princesa cayó de rodillas para quedar a la altura de esos hermosos ojos que tanto adoraba.

—Karis, cariño, no sabes cuánto lo siento —le susurró.

La niña forzó una sonrisa.

—Luces como una princesa —señaló con su dulce y angelical voz. —Una bonita princesa.

Leia rio y sollozó al mismo tiempo de una manera extraña y vergonzosa, pero a Karis no le importó en lo absoluto. Se dejó caer contra ella y la abrazó del cuello mientras que Leia rodeaba su diminuto cuerpo con sus brazos, aferrándola contra su pecho.

—Te extrañé —murmuró la niña.

—Y yo a ti, mucho más de lo que te puedes imaginar —le aseguró Leia, apretándola aún más.

Un golpe a la puerta las interrumpió.

—¿Sí? —preguntó Theron en voz alta, con irritación.

—Capitán Lade, Su Majestad el rey Daniel requiere la presencia de—

—Dile que ya vamos, por los dioses —respondió el capitán exasperadamente. Se oyeron pasos apresurados alejándose del otro lado de la puerta.

—¿El rey quiere verte? —le preguntó Luke a Leia con las cejas enarcadas.

Ella se puso de pie, no sin antes besar la frente de Karis con cariño, haciéndola sonreír un poco.

—Dejará de serlo a partir de ahora —dijo Cassian con certeza.

—¿Por qué me suena a que cagaron todo desde que yo me fui? —preguntó Aiden con los ojos entrecerrados.

—De hecho, la cagó él mismo —le respondió su hermano. El rey de Orland y Luke lo observaron con pura confusión en sus miradas.

—En fin, resolución de conflictos ahora, narración de historias después —intervino Theron mientras comenzaba a avanzar hacia la salida.

—¿Estarán bien aquí? —les preguntó Leia a su familia mientras los demás seguían al capitán.

—Sí, no te preocupes por nosotros. Ve a hacer lo que tengas que hacer —le dijo Linda con una sonrisa algo relajada mientras tomaba a Karis en brazos.

—Y suerte con lo que sea que tengas que lidiar —añadió Luke.

—Gracias, porque en verdad la voy a necesitar —le respondió Leia al tiempo en que comenzaba a alejarse de allí.

En el camino, se esforzó por limpiarse el resto de lágrimas que aún quedaba en sus mejillas con el dorso de sus manos. Había recibido demasiada información en muy poco tiempo y había pasado por muchísimas cosas. Desde que Daniel la había envenenado, toda la situación que creía tener bajo control se desmoronó a sus pies delante de sus ojos. Pero ahora debía centrarse en solucionarlo todo parte por parte.

Y empezaría con Daniel Stormholl y todos sus cómplices.

Capítulo 40

Fuera del castillo, en el jardín delantero, la conmoción continuaba tal como Leia recordaba. Daniel hablaba a solas con los miembros del Consejo Real mientras que los demás miembros de la Corte y la población observaban en silencio, expectantes. También había gran cantidad de gente que ayudaba a trasladar a la enfermería a aquellos que contaban con heridas de gravedad, tanto soldados como ciudadanos de Alicron. Un grupo de hechiceras, incluyendo a Darlan, les daban una mano a los niños de corta edad que se habían lastimado durante todo el revuelo. Entre ellos también estaba Jacob, intentando levantarle el ánimo a los demás. Los sollozos desconsolados de los otros niños amenazaban con volver a quebrar a Leia, pero mantuvo una postura firme y una expresión lo más seria posible.

—Pero este es un tema muy delicado, Su Majestad —la princesa llegó a oír lo que le decía Loren a Daniel cuando los alcanzó, seguida de los demás. El rey se volteó hacia ellos con brusquedad. Sus ojos dorados estaban ensombrecidos de rabia.

—¿Ya terminaste de *lidiar con tus asuntos*? —le preguntó a su sobrina con un tono de irritación.

—No, porque aún sigues aquí —la respuesta salió de los labios de Aileen con total naturalidad. Leia reprimió una sonrisa al ver la incredulidad en el rostro de Daniel.

—Estoy dispuesta a arreglar esto de forma pacífica —le dijo ella al rey con demasiada calma.

—La única manera pacífica de arreglar esto es yéndote de mi castillo en este instante —siseó Daniel entre dientes.

—El castillo le pertenece a la princesa por sangre —le recordó Aiden en un tono de advertencia.

—No —dijo Leia, y todos la miraron con confusión. Ella mantuvo su mirada fija en los ojos de Daniel. —Es de ambos. A mí me pertenece por el título y a ti por haber asumido la responsabilidad diecisiete años atrás.

—¿Ahora te quieres hacer la joven buena y comprensiva? —inquirió el rey.

—Sólo estoy siendo justa —le respondió ella, impasible. Ya había entendido que no llegaría a nada discutiendo con él. Esa era la manera de alcanzar su objetivo. —Pero sólo uno de nosotros puede reinar ahora, y no dejaré que ninguno de nosotros tome la decisión.

—¿Qué quieres decir?

Leia se volteó hacia el pueblo expectante.

—Lo que más me importa del reino son los súbditos —dijo ella en voz alta para que todos la oyeran, pero se seguía dirigiendo a Daniel. —Si estás de acuerdo conmigo, según me dijiste repetidas veces, es hora de que lo demuestres y dejes que ellos elijan qué quieren para su reino.

Murmullos y exclamaciones de asombro rellenaron el silencio del lugar.

—Esto es inaudito —se quejó Kane Luffier, dando un paso al frente. —No has pasado aquí ni un año completo, ¿y ya quieres cambiar las normas? Los reyes no se eligen de esta forma, princesa.

Algunos habitantes reprocharon. Otros se mantuvieron en silencio, intentando decidir de qué lado ponerse.

—Todos ellos tienen voz propia, Luffier. ¿No los oyes? —preguntó Leia por sobre las demás voces. —Son capaces de pedir lo que quieren, y Daniel y yo somos capaces de dárselos, ¿no es así?

Su tío y ella intercambiaron miradas. Su rostro estaba colorado de rabia. Leia había dado en el blanco.

—Si no es una decisión aprobada por el Consejo Real, no se podrá hacer —declaró Kane con autoridad.

La princesa ya sabía que algo así ocurriría. Intercambió una mirada silenciosa con Cassian. Él se mantuvo impassible, pero le dio un apenas visible asentimiento de cabeza. Leia se volvió a voltear hacia los conserjes.

—Pues entonces, que el Consejo decida si se aprobará o no.

Los tres la miraron con confusión y luego se miraron entre ellos de la misma manera. Por supuesto, el primero en hablar fue Kane:

—Por mi parte, será un no rotundo. Es ridículo lo que intentas hacer. El rey se elegirá como se lo hizo siempre, y será Daniel Stormholl.

El pueblo elevó la voz. Cassian, Aiden y Theron se ocuparon de que el silencio regresara de una manera pacífica y respetable.

—¿Loren Kreys? ¿Melkes Ariondale? —les preguntó Leia, intentando ocultar su nerviosismo.

—Por mi parte, será un sí —decidió la mujer. Los ojos de Kane parecían salirse de sus órbitas. —Es lo que Aria Jules y Logan Stormholl hubieran querido: que su pueblo sea partícipe de las decisiones importantes.

Los habitantes se mostraron de acuerdo. Leia sonrió y le agradeció con un asentimiento de cabeza. Kane parecía querer arrancarse las pocas canas que quedaban sobre su cabeza, pero se mantuvo firme y con el mentón en alto.

Todos posaron sus ojos sobre Melkes. Ese era el momento decisivo. Su respuesta sería la clave de que su plan saliera bien o mal. Cassian, Adara, Aileen y Leia habían hablado por meses acerca de la importancia de ganarse la aprobación de cada conserje. Era fundamental para ese tipo de situaciones. Con Kane jamás lo lograron porque su rechazo hacia ellos había comenzado desde un principio; con Loren había sido más fácil porque ella siempre apoyó a la innovación, además de que siempre estuvo de acuerdo con la manera en que reinaban Aria y Logan; pero Melkes... él nunca se expresó de una manera concreta hacia ellos. Siempre parecía ponerse del lado de Kane fuera la decisión que el anciano tomara. Habían intentado hablar con él a solas un par de veces, pero siempre llegaban a la misma conclusión: era un peón más de Kane y de Daniel.

El silencio se hizo demasiado extenso y tenso. Las palmas de Leia sudaban. A su lado, Daniel tenía el atisbo de una sonrisa en sus labios, y ese simple gesto le hizo esperar lo peor.

Entonces Melkes habló:

—Por mi parte, será un sí.

Leia sintió que el alma le regresaba al cuerpo. Sus pulmones se volvieron a llenar de aire con facilidad. Detrás de ella, sus amigos suspiraron de alivio.

Daniel bufó con frustración.

—Esto es una tontería —murmuró.

—Totalmente de acuerdo —dijo Kane, mirando a sus compañeros con desaprobación. Melkes desvió la mirada mientras que Loren sólo se encogió de hombros con una sonrisa.

—Dos votos de tres —declaró la mujer, elevando la voz para que todos la oyeran. — El Consejo Real aprueba que el pueblo de Alicron decida quién asumirá el trono.

Leia tenía una amplia sonrisa en su rostro cuando avanzó con lentitud para quedar de pie frente al pueblo con Daniel a su lado, a un par de pasos de distancia. Jassar, quien hasta ese entonces había estado observándolo todo desde la altura de las murallas, descendió un poco para prestar aún más atención. Sus ojos se centraron en ella cuando le dijo en su mente:

—Ya no eres tan estúpida como cuando nos conocimos.

Ella reprimió una risa frunciendo sus labios, y le dedicó un leve asentimiento en agradecimiento. Eso significaba mucho para Leia viniendo de su ave de fuego.

Dio media vuelta un pequeño instante para ver a sus amigos y compañeros. Theron, los gemelos Dustin y Aileen le transmitieron todo su apoyo con una simple mirada, e incluso Cassian formuló con sus labios un <<Tú puedes>> alentador. Leia volvió a mirar al pueblo un poco más aliviada. No había vuelto a ver a Adara, pero tenía el leve presentimiento de que se encontraba en algún rincón del castillo intentando ayudar a Kailani, y ese pensamiento la reconfortaba, al menos por el momento.

Tomo aire y lo dejó salir lentamente.

—Pueblo de Alicron —llamó Loren en voz alta. —El Consejo Real les permite expresarse abiertamente para escoger a la persona que reinará en Antel a partir de ahora. Se les dará una oportunidad a Daniel y Leia Stormholl de decir unas últimas palabras antes de que se tome la decisión final.

Los miró a cada uno, y el rey y la princesa intercambiaron miradas. Armándose de paciencia, ella le cedió la palabra primero.

—Mis queridos súbditos —comenzó diciendo él. —Los he estado gobernando por diecisiete años, y todo lo que he hecho ha sido por el bien del reino. Antel es mi hogar y hago lo necesario para mantenerlo en pie. Todo esto acabará si dejan que la princesa tome mi lugar —Leia se mordió el interior de sus mejillas. Intentó que su expresión continuara

indiferente. —La guerra contra Connor es algo imposible de ganar. Si la declaramos ahora, terminaremos en un estado peor del que estaremos si nos mantenemos al margen como lo hemos hecho durante todo este tiempo. Respetaré la decisión que elijan porque son lo más importante del reino —la princesa sintió que alguien detrás de ella bufaba, y sabía que se trataba de Aileen. —Eso es todo lo que tengo para decir —concluyó. Varias personas se mostraban de acuerdo mientras que otras lucían algo dubitativas.

Daniel retrocedió para dejarle el lugar a Leia, y ella se enfrentó al pueblo. Le provocó cierto pánico que las miradas de todos los presentes estuvieran sobre ella, pero tomó aire y lo dejó salir suavemente.

—Antes de decir mi parte, me gustaría oírlos a ustedes —habló la princesa en voz alta. —Me gustaría que me dijeran qué es lo que quieren para su pueblo, para ustedes mismos. Y no tengan miedo de hablar con completa honestidad porque nadie impedirá que lo hagan.

Al principio, todo el lugar estaba en silencio. Los habitantes se miraban unos a otros con algo de desconfianza, pero finalmente, poco a poco alguno que otro se animaba a obedecer la petición de Leia.

—Quiero más seguridad.

—Quiero que mis hijos tengan un futuro.

—Quiero vivir sin la preocupación de que en cualquier momento un Inframón pueda venir a atacarnos.

—Quiero la paz.

—Quiero venganza.

Ahora todos comenzaban a hablar, unos sobre los otros, haciendo que ninguna frase pudiera oírse con claridad. Sin embargo, Leia los entendía. Por supuesto que lo hacía.

—Quieren un mundo mejor, ¿no es así? —les preguntó con firmeza. Todos se mostraron de acuerdo. —¿Quieren un nuevo comienzo? ¿Reclamar el mundo que nos pertenece a aquellos que nos lo usurparon? —la gente gritaba y ovacionaba en aprobación. —¡Yo también quiero todo eso! Lo juro por todos los dioses que ahora me estén observando. Pero para conseguirlo, debemos trabajar en equipo. En esta guerra que comenzó hace tiempo, todos los humanos debemos estar en el mismo bando para recuperar lo que es nuestro —varias personas reafirmaron sus palabras. —Escojan a quien les parezca más adecuado. Yo lo respetaré sin importar nada —les aseguró con una mano sobre su pecho. —Pero si quieren devolverle la luz a Keentale, tendrán que ayudarme a encender toda esta oscuridad que los Inframons trajeron.

Al finalizar, Jassar acentuó sus palabras graznando con orgullo y planeando alrededor de todos los presentes, dejando chispas azules y rojas por el camino. Los habitantes y gran cantidad de miembros de la Corte aplaudieron y ovacionaron. Leia les sonrió en agradecimiento y regresó a su lugar a la altura de Daniel, quien le lanzó una mirada fría antes de apartarla a toda prisa. Ella decidió ignorarlo.

Los conserjes, unos pasos más adelante que ellos dos, aguardaron a que el lugar volviera a silenciarse para tomar la palabra.

—Bien, ya han escuchado a cada uno —anunció Loren con las manos extendidas. —Es tiempo de que escojan a la persona que asumirá al trono de Antel.

Nuevamente, todos comenzaron a hablar al unísono. Los nombres de Leia y Daniel se fusionaban entre sí de una manera extraña y aturdidora. Los conserjes se esforzaban por interpretar la decisión final, pero era simplemente imposible.

Leia se centró en observar a los ciudadanos. Entre los que pronunciaban su nombre con seguridad estaban Nicole y sus dos pequeños, e incluso Mason, acompañado por sus compañeros de la herrería en la que trabajaba. Continuó escaneando a la multitud, leyendo sus labios, intentando interpretar qué era lo que la mayoría quería para su reino.

Hasta que un cántico en específico comenzó a sonar por sobre ambos nombres:

<<*Princesa de fuego*>>.

Esas tres palabras se oyeron con suavidad al principio, y luego se expandieron por todo el jardín delantero con demasiada claridad. El corazón de Leia palpitaba desaforadamente. Se volteó hacia sus compañeros y vio que todos repetían el cántico, algunos incluso agitando sus brazos para dar más énfasis a sus palabras.

—Esto tiene que ser una maldita broma —masculló Daniel, pero su voz se vio amortiguada por esas tres palabras que se repetían constantemente.

Finalmente, el silencio regresó. Loren se aclaró la garganta, intentando ocultar una sonrisa divertida.

—Creo que quedó bastante claro quién es la heredera elegida —declaró mientras le echaba una mirada orgullosa a Leia. —Daniel Stormholl, Leia Stormholl, acérquense, por favor.

Ambos obedecieron, avanzando con firmeza hasta quedar a su altura.

—Daniel Stormholl —anunció la mujer, mirándolo fijamente. —Queda oficialmente removido del trono de Antel y de todos los títulos que eso conlleva —Daniel tensó su mandíbula pero asintió con la cabeza, quitándose la corona para que uno de los soldados se la llevara. Estaba a punto de voltearse para alejarse de allí, pero se vio interrumpido por la voz de Loren, que agregó: —Una cosa más —compartió una mirada con los otros dos conserjes. —Ha atentado contra la vida de la princesa de Antel y hay pruebas verídicas de ello. El Consejo Real ha tomado una decisión y sólo será aprobada si la princesa así lo desea.

Leia los miró con confusión. El rostro de Daniel estaba más pálido de lo normal.

—Se lo expulsará del Castillo de Fuego para siempre y de su título de Lord en la Corte si usted lo permite —le explicó Melkes a Leia.

La princesa se relamió los labios y se volteó para mirar a su tío. Él no decía nada, pero en sus ojos percibió cierto miedo ante lo que ella pudiera decidir.

Leia jamás hubiera considerado exiliar a Daniel. Cuando se enteró de que para llegar al trono debía pasar sobre su tío primero, nunca pensó en hacer algo como eso. Desde que llegó, lo único que quiso hacer fue intentar tener una buena relación con él para que la aceptara con el tiempo y dejara que asumiera el trono pacíficamente.

Y siguió pensando de esa misma manera incluso cuando él no la había tratado como ella esperaba. Entendió que no serviría de nada recordarle que eran *familia* porque para él ya no existía tal cosa. Sin embargo, aún quería llevarse bien con él para que cuando llegara el momento, pudiera tomar su lugar sin causar una revolución.

Pero luego él la envenenó. Intentó matarla. Quiso deshacerse de ella de la peor manera para poder continuar su mandato sin interrupciones indeseadas. Eso nunca se lo perdonaría.

Así fue como de ese modo aprendió que Daniel Stormholl sería capaz de hacer cualquier cosa, *cualquier cosa*, con tal de permanecer en el trono. Ahora ella tenía la posibilidad de expulsarlo de allí para que algo así no volviera a suceder jamás, ni a ella ni a cualquiera que pasara por su misma situación.

Por lo que, con la mirada fija en sus casi idénticos ojos dorados, le dijo:

—De verdad intenté no llegar a esto. Soporté tus malos tratos y todas tus mentiras para hacer esto de manera pacífica, y aun así quisiste deshacerte de mí de una manera cruel —hizo una pausa para observar cómo la expresión del hombre se tornaba insegura y problemática. —No permitiré que personas como tú pongan un pie en este castillo jamás —se volteó hacia Melkes. —Apruebo su decisión.

Gran cantidad de ciudadanos aplaudió con entusiasmo. El rostro de Daniel había perdido todo el color.

—Pero necesito pedir dos cosas más —habló Leia nuevamente cuando el silencio regresó. Los conserjes lucían algo sorprendidos, pero asintieron permisivamente. —Daniel Stormholl no será el único expulsado del Castillo de Fuego, sino todos sus cómplices.

Los soldados que habían sido más fieles a Daniel dieron un paso al frente con las cabezas gachas, entregándose sin resistencia. Leia les agradeció con una mirada. Cuando sus ojos se posaron en Callahan, su rostro estaba iluminado por el arrepentimiento. La princesa fingió no notar que había formulado con sus labios las palabras <<Lo siento>>.

—¿Y cuál es la segunda petición? —preguntó Melkes con cautela.

Leia se volteó hacia Serafine, quien estaba de pie junto a varios miembros de la Corte. Se encontró con sus ojos profundamente azules, los cuales destacaban sobre su pálida piel. La mujer la miraba con desconfianza, probablemente preparándose para lo peor.

—Serafine Deckler —la llamó Leia con firmeza. Ella dio un paso al frente con el mentón en alto, desafiándola con la mirada. La princesa suavizó su rostro. —A ti te libero de tu matrimonio con Daniel Stormholl para que seas libre de él y puedas casarte con quien tú quieras o simplemente no hacerlo. Podrás elegir entre seguir viviendo en el castillo o mudarte a algún sitio disponible en Alicron. En el caso de que escojas la segunda opción, la Corona te brindará los recursos necesarios para realizar el procedimiento.

—¿Desde cuándo puedes—?

—Peticiones concedidas —interrumpió Loren a Daniel, mirándola a la princesa. Leia asintió en agradecimiento. —Ahora sí, Leia Stormholl —pronunció en voz alta, haciendo que todo el pueblo volviera a centrarse en ellas. —Por el poder que el Consejo Real me concede,

la declaro princesa de Antel, heredera de los reyes Aria Jules y Logan Stormholl, cuya Coronación para finalmente obtener el título de reina se realizará al cumplir la mayoría de edad. Aun así, tomará todas las decisiones importantes que el reino requiera, en compañía de los tres conserjes reales.

Todos los presentes volvieron a estallar en aplausos y aclamaciones. Los gemelos Dustin y Aileen se acercaron a ella para felicitarla frente a frente. Los tres tenían sonrisas relucientes en los labios incluso luego de haber estado luchando sin parar instantes atrás.

—Guardias, escoltemos fuera del castillo a estos traidores —llamó Theron a un grupo de soldados con un tono triunfador en su voz. Los demás le obedecieron.

—Sé que no quieres oírlo, pero en verdad lo siento —le murmuró Callahan a Leia cuando pasó por su lado.

—Si lo sabes, ¿entonces para qué me lo dices? —le preguntó ella con indiferencia.

—Por favor, yo sólo—

—Camina de una puta vez —siseó Aileen detrás de él, descansando su mano sobre la empuñadura de una de sus dagas enfundadas. —Por tu propio bien, espero no volver a ver tu rostro nunca más.

El antiguo soldado bajó la mirada con inseguridad y siguió caminando con las demás personas que habían sido partícipes en el macabro plan de Daniel de envenenar a Leia.

—¡Esperaba más de ustedes! ¡Esta es la peor decisión que jamás hayan tomado, y se darán cuenta demasiado tarde, cuando el reino quede en ruinas! —gritaba él mientras dos soldados lo retenían de ambos brazos y lo llevaban fuera del castillo.

—Patético —murmuró Aileen con desprecio.

—Suerte que estoy aquí para presenciar esto —comentó Aiden con una sonrisa satisfactoria.

Daniel pasó por el lado de Leia y le dedicó una mirada incluso más fría que el hielo. Ella se mantuvo impasible, muy en el fondo disfrutando de aquello.

Incluso luego de todo lo que había sucedido, algo más ocurrió que la dejó atónita una vez más.

Mason, quien se había separado de la multitud para acercarse a Leia y tenderle la espada que ella había soltado sin darse cuenta cuando manifestó el fuego azul, se detuvo en seco frente a Daniel. Ambos se habían quedado rígidos en el lugar, mirándose fijamente a los ojos.

Leia lo miró a Mason. Luego a Daniel. Repitió el proceso varias veces. Entonces lo entendió.

Desde la primera vez que vio al joven herrero, había distinguido ciertos rasgos en su rostro que le resultaban meramente familiares, tal como la forma y terminación de sus ojos, los pómulos fuertemente marcados, la punta redonda de su nariz y el profundo color azabache de su cabello.

Ahora que Leia los tenía a ambos hombres frente a frente, comprendió con toda claridad de dónde había sacado esos rasgos. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Disculpe, señor, pero debemos llevarnos a este hombre fuera del castillo —le dijo uno de los guardias a Mason con calma. El joven miró nuevamente a Daniel y le sonrió con inesperada malicia.

—Al fin tienes tu merecido.

—Sal de mi camino —le siseó Daniel.

—Sí, siempre me has dicho lo mismo —reconoció Mason, resoplando. —Espero que tu vida termine siendo igual de miserable que como me la has hecho a mí desde que nací.

Y con eso, se movió a un lado para dejarlos pasar. Incluso mientras se alejaba, Daniel se volteaba para lanzarle miradas asesinas.

Finalmente, Mason llegó hasta Leia y le tendió su espada.

—Sólo quería devolverte esto —le dijo con un tono más calmado del que le había hablado a Daniel.

—¿Él es tu...?

—¿...padre? Sí —confesó Mason con desinterés. —Tal parece que no se encontraba muy satisfecho con su matrimonio, por lo que no tuvo mejor idea que pasar la noche con una desconocida del pueblo.

—Adivino. ¿Nunca te reconoció como su hijo? —inquirió Aiden con los brazos cruzados.

—Exacto —respondió el joven, riendo con amargura. —Igualmente, mi madre y yo estamos mejor sin él en nuestras vidas. No queríamos nada de él ni de su oro ni de sus mierdas —explicó con frustración. —Al menos, yo no. Pero sé que no volvió a hablar con mi madre luego de que se enteró de que la había dejado embarazada, y ella lo único que quería era que al menos me conozca —hizo una pausa para suspirar lentamente. —Por supuesto que nunca accedió y actuó como si ninguno de los dos existiéramos. Bien por mí, supongo —agregó con un encogimiento de hombros.

Leia sostuvo su espada con una mano mientras que la otra la colocó sobre su hombro en un gesto amable. Él levantó la mirada del suelo y la observó con confusión.

—En verdad odio que haya hecho eso —admitió Leia con una mueca. —Y sé que no podré hacer nada para compensar por la ausencia de un padre, pero te prometo que la Corte estará a la disposición de tu madre y de ti para lo que sea que necesiten —le aseguró con firmeza. Mason volvió a suspirar, y esta vez le sonrió levemente.

—Gracias —murmuró. —Y en verdad me alegra que le hayas quitado lo que no le pertenecía en absoluto.

—Todo fue gracias a ustedes, de hecho —le recordó Leia con una media sonrisa. Él asintió.

Se despidió de ella y del resto para volver a marcharse junto a sus compañeros de la herrería. Leia dejó salir gran cantidad de aire pesadamente. El hecho de no tener a Daniel

allí pese a que era algo muy difícil de creer, se sentía como un peso menos sobre sus hombros.

—Eso... no me lo esperaba —dijo Cassian para romper el silencio.

—Esa espada está genial —comentó Aileen, señalando el arma que Leia tenía en sus manos. Saliendo de un trance, ella se la tendió para que la viera más de cerca. —¿Te la hizo él?

—Así es —le respondió.

—Creo que esa es la mejor réplica que he visto de mí hasta ahora —reconoció Jassar, quien ahora se había acercado lo suficiente a ellos como para que su voz sonara con más claridad en la mente de Leia. Ella sonrió ante su comentario.

—Es como tu primo —divagó Cassian con los ojos entrecerrados.

—No empieces con tu maldita costumbre de armar los extraños árboles genealógicos que pueden haber dentro de la Corte porque ya te dije que eso es demasiado tedioso de hacer y de escuchar —se quejó Aiden. Su hermano puso los ojos en blanco y se encogió de hombros con desinterés.

Y sí que era extraño. ¿Mason siendo su primo? ¿Medio primo? Leia frunció el ceño y sacudió la cabeza para despejarse.

—Será mejor que ayudemos al resto. Aún hay gente que necesita llegar a la enfermería —dijo la princesa. Los demás asintieron y comenzaron a dispersarse por la enormidad del jardín delantero.

Leia estaba por dirigirse hacia el rincón donde Jacob, Darlan y otras hechiceras más ayudaban a los niños asustados y levemente heridos cuando Serafine se cruzó con ella, captando su atención.

—Tengo cosas que hacer —fue lo primero que dijo la princesa, con algo de prisa.

—Lo sé, lo sé. Sólo será un momento —le aseguró Serafine. —Quería... yo... ¿por qué hiciste eso?

Leia frunció el ceño.

—¿Hacer qué?

—Liberarme del matrimonio con Daniel, dejarme hacer lo que quiera con mi vida. ¿Por qué no te deshiciste de mí como lo hiciste con el resto? —preguntó con genuina curiosidad.

—¿Sabías algo de sus planes?

—¿Del veneno? —indagó ella, y Leia asintió en respuesta. —La verdad, no. Él nunca me contaba nada.

—Entonces, ahí tienes la respuesta —le dijo la princesa con simpleza. —Y también quería demostrarte que te has equivocado, porque tú y yo no somos iguales. Si Daniel me hubiera exiliado, tú no habrías intervenido en lo absoluto. Esa es la diferencia entre nosotras. Yo sí tengo empatía.

Serafine se había quedado sin habla, por lo que Leia se despidió con un ligero gesto de mano y continuó su camino, sintiendo una profunda satisfacción en su pecho al darse cuenta de que había hecho lo correcto.

Antes de llegar hasta Darlan y los demás, se detuvo un pequeño instante cuando creyó sentir algo extrañamente familiar en su interior. Buscó con la mirada una figura específica en el cielo, pero no tuvo éxito. Suspirando, avanzó para llegar a su objetivo.

.....

Alexander regresó al castillo de Velthorn justo a tiempo para una reunión *familiar*. Connor se encontraba de pie en la entrada aguardando por las dos personas que se suponía que llegarían en cualquier momento. Dilaya también estaba allí, coqueteando con uno de los soldados para pasar el rato. Por supuesto que el guardia estaba encantado con eso. Y por otro lado, Taran se encontraba sentado en uno de los escalones de la entrada, con el mentón apoyado sobre una mano y una expresión de aburrimiento instalada en su semblante.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Connor a Alexander una vez que aterrizó a poca distancia de él. Ni siquiera lo miraba.

—Por ahí —respondió con un encogimiento de hombros.

—¿Le fuiste a comprar comida a tu cachorro? —preguntó Dilaya con burla. Él la ignoró por completó, sentándose a un lado de Taran sobre los escalones.

—¿Hay señales de ellos? —preguntó a nadie en particular.

—Según un mensajero que llegó hoy por la mañana, regresarían para el atardecer —le respondió Connor con desdén.

El sol ya casi estaba terminando de ocultarse tras las colinas que dibujaban el horizonte.

—Quizás terminaron en el Inframundo —ofreció Alexander con un dejo de diversión. A su lado, Taran reprimió una sonrisa frunciendo sus labios. Dilaya les lanzó una mirada asesina.

Finalmente, dos figuras oscuras descendieron desde el cielo pintado de colores morados y anaranjados. Aterrizaron en su forma humana a pocos pasos de distancia frente a ellos, y Alexander se quedó perplejo al ver las pintas que tenían.

Parecía como si hubieran sido azotados por el mismísimo Hellias.

—¿Qué rayos sucedió? —exigió saber Connor, cruzándose de brazos. Alexander y Taran se pusieron de pie para acercarse en silencio.

—Ella es la poseedora del fuego azul.

Las palabras pronunciadas por un debilitado Isaias fueron seguidas por un extenso y tenso silencio. Dilaya y Taran tenían sus cejas enarcadas, pero Alexander se mantuvo impassible. Quizás debía actuar al menos un poco sorprendido. *Quizás*.

Connor suspiró sonoramente, pasando una mano por su largo cabello morocho a rastas.

—Maldita perra —murmuró con irritación, y Alexander sabía perfectamente que no se estaba refiriendo a Leia Stormholl.

—Le dijimos sobre su madre —se apresuró a agregar Zeth. Se estaba sosteniendo el abdomen con una mano, como ocultando una herida profunda.

—Bueno, al menos han hecho *algo* bien —masculló su padre. —No la mataré únicamente porque nos sirve como carnada. Esa niña es tan ingenua que vendrá a salvarla si en verdad se lo creyó.

—Y hay algo más —agregó Isaías con cautela. Connor enarcó una ceja, expectante. — Parece que los dioses han estado muy bondadosos últimamente. Jassar, el ave de fuego de Ignis, ahora está con Leia —hizo una pausa para darle tiempo a su padre de asumirlo. —Y por otro lado está Aiden Dustin. Regresó de Orland en el momento exacto para salvarlos a todos de nuestro ataque, y trajo consigo a Ceolzra.

—La dragona de Ventum —finalizó Connor. Isaías asintió. —Bien, esta información es muy útil. Buen trabajo para los dos —declaró inexpresivamente. Los gemelos parecieron relajarse notoriamente.

—Al menos ellos regresaron sin pasar por el Inframundo —murmuró Alexander. Se movió justo a tiempo para esquivar un puñetazo dirigido directo a su rostro por parte de su hermana.

—Compórtense, maldita sea —siseó el rey con molestia. —Hablaré con Hellias al respecto. Quizás pueda darnos una mano con esto de los *obsequios* de los dioses a los herederos —pronunció con cautela.

Sus hijos asintieron para mostrarse de acuerdo, incluso el que no lo estaba para nada pero que aun así debía simular todo lo contrario.

—Muy bien, ya pueden irse —sentenció Connor. —Yo tengo un par de asuntos que atender —agregó entre dientes, volteándose para avanzar con brusquedad al interior del castillo.

Viendo que sus hermanos comenzaban a hablar acerca del mal estado en el que se encontraban los gemelos, Alexander se escabulló para seguir al rey a escondidas. Sabía que podía percibirlo con su poder, por lo que actuó como si estuviera yendo en su misma dirección por casualidad.

En el camino, se cruzó con su madre. Ella estaba siguiendo a Connor con la mirada, con algo de preocupación.

—¿Está yendo a...? —le preguntó a Alexander en voz baja.

—Sí, pero no intervengas —le advirtió con seriedad. —Esta vez está más enfadado.

—¿Por qué?

—Tus hijos regresaron. Él ya lo sabe.

El entendimiento bañó el rostro de Cassandra, y la mujer tensó todo su cuerpo.

—Alex, no podemos dejar que—

—No hará eso —la interrumpió él. —Sólo se desquitará y ya, como hace siempre.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Estamos hablando del mismo Connor Malstrom? —inquirió Cassandra con inquietud.

—Hazme caso. Deja las cosas como están —siseó él, perdiendo la paciencia.

Lo único que pudieron hacer a continuación fue aguardar. Se sentaron en un sofá de la sala de estar más cercana a las mazmorras y esperaron hasta que Connor volviera a pasar por aquél corredor en dirección contraria a donde había ido. Alexander no pudo evitar maldecir en voz baja cuando notó la manera en que sangre ajena goteaba de las gruesas manos del rey.

Cassandra lo ayudó a trasladar las provisiones necesarias de la enfermería y de las cocinas hasta el interior de las mazmorras. Para su sorpresa, no había guardias vigilando la puerta, por lo que fue más fácil colarse.

Siguieron el rastro de gotas de sangre que Connor había dejado a su paso hasta llegar a la misma celda de siempre.

Alexander abrió la puerta con su llave oculta y ambos entraron para ayudar a la persona que se encontraba dentro. Su estado era tan deplorable y débil que Cassandra tuvo que reprimir una arcada. El pequeño cubículo olía a sangre, orina y transpiración. Era completamente desagradable, y al morocho le recordó tristemente al interior del Monte Hyllon, con la diferencia de que en aquella celda había una única persona.

Capítulo 41

Había transcurrido casi una semana entera desde la expulsión de Daniel Stormholl y sus cómplices y de la batalla que habían provocado los Inframons liderados por los gemelos Malstrom. Desde ese entonces, Leia no había cesado de hacer cosas. El hecho de que ahora no había nadie más al mando que ella provocaba que apenas tuviera tiempo para estar a solas, cosa que sólo sucedía cuando debía irse a dormir.

La mayor parte de las decisiones eran tomadas por los conserjes, pero ella siempre debía estar presente incluso cuando lo único que podía hacer era escuchar y asentir o negar con la cabeza. Se dio cuenta de que pese a todo el esfuerzo que había hecho para llegar hasta ese punto, no se sentía preparada para nada. Muchos de los temas que se conversaban durante las reuniones convocadas por el Consejo le aburrían o no los entendía en lo absoluto, por lo que debía simular todo lo contrario.

Y pese a que se había quitado el mayor peso de sus hombros (su propio tío), aún tenía cosas que hacer. Ni siquiera había podido ponerse al día con su familia y con los demás, quienes se la pasaban de un lado a otro ayudando a la población luego del desastre que habían dejado los Inframons. Había muchas viviendas por reconstruir, y lo peor de todo, muchos funerales para organizar. Leia quería hacerlo para cada uno de los habitantes y soldados que habían perdido la vida en la batalla, pero simplemente eran demasiados. Sin embargo, seguía insistiendo con ese asunto debido a que sabía que las familias de esas personas *también* querían un funeral apropiado para su ser amado perdido. Su deber era concedérselos, por más que pareciera la tarea más complicada.

Mientras todo esto ocurría, Jassar y Ceolzra parecían llevarse muy bien juntos, por lo que encontraron un lugar cómodo para pasar el tiempo a orillas del río detrás del castillo, donde Theron y Leia solían entrenar por las mañanas.

Durante una de esas idas y vueltas por el castillo que la princesa realizaba seguida por su fiel guardia, él la detuvo un momento con la necesidad de hablar con ella. No habían podido hacerlo desde incluso antes de todo lo que conllevó el envenenamiento de Leia.

La mayor parte del tiempo, Allias se la pasó implorándole que lo perdonara por no haber hecho nada para detener todo aquello, para no permitir que nada de eso sucediera. Ella le aclaró una y otra vez que jamás lo consideró como un culpable. Lo único que sí le exigió saber fue la verdad de lo que ocurría entre él y Callahan. Luego de darle vueltas y vueltas al tema, Allias terminó confesándolo:

—Entrenamos juntos por años para formar parte de la guardia de Antel —explicó con la mirada baja. —Él lo convirtió en una competencia por quién era el mejor. A mí no me interesaba participar, pero incluso nuestros demás compañeros comenzaron a incitarme a aceptar el reto, por lo que lo terminé haciendo. Llegó el día de la elección, y el capitán Lade me escogió a mí entre los cinco nuevos soldados. Desde ese día, Callahan simplemente me odió. Yo no lo hice a propósito, lo juro. Esperaba que a ninguno de los dos nos escogieran por haber estado tan concentrados en la competencia en vez de en el entrenamiento. Pero el capitán lo hizo, y yo no podía echarme atrás porque *necesitaba* ese puesto.

Agregó que se arrepentía de haber aceptado participar de esa competencia y que deseaba haber estado más atento a las actitudes extrañas de Callahan cuando Daniel lo

nombró sospechosamente segundo guardia de la princesa. Leia le agradeció por haberle contado la verdad por más infantil o incoherente que fuera, y le aseguró que aún seguía confiando plenamente en él. También admitió su propio error de haber depositado toda su confianza en las falsas promesas de su tío. Eso era de lo que más se arrepentía, pero lo hecho, hecho estaba.

.....

Una tarde en la que inesperadamente Loren la liberó de sus responsabilidades para tomarse un tiempo de descanso, Leia no había perdido ningún instante más y se dirigió a la sala de estar en la que sabía que Linda y Luke más tiempo pasaban.

Tenía la pequeña esperanza de encontrarse con Kailani allí con ellos, pero sólo estaban en compañía de los padres de Luke, quienes afortunadamente también habían sobrevivido al ataque en Emera. Todos le sonrieron en cuanto la vieron llegar.

—Wow, te ves... —pronunció Linda, mirándola de arriba abajo con admiración. Las mejillas de Leia se sonrojaron ligeramente.

Apenas habían intercambiado algunas palabras desde que ellos regresaron, y la única vez que la vieron por más tiempo, ella había salido de una batalla apenas con vida. Ahora al menos estaba peinada y llevaba un vestido de color durazno que no estaba rasgado ni manchado.

Y ellos también estaban muy bien vestidos. Desde que habían llegado al Castillo de Fuego, Adara y sus compañeras de costura habían estado trabajando muy duro para confeccionarles ropajes a cada uno de ellos. Se habían esforzado por hacerlos un poco más informales de lo habitual para que se sintieran más cómodos.

—...como toda una princesa —completó la frase Luke, sonriendo de oreja a oreja. Poco a poco, sus ojeras iban desapareciendo y el color volvía a su rostro. Eso la tranquilizó un poco.

—Y tú ya podrías ser todo un Lord —le dijo ella a modo de broma.

—Lord Whinston a su servicio, Su Alteza —le siguió el juego su amigo, haciendo una exagerada reverencia.

Ella se acercó a él para empujarlo del hombro juguetonamente y luego abrazarlo con fuerza. Luke no tardó en devolverle el gesto.

—Bien, los dejaremos solos —anunció Audrey, la madre de Luke, tomando de la mano a su pareja. —Probablemente tengan mucho de qué hablar.

Leia les agradeció con una sonrisa serena y esperó hasta que la puerta de la sala se cerrara para exhalar con fuerza y dejarse caer sobre un sofá vacío.

—Esto es demasiado y sólo ha pasado una semana —bufó, cubriéndose el rostro con ambas manos. Oyó cómo Linda y Luke tomaban asiento en el sofá frente a ella.

—Estás haciendo un buen trabajo, cariño —la apremió su madre. —La gente te adora.

—Sí —coincidió Luke. —Incluso pudimos ver desde un balcón todo lo que sucedió cuando expulsaste a Daniel, y déjame decirte que fue algo increíble.

Leia se reincorporó en su lugar, riendo.

—Aún no sé cómo no me desmayé del alivio —bromeó.

Cuando las risas cesaron, un silencio algo tenso se instaló entre ellos. La princesa suspiró, apartándose algunos mechones de cabello del rostro.

—¿Saben... saben algo de Kailani? —se atrevió a preguntar.

No la había vuelto a ver desde esa primera vez en la que su reencuentro no fue para nada como se lo esperaba. Sólo sabía que estaba en el castillo gracias a la poca información que le proporcionaban ellos dos y Adara de vez en cuando. Ni siquiera se había topado con ella por alguno de los corredores. Era obvio que la estaba evitando, y eso le dolía aún más.

—Está... está —soltó Linda, frunciendo sus labios. —Aún no puedo creer la manera en que reaccionó. Sé que le afectó demasiado todo lo que sucedió, pero—

—Mamá, está bien —la interrumpió Leia. —No la culpo por lo que hizo. Jamás lo haría. Tenía todo el derecho de hacer lo que hizo.

—No —dijo Luke con seriedad. —No está bien en lo absoluto. Tú también perdiste mucho. Ella debería haberte respetado de la misma manera en la que tú lo hiciste con ella —añadió firmemente.

—Necesito... —tomó aire para volver a intentarlo. —Necesito saber lo que ocurrió.

Linda y Luke intercambiaron miradas de inquietud.

—¿Estás segura? —preguntó Linda con cautela. Leia asintió.

Para su sorpresa, quien narró todo lo ocurrido fue Luke.

—Yo ya estaba de regreso de Velthorn en ese entonces —comenzó. —A la primera que me encontré fue a Kai, quien me contó todo lo que había sucedido contigo —la señaló con el mentón. Ella asintió como una invitación a que continuara. —Por los dioses, Lazy, por un momento creí que jamás te volvería a ver, y no tienes idea de lo que ese simple pensamiento me provocó.

Ella colocó con suavidad una mano sobre su rodilla. Él la tomó y le dio un cariñoso apretón.

Sabía que él la llamó por su nombre antiguo, pero no se molestó en corregirlo. Sonaba correcto viniendo de su mejor amigo.

—Lo sé, Luke, de verdad —le aseguró ella. —Odiaba saber que no me podría despedir de ti adecuadamente como lo hice con ellos —agregó, señalando a Linda. Él apretó su mano aún más fuerte.

—Bien, dejando eso a un lado —continuó, sacudiendo su cabeza para espabilarse. —Una tarde, cerca del anochecer, todos estábamos regresando a nuestros hogares luego de un día normal de trabajo cuando de repente uno de los habitantes comenzó a señalar el cielo con terror. Al principio nadie entendía nada y creímos que se había vuelto loco, pero de la nada, figuras opacas comenzaron a acercarse hasta nosotros como una lluvia de oscuridad, y de un momento a otro, el pueblo era un completo caos de gritos y explosiones y rugidos extraños.

La piel descubierta de los brazos de Leia se erizó como si pudiera percibir a esos Inframons.

—Por supuesto que no teníamos manera de defendernos ya que los pocos guardias presentes también eran propiedad de Connor, por lo que también comenzaron a atacarnos. Nuestro único objetivo era salir de allí con vida, sea como sea. Intentamos reunirnos por grupos, juntando a los más fuertes con los más débiles para evitar menos pérdidas, pero igualmente fue un desastre. No había forma de escapar de ellos —Leia notó cómo las piernas de su amigo temblaban ligeramente. Ella apretó aún más su rodilla, intentando transmitirle algo de seguridad.

>> Los primeros en encontrarnos unos a otros fuimos mi familia y la tuya — prosiguió, dedicándole una rápida sonrisa de lado a Linda, quien asentía con cada cosa que él decía, como afirmándolo. —Estábamos cerca del hogar de Jesser y Karis... —tuvo que hacer una pausa. El corazón de Leia golpeaba su pecho con fuerza. Su poder se agitaba en sus venas. —Alcanzamos a oír a Karis —dijo finalmente. —Mi padre y yo seguimos el sonido, pero llegamos demasiado tarde. Un Inframon había capturado a Jesser mientras ella intentaba defender a su hija, y no pudimos hacer nada para... detenerlo de destruirla.

Una lágrima silenciosa rodó por la mejilla de Leia. Tragó grueso y se obligó a seguir mirando a su amigo. Linda sorbió por la nariz. Sus ojos ya estaban llenos de lágrimas.

—En fin —dijo Luke en medio de un suspiro. —Logramos llevarnos a Karis con nosotros. Cuando regresamos con los demás, otros dos Inframons estaban intentando atacarlos. Uno de ellos había logrado capturar a Kailani y parecía querer llevársela en vez de acabar con ella allí mismo, pero estaba Darren, y... —tragó con dificultad. La mandíbula de Leia le dolía de lo tensa que estaba. —Entre todo el revuelo, había conseguido una lanza que dejó uno de los soldados. No sé exactamente cómo porque aún es todo demasiado borroso, pero logró asesinar al Inframon que tenía cautiva a Kai, y la segunda criatura sólo... se lanzó sobre él sin previo aviso.

Linda se cubrió el rostro con ambas manos cuando los sollozos comenzaron. Sin perder más tiempo, Leia se sentó a su lado y la abrazó con todas sus fuerzas. Su madre lloraba contra su cuello, pero poco a poco su respiración se desaceleraba.

—¿Y cómo lograron escapar? —le preguntó a su amigo por sobre la cabeza de su madre.

—Lo único que llegamos a oír de él fue que... fue que huyéramos de allí. No teníamos otra opción...

—...y le hicieron caso —completó Leia con una media sonrisa. Luke asintió en respuesta y suspiró, dejando caer sus hombros hacia delante. —Mierda —murmuró con frustración. —No dejé de recibir amenazas por parte de Connor y de toda su maldita gente. Debí haber hecho algo, debí—

—Cielo, no —intervino de repente Linda, separándose de ella para mirarla a los ojos. Aún tenía las mejillas húmedas. —No tienes la culpa de nada, ¿sí? Todos lo sabemos, incluso Kailani.

—Supongo que esa era la estrategia de Connor, ¿no es así? —preguntó Luke, haciendo que ambas se voltearan a verlo. —No atacarte directamente a ti, sino a las personas que amas.

—En realidad, hizo las dos cosas —confesó.

Linda y Luke la observaron con curiosidad preocupada. Ella suspiró pesadamente y comenzó a contarles con los menos detalles posibles todo lo que había sucedido desde que ella había llegado al castillo e incluso en el camino hasta allí: los ataques de Dilaya y de los gemelos Malstrom, las visitas inesperadas para causar tensión y miedo. Incluso alcanzó a contarles acerca de lo que Zeth y Isaías le habían hecho a los padres de los gemelos Dustin hacía años. No sabía por qué, pero las palabras sólo brotaban de sus labios en un relato extenso. Su madre y su amigo escucharon todo con completa atención.

—¿Y qué harán para... acabar con todo esto? —preguntó Luke finalmente. —He escuchado por todos los rincones del castillo rumores de que ustedes son la generación elegida para acabar con los Inframons, o algo así —añadió con algo de confusión.

—Eso... aún debemos hablarlo —admitió Leia con una mueca. —No hemos tenido mucho tiempo de conversar desde que Aiden y todos regresaron. Pero nuestro siguiente objetivo es crear alianzas con los demás reinos.

—¿Para la guerra? —indagó Linda, y su hija asintió con la cabeza. —¿Estás segura de que esa es la única solución?

La princesa sabía de antemano que eso era algo que su madre diría. Jamás estuvo a favor de la violencia, y siempre lo demostró. Fue una de las primeras lecciones de la vida que les inculcó a sus dos hijas. Y pese a que Leia siempre estuvo de acuerdo con eso, ahora entendía por qué la guerra era algo tan necesario en una situación como en la que se encontraba el continente entero.

—Sé que no es la mejor opción —reconoció Leia. —Pero la única forma de acabar con ellos es uniendo a todos los humanos y luchar juntos una última vez.

—Unir a todos los humanos suena algo imposible, si me lo preguntas —comentó Luke. Leia no pudo evitar reír un poco.

—Lo sé, coincido contigo —admitió. —Pero se trata de recuperar lo que es nuestro.

De repente, unos suaves golpes a la puerta los sobresaltaron. Ella preguntó en voz alta de quién se trataba. La puerta se abrió lentamente, revelando a Allias.

—Su Alteza, disculpe las molestias, pero Lady Blare desea hablar con usted —anunció el joven guardia.

Un rostro familiar se asomó por la puerta con algo de gracia.

—Lamento interrumpir este adorable momento —se apresuró a decir Adara, con una sonrisa de lado. —Pero necesitamos hablar contigo.

—Claro, ya voy —le respondió Leia, poniéndose de pie. Los demás la imitaron. —¿Qué tal si esta noche cenamos juntos? —les ofreció a Linda y a Luke. Ambos sonrieron abiertamente.

—Suenan genial —le dijo Luke, y ella lo abrazó a modo de despedida. Luego se volteó hacia Linda.

—Si quieres... puedes preguntarle a Kailani si quiere unirse —pronunció con algo de incomodidad. Su madre asintió con una cálida sonrisa y la abrazó.

Finalmente, Leia salió de allí para reunirse con Adara.

.....

Todos se habían reunido en los aposentos de la castaña. Los gemelos se encontraban sentados en un largo sofá rosado frente a la cama mientras que Aileen estaba de pie, observando las vistas que otorgaba el extenso ventanal. Cuando Adara y Leia llegaron, todos la saludaron con sonrisas cansinas.

—Tal parece que no soy la única que necesita varios días de sueño —reconoció ella mientras tomaba asiento al otro lado de Cassian. Adara se sentó a los pies de su cama, suspirando.

—¿Sólo días? A mí denme un mes —dijo Aiden mientras pasaba una mano por su cabello extrañamente desordenado.

—Muy bien —declaró Adara en voz alta luego de un corto silencio. —Apenas nos hemos dirigido la palabra estos últimos días, por lo que es hora de hablar de todo lo que dejamos pendiente.

Todos compartieron miradas silenciosas y expectantes.

—¿Podemos empezar con qué rayos sucedió con Daniel, que terminamos por expulsarlo? —preguntó Aiden de repente. Los demás rieron de manera relajada y comenzaron a contarle todo lo sucedido, desde sus primeros comportamientos extraños hacia Leia hasta la mañana en que la envenenó. Los ojos del rey de Orland se abrían cada vez más.

—La conclusión es que era un verdadero idiota y que merece pudrirse en alguna cueva que encuentre por ahí —finalizó Cassian con desdén.

—Por cierto —señaló Adara en dirección a Leia. —Eso que hiciste por Serafine ha sido muy considerado de tu parte. ¿Cómo se te ocurrió?

—No lo sé —admitió ella con un encogimiento de hombros. —Supongo que lo poco que sabía de su vida privada me llevó a tomar esa decisión. Me pareció lo más adecuado.

Hacia unos días atrás, luego de que Serafine y ella no hubieran vuelto a hablarse, la mujer se cruzó con ella en uno de los corredores del castillo y le agradeció con completa honestidad por lo que había hecho por ella. Anunció que su decisión era abandonar el castillo y mudarse a alguna pequeña vivienda que pudiera encontrar a las afueras de Alicron. Leia había asignado a algunos miembros de la Corte para que la ayudaran en el proceso, por lo que actualmente ya vivía lejos de allí, comenzado una nueva vida desde cero.

—¿Sabían que no era fértil? —las palabras de Aileen llegaron sin previo aviso. Todos la miraron con una mezcla de confusión e incredulidad. —¿Recuerdas lo que ocurrió con Mason? —le preguntó a Leia, y ella asintió. —Luego estuve investigando un poco más

porque me seguía pareciendo raro que Daniel quisiera acostarse con otra persona que no fuera su esposa. Finalmente descubrí que ella no es fértil, y desde que ella se enteró, no quiso volver a acostarse con Daniel, por lo que él optó por otras formas de encontrar placer.

Todos arrugaron los ceños en una mueca de asco y repulsión. En su mente, Leia agradeció haber tomado la decisión de liberar a Serafine de su matrimonio porque al mismo tiempo la había liberado de un monstruo.

—Dioses, y yo creí que no podía desagradarme más de lo que ya lo hacía —murmuró Aiden. Cassian se mostró de acuerdo enarcando las cejas.

—¿Cómo te enteraste de todo eso? —preguntó Adara con un tono de voz algo tenso. Aileen enderezó su postura notoriamente. —De la misma forma que encontraste el comprobante de la compra del veneno que utilizó Daniel, ¿verdad? Todo está conectado.

La morocha se mantuvo en silencio. Ambas se miraron fijamente por un largo tiempo de una manera que incomodaba a los demás.

—¿Alguien me explica qué está pasando? —inquirió Aiden con irritación.

—Nada —siseó Aileen.

—Aileen, basta —dijo Adara en un tono de advertencia. —¿Por qué no puedes confiar en nosotros? ¿Qué es lo que te impide contarnos qué rayos sucede contigo mientras no estás aquí?

Su prima no respondió. Había desviado la mirada y su mandíbula estaba demasiado tensa.

—Aileen —la llamó Aiden con sorprendente calma. Muy a su pesar, ella lo miró. — Por favor.

La morocha suspiró sonoramente. Todos los ojos estaban puestos en ella, y Leia sabía cuánto odiaba eso. Pero sus amigos en verdad se estaban preocupando, y ahora que una mínima parte de su secreto salió a la luz sin siquiera planearlo, lo mejor sería que soltara todo para dejar de cargar con ese peso.

—Aileen, diablos, ¿quieres-?

—¡Bien! —espetó, interrumpiendo a su prima con brusquedad. —¿Quieres saber qué es lo que pasa? Que soy un ser humano y aunque no lo demuestre, sí tengo sentimientos — su mirada cargada de adrenalina estaba fija en Adara, quien se encogía un poco en su lugar por el tono de voz de su prima. —Sí me dolió la muerte de mis padres y sí me dolió no haber podido pasar más tiempo con ellos.

>>Intenté, de verdad que intenté dejarme llevar por nuestra familia y todo lo que me brindaban para hacerme sentir mejor, pero todos saben que yo nunca pertenecí a la Corte.

—Eso no es-

—Sí, sí lo es —la interrumpió Aileen. —Sólo me dieron un lugar aquí porque no tenía a dónde ir. Y en verdad estoy agradecida por eso, pero jamás logré encajar. Y lo intenté,

mierda, lo intenté por años –pasó una mano por su largo cabello lacio en frustración. – Pero nunca encontré mi lugar, entonces me fui. Empecé a pasar más tiempo en Alicron en busca de alguien que me entendiera, y encontré a un grupo de niños huérfanos que también perdieron a sus padres por culpa de los Inframons.

>>Comenzamos a interactuar más seguido y encontré todo lo que me hacía falta aquí en tres simples personas. Nos gustaba dar vueltas por el pueblo trepando estructuras y llegando hasta tejados de grandes alturas para sentirnos mayores que todas esas personas que rondaban por ahí.

>>Luego de que Daniel asumiera al trono y comenzara a actuar de manera sospechosa, los cuatro comenzamos a espiarlo cuando se encontraba en el pueblo. Se terminó convirtiendo en un verdadero oficio.

–Espías a la Corona –murmuró Aiden, y su pareja asintió inexpresivamente. Su tono de voz se había calmado, pero aún seguía igual de tensa.

–En Alicron no teníamos ninguna identidad específica por la ausencia de nuestros padres, por lo que escogimos apodos para cada uno que se terminaron convirtiendo en parte de nosotros, como verdaderos nombres –hizo una pausa para tomar aire y dejarlo salir lentamente. –Nunca me sentí parte de este lugar, y la gran mayoría de las personas siempre me miran con lástima o me conocen por ser la joven que perdió a sus padres con sólo dos años y tuvo que ser criada por los demás miembros de su familia. No estoy desagradaecida con eso, en verdad que no, pero quería tener algo que sólo me perteneciera a mí. Quería sentir orgullo por algo propio, no por algo que otros me daban. Por eso jamás les conté nada de esto, no porque no confiara en ustedes.

Un profundo silencio se instaló entre ellos. Leia percibió cómo los ojos verde pantanoso de Adara se cristalizaban ligeramente.

–Yo... yo no sabía que te sentías así –dijo la castaña en un susurro. –Nunca lo imaginé, de verdad, y-

–Para –la interrumpió su prima. –¿Ves por qué no quería contárselos? Ahora regresarán esas malditas miradas de lástima –se quejó, bufando.

–Bien, bien, lo siento –se apresuró a decir Adara mientras se ponía de pie y se acercaba de a poco a la morocha. –Es sólo que... te amo, ¿sabes? Te amo demasiado y no me importa quiénes son nuestros padres, tú eres mi hermana y lo sentiré de esa manera por siempre, ¿sí? Eres una de las personas más importantes de mi vida, y si me aseguras que eres feliz con ese grupo de personas, tendrás todo mi apoyo.

Extendió sus brazos y esperó. Aileen la observaba con cierta desconfianza, pero finalmente suavizó su rostro y permitió que ella acortara la distancia para abrazarla. No se veía del todo cómoda, pero aun así no se movió del lugar mientras Adara la estrechaba con fuerza entre sus brazos.

–El apoyo lo obtendrás de todos –le aseguró Aiden. –Soy tu pareja, somos tus amigos, y te apoyaremos siempre.

Aileen le sonrió en agradecimiento en cuanto ella y Adara se separaron.

—Así es —coincidió Leia luego de aclararse la garganta. —No revelaremos tu secreto a no ser que sea tu decisión, e incluso si tú y tus compañeros están dispuestos, podremos hacerlo algo oficial.

—Exacto. Todo reino tiene sus espías —resaltó Cassian.

Aileen enarcó las cejas en sorpresa mientras miraba a Leia.

—¿Lo dices en serio? ¿Estarías de acuerdo?

—No confiaría en nadie más que en ti para este tipo de cosas. Después de todo, gracias a eso me salvaste la vida —le respondió la princesa con una sonrisa honesta. Los ojos café de la morocha se iluminaron con emoción.

—Sería un honor —afirmó Aileen con una sonrisa divertida.

—Si eso significa que usarás uno de esos trajes como el que llevabas puesto cuando llegué, apoyo la decisión —pronunció Aiden con picardía. Cassian bufó y le lanzó un cojín que se encontraba sobre el sofá.

—Consíganse un cuarto, ¿quieren? —se quejó el príncipe, haciendo reír a los demás.

Luego de conversar un poco más acerca de ciertas cosas que Aiden se perdió durante su ausencia y de lo que los demás se perdieron en su recorrido por Orland, había llegado el momento de hablar de uno de los temas más importantes que llevaban tiempo posponiendo y que ya no podrían hacerlo más. Para ese entonces, Jassar había aparecido volando al otro lado del ventanal, por lo que Adara tuvo que abrirlo para dejarlo pasar. Planeó por los aposentos hasta encontrar un cómodo lugar en el respaldo del sofá, justo sobre la cabeza de Leia.

—¿Qué haremos ahora? —Cassian había sido quien dio la apertura a aquel tema, preguntando a nadie en particular.

Todos parecían sumidos en sus propios mundos, intentando imaginarse cuál sería la respuesta correcta a esa pregunta y si es que había sólo una posibilidad.

—Pues, Connor ya debe saber que Leia posee el fuego azul, así que... —comenzó diciendo Aiden. —Supongo que es momento de comenzar nuestras visitas a los demás reinos.

—Loren me ha proporcionado bastante información acerca de Lontern y Teerlet —les contó Leia. —No sé si será lo necesario para convencerlos de que se nos unan, pero servirá de algo —agregó con un encogimiento de hombros.

—Lo único que sé es que las cosas están muy tensas entre ambos reinos —acotó Cassian.

—Desde hace siglos —agregó su hermano con un tono serio. —Creo que el verdadero desafío será convencerlos de que trabajen juntos.

—En el camino podremos pensar en cómo beneficiar a todos a la vez —dijo Adara con demasiada calma. —Será un largo viaje.

—¿Cuánto falta para tu Coronación? —le preguntó Aiden a Leia.

—Un poco más de tres meses —respondió la princesa con los ojos entrecerrados.

—Lo mejor será hacerlo antes de que llegue el día —murmuró el rey con aire pensativo. Cassian lo observó con curiosidad.

—¿Qué tienes en mente? —indagó.

Aiden se mantuvo unos momentos en silencio, como evaluando millones de posibilidades a la vez hasta encontrar lo que necesitaba.

—Si realizamos las visitas antes de la Coronación, podremos pedir a los reinos que se presenten para así demostrarnos que están de acuerdo con la alianza —explicó él mientras hacía gestos con sus manos.

—¿Que todos vengan a Antel? —preguntó Aileen con el ceño fruncido. —¿Estás seguro?

—Iremos con la única intención de ofrecerles en persona la posibilidad de una alianza para la guerra contra los Inframons —respondió Aiden. —No les exigiremos respuestas allí mismo, sino que les daremos tiempo de considerarlo hasta el día de la Coronación. Si están de acuerdo, se presentarán.

—Y si no... —pronunció Leia con lentitud.

—...fin del juego —completó Jassar en su mente. Su piel se erizó de sólo pensar en cuán grande podría llegar a ser ese fracaso.

—Intentemos no pensar en el “*si no*” —le pidió Cassian a la princesa con una sonrisa de lado. Ella asintió con la cabeza.

—¿Y cuándo partiríamos? —indagó Aileen con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Si sólo quedan tres meses para la Coronación... no podemos demorarnos mucho tiempo más —dijo Aiden, y se volteó para cruzar miradas con Leia. —¿Estarías de acuerdo si digo la semana siguiente?

La semana siguiente. Se irían de Antel la semana siguiente. Viajarían a tierras completamente desconocidas la semana siguiente. Leia no se sentía para nada preparada para eso, pero lo haría igualmente.

El problema era que eso significaba que debía abandonar a su familia una vez más. Su corazón dio un vuelco con tan sólo imaginar sus reacciones cuando se los contara.

—Mi familia, ellos...

—Lo sé, de verdad odio tener que alejarte de ellos otra vez —confesó Aiden, frunciendo sus labios. —Pero no tenemos mucho tiempo, y cada día cuenta. ¿Entiendes lo que digo?

Ella suspiró lentamente y asintió. Por supuesto que entendía, pero eso no cambiaba el dolor que le provocaba volver a alejarse de ellos, en especial en la situación conflictiva y delicada que se encontraba con su hermana.

—Yo me quedaré —dijo de repente Adara, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos. Todos la miraron, pero ella observaba a Leia con una expresión

serena y cálida. —Aún tengo que continuar con mis clases de hechizaría para completar el proceso y poder seguir los pasos de mi madre. Además, podré ayudar a mantener a la Corte en orden y asegurarme de que tu familia se encuentre cómoda aquí mientras no estés.

—¿En serio harías eso? —preguntó Leia con un nudo en la garganta.

—Considéralo mi forma de agradecimiento por todo lo que has hecho hasta ahora para llegar a ser quien eres hoy —le dijo la castaña con un tono dulce. Su sonrisa transmitía una sorprendente calma. —Y he estado observando a tu familia. Creo que tengo un par de ideas para hacerlos sentir más a gusto en el castillo. Me llevará tiempo, pero sé que lo lograré —agregó con un guiño de ojo cómplice.

Pese a que aún sentía un leve dolor en el pecho, se sintió un poco más aliviada por las palabras de Adara. Además, la conocía lo suficiente como para saber que ella cumpliría con su palabra, costara lo que le costara. Le sonrió en agradecimiento y la castaña le lanzó un beso a modo de broma.

—Bien, entonces iremos Cassian, Leia, yo... ¿Aileen?

La morocha observó a Aiden de una manera calculadora. Luego suavizó su expresión y respondió con desdén:

—Me apunto. Siempre quise conocer a las demás herederas.

A Leia le reconfortaba ligeramente tenerla de su lado.

—Perfecto —declaró Aiden con satisfacción. —Iremos en compañía de algunos de mis hombres y algunos de los tuyos, si no te importa —le dijo a la princesa, quien asintió para mostrarse de acuerdo. —Genial. ¿Se me olvida algo?

Detrás de Leia, Jassar sacudió sus plumas.

—Al sexto heredero.

La princesa se volteó con confusión.

—¿Qué? —le preguntó.

—Espera, ¿tu ave te habla? —inquirió Aiden con asombro.

—¿Tu dragona no? —dijo Leia, y el rey sólo negó con la cabeza, aún con las cejas enarcadas.

—Les está faltando un heredero —aclaró Jassar, volviendo a captar la atención de Leia. —Ya están ustedes tres, y ahora irán en busca de Maya Fisher y Perla Nevraakis. Viento, fuego, hielo y agua —le recordó. Leia se ocupó de traducirlo para que los demás entendieran.

—El único heredero del poder de la tierra fue Velt Malstrom —resaltó Cassian. —Y él perdió la vida cuando invocó a los Inframons.

Jassar sonrió de una manera extraña que inquietó a Leia.

—Tu amigo está equivocado —le dijo a la princesa. —El dios de la tierra, Terra, sabía que se necesitaría de los seis poderes para acabar con el poder de Hellias, por lo que le obsequió su poder a una persona que actualmente está viva.

Estupefacta, Leia lo repitió en voz alta para los demás. Todos lucían igual de atónitos.

—¿Y quién es? ¿Dónde está? —preguntó Aileen, sus ojos desbordando curiosidad.

Jassar miraba fijamente a Leia cuando dijo:

—Para encontrar a esa persona, debes ir al lugar donde sabes que hallarás a otra persona que llevas tiempo buscando.

La princesa lo repitió con titubeo. Su mente daba vueltas ante tanta confusión.

—¿Por qué siento que no soy el único que no entendió? —preguntó Cassian a nadie en particular.

—¿A quién llevas tiempo buscando? —le preguntó Adara a Leia con su característica suavidad.

¿A quién llevaba tiempo buscando? Según lo que le había dicho Jassar, esa persona aún no había sido encontrada, por lo que no dejaba muchas opciones disponibles ya que ya se había reunido con su familia, por lo que no consistía en ninguno de ellos.

Algo en su pecho se agudizó, y sabía que no era el dolor que le provocaba tener que volver a alejarse de ellos una vez más. No, era algo más específico y débil pero que quería resaltar su presencia, como un recordatorio.

La voz de Isaías Malstrom regresó a su mente con demasiada claridad: <<*Eso es algo que todos los que poseen los poderes de los dioses experimentan, ese lazo de padres e hijos*>>; y luego la voz de su gemelo Zeth: <<*Está encerrada en el castillo de Velthorn, por supuesto*>>.

<<*Debes ir al lugar donde sabes que hallarás a otra persona que llevas tiempo buscando*>>.

Aria.

—Es Aria —las palabras salieron disparadas de sus labios en cuanto tomaron forma en su mente. Todos compartieron miradas alarmantes. —Está hablando de Aria. Zeth y Isaías dijeron que aún está con vida.

Vio a Jassar esperando alguna respuesta, pero el ave se mantuvo en silencio, sin demostrar expresión alguna. Eso no la ayudaba demasiado.

—Aún no sabemos si eso es cierto —dijo Cassian con cautela. —Pueden estar mintiendo como lo hicieron con muchas otras cosas.

—Pero yo puedo *sentirla* —aclaró Leia, poniendo una mano sobre su pecho. —No sé cómo explicarlo, pero—

—El lazo de padres e hijos —intervino Aiden con sorpresa. Se volteó para mirar a su hermano. —Como nosotros con mamá y papá, ¿recuerdas? Es un lazo extraño que

podíamos sentir sólo nosotros. Sabíamos en dónde estaban incluso antes de verlos con nuestros propios ojos.

—Dioses, tienes razón —murmuró su hermano con las cejas enarcadas. —Entonces, eso quiere decir que...

—Aria sí está viva —soltó Adara, llevándose una mano a los labios.

—Y si al sexto heredero lo encontramos donde está Aria... —pronunció Aileen con lentitud.

Un pesado silencio se instaló entre ellos. Se miraban unos a otros para comprobar quién diría el final de la oración. Leia fue quien tomó la iniciativa:

—...entonces ambos estarán en Velthorn.

La tensión aumentó aún más.

—Pero no podemos ir allí —sentenció Cassian con demasiada seguridad. —Ese lugar es una trampa mortal.

—Y Aria está allí —le recordó Leia.

—Si vamos ahora, estaremos firmando nuestra sentencia de muerte —dijo Aiden. — Podemos esperar hasta luego de la Coronación, cuando sepamos quién estará de nuestro lado en la guerra.

—El rey de Orland se equivoca —dijo Jassar de repente. Sus ojos seguían fijos en Leia. —Se les está acabando el tiempo incluso más rápido de lo que creen.

La princesa lo repitió en voz alta.

—Connor nos asesinará con tan sólo poner un pie en su territorio —se quejó Cassian con frustración.

—Odio decir esto, pero tienes razón —confesó Aileen.

Leia observó a Adara con detenimiento por un momento. Una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Yo puedo infiltrarme —dijo de repente. Todos la miraron horrorizados. Ella se aclaró la garganta, algo abrumada. —Lo que Connor quiere principalmente es el fuego azul, y sólo yo lo poseo —les recordó. —Si Darlan puede volver a encantar mi collar para ocultar mis poderes y cambiar un poco mi aspecto físico, puedo infiltrarme como una empleada más del castillo y encontrar a las dos personas que estamos buscando.

—No —espetó Cassian. —No, eso es una misión suicida. No saldrás de allí con vida ni aunque lo intentaras.

—Podría funcionar —murmuró Aileen.

—Cassian tiene razón, es una locura y es algo muy arriesgado —concordó Aiden. — Resolvamos un problema a la vez. En cuanto logremos conversar con los otros dos reinos, pensaremos en cómo conseguir la atención del sexto heredero.

Jassar agitó sus plumas, pero se mantuvo en silencio.

—Pero Jassar dijo que—

—Lo sabemos, Leia, sabemos que no tenemos mucho tiempo, pero no podemos arriesgarnos de esa forma —la interrumpió Cassian, mirándola profundamente a los ojos. — Todos tenemos un papel muy importante para lo que estamos a punto de hacer, incluida tú.

—Pero Aria...

—Leia, por favor.

Ahora, además de mirarla fijamente a los ojos con suavidad, había tomado ambas manos y les había dado un apretón. Al poder escudriñar su rostro desde esa cercanía, entendió que a él le daba *verdadero miedo* que algo malo le ocurriera si iba a Velthorn. Leia también sabía que sería una misión suicida, pero la manera en que Jassar le dijo que tenían menos tiempo del que pensaban la dejaba demasiado tensa e insegura con respecto a sus planes.

—Bien —dijo finalmente, suspirando. —Seguiremos con el plan principal de visitar Teerlet y Lontern la semana siguiente.

El rostro de Cassian se relajó un poco y le dio un último apretón a sus manos antes de soltarlas. Jassar no emitió sonido alguno, pero ella notó cómo evadía su mirada.

—Gracias —le dijo Aiden a Leia con honestidad. —Te prometo que haremos esto lo más rápido posible para que puedas regresar con tu familia y podamos solucionar este asunto con Aria y el sexto heredero.

Ella sólo asintió y se mantuvo en silencio mientras los demás comenzaban a discutir acerca de los preparativos para el viaje.

El lazo que compartía con Aria seguía titilando en su pecho como una luz tenue pero resistente. Leia cerró los ojos con calma. No sabía si funcionaría, pero de todos modos intentó transmitir unas suaves pero firmes palabras:

<<*Te sacaré de allí. Lo prometo*>>.

Epílogo

La última noche que les quedaba en Antel antes de partir a los demás reinos la utilizaron para realizar una cena de despedida junto a la familia de Adara y la de Leia, cuyo banquete había sido organizado por Annabelle.

Ya estaba todo listo. Se habían encargado de informar sus planes al Consejo Real, y Leia también aprovechó para hacerles jurar a los miembros que reinaran en equipo durante su ausencia debido a que no quería que volviera a ocurrir algo parecido a la situación con Daniel. También se aseguraron, gracias a la ayuda de Theron, de asignar a los grupos de soldados de Antel y Orland que los acompañarían en el viaje.

Luego de la cena y de despedirse de sus seres queridos, la princesa se dirigió a unos aposentos en concreto.

No había visto a su hermana en ningún momento luego del trágico primer encuentro. Ya era demasiado tarde para intentar enmendar las cosas, al menos hasta que no regresara de su viaje, pero aun así sabía lo que haría antes de irse.

Al llegar a su destino, tomó una gran bocanada de aire y golpeó suavemente la puerta frente a ella.

—¿Qué? —la voz de la pelirroja se oía amortiguada e irritada.

—Soy yo. ¿Puedo pasar?

—No, vete.

Sabía que obtendría esa respuesta, pero aun así le dolió. Soltó un suspiro y apoyó su frente contra la puerta, cerrando los ojos.

—Sólo quería decirte que me iré por un tiempo —silencio del otro lado. Leia continuó hablando con la esperanza de que al menos la oyera. —Odio tener que volver a alejarme de ustedes, pero estamos muy cerca de terminar con todo esto y... no puedo perder más tiempo —hizo una pausa por si su hermana diría algo, pero no lo hizo. — Escucha, sé que me odias y lo entiendo, de verdad que sí, pero yo aún te sigo amando de la misma manera en que lo hice siempre, ¿sabes? Eres mi hermana y ninguna distancia ni título me hará pensar de diferente manera. Nos hicimos esa promesa luego de enterarnos de mi verdadero origen, ¿lo recuerdas? —con un dolor agudo en el pecho, apoyó la palma de su mano contra la puerta, como si sirviera de algo. —Sé todo lo que causé desde que me fui de Emera, y estoy trabajando duro para que todo el esfuerzo y el sacrificio de los demás valga la pena. Es difícil de creer, lo sé, pero no he dejado de recibir señales de que estamos yendo por el buen camino, y debo seguirlo, ¿entiendes?

Al no obtener respuesta alguna, continuó:

—Aún no se lo he dicho a nadie, pero... —relamió sus labios, intentando encontrar las palabras adecuadas. —Habíamos planeado con los demás un viaje por los reinos de Teerlet y Lontern para ofrecerles una alianza y poder luchar todos juntos contra los Inframons, y... —suspiró. —Les menté —confesó. —No iré con ellos. Debo ir a otro lugar mientras ellos recorren los reinos para no perder más tiempo. Será arriesgado y sé que no es la opción más segura, pero siento que debo hacerlo, ¿sabes? Lo siento aquí —colocó su

mano libre sobre su pecho, como si Kailani pudiera verla. –Sólo... sólo quería que lo supieras. Quiero irme de aquí sabiendo que te he dicho todo lo que tenía para decir.

Del otro lado no se oía sonido alguno. Leia volvió a suspirar.

–Lo lamento. Por todo –agregó con un tono de voz apenas audible. –Haré que todos los sacrificios valgan la pena, lo prometo.

Se separó de la puerta con lentitud, como si cada movimiento que la separaba de su hermana le costara horrores. Aguardó sólo un momento más por si llegaba a oír algo del otro lado de la puerta, pero como no lo hizo, se alejó de allí un poco satisfecha por haberle dicho todo eso, la hubiera escuchado o no.

.....

Había aguardado en su balcón hasta que la luna llena se posicionara en cierto lugar del cielo oscuro y estrellado para echar una última mirada a sus impresionantes vistas antes de adentrarse en sus aposentos y tomar el bolso que había preparado de antemano con algunas cosas esenciales, incluyendo la daga que Aileen le había obsequiado durante la celebración de año nuevo.

Llevaba puesto un sencillo vestido de sirvienta de mangas largas que Annabelle le había prestado luego de hacerle un par de ajustes para que se acentuara mejor a las curvas menos pronunciadas de Leia, y sobre los hombros se colocó una capa marrón oscura.

–¿Te quedarás aquí? –le preguntó a Jassar en un susurro.

–Será lo mejor –respondió el ave. –Cuando vuelvan a encantarte el collar, volveré a convertirme en cenizas, por lo que no olvides de resguardarme en la caja en la que me encontraste la primera vez. Será más fácil volver a invocarme cuando regreses –le explicó.

La princesa asintió con la cabeza y tomó la pequeña caja de tela bordó que había mantenido oculta en un cajón de la mesa de noche.

Salió de sus aposentos seguida por Jassar, y mientras recorría los oscuros y vacíos corredores para llegar a los aposentos de Adara, rezó porque los gemelos Dustin estuvieran profundamente dormidos para que no percibieran su poder a esas alturas de la noche.

Para su suerte, logró llegar a su destino sin interrupciones. Comenzó a llamar a la puerta con golpes suaves pero insistentes. Cuando creyó que debería intentar colarse por algún otro lado, la puerta se abrió lentamente.

–¿Leia? –la voz de Adara sonaba ronca y adormilada. Su cabello castaño se encontraba algo revuelto y sus ojos hinchados.

–Lo siento –se apresuró a decir ella con algo de incomodidad. –¿Puedo pasar?

–Claro –aceptó la castaña algo dubitativa, moviéndose a un lado para dejarla entrar seguida por el ave de fuego.

Una vez que los tres se encontraban a solas en la oscuridad de los aposentos con la única luz proveniente de las llamas de Jassar, Leia comenzó a explicarle su verdadero plan sin rodeos.

—Eso es una locura —exclamó Adara entre susurros, ahora más desvelada que antes.
—¿Acaso ya olvidaste todo lo que dijeron Cass y Aiden?

—No, pero tampoco olvidé tu expresión cuando Jassar dijo que perderíamos demasiado tiempo si lo dejábamos para luego de la Coronación. Sé que te había parecido una buena idea aunque no lo admitiste en voz alta.

Adara negó con la cabeza, con la mirada perdida.

—Siempre creíste que Aria estaba viva, ¡y tenías razón! —le recordó Leia. —Y ahora tengo la oportunidad de salvarla y de encontrar a la otra persona que nos hace falta para acabar con Connor. Es arriesgado pero necesario, y lo sabes —como Adara no decía nada, la princesa continuó: —En cuanto se entere de lo del fuego azul, me estará buscando principalmente a mí. Estará tan concentrado en eso que no se esperará que yo me infiltre como una más de sus criadas. Tienes que hacerme este favor, Adara.

—Mierda, Leia, es muy peligroso. ¿Qué pasa si hago algo mal y te descubren? No te darán tiempo ni siquiera de parpadear antes de que te quiten la vida en un instante.

—Quieres hacerlo, yo sé que sí —insistía Leia. —Deja de pensar en todo lo que podría salir mal porque yo también lo sé. Sólo piensa en cuánta ventaja tendríamos si esto sale bien.

Ambas se miraron fijamente a los ojos por un largo tiempo, escudriñando las expresiones de la otra.

—Es una locura —repitió la castaña, pasando ambas manos por su rostro. Luego de una pausa, agregó: —Sabes toda la presión que tendré sobre mí por hacer esto, ¿verdad?

—Créeme que lo sé y que odio que sea así, pero eres la única que puede ayudarme —confesó la princesa con lentitud. —No confiaría en nadie más para hacer esto. Sé lo talentosa que eres y también sé que podrás hacerlo sin problema.

Adara suspiró. Una vez, dos veces.

—Ay, mierda, ¿ya qué? —soltó de repente. —Yo también sé que podrás lograrlo, pero en verdad me da miedo todo lo que pueda salir mal y afectarte gravemente.

—A mí también —admitió Leia. —Pero todos tenemos un papel en todo esto, y sabes que el mío no es en Teerlet o en Lontern.

—Carajo, lo sé —dijo con frustración. Luego de suspirar una vez más, sacudió su cabeza para despejarse y suavizó su expresión. —Bien, ¿qué tengo que hacer?

Jassar y Leia compartieron una mirada cómplice. La princesa se volteó nuevamente hacia Adara y se lo explicó todo con detalle.

La castaña terminó por ceder, y juntas terminaron de ejecutar el plan de la princesa.

.....

El tiempo pasó y el cielo comenzaba a aclararse ligeramente. La princesa se posicionó frente a un espejo de gran tamaño y no pudo evitar sobresaltarse al ver lo que éste reflejaba.

Se trataba de una muchacha que se veía parecida a ella y a la vez completamente diferente. Sus ojos se habían tornado de un marrón tan oscuro que parecía negro, su cabello había tomado un tono más claro, casi rubio, y sus mejillas antes redondas ahora se veían un poco más alargadas y sus pómulos más acentuados.

Pero la diferencia que más notaba se encontraba en su interior, y era que la criatura a cuya presencia se había acostumbrado y comenzaba a agradarle ahora volvía a estar dormida, tal como cuando vivía en Emera. No se esperaba sentirse algo nostálgica por la ausencia de su poder recorriendo sus venas libremente, pero intentó ocultar ese nuevo agujero que se había formado en su pecho.

El nuevo brazalete color bronce que ahora llevaba en su muñeca oculto debajo de la tela de su prenda se sentía pesado contra su piel.

—No creí que funcionaría a la primera —reconoció Adara, mirando el reflejo de Leia con pasmo. —¿Sientes tu poder? —la joven negó con la cabeza en respuesta. —Increíble.

—Te dije que serías capaz de lograrlo —le dijo Leia con una sonrisa ladina. Adara se sonrojó ligeramente.

—Sólo esperemos que los Inframons no puedan percibirte —murmuró la castaña con un dejo de preocupación. —Mierda, ¿estás segura de que quieres hacer esto? —Leia la observó en silencio. Adara suspiró. —Bien, bien, sí estás segura —agregó, bufando.

Lo siguiente que la princesa hizo fue recolectar las cenizas de Jassar en su caja bordó al tiempo en que le explicaba a Adara por qué sucedió eso y que le hiciera el favor de asegurarse de guardar la caja en el lugar exacto en donde ella la había encontrado meses atrás. Algo dubitativa, la castaña aceptó y se la guardó con cuidado en el bolsillo.

—Debes recordar que bajo ninguna circunstancia debes quitarte ese brazalete, ¿sí? Es lo único que te permite verte de esta manera y que mantiene oculto tu poder —le advirtió con una expresión seria.

—Entendido —dijo Leia con firmeza. —Sólo lo haré una vez que me encuentre fuera del alcance de los Inframons.

Un corto silencio se instaló entre ambas.

—Dioses, no puedo creer que te estoy permitiendo hacer esto —soltó Adara de repente.

—Esto es una decisión propia. No tienes por qué sentirte culpable, ¿queda claro? —puntualizó Leia. —Sólo... cuida a mi familia, por favor. En especial a...

—...Kailani, lo sé —finalizó Adara con una sonrisa de lado. —No tienes de qué preocuparte, todos estarán en buenas manos.

La joven asintió y acortó la distancia que las separaba para abrazarla. Ella correspondió el gesto, estrechándola con fuerza.

—Te quiero muchísimo. Lo sabes, ¿verdad? —le susurró contra su cuello. Leia sonrió abiertamente.

—Y yo a ti —respondió con completa honestidad.

Luego de unos momentos, finalmente se separaron. Adara tomó del suelo el bolso que Leia había dejado y se lo alcanzó.

—Suerte —le dijo con una media sonrisa.

—A ti igual.

Compartieron una última mirada cargada de emoción, temor e incertidumbre antes de despedirse con un gesto de mano mientras Leia salía de allí, intentando no mirar atrás.

Una vez, hacía muchos meses, Leia Stormholl había regresado a Antel, a *su reino*, como una ciudadana con el nombre de Lazy Lykel. Kailani le había dicho que esa muchacha había muerto el día en que abandonó Emera, y quizás era cierto.

Pero al igual que un ave de fuego, Lazy renacería de las cenizas y se iría de Antel de la misma forma en que llegó.

.....

Alexander había regresado del Monte Hyllon junto con Zeth y Isaías justo a tiempo para recibir a un nuevo grupo de criadas y esclavos que estaba por ingresar al castillo en una ordenada hilera y vigilados por gran cantidad de soldados.

Lo único que en verdad quería hacer era regresar a sus aposentos y darse un largo baño frío para quitarse toda la sangre ajena de su cuerpo. Sin embargo, se dejó arrastrar por los gemelos hasta donde Connor y sus otros dos hijos aguardaban, acompañados de todos los guardias que solían estar apostados allí, incluyendo al capitán.

—¿Van a tardar más tiempo? —inquirió el rey una vez que los vio llegar.

—Ya estamos a su servicio, Su Majestad —murmuró Alexander con sarcasmo. Connor le lanzó una mirada de advertencia que él decidió ignorar.

Como era costumbre, cuatro de los hijos del rey se ponían de pie, dos a cada lado de su trono, mientras que Alexander se apostaba un poco más alejado de ellos. Cualquiera se sentiría apartado o discriminado por su familia, pero a él le agradaba no formar parte de ellos, al menos no tan visiblemente. De esa forma, podía actuar como un soldado más, con la única diferencia de que no llevaba armadura.

Finalmente, dos guardias abrieron las puertas de la sala para dejar entrar al nuevo grupo de humanos. Al frente iban gran cantidad de esclavos encadenados de muñecas y tobillos, seguidos por un grupo de nuevas criadas que probablemente reemplazarían a todas las que habían perdido la vida durante su tiempo trabajando en el castillo.

Los soldados que escoltaban a todos ellos golpearon con sus armas las piernas de los esclavos encadenados para que cayeran de rodillas. Las criadas retrocedieron un poco al oír los quejidos de dolor y los sollozos.

—Hacía mucho tiempo que no venía tanta cantidad de humanos —resaltó Connor mientras escaneaba con la mirada los rostros de cada uno de los nuevos presentes. Todos bajaban la vista al instante, como era debido. Muchos que no eran lo suficientemente inteligentes como para no mirarlo a los ojos terminaban muertos.

El rey comenzó a darles el típico sermón de que <<*pagarían las consecuencias por haber evadido los principios establecidos por él*>> y todas esas cosas que Alexander casi sabía de memoria, entonces aprovechó para escanear a la multitud con detenimiento, como solía hacerlo. Le gustaba analizar el comportamiento de los demás. De vez en cuando solía encontrarse con alguna sorpresa, con alguna conducta indebida que luego tendría repercusiones.

Una mujer de unos treinta años se rascaba el antebrazo con violencia, probablemente debido a los nervios. Terminaría rasgándose la piel en cualquier momento.

Un joven de unos veinticinco años entrelazaba sus dedos con fuerza para que sus manos temblaran menos y no se oyera tanto el ruido de las cadenas chocando entre sí. Sin embargo, su técnica no estaba funcionando demasiado.

Una muchacha de cabello del color del cobre mantenía la mirada en el suelo, pero de vez en cuando echaba un vistazo a las demás personas, gesto que a Alexander le llamó mucho la atención. Parecía estar buscando el momento exacto para salir corriendo de allí, cosa que jamás lograría, por supuesto. Pero al menos tenía una considerablemente buena actitud.

Y luego sus ojos se posaron en una joven de trenzado cabello claro. Estaba tan rígida como podría estarlo una estatua, con la mirada fija en sus pies casi unidos entre sí. Alexander tuvo que enfocar aún más la vista para comprobar que estuviera respirando, y sí lo hacía, pero el movimiento de su pecho era apenas perceptible. Además de su columna exageradamente recta, otro gesto llamó su atención: una de sus manos sostenía su otra muñeca con demasiada fuerza, hasta el punto en que las venas de la parte dorsal de su mano se podían ver con total claridad.

Tan repentinamente que logró sobresaltarlo un poco, sus ojos oscuros se levantaron del suelo para clavarse en los de él, como si hubiera sabido de antemano que la estaba observando.

Por alguna extraña razón, su piel se erizó y el poder en sus venas se trasladó con un poco más de rapidez, como si se tratara de una alerta silenciosa.

La joven frunció ligeramente el ceño, como si se estuviera haciendo una pregunta a ella misma, y tan rápido como lo miró a él, regresó su vista al suelo.

Aun así, Alexander se la quedó mirando sin importarle si lo hacía de una forma demasiado descarada para el resto.

Nadie más parecía notarla, sólo él. No lograba entender por qué su presencia le inquietaba tanto.

Pero lo que menos se esperaba era que la llegada de esa persona cambiara las cosas rotundamente, dándole comienzo a un juego que únicamente terminaría en la muerte.

Y la pregunta era: *¿en la muerte de quién?*

—Muy bien —exclamó Connor finalmente, con voz triunfante. —Que comiencen los castigos.

Fin...

...por ahora.